

OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS  
DE  
D. JOSÉ ZORRILLA









OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA

C-1137704

t.111968



MANUEL P. DELGADO, EDITOR

---

# OBRAS DRAMÁTICAS

Y LÍRICAS

DE

## DON JOSÉ ZORRILLA

---

TOMO TERCERO



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS SUCESESORES DE CUESTA

CALLE DE LA CAVA-ALTA, NÚM. 5

1895

---

Es propiedad.

---



# EL ZAPATERO Y EL REY

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Aprobado para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino  
en 5 de Abril de 1850.

— 343 —



## PERSONAJES

---

Don Pedro.	Don Diego García de Padilla
Don Juan de Colmenares.	Juan.
Diego Pérez, zapatero.	El Cardenal, legado del Pontífice.
Blas Pérez, hijo.	Un embajador del Rey de
Teresa Pérez, <i>ídem</i> .	Granada.
Samuel Levi.	Un conjurado.
Don Juan Robledo.	Un hombre del pueblo.
Doña Aldonza Coronel.	Dos ballesteros de la guar-
Don Albar Pérez de Guzmán	dia del Rey.

*Cortesanos, prelados, dignatarios eclesiásticos y civiles de todas categorías, acompañamiento del legado y del embajador, ballesteros del Rey, conjurados y pueblo.*

---

*La escena pasa en Sevilla*

---

---

Por odio y contrario afán  
calumniado torpemente,  
fué soldado más valiente  
que prudente capitán.

Osado y antojadizo,  
mató, atropelló crüel;  
mas por Dios que no fué *él*,  
fué su tiempo quien lo hizo.



# EL ZAPATERO Y EL REY

## PRIMERA PARTE

### ACTO PRIMERO

Interior de la casa de Diego Pérez: ajuar del oficio.—Es de noche

#### ESCENA PRIMERA

BLAS y TERESA

TERESA

Sí, sí, cierra la ventana,  
que hace una noche...

BLAS

Muy buena  
para empezar una ronda.

TERESA

Vaya, y diluvia!

BLAS

Por fuerza  
bebe los vientos por tí  
si hoy es constante.

TERESA

Qué pelma!

BLAS

Vive Dios que es un mancebo  
que vale un mundo, Teresa;  
ni valientes le intimidan,  
ni temporales le arredran;  
con su espadón en el cinto  
y su malla sempiterna,  
no hay quien le tosa en Sevilla  
si como ronda pelea.

TERESA

Siempre te me estás burlando.

BLAS

Yo burlarme? No lo creas;  
si la verdad no te digo,  
en la vida hablé de veras.  
Crees tú que entrar le dejara  
en casa, si no creyera  
que es un soldado y valiente?

TERESA

*(Sobresaltada.)*

Dios mío!

BLAS

Qué fué, Teresa?

TERESA

Sería aprensión.

BLAS

Sería.

TERESA

Creí que abrían la puerta.

BLAS

Lo que tú tienes es miedo.

TERESA

Ojalá no le tuviera;  
aunque en tal caso, mi Blas,  
gran ventaja no me llevas.

BLAS

Cómo?

TERESA

Anteanoche temblabas.

BLAS

Cuándo?

TERESA

Cuándo...? No te acuerdas?

BLAS

No, á fe:

TERESA

Cuando aquella mano  
que, asiéndola por las rejas,  
cerró á golpe la ventana.

BLAS

Algún hidalgo tronera  
que á su casa volvería  
con tres ó cuatro botellas.

TERESA

Y aquellas voces que oímos?  
Dí, y el son de las cadenas?

BLAS

No lo mientes!

TERESA

Virgen santa,  
qué noche tan cruel fué aquélla!  
Rodaba todo el infierno  
por el atrio de la iglesia.

BLAS

Lo viste tú?

TERESA

Yo? En la cama  
me dí mil veces por muerta,  
y no me atreví de miedo  
ni á rebullirme siquiera.  
Pero Juanito me dijo  
que él asomó la cabeza  
por la rejilla mucho antes  
que á cerrárnosla vinieran,  
y vió...

BLAS

Qué vió?

TERESA

Seis fantasmas,  
cuatro blancas y dos negras.

BLAS

Hablemos, si te parece,  
con formalidad, Teresa.

TERESA

Pero no dejes la obra  
por hablar.

BLAS

En hora buena.  
Sigo con ella, y escucha.  
Aunque yo, en verdad, no tenga  
miedo á los muertos, sea dicho

con la debida cautela,  
por no tenerlos vecinos  
he echado á solas mis cuentas.

TERESA

Y á fe que la vecindad  
no es muy grata.

BLAS

Estáme atenta.

Puesto que van ya tres noches  
que esos muertos se revelan,  
y con sus danzas nocturnas  
dormir en paz no nos dejan,  
pienso ir, si padre consiente,  
á otro barrio con la tienda.  
No te parece? Y mañana...

TERESA

Mañana? Soberbia idea!

BLAS

Cuanto más pronto mejor.

TERESA

Sí, sí, porque el miedo arrecia.  
Yo, la verdad, ni una noche  
duermo un minuto serena.

BLAS

Pues yo sueño con los diablos  
y los duendes todas ellas.

TERESA

Hola! Conque al cabo, Blas,  
que tienes miedo confiesas?

BLAS

Negar que los muertos me hacen  
mucha pavura, Teresa,  
fuera, á hablar como hombre honrado,  
en mí la aprensión más necia.  
Sabes que en toda mi vida  
temí paliza, pendencia,  
ni motín; que en todo lance  
presto anduve á la defensa  
de mi padre ó mis hermanos,  
de un vecino... de cualquiera.

Sabes que estuve empeñado,  
no ha mucho, en ir á la guerra,  
y que, á dejarme mi padre,  
ya estaría en la frontera.  
Mas los muertos me intimidan,  
á qué andarse por las hierbas!  
Si veo venir de frente  
una pica, una ballesta,  
derecho me voy al bulto,  
por ir, aunque más no sea;  
pero en hablando de muertos  
estoy con la pataleta.  
Me columpio que parece  
que es de plomo la cabeza,  
los pies y manos de corcho  
y el corazón de manteca.

TERESA

Pues manos á la mudanza.

BLAS

No; como á padre convenga,  
á otra parte con la música.

TERESA

Blas, que llaman á la puerta.

BLAS

Abre tú.

TERESA

Miren qué gracia.  
Abre tú que estás más cerca.

BLAS

Vaya! Pues aún tendrá miedo!  
Quién?

DIEGO

(Dentro.) Yo.

BLAS y TERESA

Buenas noches.

DIEGO

Buenas  
os las dé Dios, hijos míos.  
(Á Blas, que se asoma á la puerta con cu-  
riosidad.)  
Vaya, Blas, que llueve, cierra.

## ESCENA II

DIEGO, BLAS y TERESA

TERESA

Queréis lumbre?

DIEGO

Sí por cierto;  
que hace una noche tremenda.

BLAS

Sentáos.

DIEGO

Toma el sombrero.  
Llévate la capa y tiéndela.

BLAS

Chorreado está.  
(*Váse Blas y vuelve.*)

TERESA

Qué tenéis,  
padre? Traéis descompuesta,  
desencajada la cara.

DIEGO

Es el frío.

TERESA

No, por fuerza  
os ha sucedido...

BLAS

Cómo?

Qué es eso?

DIEGO

Vaya, que apenas  
llego, siempre os empeñáis  
en que azares me sucedan.  
No tengo nada.

BLAS

Es que importa  
que jamás os acontezca

nada, mientras tenzáis hijos  
que os venguen.

DIEGO

Eh?

BLAS

Que os defiendan.

DIEGO

La venganza es, hijo mío,  
de maldición una piedra,  
que tarde ó temprano vuelve  
contra el mismo que la suelta.

BLAS

Ya lo sé, padre; que he oído  
mil veces eso en la iglesia.

DIEGO

Pues es preciso que siempre  
en la memoria lo tengas.  
Pero vamos á otra cosa:  
vino?

BLAS

Nadie.

DIEGO

En hora buena;  
conque habéis estado solos?

BLAS

Sí, señor.

TERESA

Si no se cuenta  
el miedo de cada cual.

DIEGO

Y de qué ese miedo era?  
Ambos calláis.

TERESA

Dílo, Blas.

BLAS

Padre, hablando con franqueza,  
los muertos...



DIEGO

Bueno, dejadlos.

BLAS

Es que estamos siempre...

DIEGO

Vuelta.

BLAS

Y hemos tratado los dos  
de que mudemos la tienda.

DIEGO

No hay que pensar más en ello;  
los muertos son gente buena  
y no se meten con nadie.

TERESA

Pero...

DIEGO

Silencio, Teresa;  
no son los muertos á fe  
los que ahora á mí me amedrentan;  
y de una vez para siempre  
que comprendáis me interesa  
que los muertos no hacen daño,  
y que hablar de ellos molesta.

BLAS

Pero, padre, y esas voces  
que de noche nos atruenan?

DIEGO

Cerrad las ventanas bien,  
y dormid á pierna suelta;  
las voces sólo son ruido,  
y el ruido no rompe piernas.

BLAS

Y no era más fácil...?

DIEGO

No.

BLAS

Vuestro mal humor os ciega;

padre, qué tiene de extraño  
que por ser la calle estrecha,  
porque se pierde ó se gana,  
ó sea por lo que sea,  
mude un vecino algún día  
á otro barrio casa ó tienda?

DIEGO

Blas, yo tengo mis razones,  
y permanecer es fuerza  
en esta casa, aunque mucho  
de ello en el alma me pesa.

BLAS

(Qué diablos! Quiere y no quiere!  
Á que también da en la tema  
de callar que tiene miedo?)  
Pero...

DIEGO

Basta de querella;  
no hay que alzar ya más pelillos  
á conversación tan necia;  
y el que de noche curioso  
me abra á deshora una reja,  
que se eche á él solo la culpa  
del mal que á todos nos venga.

TERESA

Llamaron?

BLAS

Abro?

DIEGO

Pues no?

Que entre en mi casa quien quiera.

## ESCENA III

DICHOS y DON JUAN DE COLMENARES

DON JUAN

Dios sea loado.

DIEGO

Don Juan!

Con una noche tan cruda  
vos en mi casa?

DON JUAN

Sin duda;  
siempre os quise con afán.

DIEGO

Cuatro años hace, señor,  
que en ella nos hemos visto.

DON JUAN

De venir es, vive Cristo!  
esa la razón mejor.  
Cuanto más corren los años,  
más los amigos se prueban,  
y amistades se renuevan  
en males y desengaños.

DIEGO

Hablaís, don Juan, de amistades  
con tono tan singular,  
que nos haréis recelar  
en la vuestra novedades.

DON JUAN

Oh, no, Diego! Por mi vida,  
nunca os la tuve más fiel,  
y de ello...

BLAS

(Reniego de él.)

DON JUAN

Os da pruebas mi venida.  
(*Con aire de importancia.*)  
Hola! Qué altos los muchachos  
están!... Mozo más cabal!...  
No le sentarían mal  
la coraza y los mostachos.  
No es éste el que quiso ser...

BLAS

Yo soy, y si aun me dejaran,  
por San Juan que se quedaran  
los zapatos sin coser.

DON JUAN

Con tanta afición te sientes?

BLAS

Los ojos tengo rasados  
sólo con ver los soldados  
con el hierro hasta los dientes.

DON JUAN

Y entonces, por qué esa senda...?

BLAS

Dice mi padre, señor,  
que siempre he de estar mejor  
que en el cuartel en la tienda.

DON JUAN

Nada hay á eso que añadir;  
mas Diego, si no hay objeto  
que lo obste, tengo en secreto  
dos palabras que decir.

DIEGO

Á mí, don Juan?

DON JUAN

Á tí, Diego.

DIEGO

Podéis empezar si os place.

DON JUAN

No estás solo.

DIEGO

Eso qué le hace?

DON JUAN

Iréme pues.

DIEGO

Idos luego. (*Con orgullo.*)

Bajo este techo, don Juan,  
no hay quien no pueda discreto  
guardar el mejor secreto.

DON JUAN

Grandes para tí serán  
los motivos de esa fe  
en tus hijos, pues lo son,

pero fuera indiscreción  
fiarme yo, y no lo haré.

DIEGO

Pues tanto empeño mostráis,  
idos vosotros.

BLAS

(Maldita  
sea con él su visita.)  
(*Vánse Blas y Teresa.*)

#### ESCENA IV

DON JUAN y DIEGO

DIEGO

Solos estamos; habláis?

DON JUAN

Diego, tú audaz y orgulloso,  
de tu virtud satisfecho,  
caminas siempre derecho  
por el camino espinoso  
de la vida; mas preciso  
será que te haga mirar  
que hay mucho en que tropezar.

DIEGO

Os agradezco el aviso;  
mas tengo ya sesenta años,  
y si es que torcido anduve,  
los vicios que siempre tuve  
tarde os parecen extraños.

DON JUAN

Diego, tu altivez modera  
y á la razón deja luz,  
que es muy recta tu virtud,  
pero es atrevida y fiera.  
Consulta contigo mismo  
lo que vas á responder,  
que va tu respuesta á ser  
tu salvación ó tu abismo.  
Quieres escribir tu nombre  
donde los nuestros están?

DIEGO

Ya os dije que no, don Juan.

DON JUAN

(Qué tenacidad de hombre!)  
Diego, lo has pensado bien?

DIEGO

Sí, don Juan.

DON JUAN

Y no has pensado  
que va á alcanzar tu pecado  
á mi cabeza también?

DIEGO

También á vos! No lo entiendo.

DON JUAN

Quieres que en olvido eche  
que ambos con la misma leche  
nos nutrimos?

DIEGO

Os comprendo;  
tal vez creéis que me amáis  
porque pensáis mucho en mí,  
mas cuando pensáis así,  
don Juan, os alucináis.  
Mucho mi arrogancia os pesa,  
pues culpo vuestras acciones,  
y esas son las mil razones  
por que Diego os interesa.

DON JUAN

Mas hay otros que inflexibles  
por no malograr su afán,  
á tu vida tenderán  
todos los lazos posibles.  
Te seguirán por doquiera,  
y es infalible decreto  
que quien roba su secreto  
ayuda les preste ó muera.

DIEGO

Concluamos de una vez;  
yo sé que hay un Juez supremo,

y nada en el mundo temo  
mientras me ampara ese Juez.  
Os habéis puesto, insensatos,  
con los nuestros á jugar,  
y habéis logrado engañar  
así á muchos mentecatos.

DON JUAN

Cuánto importa mantener  
de ese aislado monasterio  
la oscuridad y el misterio,  
en mi empeño puedes ver.  
Es fuerza, Diego, que el vulgo  
de comprenderlo no acabe;  
si ha de morir quien lo sabe,  
peligro, pues lo divulgo.

DIEGO

Desprecio la oculta ley  
que proscribiste mi virtud,  
y siendo en mi juventud  
soldado, defendiendo al rey.

DON JUAN

Al rey que deja morir  
de hambre á sus servidores,  
que andan hoy como traidores  
mendigando á quien servir.  
El rey que deja inhumano  
que á merced de oficio infame...

DIEGO

Quien tal al trabajo llame,  
es, don Juan, sólo un villano;  
jamás en lo que es me meto  
mi rey, que soy su vasallo;  
bueno ó malo, sufro y callo,  
y aunque le odio, le respeto.  
Lo dije: y mirad, por Dios,  
que pierdo ya los estribos!  
Ni temo muertos, ni vivos;  
conque medítadlo vos.  
Y no lo toméis á espacio,  
que puesto soy vuestro amigo;  
en amistad os lo digo,  
mañana voy á palacio.  
(Un punto de silencio.)

DON JUAN

Lloré, supliqué por tí,  
mas la vida nos va en ello;  
y cada cual por su cuello  
mira con razón aquí.  
Conque si ello tanto importa,  
piensa á tu vez y despacio,  
que no llegará á palacio  
ni tu palabra más corta;  
pues no puedes en conciencia  
en ser nuestro consentir,  
custodiado has de partir,  
y no temas la indigencia.  
(Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.)

DIEGO

Dadlo á los de vuestra grey,  
don Juan, que yo mi pobreza  
llevo con tanta fiereza  
como su corona el rey.  
Y aunque los den tan baratos  
que cieguen por trabajar,  
nunca pan me ha de faltar;  
mis hijos harán zapatos.

DON JUAN

Sabes, y Dios me es testigo,  
de que hice por tí, á mi fe,  
cuanto pude.

DIEGO

Ya lo sé;  
mi padre os crió conmigo.

DON JUAN

Y no sé cómo igualmente  
la misma leche nos hizo  
necio y descontentadizo  
á tí, y á mí tan prudente.

DIEGO

Tenéis razón, vive Dios!  
que hemos salido en pareja  
un lobo con una oveja.

DON JUAN

Tú el lobo.

DIEGO

Y la oveja vos;  
eso dije.

DON JUAN

Hombres ingratos  
que desprecian tan traidores...

DIEGO

*(Interrumpiéndole.)*

No quiero vuestros favores,  
don Juan, coseré zapatos.  
Me tenéis más que decir?

DON JUAN

Que te encomiendes al cielo.

DIEGO

Á ese tribunal apelo.

DON JUAN

Adiós.

DIEGO

Con vos quiera ir.

---

### ESCENA V

DIEGO, BLAS y TERESA

BLAS

Padre, no oí lo que os dijo,  
mas créolo un desacato;  
y muerte afrentosa elijo  
si, siendo yo vuestro hijo,  
os ofende y no le mato.

DIEGO

Blas, el cariño te ciega.

BLAS

No sé qué juego se juega,  
porque no oí más que el fin;  
pero el negocio es muy ruin  
cuando mi padre se niega.

DIEGO

Nada comprendiste?

BLAS

No.

DIEGO

Dios tal vez te ensordeció.

BLAS

Ví que os ofreció dinero,  
y que dijisteis «no quiero»;  
bien hecho, tampoco yo.

DIEGO

Blas, la honra es un tesoro,  
y aunque te ofrezcan más oro  
que cabe en la catedral,  
si la vendes, harás mal.

BLAS

Primero me mate un moro.  
No le está bien á un mancebo  
los secretos rastrear  
de un viejo, sé que no debo;  
mas me queréis confiar  
éste? Á guardarle me atrevo.

DIEGO

Es inútil; está bien  
donde está, y no estará, no,  
mucho tiempo.

BLAS

Yo también  
tomaré lo que me den  
los que saben más que yo.  
*(Pausa.)*

TERESA

Padre, ese hombre os ha dejado  
tan inquieto... Qué tenéis?

DIEGO

Vuelves ya á lo comenzado?  
Con tan prolijo cuidado  
acosado me tenéis.

Mas ahora que hago memoria,  
si ese soldado viniera  
de otras noches, me pluguiera.

TERESA

Os fuera útil?

DIEGO

Sí que fuera.

BLAS

Es hombre de grande historia!  
Me gusta por lo valiente,  
y de honrado tiene facha.  
(*A Teresa.*) No es así?

TERESA

Padre consiente  
en que venga...

BLAS

Y es corriente;  
que quiera padre no es tacha.

DIEGO

No le agradezco infinito  
sus visitas en verdad;  
mas hoy que le necesito...

BLAS

Voto á San Diego bendito...!

DIEGO

Blas, no jures.

BLAS

Perdonad;  
pero mal lobo me coma  
si no vuelvo como un galgo  
con él.

TERESA

Llaman?

BLAS

Luego asoma  
en nombrando al rey de Roma.

DIEGO

Si fuera él...

BLAS

Apostara algo.

## ESCENA VI

DICHOS *y* DON PEDRO *en traje de soldado*

BLAS

Seor soldado, guárdeos Dios.

DON PEDRO

Él le socorra, mancebo.  
Alegre está; qué hay de nuevo?

BLAS

Nada, pues llegásteis vos.

DON PEDRO

Me esperaban?

BLAS

Impacientes.

DON PEDRO

Qué es ello, pues, linda niña?  
Se la ocurre alguna riña?  
Qué me mandáis?

DIEGO

Que te sientes.

DON PEDRO

Buen viejo, disimulad;  
no os saludé en derechura  
porque, al ver tanta hermosura,  
me siento ciego.

DIEGO

En verdad  
qué sois un hombre bizarro,  
y siempre con buen humor.  
(*Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies  
por medio de todos.*)

DON PEDRO

Dejadme echar al calor  
esta humedad y este barro.

BLAS

(Si no viera en una pieza  
su amor y su edad marcial,  
Teresa, tomaba á mal  
su desenfado y franqueza.)

DON PEDRO

Qué murmura el perillán?

BLAS

Que traéis hoy una espada  
con mucho primor dorada.

DON PEDRO

En el cuartel me la dan;  
y como me sirva bien,  
jamás las señas la tomo;  
que al pulsarla por el pomo  
se cura siempre á cercén.  
Pero al caso, señor Diego;  
dispuesto estoy á escucharos;  
hablemos deprisa y claros,  
que he de partirme muy luego.

DIEGO

Entráis en palacio vos?

DON PEDRO

Por qué me lo preguntáis?

DIEGO

Porque si hasta el rey llegáis,  
quiero hablarle.

DON PEDRO

Sí, por Dios;  
y si queréis que le diga...

DIEGO

Á solas le quiero hablar.

DON PEDRO

Para tan alto picar  
muy grave causa os obliga.

DIEGO

No á mí.

DON PEDRO

Pues á quién?

DIEGO

Á él.

(Don Pedro, frunciendo el ceño, se arrellana en la silla diciendo con altivez.)

DON PEDRO

Diga, pues, lo que se ofrece.

DIEGO

Al rey su merced parece.

DON PEDRO

La cara tengo tan cruel  
que con el rey me compara?

DIEGO

Hable de él con más respeto,  
que yo jamás me entrometo  
á mirar al rey la cara.  
Y, en fin, lo podéis hacer?

DON PEDRO

Cuando queráis.

DIEGO

Pues mañana.

DON PEDRO

Á qué hora?

DIEGO

La más temprana.

DON PEDRO

Pues bueno, al amanecer.

DIEGO

Os burláis?

DON PEDRO

No, por mi vida,

porque mañana temprano  
ha dispuesto el soberano  
dar al monte una batida;  
conque si verle queréis,  
que madruguéis es preciso.

DIEGO

No echaré al agua el aviso.

DON PEDRO

Mucho de él os prometéis.

DIEGO

Eso es ya negocio mío,  
seor soldado.

DON PEDRO

Bien está;  
á mí tanto se me da;  
conque en ello no porfio.

DIEGO

Pues á otra cosa; y decid,  
qué se habla por la ciudad?

DON PEDRO

Estoy de eso, á la verdad,  
tan al cabo como el Cid.

DIEGO

No os importan las noticias  
de vuestra patria y del rey?

DON PEDRO

Á mí...? Que haya buena ley  
y se hagan muchas justicias.  
Lo demás nada me importa;  
y cuando columbro guerra,  
(*Señalando la espada.*)  
doy un repaso á esta sierra,  
y estoy listo en cuanto corta.  
(*Llaman en la puerta con brío.*)

TERESA

Ay!

DON PEDRO

Llaman.

DIEGO

Abre. (*Lo hace Blas.*)

## ESCENA VII

DICHOS y UN HOMBRE DEL PUEBLO

BLAS

— Qué quiere?

EL HOMBRE DEL PUEBLO

Diego Pérez?

BLAS

Aquí es.

EL HOMBRE DEL PUEBLO

Que vaya corriendo, pues,  
que su pariente se muere.

DIEGO

Mi pariente? Y qué pariente?

EL HOMBRE DEL PUEBLO

Gil Pérez, el estatuario,  
que está con un mercenario  
muriendo devotamente.

DIEGO

Gil Pérez...! Oh! Perdonad,  
señor soldado, que entiendo  
que ese que se está muriendo,  
conmigo, en su mocedad,  
siguió las armas reales.

DON PEDRO

Id, que soy muy vuestro amigo  
y estáis cumplido conmigo;  
id á remediar sus males.  
Y si urgen, por mala estrella,  
medicinas ó dinero,  
tengo una bolsa de cuero;  
mandad por lo que hay en ella.



DIEGO

Gracias, y adiós.

BLAS y TERESA

Volveréis?

DIEGO

En cuanto el mal lo permita.

*(Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa se asoman á la puerta.)*

BLAS

Corre que se precipita.

DON PEDRO

Mozos, buen padre tenéis.

## ESCENA VIII

DON PEDRO, TERESA y BLAS *cosiendo zapatos*

DON PEDRO

Decidme, esquivá hermosura,  
me queréis como yo á vos?

TERESA

Brava pregunta, por Dios.

DON PEDRO

Brava os quiero, altiva y dura;  
pero la frase la extraña?  
Daréla satisfacción;  
es que está mi corazón  
por sus ojos en campaña.  
Y soldado más valiente  
que prudente capitán,  
planto el sitio y allá van  
mis ballestas de repente.  
Si el enemigo responde,  
á él voy, y sin hacer alto,  
entro al lugar por asalto,  
sin mirar nunca por dónde.  
Se me entiende?

TERESA

Como está  
tan oculta la emboscada,  
no es fácil...

DON PEDRO

Vuestra avanzada  
dió con ella.

BLAS

Voto va!  
Páreceme que á barato  
lo echáis, y se me barrunta...

DON PEDRO

Quién al rapaz le pregunta?  
Calle y cosa su zapato.

BLAS

*(Siempre adelante me lleva;  
por más que me tengo serio,  
arranca con tal imperio  
que el diablo que se le atreva.)*

TERESA

Bien, hablemos de otra cosa:  
dicen que el rey de Castilla...

DON PEDRO

Está ahora con la Padilla  
en conferencia amorosa?

TERESA

Qué me importa? Es de la guerra  
de Aragón por que pregunto.

DON PEDRO

Contadme allá por difunto.

TERESA

Os partís para esa tierra?

DON PEDRO

El rey sus tercios envía  
para allá, y según infiero,  
yo salgo con el primero;  
conque al caso, prenda mía;

si no me dáis antes de ir  
de vuestro amor una prueba,  
dad por llegada la nueva  
de que estoy para morir.

TERESA

Mucho en el alma lo siento,  
que al cabo os quería bien.

DON PEDRO

(Bello está en ella el desdén,  
pero más el sentimiento.)  
Conque me queréis, Teresa?

TERESA

Ya lo dije; mas si os váis,  
pésame que lo sepáis.

DON PEDRO

Que os pesa decís?

TERESA

Me pesa,  
porque es vuestra condición  
olvidar lo que ha pasado  
en lugar que habéis dejado;  
conque ved si en Aragón  
olvidaréis á Castilla.

DON PEDRO

(*Con brío.*) Olvidar y haberla visto,  
y vale más, voto á Cristo!  
que la Aldonza y la Padilla?

TERESA

Qué decís? Que... á quién nombráis?

DON PEDRO

Padilla y la Coronel,  
damas del rey.

TERESA

Y con él  
y aquéllas nos comparáis?

DON PEDRO

Sí; pues siendo ante la ley  
él el primero y mejor,

la más hermosa el amor  
debe cautivar del rey.

BLAS

Ved que estáis aquí conmigo,  
y ved que su hermano soy.

DON PEDRO

Qué lenguaraz estás hoy.

BLAS

Es que soy...

DON PEDRO

Calle, le digo.

BLAS

(Los ojos me hace bajar  
y se me traba la lengua.)

TERESA

No le riñáis, que es gran mengua  
hacerle esto tolerar,  
y partid, que es ya muy tarde  
y no está mi padre aquí.

DON PEDRO

Con vos no me dejó á mí?  
Qué importa que yo le aguarde?  
(*Tocan á las ánimas, y al son de las cam-  
panas Blas y Teresa hacen un movimiento  
de temor.*)  
Qué es eso?

TERESA

No oís tocar?

BLAS

Las nueve deben de ser.

DON PEDRO

Y qué tiene eso que ver  
para ponerse á temblar?

BLAS

Qué, no sabéis lo que pasa?  
Mas, no me miréis así,  
que ponéis un ceño...

DON PEDRO

Dí  
qué es lo que hay?

BLAS

En esta casa  
es imposible vivir;  
la mejor noche nos comen.

DON PEDRO

Quién?

BLAS

Temiendo estoy que asomen,  
que á esta hora suelen venir.

DON PEDRO

Qué tropel de desaciertos!  
Locos á esta hora os volvéis!

BLAS

Los oís?  
*(Don Pedro da un paso hacia la ventana;  
Blas le detiene.)*

No os asoméis.

DON PEDRO

Pero quién son?

BLAS

Unos muertos.

DON PEDRO

Muertos...! Bah! Bah! Pues ya estoy;  
conque todo eso era miedo?

Y se ven?

*(Segundo paso de don Pedro, y detención  
de Blas.)*

BLAS

Estáos quedo,  
si morir no queréis hoy.

DON PEDRO

Y, en efecto, se oye ruido  
y se ve luz por la calle.

TERESA

Siento que padre no se halle  
ya esta noche recogido.

BLAS

Cielos, yo tiemblo por él!  
Todos los días parecen  
hombres que á fuerza parecen  
de esa iglesia en el cancel.

DON PEDRO

Y la justicia lo sabe?

BLAS

Sin duda saberlo debe.

DON PEDRO

Y entonces?

BLAS y TERESA

Nadie se atreve.

DON PEDRO

*(Gran misterio en ello cabe;  
prosigamos, y si encuentro  
el hilo á este laberinto,  
fuego pondré á su recinto  
hasta dar con lo que hay dentro.)*  
Decid, y habéis visto alguno  
de esos cuerpos que perecen  
por la noche y aparecen  
por la mañana?

BLAS

Ayer uno.

DON PEDRO

Tenía herida?

BLAS

En el pecho.

DON PEDRO

Y mostraba la señal  
ser de espada, ó de puñal?

BLAS

Que con ambas lo habían hecho  
dijeron los cirujanos.

DON PEDRO

Luego eran contra uno dos?  
Ánimas eran, por Dios,  
de vivientes bien villanos!  
(*Ruido dentro.*)

BLAS

Oís?

DON PEDRO

Mandrias, no tembléis,  
que quien lo remedie habrá.

BLAS

Quién con los muertos podrá?

DON PEDRO

Los vivos.

TERESA

Cómo!

DON PEDRO

No véis  
que en un nicho los encierran?

BLAS y TERESA

Claro está.

DON PEDRO

Pues de contado  
pueden más que el enterrado  
los vivos que allí le entierran.

BLAS y TERESA

Tiene razón.

DIEGO

(*Dentro.*) Muerto soy.

BLAS

Santo Dios! Habéis oído?  
(*Un momento de atención.*)

DIEGO

(*Dentro.*) Blas! Teresa!

TERESA

Padre ha sido!

(*Blas corre á la puerta, y al tiempo de abrir  
se ve á Diego tendido en tierra.*)

DIEGO

Ay de mí!

DON PEDRO

Soñando estoy?

## ESCENA IX

DON PEDRO, DIEGO, BLAS y TERESA

BLAS

Sangre! Quién fué, padre mío?

DIEGO

Tente, Blas; no salgas, no,  
que murieras como yo,  
y en tí mi esperanza fio.

BLAS

Voy á buscar...

DIEGO

Excusado;

fué mi destino fatal!  
Arrimadme ese sitial,  
y acercáos, buen soldado.

DON PEDRO

Decid si sabéis quién fué,  
que ha de acordarse de vos.

DIEGO

Dejadme acabar, por Dios;  
id á ver al rey...

DON PEDRO

Y qué?

DIEGO

Y decidle que esos muertos ..

DON PEDRO

Acabad.

DIEGO

No puedo más.

*(Inclina la cabeza y muere.—Pausa.)*

DON PEDRO

Voto á Dios y á Barrabás!  
Entre sus labios abiertos  
él mismo el secreto ahogó.

BLAS

Padre!

TERESA

Señor!

DON PEDRO

Esto es hecho;  
vamos á echarle en su lecho,  
que ayudaros puedo yo.  
*(Llévanle y vuelve don Pedro.)*

## ESCENA X

DON PEDRO

En ver al rey tantó afán,  
y á puñaladas morir?  
De lo que me iba á decir  
claros barruntos me dan.  
Con él los muertos mantienen  
misteriosa relación...  
Con el rey, por precisión,  
también relaciones tienen.  
Incomprensible cadena,  
yo seguiré uno por uno  
tus eslabones, y alguno  
se deshará como arena.  
*(Se pasea á pasos precipitados, y exclama  
mirando á la ventanilla:)*

Muertos que del nicho salen  
y los vivos asesinan,  
son, si á espacio se examinan,  
fantasmas que verse valen.

## ESCENA XI

DON PEDRO y BLAS *que sale á la puerta  
y se detiene en el dintel, la cabeza in-  
clinada sobre el pecho con muestras  
del más profundo dolor.*

BLAS

Amigo!

DON PEDRO

*(Desventurado!)*

Diego?

BLAS

No le nombres ya.  
Silencio! Mi hermana está  
rezando aún á su lado.

DON PEDRO

Que lllore es mucha razón.

BLAS

Sí, que rece una mujer,  
pero algo más ha de hacer  
un hombre en esta ocasión.

DON PEDRO

Luego dijo...?

BLAS

Nada dijo,  
pero yo lo sé muy bien,  
que hay cosas que no las ven  
sino los ojos de un hijo.  
*(Muy marcado.)*  
Un hombre esta noche estuvo  
con mi padre hablando aquí,  
y yo con mi padre ví  
que muy descortés anduvo.  
Ya de la puerta al dintel,

dijo: «Encomiéndate al cielo...»  
 Á su tribunal apelo  
 si quien le mata no es él.  
*(Quedan ambos en silencio por un instant.)*

DON PEDRO

Esta noche irás conmigo  
 y el rey te remediará.

BLAS

El rey? No voy; me ahorcará,  
 que es del otro muy amigo.

DON PEDRO

Y no hay justicia en Sevilla?

BLAS

Dicen que con este rey  
 no hay más razón ni más ley  
 que su capricho en Castilla.

DON PEDRO

Rapaz, la audacia perdono  
 porque lastimado estás;  
 pero no hables así más  
 de quien se sienta en un trono;  
 y escúchame un buen consejo,  
 que, lléveme Belcebú,  
 si no sé yo más que tú  
 en la muerte de ese viejo.  
 Quieres con el hombre dar  
 que á tu padre asesinó?

BLAS

El alma daría yo  
 á quien me le haga encontrar.

DON PEDRO

Pues los secretos que encierran  
 las tumbas, lo saben bien  
 á estas horas...

BLAS

Pronto, quién?

DON PEDRO

Esos muertos que te aterran.

BLAS

Santo Dios!

DON PEDRO

Que no te atreves  
 á esperarlos, bien se ve;  
 mas yo en tu lugar lo haré,  
 y piensa cuánto me debes.  
 Yo hallaré el rastro á tu presa,  
 te daré á ese hombre, y si él es,  
 me has de ayudar tú después  
 á poner cabo á la empresa.  
 Dices que de esa ventana  
 se alcanza la iglesia á ver?

BLAS

Cielos, qué intentáis hacer?

DON PEDRO

Una caridad cristiana;  
 vete, mancebo, á rezar  
 por el que duerme allí echado,  
 vete; yo soy un soldado  
 y voy también á velar.

BLAS

Mirad bien que, aunque parecen  
 ilusiones del temor  
 esos fantasmas, señor,  
 mayor crédito merecen.  
 Mi padre me amenazó  
 que quien osara mirar  
 ni entender...

DON PEDRO

Vete á rezar,  
 Blas, que te lo mando yo.

BLAS

Valiente sois, buen soldado;  
 quedoos muy agradecido,  
 mas de hinojos os lo pido,  
 quede el postigo cerrado.  
 Oh, aunque me digáis tenaz  
 que son visiones del miedo,  
 lo he visto, y juráos puedo  
 que hay un muerto pertinaz  
 que en cerrárnosle se empeña!

DON PEDRO

Vete, que ha de estar abierto,  
y, como asome ese muerto,  
yo le daré santo y seña.  
*(Don Pedro obliga á Blas á entrar en el  
cuarto donde está su padre.)*

## ESCENA XII

DON PEDRO

Que lloren sus desventuras  
los hijos de un zapatero

mientras busca un caballero  
con valor sus aventuras.

*(Entorna la ventana.)*  
Dejo entornado el postigo  
y mato la luz; así  
veo y no me ven á mí  
de las sombras al abrigo.

*(Toma un taburete y se sienta enfrente de la  
ventana.)*

Quién son los muertos veré,  
y si á toparlos acierto,  
no me ha de quedar un muerto  
que sepa tenerse en pie.









## ACTO SEGUNDO

---

Plazuela, cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada: en el fondo el atrio, cercado de verjas de hierro; á la derecha el exterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió don Pedro en el acto anterior.

### ESCENA PRIMERA

DON JUAN DE COLMENARES y SAMUEL

LEVÍ

DON JUAN

Preciso matarle fué.

SAMUEL

Conque al cabo...?

DON JUAN

Sí, murió;  
que un día más de su vida  
fuera nuestra perdición.  
Duéleme mucho su muerte;  
pero á jugar, vive Dios,  
las nuestras contra la suya,  
lo hecho tengo por mejor.

SAMUEL

Sí, por el santo Abraham;  
pero estáis seguro vos  
de que nadie más que el viejo  
cayó en la cuenta?

DON JUAN

Eso no;  
hermanos fuimos de leche,

y era ese Diego un varón  
justo, inflexible y severo,  
que siempre pensó y obró  
según su recta conciencia;  
y aunque tuviera ocasión,  
fuera del rey, á ninguno  
parte de su intento dió.

SAMUEL

Mas hijos tiene.

DON JUAN

Samuel,  
desechad todo temor;  
los hijos, como del vulgo,  
canalla cobarde son;  
ni abrirán una ventana  
hasta muy entrado el sol,  
ni cerrarán una puerta  
sino antes de la oración;  
y á gente tal en contándola  
cualquier patraña ó error,  
la tenéis siete semanas  
soñando con la visión.

SAMUEL

En verdad, buen Colmenares,  
que os acude harto valor  
para arriesgaros á tanto.

DON JUAN

Nunca, Samuel, me faltó ni la audacia ni el consejo cuando, puestos en unión, me tentaron el antojo las grandezas y el amor.

SAMUEL

Así corre vuestra fama por Sevilla, y así sois el escándalo en el templo y en las calles el terror.

DON JUAN

Vaya que estáis esta noche filósofo; un hombre soy, y como tal mis pecados flaquezas humanas son. Sólo hallo una diferencia con los demás, y es que yo aborrezco á los hipócritas y obro con satisfacción, sin embozar mis flaquezas con disimulo traidor.

SAMUEL

Bien meditado, don Juan, tal vez no os falta razón, pero es el vulgo envidioso, injusto y murmurador.

DON JUAN

Qué diablos váis á decirme con tan prolijo sermón? Que me place la hermosura, que á los regalos me doy, que mis inmensos caudales derramo con profusión, que tengo amigos, que tengo mucho en la corte favor. Y eso qué tiene de extraño? No hacéis otro tanto vos?

SAMUEL

Y os olvidáis ya, don Juan, del bonete y del ropón?

DON JUAN

Y os olvidáis que me dieron la prebenda como á vos del rey la tesorería?

SAMUEL

Cómo?

DON JUAN

Vedlo en conclusión. Yo era soldado; la guerra, siendo rico, me cansó; el rey me quería entonces; el cabildo enredador de Sevilla, harto indiscreto, no sé en qué le desairó. Don Pedro, para humillar tan osada presunción, sin mirar á más razones, en el coro me sentó; conque soy un ave ambigua que estoy en disposición de volar y de correr como me venga mejor. No recibí orden alguna, y á mi antojo ved que voy llevando con igual brío las espuelas y el ropón. Mas vamos á lo que importa: el mensajero llegó?

SAMUEL

Mañana llega.

DON JUAN

En secreto?

SAMUEL

No, con mucha ostentación, que trae comitiva y viene con nombre de embajador.

DON JUAN

Y es hombre de quien se fie?

SAMUEL

Á toda prueba.

DON JUAN

Por Dios  
que el atrevimiento es mucho!

SAMUEL

No es, don Juan, mucho mayor  
que señalar una iglesia  
para punto de reunión.

DON JUAN

De audaces es la fortuna;  
ya véis lo bien que salió,  
para apartar los curiosos,  
de los muertos la ficción.

SAMUEL

Aunque á bulto, en poco estuvo  
si con nosotros no dió  
el Justicia Benavides  
allá en el otro rincón.

DON JUAN

Oh, aquí seguros estamos,  
gracias á lo que costó!  
Dos veces hemos venido,  
y mirad en derredor,  
no hay una casa habitada,  
y el zapatero murió;  
pero el enviado, decidme,  
sabr  hacer...?

SAMUEL

Santa Si n!  
Médico, adivino, astrólogo  
y mi huésped, ved, señor,  
si tendr  bien su lugar;  
de sus consejos en pos,  
enfermos, pobres y tontos  
le irán   implorar favor.  
Entrarán cuantos quisi remos,  
y tomarán de su voz  
nuestras órdenes,   guisa  
de remedio   predicción.

DON JUAN

Soberbia idea, Samuel!  
Y Aldonza?

SAMUEL

En venir quedó,  
y aguardará del alcázar  
para salir la ocasión.  
Pero, don Juan, vamos claros:  
la amáis de veras?

DON JUAN

Pues, no!  
Es noble, astuta y hermosa.

SAMUEL

Don Juan, que os asista Dios.

DON JUAN

Y además, don Juan Lacerda,  
su cu nado, el reino entr   
por Córdoba.

SAMUEL

Y su marido  
viene á ayudarnos.

DON JUAN

Estoy  
en que esta noche le esperan.

SAMUEL

Celoso del rey, traidor  
se ha vuelto Albar de Guzmán.

DON JUAN

Nuestro es el rey.

SAMUEL

Vámonos,  
que alguien llega; desde el atrio  
veremos, don Juan, quién son.

DON JUAN

Si nos acechan, ay de ellos!  
arroj os sin temor,  
y adelante.

SAMUEL

En ese caso  
pod is arrojaros vos.

DON JUAN

Qué teméis?

SAMUEL

Nada en resumen;  
mas soy viejo, odio el rencor,  
y para matar cristianos,  
don Juan, no conspiro yo.

DON JUAN

Pues ahora os digo lo de antes,  
Samuel, que os asista Dios.

## ESCENA II

DON JUAN *y* SAMUEL *tras de las verjas del atrio*, ROBLEDO *y* DOÑA ALDONZA  
CORONEL.

DOÑA ALDONZA

Robledo, llegamos ya?

ROBLEDO

Este es el sitio, señora.

DOÑA ALDONZA

Tan solo y tan á deshora,  
miedo este sitio me da.

ROBLEDO

Nada tenéis que temer,  
que entre amigos os halláis.

DOÑA ALDONZA

Que soy, Robledo, olvidáis  
nada más que una mujer?  
Y aunque sagaz y ofendida,  
es natural mi temor.

ROBLEDO

Cubriros fuera mejor  
con el lienzo.

DOÑA ALDONZA

Me intimida

disfrazarme de este modo,  
y horror de mí misma tengo.

ROBLEDO

En que repugna convengo;  
mas esto lo salva todo.  
*(Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hacia el fondo, quedan de espaldas al espectador, á manera de muertos con sus sudarios.)*

ROBLEDO

Oh, es muy feliz la invención  
de estos lienzos funerarios.

DOÑA ALDONZA

Pues de andarnos con sudarios  
no es la mejor ocasión.

ROBLEDO

Tenéis tan poca esperanza?

DOÑA ALDONZA

Demasiada tengo acaso;  
mas Robledo, un solo paso  
puede arrastrar la balanza.

ROBLEDO

Tal vez alguno nos mira.

DOÑA ALDONZA

No véis alguien á la puerta?

ROBLEDO

Nadie á venir aquí acierta  
si, como vos, no conspira.  
Seguidme.

DOÑA ALDONZA

Vamos allá,  
que en vos confío, Robledo.

ROBLEDO

Venid, señora, sin miedo,  
que yo llamaré.

DON JUAN

Quién va?

ROBLEDO

Las ánimas.

SAMUEL

Ellos son.

DON JUAN

(Sepamos antes de entrar  
lo que se puede esperar  
de las gentes de Aragón.)

DOÑA ALDONZA

Sois vos, don Juan?

DON JUAN

Sí; yo soy.

DOÑA ALDONZA

Gran miedo por vos pasé.

DON JUAN

Miedo decís, y por qué?

DOÑA ALDONZA

No véis el traje en que estoy?

SAMUEL

Guárdeos el cielo, señora.

DOÑA ALDONZA

También Samuel con nosotros?

SAMUEL

También Samuel.

DON JUAN

Y aun hay otros  
que el conocerlos ahora  
trabajo os ha de costar.

DOÑA ALDONZA

Y os exponéis tan temprano...?

DON JUAN

Es el vulgo muy villano,  
y no se atreve á acercar.  
Si no por esta invención

de los muertos, yo apostara  
que estábamos cara á cara  
ha mucho con el león;  
mas hicimos tan extrañas  
anécdotas referir,  
que nadie ha osado venir  
contra visiones tamañas.

SAMUEL

Pues determinar es fuerza  
de concluir lo más presto,  
que es fácil que den tras esto,  
y la fortuna se tuerza.

DON JUAN

*(A doña Aldonza.)*

Qué es de don Albar Guzmán?

DOÑA ALDONZA

Esta noche entra en Sevilla.

DON JUAN

Y el otro?

DOÑA ALDONZA

Contra Castilla  
dispuestos ambos están.

SAMUEL

Vuestro cuñado Lacerda  
sigue venciendo?

DOÑA ALDONZA

Sí á fe,

y en él precavida até  
un cabo de nuestra cuerda;  
al otro está mi marido,  
que, con los suyos atento,  
aguarda sólo el momento  
del ataque convenido.

DON JUAN

Trae gente?

DOÑA ALDONZA

Pocos, mas buenos,  
que por diferentes puertas  
entrarán.

DON JUAN

Que estén abiertas  
se dispondrá.

DOÑA ALDONZA

Eso es lo menos;  
nuestros los alcaides son.

DON JUAN

Robledo, y la gente vuestra?

ROBLEDO

Mucha tengo osada y diestra,  
dispuesta á la rebelión;  
pero sin armas están.

DON JUAN

Cuando hagan al caso iréis  
donde las encontraréis.

ROBLEDO

Instrucciones?

DON JUAN

Se os darán.

Y vos, Samuel?

SAMUEL

Todo está  
preparado á la ocasión;  
Granada con Aragón  
auxilio y favor nos da.  
Mahomad el rey Bermejo,  
á pretexto de embajada,  
envía desde Granada  
un moro de su consejo;  
y pues no han de sospechar  
de un embajador amigo,  
él hará que al enemigo  
puedan avisos llegar.

DON JUAN

El legado del Pontífice  
parte con nosotros toma.

SAMUEL

De rebeliones en Roma  
hay un práctico artífice.

DOÑA ALDONZA

Mas el rey...

DON JUAN

Dejadme hacer;  
disoluto mozalvete,  
le daremos un juguete  
que le sepa entretener.

DOÑA ALDONZA

Estemos muy sobre aviso,  
que tiene más de león,  
cuya sangrienta afición  
saciar antes es preciso.

SAMUEL

Pues si al león, por ventura,  
saciar antes interesa,  
yo le arrojaré una presa  
que satisfaga su hartura;  
y pues aunque entrado en años,  
de ser mozo no dejó,  
al león dormiré yo,  
y al mozo, vuestros amaños.

DOÑA ALDONZA

Tanto amor le he de fingir,  
que milagros ha de hacer  
si es capaz de preveer  
que en mi amor ha de morir.  
Don Enrique?

DON JUAN

Será rey.

DOÑA ALDONZA

Contestó?

SAMUEL

Contestó ya,  
y en sus poderes nos da  
por buenos ante la ley.

DON JUAN

Nos deberá él la corona,  
rey el pueblo castellano,

y el infierno otro tirano  
que le espera, aunque le abona.

DOÑA ALDONZA

Vaya allá, viven los cielos!  
de huésped de Lucifer.

DON JUAN (*A doña Aldonza.*)

Y con él puede correr  
Albar Pérez.

DOÑA ALDONZA (*A don Juan.*)

Tenéis celos?

DON JUAN

No sois vos todo mi afán?

DOÑA ALDONZA

Mas viniendo mi marido...

DON JUAN

Todo está ya prevenido.

DOÑA ALDONZA

Qué decís?

DON JUAN

Juntos irán.

DOÑA ALDONZA

Vuestro amigo?

DON JUAN

Y qué tenemos?

No necesita una presa  
el león? Darémosle ésa.

DOÑA ALDONZA

Don Juan!

DON JUAN

(*Señalando al judío.*) Otra le daremos?

DOÑA ALDONZA

Me entendísteis.

DON JUAN

Bien está;  
despachemos esa gente,

que hace tiempo que impaciente  
también nos espera ya.

(*Éntranse todos en la iglesia, y cuando vuelven  
las espaldas, asoma y sale después don Pedro  
por la puerta que se supone de la casa de  
Diego Pérez.*)

### ESCENA III

DON PEDRO

Por la Virgen de Belén,  
león de sangre sediento,  
se dará el rey por contento  
con la presa que le den!  
Y el cetro de un mozalvete,  
mientras venden á Aragón,  
echarán carne al león  
y al mancebo algún juguete.  
(*Pasea á largos pasos, y dice de repente:*)

Por Dios, que si estando quedo,  
necios á acosarle van,  
cuando ruja se echarán  
entre la hierba de miedo!  
Voto á Dios, bando insensato,  
que hallarás al león, sí;  
pero caerá sobre tí  
silencioso como el gato.

(*Vuelve á pasearse meditabundo.*)  
Quién, necio, al primer embate,  
mal jugador de ajedrez,  
jugando la primer vez  
tira al rey un jaque mate?  
Con trampas y alteraciones  
piensan el juego embrollar?  
Empecemos á jugar  
moviendo algunos peones.  
Blas!

### ESCENA IV

DON PEDRO y BLAS

BLAS

Qué quiere?

DON PEDRO

Ven acá;

paréceme que decías  
que á tu padre vengarías!

BLAS

Sí, por Dios!

DON PEDRO

Empieza ya.

BLAS

No juegue con mi dolor,  
que por Cristo que le juro  
que, aunque plebeyo y oscuro,  
razón me sobra y valor.

DON PEDRO

La paciencia, sin embargo,  
te hace falta; téñla, pues;  
yo sé el matador quién es.

BLAS

Quién?

DON PEDRO

La prudencia te encargo.

BLAS

Prudencia! Y vísteis morir  
á quien me mandáis vengar?

DON PEDRO

Ve la justicia á buscar,  
y hazla contigo venir.

BLAS

De mí burlaros queréis?

DON PEDRO

De Colmenares te olvidas?

BLAS

Ése fué?

DON PEDRO

El mismo.

BLAS

Cien vidas  
que tuviera... Lo veréis.

DON PEDRO

Pues yo le pondré en tus manos  
si traes la justicia tú.

BLAS

Justicia! Por Belcebú  
que es auxilio de villanos!  
Dónde está ese tigre cruel!  
Dadme esa daga, por Dios,  
y hierro, delante vos,  
á puñaladas con él.

DON PEDRO

Y si tal haces, menguado,  
llegarás á tu enemigo  
sin que tropiece contigo  
la justicia de contado?  
Si el golpe yerras por suerte...

BLAS

No temáis, no le erraré.

DON PEDRO

Mejor es que se le dé  
la justicia, que es más fuerte.

BLAS

Ese consejo me dáis,  
y sois soldado del rey?  
Os remitís á la ley,  
y espada al cinto lleváis?  
Guardáos en hora buena  
vuestros consejos, y ahora  
dejadme aguardar mi hora  
mal devorando mi pena;  
porque os juro que un zapato  
no he de volver á coser,  
si es que yo le alcanzo á ver  
y allí mismo no le mato.

DON PEDRO

Bien está, le matarás.

BLAS

Cara á cara?

DON PEDRO

La manera  
ponla tú con tal que muera.



BLAS

Vamos allá.

DON PEDRO

Tente, Blas;  
que tú lo harás, lo repito,  
mas con una condición.

BLAS

Cuál es?

DON PEDRO

En esta ocasión  
la justicia necesito.

BLAS

Para él?

DON PEDRO

Sí; cuando le prueben  
que el delito cometió,  
haré que á tus manos yo  
sentenciado te lo lleven.  
Lo oyes?

BLAS

No lo entiendo bien;  
mas no os puedo resistir;  
voy... y si váis á mentir,  
el cielo os maldiga.

DON PEDRO

Amén.

## ESCENA V

DON PEDRO

Que le mates, eso quiero;  
que quien con su rey se atreve,  
justo es que la muerte lleve  
por mano de un zapatero.  
Que le mates es la ley,  
y así aprenderá de cierto  
que no hay un vivo ni un muerto  
de quien tenga miedo el rey.  
Alguien llega; si es amigo  
de esa gente, antes de entrar  
se tendrá que confesar  
á solas aquí conmigo.

## ESCENA VI

DON PEDRO y DON ALBAR PÉREZ  
DE GUZMÁN

DON ALBAR

(Esta la iglesia será,  
si cuando señas me dieron  
á traición no me mintieron;  
pecho al agua.)

DON PEDRO

Quién va allá?

DON ALBAR

Las ánimas!

DON PEDRO

Adelante!

DON ALBAR

Estáis vos?

DON PEDRO

Por don Enrique.

Y vos?

DON ALBAR

No hay por qué me explique  
sin que el misterio levante.

DON PEDRO

No os dieron aquí una cita?

DON ALBAR

Y aquí os citaron á vos?

DON PEDRO

Sí.

DON ALBAR

Y á mí.

DON PEDRO

Conque á los dos  
aquí se nos necesita.  
Sois Lacerda, Mahomad

ó Roma?... Esperamos hoy  
sus avisos.

DON ALBAR  
Guzmán soy.

DON PEDRO  
Albar Pérez? Perdonad,  
que á conoceros al punto  
no os hubiera detenido.  
Venís, Guzmán, decidido?

DON ALBAR  
Á vencer ó ser difunto.

DON PEDRO  
Eso sí, bien elegimos.  
Ni un cobarde hay con nosotros,  
aunque en mucho más que á otros  
por ofendido os tuvimos.

DON ALBAR  
Mucho sabéis!

DON PEDRO  
Soy el ojo  
derecho de don Samuel,  
y no me recata él  
ni su más mínimo antojo.  
Y os llegó su carta?

DON ALBAR  
Sí.

DON PEDRO  
Ya vísteis lo que decía.

DON ALBAR  
Y vos, pues todo os lo fía.

DON PEDRO  
Como que yo la escribí.  
(Fortuna fué que escribiera,  
que á ciegas le pregunté.)  
Pues si mal no me enteré,  
ya sólo por vos se espera.

DON ALBAR  
Voy, pues, á entrar.

DON PEDRO

Aguardad,  
que pues la suerte es propicia,  
daros quiero una noticia.

DON ALBAR  
Dádmela, pues, y abreviad.

DON PEDRO  
(*Con intención.*) Vuestra mujer os es fiel.

DON ALBAR  
Vive Dios...!

DON PEDRO  
Sé que irritado  
con ella os habéis mostrado.

DON ALBAR  
(*Amostazado.*) Y qué se le importa á él?  
Si contra el rey conspiráis...

DON PEDRO  
Del rey hablaros pensé.

DON ALBAR  
Pues id derecho, que á fe  
que os juro que lo acertáis.

DON PEDRO  
Preso en sus lazos le tiene  
doña Aldonza.

DON ALBAR  
Ya volvéis!

DON PEDRO  
Si de él vengaros queréis,  
hablar de ella vos conviene.

DON ALBAR  
Seguid.

DON PEDRO  
Por si torpe lengua  
su limpieza calumnió,  
sabad que hay quien defendió

vuestra causa... aunque sin mengua.  
Ella tiene al rey cogido,  
mas sólo es para ayudar  
con su amor á conspirar  
á su amigo y su marido.

DON ALBAR

Su amigo?

DON PEDRO

Y vuestro mayor;  
pues á vuestra orden atento,  
no se separa un momento  
de ella, por cumplir mejor.

DON ALBAR

Por quién me tomáis á mí?

DON PEDRO

Por don Albar de Guzmán,  
y á fe que sin mucho afán,  
que vos lo habéis dicho así.

DON ALBAR

Pues estáis mal informado,  
que yo no encargué á ninguno  
mi mujer.

DON PEDRO

Pues hay alguno  
que á su cargo la ha tomado.

DON ALBAR

Quién?

DON PEDRO

Don Juan de Colmenares.

DON ALBAR

Os digo que os engañáis.

DON PEDRO

Nada, don Albar, temáis  
de quien sirve en los altares.  
Pero entrad, que os entretengo.

DON ALBAR

(Aviso más singular!)  
Decidme...

DON PEDRO

Queréis entrar,  
que os esperan?

DON ALBAR

Á eso vengo;  
mas quiero una explicación  
de eso que ahora me habéis dicho.

DON PEDRO

Traéis en fingir capricho?  
Mas, en fin, tenéis razón,  
que delicados asuntos  
son los asuntos de honor.

DON ALBAR

Quien no habla de ellos mejor,  
cerca está de los difuntos.

DON PEDRO

Me provocáis? No hay por qué;  
mas si os ofendéis por esto,  
don Albar, estoy dispuesto  
y el caso os explicaré.

DON ALBAR

Cuándo?

DON PEDRO

Mañana, que fuera  
dar antes que sospechar.

DON ALBAR

Á qué hora y en qué lugar?

DON PEDRO

En mi casa y á cualquiera.

DON ALBAR

Dónde moráis?

DON PEDRO

De mi casa  
haré que os avisen, y...  
Pero entrad, que, pese á mí,  
que el tiempo hablando se pasa.  
(*Sube don Albar las gradas del atrio di-*  
*ciendo.*)

DON ALBAR

(Por Cristo, que me ha metido  
ese hidalgo en confusión!)

DON PEDRO

(*Viéndole entrar.*)

Para una conspiración  
no hay cosa como un marido.

---

ESCENA VII

DON PEDRO

El dardo en el pecho lleva,  
y á fe que le ha de estorbar;  
mas si le quiere tocar,  
la herida él mismo renueva.

(*Se echa á reír.*)

Poco hay en el otro mundo,  
según se ve, de provecho,  
cuando un soldado ha deshecho  
su plan más sabio y profundo.

(*Después de un momento de meditación, con  
ira, marcando el carácter inconstante del  
rey Don Pedro, dice:*)

Torres de orgullo y grandezas,  
necios, levantando están,  
mas otros levantarán  
su torre con sus cabezas.

---

ESCENA VIII

DON PEDRO y BLAS

DON PEDRO

Cumplísteis?

BLAS

Sí.

DON PEDRO

No los veo.

BLAS

Pronto los tendréis aquí,

que más me interesa á mí  
mi venganza, y la deseo.

DON PEDRO

Escucha, Blas.

BLAS

Ya os escucho.

DON PEDRO

Serás capaz de esperar  
á los muertos?

BLAS

(*Con temor.*) Yo?

DON PEDRO

Á juzgar  
por el yo, los temes mucho.

BLAS

Mas la pregunta, á qué asunto?

DON PEDRO

Es que te encargo, en conciencia,  
que tengas mucha prudencia  
si aparece algún difunto.

BLAS

(Cómo, no puedo entender,  
hablar de muertos le gusta;  
nada á este hombre le asusta;  
mas nada le veo hacer.)

(*Uno de los conjurados aparece en el atrio,  
envuelto en el lienzo que le sirve de dis-  
fraz.*)

Cielos!

DON PEDRO

Qué es eso?

BLAS

(*Señalando al conjurado.*) Mirad!  
(*Blas cae de rodillas, con la expresión del  
pavor más concentrado. Don Pedro vuelve  
el rostro con serenidad.*)

## ESCENA IX

BLAS, DON PEDRO y UN CONJURADO

CONJURADO

(Rumor oí, según creo;  
no vendrá mal un paseo  
contra una curiosidad.)

DON PEDRO

Quieto, Blas, ó eres perdido.

BLAS

(Tamaño valor me pasma.)

DON PEDRO

(Dejemos que la fantasma  
nos diga á lo que ha venido.)

CONJURADO

Desventurado mortal,  
que, pecador descarriado,  
á este lugar has llegado,  
quién eres?

DON PEDRO

Si no voy mal,  
poco para muerto sabes,  
pues no conoces en mí  
un vivo que viene aquí  
por negocios harto graves.

CONJURADO

Eres, pues...

DON PEDRO

Del otro mundo,  
donde ya aguardando están  
á Samuel y al de Guzmán.

CONJURADO

(Es nuestro, si bien me fundo.)

(Váse acercando á don Pedro, y mirándole de  
arriba abajo, extraña la capa, echando de me-  
nos el disfraz.)

Que vengas de allá me alegro,  
aunque es tu disfraz muy franco.

DON PEDRO

Es que tú eres muerto blanco  
y yo soy un muerto negro.

CONJURADO

Negro ó blanco, á qué no entrar  
con nosotros?

DON PEDRO

Es que yo  
soy muerto que nunca entro  
donde le puedan cerrar.

CONJURADO

(Traidores hay, pesiamí!)  
Responda quién va, ó es muerto.

(Al acercarse á don Pedro, asiendo éste su daga  
con disimulo, le da de puñaladas y va á caer  
fuera de la escena.)

DON PEDRO

Quien los infiernos ha abierto  
esta noche para tí.

CONJURADO

Cielos!

BLAS

Por San Blas, qué es esto?  
Con los muertos arrogante,  
se los lleva por delante...  
Qué hombre es éste, á Dios opuesto?  
(Vuelve don Pedro limpiando la daga.)

DON PEDRO

Bien muerto está el temerario.  
Por Cristo, que lo acertó  
cuando al conspirar tomó  
para envolverse un sudario.

## ESCENA X

BLAS y DON PEDRO

DON PEDRO

Blas!

BLAS

(Miedo este hombre me da.)

DON PEDRO

Qué tiemblas? Esto te asombra?  
Ven, que un muerto es una sombra,  
y al ver esta cruz se va.  
(*Muestra la daga.*)

BLAS

(Temblando estoy de pavor.)

DON PEDRO

Vamos, qué temes, muchacho?  
No ves cómo los despacho?  
Cálmate y cobra valor;  
que aunque entre el vulgo mantienen  
gran crédito los difuntos,  
en viendo dos vivos juntos  
nunca á amedrentarlos vienen.

BLAS

Así será, pues que veo  
que con ellos os cerráis  
y á estocadas los echáis.

DON PEDRO

Que vengan muchos deseo;  
y aprende á hacerlo de mí;  
que muertos como el que has visto  
no merecen, voto á Cristo,  
sino lo que á ese le dí;  
mas vienen.

BLAS

Es la justicia.

DON PEDRO

Blas: silencio y confianza,  
no malogres tu venganza

por ceguedad ó impericia.  
Aquí tu venganza empieza,  
y si sagaz me ayudes,  
lograrás de Colmenares,  
por lo menos, la cabeza.

BLAS

Mas...

DON PEDRO

Silencio, ya lo ves;  
tú de mi poder testigo  
eres, conque sé mi amigo,  
que te alegrarás después.

BLAS

(Todo es misterios este hombre;  
mas pues me halaga y me ayuda,  
tendré la lengua tan muda  
como su brazo y su nombre.

## ESCENA XI

DON PEDRO, BLAS y LA JUSTICIA

DON PEDRO

Más vale nunca que tarde,  
(*Con autoridad.*)  
que la justicia y la unción  
matan con la detención.

LA JUSTICIA

Quién se atreve?

DON PEDRO

Dios le guarde.

LA JUSTICIA

Para esto llamáis la ronda?

DON PEDRO

Callad.

LA JUSTICIA

Quién manda callar?

DON PEDRO

*(Le dice al oído.)*

Quien puede hacer os ahorcar,  
aunque la faz vos esconda.

*(Bajo á los de la ronda, que le oyen todos  
menos Blas.)*

Esta noche han muerto aquí  
á Pérez el zapatero;

aquí al agresor espero,  
y el cadáver está allí.

En su casa os esconded,  
y cuando mi voz oigáis,  
al que en la calle veáis  
sin más respetos prended.

Y... para todos lo digo,  
ni el reo ni el tribunal  
han de saber, voto á tal,  
que habéis topado conmigo.  
Imparcial que sea quiero  
del agresor la sentencia,  
que tan hombre es en conciencia,  
como el rey, el zapatero;  
conque adentro. *(Al entrar los detiene.)*

Eh! Y escuchad:

con el muerto está su hija;  
nadie importuno la aflija  
por gracia ó curiosidad;  
y cuenta que por torpeza  
ó por malicia, espiar  
ose alguno este lugar,  
porque pierde la cabeza.

*(Entran, y don Pedro les cierra puerta y  
postigo.)*

---

## ESCENA XII

DON PEDRO y BLAS, *que no debe haber  
comprendido la escena anterior que  
pasa entre don Pedro y la ronda.*

BLAS

Qué van á hacer en mi casa?  
No véis que mi padre está...

DON PEDRO

Todo lo he previsto ya;

tú atiende á lo que aquí pasa.  
Tal vez volverán los muertos;  
entre ellos viene sin duda  
Colmenares.

BLAS

Dios me acuda!

DON PEDRO

Y tenga tus desaciertos;  
aunque le veas venir,  
estate quieto á mi lado.

BLAS

Eso no, no; señor soldado,  
si le veo, ha de morir.

DON PEDRO

Pues deja que pasen todos,  
que con tantos atreverte  
fuera correr á la muerte.

BLAS

Lo haré así.

DON PEDRO

De todos modos  
llegó tu venganza, Blas;  
mas que en ninguna ocasión  
divulgue tu irreflexión  
lo que esta noche á ver vas.

---

## ESCENA XIII

DON PEDRO y BLAS *se apartan á un lado;*  
SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR, RO-  
BLEDO, CONJURADOS, *etc.*

DON JUAN

Conque no olvidar, señores,  
que nuestros días son tres;  
el santo y la seña es  
«Ánimas y embajadores»;  
entre tanto, con el moro  
que se aviste cada cual,  
y no le irá á nadie mal,  
ni por armas, ni por oro. *(Vánse muchos.)*

## ESCENA XIV

DON PEDRO, BLAS, SAMUEL, DON JUAN,  
DON ALBAR, DOÑA ALDONZA, ROBLE-  
DO, *etc.*

DON JUAN

Ahora bien; hecho lo hecho,  
este lugar se abandona;  
Enrique tendrá corona  
y nosotros gran provecho.

DOÑA ALDONZA

Adiós, don Juan.

SAMUEL

Dios os guarde.

DON ALBAR (*Á Samuel.*)

Él os ayude, Samuel.

ROBLEDO

Os quedáis?

SAMUEL

Tengo con él  
que hablar.

DON JUAN

Pues decid, que es tarde.

## ESCENA XV

SAMUEL y DON JUAN; BLAS y DON PEDRO  
*ocultos*

SAMUEL

Don Juan, la queréis aún?

DON JUAN

Pues en qué mudanza ha habido?

SAMUEL

No es don Albar su marido?

DON JUAN

Y el peligro no es común?

SAMUEL

Pero...

DON JUAN

No hay en este lance  
averías de fortuna?  
Pues no ha de faltar alguna  
que si me estorba le alcance.  
Mas lo que hablarme teniais...

SAMUEL

Á eso voy; pues sois tan rico  
como yo...

DON JUAN

Qué?

SAMUEL

No me explico?  
En repartir bien hariais  
los gastos entre los dos.

DON JUAN

Vuestra avaricia redobla,  
Samuel, y por cada dobla  
lloráis un cántaro vos.

SAMUEL

Ya véis... Tantos adelantos  
y tan exhausta la caja.

DON JUAN

Ya se os hará una rebaja,  
que por ahora no son tantos;  
mas cuenta con que el dinero  
mucho os duela; tirad de él,  
que en este caso, Samuel,  
la cabeza es lo primero.

SAMUEL

Fío en vos.

DON JUAN

Y sabéis bien  
que por tal parcialidad  
os ofrece Mahomad  
medio reino de Jaén.



SAMUEL

En el moro al fin tendré  
quien me ayude en un azar  
(y un escondido lugar  
donde el tesoro pondré).  
Buenas noches.

DON JUAN

Id con Dios.

## ESCENA XVI

DON PEDRO, BLAS, DON JUAN *y después*  
*la justicia*

DON JUAN

Ambiciosos miserables,  
cuyas manos insaciables  
van siempre del oro en pos.  
Vete en paz hoy, y atesora,  
que yo te haré levantar  
con tres palos un altar  
donde te llegue tu hora.

(*Mira á la casa del zapatero y dice marchándose:*)

Su infortunio me hace duelo;  
mas él se empeñó en morir,  
y entre los dos á elegir,  
quiso lo mejor el cielo.

DON PEDRO (*Á Blas.*)

Ahora tú.

(*Blas se arroja sobre don Juan; y mientras éste se defiende y la justicia los separa, sin que don Juan vea de dónde salen, dice don Pedro:*)

DON PEDRO

Favor al rey!

DON JUAN

Viven los cielos, villano!

BLAS

Y mi padre?

LA JUSTICIA

Echadle mano.

DON JUAN

Qué es esto?

LA JUSTICIA

Ayuda á la ley.

BLAS

Ése á mi padre mató.

DON JUAN

Cómo? Infame!

LA JUSTICIA

Basta ya;  
que ese hombre acusado está.

DON JUAN

Viles, asesino yo!

BLAS

Y aun niega... Dejadme á mí;  
ese hombre muerte merece;  
dádmele, me pertenece,  
yo soy el verdugo aquí.

(*Blas, separado de don Juan, forcejea por llegar á él. Llevan á don Juan por el lado opuesto á la casa de Diego Pérez, y don Pedro coge á Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.*)

LA JUSTICIA (*Á Blas.*)Ea, atrás tú... y venid vos. (*Á don Juan.*)

DON JUAN

Inocente...

LA JUSTICIA

Sí seréis;  
pero allá se lo diréis  
á los jueces.

DON JUAN

Sí, por Dios.

DON PEDRO (*Á Blas.*)

Ven aquí, y en mí te fía.

## ESCENA XVII

DON PEDRO y BLAS

BLAS

Ved que me habéis prometido...

DON PEDRO

Que del crimen convencido,  
 en tus manos le pondría.  
 Pues bien, pasado mañana  
 te avisarán de un lugar  
 donde has de ir á consultar  
 sobre la justicia humana.

BLAS

Qué me importa...

DON PEDRO

*(Dale un bolsillo.)* Calla y ten.  
 Con esto el entierro harás  
 de tu padre y de ese, Blas;  
*(Señalando el sitio donde cayó el conjurado  
 á quien mató don Pedro.)*  
 y callando te irá bien.

BLAS

(De sus ojos tengo miedo;  
 por más que al orgullo acudo,  
 me apura, me opongo, dudo;  
 mas resistirle no puedo.)

*(Entra en su casa, empujado ligeramente  
 por don Pedro.)*

## ESCENA XVIII

DON PEDRO

Bien; nada don Juan sabrá;  
 nada los jueces tampoco,  
 y ese pensamiento loco  
 adelante seguirá.

*(Se echa á reir, y dice yéndose y frotándose  
 las manos con muestras de satisfacción:)*  
 Y es justo que en horca acaben,  
 y al vulgo den que reir  
 muertós que aun han de morir,  
 y que ni la hora saben.





## ACTO TERCERO

---

Gabinete oriental en casa de Samuel Levi, destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas á los lados; mesa con tapete de grana, cojines, etc. Luz artificial

### ESCENA PRIMERA

DOÑA ALDONZA CORONEL y DON JUAN  
DE COLMENARES

DOÑA ALDONZA

Imposible, don Juan; dirán, si quieren, que por capricho mujeril os quise, mas no penséis que mi decoro hollando, así el blasón de los Guzmanes pise. Mucho os amé y os amo todavía, que negároslo aún fuera locura, mas seguiros liviana, Colmenares, tinta en su sangre...

DON JUAN

Basta; estad segura que os comprendo muy bien; en hora buena, trocar por un mal rey un buen marido, que merccía os pareció la pena; mas quien señora en un palacio ha sido, vivir no debe en opulenta casa que de hidalgo solar al fin no pasa.

DOÑA ALDONZA

Me tentáis demasiado la paciencia, señor don Juan; tened esos dicterios, porque pican, pardiez, en insolencia; quien al rey escuchó fué mi venganza; mató á mi padre, y vive en mi memoria.

DON JUAN

Qué diablos! Por tan poco una pendencia queréis armar? No somos hoy tan niños que no alcancemos ya la tecnologia y el sistema de amores y cariños.

DOÑA ALDONZA

Tenéis, don Juan, un alma depravada, incapaz de sentir, é indiferente, dispuesto estáis con sátira insolente á reir de la cosa más sagrada.

DON JUAN

Pues qué queréis? Que á fuer de caballero que errante corre á caza de aventuras, abra un palenque á voz de pregonero y haga astillas por vos un par de lanzas ganoso de cosecha de esperanzas? No es mi propuesta tan difícil cosa; en cualquier asonada repentina, muere á manos de turba codiciosa el patriota mejor tras de una esquina.

DOÑA ALDONZA

Basta ya, por mi vida, Colmenares. Si la lengua arrostré del populacho, del rey don Pedro por vengarme ansiosa, vengo á mi padre y moriré gozosa, todo el mundo verá, por más que os pese,

que el corazón del rey no pretendía quien, aguardando la ocasión, sedienta bebió la sangre que en su pecho había.

DON JUAN

(*Con sarcasmo.*)

Y embozando su amor con su venganza supo astuta volver á su marido, celebrando su triunfo esclarecido; y éste, de su conducta satisfecho, cuando vos le digáis «*Vengué á mi padre*», responderá tranquilo: «*Bien has hecho.*»

DOÑA ALDONZA

Mucho os mofáis, don Juan, de su desgracia, y á su enojo mostráis muy poco miedo cuando sabéis que recordaros puedo que no hablásteis con él con tanta audacia.

DON JUAN

Y por tan bueno me tenéis, señora, que me lanzara á provocarle necio, cuando al fin de la fiesta no sería sino del vulgo fábula y desprecio? Convengamos, al fin, en que por suerte bien entramos á dos nos conocemos, y pues ambos á dos nos descubrimos, nada, por fin, entramos nos debemos. Mas es tiempo de obrar; quede aquí todo, y pues ambos un fin nos proponemos, justo es que cada cual llegue á su modo.

## ESCENA II

DICHOS, SAMUEL y EL EMBAJADOR  
*por el fondo*

SAMUEL

Gracias á Dios!

DON JUAN

Él nos ayude, amigos.

EMBAJADOR

Grave susto nos dísteis, Colmenares.

DON JUAN

(*Frívolamente.*)

Los cielos, vive Dios! me son testigos de que más de una vez me dí por muerto, y de todos el fin tuve por cierto. El oro derramé con manos llenas por penetrar el laberinto oscuro de las dudas que entonces me acosaban; todos los cargos ví que se me hacían, y todos de asesino me culpaban, mas nada á fe de conspirar decían.

SAMUEL

Mas los jueces...

DON JUAN

Asaz interesados, fallaron mi sentencia conforme á su interés, no á su conciencia.

SAMUEL

(*Con satisfacción.*)

La noticia indecisos esperamos, mas cuando esta mañana la supimos, nos reímos, don Juan, y respiramos.

DON JUAN

El caso es muy donoso ciertamente; no se ha visto sentencia más graciosa; mas pasemos, señores, á otra cosa; [guimos. no hay más que hablar, con nuestro plan se-

SAMUEL

Y el rey?

DON JUAN

Oh! Más que nunca confiado, hoy mismo con su mesa me ha brindado; mas yo sé bien, ó me alucino mucho, que espléndido banquete le preparo que ha de costarle, por quien soy, bien caro.

EMBAJADOR

Abreviemos, si os place, de razones.

SAMUEL

Sí, obremos de una vez, que no tenemos á cientos ya á escoger las ocasiones.

DON JUAN

Tenéis razón, amigos, empecemos.  
Los de Aragón...? (*Á doña Aldonza.*)

DOÑA ALDONZA

En la ciudad entraron;  
Guzmán con ellos la señal espera,  
y aquí vendrá, si la ocasión le ayuda,  
favorecido por la sombra muda.

EMBAJADOR

Mañana nos dará pública audiencia  
el rey en el alcázar.

DON JUAN (*Al Embajador.*)

Ese tiempo le da nuestra sentencia;  
ea, pues, ya sabéis cuánto hace al caso;  
emprended del oráculo la farsa,  
que entre la turba de cristianos locos  
que por mentiras os darán dineros,  
entrarán de los nuestros unos pocos;  
no me los confundáis con la comparsa.  
(*Á doña Aldonza con galantería.*)  
Dadme el brazo, señora,  
si aun alcanzo á serviros de escudero.

DOÑA ALDONZA

Pues no podéis ya ser mi caballero,  
la última vez tomadle por ahora.

## ESCENA III

SAMUEL y EL EMBAJADOR

SAMUEL

Dejemos á esos necios embriagados  
en sus ciegas y torpes vanidades.

EMBAJADOR

Hablad de don Enrique.

SAMUEL

Ya consiente  
en dar á Mahomad esas ciudades  
que le pide, tal vez muy exigente;

pero es justo sin duda  
que pague cara su eficaz ayuda.

EMBAJADOR

Dará, pues, los poderes necesarios?

SAMUEL

No; pero pues tan varios  
sucesos prestarán mil ocasiones  
de ellas, se quitarán las guarniciones,  
y con faz de sorpresa  
tomaréis lo que os toque de la presa.

EMBAJADOR

Quedará, pues, Castilla  
reducida á un pedazo de terreno...

SAMUEL

Sí, donde ondule el pabellón ajeno.

EMBAJADOR

Permitid que os replique,  
Samuel, puesto que tanto os interesa,  
según se ve, su causa,  
por qué aquí no os quedáis con don Enrique?

SAMUEL

No más reyes, que pobres y altaneros  
nos adulan, menguando su grandeza,  
y nos pagan después, crueles y fieros,  
dando á su pueblo ruin nuestra cabeza.  
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro  
desde hoy ofrezco, si los quiere, al moro.

EMBAJADOR

Ya véis lo que os escribe  
mi rey, y claro está que os los recibe.

SAMUEL

Llevad á cabo, pues, lo comenzado.

EMBAJADOR

Habéis ya á nuestras gentes avisado?

SAMUEL

Hoy avisados fueron;  
mis amigos y fieles servidores  
por el vulgo las nuevas esparcieron

de que el muy sabio embajador que cura  
del ánimo y del cuerpo los dolores,  
á admitir se dispone sus visitas,  
y ya el crédulo vulgo se apresura  
á consultar al mago  
en el silencio de la noche oscura.

EMBAJADOR

Está bien; á los jefes instruidlos  
del ridículo oráculo:  
lo que importe decidlos,  
yo al vulgo engañaré.

SAMUEL

Y poned cuidado;  
vendrá larga caterva de importunos  
y de necias muchachas engañadas,  
tras de esperanzas mentirosas unos,  
tras de ventura y predicciones otros,  
pero vendrán entre ellos  
*las ánimas*, que esperan de nosotros,  
no plegarias mentidas ni oraciones,  
sino armas afiladas,  
el oro y las secretas instrucciones  
que les serán por vuestro labio dadas.

EMBAJADOR

Presto, pues, el oráculo empecemos;  
á los nuestros daremos lo que importa,  
y al vulgo sin razón le mentiremos.  
(*Samuel y el Embajador vánse por la derecha.*)

## ESCENA IV

DON PEDRO, PADILLA *y* DOS BALLESTEROS DE SU GUARDIA, *que aparecen en seguida por una puerta falsa de la izquierda.*

DON PEDRO

Aquí, lebreles, y alerta!  
Á la primera señal,  
le echáis al cuello un dogal  
y le ahorcáis en esa puerta.

PADILLA

Ved que es ese hombre, señor,  
embajador de Granada.

DON PEDRO

No acuso, pues, la embajada  
si cuelgo al embajador?  
(*Padilla y los ballesteros se retiran; don Pedro va á ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared.*)

Yo cazo por afición,  
ya un insecto, ya una fiera;  
pues hallo esta ratonera,  
cacemos este ratón.

## ESCENA V

DON PEDRO *y* EL EMBAJADOR

(*Vuelve el moro, y al cerrar la puerta, se halla cara á cara con don Pedro, que echa mano á la llave y quedan un momento en silencio mirándose uno á otro.*)

DON PEDRO

Buenas noches nos dé Dios.

EMBAJADOR

(*Por dónde ha entrado este hombre?*)

DON PEDRO

Nada hay aquí que os asombre.

EMBAJADOR

Sois...?

DON PEDRO

Un hombre como vos.

EMBAJADOR

De la casa?

DON PEDRO

Justamente.

EMBAJADOR

Amigo de don Samuel?

DON PEDRO

Mucho.

EMBAJADOR

Y por mandato de él  
venís á mí?

DON PEDRO

Cabalmente.

EMBAJADOR

Pero en mi mente no cabe...  
sin tropezaros en mí,  
cómo habéis entrado aquí?

DON PEDRO

Por el ojo de la llave.

EMBAJADOR

Qué es esto? Venís de mofa?

DON PEDRO

Unos muertos no esperáis?  
Que se aparezcan dudáis,  
pues, las gentes de esa estofa...

EMBAJADOR

Cómo!

DON PEDRO

No oísteis decir  
que un muerto espíritu es  
y no necesita pies  
ni por dónde, para ir  
ni venir?

EMBAJADOR

Mas no comprendo,  
por Alá.

DON PEDRO

Tened paciencia;  
yo os explicaré mi ciencia,  
y ya lo iréis comprendiendo.  
(*Tiéndese don Pedro en un almohadón, y  
sigue diciendo en tono burlón:*)Hay sabios tan pobrecitos  
que, tras cualquier embustero,  
se van hacia el matadero  
dóciles como cabritos.Hay muertos tan infelices  
que, á pocas apariciones,  
á tumbos y á tropezones  
dan en tierra de narices;  
y hay astrólogos tan rudos,  
tan menguados adivinos,  
que en lo que hace á sus destinos  
sus horóscopos son mudos.*(Hace el moro un movimiento de resistencia.)*No resistáis, voto á tal,  
que vengo muy bien armado,  
y cogiéndoos descuidado  
el combate no es igual.  
Que sois he oído decir  
un mago más que mediano;  
tomad, aquí está mi mano;  
*(Tiende la mano armada con guantelete.)*  
decidme mi porvenir.

EMBAJADOR

(Disimulemos, pardiez,  
quién es hasta descifrar.)  
Aunque era justo negar  
respuesta á tanta altivez,  
porque no cede la ciencia  
á la fuerza ó la amenaza,  
os disimulo la traza  
de tan rápida exigencia.

DON PEDRO

Ved que también adivino  
soy, y á mi vez os diré,  
poco ó mucho, lo que sé  
que os guarda vuestro destino.

EMBAJADOR

Entonces esta molestia  
nos podemos excusar.

DON PEDRO

(Aun voy con él á cerrar  
como quien caza una bestia.)  
Conque no sabéis decir,  
ni mirando á lo pasado,

lo que ha sido de un soldado,  
ni cuál es su porvenir?

EMBAJADOR

(Dudando estoy.)

DON PEDRO

Bien está;  
pues reservado os guardáis,  
fuerza es que de vos oigáis  
lo que fué y lo que será.  
Vos fuísteis Marcos Martín,  
que en sus traidores afanes,  
servísteis á los Guzmanes,  
y les vendísteis por fin.  
La razón os la diré;  
cuando un bastardo ser quiso  
rey de Castilla, preciso  
buscar un veneno fué.

EMBAJADOR

Cielos!

DON PEDRO

Le aprontásteis vos.  
Descubierto, con el oro  
que hurtásteis, fuísteis al moro  
y renegásteis de Dios.  
Ayudando al rey Bermejo  
en Granada á conspirar,  
cuando rey se hizo llamar,  
os hizo de su consejo.  
(Un momento de pausa.)  
Te he dicho, Marcos Martín,  
lo que ha sido tu pasado;  
atiende ahora con cuidado,  
que voy á hablar de tu fin.  
Ó con la mía se acuerda  
tu voluntad desde hoy,  
ó te juro, por quien soy,  
que bailas en una cuerda.

EMBAJADOR

(Rendirse sin pelear  
fuera locura extremada.)

DON PEDRO

(Con altivez.) Qué dices?

EMBAJADOR

No digo nada.

DON PEDRO

Eso es negar, ú otorgar?

EMBAJADOR

(Arrancando con indignación.)  
Por quién me tomáis á mí,  
mortal miserable y necio,  
que viene á poner á precio  
mis pareceres aquí?  
Necio de mí, si mi ciencia  
quién sois no me revelara!

DON PEDRO

Y es perspicacia tan rara  
de tu ciencia, ó tu conciencia?

EMBAJADOR

Vos, criado entre traidores,  
traiciones doquier soñáis;  
de las estrellas dudáis,  
de sabios y de doctores.  
(Con tono de inspiración; don Pedro trémulo de ira.)  
Yo vine de mi señor,  
con mi ciencia poderosa,  
de vuestra nación leprosa,  
médico y embajador.  
Y de una historia indecente  
me hacéis el protagonista?

DON PEDRO

(Levantándose, dando una patada en el  
suelo.)  
Nuestra Señora me asista,  
y aun hablará el insolente!  
Escucha, sabio doctor  
y embajador compasivo,  
voy á desollarte vivo  
y á mandarte á tu señor.  
Piensas que tengo tan flaca  
la memoria, ó tan menguado  
el enojo, que irritado  
mi cólera el tiempo aplaca?  
Siervo apóstata, asesino



mal comprado, vil ladrón,  
piensas que es tu salvación  
ese disfraz de adivino?  
Despoja de esos trebejos.  
*(Arráncale de un tirón la capellina que le  
cubre todo.)*  
Padilla!

---

ESCENA VI

DICHOS, PADILLA y DOS BALLESTEROS

*(Padilla y los ballesteros aparecen á la voz de don Pedro; mientras Marcos no acierta á volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demás útiles que han de servir para el disfraz de don Pedro, y le llevan.)*

DON PEDRO

Á ese embajador  
servirás de confesor;  
guárdale bien, y no lejos.

---

ESCENA VII

DON PEDRO

Darán al mozo un juguete  
y alguna presa al león!  
Por Dios que de diversión  
servirán al mozalvete.  
*(Hace lo que va diciendo.)*  
Cálome esta mantellina;  
coloco la luz de modo  
que en sombra quede yo todo,  
mientras el resto se ilumina.  
Abro, me cubro, me siento,  
y á adivinar me preparo;  
á fe mía que muy caro  
pagan mi entretenimiento.

ESCENA VIII

DON PEDRO y BLAS

BLAS

Este es sin duda el doctor.

DON PEDRO

Quién va?

BLAS

Blas Pérez.

DON PEDRO

*(Por Cristo  
que está al reclamo bien listo.)*  
Diga pues.

BLAS

*(Dáme pavor  
tan melancólica estancia.)*  
Es el caso... yo... *(No sé  
cómo empezar.)*

DON PEDRO

*(Siempre fué  
tan cobarde la ignorancia.)*  
En fin, qué quiere de mí  
Blas Pérez?

BLAS

Venganza quiero.

DON PEDRO

Y de quién?

BLAS

De vos la espero,  
pues me encaminan aquí.

DON PEDRO

Y qué es ello?

BLAS

Ello es, señor,  
que hace tres noches, en una  
lluviosa y negra, oportuna

para el cobarde y traidor,  
mi padre...

DON PEDRO

(*Interrumpiéndole.*) Bien, le mataron.

BLAS

Sí; murió á manos de un hombre...

DON PEDRO

Colmenares, sé su nombre.

BLAS

El hecho, pues, os contaron?

DON PEDRO

Qué es mi saber en esencia  
si lo pasado no acierto?

BLAS

(Si le habrán dicho que ha muerto  
los hombres y no su ciencia!)

DON PEDRO

Sea como quiera, adelante;  
un soldado te ayudó,  
y por él la ronda dió  
tras de ese hombre en el instante.  
Á él te arrojastes audaz,  
mas te detuvo un soldado,  
que aún no era el tiempo llegado  
para tal temeridad.

BLAS

Todo lo sabéis sin duda,  
y puesto que á vos me envían,  
está claro que sabían  
que me podéis dar ayuda.

DON PEDRO

No te la dió el tribunal?

BLAS

(*Con desprecio.*) Si Dios otra vez naciera,  
y entre sus uñas cayera,  
pásaralo, á fe, muy mal.

DON PEDRO

No hay, pues, justicia en Sevilla?

BLAS

Fué mi padre zapatero.

DON PEDRO

Quién en la ley es primero?

BLAS

Los más ricos en Castilla.

DON PEDRO

Mire el mozuelo insolente  
lo que dice antes de hablar.

BLAS

Ved si me habéis de vengar,  
ó me vuelvo.

DON PEDRO

Blas, detente;  
tan mal te trató la ley  
que así decidido estás?

BLAS

Y no me volviera atrás,  
aunque atropellase al rey.  
Oh! Mataré á Colmenares  
donde quiera que halle espacio,  
en la calle ó en palacio,  
aun al pie de los altares.

DON PEDRO

Impío!

BLAS

Seré imparcial;  
obraré con mi enemigo  
como el tribunal conmigo.

DON PEDRO

Pues cómo obró el tribunal?

BLAS

Qué, no lo sabéis, señor?  
El tribunal, por su oro,

le priva un año del coro,  
que en vez de pena es favor.

DON PEDRO

Eso más?

BLAS

Conque es decir  
que al cabo, por buena cuenta,  
cobra como antes su renta  
al coro sin asistir.

Ved, pues, si tengo razón;  
y si vuestra ciencia alcanza  
á mi padre á dar venganza,  
buscad presto la ocasión.

DON PEDRO

(Fuego de Dios en el mozo  
y qué derecho se va  
á su asunto.) Bien está;  
concédote sin rebozo  
la razón, pues es tan clara;  
y pues por venganza vienes,  
á que te ponga te avienes  
al matador cara á cara?

BLAS

Que si me avengo? Sí á fe!

DON PEDRO

Mañana á palacio irás;  
con eso paso te harás (*Dale una seña.*)  
hasta donde alguien esté  
que te ponga en la ocasión.

BLAS

Yo á palacio! Fuera yerro;  
me echaran de él como á un perro  
al saber mi condición.

DON PEDRO

Si á tu padre has de vengar  
tal orden has de cumplir.

BLAS

Con esto á palacio he de ir...  
Y qué falta me hace entrar?

DON PEDRO

Obedece á tu destino,  
que así dispone que muera,  
porque si le matas fuera  
te ahorcarán por asesino.

BLAS

Vos queréis hacer el bu,  
y puede ser... vive el cielo...!

DON PEDRO

Obedece, rapazuelo,  
á quien sabe más que tú.  
(*Don Pedro se levanta y le pregunta con  
imperio.*)  
Díste á Diego sepultura?

BLAS

Se la dí.

DON PEDRO

Y al otro?

BLAS

(*Asombrado.*) Cómo!  
Sabéis también...!

DON PEDRO

Pies de plomo  
necesita esta aventura;  
ténlos, y no olvides, Blas,  
que quien con muertos pelea,  
es muy posible que lea  
tus pensamientos, y más.  
Con la bolsa del soldado  
enterrastes á los dos?

BLAS

La misma noche. (Por Dios,  
que esto no se lo han contado.)

DON PEDRO

Hablarán los que lo hicieron?

BLAS

Su oficio es sólo enterrar.

DON PEDRO

La lengua, pues, se han de atar,  
ó sepultura se abrieron;  
mañana á palacio.

BLAS

Iré.

DON PEDRO

Me tienes más que decir?

BLAS

Nada más.

DON PEDRO

Te puedes ir,  
y hasta mañana.

BLAS

Os veré?

DON PEDRO

No te prometió el soldado  
darte á Colmenares?

BLAS

Sí.

DON PEDRO

Pues lo que él promete, á mí  
cumplir me está encomendado.  
(*Al despedirle.*)

Y cree, Blas, al adivino;  
quien los misterios no calla  
de este cuarto, por él halla  
del otro mundo el camino.

BLAS

(Seguiré á fe su consejo,  
que todo este hombre lo sabe,  
y el negocio es harto grave,  
pues que se arriesga el pellejo.)

DON PEDRO

Qué aguarda?

BLAS

Yo más quisiera  
preguntar... Mas tengo miedo.

DON PEDRO

Vete, que en vengarte quedo.

BLAS

Mas decid...

DON PEDRO

Váyase fuera.

---

## ESCENA IX

DON PEDRO

Mató á Pérez, Colmenares,  
y el crimen pagando en oro,  
privándole un año del coro...  
Y matan á otros pelgares  
por robar un alfiler!  
Bien... La justicia atropella  
mi justicia? Haré con ella  
lo que ella acostumbra á hacer.  
Alguien llega. Quién va allá?  
(*Vuelve á colocarse, como al principio, á la  
sombra de la lámpara.*)

---

## ESCENA X

DON PEDRO y ROBLEDO

ROBLEDO

Ánimas y embajadores.

DON PEDRO

(Aquí empiezan los traidores.)  
Está todo?

ROBLEDO

Todo ya;  
sólo falta repartir  
el oro que ha de pagar

los brazos que han de lidiar  
y armas con que han de reñir.

DON PEDRO

Tomad; en ese bolsón  
lo necesario tenéis;  
las armas encontraréis  
en San Benito.

ROBLEDO

No son  
los monjes del rey amigos?

DON PEDRO

Que eso crean es muy bueno,  
que así estará el rey ajeno  
de haberlos por enemigos.

ROBLEDO

Eso sí, podéis fijar  
seña y hora.

DON PEDRO

Con prudencia,  
meted gentes en la audiencia  
que mañana me han de dar.

ROBLEDO

Luego mañana...

DON PEDRO

Así es;  
al oír el esquilón,  
sable en mano y al salón.

ROBLEDO

Allí muere á nuestros pies.

DON PEDRO

Quién parecer le ha pedido?

ROBLEDO

Á un mismo fin coligados  
no estamos todos?

DON PEDRO

Pagados  
no habéis vosotros venido?

ROBLEDO

La canalla sí, yo no.

DON PEDRO

Qué prendas derecho os dan  
á ser más? En dónde están  
las gentes que pagáis?

ROBLEDO

Yo?

Soldado valiente soy,  
que arriesgo en esta partida,  
si no mis doblas, mi vida.

DON PEDRO

Por canalla, pues, os doy,  
que eso arriesga la canalla  
cuando á los palacios osa,  
y es que no tiene otra cosa  
que perder en la batalla.

ROBLEDO

Vive Dios!

DON PEDRO

Calle, y va bien,  
que pues en esta querella  
arriesga él tanto como ella,  
canalla será también.

ROBLEDO

Hombre soy...

DON PEDRO

Por Satanás,  
he aquí lo que son soldados!  
Beben y riñen osados,  
y no sirven para más.  
Robledo, llévate ese oro;  
las armas en San Benito,  
y mañana, al primer grito,  
en el salón junto al moro.

ROBLEDO

Pensáis, pues, hereje vil,  
que, muchachos de una escuela,  
nos lleváis tan sin cautela

como ovejas al redil?  
Iguales hemos de ser,  
pues lidiamos por igual;  
ó váis á pasarlo mal,  
por vida de Lucifer,  
que no faltará quien, roto  
algún cabo de la rueda,  
romper el círculo pueda...

DON PEDRO

(Si habla mucho le acogoto.)  
Digoos que iréis á palacio  
con vuestra gente pagada,  
y á la primer campanada,  
fuego; y no os andéis reacio  
porque paga vuestro cuello.

ROBLEDO

Pues bien.

*(Don Pedro impaciente se levanta, y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, váse hacia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas armadas de acicates y mallas, á usanza de los caballeros cristianos.)*

DON PEDRO

Eh, largo de aquí.

ROBLEDO

*(Mirándole á los pies.)*  
Santo Dios! Calzan así  
los moros?

DON PEDRO

(Topó con ello.)

*(Llévale don Pedro á la fuerza hasta la puerta, y dícele con voz siniestra:)*  
Dicen que es por las pezuñas  
fácil con el diablo dar. *(Muéstrale un pie.)*  
Ay si llegáis á contar  
que le habéis visto las uñas!  
*(Le enseña una mano armada de guantelete  
y cierra la puerta, dejándole fuera.)*

## ESCENA XI

DON PEDRO

Si le digo al fin quién soy,  
á darle muerte me obligo;  
mas si quien soy no le digo,  
todo lo descubre hoy.  
Oh, harále prudente el miedo.  
Padilla!

## ESCENA XII

DON PEDRO y PADILLA

DON PEDRO

Si á San Benito  
no va, por Cristo bendito  
que me prendáis á Robledo.

PADILLA

Han de recelar, señor,  
los demás de esa medida.

DON PEDRO

Pues prométele la vida.

PADILLA

Dineros fueran mejor,  
que tal vez desesperado,  
si alcanza que ha de morir,  
se negará á consentir,  
á su partido obligado.

DON PEDRO

Entonces poco me importa:  
si se niega, le ahorcarás,  
y tras él á los demás.  
Así es la función más corta.

PADILLA

Si permitís que os pregunte  
sin desacato, señor,  
no era eso mucho mejor?

DON PEDRO

Mil gracias por el apunte.

PADILLA

Si os ofendí, perdonad.

DON PEDRO

No sabéis que ellos decían  
que al león entretendrían?  
No se entretiene en verdad?  
Dúrale la diversión  
mientras el hambre no le apura;  
esto es, el juguete dura  
mientras harto está el león.

PADILLA

Pero advertidos de cierto  
tarde ó temprano...

DON PEDRO

Ya basta;

Padilla, mientras se gasta  
mi juguete, me divierto.

PADILLA

Mas no perdáis la ocasión  
por un infantil capricho.

DON PEDRO

Me divierto, y está dicho,  
darles quiero una lección.  
Ya viste el vulgo necio  
que se agolpaba al umbral;  
no merece, voto á tal,  
mi burla con mi desprecio?  
En pos viene del oráculo  
de un decantado adivino,  
y le usurpa ese asesino  
de la ciencia el tabernáculo.  
Contra su rey conjurados  
porque igual premia y castiga,  
en larga y secreta liga  
su alcázar minan osados.  
Al vulgo insensato admiran,  
y á pretexto de arte mágico,  
á un fin más sangriento y trágico  
con sus misterios conspiran.  
Ahora bien; pues cazadores  
sin tiento, cuadrilla loca,  
de su cueva hasta la boca

siguen al león vencedores,  
de sus peñas al abrigo  
saldrá el león de repente.

PADILLA

Mucho ese dicho insolente  
os picó.

DON PEDRO

Padilla amigo,  
confiésolo, pues me obligas;  
los tigres, los elefantes  
provocan al león pujantes,  
mas le insultan las hormigas.  
Oh! Pues astuto y mañero  
todas por fin las junté,  
mañana las pisaré  
al cegar el hormiguero!  
*(Padilla se retira á una señal de don Pedro.)*

## ESCENA XIII

DON PEDRO *vuelve á colocarse tras de la  
mesa, como antes, y sale TERESA con  
manto que le cubre el rostro.*

TERESA

Sois vos el sabio doctor  
que duelos del alma cura?

DON PEDRO

No es mi ciencia tan segura  
que alcance á todo dolor.  
Quién sois?

TERESA

Soy una mujer  
pobre, triste y desvalida,  
á este lugar impelida  
por sus cuitas.

DON PEDRO

Puede ser  
que contenta no salgáis,  
pues siendo tan desdichada,

la verdad no será nada propicia. Cómo os llamáis?

TERESA

Mi nombre, qué importa aquí?  
Sé que obedece la ciencia  
con lisonja á la opulencia,  
mas yo del vulgo nací.  
(*Deja en la mesa una moneda.*)  
Sin embargo, esto es, señor,  
cuanto pobre os puedo dar;  
ved si eso puede comprar  
vuestra ciencia.

DON PEDRO

No es valor  
que se paga con dinero;  
guardáos eso; decid  
lo que queréis, y advertid  
que en todo ayudaros quiero.

TERESA

Dos cosas que consultar  
tengo.

DON PEDRO

Decid la primera.

TERESA

Saber en dónde, quisiera,  
á un soldado podré hallar.

DON PEDRO

La segunda.

TERESA

El nombre oír  
del traidor que hace tres días  
mató á mi padre.

DON PEDRO

Teníais,  
antes del padre morir,  
sospecha de azar tan duro?

TERESA

Si lo hubiera sospechado,  
señor, le hubiera salvado.

DON PEDRO

(Es ella? Aún no estoy seguro.)  
Murió tu padre en la calle?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

Á puñaladas?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

Eran pasadas  
las ánimas al matalle?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

De ello testigo  
fué ese soldado á quien vas  
buscando?

TERESA

Así fué.

DON PEDRO

Quizás  
le amaste?

TERESA

Mostróse amigo  
de mi padre, y...

DON PEDRO

Dí á tu hermano  
que aquel que mañana vea  
que en la audiencia real pasea  
departiendo mano á mano  
con el rey, ese es el hombre...  
Y en cuanto á ese otro soldado  
á quien buscas, ha mudado  
traje, condición y nombre.

TERESA

Pero verle no podré?



DON PEDRO

Y si el que buscas no es ya,  
de qué hallarle te valdrá?

TERESA

Mis cuitas le contaré;  
las fiaré á su cuidado,  
y amante ó compadecido,  
valiente sé que ha nacido,  
y obrará como soldado.

DON PEDRO

Mucha fe tienes en él.

TERESA

Le amo, y vengárame al cabo,  
que le llaman Pedro el Bravo.

DON PEDRO

Y también Pedro el Cruel.

TERESA

No será entre las mujeres  
donde use nombre tan fiero.

DON PEDRO

Tanto le quieres?

TERESA

Le quiero.

DON PEDRO

Pues, Teresa, no le esperes;  
Pedro es un valiente, sí;  
te vengará, porque es justo;  
mas aunque oirlo te dé susto,  
no es ya Pedro para tí.

TERESA

Razón no alcanzo, señor.

DON PEDRO

Hay entre ambos largo trecho,  
y es un mal que ya está hecho.

TERESA

Todo lo iguala el amor.

DON PEDRO

Imposible!

TERESA

Yo no digo  
que si es rico, noble, avaro,  
mi amor me pague tan caro,  
si con mi amor no le obligo.  
Si (aunque pensarlo me pesa)  
con otra casado está,  
el daño mortal será,  
no para él, para Teresa.  
No le humillará mi amor;  
si venga á mi padre y lava  
mi afrenta, seré su esclava,  
porque él será mi señor.  
Si á alguien con amarle ofendo,  
nadie me podrá estorbar  
que pueda en silencio amar  
objeto que no pretendo.

DON PEDRO

(Pobre muchacha!) Y si fuese  
Pedro un falso y un traidor?

TERESA

No conseguirá un error  
que por él no me interese;  
aun si miente, le amaré.

DON PEDRO

Y si es un vil, cuyo oficio  
te infama?

TERESA

Haré un sacrificio,  
y su infamia partiré.

DON PEDRO

Y si su conducta loca,  
con depravada intención,  
á tu orgullo con razón

y á tu honor, Teresa, toca,  
le amarás?

TERESA

Siempre, aunque triste  
lloraré mi desventura,  
y no habrá fin mi amargura  
si es verdad.

DON PEDRO

Tú lo dijiste;  
él sabía que hasta tí  
no se podía bajar,  
y te enamoró á pesar.  
Quieres aun buscarle?

TERESA

Sí.  
La última vez verle quiero,  
y en nombre de aquel amor  
voy á encomendar, señor,  
mi venganza á un caballero.

DON PEDRO

Sí, por Dios! Y no te engaña  
tu amor, que si te ha mentido,  
te vengará arrepentido,  
que es quien es. (Mujer extraña!  
Veamos.) Antes tuviste  
que él otro amor?

TERESA

Le olvidé.

DON PEDRO

Quiérete aún?

TERESA

No lo sé.

DON PEDRO

Dice...?

TERESA

Que sí.

DON PEDRO

Mal hiciste.  
Toma ese anillo; al mostrarle,  
paso en palacio te harán,  
y hasta el rey te llevarán.

TERESA

Al rey!

DON PEDRO

Á él debes llevarle;  
Pedro Bravo estará allí;  
háblale... y lleva contigo  
al alcázar á ese amigo  
que anda perdido por tí.

TERESA

Y qué relación...?

DON PEDRO

No dudes,  
Teresa; de qué en conciencia  
me serviría la ciencia,  
á que confiada acudes,  
si remedio no te hallara?  
Ve á palacio, y de contado  
verás á Diego vengado,  
y á Pedro Bravo la cara.  
Quieres más?

TERESA

Si no temiera  
que mi empeño...

DON PEDRO

Di y concluye.

TERESA

De mí Pedro Bravo huye  
por desamor?

DON PEDRO

Necio fuera!  
Te quiere cada vez más;  
pero sigue mis consejos;

ama á Pedro desde lejos,  
no se lo digas jamás.

TERESA

Me aterráis!

DON PEDRO

Tú eres muy bella,  
él es mozo, y aunque bueno,  
su amor es bruto sin freno,  
que cuanto alcanza atropella.  
Harto dije; vete pues.

#### ESCENA XIV

DON PEDRO

Con su deshonra, qué gano?  
No quiero ser tan villano  
con quien tan sincera es.  
Casta y sencilla paloma  
presa en las redes de amor,  
que vayas libre es mejor  
que cruel gavilán te coma.  
Yo te vengaré de mí,  
y al ver quién era y quién soy,  
en que has de estimar estoy,  
por lo que soy, lo que fui.  
Quién va?

#### ESCENA XV

DON PEDRO y JUAN *con mandil  
y cuchillas al cinto*

JUAN

Juan Cortacabezas,  
con todos sus menesteres.

DON PEDRO

Voto á San Gil! Y qué quieres?

JUAN

Sabedor de mis proezas,  
aquí me envió don Samuel  
para que hablara con vos;

conque bien sabréis los dos  
para qué me envía él.

DON PEDRO

(Quién es este zafio?) Oriéntame  
de tus hazañas, y á ver  
si me sirves.

JUAN

Que saber  
no hay mucho.

DON PEDRO

Despacha, cuéntame.

JUAN

Llámome Juan; soy de oficio  
carnicero (ó cortador,  
si así os place), y tanto amor  
le profeso á mi ejercicio,  
que vendo al sol, y peleo  
por la noche, y de este modo,  
aunque igual no valga todo,  
siempre es igual el empleo.

DON PEDRO

Entiendo; conque es decir  
que eres de esos que en Sevilla  
ponen precio á una cuchilla  
sin ir al rey á servir?

JUAN

Ya ve usaré, nunca falta  
quien refunfuñe de todo.

DON PEDRO

Pues ya se ve.

JUAN

De ese modo  
siempre á un buen hombre le asalta...  
pues... dan en decir algunos  
que siempre mi calle á oscuras  
está, y otras mil locuras  
que á la fin...

DON PEDRO

Toma... (*Dáale un bolsillo.*)

JUAN

Hay aquí  
precio?

DON PEDRO

De un hombre no más.

JUAN

Bien vale, por Barrabás!

DON PEDRO

Te dijo el nombre Leví?

JUAN

No.

DON PEDRO

Pues mañana temprano  
ve al alcázar, y que hacer  
te darán.

JUAN

Ya empiezo á ver;  
válgame Dios soberano!  
Yo oí decir que hay quien piensa  
que el rey... Oh, si fuera cierto!  
(*Don Pedro le echa una mirada de desprecio,  
diciéndole con tono de ambigua interpreta-  
ción:*)

DON PEDRO

Juan, si tienes buen acierto  
doblarán la recompensa.  
Vete.

JUAN

Si supiera tal!

## ESCENA XVI

DON PEDRO

Cortacabezas! Buen nombre!  
Mañana veré si á ese hombre  
se le han dado bien ó mal.  
Padilla!

## ESCENA XVII

DON PEDRO *y* PADILLA; *después* MARCOS  
MARTÍN *entre dos guardias*

DON PEDRO

Tráeme á ese mago.

*(Á Marcos.)*

Martín, pues tan mal empleas  
tu ciencia, es fuerza que veas  
los horóscopos que yo hago.  
Ven acá; ese pergamino  
has de escribir á Samuel,  
y vas á fijar en él,  
bueno ó malo, tu destino.  
Díle que oportuna ausencia  
es del caso; que está todo  
previsto, y que haga de modo  
que estén todos en la audiencia.

*(Marcos escribe. Don Pedro le mira con es-  
crupulosa atención.)*

Y ve que si un garabato  
te veo hacer que no entienda,  
tu vida tengo por prenda...  
Escribe limpio, ó te mato.

*(Toma don Pedro el pergamino y lo exami-  
na detenidamente.)*

Está bien; á una prisión  
llevadle, y á la hora dada,  
mañana irá su embajada  
á dar al rey al salón.

*(Asen los ballesteros á Marcos, que ha quedado  
en pie junto á la mesa donde escribió, y al  
pasarle por delante de don Pedro, le dice  
éste:)*

Si obedeces, vivirás;  
de otro modo, tu torpeza  
te costará la cabeza.

(*Salen, y Padilla vuelve á la voz de don Pedro.*)

Padilla.

(*Mientras vuelve Padilla, don Pedro cierra la puerta por donde han entrado los que se supone venir de la calle, y descorre el cerrojo de la del fondo, que se supone dar á las habitaciones interiores de Samuel. Hecho esto, y puesto el pergamino en parte visible de la mesa, váse hacia don Diego García de Padilla.*)

## ESCENA XVIII

DON PEDRO y PADILLA

DON PEDRO

Con él irás;  
que no hable ni al confesor,  
y en cumpliendo su embajada,  
en una caja cerrada,  
la cabeza á su señor.

PADILLA

No le dijísteis...?

DON PEDRO

Lo siento;  
mas tener cuenta es preciso  
del refrán con el aviso:  
*quien hace un cesto hará ciento.*







# ACTO CUARTO

---

## PARTE PRIMERA

---

Galería corta, con puerta en el fondo, en el alcázar de Sevilla

### ESCENA PRIMERA

DON PEDRO *y* DOÑA ALDONZA

DON PEDRO

Eso dicen! Vive Dios,  
Aldonza, que no lo entienden!  
Si aún nos queremos los dos,  
bien lo véis, hermosa, vos.

DOÑA ALDONZA

Meter cizaña pretenden.

DON PEDRO

Eso sí, y por mejor prueba  
os voy á decir la nueva  
con que me han venido á mí:  
que Albar Pérez está aquí.

DOÑA ALDONZA

Cuento!

DON PEDRO

El aire se lo lleva.  
Oh! Pero ved la perfidia  
con que lo cuentan; añaden  
que Lacerda ya no lidia  
por el rey.

DOÑA ALDONZA

Dichos de envidia.

DON PEDRO

Al menos me lo persuaden;  
mas no es eso todo aún:  
os hacen de mancomún  
con vuestro pobre marido,  
que anda de celos perdido,  
fraguando el daño común.

DOÑA ALDONZA

Pero vos no lo creeréis!

DON PEDRO

Yo? Ni por pienso! Escuchad:  
aun hay quien dice que habéis  
vos bajado á la ciudad  
á verle.

DOÑA ALDONZA

Y vos...

DON PEDRO

Ya lo véis;  
siempre en vuestros ojos preso,  
perdido siempre de amor,  
desprecio al vulgo sin seso,

y aun casi me agrado de eso  
por confundirlos mejor.

DOÑA ALDONZA

Mas dejadme preguntaros;  
qué se hace vuestra Padilla?

DON PEDRO

Indicios me dáis bien claros  
de que ha podido enojaros;  
mas vez que no está en Sevilla.

DOÑA ALDONZA

No la volveréis á ver?

DON PEDRO

Tuviérala por muy fea  
tras de veros.

DOÑA ALDONZA

Váisme á hacer  
la más dichosa mujer.

DON PEDRO

Eso mi amor os desea.

DOÑA ALDONZA

Oh! Será mientras aliente  
mi anhelo amaros, mi gusto  
serviros, eternamente  
ser vuestra... Y murmure injusto  
el populacho insolente.  
Sois el sol con cuya lumbre,  
con cuyos vivos reflejos  
se goza la muchedumbre,  
y envidia que el sol me alumbré  
de cerca y á ella de lejos.

DON PEDRO

Decís, Aldonza, muy bien;  
os envidian porque os ven  
junto al sol radiante estrella,  
mas será fuerza que á ella  
den culto á la par también.  
Oh! Soy quien soy en Castilla,  
y acatarán mis antojos;  
que de no, fuera mancilla

para mí, luz de mis ojos,  
amor mío.

DOÑA ALDONZA

Y la Padilla?

DON PEDRO

Celos tenéis?

DOÑA ALDONZA

Qué sé yo!

Mas al cabo...

DON PEDRO

Eso acabó.

DOÑA ALDONZA

La Padilla es tan hermosa!

DON PEDRO

Sed con ella generosa:  
yo la enamoré y me amó.  
Perdonad, no os había visto  
todavía, un error fué,  
mas lo corregí bien listo;  
la amaba, os ví y la dejé.  
(Bien lo hacemos, voto á Cristo!)

DOÑA ALDONZA

Mas entre el vulgo, señor,  
corréis por algo inconstante.

DON PEDRO

Y no decíais, mi amor,  
ha poco que es ignorante  
el vulgo y murmurador?

DOÑA ALDONZA

Quien bien quiere, bien sospecha.

DON PEDRO

Eh! Quién hace caso alguno  
de cuentos de su cosecha?  
Sin ir más lejos, ved uno  
que os dejará satisfecha.  
Sabéis lo que ha sucedido  
con Colmenares?



DOÑA ALDONZA

Sí á fe.

DON PEDRO

Dió la muerte á un atrevido  
que le amagó.

DOÑA ALDONZA

Descreído!

DON PEDRO

Y sabéis qué dicen?

DOÑA ALDONZA

Qué?

DON PEDRO

Que le mató porque osado,  
el bribón se había negado  
á no sé qué devaneos  
con su hija... Dichos tan feos  
inventa el vulgo menguado.

DOÑA ALDONZA

(Cielos, qué luz!)

DON PEDRO

Qué decís?

DOÑA ALDONZA

Me horrorizo del supuesto.

DON PEDRO

Lo mismo que yo sentís.

DOÑA ALDONZA

Él tan noble, tan modesto...

DON PEDRO

(Un buen par os reunís.)  
Mas ahora que hablamos de él,  
sabéis que me hizo reir  
la sentencia? Está al nivel  
de la ley de un rey tan cruel!

DOÑA ALDONZA

(Qué querrá este hombre decir!)

DON PEDRO

El vulgo canalla es;  
sobre él pesa la justicia;  
el rico, el noble, á sus pies  
le tiene.

DOÑA ALDONZA

El vulgo codicia  
no más que sus doblas.

DON PEDRO

Pues!

Mas ya le harán, vive Dios,  
ir de la nobleza en pos.  
(Con la cuchilla en la mano,  
degollando dos á dos  
tanto insolente villano.)

DOÑA ALDONZA

Sois justo, señor, en eso,  
que os acata la nobleza  
y os defiende.

DON PEDRO

Oh! Lo confieso;

por ella asaz me intereso.  
(Como ella por mi cabeza.)  
Mas veo allí á Colmenares;  
voy á celebrarle un rato  
sus aventuras y azares.

DOÑA ALDONZA

Y á fe que son singulares.

DON PEDRO

*(Como para sí.)*

Castigarle...? Mentecato!

Bien muerto está el que mató.

*(Se echa á reir, observando la impresión que  
sus palabras hacen en doña Aldonza.)*

Y luego... brava quimera!

Quién amores le colgó  
con aquella zapatera?

*(Rie.)* Oh! Voy á darle ahora yo  
gran zumba con su Teresa.

DOÑA ALDONZA

Se llama así?

DON PEDRO

Dícenlo.

Mas, á vos qué os interesa?

DOÑA ALDONZA

Á mí? Nada.

DON PEDRO

Creí.

DOÑA ALDONZA

No,

tan sólo lo pregunté  
por la zumba.

DON PEDRO

Bien está.

Adiós, mi amor.

DOÑA ALDONZA

Él os dé

compañía.

DON PEDRO

(Me holgaré

si á ambos el diablo os la da.)

(*Váse don Pedro, y al llegar al fin del teatro, se vuelve á mirar á doña Aldonza.*)

DOÑA ALDONZA

(Necio! Así vive tranquilo  
y hoy agoniza tal vez!)

DON PEDRO

(Se traga el anzuelo el pez  
sin ver que va atado el hilo.)

## ESCENA II

DOÑA ALDONZA

Vete, que á la muerte vas.  
Necios! De torpes placeres  
con una ilusión no más,  
llevan á un hombre detrás,  
como á un perro, las mujeres.

Qué vale, sol de Castilla,  
tu atrevimiento y valor,  
si á pesar de tu Padilla  
aquí á mis plantas te humilla  
una sonrisa de amor!  
Mas caí en curiosidad;  
si acaso será verdad  
y por otro amor me deja?  
Oh, abriera la eternidad  
á tan maldita pareja!  
Y por quién! Santa María!  
Por una villana tal!  
Grave el insulto sería,  
y por Dios que merecía  
castigo al delito igual.  
Ay...! Miseria, nada son  
las cosas de nuestro ser;  
qué inconstante el corazón  
donde hierve una pasión,  
donde alienta una mujer!  
Me dejó, y le aborrecí;  
que le olvidaba creí,  
y hoy, que de otro amor recelos  
tengo por él, pesiamí  
que de don Juan tengo celos.  
(*Guzmán asoma por un lado, recatándose.*)  
Mas, qué es esto? Un encubierto  
me acecha mal escondido  
tras el postigo entreabierto;  
se acerca... Quién es, no acierto.

GUZMÁN

Ella es. (*Saliendo.*)

DOÑA ALDONZA

Cielos, mi marido!

## ESCENA III

DOÑA ALDONZA y DON ALBAR PÉREZ

DON ALBAR

Os hallo al fin, señora; por qué huraña  
os recatáis de mí? Tenéisme miedo?

DOÑA ALDONZA

Miedo, por qué?

DON ALBAR

Que preguntéis me extraña  
lo que yo mismo preguntaros puedo.  
Díme, Aldonza, do estás hace tres días,  
que ni día ni noche doy contigo?

DOÑA ALDONZA

Qué era, Guzmán, lo que de mí querías  
que así te afanas para dar conmigo?

DON ALBAR

Qué quiero? Qué el esposo con la esposa  
tras larga ausencia y pesadumbre quiere?  
Y qué quiere la alegre mariposa  
en torno de la luz en donde muere?  
Aquella noche misteriosa y triste  
que te hallé con los nuestros en la cita,  
dónde al salir con las tinieblas fuiste?  
Si me niegas tu amor, quién me le quita?  
Qué haces en este alcázar?

DOÑA ALDONZA

No lo sabes?

Soy la dama del rey.

DON ALBAR

Voto á los cielos!

Y lo dices así?

DOÑA ALDONZA

No era...

DON ALBAR

No acabes,

ó por Dios...

DOÑA ALDONZA

Voto va, tenfais celos.

DON ALBAR

Sí, celos, vive Dios! Negros, horribles,  
que me roen, Aldonza, las entrañas;  
celos que están pidiendo irresistibles  
sangre!

DOÑA ALDONZA

La habrá, Albar Pérez, no te engañas.

Habrá sangre, pardiez! y no muy lejos;  
ten, al fijar los pies, mucho cuidado,  
Guzmán, porque del sol á los reflejos  
has de andar con la sangre deslumbrado.  
Las losas estarán resbaladizas  
esta tarde en palacio.

DON ALBAR

No hablo de eso;  
hablaba de mi honor.

DOÑA ALDONZA

De sus cenizas  
hoy ha de alzarse por su propio peso.

DON ALBAR

Hoy se alzaré, y le vendes?

DOÑA ALDONZA

Te engañaron,  
Guzmán; tiempo ha que á réditos le puse.  
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,  
justo será que los emplee y use.

DON ALBAR

Acabemos, Aldonza; me interesa  
mi honor más que mi patria y que mi vida;  
reine quien quiera, sobre tu honra pesa  
mancha indeleble é incurable herida.

DOÑA ALDONZA

No lo entiendes.

DON ALBAR

El vulgo lo murmura.

DOÑA ALDONZA

Y el vulgo es necio.

DON ALBAR

Mas su lengua infama.

DOÑA ALDONZA

Lo que hoy tacha, mañana por ventura  
lo aplaudirá, Guzmán.

DON ALBAR

Deja la llama



COLMENARES

(Con eso le advertiré.)

DON PEDRO

(Así les podré acechar,  
sin que ellos de ver lo echen.)

COLMENARES

Porque astutos no sospechen,  
le procuraré apartar.

## ESCENA VI

DON JUAN y DON ALBAR

DON ALBAR

Oh, vive Dios! Qué recuerdo!  
Colmenares no es aquél?  
De cierto á saberlo... ay de él!

DON JUAN

(Halagarle será cuerdo.)  
Guzmán, en palacio así  
tan descuidado os estáis?

DON ALBAR

Donde vos, don Juan, entráis,  
no me es dado entrar á mí?

DON JUAN

De la corte estáis proscrito.

DON ALBAR

Y encausado no estáis vos?

DON JUAN

Es muy distinto, por Dios,  
el vuestro de mi delito.  
Si maté á quien me ofendía,  
fué mi causa la mejor.

DON ALBAR

Si á mí me llaman traidor,  
mañana será otro día.

DON JUAN

Tanto fiáis de la suerte!

DON ALBAR

De mí á lo menos espero  
que moriré caballero,  
sea cuando quiera mi muerte.

DON JUAN

Eso he oído decir  
de continuo á vuestra esposa.

DON ALBAR

Mujer es muy generosa.

DON JUAN

Oh! Con vos hasta morir.

DON ALBAR

Bien conocéis su intención!

DON JUAN

Á su virtud me remito.

DON ALBAR

Sabéis si por tal la admito?

DON JUAN

(Diablos de conversación,  
qué giro tomando va.)  
Pudierais vos dudar de ella?  
Noble, generosa, bella,  
y bien casada.

DON ALBAR

Quizá.

DON JUAN

(Habla este hombre, ó adivina?)  
Si no es más que una sospecha.

DON ALBAR

(El mentecato imagina  
que el disimulo aprovecha.)  
Mas decidme, pues sabéis  
tanto vos de su hermosura,

de su vida y virtud pura  
más enterarme podréis.

DON JUAN

Yo?

DON ALBAR

Vos, sí.

DON JUAN

Qué extravagancia!

Su guarda, don Albar, soy?

DON ALBAR

Que la guardo á probar voy,  
don Juan, á vuestra arrogancia.

DON JUAN

Sospecháis tal vez...

DON ALBAR

De vos.

DON JUAN

Por...?

DON ALBAR

Un no sé qué me han dicho.

DON JUAN

Pase, si habláis de capricho.

DON ALBAR

De veras hablo, por Dios!  
Pero estamos en palacio,  
y tal vez no muy seguros;  
venid abajo á los muros,  
y hablaremos más despacio.

DON JUAN

No comprendo vuestro afán;  
mas os veo algo irritado  
contra mí, y tened cuidado  
que nací noble, Guzmán.

DON ALBAR

Vos lo decís, mas no basta.

DON JUAN

De mi sangre dudaréis?

DON ALBAR

Sé, don Juan, que descendéis  
de ilustre y antigua casta;  
pero palabras cortemos:  
tengoos á solas que hablar.

DON JUAN

Creo poder contestar.

DON ALBAR

Venid, pues, y lo veremos.

DON JUAN

Mas fácil...

DON ALBAR

Os engañáis;  
uno ú otro ha de caer,  
y en soledad ha de ser;  
ó morís ó me mataís.

DON JUAN

Será así, pero no ahora.

DON ALBAR

Por qué no?

DON JUAN

Fuera locura  
no dar cima á otra aventura,  
y va llegando la hora.

DON ALBAR

Pues...

DON JUAN

Esta noche.

DON ALBAR

Corriente.

DON JUAN

Yo os buscaré.

DON ALBAR

Yo os espero.

DON JUAN

Adiós.

DON ALBAR

Adiós.

DON JUAN

(Majadero,  
de lo dicho se consiente!  
Por una mujer ajena,  
y de quien cansado estoy!) *(Váse riendo.)*

DON ALBAR

Curaré su ambición hoy  
con una estocada buena.

---

 ESCENA VII

DON JUAN, DON ALBAR y TERESA

*(Al salir don Juan da con Teresa, que va á entrar.)*

TERESA

Cielos!

DON JUAN

Teresa!

TERESA

Ay de mí!

DON ALBAR

Qué es eso?

TERESA *(Á don Albar.)*

Si sois hidalgo,  
y el honor tenéis en algo,  
sacadme, señor de aquí.

DON JUAN

(Qué diablos, cuánta aventura!)

TERESA

Una hora ha que ando perdida

por esta casa, traída  
á ella por mi desventura.

DON JUAN *(Á don Albar.)*

Está loca.

TERESA *(Á don Juan.)*

Loca dijo;  
sí, loca por tí, cruel!  
*(Á don Albar.)* Guiadme vos lejos de él,  
señor.

DON ALBAR

*(Celos son de fijo.)*Quién es? *(Á don Juan.)*

DON JUAN

No sé.

TERESA

No lo sabe!

Monstruo, y mi padre?

DON ALBAR

*(Qué es esto?)*

TERESA

Hidalgo, sacadme presto,  
antes que el furor me acabe.

DON ALBAR

Pero qué buscas, quién eres?

TERESA

Yo soy...

DON JUAN

*(Interrumpiéndole.)* Lleváosla pues.  
*(Aparece doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.)*

TERESA

Oh, señora, á vuestros pies,  
favor!

DON JUAN

*(Ea, dos mujeres,  
se acabó!)*

## ESCENA VIII

DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDÓNZA

y TERESA

TERESA

Por compasión,  
llevadme lejos de ese hombre;  
tiene de cordero el nombre,  
con entrañas de león.

DOÑA ALDÓNZA

Quién, muchacha?

TERESA

Ese asesino.

DOÑA ALDÓNZA

Eso más...? Don Juan, muy bien.

DON JUAN

(Nos pierde.)

DOÑA ALDÓNZA

Conmigo ven,  
niña. (Rostro peregrino!)

DON JUAN (*Á doña Aldonza.*)

Ved que su lengua imprudente  
os lleva al cadalso hõy.

DOÑA ALDÓNZA

Contenta al cadalso voy,  
que llevaré mucha gente;  
era por esto el afán  
de huir amante conmigo?  
El mundo será testigo  
de mi venganza, don Juan.

DON JUAN

Ved...

DOÑA ALDÓNZA

Quitad, vil impostor.

DON ALBAR

(*Que les ha estado observando toda esta es-*  
*cena.*)

(Oh, sí; de cierto eso es!)  
Señor don Juan, salid pues.

DON JUAN

Yo sé una interpretación;  
vamos.

DON ALBAR (*Á doña Aldonza.*)

Y vos... tened cuenta  
que he de lavar de mi afrenta  
hasta el último borrón.  
Me entendéis?

DON JUAN (*Á don Albar.*)

Y os diré...!

DON ALBAR

Nada.

Colmenares, lo sé todo.

DON JUAN

Don Albar, pues de ese modo...

DON ALBAR

No hay más lengua que la espada.  
(*Salen.*)

## ESCENA IX

DOÑA ALDÓNZA y TERESA

DOÑA ALDÓNZA

Id con Dios; viven los cielos,  
qué me importa de esa afrenta  
cuando no tengo más cuenta  
que con mi rabia y mis celos?  
Te llamas Teresa?

TERESA

Sí.

DOÑA ALDÓNZA

Quieres á ese hombre?

TERESA

Ya no.



DOÑA ALDONZA

Le quisiste?

TERESA

Lo mandó  
mi padre, y obedecí.

DOÑA ALDONZA

Tu padre!

TERESA

Fueron hermanos  
de leche y era un deber,  
mas nunca le pude ver.

DOÑA ALDONZA

(Es ella y cayó en mis manos!)  
(*Robledo pasa pensativo por el fondo y se  
para viéndolos.*)

Quién te ha dirigido aquí?

TERESA

Señora...

DOÑA ALDONZA

Contesta, quién?

TERESA

Un adivino.

DOÑA ALDONZA

Está bien;  
adivinó para mi.  
Robledo, venid acá;  
á esta mujer detenedme  
mientras...

TERESA

Dios mío, acorredme.

ROBLEDO

Y en Palacio...

(*Váse á volver doña Aldonza y se halla con  
don Pedro.*)

DON PEDRO

Quién va allá?

DOÑA ALDONZA

Cielos!

## ESCENA X

DICHOS y DON PEDRO

TERESA

Él es, Pedro Bravo.  
(*Se echa á su cuello.*)

DON PEDRO

Teresa!

TERESA

Oh, ténme contigo.

DON PEDRO

Qué dices?

TERESA

Sálvame digo.

DOÑA ALDONZA

(De comprenderlo no acabo.)

DON PEDRO

Aldonza, la conocéis?

DOÑA ALDONZA

No me habíais dicho vos  
que de don Juan...

DON PEDRO

No, por Dios;  
alucinado os habéis.  
Dejadnos.

DOÑA ALDONZA

Cómo! Con ella?

DON PEDRO

No lo véis?

DOÑA ALDONZA

Pérfido! Ahora...

DON PEDRO

Idos á rezar, señora,  
y dejad á esta doncella.

DOÑA ALDONZA

No, don Pedro; aquí no os dejo  
sin que me expliquéis al cabo  
qué es eso de Pedro Bravo.

DON PEDRO

Que os vayáis os aconsejo.

DOÑA ALDONZA

Pues satisfecha no estoy,  
no me he de mover de aquí,  
que he de saber, pesami!  
si al fin ofendida voy.

DON PEDRO

Idos, y callad el pico,  
que yo á vuestro gabinete  
os enviaré un ramillete  
de flores y un abanico.

DOÑA ALDONZA

Os mofáis?

DON PEDRO

Si no os contenta,  
os enviaré mi rosario  
y en él pondrá el emisario  
vuestra cabeza por cuenta.

## ESCENA XI

DON PEDRO y TERESA

TERESA

Pedro!... (*Tiernamente.*)

DON PEDRO

No olvidés de hoy más

de aquel sabio los consejos:  
*ama á Pedro desde lejos,  
no se lo digas jamás.*

TERESA

Aun me privaréis...!

DON PEDRO

Silencio,

Teresa; viniste aquí  
venganza á pedir de mí;  
ven á ver cómo sentencio.  
Si te ultrajó Pedro Bravo,  
don Pedro te satisface;  
por lo que á lo de antes hace,  
aquí empiezo y aquí acabo.

TERESA

Señor, quien quier que seáis,  
que aun comprenderos no puedo,  
para quien en nada quedo,  
pues do empezáis acabáis,  
vuestra palabra os levanto,  
pues que váis de mala gana,  
que me creo asaz villana  
para obligaros á tanto.

DON PEDRO

Ve recta por tu camino,  
muchacha, y confía en Dios;  
vas de la venganza en pos  
y es vengarte tu destino.

## ESCENA XII

DICHOS y DON ALBAR

(*Don Pedro toma de la mano á Teresa, que le sigue en silencio; al salir por el fondo se hallan cara á cara con don Albar, que va á entrar; él y don Pedro se recatan uno de otro.*)

DON ALBAR

Razón tiene, esperaré  
á la noche; mas, quién va?

DON PEDRO

Quién es éste?

DON ALBAR

(Quién será?

No ha de verme.)

DON PEDRO

(Le veré.)

Qué significa en palacio  
un encubierto?

DON ALBAR

Ó voy mal,  
ó á un embozado es igual.

DON PEDRO

Terco sois!

DON ALBAR

Y vos reacio.

DON PEDRO

Váis á entrar?

DON ALBAR

Váis á salir?

DON PEDRO

Por sobre vos, según veo.

DON ALBAR

Que entraré lo mismo creo.

DON PEDRO

(Conocile, vive Dios.)

DON ALBAR

Pues á uno y otro interesa  
salir y entrar sin ser visto,  
ved lo que hacen, vive Cristo!  
dos cuervos con una presa.

DON PEDRO

Con retóricas andáis;  
chistoso estáis, por mi vida;  
entrad, pues, mas la salida  
mirad por dónde la halláis.  
Y pues sabéis comparar  
con las fieras á la gente,

andaréis, Guzmán, prudente  
un consejo en escuchar.

(*Le lleva aparte; Robledo está al fin de la  
galería mirando la escena.*)

El cuervo, cuanto más negro,  
fortuna más negra augura.

(*Se desemboza y se muestra vestido de malla.*)  
Que hay cuervo es cosa segura.

DON ALBAR

Cielos! (*Conociéndole.*)

DON PEDRO

Le visteis? Me alegro!

(*Vuelve á embozarse con la mayor indife-  
rencia, y váse con Teresa. Robledo baja á  
la escena poco á poco.*)

### ESCENA XIII

DON ALBAR y ROBLEDO

DON ALBAR

La voz del de la otra noche,  
San Dionís! Y en los secretos  
de nuestras gentes hablaba  
como en sus negocios mismos.  
Él es, no me queda duda;  
todo lo adivino á un tiempo;  
de la muchacha el galán,  
de doña Aldonza el cortejo,  
de Guzmán el enemigo  
y de todos el infierno.  
Oh! Todo me sobra ahora:  
valor, honra, vida y celos.

ROBLEDO

Don Albar, dadme la mano.

DON ALBAR

Despedida es...?

ROBLEDO

Para lejos.

DON ALBAR

Dónde os váis?

ROBLEDO

Do iremos todos;  
en la plaza nos veremós.

DON ALBAR

Despachado estáis?

ROBLEDO

Lo estamos.

DON ALBAR

Tanto como yo, Robledo?

ROBLEDO

He visto al diablo las uñas.

DON ALBAR

Y yo las alas al cuervo!

## PARTE SEGUNDA

Salón de embajadores en el alcázar de Sevilla: trono, dosel y aparato de magnificencia real.  
Puerta en el fondo, cerrada, y secretas á los lados

### ESCENA XIV

PADILLA *que está en la escena* y DON  
PEDRO y TERESA *que entran*

DON PEDRO

Está?

PADILLA

Todo.

DON PEDRO

Y el muchacho?

PADILLA

Ya espera.

DON PEDRO

Sabe el papel?

PADILLA

Ojalá todos como él!

DON PEDRO

Cumplirá, pues?

PADILLA

Sin empacho,  
que trae brío.

DON PEDRO

Bien está;

guarda á esa muchacha bien,  
y que en el salón estén,  
cuando vuelva, todos ya.

Teresa, sigue á ese hidalgo;  
y pues invocas la ley,  
él te llevará hasta el rey,  
que te hará justicia en algo.

*(Aparte á Padilla.)*

Prendedme aquella mujer;  
Guzmán, que por pies no tome,  
y el que en palacio hoy asome,  
á salir no ha de volver. *(Fáse.)*

## ESCENA XV

PADILLA y TERESA

*(Padilla introduce á Teresa por una puertecilla, por la que él se va después de abrir las puertas del fondo á su tiempo.)*

PADILLA

Venid, y esperad aquí.

TERESA

Dónde me lleváis, señor?

PADILLA

Vos os lo sabréis mejor;  
callar me mandan á mí.

## ESCENA XVI

SAMUEL, DON JUAN y CONJURADOS

*(Padilla abre las puertas del fondo que dan á una magnífica antesala llena de cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen Samuel Leví, Robledo, Colmenares y los demás conjurados; prelados, militares y dignidades de todas categorías. En un grupo Samuel y otros conjurados.)*

UN CONJURADO

Llegó la ocasión?

SAMUEL

Llegó.

OTRO CONJURADO

Y el moro?

SAMUEL

Respondo de él.

CONJURADO PRIMERO

Mas no decís...?

SAMUEL

Será fiel.

CONJURADO SEGUNDO

Razón hay?

SAMUEL

Me la sé yo.

No ha una hora que recibí  
un segundo pergamino;  
todo irá por su camino.

OTRO CONJURADO

Colmenares?

SAMUEL

Vedle allí.

*(Vuelven á mirarle.)*

CONJURADO PRIMERO

Y entraron los de Guzmán?

SAMUEL

Es nuestra toda Sevilla;  
no hay temor, tendrá Castilla  
rey mejor.

CONJURADO SEGUNDO

Por tal le dan.

*(En otro grupo Colmenares y otros.)*

DON JUAN

Habéis esparcido bien  
por el vulgo mi noticia?

UN CONJURADO

Todos dicen que es justicia.

DON JUAN

Y habrá tumulto?

OTRO CONJURADO

También.

OTRO CONJURADO

Oh! Es obra de religión  
la del Papa.

## CONJURADO PRIMERO

Sí en verdad;  
pero el pueblo en realidad  
no merece excomuni6n.  
(*Los maceros anuncian al rey, que sale por  
una puerta lateral, embozado como siem-  
pre.*)

## MACEROS

El rey.

## ESCENA XVII

DICHOS y DON PEDRO, á cuya salida  
doblan todos la rodilla

## DON PEDRO

Alzáos, vasallos.

## UN CONJURADO

(Qué orgullo!)

## DON PEDRO

Vengan á mí  
Colmenares y Leví.

## UN CONJURADO

(Así pide los caballos.)

## DON PEDRO

Samuel, en tus labios veo  
que las palabras te bullen;  
y palabras que se engullen  
se indigestan, según creo.

## DON JUAN

Señor, vuestros nobles son  
los que presentes están.

## DON PEDRO

Hola, os entiendo, don Juan.  
Es mi capa la ocasi6n  
de la advertencia. Es decir  
que esa ilustrísima grey  
necesita ver si el rey  
es curioso en el vestir?

Quitadme esa capa, pues.

(*Lo hace don Juan y aparece armado, á cuya  
vista se alza en la escena murmullo de des-  
contento.*)

## ALGUNOS

(Á la audiencia viene armado!)

## DON PEDRO

Este es traje de soldado,  
y el rey un soldado es.  
(*Óyese un ruido fuera y gente que arma tu-  
multo por el fondo.*)  
Qué es eso?

## DON JUAN

Es que la canalla  
se agolpa á veros aquí.

## DON PEDRO

La canalla á verme á mí?  
Que entre, pues.

## DON JUAN

Mirad la valla,  
señor, que de la nobleza  
justamente la divide.

## DON PEDRO

Para quien justicia pide  
es estorbo la pobreza?  
Creéis, don Juan, que me asombra  
esa muchedumbre acaso,  
ó tema á su toscos paso  
que me estropee una alfombra?  
Que entre mi pueblo en mi casa.  
(*Llénase la escena de gente de todas condi-  
ciones.*)

Rey soy de toda Castilla,  
y no ha de haber en Sevilla  
para hablar con el rey tasa.  
Que vea mi pueblo entero  
hoy qué embajadas recibo;  
quién es su rey. Por Dios vivo,  
que lo vean, eso quiero.

## UN NOBLE

(Con la turba nos confunde  
el insolente.)

OTRO

(Habr  mengua!)

OTRO (*  los dos.*)

(Hable el hierro por la lengua,  
y esa alta torre se hunde.)

DON PEDRO

Que entren los embajadores  
que espero.

(* brese una puerta lateral, y aparecen el legado del Pontífice y el embajador del rey de Granada, disputándose la entrada cercados de sus respectivos acompañamientos.*)

## ESCENA XVIII

DICHOS, EL LEGADO y EL MORO

EL MORO

Antes he de ser.

EL LEGADO

La Iglesia   un infiel ceder!

DON PEDRO

Voto  ...! Qué es esto, señores?  
Entrad los dos   la par;  
que aunque   un tiempo habl is los dos,  
palabras tengo, por Dios,  
con que   los dos contestar.

UNO

(Descre ido!)

OTRO

(Así se hará  
enemiga   toda Europa.)

SAMUEL (*  don Juan.*)

(Esto marcha.)

DON JUAN (*  Samuel.*)

(Viento en popa.)

DON PEDRO

Vamos   ver; habl is ya?

EL MORO

(*  un tiempo.*) Gran señor...

EL LEGADO

(*Idem.*) Rey de Castilla...DON PEDRO (*Al moro.*)

Que hablaras t , fuera justo;  
mas demos al Papa gusto,  
que al cabo tiene su honrilla.

UN CONJURADO (*  Samuel.*)

(Ved, todo sale adelante.)

SAMUEL

(Mirad por todo el salón  
nuestras gentes en montón.)

UN CONJURADO

(Y el moro, que fué constante.)

EL LEGADO

Rey de Castilla, yo en nombre  
del Pontífice Romano,  
y él en el del Soberano  
Dios, que espiró por el hombre,  
te decimos: que teniendo  
tus pecados y delitos  
en número de infinitos  
y tu pertinacia viendo;  
viendo las continuas guerras,  
escándalo y mortandad  
con que tiene tu impiedad  
tiranizadas tus tierras,  
te requerimos de hoy más  
que, retiradas tus gentes  
de Aragón, all  no intentes  
derecho alguno jamás.  
Y si por tenaz capricho  
no desistes de tu afán,  
tus reinos por ello van  
  sufrir un entredicho.  
Rey don Pedro, tales son  
mis encargos; si Castilla

hoy al Papa no se humilla,  
caerá en tí su excomuni6n.

UN CORTESANO

(Qué escándalo! Excomulgada  
la naci6n sólo por él!)

OTRO

(Contra ese monstruo cruel  
toda la tierra indignada!)

DON PEDRO (*Al Legado.*)

Acabásteis?

EL LEGADO

Acabé.

DON PEDRO

Pues ahora me toca á mí;  
lo que hoy os respondo aquí  
diréis á Roma.

EL LEGADO

Eso haré.

DON PEDRO

Puesto que el rey de Aragón  
conmigo lidió esta guerra,  
y solamente á mi tierra  
alcanza su excomuni6n,  
ó por ello Su Eminencia  
nos excomulga á los dos,  
ó le cuelgo, voto á Dios!  
á la puerta de la audiencia.  
Si Roma no sabe leyes,  
yo meteré en esa villa  
diez mil lanzas de Castilla,  
y verá quién son sus reyes.

EL LEGADO

Eso más?

DON PEDRO

No me replique;  
ó parte para Aragón  
á doblar la excomuni6n,  
ó, á mi enojo roto el dique,  
envíe en un saco á Roma

tu cabeza, y echo al río,  
cardenal, el tronco frío,  
á que el agua se lo coma.  
Salid.

EL LEGADO

En Roma diré...

DON PEDRO

Decid cuanto os dé la gana;  
mas si aquí os hallo mañana,  
mala embajada os daré.

ALGUNOS

(Qué es esto?)

## ESCENA XIX

DICHOS, *menos* EL LEGADO

DON PEDRO (*Á la multitud.*)

Y murmullos fuera.

Si hay á quien escandalice  
lo que con ese hombre hice,  
vaya con él donde quiera.  
(*Al moro.*) Habla.

EL MORO

Gran señor; un rey  
que allá, en el Genil, habita,  
vuestra amistad solicita,  
aunque en enemiga ley.  
De joyas corto presente  
(*Muestra los regalos, telas, etc.*)  
os hace; admitid, señor,  
esta ofrenda, hecha al valor,  
por un enemigo ausente.

DON PEDRO

(*Sin hacer caso de Marcos Martín.*)  
Colmenares, ven acá;  
departamos, que es mejor  
que oír á ese embaucador,  
que á fe que pesado está.

EL MORO

Me oís, señor?



DON PEDRO

Sí, decid;  
os entiendo bien, amigo.  
Sabéis, don Juan, lo que digo?

COLMENARES

Qué, señor?

DON PEDRO

Que es muy feliz  
el fallo del tribunal  
en tu causa.

COLMENARES

Sí, pardiez;  
me insultó con altivez,  
y allí le maté. Hice mal?

DON PEDRO

Y si fué, te lo perdono;  
pero no falta quien quiera,  
don Juan, que el que mata, muera.

COLMENARES

Mi honor tengo yo en mi abono,  
señor...

EL MORO (*Al rey.*)

Que os hablo en nombre  
del rey mi señor.

DON PEDRO

Ya escucho;  
seguid, seguid.

UN CORTESANO

(Esto es mucho.)

DON PEDRO (*Á don Juan.*)

Cuenta, don Juan, que es muy hombre  
quien lo intenta, aunque rapaz,  
y que hay justicia... Á esa puerta  
llamaron; mirad quién es,  
Colmenares.

SAMUEL

(Tiento, pues!)

UN CONJURADO (*Á otros.*)

(Amigos, estad alerta.)

## ESCENA XX

DICHOS y PADILLA

*Un momento de silencio.—Cuando Colmenares llega á la puerta que don Pedro le señala, suena el esquilón de palacio, y abriéndose la puerta de repente, don Juan se halla frente á Blas, que le da de puñaladas; Teresa, que sale tras él, queda horrorizada en medio de la escena. Los conjurados dan en la confusión el grito convenido y se van hacia el rey, á cuyos lados estarán ya Padilla y los ballesteros reales con las lanzas y arcos tendidos. Padilla echa en los hombros de don Pedro el manto real, y tomando éste de un doncel su capacete ceñido con la corona de oro, se planta en medio de la escena, apoyado en aquella partesa-na con puño de bastón que dicen que usó en algún tiempo.)*

UN CONJURADO

Castilla por don Enrique!

DON PEDRO

Castilla por Pedro el Cruel: (*Retroceden.*)  
eso de hoy más verá en él,  
pues rompió Castilla el dique.—  
Pues resiste el blando yugo  
de mi igual y justa ley,  
dudará al ver á su rey  
si es su rey ó su verdugo.  
(*Á Juan Cortacabzas, que ha estado entre la turba.*)

Acá; toma esa invención  
con mi sello y mi cuchilla,  
y á preguntar ve á Sevilla  
si es mi hacha ó mi bastón.  
Verdugo real te nombro;  
toda la ciudad pasea,

y que mi pueblo te vea  
por doquier, con eso al hombro.

PADILLA

Señor, qué será mañana  
de ese furor la memoria?

DON PEDRO

Padilla, dirá la historia  
lo que le diere la gana;  
mas si piensan sin rebozo  
esos avaros monarcas  
partir mi reino y mis arcas,  
porque me ven rey tan mozo,  
yo haré que mi reino quede  
con honra como español,  
y haré ver, que sólo el sol,  
tenerle debajo puede.

PADILLA

Señor, que veáis, justo es,  
que las naciones enteras  
tremolarán sus banderas  
contra vos.

DON PEDRO

*(Con fiereza.)* Que vengan pues.  
Yo haré tragar á Aragón,  
á Roma, á Navarra y Francia,  
á los unos, su arrogancia,  
y á la otra, su excomuni6n.  
Vasallos, el soberano  
que oye, ve, juzga y sentencia,  
abierta tiene su audiencia  
para el noble y el villano.  
Que si cruel tengo de ser,  
preciso será primero  
que me apreciéis justiciero  
para saberme temer.  
*(Se sienta en el trono.)*  
Samuel, conoces á ese hombre?  
*(Al verdugo.)*

SAMUEL

*(Temblando.)* Yo, señor...

DON PEDRO

No le escogiste

para un muerto que aun existe  
y de quien callaste el nombre?

SAMUEL

Señor...

DON PEDRO

*(Al verdugo.)* Tu ración es esa:  
llévatela, y no hay perdón.  
Samuel, hallaste al león,  
y es fuerza echarle una presa.  
*(Se lo llevan.)*  
Ballesteros, el camino  
sabéis, y os los he marcado;  
llevad los que os he contado  
cada cual á su destino.

## ESCENA XXI

DICHOS, BLAS y TERESA

*(Á una se6al de don Pedro se apoderan sus  
soldados de todos los conjurados y del emba-  
jador Marcos Mart6n, etc.)*

DON PEDRO

Rapaz, acércate aquí. *(Á Blas.)*  
Mataste á ese hombre?

BLAS

Piedad,  
señor; sabéis la verdad.

DON PEDRO

Dísela á todos, no á mí.

BLAS

Mató á mi padre, señor,  
y el tribunal, por su oro,  
privóle un año del coro,  
que en vez de pena es favor.

DON PEDRO

Lo oís, así el tribunal  
á un asesino juzgó.  
Sentencia, pues, daré yo

para el vengador igual.  
Qué es tu oficio?

BLAS

Zapatero.

DON PEDRO

No han de decir, vive Dios,  
que á ninguno de los dos  
en mi justicia prefiero.  
Pesando ambos desacatos,  
si en un año cumplía él  
con no rezar, cumples fiel  
no haciendo en otro zapatos.  
(*Á Teresa.*) Teresa, está ya demás  
repetirte mis consejos;  
ama á Pedro desde lejos,  
no se lo digas jamás.  
Puedes marido elegir,  
que al cabo es mucho mejor  
morir pobre y con honor,  
que dama del rey vivir.

TERESA

Á vuestras plantas postrada,  
señor, de mi orgullo loco  
pídoos perdón.

DON PEDRO (*Á Teresa.*)

Mal es poco;  
vete, que vas perdonada.  
(*Á los que quedan en la escena.*)  
Vosotros, canalla vil,  
turba cobarde é ingrata,  
que conspiráis de reata

en muchedumbre servil,  
id; por necios os perdono;  
id de mi reino, insensatos,  
que no quiero mentecatos  
en derredor de mi trono.  
Fuera!

ESCENA XXII

DON PEDRO *á* PADILLA

Traedme, Padilla,  
de paso esos dos menguados,  
que han de caminar atados  
como perros en trailla.

ESCENA XXIII

DON PEDRO, PADILLA, DON ALBAR  
*y* DOÑA ALDONZA

DON PEDRO

Ahí tenéis vuestra mujer;  
si no os da mengua tenella,  
podéis aun vivir con ella;  
si no un convento escoger.  
Mas tened cuenta, Guzmán;  
si en mis reinos os encuentro,  
dos horcas frontera adentro  
desde hoy os aguardarán;  
que mientras pueda mi ley  
sonar por ambas Castillas,  
la han de escuchar de rodillas  
desde el zapatero al rey.







# TEMPESTAD DE VERANO

Toledo, 23 de Julio de 1834

## FRAGMENTOS

### I

Por entre moradas nubes  
derrama su lumbré el sol,  
y el valle, el monte y el llano  
ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas  
abrigo consolador,  
y al pie del robusto tronco  
dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma  
tiene de turbio color;  
secas las fauces, que tragan  
abrasada aspiración.

Tardos vagan los reptiles  
de sus grutas en redor,  
entre la tostada hierba,  
huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste  
con lastimero clamor  
entre el follaje sombrío  
su enamorada aflicción;

Ni estremeciendo las plumas,  
al dar arranque á la voz,  
en dulces trinos gorjea  
armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos  
el ronco y cansado son,  
ni los olmos se columpian  
con susurrante rumor.

Ni las espigas se doblan  
en vistosa confusión,  
ni entona groseras letras  
allá en el valle el pastor.

Ni trepa la suelta cabra  
por el agudo peñón,  
de una vana hierbecilla,  
libre y caprichosa, en pos.

Ni ladra el mastín atento,  
ni aúlla el lobo traidor,  
ni cruza por la vereda  
de hormigas largo cordón.

Ni en la ciudad ni en el llano,  
ocioso ni reñidor,  
aguarda en peña ó esquina,  
amigo, dueña ó matón.

Ni asoman dos ojos negros  
velando en un mirador  
la estrecha y oscura calle  
con diligente atención.

Todo calla, inmoble y mustio,  
de Toledo en derredor,  
bajo la choza pajiza,  
bajo el calado artesón.

Que al lejos, como la sombra  
del brazo airado de Dios,  
avanza con dobles alas  
nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes  
en apiñado escuadrón,  
que, encapotando los cielos,  
van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno  
brama oculto el águila,  
el trueno encerrado muge,  
hierva el rayo asolador.

Y todo en informe masa,  
en espantoso montón,  
sin fuerzas ni ley que basten  
á detener su furor.

Rueda en la atmósfera á ciegas,  
como buque sin timón,  
como peñasco gigante  
que ancho volcán vomitó.

Doblan roncadas las campanas,  
y á su colosal clamor  
se estremece el aura densa  
con rápida vibración.

El firmamento desploma  
en hálito abrasador  
cuanto fuego en sus entrañas  
el Altísimo encerró.

Sólo el monje fatigado  
cruza tarde el callejón  
hacia el silencioso templo,  
á alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca  
el importuno reloj,  
y va acongojado y lento  
murmurando una oración,

En imperceptibles voces  
y murmurante rumor,  
que, entre el son de las campanas,  
al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,  
y apostado en el portón,  
el mendigo le saluda  
con desfallecida voz.

He aquí el negro nublado,  
que, como hambriento dragón,  
toda la lumbre del día  
de un solo empuje sorbió!

Quién sabe al flotante monstruo  
la fuerza que ha dado Dios?  
Quién sabe las maldiciones  
con que su vientre preñó?

Quién sabe, después que pase,  
lo que ha de dejar en pos?  
Quién de los que hora le vemos,  
podrá decir que le vió?

Quando rasgue sus tinieblas,  
cuando derrame su voz,  
qué luz brillará en el polvo?  
Qué garganta hará rumor?

## II

Quedaron en calma un punto  
ambos á par, aire y tierra,  
del imponente nublado  
bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo  
que, más que ilumina, ciega,  
en la horrible incertidumbre  
de la luz y las tinieblas,

El aire que se respira  
la avara garganta seca,  
y en el sudor de la frente  
húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto  
en la cuadra que le encierra;  
el perro, espantado, aúlla,  
y, receloso, olfatea.

El pájaro de su jaula  
contra el alambre se estrecha,  
y al abrigo de sus plumas  
escucha, mira y recela.

Sólo la afanosa araña  
su red y su caza deja,  
é inmóvil y pegada al muro,  
el trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada  
bajó una gota que, apenas  
mojando el sitio en que posa,  
desvaneciéndose humea.

Dobla el calor, y la calma  
y la fatiga se aumentan,  
y en trémula expectativa  
todo calla y todo vela.

Y el mundo semeja un reo  
que mira desde una reja  
cómo en la plaza su cómplice  
al pie del cadalso llega.

Y duda, y vacila, y teme  
que se salve y que perezca,  
porque una palabra suya  
ó le salva ó le condena.

### III

Un relámpago!—Al punto desatadas,  
el arenal las ráfagas barrieron,  
y, en espeso tumulto aglomeradas,  
las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;  
el hombre, amedrentado y temeroso,  
el recio temporal llamó á conjuro,  
de las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado,  
la lluvia y el granizo se desploman,  
y allá en su centro, en círculo abrasado,  
los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,  
agua, granizo y viento se esparraman,  
y al hondo son del prolongado trueno,  
talan, devoran y en tumulto braman.

Hierva el turbión, cegáronse las fuentes;  
los arroyos hinchados y bravíos  
bajaron, convertidos en torrentes,  
á desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas vencedoras  
los campos adelante se llevaron,  
y, envueltos en las ondas bramadoras,  
mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,  
todos siguieron el fatal destino;  
presa de sus esfuerzos vengadores,  
no quedó senda, ruta ni camino.

Y oran allí, á los pies de los altares,  
en humilde tropel las criaturas,  
al Dios que las tormentas y los mares  
humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje,  
del templo gime el colosal cimiento;  
estremecida la techumbre cruje,  
y en sus esquinas se desgarran el viento.

Crece el turbión; las sombras del nublado  
ancha guarida por el templo toman,  
y en el cristal del rosetón pintado  
rápidos los relámpagos asoman.

Á veces, como grupos encendidos  
de espectros y diabólicas figuras,  
vacilan en los vidrios sacudidos,  
variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota;  
y al darles luz la exhalación por fuera,  
cada en los vidrios suspendida gota,  
un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire un murmullo indefinible,  
donde sin leyes, ni prisión ni valla,  
los espíritus dan, en ronda horrible,  
zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival, cóncava y hueca,  
entre su red de góticas labores,  
una osamenta descarnada y seca  
dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,  
cada capilla un antro de vampiros  
que columpian y doblan los objetos,  
que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca  
que, abierta en espantosa carcajada,  
apenas el relámpago la toca,  
respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante  
en rauda confusión saltan y flotan  
las figuras que el vidrio vacilante  
con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes,  
en cada vidrio que la lumbre hiere,  
gestos, hachones, cruces, estandartes...  
y el relámpago pasa, y todo muere.

Tropa infernal de sombras vaporosas!  
 Abortos estrambóticos del miedo,  
 á quien da faz y formas religiosas,  
 crédula y fácil, la oriental Toledo!

## IV

Y entre nubes purpurinas  
 peregrinas  
 de azulado tornasol,  
 tendió el iris á lo lejos  
 los reflejos  
 de los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas  
 siete randas  
 sobre el invisible tul  
 con que tan falaz nos miente  
 el manso ambiente  
 ese firmamento azul.

Salve, ilusión de consuelo  
 con que el cielo  
 cierra el paso al vendaval,  
 levantando en su alegría  
 el claro día  
 arco espléndido triunfal!

Salve, luz tornasolada,  
 delicada  
 prenda mágica de paz,  
 en que el cielo jura al alma  
 dulce calma  
 tras la negra tempestad!

Salve, oh iris pasajero,  
 mensajero  
 del Supremo Criador,  
 en cuyos colores siete  
 nos promete  
 solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo Occidente  
 transparente  
 vuelve el sol á levantar  
 la faz pura, esplendorosa  
 y luminosa  
 al acostarse en el mar.

Por tí con cánticos suaves  
 van las aves  
 surcando el aura otra vez,  
 loando en dulces rumores  
 los primores  
 de tu excelsa brillantez.

Por tí en delicadas tocas  
 de las rocas  
 se desprende virginal  
 la melancólica niebla  
 cuando puebla  
 el ámbito celestial.

Por tí á través de su vuelo  
 luz da al cielo  
 la luna en turbio crespón,  
 como reina macilenta  
 que se ostenta  
 en magnífica ilusión.

Por tí dejan las estrellas  
 blancas huellas  
 de su opaca reina en pos,  
 como lámparas dudosas  
 ostentosas  
 en el alcázar de Dios.

Salve, ilusión de consuelo  
 con que el cielo  
 cierra el paso al vendaval,  
 levantando en su alegría  
 al claro día  
 arco espléndido triunfal!







## Á la niña C. D. G.

Niña que creces ufana,  
flor temprana  
de la vida en el verjel,  
ostentando primorosa  
flor pomposa  
tus mil matices en él,

Ríe y canta mientras dura  
la frescura  
y la pompa de tu abril,  
mientras luce claro el día,  
vida mía!  
de tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno  
hoy sereno  
brilla espléndido tu sol,  
y con vivo lampo dora  
de tu aurora  
el purísimo arrebol.

Ríe y canta: que este yerto  
gran desierto  
que llamamos mundo aquí,  
aun guarda blandos olores,  
ricas flores  
y regalo para tí.

Aun en él para tu infancia  
hay fragancia,  
calma, sombra, fresco y paz,  
sin que viento revoltoso  
tempestuoso  
interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna  
de la luna  
al tranquilo resplandor,  
mientras el aura estremece  
y te adormece  
con su canto el ruseñor.

Aun podrás con tu sonrisa  
blanda brisa  
conjurar para dormir,  
sin que turbe tu contento  
un pensamiento  
del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos  
vaporosos  
blancos sueños delirar,  
sin temer que el desengaño  
vele hurraño  
á tu lado al despertar.

Que los niños, mientras os dura  
la ventura  
de la cándida niñez,  
siempre halláis un seno amigo  
que os da abrigo,  
calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa hiedra  
que á la piedra  
que os ampara os acogéis,  
pagándola en fortaleza  
y en belleza  
el favor que la debéis.

Ah! Y podéis tornar los ojos  
sin enojos  
ni zozobra criminal  
á buscar un tierno abrazo  
en el regazo  
que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños  
como armiños  
en pureza y en candor;  
dulces prendas de consuelo  
que en su duelo  
da á los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,  
flor pomposa  
de la vida en el verjel;  
ríe y canta mientras dura  
la ventura  
y la paz que hallas en él.

Ríe y canta tu alegre primavera,  
mariposa de cándido color,  
que te meces inquieta y pasajera  
de árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;  
mientras, en este yermo baladí,  
la ráfaga que abrasa al que la aspira,  
brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila y descuidada  
las dulces horas que de amor te dan,  
sin acordarte de la edad pasada,  
ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso  
el puro halago del materno amor,  
el labio atento al regalado beso,  
la frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,  
vivir amando, y para tí no hay más,  
en el regazo maternal dormida,  
sin ver delante y sin mirar atrás.

Oh, ven, hermosa, á mis cansados brazos!  
Yo quiero amarte y delirar también:  
quiero gozar tus débiles abrazos,  
besar tus labios y tu blanca sien.

Si tú alcanzaras á saber de un niño  
los mimos inocentes lo que son,  
y cuánto calma un infantil cariño  
la amargura y pesar del corazón...!

Ven: sentada en mis rodillas,  
tus mejillas  
amoroso besaré;  
beberé en tus ojos bellos  
cuanta vida encuentre en ellos,  
y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada  
fatigada  
te pluguiera dormirar,  
porque duermas muellemente  
alzaré confusamente  
algún lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida  
estás, mi vida!  
escuchándome decir,  
te contaré lindos cuentos  
de hadas y encantamientos  
que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas  
que con ellas  
sueñes, niña, sin cesar;  
te diré cosas tan suaves  
como el canto de las aves  
y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana,  
flor temprana  
de la vida en el verjel;  
ríe y canta mientras dura  
el regalo y la ventura  
y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta  
 la tormenta  
 desgarré de una pasión,  
 ríe y canta mientras inerme  
 en la paz del tiempo duerme  
 encerrado el aquilón.

Mientras lejos de ti braman  
 y esparraman  
 las venturas del vivir

los mundanos vendavales,  
 tú las dichas terrenales  
 apresúrate á reír.

Ríe y canta, niña hermosa,  
 flor pomposa  
 de la vida en el verjel;  
 ríe y canta mientras dura  
 el regalo y la ventura  
 y la paz que hallas en él.







# A UNA CALAVERA

## FANTASÍA

- Conoces á ese hombre?  
—No, por cierto.  
—Mírale bien, y tómale las señas.  
—Imposible. Lleva una máscara tan impenetrable como las tinieblas.

F. COOPER.

Ahí estás tú, secreto de la vida,  
espantosa memoria de la muerte!  
Cifra cuanto fatal desconocida,  
quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,  
jeroglífico audaz, testigo mudo,  
que incrustó en los dinteles de la tierra  
quien sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás, con tu irónica sonrisa,  
tus huecos ojos y tu calva frente,  
aguardando tal vez la última brisa  
que al puerto del morir lleve la gente.

Qué miran, dí, tus cóncavos vacíos?  
Qué escuchan tus oídos sin orejas?  
Ríen de los humanos desvaríos  
con gesto inmóvil tus encías viejas?

Quién eres, dí, desnuda calavera,  
crédito del que fué, prenda de alguno,  
que, por ser una prenda de cualquiera,  
no como suya te querrá ninguno?

Fuistes hermosa y joven, y adorada;  
fuiste grande, feliz, rica y temida,  
ó cruzastes el mundo despreciada  
mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, qué se hizo tu corona?  
Si grande, qué se hicieron tus blasones?  
Quién tu nobleza y tu poder abona  
del callado sepulcro en las regiones?

Oyes alguna vez esa campana  
que dobla por los vivos que murieron?  
Al eco de su voz triste y lejana,  
sabes tú si las almas acudieron?

Alguna vez, sombría calavera,  
acaso algunos monjes te llevaron  
á un templo, donde en pompa lastimera  
sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura,  
sin duda que gozaras cuando vieras  
tantas cabezas, que la tierra impura  
ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,  
no te halagaba en la mortuoria fiesta,  
en recinto común tener contigo  
un pueblo, un trono, un ara y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones  
en el metal del ara te veías,  
al contemplar tus cóncavas facciones,  
tu espantoso mohín, no te refas?

Al revolver tus viejos pensamientos,  
si acaso pensamientos te dejaron  
las lluvias, los gusanos y los vientos,  
no te excitó á reir lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía  
los dedos de marfil, torneados, puros,  
entre los rizos que en la sien mecía  
en confusión como la sombra oscuros;

Sus ojos de azabache, que espiaban  
los ojos del mancebo irreverente,  
á cuyo fuego criminal brotaban  
las rosas del pudor sobre su frente;

Aquella niña bulliciosa, inquieta,  
la sien ceñida de crespón y flores,  
que, por ajeno parecer sujeta,  
á los pies del altar soñaba amores;

Tú la veías seca y descarnada,  
sin cuanto bello en la hermosura hechiza,  
calva la frente, huera la mirada,  
los labios de coral vueltos ceniza.

Oh! Gran cosa ha de ser sobre una tumba  
contemplar en el polvo reunida  
la loca multitud que se derrumba  
por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa, vive Dios! llamar á fiesta  
con la gigante voz de las campanas,  
y encender cirios y aprestar orquesta,  
y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada  
á cuanta juventud, pompa y belleza  
vegeta en una tierra condenada  
á acabar en la nada donde empieza.

Oh! Gran cosa tener en una farsa  
el principal papel, la voz primera,  
y ver alrededor pueblo y comparsa,  
siendo en un funeral la calavera!

Tener un rey y un pueblo prosternado,  
cabizbajo y sin voz, humilde y quedo;  
todo el poder del mundo arrodillado,  
lleno el cobarde corazón de miedo!

Oh! Gran cosa tener reyes y hermosas  
descubierta y doblada la cabeza,  
sin poder en las manos poderosas,  
sin encantos ni gracia en la belleza!

Y en un sitial de muerte y podredumbre  
sentirle bajo el pie como un juguete,  
y reir de la esclava muchedumbre  
á la sombra de sórdido bonete!

Gran corona imperial! Grave tocado!  
Entre un harapo inútil é irrisorio,  
un esqueleto seco y cercenado,  
presidiendo en un túmulo mortuario!

Grave fiesta terrena! Regia pompa,  
donde vamos los míseros mortales,  
al ronco son de la funesta trompa,  
á cantar nuestros propios funerales!

Donde, á la entrada del fatal recinto,  
suenan los brindis, la algazara y grita  
que dentro del mundano laberinto  
al insensato populacho irrita!

Oh! Tú puedes decirle al mundo entero:  
«Ríete y bebe, miserable, y danza,  
mientras en el lecho funeral te espero,  
porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

Y no ríes, sombría calavera?  
No se te antoja descender al llano,  
y entrar en el festín como cualquiera  
y á una hermosa ofrecer la seca mano?

Agitar tu esqueleto en danza loca,  
con tus huesos ceñir una cintura,  
y preparar en la desierta boca  
un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque, si fuiste bella en otros días,  
con ojos negros, labios de corales,  
alguna vez sin duda gustarías  
la dulce hiel de halagos criminales.

Porque, si fuiste grande y poderoso,  
sin duda que en ensayos seductores  
sondaras el secreto vergonzoso  
de trastornar en duelos los amores.

Porque, si esclavo fuistes ó mendigo,  
ansiarías de grandes y de dueños  
los que no dividieron ay! contigo  
torpes placeres y nefandos sueños.

Porque, si fuiste austero solitario,  
allá en la soledad de tu retiro  
alguna vez lanzaras temerario  
en pos de otro placer algún suspiro.

No se te antoja descender al llano,  
engalanada y fácil, y ligera,  
y en la fiesta mostrar al mundo insano  
de repente tu calva calavera?

Oh! Qué te falta para bien tamaño?  
Una piel transparente y delicada  
que cubra el espantoso desengaño  
del secreto fatal de nuestra nada?

Y qué importa la piel? Manto gastado  
que nos presta al nacer la tierra ruda,  
serás una beldad que han convidado,  
y por mostrarla más, viene desnuda.

Oh! Ven á delirar donde deliren,  
y serás la verdad á quien adoren,  
y el espejo serás en que se miren  
cuando, al tocar su fin, clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,  
á cantar donde canten, las botellas  
á apurar donde en orgía las apuren  
en ebria confusión ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,  
y con todos también jura y blasfema,  
hasta que doblen la cerviz, beodos,  
para alzarla á la voz de tu anatema.

Harapo que deja el hombre  
por que su raza al pasar  
el suelo en su viaje alfombré;  
firma fatal cuyo nombre  
no se alcanza á deletrear.

Y es cierto, cráneo pajizo,  
que, aunque pese al corazón,  
eres tú para quien se hizo  
tanta gala y tanto hechizo,  
tanta y tanta creación?

Es cierto que en otros días,  
con otra faz y otra tez,  
como yo vivo vivías,  
como yo río reías,  
ajeno de tu hediondez?

Que en esos cóncavos hondos  
dos ojos aposentabas  
vivos, inquietos, redondos,  
y que esos dientes hediondos  
en dos labios encerrabas?

Que en tu roída mejilla  
brillaron matices bellos  
en tu tierna edad sencilla,  
y que en tu sien amarilla  
se arraigaron los cabellos?

Es cierto, dí, que esa boca  
sin contornos ni calor,  
que hoy sólo la muerte evoca,  
manó en tu esperanza loca  
dulces palabras de amor?

Que acaso el labio amoroso,  
en suavísimo embeleso,  
á un amante cariñoso  
demandaba voluptuoso  
regaladísimo beso?

Que tal vez, sabio profundo,  
pasabas tus largas horas  
sombrio y meditabundo,  
buscando avaro en el mundo  
venturas engañadoras?

Que tal vez el ojo atento,  
sobre un libro amarillento  
en tu amarga soledad,  
se agotó tu pensamiento  
pensando tu eternidad?

Que tal vez, señor mundano  
de alcázares y jardines,  
viviste torpe y liviano,  
entre tropel cortesano,  
en impúdicos festines?

Y ese mundo baladí,  
sabio, amante, loco ó rey,  
te trajo con mofa aquí,  
diciéndote: «Esta es la ley.  
Cadáver, descansa ahí.»

Oh! Nada nos deja ver  
de tus historias de ayer,  
tras de tu faz deleznable,  
tu máscara impenetrable,  
imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,  
vaga, insondable verdad  
que tu inmoble gesto escuda;  
esa verdad que desnuda  
la invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero  
viene á estrellarse, ay de mí!  
en ese gesto severo,  
que es un centinela fiero  
de lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente  
se revelan revoltosas  
las ideas locamente,  
creándose de repente  
teorías mentirosas.

Todas vienen á espirar  
en tus cóncavos vacíos,  
cual las fuentes van á dar  
sus arroyos á los ríos,  
y los ríos á la mar.

En vano la vida entera  
contra tu verdad conspira,  
desdenosa calavera;  
que todo en tu faz severa  
se desvanece ó espira:

En esa cerviz curada  
al soplo de la tormenta,  
por el tiempo descarnada,  
cuya vida inanimada  
ni el tiempo ni el sol calienta;

Y en tu mirada indecisa,  
y en tu irónica sonrisa,  
y en esa hendida y entera,  
seca y solitaria hilera  
de tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena,  
como una cosa caída;  
como inútil prenda ajena,  
á quien nadie juzga buena  
sólo porque está perdida.

Y, por Dios! que, si los hombros  
que un día te sustentaran,  
volvieran á estos escombros  
á buscarte, con qué asombros  
de placer te acariciarán!

Oh! Si, alzándote una vez,  
aún te pluguiera ostentar  
la perdida esplendidez,  
y quisieras tu hediondez  
con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente  
unos cabellos postizos,  
que en madeja reluciente  
cayeran confusamente  
en mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro  
velaras altiva tú  
con minucioso decoro  
entre nácar, perlas y oro  
y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello  
entre las flotantes plumas,  
los collares y el cabello,  
velos echando sobre ello  
tan sutiles como espumas;



Y el repugnante mohín  
de tu inmoble rostro viejo,  
con esa risa sin fin  
asomaras á un festín,  
tomándole por espejo!

.....

Si acaso, rey destronado,  
se te antojara salir  
para ver do está enterrado  
el ejército arrojado  
que llevaste á combatir;

Y allá en el campo desierto  
do fué tu postrer batalla,  
de aquel mausoleo abierto,  
tu pueblo evocarás muerto,  
de entre el polvo en que se halla;

Y si, á tu voz poderosa  
despertando con asombro,  
tu nación volviera ansiosa,  
trayendo el arnés al hombro  
en faz de guerra espantosa...

Oh! Diabólico senado,  
medrosa, horrible ilusión,  
ver tanto esqueleto armado  
en torno un rey, convocado  
al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes  
ensordeciendo la tierra,  
combatiéndose pujantes  
con clamores insultantes  
pregonando impía guerra...

Ah! Delirios son del alma,  
que no te alcanza, Señor,  
en los terribles secretos  
de tu infinita creación!

En los tormentosos días  
de mi mundanal dolor,  
medité desesperado  
sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas,  
de mi porvenir en pos,  
y en todas encontré polvo,  
en todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia  
que cae sobre quien nació,  
desde esos gestos inmóviles  
sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,  
en cuya horrible atención,  
en cuya eterna sonrisa  
de complacencia feroz;

En cuyo todo espantoso  
deletrea el corazón  
la triste palabra NADA,  
confundido de pavor.

Y es ése, Señor, el hombre  
que de tu mano salió,  
hecho á semejanza tuya,  
aborto digno de un Dios?

Es ésta, Señor, la vida,  
que como una maldición  
nos carcome cuanto bello  
tu bondad nos regaló?

Entonces, ay! qué nos vale  
que alumbre tan puro el sol,  
y en la noche se refleje  
la luna en su resplandor?

Qué sirve que allá en los bosques,  
en pintada confusión,  
canten en bandos alegres  
el mirlo y el ruiseñor?

Que los árboles murmuren  
en melancólico son,  
y esponje á su blanda sombra  
su dulce cáliz la flor?

Qué sirve que en blanda arena  
tienda su curso veloz  
el arroyuelo que viste  
la pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas  
los jazmines, juguetón,  
salpique, con que la pródiga  
primavera le alfombró?

Que el mar se encorve bramando  
de las playas en redor,  
y le azote y le sacuda  
revoltoso el aquilón?

Qué sirve ese cielo azul  
en cuyo centro adunó  
mil nubes tornasoladas  
en caprichoso montón,

Si todo no es más, al cabo,  
este universo, Señor,  
que de una inmensa familia  
el inmenso panteón?

Qué sirve á esa calavera  
una existencia de honor,  
una vida de virtudes,  
de crimen ó de aflicción?

Qué le vale todo un siglo  
de penitencia ó de amor,  
la corona ó la cadena  
que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba,  
al salir de esta mansión,  
como una máscara inútil,  
despechado, la arrojó?

En vano la he demandado  
por la infamia ó el blasón  
del dueño que en ese osario  
entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,  
su sonrisa me da horror,  
y su boca tiene ahogada  
en la garganta la voz.

Qué espera? Tal vez lo ignora.  
Ahí está, al aire y al sol,  
eternamente riendo  
de cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda  
que conduce al panteón,  
diciendo á cada viajero  
con eterna risa:—Adiós!





# LAS HOJAS SECAS

---

## Á MI MADRE

Dicen que todo al fin se desvanece,  
todo pasa, se olvida, pierde y borra...  
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,  
y un torcedor arrastro en mi memoria.  
Un templo, un bosque, un ave que pasando  
cruza en el viento descarriada y sola,  
prensan mi corazón, y á mis pupilas  
solitaria una lágrima se asoma.  
Pláceme ver un claro riachuelo  
lamer su orilla con azules ondas,  
y al resplandor del trémulo crepúsculo  
sentir la fuente murmurar sonora.  
Pláceme ver tras el opuesto monte  
hundir al sol su faz esplendorosa,  
y despedirle desde el hondo valle  
al compás de las aguas y las hojas.  
Y pláceme en paseos solitarios,  
en dulces sueños delirando sombras,  
perderme en la floresta sin camino,  
ideando quiméricas historias.  
La mía es triste: cansa y no interesa;  
sin aventuras intrincadas, corta:  
es una historia solamente mía,  
como otras muchas que á la vez se ignoran.  
Es la historia de un sueño fatigoso  
en que nada sucede, nada importa;  
no se comprende, pero no se olvida,  
y sus vagos recuerdos nos acosan.  
Yo la recuerdo con vergüenza siempre;  
temo profundizarla, y sus memorias,  
como gotas de mágico veneno,

caen en mi corazón una tras otra.  
Qué os hicisteis, dulcísimos instantes  
de mi infancia gentil? Do están ahora  
los labios de coral que me colmaron  
de blandos besos que mis ojos lloran?  
Do está la mano amiga que trenzaba  
la hebras mil de mi melena blonda,  
tejiéndome coronas en la frente  
de azucenas silvestres y amapolas?  
Era, ay de mí! mi madre: alegre entonces,  
tranquila, amante, como el alba hermosa;  
jamás me ha parecido otra hermosura  
tan digna de vivir en mi memoria.  
Apartáos, impúdicas quimeras!  
Más os detesto cuanto más vosotras  
tenaces me seguís; ya no sois nada:  
cesó el festín, rompiéronse las copas.  
Ella es mi madre: sus ardientes besos  
con vuestra vil presencia se inficionan.  
Idos en paz, que el llanto de sus ojos,  
del alma impura vuestra imagen borra!

---

Madre, te encuentro llorando!  
Ah, no atiendes á mis voces!  
Mírame: no me conoces?  
Tan mudado, madre, estoy?  
Tan pronto borrar pudieron  
mi rostro las desventuras...?  
Bebí tantas amargas!  
Pero, al fin, madre, yo soy!

Cuán trémula está tu mano!  
 Tu corazón cuán opreso!  
 Madre, no tienes un beso  
 ni una queja para mí?  
 Lloras! Beberé tu llanto...  
 Mas abrasan tus mejillas...  
 Héme, madre, de rodillas,  
 avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos;  
 sufres viéndome, lo veo;  
 mas estoy como está el reo  
 humillado ante su Dios.  
 Tornadme el rostro, señora;  
 y aunque lo tornéis severo,  
 que sea el favor postrero,  
 por que me ausente de vos.

Lo sé: receláis acaso  
 que vendí vuestro cariño  
 por el impúdico aliño  
 de otro amor más terrenal!  
 Este color de mi frente,  
 tal vez os parece impuro...  
 Oh, madre mía, os lo juro!  
 me habéis comprendido mal!

Soñé, y me desvanecieron  
 mis fatales ilusiones;  
 sentí mis locas pasiones  
 dentro de mi pecho arder.  
 La tempestad era horrible;  
 la noche lóbrega, densa;  
 la mar tormentosa, inmensa;  
 mi barca débil... Qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,  
 dejéme llevar del viento;  
 sacóme el mar turbulento  
 á otra playa de ilusión:  
 yo á lo lejos la miraba;  
 y era una tierra tan bella,  
 que el pasar, madre, por ella  
 fué terrible tentación.

Bebí el agua de sus fuentes,  
 gocé el aura de sus flores;  
 embriagado en sus amores,  
 en sus bosques me adormí;

allí el placer me esperaba,  
 vos en la opuesta ribera...  
 Horrible tentación era;  
 mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba  
 glorioso laurel naciente:  
 yo le arranqué de mi frente:  
 pensaba en vos, y le hollé.  
 Allí quedó entre la arena;  
 y, al lanzarle, dije:—Crece;  
 que si mi sien te merece,  
 más ansioso volveré.

En vano mis ilusiones  
 me acosaron tumultuosas;  
 á las ondas procelosas  
 me arrojé audaz y volví.  
 Sin fuerza, sin esperanza,  
 madre, en mi congoja fiera,  
 tu imagen fué la postrera  
 que guardé mientras viví.

Mas tú inconsolable lloras  
 sin atender á mis voces!  
 Mi vida, no me conoces?  
 Tan mudado, madre, estoy?  
 Tan pronto borrar pudieron  
 mi rostro las desventuras?  
 Bebí tantas amarguras...!  
 Pero, al fin, madre, yo soy.

Mas no me escuchas! Llorando,  
 la faz amorosa escondes!  
 Te llamo y no me respondes.  
 Tanto, madre, te ultrajé?  
 Te entiendo, por fin; yo solo  
 no basto ya á consolarte;  
 me será fuerza dejarte,  
 y á la mar me volveré.

Mas oye. Es el otoño; rebramando,  
 el ábrego los árboles sacude;  
 de roncós cuervos el siniestro bando  
 á los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en Occidente,  
 y allá en la falda de espinoso risco  
 guía el pastor con paso indiferente  
 las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría,  
de sus verdes doseles se despoja,  
y, al empuje de ráfaga bravía,  
el bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego las huella y arrebata,  
las arrastra en revuelto torbellino,  
ciega en la fuente la serena plata,  
borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno  
y esqueleto fantástico semeja  
cada desnudo tronco, un día lleno  
de la sombra magnífica que deja.

Flores, en dónde estáis y do se esconden  
los céspedes que amenos os cercaban?  
Cómo los ruiseñores no responden  
al son de las alondras que pasaban?

Qué es del arrullo de la mansa fuente  
donde á beber bajaban las palomas?  
Qué es del aura que erraba suavemente  
cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del Abril se marchitaron,  
los céfiros errantes se extinguieron,  
en ayes los murmullos se tornaron,  
y anchos arroyós las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso  
hay, en vez de una fuente, una laguna,  
y en las ramas del álamo pomposo  
las hojas se desprenden una á una.

Así, madre, van mis días,  
con las hojas de consuno,  
desprendiéndose uno á uno,  
al vaivén de la pasión.  
Y así van las ilusiones  
de mi esperanza importuna  
desprendiéndose una á una  
de mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas  
no volverán á su rama,  
el cierzo las desparrama,  
la lluvia las pudrirá.

Como el bosque queda triste,  
y silencioso y desnudo,  
seco y solitario y mudo  
mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas  
que ayer nos prestaron sombra,  
ni aun las querrá por alfombra  
el tornasolado Abril:  
míralas, madre, cuál ruedan  
entre la arena perdidas,  
holladas y sacudidas  
por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,  
nuestras miseras ficciones:  
eso son nuestras pasiones,  
nuestra vida terrenal:  
nacen, dan sombra un instante,  
suenan, se mecen, se cruzan,  
caen, ruedan, se desmenuzan  
y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo  
del cierzo desaparecen,  
otras en el árbol crecen  
y se apiñan otra vez:  
mas yo iré, cual hoja seca,  
por el viento desprendida,  
arrastrando de mi vida  
la juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento  
irá por doquier conmigo,  
como verdugo y testigo  
de mi perdurable afán.  
Y cuando á su vieja llama  
encanezcan mi cabellos,  
madre, debajo de aquéllos  
jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes  
que por mi memoria vagan;  
estos recuerdos que amagan  
no dejarme hasta morir;  
hojas secas de mí mismo,  
que, arrancadas de mi centro,  
á mí asidas las encuentro  
sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan  
 esas hojas del otoño:  
 no tienen otro retoño,  
 mas tampoco tendrán fin:  
 sopla el viento y no las lleva,  
 cae la lluvia y las perdona;  
 igualmente las abona  
 el desierto y el jardín.

Dicen que todo al fin se desvanece,  
 todo pasa, se olvida, pierde ó borra...  
 Soy infeliz? No sé. Mas vivo triste  
 y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, creerás también que todo pasa,  
 como en alas del ábrego las hojas,  
 como del vago céfiro los ayes,  
 como del mar las fugitivas ondas?

Crees tú que pasarán para tu hijo,  
 como del bosque la agostada pompa,  
 tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,  
 que todo el corazón le ocupa sola?

Crees, madre, que, al huir desesperado  
 á playas extranjeras y remotas,  
 corre tras la molicie y los placeres,  
 busca una libertad cínica y loca?

Crees tú que anhela en climas apartados  
 libre gozar su juventud fogosa?  
 Crees que olvidado de su madre viva...?  
 Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Doquier que arrastre su existencia inútil,  
 suerte feliz ó mísera le acorra,  
 ya duerma en los harapos del mendigo,  
 ya en blanda pluma de opulenta alcoba;

Ya espere un porvenir sin esperanza,  
 ya circunde su sien verde corona;  
 en la mazmorra, en el alcázar... madre,  
 donde quiera que aliente, allí te adora.

Qué es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen  
 nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,  
 como pasan, al aire del otoño,  
 del bosque umbrío las marchitas hojas.



# EL ZAPATERO Y EL REY

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Aprobado para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino  
en 17 de Octubre de 1849.







## PERSONAJES

---

El Rey Don Pedro.	Men Rodríguez de Sanabria.
El Infante Don Enrique.	El Alcaide del castillo de Montiel.
El Capitán Blas Pérez.	Beltrán de Claquín.
Juan Pascual.	Olivier de Manni.
Inés.	El Vizconde de Rocaberti.
Juana.	Un ermitaño.
El astrólogo Ben-Hagatin.	

*Caballeros franceses, guardias de D. Enrique, soldados de D. Pedro, conjurados, pajes, damas, enmascarados, cazadores, monteros, músicos y pueblo.*

---

---





# EL ZAPATERO Y EL REY

## SEGUNDA PARTE

### ACTO PRIMERO

Quinta de un solo piso, de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. Eneste aposento, y á la derecha, una alcoba cerrada con cortinas; en el fondo una puerta que da al exterior, y á la izquierda una ventana que da al campo. Éste figura un valle frondoso, á la falda de un montecillo; terreno montañoso. Es de noche.

#### ESCENA PRIMERA

JUAN PASCUAL *é* INÉS

INÉS

Váis á salir, padre?

PASCUAL

Sí.

INÉS

Y amenazando tormenta?

PASCUAL

Tomada la tengo en cuenta,  
mas no voy lejos de aquí.  
Tardará mucho, á mi ver,  
todavía en estallar,  
y aun ha de darme lugar  
para salir y volver.

INÉS

Si tenéis tal precisión,

no me opongo á que salgáis,  
mas con mi gusto no váis.

PASCUAL

No alcanzo por qué razón.  
Un hombre al campo avezado  
y en sus fatigas curtido,  
no ha de verse detenido  
por un pequeño nublado.

INÉS

No es mi recelo mayor  
ese nublado.

PASCUAL

Qué es pues?

INÉS

Hace dos noches ó tres  
que corre cierto rumor...

PASCUAL

Por mi vida! Y tú también

das crédito á esas consejas  
de muchachos y de viejas?

INÉS

Yo, padre...

PASCUAL

Basta; mantén,  
Inés, la puerta cerrada;  
llama al punto á tu doncella,  
y en tu aposento con ella  
dormid, y no temáis nada.  
Lo oyes?

INÉS

Sí, señor.

PASCUAL

Pues vé,  
y advierte que esto resuelvo,  
Inés, porque pronto vuelvo  
y no quiero hallarte en pie.

INÉS

Seréis, padre, obedecido.

PASCUAL

Así es fuerza que lo hagáis;  
y aunque en el bosque sintáis,  
ó dentro de casa, ruido,  
ni os levantéis á escuchar,  
ni á mirar os asoméis,  
porque es fácil que lleguéis  
á ensordecer y á cegar. (*Váase.*)

## ESCENA II

INÉS y luego JUANA

INÉS

Conmigo tanto desvío  
mi padre, y tanto misterio?  
Tan franco antes, y hoy tan serio?  
No sé qué piense, Dios mío!  
Mas obedézele y callo.  
Juana!

JUANA

Señora.

INÉS

Al momento  
vámonos á mi aposento.

JUANA

Tan pronto?

INÉS

En verdad que no hallo  
de esto en padre la razón;  
mas él, Juana, así lo quiso,  
y obedecer es preciso.

JUANA

Si aun las ánimas no son!  
Y á más de eso, olvidáis que hoy  
es lunes, y el Capitán,  
enamorado y galán,  
vendrá...?

INÉS

Temiéndolo estoy,  
que está mi padre en el bosque,  
y si con él se tropieza...

JUANA

Vaya! Con tanta tibieza,  
le váis á hacer que se amosque.  
Él viene desde Sevilla  
á escape por sólo hablaros,  
y vos hacéis mil reparos  
para abrir una trampilla,  
por la cual, como una monja,  
juráisle amor y constancia...  
que él convertirá en sustancia;  
mas, á hablaros sin lisonja,  
no es empresa muy galana  
correr posta entre dos luces,  
para pegarse de bruceas  
hora y media á una ventana.

INÉS

No sé qué más pueda hacer  
si de mi padre á disgusto...

JUANA

Y qué tiene ese hombre adusto  
con vuestras cosas que ver?  
Cualquiera doncella honrada  
es hija del padre Adán,  
y no es cosa un capitán  
para ser desperdiciada.  
Cualquier noble castellano  
que á una mujer se dirija,  
puede darla una sortija,  
puede besarla una mano.  
De día encontrarla puede,  
si con tiento se le avisa,  
en baile, en paseo, en misa,  
sin que por liviana quede.  
Y á un hombre de quien se admiten  
palabras de amor sinceras,  
libertades tan ligeras  
sin desdoro se permiten.  
Vos nada le concedéis  
á ese pobre Capitán,  
que viene muerto de afán  
tan sólo porque le déis,  
á través de esa ventana,  
una esperanza perdida,  
que alarga á su amor la vida  
hasta que vuelve mañana.

INÉS

Ay, Juana! Bien sabe Dios  
que amo á ese hombre cuanto puedo,  
mas tengo á mi padre miedo.

JUANA

Se ha de casar él por vos?  
Y en fin, qué puede decir?  
Es un bravo militar  
que por vos puede mirar  
y defendiéndose morir.  
Vuestro padre...

INÉS

Calla, calla...

Con mi padre ha puesto el cielo  
entre mí y el mundo un velo,  
y ante ese hombre una muralla.  
Muchas veces, ay de mí!

me ha dicho:—«Inés, si la suerte  
se inclina á favorecerte,  
gran precio tienes en tí;  
mas si, como ahora sospecho,  
mantiene igual la balanza,  
Inés, tu sola esperanza  
viene á ser un cláustro estrecho.»

JUANA

Un cláustro? Vaya! Choceces  
de gente fría de seso.  
Mi padre me ha dicho á mí eso  
lo menos sesenta veces.  
Mas oid.

(*Tocan las campanas á las ánimas.*)

INÉS

Tocan?

JUANA

Sin duda.

Las ánimas dando están.

INÉS

Dios quiera que el Capitán  
hoy á la cita no acuda!

(*Baja el Capitán por las peñas y se acerca  
á la ventana.*)

JUANA

Estar segura podéis  
de que no tardará mucho. (*Llama.*)

INÉS

Pero, Dios mío, qué escucho?  
Esa es su seña.

JUANA

Lo véis?

INÉS

No abras, por Dios!

JUANA

Y ha de estar  
de la ventana por fuera?

INÉS

Y si mi padre viniera?

JUANA

Más pronto le ha de encontrar  
si le dáis ese plantón.

INÉS

Ah! Dile, pues, que se ausente.

JUANA

El consejo es excelente.  
Preguntará la razón,  
y el tiempo que ha de pasar  
en respuestas y preguntas,  
sabiéndole atar las puntas,  
puede mucho aprovechar.  
Salid á escucharle vos,  
y yo desde otra ventana  
acecharé.

INÉS

Tente, Juana!

JUANA

Reacia estáis, vive Dios.  
Capitán? (*Se asoma y habla al Capitán.*)

CAPITÁN

Juana?

JUANA

Yo soy.

Andad en pláticas breve,  
pues volver el padre debe,  
que salió. Á velaros voy.  
(*Á Inés.*) Ahora vos; y por mi vida,  
no os andéis en miramientos,  
y aprovechad los momentos,  
que yo estaré prevenida.

---

### ESCENA III

INÉS *dentro de la ventana, y* EL CAPITÁN  
*fuera*

INÉS

Capitán?

CAPITÁN

Inés?

INÉS

Sois vos?

CAPITÁN

Sí; yo soy, luz de mis ojos.

INÉS

Veros aquí me da enojos.

CAPITÁN

Tanto me odiáis?

INÉS

No, por Dios.

Capitán, yo os quiero bien;  
más de lo que debo acaso,  
mas me temo algún fracaso  
si por desventura os ven.

CAPITÁN

Espada traigo conmigo,  
y en mi amor pongo tal fe,  
que si que estáis cerca sé,  
en cualquier trance me obligo...

INÉS

Callad, por Dios, Capitán;  
si mi padre llega á veros...

CAPITÁN

Fiad, que no he de ofenderos  
en las canas de don Juan.  
Si llega á verme, mi nombre  
sin empacho le diré,  
que os amo con mucha fe.

INÉS

Quien quier que seáis, sois hombre,  
y ha de ofenderse al miraros.

CAPITÁN

Pues qué puede hallar en mí  
para que se ofenda así?

INÉS

Plegue á Dios no llegue á hallaros!  
Y no más me preguntéis,

que aunque os quiero con ternura,  
quereros en mí es locura.

CAPITÁN

Señora, me estremecéis.  
Tal vez prometida á otro  
estáis por él?

INÉS

No en verdad;  
mas no tengo voluntad  
que ofreceros.

CAPITÁN

En un potro  
vuestras palabras me ponen.  
Casada estáis?

INÉS

No.

CAPITÁN

De haciendas  
ó de familia contiendas  
á vuestro enlace se oponen?  
Hablad, que en la corte tengo  
con el Rey tanto favor,  
que lo que os plazca mejor  
puedo hacer, si le prevengo.

INÉS

No, Capitán, que es tan rara  
la fortuna que me espera,  
que en ella nunca quisiera  
que nadie se interesara.  
Secretos ¡ay! que jamás  
se aclaran un solo instante,  
me vedan mirar alante,  
me ciegan si miro atrás.  
Mi padre no siempre ha sido  
lo que ser hoy aparenta,  
y yo con él por mi cuenta  
graves riesgos he corrido.  
Ya moza de una posada,  
y ya aldeana grosera,  
viví de poblados fuera,  
siempre oculta y olvidada.  
Una vez de este misterio

le he demandado razón,  
y aun tiembla mi corazón  
al recordar el imperio  
con que: «En la vida, me dijo,  
por tu porvenir demandes,  
que tus destinos son grandes,  
mas varios, según colijo.  
Espera, y ruégale á Dios  
que lleven igual camino  
tu destino y mi destino,  
á quien otro lleva en pos.»  
Sí, Capitán; otro día  
que puesta en una ventana  
vía la gente aldeana  
que en bailar se divertía,  
con voz siniestra, y con ojo  
torvo y escudriñador,  
díjome: «Huye del amor,  
que es de zarzas un manojo.  
Y el que más bello imaginas  
en tu amante sencillez,  
sólo ha de serte tal vez  
una coyunda de espinas.»  
Un hombre en una ocasión  
que con mi padre trataba,  
notó éste que me miraba  
con demasiada atención,  
y aunque empeñado en su suerte  
corría en su misma causa,  
le dijo haciendo una pausa:  
«Amarla es ir á la muerte.»  
De entonces todo su anhelo  
fué á todo el mundo ocultarme,  
y á nadie puedo mostrarme  
sino debajo de un velo.  
Esto baste, Capitán,  
y sírvaos esto de aviso,  
para que no andéis remiso  
en cosas que á mí me van.

CAPITÁN

Absorto estoy de escucharos;  
mas yo satisfecho quedo  
si vos me decís que puedo  
correspondido adoraros.

INÉS

Harta os he dado ocasión

para que bien lo sepáis;  
mas, por Dios! que lo tengáis  
guardado en el corazón!  
No os paréis en mis desdenes,  
que son hijos del temor;  
yo os amo, mas de mi amor  
no os déis grandes parabienes.

CAPITÁN

Nada me toca saber  
de lo que guardáis secreto;  
amarnos sólo es mi objeto,  
y eso no más puedo hacer.  
Ni los riesgos me amedrentan,  
ni las desdichas me apuran,  
no; mi amor os aseguran,  
y mi constancia acrecientan.

INÉS

Lo mismo hallaréis en mí...  
Mas cada instante que pasa,  
temo que se vuelva á casa  
mi padre, y os halle aquí.

CAPITÁN

Pártome, pues.

INÉS

Sí; idos presto.

CAPITÁN

Ahí os queda mi albedrío.

INÉS

También, ay de mí! va el mío  
del vuestro ocupando el puesto.

CAPITÁN

Adiós, mi vida.

INÉS

Id con Dios,  
Capitán, y él os dé suerte.

CAPITÁN

Para amarte hasta la muerte.

INÉS

Más allá os querré yo á vos.

*(A lirise el Capitán, ve que se acercan por las  
montañas, bajando por el camino que tra-  
jo, varios enmascarados con luces.)*

CAPITÁN

Mas, qué veo, Dios divino?  
Qué luces son las que avanzan,  
que por las peñas se alcanzan  
bajando por el camino?

INÉS

Huid, huid! Ay de mí!  
No el pueblo murmura en vano.  
La Virgen, si sois cristiano,  
os saque con bien de aquí.

CAPITÁN

Qué habláis, señora?

INÉS

Esos ruidos  
que oía yo en las montañas,  
no eran del vulgo patrañas!

CAPITÁN

Cielos! Son aparecidos!

JUANA

Señora, pronto cerrad. *(Saliendo.)*  
Transida vengo de miedo...  
Cerrad, por Cristo...!

INÉS

No puedo,  
que el Capitán...

JUANA

*(Al Capitán, asomándose á la ventana.)*  
Por piedad,  
salváos, buen caballero.  
Trepad, trepad á las peñas,  
y buscáos por las breñas  
á viva fuerza sendero.

INÉS

No, no huyáis; esas visiones



tienen de lince los ojos.  
Aplaquemos sus enojos,  
Capitán, con oraciones. (*Se hinca.*)

CAPITÁN

No puedo huir, ni salvarme;  
todo mi valor flaquea.

INÉS

Pues bien, sea lo que sea,  
entrad también.  
(*Le da la mano y el Capitán salta por la  
ventana.*)

JUANA

Ni un adarme  
de serenidad me acude.

INÉS

Cerrad pronto esa ventana.  
Mata esa bujía, Juana.  
Ahora, que Dios nos ayude.

#### ESCENA IV

DOÑA INÉS, EL CAPITÁN y JUANA en el  
cuarto; JUAN PASCUAL y EL INFANTE  
DON ENRIQUE, *enmascarados, y seis  
caballeros lo mismo, bajan por las  
peñas á la escena, alumbrados de lin-  
ternas que llevarán cuatro de los em-  
bozados.*

PASCUAL

Llegar podemos sin miedo;  
del pueblo la gente tosca,  
supone el bosque poblado  
de apariciones medrosas.  
Mi gente eché de mi casa,  
y fuera ocupada toda,  
sólo hay en ella mujeres  
que por dormidas no estorban.  
Esconded, pues, las linternas  
por si una vieja curiosa  
á saludar á las brujas

por las rendijas se asoma,  
y ve que en mi casa entramos.

DON ENRIQUE

Y á más, guarecerse importa  
de techado, porque empiezan  
á ser espesas las gotas.

UNO

Terrible nublado avanza.

DON ENRIQUE

Según lo airado que sopla  
el vendaval que le impele,  
su duración será corta.

PASCUAL

Entrad si os place, señores,  
y os cobijará esta choza.

CAPITÁN

(*Dentro.*) Sudando estoy de pavor.  
Estoy escuchando sordas,  
debajo de esa ventana,  
voces de varias personas.

JUANA

Meten la llave en la puerta.

INÉS

Mi padre es.

JUANA

Á buena hora  
le ocurre llegar!

INÉS

Se acercan.

CAPITÁN

Estad serena, señora.  
Si es que son hombres, mi espada  
os protege.

JUANA

Y si son sombras!

INÉS

No; huyamos.

CAPITÁN

Pero guiadme  
si no queréis...

INÉS

Una alcoba  
tiene este aposento. En ella...  
(*Buscando la alcoba.*)

(*Aparte.*) De miedo no la hallo ahora.  
Aquí está. Dadme la mano. (*Al Capitán.*)  
Entrad... Por aquí nosotras... (*Á Juana.*)

—  
ESCENA V

EL CAPITÁN, *en la alcoba*; DOÑA INÉS y  
JUANA, *en su aposento. Por la puerta  
del fondo* JUAN PASCUAL y los enmas-  
carados.

PASCUAL

Este es mi cuarto, señores.  
Yo me sirvo de esta alcoba.  
Si gustáis...

DON ENRIQUE

Basta que vos...

PASCUAL

Cierro esta puerta;—y esotra  
(*La de doña Inés.*)  
da á un pasadizo muy largo  
que en otra ala desemboca  
del edificio, y en donde  
una hija mía reposa,  
que aunque vele, es imposible  
que nada comprenda ni oiga.

DON ENRIQUE

Está bien.

PASCUAL

Pues empecemos.

DON ENRIQUE

Guardar la máscara importa,

y no hay para qué nombrarse,  
conociendo las personas.  
Este anillo que el Infante (*Le muestra.*)  
me dió por su mano propia,  
atestigua mis poderes,  
y no hay quien no le conozca.  
Lo que se selle con él,  
él mismo lo corrobora.

PASCUAL

Ea, pues; los pergaminos  
y las plumas están prontas;  
despachémoslo cuanto antes.  
Yo creo que nadie ignora  
de los que me están oyendo,  
que tuve una hermana hermosa,  
de quien el rey de Castilla  
tomó á cuenta la deshonra.

DON ENRIQUE

Sabemos que en una noche  
dispuso unas falsas bodas;  
reunió un falso Concilio  
de prelados, á quien Roma  
castigó debidamente.  
La dió nombre de su esposa,  
y después de profanarla  
torpemente, abandonóla.

PASCUAL

Así es la verdad; mi hermano,  
aunque al principio en su cólera  
se apartó de su amistad  
y amenazó su corona,  
hoy lidia por su bandera,  
y reales privanzas goza.  
Yo no; jamás he olvidado  
aquella hazaña afrentosa  
de don Pedro, y la venganza  
he retardado hasta ahora,  
sólo por falta de un día  
de ocasión segura y próspera  
Ahora bien; tengo en secreto  
minada á Sevilla toda,  
donde una conjuración  
fermenta á estallar muy próxima.  
Si don Enrique me jura  
dueño hacerme sin demora

de las tierras y castillos  
que por este escrito constan,  
yo le daré, muerta ó viva,  
de don Pedro la persona.  
(*Don Enrique mira el pergamino que está  
sobre la mesa.*)

DON ENRIQUE

Aunque pedís mucho, el príncipe  
lo que pedís os otorga:  
mas dadle una garantía.

PASCUAL

Con mi misma ofensa sobra;  
y en cuanto á mi buena fe,  
harto por demás la abona  
el hallaros tan seguros  
á una distancia tan corta  
de Sevilla y de don Pedro,  
cuando una voz de mi boca  
daros podía una muerte  
tan cierta como alevosa.

DON ENRIQUE

Decís bien; vuestro interés  
tiene raíces tan hondas  
como el nuestro en este asunto.  
Réstanos saber ahora  
qué garantía exigís  
de don Enrique.

PASCUAL

Esa es cosa  
que me procuré hace tiempo,  
y que sólo puedo á solas  
con el mismo don Enrique  
tratarla yo.

DON ENRIQUE

Lo que oiga,  
vea, prometa ó alcance  
quien su real anillo logra,  
haced cuenta que él la escucha,  
la presencia y la sanciona.

PASCUAL

Pues apartáos un poco.

DON ENRIQUE

Hablad.

PASCUAL

(*Con misterio.*) Yo sé de la historia  
del infante don Enrique  
las escenas más recónditas.

DON ENRIQUE

Vive Dios!

PASCUAL

Oid con calma,  
que á quien vengarse ambiciona,  
ni precauciones le bastan,  
ni se contenta con pocas.

DON ENRIQUE

Adelante.

PASCUAL

Hace diez años  
que en una noche horrorosa  
se dió un asalto á un castillo  
frontero de la Rioja.  
Vencieron los de don Pedro,  
y su furia asoladora  
pegó fuego al edificio.

DON ENRIQUE

Recuerdo horrible!

PASCUAL

Espantosa  
fué aquella noche. Las llamas  
entraban hasta una alcoba,  
donde postrada en su lecho  
con las postreras congojas,  
estaba una noble dama,  
cuanto desdichada, hermosa.  
Entre sus brazos gemía  
una niña encantadora, (*Le mira.*)  
parecida á don Enrique  
como una gota á otra gota.

DON ENRIQUE

Miserable!

PASCUAL

Oid, que acabo.

La dama era...

DON ENRIQUE

(*Interrumpiéndole.*) El nombre sobra.

PASCUAL

La niña por hija de ambos  
hoy don Enrique la llora.

DON ENRIQUE

Murió.

PASCUAL

No tal; hubo un hombre  
que del incendio salvóla.

DON ENRIQUE

Y vive?

PASCUAL

Sí.

DON ENRIQUE

Dónde, dónde?... (*Con ansia.*)

PASCUAL

Eso en mi secreto toca,  
y esa entre mí y don Enrique  
es mi garantía sola.

DON ENRIQUE

Y don Enrique por ella  
diera cetro, vida y honra.

PASCUAL

Lo sé, que tuvo á su madre  
profunda, devoradora,  
una pasión cuyas huellas  
de su corazón no borran,  
de desengaños y lágrimas,  
los quince años que le agobian.  
Por eso lo hice; don Pedro  
fué causa de mi deshonra,  
y no quiero que su hermano,  
cuando ciña su corona,

reniegue de su palabra  
cual renegó él de sus bodas  
con mi hermana. Es precaución  
que me atañe.

DON ENRIQUE

Ponzoñosa  
serpiente, de cuya lengua  
los vapores me sofocan,  
quién en mitad del camino  
de don Enrique te arroja?

PASCUAL

La experiencia y la venganza;  
si nuestro plan se malogra  
y yo en la demanda muero,  
no receléis que traidora  
pase el dintel de mi tumba  
mi venganza. En una bolsa  
de malla, asida á mi cuello,  
de pergamino habrá una hoja  
con la instrucción necesaria  
para encontrar esa joya  
que así don Enrique estima.  
Si llega acaso mi hora  
sin mi venganza, el guardarla,  
qué utilidad me reporta?  
No faltará quien la encuentre  
y en sus manos se la ponga.  
Mas si doy cabo á mi empresa  
y á don Enrique victoria  
consigo sobre don Pedro,  
por si la fortuna loca  
contra mí quiere volverse,  
la conservaré; y no es otra  
mi resolución postrera,  
que nada tuerce ni dobla.  
La cabeza de don Pedro  
por esa hija, á quien adora;  
prenda por prenda, es muy justo,  
que amores, señor, son obras.

DON ENRIQUE

Pues no hay remedio, está bien;  
mas no olvidéis que blasona  
don Enrique de severo,  
y si fe en vos halla poca,

con vuestro secreto y todo,  
sin más reparo os ahorca.

PASCUAL

En esto estoy.

DON ENRIQUE

Pues entonces,  
no lo echéis de la memoria.

PASCUAL

Vos decid á esos señores  
que satisfechas ahora  
quedan en vos cuantas dudas  
nuestros pactos ocasionan.

DON ENRIQUE

Así es la verdad, señores.

PASCUAL

Sellad, y dadme: las cosas  
*(Sellan el pergamino.)*  
dispondré yo de manera  
segura, acertada y pronta,  
y aviso os daré de todo  
en tres días y á estas horas.

DON ENRIQUE

Salgamos pues, que ya es tarde.  
Que os guarde Dios.

PASCUAL

Él os oiga.

*(Salen todos, y Juan Pascual, que se queda  
á la puerta viéndolos partir. El Capitán  
asoma entre tanto por el aposento.)*

## ESCENA VI

EL CAPITÁN, *escondido*; JUAN PASCUAL,  
*que vuelve á entrar*

CAPITÁN

Que esto pase, vive Dios!  
Mas nunca peor se logre.  
Bien haya quien á esta quinta  
me ha encaminado esta noche!

Un cabo tengo del hilo;  
si por azar no se rompe,  
yo llegaré al otro cabo,  
y, ay de la madeja entonces!  
Cordeles haré con ella  
con que ellos mismos se ahoguen.

PASCUAL

*(Entrando.)* Todo está ya concluído.

Mañana voy á la corte;  
de este sayal me despojo;  
empuño broquel y estoque;  
dejo mi nombre del campo  
por mi verdadero nombre,  
y con firmeza y audacia  
preparo el último golpe.  
Mantente firme, cadena,  
sobre cuyos eslabones  
de ambas Castillas la suerte  
consigo al fin que se apoye.  
Mantente firme, cadena,  
y si ninguno se rompe,  
yo les desharé uno á uno,  
y guay de don Pedro entonces!  
Mas durmamos, que ya es hora,  
y adunando precauciones,  
veamos si las mujeres...

*(Entra con la luz por el pasadizo que da al  
cuarto de doña Inés, y á este tiempo baja  
don Pedro embozado por los peñascos.  
Llueve.)*

## ESCENA VII

DON PEDRO y JUAN PASCUAL

DON PEDRO

Gracias á Dios que del monte  
veo el fin, y hallo un techado  
en que vivos se recogen.  
Veo allá abajo una casa;  
entraré en ella esta noche,  
aunque sean sus paredes  
madriguera de ladrones,  
y aunque tenga que asaltarlas  
á estocadas y mandobles  
con una legión de diablos.

PASCUAL

*(Volviendo á la escena.)*

Nada, duermen como postes;  
 cerradas están las puertas  
 con llaves y picaportes.  
 Durmamos, pues.

*(Al ir á entrar en la alcoba, llama don Pedro á la puerta con recios golpes.)*

DON PEDRO

Ha de casa!

PASCUAL

Quién va á estas horas?

DON PEDRO

Un hombre.

PASCUAL

Qué quiere?

DON PEDRO

Pues llamo, es claro  
 que quiero entrar.

PASCUAL

Pues perdone  
 vuestra merced, y esa esquina  
 á su mano izquierda doble,  
 y en esa tercera calle  
 verá un mesón do le alojen.

DON PEDRO

Parécele, vive Dios,  
 que he andado yo todo el bosque,  
 con el barro á la cintura,  
 sin luz y echando los bofes,  
 para correr callejuelas  
 y acostarme en los mesones?  
 Abra esta puerta, ó por Cristo  
 que aunque forrada esté en bronce,  
 tales porrazos dé en ella  
 que os la arranque de los gonces.

PASCUAL

Brío traéis.

DON PEDRO

Y coraje;  
 y abra pronto.

PASCUAL

No se enoje,  
 que al cabo merecen algo  
 sus corteses expresiones.  
*(Sale Juan Pascual con la luz á abrir, y  
 mientras entran él y don Pedro, dice el  
 Capitán:)*

CAPITÁN

Ó sueño, por vida mía,  
 ó esa es su voz. Cielo! Á dónde  
 sus desventuras le traen?

PASCUAL

Entrad aquí.

DON PEDRO

Buenas noches.

PASCUAL

Perdone el buen caballero  
 si con él anduve torpe.

DON PEDRO

Perdone él mi mal humor,  
 que el lance no es para flores.  
 Héme extraviado cazando;  
 rompieron los nubarrones  
 en agua, y no topé senda  
 por donde salir del monte.

PASCUAL

Hidalgo sois?

DON PEDRO

Caballero.

PASCUAL

De qué lugar?

DON PEDRO

De la corte.

PASCUAL

De la corte? Que me place!  
Sabremos qué nuevas corren!

DON PEDRO

Pues no traigo yo el gazonate  
para muchas relaciones.

PASCUAL

Tendréis hambre?

DON PEDRO

Como un lobo.

PASCUAL

Aunque en la casa de un pobre  
os encontráis, no faltaron  
nunca en ella provisiones.

DON PEDRO

Sacadlas, pues.

PASCUAL

Voy al punto.

DON PEDRO

Dios se lo pague, buen hombre.

PASCUAL

(Llamando.)  
Juana! Inés!

INÉS y JUANA

Señor!

PASCUAL

Traed luces.

Levantáos.

DON PEDRO

No incomode  
tanta gente para mí.

PASCUAL

Mis criados labradores  
son, y no duermen en casa;  
mas dejadme dar mis órdenes,  
que aun hay quien os sirva en ella.

## ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA INÉS y JUANA

PASCUAL

Juana, aquel par de pichones  
que hay en el armario, saca;  
tú, Inés, en los interiores  
apostentos otra cama  
para esta noche dispónme,  
que aquí dormirá en la mía  
este hidalgo.

JUANA

(Aparte.) San Onofre!  
Y el Capitán?

INÉS

(Aparte.) Cielos santos!  
Cuánto azar en una noche!  
(Vánse doña Inés y Juana. Ésta vuelve con  
unos platos, botella, mantel, etc., que Juan  
Pascual toma; la despide y sirve á don Pedro.)

## ESCENA IX

JUAN PASCUAL y DON PEDRO

PASCUAL

(Aparte.) De la corte dice que es.  
Veamos si puedo, astuto,  
sacar del hidalgo fruto.  
Trae, y vete con Inés. (Á Juana.)  
Ea! Comed, caballero:  
(Á don Pedro, escanciándole.)  
bebed, y aliento tomad.

DON PEDRO

Falta me hace á la verdad.  
Á vuestra salud. (Bebe.)

PASCUAL

Espero  
que á la vuestra contribuya.

DON PEDRO

Bueno es á fe este licor.

PASCUAL

Cosecha mía, señor.

DON PEDRO

Buena cosecha es la suya!  
Tiene muchas viñas?

PASCUAL

Tengo

 lo que llaman mucho aquí,  
que me alcanza para mí  
y la gente que mantengo;  
y no lo pasamos mal.

DON PEDRO

Qué pueblo es éste?

PASCUAL

Una aldea,

 mezquina, escondida y fea.

DON PEDRO

Tiene nombre?

PASCUAL

Juan Pascual.

 Cuatro casucas de tierra  
que yo mismo labré aquí,  
y á las que mi nombre dí  
cuando volví de la guerra.

DON PEDRO

Servido habéis?

PASCUAL

Con honor,

 aunque no con gran provecho.

DON PEDRO

Cáspita! Y os habéis hecho  
de todo un pueblo señor!

PASCUAL

Dineros de que un buen tío  
me hizo heredero á su muerte,  
labraron mi buena suerte,  
y así he logrado algo mío.

DON PEDRO

Mas de lo servido al rey,  
no obtuvisteis recompensa?

PASCUAL

El rey cree que en su defensa  
verter la sangre es de ley.

DON PEDRO

Mas fuisteis á verle?

PASCUAL

No;

 nunca le ví cara á cara.  
Temí que me desairara,  
y soy muy altivo yo.

DON PEDRO

Mal le juzgáis á mi ver,  
pues favor en él no cupo  
si vuestro valor no supo.

PASCUAL

Pues lo debiera saber.

DON PEDRO

Saber la historia debiera  
él de todos sus vasallos?

PASCUAL

Como él para gobernallos  
buenos jueces eligiera,  
alcanzara bien á todos;  
mas gobierna con tal mengua...

DON PEDRO

Tenga el villano la lengua,  
y hable de él con buenos modos.

PASCUAL

Aunque con ruda franqueza,  
la verdad hablé no más;  
y no cejo un paso atrás  
si me cortan la cabeza.  
Todo el reino está revuelto  
desde que don Pedro manda,  
y el diablo parece que anda



con él por Castilla suelto.  
Que esta es la verdad, señor,  
negármelo no podéis,  
y cada vez, ya lo véis,  
vamos de mal en peor.

DON PEDRO

Eso dicen sus contrarios,  
y le han llamado cruel,  
porque le achacan á él  
la culpa que tienen varios.  
Murmuran que á sangre y fuego  
tala sus propios lugares!  
Mas quién es en sus hogares  
el que le turba el sosiego?  
No han invadido sus tierras,  
llamándose sus señores,  
esos hermanos traidores  
que le han movido las guerras?  
No empezaron sus desmanes  
despreciando los resguardos  
que les daba, esos bastardos,  
los hijos de los Guzmanes?  
Y si ellos mismos atizan  
el fuego de la venganza,  
á qué invocar su templanza?  
De qué, pues, se escandalizan?

PASCUAL

Argüís en mi favor.  
Pues hombre es el rey también,  
oir le estuviera bien  
consejos en su furor.  
Y ved lo que llevo dicho:  
por oir consejos malos,  
emprende don Pedro á palos  
con quien le viene á capricho.  
Él pone su confianza  
en ministros que le venden,  
y á su conveniencia encienden,  
ó contienen su venganza.  
Que por muy distintos fueros  
y muy diversos registros,  
hay justicieros ministros,  
y ministros justicieros.  
Y el justiciar bien ó mal,  
cosa es que pide gran seso.

DON PEDRO

Mucho se os alcanza de eso  
á lo que veo, Pascual.

PASCUAL

No, señor, sino muy poco;  
mas creo que lo que digo  
se alcanza á cualquier mendigo,  
y á todo el que no esté loco.  
Porque el mandar, quién ignora  
que es como un potro llevar,  
á quien hay que refrenar  
y dar rienda á buena hora!  
Porque si se le exaspera  
conduciéndole sin tiento,  
concluirá violento  
por hacer él cuanto quiera.  
Si el rey tuviera á su lado  
un hombre como yo, creo  
que quedaría á deseo  
en poco tiempo su Estado.

DON PEDRO

Pues bien; la palabra os cojo.  
Á Sevilla os llevaré,  
y que os deje el rey haré  
gobernar á vuestro antojo.

PASCUAL

Yo ante el rey?

DON PEDRO

Nada temáis.

Llévame siempre consigo,  
y soy su mejor amigo.

PASCUAL

Ruégoo, señor, advirtáis  
que, campesino insensato,  
hablé sin saber con quién.

DON PEDRO

(*Con autoridad.*) Elige, y escucha bien  
las condiciones del trato.  
Él su poder y grandeza  
te ha de prestar en Castilla;

mas si en un flaco te pilla,  
Pascual, pierdes la cabeza.

PASCUAL

Eso, señor, no es justicia.  
La palabra me cogéis,  
y para ello no atendéis  
mi rudeza y mi impericia.

DON PEDRO

Que atrás no te volverías  
dijiste.

PASCUAL

Tenéis razón;  
y hablé con el corazón,  
aunque dije tonterías.

DON PEDRO

Esto ha de ser; retiráos,  
y si no váis, vive Dios,  
que el rey enviará por vos!  
Conque á venir preparáos.

PASCUAL

Está bien. (*Aparte.*) Qué es esto, cielos?  
Mejor fortuna logré  
de la que nunca esperé.  
Venganza, tiende tus vuelos;  
la ocasión es oportuna;  
mucho audacia necesito;  
mas, por el cielo bendito,  
de audaces es la fortuna.

## ESCENA X

DON PEDRO

Qué es lo que pasa por mí?  
Dudándolo estoy, pardiez!  
¿Quién creará que mi altivez  
llegó á sujetar así  
un labrador, un villano,  
culpando mi condición  
con tan osado tesón?  
Túvome Dios de su mano.  
Mas tan cerca de Sevilla

y en tan oculto lugar,  
mucho me da que pensar,  
y á fe que me maravilla.  
En tal materia tan ducho,  
tiene ese hombre, ó me equivoco,  
de campesino muy poco  
y de sedicioso mucho.  
Oh, aciago sino es el mío,  
y en hora fatal nací!  
Todo el mundo contra mí,  
qué me vale tanto brío?  
Aragón, Navarra, Francia,  
Granada, Vizcaya y Roma  
empresa contra mí toma,  
aunque me sobra arrogancia.  
Audaz y nunca indeciso  
á la refriega me lanzo;  
mas, por doquiera que avanzo,  
no sé la tierra que piso.  
Siempre con planes inciertos;  
siempre en medio de traidores;  
mis intentos, los mejores,  
no son más que desaciertos.  
Por Dios, que me desespera  
ver que cuando el bien aguardo,  
uno tras otro bastardo  
retoña por donde quiera!  
Y el pueblo, mísero de él!  
ve que en mi nombre se abusa  
de la justicia, y me acusa  
de avariento y de cruel.  
Ira de Dios! Si algún día  
me llego frente él á ver,  
su sangre me he de beber,  
ó él ha de beber la mía.  
No puede mi brío, no,  
con imputación tan fea.  
Palenque Castilla sea,  
do caigamos él ó yo.  
Mas lejos, lejos de mí  
esas memorias fatales;  
de atajar tamaños males  
no es propio lugar aquí.  
(*Abre la ventana.*)  
Ya la tormenta se amansa,  
y de nublados el viento  
desemboza el firmamento;  
todo al parecer descansa

de esta casa en los extremos...  
 mas, quién sabe lo que en ella  
 me guarda mi mala estrella?  
 Velemos, Pedro, velemos.  
 Mas siento pasos... Allí...  
*(La puerta del pasadizo.)*  
 Tan quedo, quién puede ser?  
 Mas, qué veo! Una mujer!  
*(Mirando por el ojo de la llave.)*  
 Viene con tiento hacia aquí.  
 Á favor de la bujía  
 que trae, la veo. Oh, qué bella!  
 Qué intenta? Su luz deja ella;  
 apagaré yo la mía. *(Lo hace.)*

ESCENA XI

DON PEDRO, DOÑA INÉS y EL CAPITÁN,  
*oculto*

INÉS

*(Aparte.)* Todo está ya sosegado;  
 tranquilo mi padre duerme,  
 y hasta saber que se ha ido,  
 no hay medio que me sosiegue.  
 No veo nada, nada oigo.  
 Si con él ha dado el huésped...  
 mas venía el buen hidalgo  
 muy cansado felizmente.  
 No oso nombrarle, ay de mí!

DON PEDRO

*(Aparte.)* Aquí acercándose viene.  
 Qué buscará á tales horas?  
 Pero, sea lo que fuere,  
 esta aventura aprovecho,  
 pues la ocasión me la ofrece.  
 Me adelanto.

INÉS

*(Aparte.)* Ya él sin duda  
 me aguardaba, pues ó miente  
 la vista, ó hacia mí misma  
 que llega un bulto parece,  
 según la confusa luz  
 de dentro permite verle.  
 Capitán? *(Buscándole.)*

DON PEDRO

Quién va?

INÉS

Sois vos!

DON PEDRO

Yo soy.

INÉS

Pues sin miedo llegue.  
 No sabéis con cuánto afán  
 he estado este rato breve  
 hasta volver á buscaros.  
 Venid pues.

DON PEDRO

*(Aparte.)* Qué enredo es éste?  
 Á mí dice que me busca!

INÉS

Y ya que así os favorece,  
 pues duerme quieto mi padre,  
 para escaparos la suerte,  
 dadme la mano, y seguidme.

DON PEDRO

No será sin que la bese,  
 que si es del color del rostro,  
 es el ampo de la nieve.

INÉS

Qué hacéis, Capitán?

DON PEDRO

Tomarla  
 del modo que ella merece.

INÉS

Ea, abreviad de palabras,  
 no nos apereiba el huésped,  
 y se despierte mi padre.  
 Vamos, que es fuerza que os lleve  
 hasta la puerta yò misma  
 para que seguro os deje.

DON PEDRO

Que venga, hermosa, tu padre,

y aunque á su lado la muerte  
venga á la par, qué me importa  
como en tus brazos me encuentre  
y yo te tienda los míos?

INÉS

Dios mío! Qué acento es éste?  
Quién sois?

DON PEDRO

Qué, extrañas quién soy  
cuando tú á buscarme vienes,  
y yo te salgo á encontrar  
por instinto solamente,  
pues son profetas del alma  
los corazones á veces?

INÉS

*(Aparte.)*

Muerta estoy! Me he equivocado!  
Sin duda dí con el huésped;  
mas retiraréme de él.

DON PEDRO

En esquivarme no pienses  
sin escucharme, que ya  
que amor me ha dado esta suerte,  
no he de ser de los amantes  
que de cobardes la pierden.

INÉS

Caballero, ese lenguaje  
tanto á mi decoro ofende,  
que sólo el silencio es frase  
con que puedo responderle.

CAPITÁN

*(Aparte.)* Ó me engañan mis oídos,  
ó que oigo á Inés me parece.

INÉS

Ya os he dicho que no osado  
quebrantéis con tan alevé  
intención descomedida,  
del hospedaje las leyes.

DON PEDRO

Amor es Dios, y ninguna  
puede haber que le sujete.

INÉS

La ley contra la razón  
caber en un Dios no puede.

CAPITÁN

*(Aparte.)* Cielos, cierta es mi sospecha!  
Qué hacer en trance tan fuerte?  
Por otra puerta no puedo  
salir, y aun cuando pudiese,  
perder á Inés era fuerza,  
ó con don Pedro perderme.

DON PEDRO

Suspende, hermosa enojada,  
el ceño esquivo; suspende  
el justo enojo, sabiendo  
que quien te habla de esta suerte  
es un caballero noble,  
cual pocos hay que le lleguen,  
que en tus amores perdido,  
se arriesgó á tanto por verte,  
y que riquezas y honores  
con su corazón te ofrece.

INÉS

El favor os agradezco;  
pero reparad prudente  
que la hija de Juan Pascual  
nunca á lo que á sí se debe  
puede faltar, ni del mundo  
por todos los intereses.

DON PEDRO

Deja el melindre, y repara  
que á tus pies humildemente...

INÉS

Callad, y no hagáis que á voces  
llame á mi padre y mis gentes.

DON PEDRO

Y cuando vengan, qué harán  
si de mi antojo el más leve  
soplo, ante mí de rodillas  
hacer que se postren puede?

CAPITÁN

(*Aparte.*) (Esto es ya mucho; yo llego, y salga lo que saliere.)  
Don Pedro, ved lo que hacéis.

DON PEDRO

Quién, vive Cristo, se atreve...?

CAPITÁN

Quien huye de vuestros rayos porque su luz no le ciegue, mas quien os deja advertido que os es siniestro este albergue.

DON PEDRO

Qué escucho?

INÉS

(*Aparte.*) Soltó; me libro por esta puerta...

DON PEDRO (*Al Capitán.*)

Detente quien seas, que por mí velas en la oscuridad; quién eres?

CAPITÁN

(*Aparte.*) Al cabo con la ventana tropecé dichosamente.  
Callo, y me salgo por ella.  
(*Salta por la ventana.*)

DON PEDRO

Habla, no temas, acércate.  
No me oyes? Dónde estás?

CAPITÁN

(*Aparte.*) Mas por la montaña vienen con luces. Gracias, fortuna!  
Aquí, aquí!

DON PEDRO

Qué ruido es éste?

CAPITÁN

Á mí, monteros, á mí;  
aquí, al capitán Blas Pérez!

DON PEDRO

Mis cazadores son éstos,  
que en mi seguimiento vuelven.

## ESCENA XII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL  
y EL CAPITÁN

PASCUAL

Caballero, qué alboroto...?

DON PEDRO

Nada, buen hombre, recele;  
monteros son de mi casa.

PASCUAL

Válgame Dios, cuánta gente!

DON PEDRO

Soy rico, y mantengo á muchos.  
Abrid, y dejadles que entren.

PASCUAL

Allá voy.

CAPITÁN (*Á don Pedro.*)

Señor...

DON PEDRO (*Al Capitán.*)

Silencio,  
que importa no conocerme.

CAPITÁN

Viendo que no parecíais,  
todo el monte diligentes  
recorrimos, y un villano  
nos dió el sendero que tiene  
fin en frente de esta casa.

DON PEDRO

Justo es que se recompense  
á ese villano; dadle eso. (*Un bolsillo.*)

PASCUAL

(*Viendo que doña Inés y Juana han sa-  
lido.*)

Eh! Á su cuarto las mujeres.

INÉS

Padre, al oír tal estruendo...

PASCUAL

Curiosidad solamente.

DON PEDRO

Hola, hola! Juan Pascual,  
hija tan bella tenéis  
y callado me lo habéis?

PASCUAL

Vinisteis en hora tal,  
que estaba ya recogida;  
que aunque en mi casa es señora,  
se levanta con la aurora,  
y de la hacienda me cuida.

DON PEDRO

Es muy hermosa.

PASCUAL

Favor

y lisonja cortesana.

DON PEDRO

Llevadla con vos mañana.

PASCUAL

Aun dáis en eso, señor?

DON PEDRO

Hoy don Pedro ha de saber  
que en Castilla hay tan grande hombre  
como vos; yo vuestro nombre  
le diré, y os querrá ver.  
Conque así, considerad,  
y yo os lo quiero advertir,

que por fuerza habéis de ir  
si no váis de voluntad.

PASCUAL

(*Con altivez.*) Pues tanto empeño ponéis,  
decidle al rey que, aunque rudo  
labrador, como me véis,  
soy tenaz y testarudo.  
Y si me pone consigo  
en el poder á la par,  
tiene mucho que arriesgar  
para habérselas conmigo.

DON PEDRO

Pues eso os digo yo á vos;  
que el rey don Pedro es tan hombre,  
que no hay cosa que le asombre,  
siendo él la sombra de Dios.  
Lo oís?

PASCUAL

No lo he de olvidar.

DON PEDRO

Adiós, y por vuestra vida  
que esa hija tan recogida  
no os descuidéis de llevar,  
que fuera en el rey mal visto  
daros pompa soberana,  
y quedarse ella villana.

PASCUAL

Conmigo irá; no resisto.

DON PEDRO

Ahora, señores, marchemos.  
(*Vánse por las montañas alumbrando con los  
hachones á don Pedro. Cuando todos vuelven  
la espalda, el Capitán se encara con Juan  
Pascual, y le dice tendiéndole la mano al úl-  
timo verso:*)

CAPITÁN

Á Sevilla iréis, Pascual?

PASCUAL

Iré, Capitán; sí tal.

CAPITÁN

Pues mañana nos veremos.

## ESCENA XIII

JUAN PASCUAL, fuera de la casa, é INÉS  
y JUANA, á la entrada

PASCUAL

(Aparte.) Qué querrá ese hombre decir  
con ese tono de pique?

Mas será de don Enrique,  
y me querrá seducir  
como me juzga labriego.

(Á Inés y Juana.)

Vosotras á vuestro cuarto,  
que para vigilia hay harto  
con tanto desasosiego.

(Cierran las ventanas y se retiran, dejando á  
Juan Pascual fuera de la casa. Los cazado-  
res se alejan por las montañas, y cuando han  
desaparecido, Juan Pascual hace una seña  
con un silbato, y salen de entre las rocas los  
enmascarados de don Enrique.)

## ESCENA XIV

JUAN PASCUAL, DON ENRIQUE  
y enmascarados

PASCUAL

La suerte nos favorece  
más que nunca imaginé;  
mañana voy á Sevilla  
segundo del rey á ser.

DON ENRIQUE

De don Pedro?

PASCUAL

De don Pedro.

Conque mañana estaréis...

DON ENRIQUE

Nuestro puesto ya sabemos,  
señor Juan Pascual, dónde es.

PASCUAL

Á dónde?

DON ENRIQUE

Con don Enrique.

Ese pergamino ved.

PASCUAL

(Lee.) «El Rey de Francia envía á don En-  
rique doce mil hombres de guerra, á las ór-  
denes del famoso capitán el caballero Ber-  
trand Duguesclin, y le presta para su empresa  
ochocientos mil florines de oro. Á la hora en  
que estas letras os lleguen, estarán rayando  
las fronteras de Castilla.»

DON ENRIQUE

Estáis, Juan Pascual?

PASCUAL

Estoy.

DON ENRIQUE

Cómo leal cumpliréis.

PASCUAL

Como cumpla don Enrique.

DON ENRIQUE

Él lo hará como quien es.

PASCUAL

Pues muerto ó vivo, en sus manos  
juro á don Pedro poner.

DON ENRIQUE

Pues adelante.

PASCUAL

Adelante.

DON ENRIQUE

Hasta cuándo?

PASCUAL

No lo sé.

DON ENRIQUE

De aquel papel...?

PASCUAL

Viva ó muera,  
sobre mí lo encontraréis.

DON ENRIQUE

Pues Dios os dé su favor.

PASCUAL

Quiera protegeros Él.

*(Vánse don Enrique y los suyos.)*

Ahora veremos, don Pedro,

quién es el que ultraja á quién.


Oh! Tú me esperas mañana;

por Dios, que no faltaré.

*(Entra en su casa.)*







## ACTO SEGUNDO

---

Cámara real de D. Pedro, con puerta en el fondo; un balcón á la derecha y una puerta á la izquierda, con otra secreta, que se abrirá á su tiempo

### ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, EL CAPITÁN BLAS PÉREZ

y UN ERMITAÑO

DON PEDRO

Esto es hecho, Capitán:  
no queda un rincón de tierra  
que no nos levante guerra  
ó nos cause algún desmán.  
Da ese maldito francés  
dineros y hombres á Enrique;  
y quieren que ponga dique  
yo á mi paciencia? Eso es!  
Yo, legítimo heredero  
del reino que ansioso guardo,  
debo decirle al bastardo:  
«Ven, toma; tú eres primero.  
Toma ese cetro real,  
envíame á un calabozo,  
que yo espiraré de gozo  
esperando tu puñal.»  
No. Todo empeño es en vano.  
Él me apellida el cruel,  
y no ha de escudarle á él  
el título de mi hermano.  
Con amigo ni enemigo  
no hay medio de que me explique,  
sin que me nombren á Enrique  
á la par siempre conmigo.

Por donde quiera que vaya  
no oigo hablar más que de ese hombre.  
Ya me fatiga su nombre,  
y no sé tenerme á raya.  
En fin, Capitán, veamos  
lo que dicen esas cartas.

CAPITÁN

Noticias de ese hombre hay hartas.

DON PEDRO

La vida necesitamos  
para él, voto á Belcebú!

CAPITÁN

Pues aunque sienta enojaros,  
otra tengo yo que daros  
de ese mismo.

DON PEDRO

También tú!

CAPITÁN

La vida en ello nos va,  
y á ser tan sólo la mía,  
la callara, y moriría  
sin enojaros.

DON PEDRO

Está  
bien. Dfla, que no me enojo.

CAPITÁN

Ese labrador taimado  
que en su casa os ha hospedado...

DON PEDRO

Vas á culparme el antojo  
de hacerle gobernador  
para ver cómo se explica?

CAPITÁN

Es que á más altura pica  
ese labriego, señor.

DON PEDRO

Es un pillo, ya lo sé.  
Piensas que yo lo ignoraba?

CAPITÁN

Es que de ofrecer acaba  
vuestra cabeza, y...

DON PEDRO

*(Con calma.)* Y qué?

CAPITÁN

Y qué? No sé cómo arguya,  
señor, si os ve en un mal paso...

DON PEDRO

La cabeza? Y dime: acaso  
vendrá ese hombre sin la suya?

CAPITÁN

No; mas repare su alteza...

DON PEDRO

Vaya, Blas, no es grande azar;  
ya sé que se va á jugar  
cabeza contra cabeza.

CAPITÁN

Pues, señor, ya que es preciso,  
sabad que yo ví y oí  
anoche...

*(Éntrase un Ermitaño en el salón, y don Pedro, al verle, se levanta dirigiéndose á él con saña.)*

DON PEDRO

Quién se entra aquí,  
vive Dios! sin mi permiso?  
Á qué te llegas, traidor,  
hasta el cuarto de tu rey?

ERMITAÑO

Vengo á intimarle una ley  
de su natural señor.

DON PEDRO

Yo siervo? El rey de Castilla!

ERMITAÑO

Sí: siervo del absoluto  
Señor, que hizo en un minuto  
del orbe la maravilla.

DON PEDRO

*(Moderándose y descubriéndose.)*  
Ministro sois del altar?  
Perdonad; no os conocí.  
Hablad: qué queréis de mí?

ERMITAÑO

Á solas hemos de estar.

DON PEDRO *(Al Capitán.)*

Sal, y espera.

## ESCENA II

DON PEDRO y EL ERMITAÑO

DON PEDRO

Decid, pues.

ERMITAÑO

Yo soy un monje ermitaño,  
que á todo comercio extraño  
con el mundo en que te ves,  
paso mi pobre existencia  
á orillas de un precipicio,  
ceñido con un cilicio,  
en áspera penitencia.  
Á Santo Domingo ayer,

á quien tengo por patrón,  
con sincera devoción  
oración me puse á hacer,  
y en ella, con grande espanto,  
cercado de resplandores  
vivos y deslumbradores,  
aparecióseme el santo.

DON PEDRO

(*Aparte.*) De fe por demás sencilla,  
que son patrañas colijo.

ERMITAÑO

«Escucha, el santo me dijo:  
Ve y dile al rey de Castilla  
que el alma se purifique  
del mal que en la tierra ha hecho,  
porque va á romperle el pecho  
el puñal de don Enrique.»

DON PEDRO

(*Furioso.*) Traidor! Con esas me vienes?  
Enrique me ha de matar!  
No han de poderte librar  
ni las órdenes que tienes.—  
Hola, Capitán! Aquí.  
Veremos si se abre el cielo  
para salvarte.

ERMITAÑO

Á él apelo,  
pues sus órdenes cumplí.

DON PEDRO

Ea! Sin más dilaciones,  
quitádmele de delante,  
y degolladle al instante  
debajo de mis balcones.

CAPITÁN

Señor, con muerte tan fea...

DON PEDRO

Es un perro de mi hermano.  
Sí; que muera ese villano  
donde mi pueblo le vea.

CAPITÁN

Señor...

DON PEDRO

Nadie me replique.  
No, no hay perdón para ese hombre.  
(*Lo Uevan.*)

### ESCENA III

DON PEDRO

Conque es eco de mi nombre  
el nombre de don Enrique?  
En todas partes su sombra  
connigo á mi lado va;  
en todas partes está,  
y en todas partes me asombra!  
Conque ese hombre es mi destino?  
Y en la corte y en la plaza,  
y en el templo, y en la caza  
le he de hallar en mi camino?  
Oh, que venga de una vez,  
que venga, y entre mis brazos  
verá que le hago pedazos...!  
Pero es cobarde, pardiez!  
No vendrá, no. De emboscadas  
me cercará, y de traición,  
que no tiene él corazón  
para vencerme á estocadas.

### ESCENA IV

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS  
y EL CAPITÁN

DON PEDRO

Qué es?

CAPITÁN

Ahí está el labrador  
montañés.

DON PEDRO

Llega en buen hora.  
Que entre, y veremos ahora  
si es un hombre de valor.

CAPITÁN

Entrad, que el rey os espera.

PASCUAL

Dadnos, gran señor, los pies...  
Mas, cielos...! Éste el rey es?

DON PEDRO

El rey vuestro huésped era.

PASCUAL

*(Aparte.)* Y tuve, necio, en mi casa  
anoche á don Pedro yo!

DON PEDRO

*(Aparte.)* Mucho al verme se turbó.

PASCUAL

*(Aparte.)* Yo no sé lo que me pasa!

DON PEDRO

Acérquese, Juan Pascual,  
y de respetos se exima,  
que el rey tiene en mucha estima  
á un hombre de ciencia tal.

PASCUAL

Señor...

DON PEDRO

Desde este momento  
en Castilla mandaréis;  
silla á mi mesa tendréis,  
y en mi palacio aposento.  
Que hacía falta habéis dicho  
un hombre cual vos al rey.  
La vara os doy de la ley;  
mandad á vuestro capricho.  
Nadie os ha de ir á la mano;  
tendréis el anillo real;  
mas sed justo, Juan Pascual,  
con el noble y el villano.  
*(A sus guardias.)* Pregónese este mandato,  
y que se cumpla al momento.  
Estáis, Juan Pascual, contento?  
No os quejaréis de mi trato.  
Andad, y el cielo os alumbre;

id á que Sevilla os vea,  
y en vuestra justicia crea  
la asustada muchedumbre.  
Pero que os sirva de base  
para el cargo que emprendéis,  
que vos me responderéis  
de cuanto en mi reino pase.  
Desde la corte, os lo aviso,  
hasta la aldea más tosca,  
no ha de moverse una mosca  
sin que la otorguéis permiso.—  
Capitán, su secretario  
seréis vos, que en su ejercicio  
puede parecer novicio,  
y le seréis necesario.  
*(Aparte.)* Estás? Su sombra has de ser,  
y por si tuerce de intento,  
apodérate al momento...

CAPITÁN

*(Aparte.)*  
De quién?

DON PEDRO

*(Aparte.)* De aquella mujer. *(Doña Inés)*

## ESCENA V

JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS y EL CAPITÁN

PASCUAL

Ah, no saber que el rey era,  
mentecato!

INÉS

Ay, padre mío,  
con un rey de tanto brío  
mala fortuna os espera.

PASCUAL

Y qué remedio me queda?  
Ya cara á cara los dos,  
con el auxilio de Dios,  
haremos lo que se pueda.

INÉS

Ay de mí! Mucho me temo,  
que nos recibe muy mal.

CAPITÁN

No os aturda, Juan Pascual,  
ver en el rey ese extremo.  
Tras esa faz torva y fiera,  
y esa voz que al pecho arranca,  
esconde un ánima franca  
con un corazón de cera.  
Arrogante, pero llano,  
asusta cuando reprende;  
mas si percibe que ofende,  
da al ofendido la mano.  
Yo puedo ser vuestra guía,  
y veréis...

PASCUAL

No veré nada,  
Capitán, que esta jornada  
no es vuestra, oís? sino mía.

CAPITÁN

Mas soy vuestro secretario...

PASCUAL

Pues yo no sé ni una letra,  
y en mí la razón penetra  
sin fórmulas de notario.  
Haré lo que se me antoje,  
sin ver si os va ó no en talante...  
Conque de aquí en adelante,  
ni me tire ni me afloje.  
(Toma el brazo á doña Inés, y va á salir  
con ella. El Capitán la detiene por el  
otro.)

CAPITÁN

Perdonad; esta señora  
tiene damas y aposento  
preparadas al intento.

PASCUAL

No es mi hija?

CAPITÁN

Por ahora  
está del rey al amparo.

PASCUAL

Amparada está conmigo.

CAPITÁN

El rey manda lo que os digo.

PASCUAL

(Soltándola.) Si él lo manda...

CAPITÁN

(Tomándola.) Pues es claro.  
Hola! Esas damas llamad  
que á su señora acompañen,  
y esos cautivos que tañen  
instrumentos, avisad.  
(Salen las damas y los cautivos, que vuelven  
á entrar con doña Inés.)  
El rey mandó rodearos (Á doña Inés.)  
de ostentación y placeres,  
que es galán con las mujeres.  
(Aparte.) Mirad que tengo que hablaros.

INÉS

(Aparte.) Velad, Capitán, por mí,  
que sólo en vos me confío.

CAPITÁN

(Aparte.) Segura estáis, amor mío,  
mientras yo respire aquí.  
(Vánse doña Inés, damas y cautivos.)

---

## ESCENA VI

JUAN PASCUAL y EL CAPITÁN; éste queda  
acechando á Juan Pascual, quien  
se manifiesta indeciso y pensativo.

PASCUAL

No sé qué imagine de esto!  
Mas no cedo, vive Dios!  
Veremos quién de los dos  
es al otro más funesto.  
Hola! (Á un criado.)

CRIADO

Llamáis?

PASCUAL

Unos hombres

que en la antesala quedaron,  
que entren aquí.  
(*Entran y les dice:*) Contestaron?

UNO

Todos pusieron sus nombres  
en vuestra carta, y esperan.

PASCUAL

Pues de destreza es asunto.  
Que todo el mundo esté á punto,  
y al medio día que hieran.

OTRO

Ya al son de vuestra venida  
reunida está en la plaza  
multitud que la embaraza  
para todo apercebida.

PASCUAL

Pues pronto; corred, volad,  
porque todo lo perdemos  
si en rebelión no ponemos  
al momento la ciudad.

OTRO

Ahí hay un hombre que en tanto  
junto á un cadalso se halla.

PASCUAL

Corred entre la canalla  
la voz de que ese es un santo.  
Oh! Dios con ese buen hombre,  
sin pensarlo, nos ayuda.  
Dejad que la gente acuda,  
y servíos de su nombre.  
Así estallará más presto.  
(*Les manda salir, y quedan él y el Capitán.*)

CAPITÁN

Qué gente es esa?

PASCUAL

Alguaciles.  
Algunas órdenes díles  
para que ocupen su puesto.  
Yo voy á ocupar el mío,  
Capitán. Adiós quedad.

CAPITÁN

Mirad bien por la ciudad.

PASCUAL

Podéis fiar en mi brío.

## ESCENA VII

EL CAPITÁN, *luego* JUANA

CAPITÁN

Viéndolo estoy, y lo dudo.  
Al cabo de tanto azar,  
para colmo de desdichas,  
Inés en palacio está.  
Y aunque por fortuna suya  
nombróme el rey su guardián,  
es claro que él querrá verla  
y de ella se prendaará.  
Sabe que fué quien anoche  
entró en su cuarto á buscar  
un hombre á quien no conoce;  
mas que amenazóle audaz,  
y le advirtió de un peligro;  
y querrá saber de cuál.  
Ah! Tiemblo, por vida mía!

JUANA

Calla! Sois vos, Capitán?

CAPITÁN

Juana! Qué es esto? También?

JUANA

También estoy por acá.  
(*Asoma don Pedro por el fondo.*)  
Los guardias de esa antesala  
no me dejaron pasar  
con mis amos, hasta que ahora,  
á una orden de Juan Pascual...

CAPITÁN

Dios te ha conducido aquí  
mi angustia para calmar.  
Dí á Inés que tiene en su cuarto  
una ventana que da

á un jardín, y que por ella  
la tengo al punto que hablar  
de cosas que mucho importan  
á nuestra seguridad.  
Ve, no tardes.

JUANA

Voy al punto.

CAPITÁN

Vuela.

JUANA

Bien; voy á volar.

### ESCENA VIII

DON PEDRO y EL CAPITÁN

CAPITÁN

Corro al jardín al instante...  
Mas, Dios mío!

DON PEDRO

Dónde vas?

CAPITÁN

Iba, señor...

DON PEDRO

Sin mentir.

CAPITÁN

Señor, os iba á buscar.

DON PEDRO

Has olvidado, Blas Pérez,  
que yo no duermo jamás,  
que todo lo oigo y lo veo,  
y que espío con afán  
á los mismos á quien mando  
á los otros espíar?  
No sabes que la traición  
tan diestro me tiene ya  
que hasta en la sombra que pinto  
encuentro que sospechar?

Díme, pues: á esa mujer,  
de qué la conoces, Blas?

CAPITÁN

Esa doncella?

DON PEDRO

Por su ama

pregunto.

CAPITÁN

Señor, piedad.

Alcanzaron mis ojos su hermosura  
del monte entre los árboles un día,  
y llevóme á sus plantas mi locura.

DON PEDRO

Tú la amas?

CAPITÁN

Sí; con ciega idolatría.

La amo, señor; mi pensamiento loco  
indeleble su imagen me retrata,  
y la vida sin ella tengo en poco.

DON PEDRO

Conque ella á tu pasión no ha sido ingrata?

CAPITÁN

Siento orgullo al decirlo: todavía  
era un secreto que en mi pecho estaba,  
mas hoy del corazón salir debía,  
y para revelároslo os buscaba.  
Yo anoche, mientras vos en la aspereza  
del monte andábais, de mi fe impelido,  
á su padre escuché vuestra cabeza  
prometer, en su cámara escondido.

DON PEDRO

Luego eres tú, gusano miserable,  
por quien ella venía á mi aposento,  
y quien con un aviso inexplicable  
quiso esconderme su amoroso intento?  
Tú fuiste, ya lo sé, quien, fementido,  
tal artificio imaginando diestro,  
de mi voz replicaste requerido  
que era aquel sitio para mí siniestro!  
Creíste que tu amor, su honor acaso

de tu rey el aliento profanara,  
 y audaz pensaste que tan necio pasó  
 con tu señor un punto te igualara!  
 La erraste, Capitán. Por un exceso  
 vives de mi bondad; tu vida entera  
 no es más que un vaso, que aunque dura ileso,  
 polvo al impulso de mi aliento fuera.  
 Yo te dejé que con osada mano  
 vengaras á tu padre impunemente,  
 pero no por tus méritos, villano,  
 porque á mí me vengabas igualmente.  
 Tú la amabas! Y qué? Si al fin oíste  
 que yo la hablé de amor, oíste el fallo  
 con que el tuyo rompí. No lo entendiste?  
 Quién era allí el señor? Quién el vasallo?

CAPITÁN

Mas, qué debí de hacer?Cuál fué mi yerro?

DON PEDRO

Ver, oír y callar; partir sin ruido  
 lejos del rey, pues no eres más que un perro  
 para echarte á mis plantas mantenido.  
 Donde los ojos del señor se posan,  
 en el oído en que su voz resuena,  
 si ojos y oídos de vasallos osan,  
 de cegar y no oír tienen la pena.

CAPITÁN

Cegádmelos, señor, si os ofendieron;  
 paguen, si os place así, tanta osadía;  
 mas ved que sin querer vieron y oyeron...  
 lo que ha olvidado la memoria mía.

DON PEDRO

Pues que lo olvide bien, y en tiempo alguno  
 pase por ella la escondida idea.

CAPITÁN

No temáis, no, que vuelva inoportuno  
 ese recuerdo, aunque mi muerte sea.  
 Á mi padre vengar me prometísteis;  
 miraros me dejásteis cara á cara;  
 nombre y hacienda y opinión me dísteis,  
 y en una eternidad no lo olvidara.  
 Sí; nacido en el polvo, destinado  
 á obedecer tan sólo, soy un perro  
 que al lecho siempre de su dueño atado,

lame servil de su cadena el hierro.  
 Un perro, sí; mas con leal empeño  
 muchos y largos años he vivido  
 velando en las campañas vuestro sueño,  
 pronto siempre á morir agradecido.  
 Mas hablad. Qué queréis? De vuestro antojo  
 soy el eco no más; no hay más pasiones  
 en mi pecho que vos; vos sois mi arrojo,  
 mi existencia, mi fe, mis opiniones.  
 No hay nada para mí que vos primero.  
 Ni ley, ni amor; para serviros vivo.  
 «Da, hiere», me decís, y doy y hiero,  
 y el pan aprecio que de vos recibo.  
 Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;  
 pero dócil, señor, á vuestro yugo,  
 decidme: «Caiga en ella mi venganza»,  
 y yo mismo me torno su verdugo. *(Pausa.)*

DON PEDRO

Su protector serás; yo te la entrego.

CAPITÁN

Señor, á vuestros pies...

DON PEDRO

Alza, vasallo.

Si á mi capricho con tu vida juego,  
 no oso á la fe que en tus creencias hallo.  
 Yo te la entrego, pues; sé tú su egida,  
 y si en esta inquietud con que batallo  
 pierde su padre, por traidor, la vida,  
 echa tú sobre mí tan duro fallo.  
 Sé inocente á sus ojos, y que nunca  
 un enemigo en tí vea ominoso  
 de nuestra suerte si la flor se trunca,  
 que no has de aventajarme en generoso.

CAPITÁN

Conque...?

DON PEDRO

Ya basta; como quieras obra;  
 de su padre es el freno, y tú la tienes;  
 si Enrique vence al fin, todo me sobra;  
 sírvate con su padre de rehenes.



## ESCENA IX

EL CAPITÁN *y luego* JUAN PASCUAL

CAPITÁN

Id descuidado, señor,  
 que si es verdad que la quiero,  
 siempre en mí será primero  
 la gratitud que el amor.  
 Sal, pues, sal del pecho mío,  
 necio amor sin esperanza;  
 sal, y tórnate en venganza  
 al brotar del corazón.  
 La vida vas á costarme;  
 mas, qué vale mi existencia?  
 Sal; el deber te sentencia;  
 te asesina la razón.  
 Sí; si la traición esconde  
 Juan Pascual en su rudeza,  
 yo le diré: «Su cabeza  
 de tu traición me responde.»  
 Hola! Sois vos?

PASCUAL

Yo soy, sí.

Qué queréis de mí?

CAPITÁN

Yo? Nada.

PASCUAL

Ya os dije que esta jornada  
 era sólo para mí.

CAPITÁN

Paréceme que el poder  
 mucho os hincha, Juan Pascual.

PASCUAL

No debe de irme tan mal,  
 pues que me hago obedecer.  
 Y no recaerá en mancilla  
 del rey que el poder me da,  
 pues aplaudiéndolo está  
 todo el pueblo de Sevilla.

CAPITÁN

(*Asomándose.*) Con efecto, hay en la plaza  
 mucha gente.

PASCUAL

(*Con intención.*) Y mucha más  
 que vendrá.

CAPITÁN

Por Barrabás,  
 que algún tumulto amenaza.  
 Asistente de Sevilla,  
 lo que el rey os encargó...

PASCUAL

No fué que enmendara yo  
 lo que hizo el rey de Castilla.  
 Mirad bien.

CAPITÁN

Llevan á un hombre  
 como traidor al cadalso.

PASCUAL

Y el pueblo dice que es falso,  
 que es un santo.

CAPITÁN

Y ese nombre  
 que alucinado le aplica,  
 que ha de libertarle entiende?

PASCUAL

Yo no sé si lo pretende,  
 mas sé que le santifica.

CAPITÁN

Y en fin...

PASCUAL

En fin, eso el rey  
 ordenó que se cumpliera  
 antes que el poder me diera;  
 conque ahí no alcanza mi ley.

CAPITÁN

Pero si él cuentas os pide!

PASCUAL

Que las pida, no me arredo;  
entonces verá don Pedro  
con quién es con quien se mide.  
Él depositó en mi mano  
todo el poder de la suya,  
y no habrá ya quien destruya  
este poder soberano.  
Lo oís?

CAPITÁN

Cómo! Osáis poneros  
de vuestro rey al igual?  
Tened cuenta, Juan Pascual...

PASCUAL

Vosotros sois quien teneros  
debéis delante de mí.

CAPITÁN

Creéis que esa investidura...?

PASCUAL

Me dará la dictadura.

CAPITÁN

Traidor!

PASCUAL

Basta!

CAPITÁN

Basta, sí.  
Porque él se venga primero,  
mi furia es fuerza que tenga.  
Don Pedro vendrá, y...

PASCUAL

Que venga,  
Capitán, aquí le espero.

## ESCENA X

JUAN PASCUAL *y luego* DON PEDRO

(*Oyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos, hasta parar en gritos descompasados, mueras, etc. Se asoma al balcón.*)

PASCUAL

Venga, sí; tan improviso  
el golpe habrá de sentir,  
que no ha de poderle huir...  
mas todo ello fué preciso.  
(*Mirando por el balcón.*)  
Hola! La guardia resiste;  
el clérigo les exhorta;  
pero la guardia es muy corta  
y la multitud embiste.

VOCES

Perdón, perdón!

OTRAS

Muera, muera!

DON PEDRO

Á qué viene este tumulto?

PASCUAL

Será por cualquier insulto;  
un alboroto cualquiera.

DON PEDRO

No, no; mis guardias se lanzan  
contra la audaz muchedumbre.

PASCUAL

Eso será la costumbre;  
pero mis gentes avanzan,  
ellas lo arreglarán; descuidad eso.  
(*Toca la campana á rebato.*)

DON PEDRO

Mas, qué campana es ésa? Es á rebato?  
Me vendías, traidor! (*Va á salir.*)

PASCUAL

Tente, insensato.  
Estás en mi poder; te tengo preso.

DON PEDRO

Preso yo, vive Dios! Con qué cadenas  
mis manos atarás, si á un soplo mío  
tú mismo resistir podrás apenas?

PASCUAL

Tened, don Pedro, vuestro inútil brío;  
tened, y no salgáis, porque es en vano.  
Yo gané vuestras guardias con dinero,  
y al populacho amotiné villano;  
no hay en vuestro favor un solo acero.  
Yo, más que vos, maquinador y astuto,  
por la mano os gané; más atrevido,  
logré primero de mi audacia el fruto...  
Soberano león, ya estás rendido.

DON PEDRO

*(Con fiereza.)*

Rendido! El orbe todo se arruinara  
sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza  
le viera yo caer, y le esperara  
sin inclinar siquiera la cabeza.

PASCUAL

Y yo, que sobre vos lo he amontonado  
para echároslo encima de repente,  
lo veré desplomarse arrebatado  
y estrellarse al caer en vuestra frente.  
No alcanzaréis la razón de lo que os digo?  
Lo sé; mas escuchad. No soy tan sólo,  
cual otros mil, común un enemigo,  
que en pro de otro partido hoy os inmolo.  
No. Soy un hombre cuyo honor hollásteis  
tejiendo la mentira más villana,  
cuyos limpios blasones empañásteis,  
atropellando la honra de una hermana.  
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine  
de venganza con sed devoradora,  
y á lograrla con calma me previne,  
con estudiado afán; y ésta es mi hora.  
Sí; contempladme bien. No como un día  
reptil oculto á vuestros pies me arrastro,  
que hoy os vengo á decir con osadía:  
«Yo soy, don Pedro, don Guillén de Castro.»

DON PEDRO

Tú un Castro!

PASCUAL

Vengador de doña Juana,  
que llora en un oculto monasterio  
su desesperación. Ella es mi hermana,  
y este es de Juan Pascual todo el misterio.  
Qué más queréis, don Pedro, que os explique?  
Por qué con tal estrépito me vengo?  
Pues sabed que he jurado á don Enrique  
vuestra cabeza dar, os lo prevengo.

DON PEDRO

Pues bien; ven á arrancarla de mis hombros,  
y aprenderás más fáciles promesas  
á hacer si has de cumplirlas; nunca asombros  
me dieron más difíciles empresas.

PASCUAL

Oh! Ya con vos vuestro poder no lidia,  
y es ceder ó morir vuestro destino.

DON PEDRO

*(Con ironía.)*

Del tuyo siento, buen Guillén, envidia,  
y quiero que hacia allá me abras camino.

PASCUAL

Don Pedro, os engaños; me habéis herido  
de vuestra ley y fuero con la espada,  
y á vuestra misma ley he acudido.  
Escuchad á la plebe amotinada. *(Gritos.)*  
La oís? Clama por vos; viene á buscaros.  
Ya os he dicho, señor, que estábais preso,  
y que al bastardo prometí entregaros.

DON PEDRO

Mucho te ha de costar, vive Dios! eso.  
*(Con sarcasmo.)*  
Tú has prometido á Enrique mi cabeza,  
y le llamas, tal vez, á que la tome;  
pues bien, la tuya encontrará su alteza;  
yo se la arrojaré cuando se asome.  
*(Cierra las puertas y ase de una espada.)*  
Ahora á tu vez defiéndete, villano;  
usa de tu valor y de tu acero,  
porque vas á aprender de un rey tirano  
lo que hay de un asesino á un caballero.

Ven; ya no lidia mi poder conmigo;  
aquí mi majestad ya no me escuda.  
Sólo Dios es aquí nuestro testigo;  
ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI

DICHOS *y* CONJURADOS, *que suben  
por el balcón*

VOCES

Muera don Pedro!

OTRAS VOCES

Muera!

UN CONJURADO

*(Que sube por el balcón.)* Aquí, valientes!  
Aquí está el rey, subid.

OTROS

*(Que suben tras él y van contra don Pedro.)*  
Muera el tirano!

DON PEDRO

Venid á mí, rebeldes insolentes,  
y probaréis el peso de mi mano.

PASCUAL

Ea! Acabad con él.

ESCENA XII

*(Don Pedro se defiende de todos los que le acometen, cejando contra la pared, y en el punto en que va á sucumbir al número, se abre á sus espaldas una puerta, en la cual aparece el Capitán, que muestra á doña Inés desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda. Todos retroceden.)*

CAPITÁN *(Á Pascual.)*

Atrás, canalla!

Da un solo paso más, y la asesino.

PASCUAL

Tenéos, Capitán.  
*(Á los suyos.)* Atrás vosotros.

CAPITÁN *(Á don Pedro.)*

Una barca, señor, puesta se halla  
en la torre del Oro; este camino  
seguro allá desde el palacio os lleva.  
Huid.

DON PEDRO

Traidores, volveré algún día,  
y, ay! del que entonces á parecer se atreva!

CAPITÁN *(Á don Pedro.)*

Huid.—Ahora, Juan Pascual, escucha.  
Cabeza por cabeza, esta es la mía;  
*(Señalando á doña Inés.)*  
la contienda es ya igual, franca la lucha.

PASCUAL

Por piedad, Capitán; por cuanto caro  
en el mundo tenéis, el impío acero  
de su pecho apartad; yo os doy amparo,  
riquezas, libertad.

CAPITÁN

*(Con firmeza.)* No; sólo quiero  
que entiendas bien mi condición postrera;  
escúchamela bien, hiena taimada:  
«La suerte de don Pedro á tu hija espera,  
y á su suerte desde hoy encadenada,  
ella responderá de su destino,  
siendo, como él, dichosa ó desdichada.  
Ahora sigue si puedes mi camino,  
y mira de quién es esta jornada.  
*(Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja á ella desesperado.)*





## ACTO TERCERO

---

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán á lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de D. Enrique. A la derecha y en el fondo, una puertecilla que conduce al torreón, y otra á la izquierda, al lado de la cual, por una ventana con reja, se verá un interior del torreón, donde estará el astrólogo Ben-Hagatín; un pilar de piedra en que está clavado, en medio de la escena, el pendón del rey D. Pedro. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

DOÑA INÉS, EL CAPITÁN y EL ALCAIDE

*(El rey don Pedro, sobre un torreón, mirando al campo de don Enrique; doña Inés lo mismo, por las almenas; el Capitán dando sus órdenes al Alcaide, que estará hablando con él; el Astrólogo en su torre consultando á la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, de los que se sirve para hacer el horóscopo de don Pedro.)*

CAPITÁN

Que esté ese paso secreto guardado por buena gente, y que éntre él solo.

ALCAIDE

Corriente.

CAPITÁN

Ya conocéis el sujeto.

ALCAIDE

Ya le conozco.

CAPITÁN

En los nichos

que hay en aquel subterráneo puede ser triunfo instantáneo con los hombres de armas dichos.

En estando ese hombre dentro, que se lance vuestra gente allá abajo de repente de los suyos al encuentro.

Todos prisioneros, y en tanto, por esa puerta que estén tres ó cuatro alerta cuando esté él conmigo aquí. Lo oís? Que él éntre no más.

ALCAIDE

Está bien. *(Vase.)*

CAPITÁN *(Á doña Inés.)*

Y vos, señora, retiráos, que ya es hora.

INÉS

*(Con tristeza.)* No imaginé yo jamás, Capitán, eso de vos.

CAPITÁN

Ah! Lloráis!... Por caridad, el llanto de mí ocultad; no me hagáis dudar de Dios.

INÉS

No le invoquéis, fementido!  
 que á enojo le provocáis  
 cuando á sus plantas alzáis  
 corazón tan corrompido.  
 Hombre vil! Eso es amor?  
 Engañar á una mujer  
 rehenes para tener  
 con su padre vencedor!  
 Esto es, Capitán, nobleza?  
 Decirle á un padre que elija  
 mostrándole de su hija  
 con el puñal, la cabeza!

CAPITÁN

Callad, señora, callad,  
 que ignoráis lo que me cuesta  
 con vuestro padre esa apuesta  
 de inaudita atrocidad.

INÉS

Decid mejor lo que os vale,  
 porque tenéis la esperanza  
 que mi peso la balanza  
 de vuestra fortuna iguale.  
 Porque, cómo ha de dejar  
 un padre á su hija morir,  
 tan sólo por conseguir  
 á un enemigo vulgar?  
 Le diréis: «Vida por vida,  
 salvadme á mí, y os la entrego,  
 que al fin es cosa de juego  
 una mujer seducida.»

CAPITÁN

Retiráos, doña Inés,  
 ó de mi fe no respondo.

INÉS

Á tu pesar, en el fondo  
 mi razón dé tu alma ves.

CAPITÁN

Os engañáis, os lo juro;  
 vos véis el remordimiento  
 donde hay otro sentimiento  
 más noble, si más oscuro.

Vos no podéis comprender  
 que un hombre que á su rey ama,  
 le sacrifique su fama,  
 su amor, su razón, su ser.  
 Ni vos lo comprenderíais,  
 ni yo os lo osara explicar,  
 pues á poderlo alcanzar,  
 yo sé que os asombraríais.  
 Sí; yo estoy viendo una estrella  
 de quien salvación espero,  
 y para apagarla infiero  
 que voy corriendo tras ella.

INÉS

(*Con emoción.*) Ah! Rendíos, Capitán.  
 Cuando veo el sentimiento  
 con que expresa vuestro acento  
 ese incomprensible afán,  
 aún que me amáis imagino,  
 y que me decís lo cierto,  
 aunque la influencia advierto  
 de algún insondable sino.

CAPITÁN

Sino fatal que me impele  
 á abreviar mi propia vida,  
 desgarrándome una herida  
 al punto en que más me duele.

INÉS

Ah, me amáis! Dejáos vencer.

CAPITÁN

Sí; os adoro, á qué mentir?

INÉS

Pues bien, dejadme salir.

CAPITÁN

Señora, no puede ser.

INÉS

Es decir, mal caballero,  
 que debo estar desde aquí,  
 en que seréis para mí  
 mi opresor, mi carcelero?

CAPITÁN

Oh, por Dios! (*Desesperado.*)

INÉS

Atado al yugo  
que vuestro dueño os impone,  
vendréis, si el rey lo dispone,  
á parar en mi verdugo.

Bien; seré mártir, mas vos  
que así me sacrificáis,  
mi airada sombra arrojáis  
entre vuestro paso y Dios.  
Sí, Capitán; yo os perdono  
mi bárbaro sacrificio,  
pero os aguardo en su juicio  
y os emplazo ante su trono.

## ESCENA II

DON PEDRO y EL CAPITÁN

CAPITÁN

Emplaza, emplázame, sí;  
breve ha de ser este plazo,  
pues tu muerte de rechazo  
me dará la muerte á mí.  
Oh! Si asomarte pudieras  
á mirar mi corazón,  
moviérate á compasión  
al ver cuál me lo laceras.  
Mas, ay! Con cuánta verdad  
me culpas mi villanía! (*Pausa.*)  
Y atrás no me volvería  
por toda una eternidad.

DON PEDRO

(*Que se ha vuelto á oír la última parte de  
la escena anterior, y baja del torreón.*)  
Blas.

CAPITÁN

Señor.

DON PEDRO

Esa mujer  
te cuesta mucho, lo veo;  
libertártela deseo:  
siento verte padecer.

CAPITÁN

Señor, con esa quimera  
no andéis desasosegado.  
Ya me la habéis entregado,  
y haré de ella lo que quiera.

DON PEDRO

En vano, infeliz! reclamas  
tus derechos contra ella,  
porque es demasiado bella,  
y veo cuánto la amas.

CAPITÁN

La adoro, señor; la adoro  
con ceguedad. Sin embargo,  
de atormentarla me encargo,  
(*Con resignación.*)  
aunque á escondidas lo lloro.  
Por cada lágrima suya  
daría la vida entera;  
mas pide una razón fiera  
que la vuestra sustituya.

DON PEDRO

Pérez, mi mente se pierde  
concibiendo tal maldad,  
y, á decirte la verdad,  
la conciencia me remuerde.

CAPITÁN

También á mí, mas la acallo  
con razón más poderosa.

DON PEDRO

Y con cuál?

CAPITÁN

Con la imperiosa  
lealtad de buen vasallo.

DON PEDRO

No, por Dios! Qué lograrás  
con tan triste sacrificio?

CAPITÁN

Pagaros un beneficio  
que no olvidaré jamás.

Vos, generoso en exceso,  
recordarle no queréis;  
y más, don Pedro, me hacéis  
agradecido por eso.  
Mirad en torno, señor.  
De vuestro reino, qué os queda?  
Gracias que esta torre pueda  
daros tumba con honor.

DON PEDRO

*(Con orgullo.)*

Yo siempre moriré honrado,  
que atestiguar harto puedo  
que hasta encontrarla, sin miedo  
con mi fortuna he lidiado.  
Huí, es verdad, de Sevilla;  
mas he acudido hasta el moro  
para encontrar plata y oro  
con que volver á Castilla.  
Entré valeroso en ella  
con quien seguirme ha querido,  
y si vencer no he podido,  
es porque tal fué mi estrella.  
Maté, atropellé, deshice  
á cuantos hallé enemigos,  
y exageran mis castigos  
los á quien yo satisfice.  
Mil veces les perdoné,  
y otras mil se amotinaron,  
y repartir me intimaron  
lo que yo solo heredé.  
Para esto había razón?  
Qué derecho les abona?  
Por qué pedir mi corona  
si les daba el corazón?  
No. Encerrado como estoy,  
venga la muerte, sí, venga.  
Mientras un soldado tenga,  
el rey de Castilla soy.

CAPITÁN

Uno siempre os quedará,  
don Pedro, mientras yo aliente.

DON PEDRO

*(Dándole la mano.)*

Y en lo futuro, quien cuente  
tu lealtad no faltará.

CAPITÁN

Mi padre fué zapatero,  
vasallo, y de él nací yo,  
y su alteza me nombró  
Capitán y caballero.  
Quiero pagaros leal  
vuestro favor con usura,  
cavando mi sepultura  
con la vuestra por igual.

DON PEDRO

No, por mi vida; eso no.  
Si Dios no me restituye  
mi reino, sálvate y huye;  
mis tesoros te doy yo.

CAPITÁN

Sin vos, para qué los quiero?  
Si es que la fortuna ingrata  
con el dolor no me mata,  
volveré á ser zapatero.

DON PEDRO

Mas oye: en esa escalera  
siento pasos.

CAPITÁN

Es sin duda  
Men Rodríguez; quiera ayuda  
darnos Dios.

DON PEDRO

Ojalá quiera!

### ESCENA III

DON PEDRO, EL CAPITÁN y MEN  
RODRÍGUEZ DE SANABRIA

CAPITÁN

Men Rodríguez, qué noticias...?

DON PEDRO

Habéis visto á ese francés?



RODRÍGUEZ

Sí, señor.

DON PEDRO

Admite pues?

RODRÍGUEZ

No oso daros las albricias.  
Mas inclinado le he visto  
á proteger vuestra fuga,  
pues dice que le subyuga  
vuestra situación.

DON PEDRO

Por Cristo!

El oro que yo le ofrezco  
es quien le mueve hacia mí;  
mas si me saca de aquí,  
al cabo se lo agradezco.

RODRÍGUEZ

Oyóme con gran templanza:  
prometí, insté, supliqué;  
quién érais le recordé,  
y al fin me dió una esperanza.  
Díjome que allí venía  
á sueldo de vuestro hermano,  
y que tenderos la mano  
sin venderle no podía.  
Yo entonces, por grande hazaña  
el salvaros le pinté,  
y en vuestra palabra y fe  
le prometí media España.

DON PEDRO

Bien hiciste en prometer,  
que darse la mitad puede,  
pues como mal me la enrede,  
entera la he de perder.  
Mas al fin, qué dijo?

RODRÍGUEZ

Al fin,  
tras de andar algo reacio,  
pidióme un pequeño espacio.

DON PEDRO

Ese Beltrán de Claquín  
me parece un gran traidor!  
Porque, si leal obrara,  
que sí ó que no contestara.

RODRÍGUEZ

Ya contestará, señor.  
Si consiente y nos socorre,  
hará en señal que se encienda  
un farol sobre su tienda,  
que se ve desde esta torre.  
Vedla, señor.

DON PEDRO

Es aquella  
que está junto á la corriente?

RODRÍGUEZ

Sí, señor; la que está enfrente  
de la torre de la Estrella.

DON PEDRO

Bueno.

RODRÍGUEZ

Si le véis brillar,  
podéis sin riesgo salir  
y á su misma tienda ir,  
que él mismo os saldrá á esperar.

DON PEDRO

Men Rodríguez, por si acaso  
la luz á brillar acierta,  
sobre el torreón alerta  
estad, no erremos el paso.  
(*Sube Men Rodríguez al torreón.*)  
Retírate, Blas, también,  
que quiero oír el consejo  
de ese celebrado viejo;  
mas cerca queda.

CAPITÁN

Está bien. (*Váse.*)

## ESCENA IV

DON PEDRO, EL ASTRÓLOGO y MEN RODRÍGUEZ en el torreón, donde ni ve ni oye lo que pasa en la escena.

DON PEDRO

Habéis concluido ya?

ASTRÓLOGO

Vuestro horóscopo he formado,  
y mi ciencia he consultado.

DON PEDRO

Y qué respuesta nos da?

ASTRÓLOGO

Confusa es la explicación,  
pero vos la entenderéis,  
que los secretos sabéis  
que hay en vuestro corazón.  
Ved; en ese pergamino,  
de los astros está escrita  
la razón. Se necesita  
que el mismo que su destino  
busca, su enigma resuelva.

DON PEDRO

(*Lee.*) Por alrededor de Castro  
que he de morir, dice un astro,  
y otro dice que en la selva.  
No podéis darme más clara  
explicación?

ASTRÓLOGO

Sí podría,  
pero mucho sentiría  
que si lo hiciese os pesara.

DON PEDRO

Pesarme! Pues que consulto  
mi destino á las estrellas,  
es para saberlo de ellas  
distintamente, no á bulto.

ASTRÓLOGO

Su respuesta es ésa; y de ella

el sentido á escudriñar,  
veo que en este lugar  
os es fatal vuestra estrella.

DON PEDRO

Eso ya yo me lo sé (*Con amargura.*)  
desde el punto en que nací;  
y que mejorara aquí,  
nunca me esperaba á fe.  
(*Señalando al pergamino que tiene en la  
mano.*)

Esto no vale de nada,  
buen astrólogo.

ASTRÓLOGO

Hay aún  
consulta menos común  
que hacer, pero es arriesgada.

DON PEDRO

Con quién creéis que tratáis  
para dudar del valor?

ASTRÓLOGO

Yo os lo propongo, señor;  
vos haréis lo que queráis.

DON PEDRO

Sabré...?

ASTRÓLOGO

Toda la futura  
suerte á que el destino os lleva.

DON PEDRO

Cierta?

ASTRÓLOGO

Cierta. Es una prueba  
terrible, pero segura.

DON PEDRO

Hacedla, pues.

ASTRÓLOGO

Necesito  
prepararos de antemano.

DON PEDRO

Hay en ella algo profano?

ASTRÓLOGO

Sólo hay riesgo.

DON PEDRO

Pues lo admito.

ASTRÓLOGO

Una lámpara os daré,  
cuya luz será encendida  
con sangre fresca, extraída  
de vos mismo.

DON PEDRO

Y lograré...?

ASTRÓLOGO

Que á vuestros ojos, palpable  
aparezca el porvenir.  
Si osáis, me podéis seguir;  
mas es cosa formidable.

DON PEDRO

Vamos allá; quiero ver  
mi destino, vive Dios!  
que el más tenaz de los dos  
no quiero dejarle ser.  
Harto tiempo me ha acosado  
con infernal fatalismo;  
quiero acosarle yo mismo,  
y al menos le habré arrojado.  
Vamos, pues.

## ESCENA V

DOÑA INÉS, *saliendo del torreón  
de la derecha abajo*

INÉS

Válgame Dios!  
Qué noche tan fatigosa!  
Cuán fiero el pesar me acosa  
de mis memorias en pos!  
El aura que inquieta pasa

por entre estos torreones,  
á mis negras reflexiones  
parece que pone tasa.  
Ese en que encerrada vivo,  
con su estrechez me sofoca.  
*(Se pasea cavilosa.)*  
Mas, Dios mío! yo estoy loca!  
Lo veo y no lo concibo.  
Cuando ese hombre amor me jura,  
lo jura con tal pasión,  
que obliga á mi corazón  
á creer en su impostura.  
Mil veces le he sorprendido  
yo de mí misma detrás  
llorando... Oh! Lloro quizás  
de mi infortunio dolido.  
Mas si me ama... Si le pesa  
de mi mal, por qué me guarda?  
Por qué así en librarne tarda  
cuando á él mismo le interesa?  
Mi padre, si así lo hiciera,  
con usuras le pagara,  
y acaso le cueste cara  
su traición si le exaspera.  
Oh Dios, que del firmamento  
tras el azul pabellón  
velas, calma mi aflicción,  
consuela mi sufrimiento!

## ESCENA VI

DOÑA INÉS y EL ALCAIDE, *conduciendo  
á JUAN PASCUAL, y entrando por el  
torreón de la derecha arriba*

ALCAIDE

Podéis entrar sin temor,  
y esperarle aquí.

PASCUAL

Yo fío  
mi empresa en mi propio brío,  
y en lo que á él le está mejor.

ALCAIDE

El os esperaba.

PASCUAL

Ya

conté yo, alcaide, con eso,  
que sabe que está bien preso,  
y que en mis manos está.  
Tomad por vuestro servicio.

ALCAIDE

Guardad, señor caballero,  
para otros vuestro dinero,  
que el rey me paga mi oficio.

PASCUAL

Habrá semejante tonto!  
Sea, en fin, como gustéis;  
mas suplicoos que llaméis  
á ese Capitán, y pronto,  
que no hay tiempo que perder...  
Mas, qué veo?

INÉS

Padre mío!

PASCUAL

Inés!

INÉS

Es un desvarío  
que os vuelvo, por fin, á ver?  
Cuánto tiempo os he esperado!

PASCUAL

Y ya ves cómo he venido  
en cuanto posible ha sido.

INÉS

Ay, padre, cuánto he llorado!

PASCUAL

Esos tigres te habrán hecho  
mil injurias á porfía.

INÉS

Ni una sola todavía.  
Sin el cuarto tan estrecho  
que me dan, nadie creyera,  
según su porte cortés,

que esta torre cárcel es,  
y yo en ella prisionera.  
Ese Capitán, señor,  
de mi custodia encargado...

PASCUAL

Ya sé, Inés, que ese menguado  
se atreve á tenerte amor.

INÉS

Eso dice, y muchas veces  
yo misma á creerlo llego!..

PASCUAL

Pero, y tú, Inés?

INÉS

No lo niego.

PASCUAL

Necia, la muerte mereces  
por un amor tan villano!

INÉS

Me aterráis. Aunque eso fuera,  
señor, morir mereciera?

PASCUAL

Morir por mi propia mano.

INÉS

Ay de mí, padre y señor!  
Para esto venís aquí?  
Para amedrentarme así  
en vez de darme favor?

PASCUAL

Ah! Perdona, pobre Inés.  
Secretos que desconoces...

INÉS

Mas que me dicen á voces  
cuánta mi desdicha es.

PASCUAL

Escucha, y tu llanto enjuga.  
Conoces alguna puerta

que á fuerza ó engaño abierta  
pueda amparar nuestra fuga?

INÉS

No, señor.

PASCUAL

Tráigo conmigo  
gente leal y resuelta,  
y si ganamos la vuelta  
de esa escalera, al postigo  
llegaremos por secreto  
callejón, aunque no es éste  
el objeto que pretexto...

INÉS

*(Con afán.)* Vuestro principal objeto,  
padre, el libertarme sea.

PASCUAL

Inés, en eso medito.  
Ese Capitán maldito...

INÉS

Fuerza será que nos vea.

PASCUAL

Mas siento pasos.

INÉS

Él es!

PASCUAL

Yo mismo he enviado á llamarle.

## ESCENA VII

DICHOS y EL CAPITÁN

CAPITÁN

Buenas noches.

PASCUAL

Quiero hablarle  
á solas. Aparta, Inés.

CAPITÁN

Qué me queréis, Juan Pascual?

PASCUAL

Vengo un pacto á proponeros  
que muy útil podrá seros,  
por grave razón.

CAPITÁN

Por cuál?

PASCUAL

Por la de que abre el camino  
solo que os puede salvar.

CAPITÁN

Cosa es que hemos de tratar  
mejor solos, imagino.

PASCUAL

Sí, decís bien.

CAPITÁN

*(Á doña Inés.)* Perdonad  
que os retiréis os suplique,  
para que á solas me explique  
vuestro padre...

INÉS

Por piedad,

Capitán, oid con calma  
lo que tiene que deciros.

CAPITÁN

El negarme yo á serviros,  
Inés, me destroza el alma.  
Lo sabéis; mas mi destino  
es para mí tan terrible,  
que me parece imposible  
que abra Juan Pascual camino.

INÉS

Ay de mí!

*(Entra, y el Capitán corre tras ella los cerros de la torre.)*

PASCUAL

*(Con afán.)* Váis á cerrar?

CAPITÁN

Sí por cierto.

PASCUAL

Y á mis ojos!

CAPITÁN

Qué queréis? Me dan antojos  
imposibles de evitar.

---

### ESCENA VIII

EL CAPITÁN y JUAN PASCUAL

CAPITÁN

Ea, pues; ya estamos solos;  
hablad, que el tiempo se acorta,  
y yo tengo que pagaros  
vuestra propuesta con otra.

PASCUAL

Con que admitáis vos la mía,  
basta á mi ver.

CAPITÁN

No importa.  
No estará la mía acaso  
tras de la vuestra de sobra.

PASCUAL

Pues bien, Capitán; yo vengo  
como quien amparo implora,  
como quien suplica humilde,  
arriesgando mi persona,  
y exponiéndome á perder,  
si me descubren, la honra  
con la vida; á demandaros  
lo que vuestra mano sola  
puede volverme, la hija  
que mi corazón adora.  
Ya véis cómo las desdichas  
sobre don Pedro se agolpan.  
Ya véis cómo de los suyos  
cientos á cientos le abandonan.  
No tenéis agua ni víveres,  
y esta situación penosa,

cuanto más os desalienta,  
Capitán, y os acongoja,  
más á don Enrique augura  
cercana y fácil victoria.  
Pues bien; si me dáis mi hija,  
os juro que en pocas horas  
saldréis del castillo libre,  
sin condición deshonrosa,  
y os daré á más el rescate  
que vuestro capricho imponga.

CAPITÁN

Habéis acabado?

PASCUAL

Sí.

CAPITÁN

Pues oid, que á mí me toca.  
Si el rey don Pedro conmigo  
igual libertad no logra,  
y su perdón don Enrique  
ante sus plantas no postra  
como rebelde, vuestra hija  
quedará donde está ahora.

PASCUAL

Os comprendo, miserable!  
Ese amor que os emponzoña  
el corazón, es quien dicta  
propuesta tan injuriosa.

CAPITÁN

Sí, Juan Pascual. Yo la adoro,  
y esta pasión me devora,  
me martiriza y me acaba,  
mas mi voluntad no dobla.

PASCUAL

Capitán, esa pasión,  
que fácilmente se ahoga  
hoy que aun es tiempo, os advierto  
que os lleva á una muerte próxima.

CAPITÁN

Señor Juan Pascual, lo siento;  
mas tiene raíces hondas,  
y es imposible arrancarla.

Si el medio no os acomoda,  
es el único que resta;  
y en cuanto á mi última hora,  
que juzgáis cerca, mirad  
que la vuestra es muy dudosa.

PASCUAL

Acabemos, Capitán,  
y en ideas ilusorias  
no os gocéis adormecido;  
yo tengo ocasión muy pronta  
para entrar en esta torre  
muchas gente valerosa,  
que llevará á sangre y fuego  
cuanto á su marcha se oponga.  
Por sólo librar á Inés,  
he retardado hasta ahora  
la ejecución de mi plan;  
mas os juro que es muy corta  
la tregua que puedo daros.

CAPITÁN

Vos sois quien en ilusorias  
ideas adormecido,  
descuida lo que le importa.  
Ya sé que en el subterráneo,  
para esa traza traidora,  
metido habéis vuestra gente;  
mas es esperanza loca  
la que sobre ella fundéis,  
pues mi atención previsor  
apostó gente más diestra,  
que en las revueltas tortuosas  
del subterráneo, á mi voz  
la hará prisionera toda.

PASCUAL

Intentáis amedrentarme  
con bravatas?

CAPITÁN

Oh! No es cosa  
para pasarse en la cuenta;  
y escuchad bien, que la aurora  
no está lejos, y es preciso  
que abreviemos. Una bolsa  
de malla, que asida al cuello  
lleváis, donde hay una hoja

de pergamino que explica  
lo que fácil proporciona  
del príncipe don Enrique  
una venganza muy cómoda...

PASCUAL

Cielos! Quién pudo deciros...?

CAPITÁN

Yo lo oí de vuestra boca  
una noche en vuestra casa,  
escondido en vuestra alcoba.  
Conque ya véis que me guió  
por vuestras lecciones propias,  
y que no se me ha olvidado  
que á quien vengarse ambiciona,  
ni precauciones le bastan,  
ni se contenta con pocas.

PASCUAL

Vive Dios, villano astuto!...  
quién á mi paso te arroja,  
que en todas partes te encuentro  
y me detienes en todas?

CAPITÁN

Concluyamos, Juan Pascual;  
ó le escribís sin demora  
á don Enrique una carta  
ofreciendo la persona  
de vuestra hija y la vuestra...

PASCUAL

No, no; primero se rompa  
en mil pedazos el alma...

CAPITÁN

Pues que tú lo quieres... Hola!  
Á mí, soldados!

*(Salen tres soldados, que se apoderan á la  
fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)*

PASCUAL

Villanos!

CAPITÁN

Ponedle en la torre próxima,

con una amarra en los brazos  
y una mordaza en la boca.

*(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el Capitán, el cual, al cerrar la puerta, dice á Juan Pascual á modo de despedida.)*

Lo que mejor os conviene  
pensad, Juan Pascual, á solas,  
porque no tenéis más término  
que hasta el rayar de la aurora  
*(Al soldado que queda dentro.)*

No me le pierdas de vista.  
*(Á los otros.)* Vamos á su gente ahora.

*(Váse el Capitán. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece á poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera.)*

## ESCENA IX

DON PEDRO

Veamos este oráculo espantoso.  
Quiero apurarlo, y de la edad futura  
embriagarme en el néctar delicioso,  
ó el cáliz agotar de su amargura.  
Por su oculto poder arderá sola  
esta lámpara, dice... Harto lo temo!  
Llena está de mi sangre hasta la gola,  
y yo en mi sangre sin arder me quemo.  
Si atendiera al pavor, la vertería  
por no verla inflamarse! Oh, tiemblo y lucho  
con mi superstición!... Aun está fría...  
Si será un impostor!... Oh, tarda mucho!  
Perdóname tan torpe ceremonia,  
oh cielo, para mí siempre enemigo!  
No mires que al altar de Babilonia  
me acerco impuro, sin contar contigo.  
En tu bóveda azul, limpia y serena,  
jamás pude leer de mi fortuna  
ni una letra feliz; ni amiga y buena  
brilló para don Pedro estrella alguna.  
Siempre, sí, su escritura fué siniestra:  
siempre se abrió su libro tenebroso  
por párrafo fatal, dándome muestra  
de un porvenir aciago y borrascoso.  
Perdona, sí, perdona si te irrito

otro poder diabólico invocando,  
porque un calmante pronto necesito,  
y por doquier que voy, lo voy buscando.  
Si es mi sino fatal, iré sereno  
á sepultarme en su tremendo abismo.  
Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,  
para luchar con él con heroísmo. *(Pausa.)*  
Ya hierve este licor emponzoñado;  
ya de la mecha en derredor se apila;  
ya trepa por sus hilos inflamado...  
Ay, medroso mi espíritu vacila!  
*(Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)*

Acúdeme, valor...! Brotó la llama...  
Ven mis pupilas á su luz apenas  
los objetos .. Qué es esto...? Quién derrama  
el fuego de un volcán dentro mis venas?  
Próximas á saltárseme las siento...  
Me acosa el corazón abrasadora  
de venganza la sed... y el pensamiento  
me desgarrá una idea asoladora.  
*(Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes. La sombra de don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco á poco, hasta quedarse enfrente de él.* [hombre.

Enrique! Siempre Enrique... Siempre ese  
Dí: Qué quieres de mí, bastardo infame?  
Está escrito mi horóscopo en tu nombre?  
Por qué me asaltas sin que yo te llame?  
Ese puñal que abarcas con tu mano,  
lo guardas para mí...? Cuán torvo brilla!  
Guárdale, por piedad; guárdale, hermano...!  
Mas no; mentí, bastardo de Castilla.  
No le escondas; levántale; te aguardo.  
Ven, si te atreves, á amagar mi seno,  
y exprimiré en mis brazos, vil bastardo!  
de tu ruin corazón todo el veneno.  
Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,  
y aunque infame y traidor venzas al cabo,  
no creas, no, que tu valor me humilla.  
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.  
No lo oyes...? De rodillas, miserable!  
Te niegas...? Tu sardónica sonrisa *(Sonríe.)*  
me mueve á compasión... y me precisa  
á volverte esa risa abominable.  
Mírame sonreír... Mírame y huye,



porque á la luz de mis ardientes ojos  
tu ser se pulveriza y se destruye...  
Ni rastro he de dejar de tus despojos.  
Mas, ahí estás aún...! Qué esperas, sombra,  
sonriéndome siempre...? Qué me quieres?  
Tu sonrisa me irrita, no me asombra.

*(Sonrisa convulsiva.)*

Yo me río también de... que me esperes.  
Espera, sí, vasallo; espera, espera;  
mas no, no; huye de mí, desaparece.  
Tu sonrisa infernal me desespera;  
tu mirada voraz me desvanece.

Huye; me das horror... Huye al abismo.  
No temo tu presencia; me fascina.  
Te estoy viendo reír, y hago lo mismo;  
pero esta risa cruel, ay! me asesina.

*(Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva hasta que, apagándose la lámpara, desaparece la sombra, y cae sin sentido.)*

## ESCENA X

D. PEDRO, EL CAPITÁN y MEN RODRÍGUEZ  
*en el torreón*

CAPITÁN

Ya todos están rendidos.  
Mas, qué veo? Si un traidor *(Le toca.)*  
llegó hasta el rey... No, respira.

DON PEDRO

Quién eres? *(Volviendo en sí.)*

CAPITÁN

Señor, yo soy.

DON PEDRO

Se fué ya?

CAPITÁN

Quién?

DON PEDRO

Ese espectro;  
ese ensueño aterrador.

CAPITÁN

Quién, señor, que no os entiendo?

DON PEDRO

Ay de mí! Tampoco yo.  
De esa lámpara maldita  
me ha fascinado el fulgor,  
y si no se apaga pronto,  
me asesina esa visión.

*(Vuelve en sí del todo, y se levanta, sobreponiéndose á su pavor.)*

Mas ese francés, qué dice?

CAPITÁN

Nada responde.

RODRÍGUEZ

El farol!

DON PEDRO

Ea, Blas, ya luce al cabo  
la estrella de salvación.  
Salgamos de aquí cuanto antes.

CAPITÁN

Señor don Pedro, idos vos.

DON PEDRO

Qué! Tú también me abandonas?

CAPITÁN

Yo abandonaros, señor!  
Me quedo para vengaros.

DON PEDRO

Capitán, tienes razón.  
Si me venden...

CAPITÁN

Id tranquilo,  
que de eso me encargo yo.

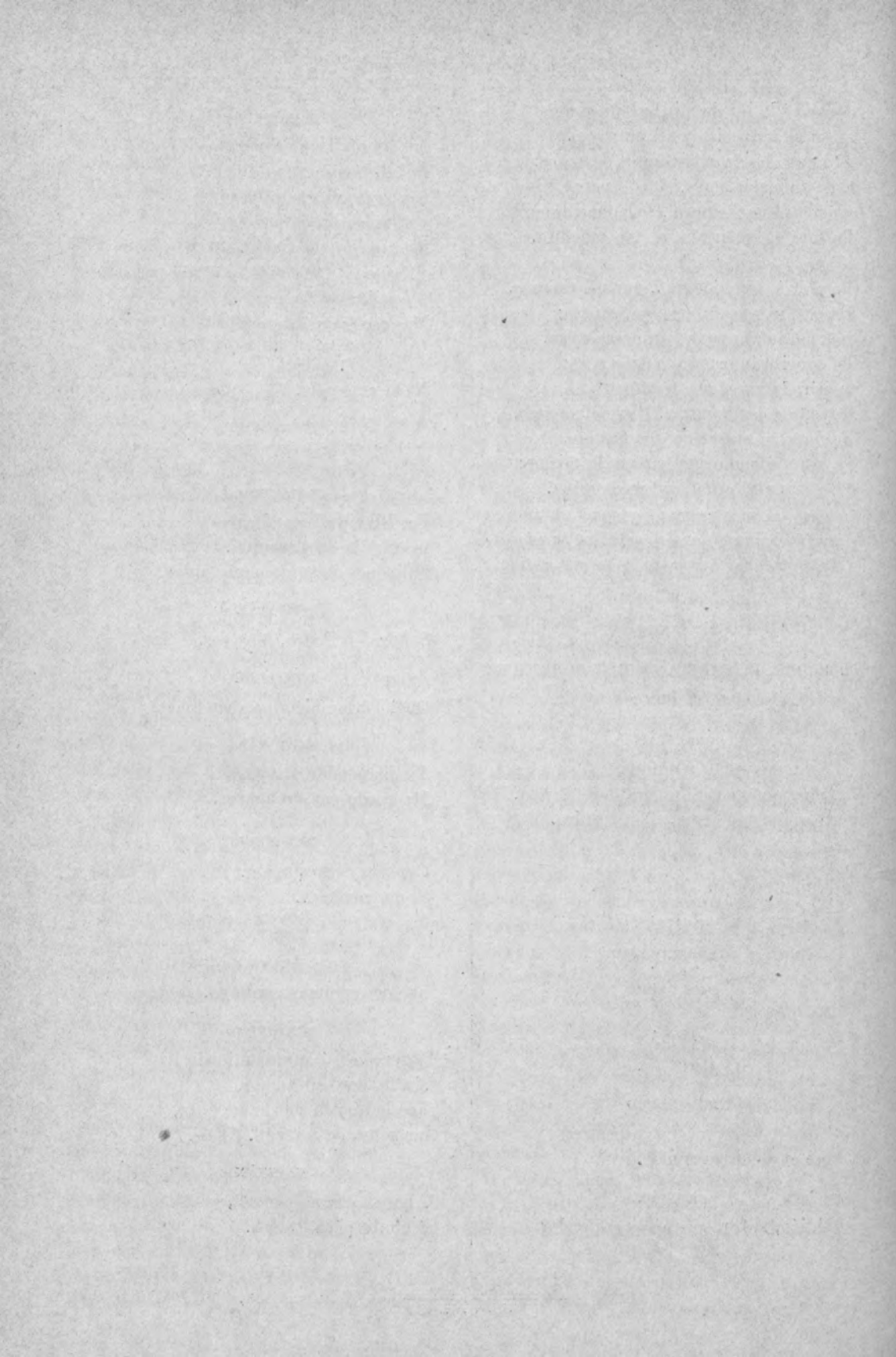
DON PEDRO

Voy, pues, á apurar mi estrella  
sin fe, pero sin temor,  
que lo que en suerte me falta,  
me sobra de corazón. *(Váse.)*

CAPITÁN

Ahora, ó trono para él,  
ó tumba para los dos.







## ACTO CUARTO

---

Campamento de don Enrique. En medio de la escena, la tienda de Beltrán Duguesclín, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor y en lontananza las otras tiendas del campamento.—Amanece.

### ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, BELTRÁN DE CLAQUÍN  
y OLIVIER DE MANNI

VIZCONDE

Miradlo, mosen Beltrán,  
con detenimiento y calma,  
que es feo acudir á engaños  
con las manos en las armas.

BELTRÁN

Señor Vizconde, está hecho;  
la noticia está ya dada  
á don Enrique, y ofrece  
doble de lo que él nos daba,  
y son cuatrocientas mil  
doblas de oro castellanas.

OLIVIER

Eso bien vale, señores,  
una traición diplomática,  
que al cabo, si bien se mira,  
está siendo necesaria.

BELTRÁN

Si, por cierto; ese don Pedro,  
qué puede esperar ya? Nada.  
Cercado en ese castillo,  
sin víveres y sin agua,

sus gentes á nuestro campo  
pasándosele á bandadas,  
olvidado de Inglaterra,  
aborrecido de Francia  
y odiado en su reino mismo,  
no le queda otra esperanza  
que entregarse; á esto vendría  
á parar hoy ó mañana.  
Su hermano, mientras él viva,  
el objeto de sus ansias  
no ha de lograr, conque es claro  
que un día ú otro le mata.  
Y en tal caso...

OLIVIER

Ciertamente,  
lo mismo es hoy que mañana.

VIZCONDE

Sí; pero el rey de Castilla  
es sólo don Pedro.

OLIVIER

Vaya!

BELTRÁN

Mas, qué le vale, decid,  
ser legítimo en su raza,  
ser heredero de nombre,  
si el de la sangre bastarda,

más poderoso y más terco,  
se le lleva la jornada?  
Y, en fin, no es malo un bastardo  
para lo que hoy es España,  
que en tierra én que reinan moros  
con un mal cristiano basta. (*Se rien.*)

VIZCONDE

Paréceme, caballeros,  
que es esa risa insensata,  
al menos intempestiva,  
y por la cruz de mi espada  
os juro que, más que á risa,  
me mueve don Pedro á lástima.

OLIVIER

Paréceme, buen Vizconde,  
que han sido vuestras palabras,  
sin tiempo, en pro de don Pedro  
demasiado interesadas.

VIZCONDE

Mis palabras son leales,  
y aunque de opinión contraria  
que las vuestras, no por eso  
son menos libres ni francas.

BELTRÁN

Abreviemos de razones;  
la cosa está adelantada  
de tal modo, que ya fuera  
imposible remediarla.  
Qué nos importa á nosotros?  
En esta guerra menguada  
venimos por el partido  
que nos compró nuestras lanzas.  
Como podemos servímosle,  
y á traición ó cara á cara,  
siempre quien vence es el bueno;  
y con razón buena ó mala,  
si lo acabamos nosotros,  
después de darnos las gracias,  
con el dinero de entrambos  
nos volveremos á Francia.

OLIVIER

Esa es la cuenta, señores.  
Pero la noche se pasa  
y ese buen hombre no llega.

BELTRÁN

Ya empieza á rayar el alba.

OLIVIER

Hola! Allá abajo distingo  
dos sombras encapotadas.

BELTRÁN

Él es.

OLIVIER

Sin duda; á quién otro  
dejaran paso las guardias?

VIZCONDE

Pues yo me lavo las manos;  
que os guarde Dios. (*Váse.*)

BELTRÁN

Con vos vaya.

OLIVIER

Habéis visto?

BELTRÁN

Ya lo he visto;  
pero eso á mí no me extraña,  
pues aunque en Francia criado,  
no hay un francés en su casta.

OLIVIER

Me lo figuré al oírle  
que por Castilla abogaba.

---

## ESCENA II

EL REY DON PEDRO, *embozado*; MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA, BELTRÁN DE CLAQUÍN y OLIVIER DE MANNI.

RODRÍGUEZ

Es don Beltrán?

BELTRÁN

Sí, yo soy.

Es don Pedro?

DON PEDRO

Caballero francés, en vos sólo espero, y pronto á partir estoy.

BELTRÁN

Señor don Pedro, me pesa por primera vez hablaros, y haber de descontentaros.

DON PEDRO

Qué, negáis vuestra promesa?

BELTRÁN

No, señor; mas yo querría á estas horas disponer de más suerte y más poder de lo que tengo en el día para serviros mejor.

DON PEDRO

Hablemos, señor francés, claros: vuestro intento es ponerme á precio mayor? Sea el que quiera, os prometo que obtendréis cuanto pidáis como á salvo me pongáis.

BELTRÁN

No es ese, señor, mi objeto, que me estuviera muy mal exigir un precio doble, cuando anduvisteis tan noble, tan franco y tan liberal.

DON PEDRO

Entonces no hay para qué pararse más en decir si no vamos á partir, que estoy impaciente á fe.

BELTRÁN

Señor, es desconfianza que tenéis de mí?

DON PEDRO

Convengo,

caballero, en que no tengo sino en Dios solo esperanza. Mas de ello no os ofendáis, porque es tan fatal mi estrella, que todo lo temo de ella.

BELTRÁN

Suplícoos que contengáis vuestra impaciencia un momento.

DON PEDRO

Vive Dios, señor francés, que mi situación no es para mucho sufrimiento. Yo vine fiado en vos; conque ó dadme un guía fiel, ó yo me vuelvo á Montiel á la voluntad de Dios.

BELTRÁN

Vuestra razón imagino; mas aguardad un instante, y el guía os pondré delante que os enseñará el camino.

DON PEDRO

Pues id, y que sea presto; porque si mucho tardáis, á encontrar os arriesgáis desocupado mi puesto.

### ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ y GUARDIAS

RODRÍGUEZ

Señor, vuestros intereses mirad, y ved que en conciencia...

DON PEDRO

Rodríguez, fué una imprudencia fiar en estos franceses.

RODRÍGUEZ

Su mala opinión, señor, no alcanza á Beltrán Claquín,

que en todas partes al fin  
ganó fama del mejor.  
Le llaman el sin mancilla,  
y goza grande importancia.

DON PEDRO

Todos son buenos en Francia,  
mas no los quiero en Castilla.  
Á tener otro remedio,  
no me fiara en ninguno;  
mas place al hado importuno  
mi desamparo y mi tedio.  
En cuanto puse la mano  
el cielo me castigó;  
destino el cielo me dió,  
Men Rodríguez, bien tirano!  
Sufrí todos sus reveses,  
pero no puedo sufrir  
que me obligue hoy á venir  
á ampararme de franceses.  
Oh! Nunca me imaginara  
llegar otra vez á vellos,  
sino lidiando con ellos  
sol á sol y cara á cara.  
Mas nunca mi desventura  
tan extremada creía  
que á sus tiendas me traería  
solo y en la noche oscura.  
Ay! Cuando cuentas le pido  
al sino que me ha tocado,  
en tiempo tan desdichado  
quisiera no haber nacido.  
Mas ya la aurora esclarece;  
mucho se detiene ese hombre;  
y á pesar de su buen nombre,  
que nos vende me parece.  
Si deja que el sol aclare...

RODRÍGUEZ

No os dé cuidado por eso,  
que de la selva en lo espeso  
metidos...

DON PEDRO

Dios nos ampare!  
Cuál es la selva que dices?

RODRÍGUEZ

Lllaman selvá vulgarmente

á esa espesura que enfrente  
viendo estáis.

DON PEDRO

Ay, infelices  
de nosotros!

RODRÍGUEZ

Pues qué objeto  
halláis, señor, que os asombre  
en esa selva?

DON PEDRO

Su nombre  
á mi horóscopo sujeto.  
No esperemos á que vuelva.  
Rodríguez: *Cerca de Castro  
que he de morir dice un astro,  
y otro dice que en la selva.*

RODRÍGUEZ

Mas señor, ved que arriesgamos...

DON PEDRO

Todo ahora lo entiendo bien;  
el Castro era don Guillén,  
y ésta la selva... Ah! Partamos!  
*(Van á salir, y los guardias se lo impiden.)*

SOLDADO

Atrás.

DON PEDRO

Qué es esto, traidor?

SOLDADO

De aquí no podéis salir.

RODRÍGUEZ

Ah! Como buenos morir  
en Montiel era mejor.

DON PEDRO

Destino, no estás contento,  
que aun el ultraje me espera  
de morir como una fiera  
acorralada entre ciento!

RODRÍGUEZ

Morir decís!

DON PEDRO

Sí, morir.

Pues qué, piensas, vive Dios!  
 que he de ser yo de los dos  
 el que se haya de rendir?  
 No cabe en mí tal baja;za;  
 que aunque así Dios me abandona,  
 no perderé la corona  
 sino al perder la cabeza.  
 Ira de Dios! Esto á mí?  
 En una tienda encerrarme  
 para venir á matarme  
 como asesinos aquí!  
 Infames, tan ruin traición  
 con un rey tan caballero?  
 Mas, que vengan; les espero  
 sin miedo en el corazón.  
 Que vengan esos villanos,  
 y vengan cuantos quisieren  
 á presenciar cómo mueren  
 los leones castellanos.

RODRÍGUEZ

(*Á los soldados.*) Señores, os lo rogamos  
 por cuanto hay santo en la tierra;  
 dejadnos que en buena guerra  
 como quien somos muramos. .  
 Dejadnos ir á Montiel,  
 y aunque sin fortuna, al menos  
 peleando como buenos  
 acabaremos en él.

DON PEDRO

(*Con firmeza.*)  
 Sanabria, aunque los reveses  
 de la suerte así me abaten,  
 dejadme vos que me maten  
 sin rogar á los franceses.  
 No quiero que piensen, no,  
 que nunca los he temido;  
 mis enemigos han sido,  
 y aun soy su enemigo yo.

## ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ, BELTRÁN,  
 DON ENRIQUE, etc.

DON ENRIQUE

Adónde está ese judío  
 que llaman rey?

DON PEDRO

Aquí estoy.  
 (*Dándose con la mano en el pecho.*)  
 Ni aun siquiera me conoces  
 cuando me haces tal ultraje?  
 Yo á tí, sí; porque el coraje  
 me lo está diciendo á voces.

DON ENRIQUE

Jamás el rostro te he visto  
 porque me dabas horror.

DON PEDRO

Porque te daba pavor  
 el mirarme, voto á Cristo!

DON ENRIQUE

Con mucha osadía vienes  
 donde á humillarte te obligan.

DON PEDRO

Jamás lo haré á los que abrigan  
 la sangre vil que tú tienes.

DON ENRIQUE

Ya diste al fin en mis manos,  
 excomulgado perverso,  
 azote del universo,  
 verdugo de tus hermanos.

DON PEDRO

Bastardo, ten esa lengua,  
 que ni en palacio has nacido,  
 ni ser mi hermano ha podido  
 quien obra con tanta mengua.

DON ENRIQUE

La mengua es tuya y no mía,

pues por tus hechos atroces,  
tu pueblo maldice á voces  
tu execrable tiranía.

DON PEDRO

Mi pueblo...! Cuánta arrogancia  
tu infame traición te inspira!  
Mi pueblo dices? Mentira!  
Tus mercenarios de Francia!  
Sí, sí; vosotros, señores,  
que al compararos conmigo,  
me teméis por enemigo  
porque sois unos traidores.  
Lo dicho, sí, no me arredro:  
por qué no osásteis ninguno  
salir al campo uno á uno  
á matar al rey don Pedro?  
Porque lo sois, fementidos!  
Si todas vuestras victorias  
son como ésta, vuestras glorias  
son hazañas de bandidos.

DON ENRIQUE

Tú eres el bandido, tú.

DON PEDRO

Veamos quién de los dos...  
(*Yéndose para don Enrique.*)

DON ENRIQUE

Tú, tú, maldito de Dios,  
entregado á Belcebú.  
(*Se abrazan y luchan; los otros se apoderan de Rodríguez, y le sacan de la tienda. Al caer, ciérrase la tienda y salen los caballeros.*)

OLIVIER

Cayeron entrambos?

BELTRÁN

Sí.

OLIVIER

Mas por quién de ellos quedó?

BELTRÁN

Debajo Enrique cayó,  
pero encima le volví.

RODRÍGUEZ

Y es esa, infame traidor,  
de caballeros la ley?

BELTRÁN

Ni quito ni pongo rey,  
pero ayudo á mi señor.

## ESCENA V

DON ENRIQUE y BELTRÁN

(*Sale don Enrique descompuesto y agitado, con la daga en la mano.*)

DON ENRIQUE

Al fin concluyó la guerra  
concluyendo yo con él;  
libré á Castilla en Montiel,  
y envié un monstruo á la tierra.

BELTRÁN

Fatigado estáis.

DON ENRIQUE

Sí á fe,  
porque además de la lucha,  
Beltrán, mi ansiedad fué mucha  
cuando debajo me hallé.

BELTRÁN

Lo ví...

DON ENRIQUE

Que os lo pague Dios; (*Le da la mano.*)  
que á tener daga en la mano,  
me da la muerte mi hermano.

BELTRÁN

En eso cumplí con vos.

DON ENRIQUE

No lo olvidaré jamás;  
y para mejor probároslo,  
pródigo voy á pagároslo  
de lo pactado además,



haciéndoos conde de Deza,  
para que desde este instante  
podáis cubriros delante  
de mi trono y mi grandeza.

BELTRÁN

Hice sólo en ayudar  
á mi señor, mi deber.

DON ENRIQUE

Mas lo pudisteis poner  
en las manos del azar.  
Y en fin, hoy es el gran día  
de mi existencia, el primero  
feliz, y el mejor que espero  
en cuanto dure la mía.  
Los que en favor de ese indigno  
aun en Montiel estuvieren,  
que salgan cuando quisieren;  
seré con ellos benigno.  
Ya no hay, Beltrán, para mí  
rival que me ponga dique.  
Mi pendón clavadlo aquí.  
*(Traen el pendón, y lo clavan á la entrada  
de la tienda.)*

Castilla por don Enrique!

*(Se oyen los tambores y clarines por todo el  
campamento, perdiéndose á lo lejos entre las  
voces repetidas de «Castilla por don En-  
rique!»)*

## ESCENA VI

DICHOS y EL CAPITÁN BLAS PÉREZ con  
una corneta de caza colgada á la cin-  
tura.

CAPITÁN

Quién es don Enrique?

DON ENRIQUE

Yo.

Qué demanda? Quién es él?

CAPITÁN

El Capitán que en Montiel  
el rey don Pedro dejó.

DON ENRIQUE

Si viene á implorar perdón  
ó á rendirse á mi bandera,  
libre es para ir donde quiera  
con toda su guarnición.

CAPITÁN

El triunfo os ciega, señor.  
No vengo á implorar perdones,  
sino á imponer condiciones  
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

Vive Dios!

CAPITÁN

Por vuestra vida!  
No tan pronto os enojéis,  
que es preciso que lloréis  
el crimen de fratricida.

DON ENRIQUE

Hola! Prendedle, llevadle.

CAPITÁN

Os tengo, rey, bien sujeto  
en las redes de un secreto,  
y os importa adivinarle.

DON ENRIQUE

Vendrás á ofrecerme el oro  
que habrá escondido mi hermano;  
mas todo el reino le gano,  
y es de su reino el tesoro.  
Intentas comprarme, necio,  
tu vida y lanza con él!  
Sal sin temor de Montiel,  
que ambas á dos las desprecio.

CAPITÁN

Oh! No con tanta mancilla,  
señor rey; guardad memoria  
de que amargar vuestra gloria  
hay quien pudiera en Castilla.

DON ENRIQUE

La lengua torpe detén,

y agradece mi paciencia,  
porque es día de indulgencia.  
Ea, vete.

CAPITÁN

(*Acercándose á él.*) Y don Guillén?

[DON ENRIQUE

Guillén de Castro?

CAPITÁN

Ese, sí.

DON ENRIQUE

Dónde está, dónde?

CAPITÁN

Murió.

DON ENRIQUE

Murió!

CAPITÁN

Sí; le maté yo.

DON ENRIQUE

Y una bolsa...? (*Con ansiedad.*)

CAPITÁN

Esa está aquí.

Tomadla; ese pergamino  
calmará vuestra impaciencia.

DON ENRIQUE

(*Lee.*) «*Don Enrique: Vuestra hija, á quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja donde fué hallada, es la que con el nombre de doña Inés ha vivido siempre conmigo.*»

Oh, traedla á mi presencia!

CAPITÁN

Vuestra ansiedad adivino.  
Pero ya os dije, señor,  
que en vez de implorar perdones,  
vine á imponer condiciones  
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

Pide, pues, lo que quisieres;  
mi reino es tuyo, pedazos  
hazle, mas tráela á mis brazos,  
tráela, y no me desesperes.  
Dichoso día, por Dios,  
es éste que me da el cielo;  
yo le pedía un consuelo  
y el cielo me otorga dos.  
Dos, señores: esa Inés  
á quien busco, es hija mía,  
hija por quien yo daría  
cuanto hoy en mis manos es.  
Fruto de un amor profundo,  
ciego, idólatra, excesivo,  
con cuyo recuerdo vivo,  
por quien diera todo un mundo.  
Oh! Figuráos, señores,  
que entero le he recorrido  
tras ese tallo escogido  
del verjel de mis amores.  
Figuráos que sin gloria,  
proscrito, humillado, errante,  
su idea ni un solo instante  
se apartó de mi memoria.  
El viento revuelto y vario  
que agitó el mar de mi vida,  
no osó con mano atrevida  
á este fanal solitario.  
Y en medio de mis azares,  
sólo su luz casta y pura  
alumbró mi desventura  
y adormeció mis pesares.

CAPITÁN

También á mí me alumbró  
con su antorcha ese fanal;  
mas, cuán siniestro y fatal  
ante mis ojos brilló!  
Desatentado y ciego  
con necio ardor le seguía,  
seguro que á ser vendría  
mariposa de su fuego.

DON ENRIQUE

Oh, tú también la has amado!

CAPITÁN

Sí, con ciega idolatría,  
y ella me correspondía  
con amor bien desdichado.  
Á vos, al menos, señor,  
os sirvió siempre de estrella,  
mas yo he corrido tras ella  
con inaudito furor.

DON ENRIQUE

Qué dices, vil?

CAPITÁN

Abre, infierno,  
á mis pies un precipicio,  
ó admite mi sacrificio  
en tu piedad, Dios eterno!  
(*Volviéndose á don Enrique de repente.*)  
Qué me darás por tu hija?

DON ENRIQUE

De todo cuanto poseo,  
lo que cumpla á tu deseo,  
lo que tu capricho elija.

CAPITÁN

Dame á don Pedro.

DON ENRIQUE

(*Alzando las cortinas de la tienda.*)

Ahí está.

Tómale.

CAPITÁN

Muerto!

DON ENRIQUE

Á mis pies.

CAPITÁN

Como á don Pedro me des,  
mi furor te la dará.

DON ENRIQUE

Qué estás ahí, miserable,  
diciendo, que me extremece?

CAPITÁN

Te pago como mereces,  
el fallo es irrevocable;  
don Enrique, ella por él;  
él puso en mí su esperanza,  
y yo le juré venganza  
cuando salió de Montiel.

DON ENRIQUE

Quién eres, hombre infernal,  
que en mi ventura mayor  
te opones con tal furor  
á mi carrera triunfal?

CAPITÁN

Una serpiente escondida  
en mitad de tu camino;  
soy la voz de tu destino  
que te arrastró á fratricida.  
Soy, don Enrique, un villano,  
un infeliz jornalero,  
que fui noble y caballero  
con su favor soberano;  
y que, vasallo leal,  
pago á mi rey con usura,  
cavando mi sepultura  
de la suya por igual.

DON ENRIQUE

Quién puso en tu corazón  
ese pensamiento impío,  
que aterra mi poderío  
y amedrenta mi razón?  
Esto es un sueño tenaz,  
una horrible pesadilla.

CAPITÁN

No es sueño, rey de Castilla,  
es la horrible realidad.  
Un pensamiento ocurrido  
á mi intención vengadora;  
represalia tan traidora  
como su muerte lo ha sido.  
Yo á Castro ese pergamino  
arranqué con el objeto  
de tener con tu secreto  
en mis manos tu destino.

Don Enrique, ella por él;  
no tenéis otra esperanza;  
que así cumplo la venganza  
que le he jurado en Montiel.

DON ENRIQUE

Quitadle de aquí al momento;  
llevad á ese hombre, y que elija:  
ó que os entregue á mi hija,  
ó que espire en un tormento.

CAPITÁN

*(Con ironía á los caballeros franceses que  
cercan á don Enrique.)*

Sí, sí; llevadme, señores,  
que al cabo es adelantar  
por verdugos acabar,  
empezando por traidores.  
Oh! No acariciéis la espada,  
don Claquin, porque os lo llame,  
que no os lavaréis, infame,  
el borrón de esta jornada.  
Con vos hablo, don Beltrán,  
que alcanzáis en vuestra tierra  
gran renombre en paz y en guerra  
de invencible capitán.  
Vos, sí, que vuestros trofeos  
no habéis jamás empañado,  
y en tal traición habéis dado  
al pasar los Pirineos.  
Oh! Tenderíais la vista  
desde allí por la llanura,  
diciendo al ver su hermosura:  
*Esta es tierra de conquista.*  
Diríais: *De todos modos,*  
*nada aquí será mancilla,*  
*que al fin, es patria Castilla*  
*de vándalos y de godos.*  
*Aquí no lo han de tachar,*  
*porque ese pueblo insensato*  
*tomará sobre barato*  
*lo que le queramos dar.*  
*No hacen falta aquí decoro,*  
*ni lealtad, ni nobleza;*  
*cualquier traición es proeza*  
*en esta tierra de moros.*  
Mas olvidásteis, señores,  
que en el pueblo castellano

nunca faltará un villano  
para llamaros traidores.  
Ahora llevadme al tormento;  
allí el secreto que abrigo  
morirá á un tiempo conmigo.

DON ENRIQUE

Hombre fatal, un momento  
aguarda! Nada en la tierra  
hay que por precioso ó grande  
ni te compre, ni te ablande  
el corazón que le encierra?  
El oro, la libertad...

CAPITÁN

Sólo el rey don Pedro quiero.

DON ENRIQUE

Diérate el alma primero.

CAPITÁN

Pues bien; entonces, mirad.  
Véis de aquel cerro en la loma  
diez soldados?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues son  
diez hombres de mi facción.  
Véis una mujer que asoma  
entre ellos mal escondida  
y en sus brazos desmayada?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues esa desdichada  
es esa Inés tan querida.

DON ENRIQUE

Id, caballeros, volad;  
allí está... mi hija, señores;  
libradla de esos traidores,  
librádmela por piedad!

CAPITÁN

Sí, sí; volad, caballeros;  
de allí no se moverán.

*(A don Enrique.)*

Mas, qué creéis que hallarán  
al llegar los más ligeros?

DON ENRIQUE

Tu calma feroz me aterra.

Qué hallarán, hombre cruel?

CAPITÁN

Un crimen más en Montiel  
y otro cadáver en tierra.

*(Se aplica á los labios la corneta de caza, y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él don Enrique espantado; los soldados que tienen á doña Inés, la matan.)*

DON ENRIQUE

Qué haces?

CAPITÁN

Os ha estremecido  
este sonido fatal?

Temblad, sí, que á esta señal  
su cabeza habrá caído.

*(Un momento de pausa. Don Enrique se cubre el rostro con las manos. El Capitán con desesperación:)*

Reinad, don Enrique, sí;  
pero sabed con horror  
que yo asesiné á mi amor  
cuando con mi rey cumplí.  
Cuando á su sepulcro helado  
baje á pedirle un asilo,  
*Dormid*, le diré, tranquilo;  
*don Pedro*, ya estáis vengado!  
Vos, por tan fiera traición,  
su corona os ceñiréis;  
mas de espinas llevaréis  
coronado el corazón.







# Recuerdos de Valladolid

## TRADICIÓN

I

DON TELLO

Señora, por vida mía!  
que os dí siete meses más,  
y es un plazo que quizás  
concederos no debía.  
Paréceos aún poco?

DOÑA ANA

No.

DON TELLO

Pedísteis un año.

DOÑA ANA

Sí.

DON TELLO

Si año y medio os concedí,  
qué más hacer pude yo?  
Don Juan de Vargas no viene.

DOÑA ANA

Harto, por mi mal, lo sé.

DON TELLO

Pues que tanto os aguardé,  
no esperar más me conviene.  
Que fuera lance fatal  
que mi imprudencia pudiera  
dejar que don Juan volviera  
con derecho al mío igual.

DOÑA ANA

Tenéis, don Tello, razón.  
Pedí por término un año,  
pues tan fiero desengaño  
no aguardó mi corazón.  
Prometí que, si en todo él,  
el de Vargas no volvía,  
con vos me desposaría.  
Creíle menos infiel!  
Año y medio me esperó,  
don Tello, vuestra nobleza,  
y en tan hidalga grandeza  
no habré menos de ser yo.  
Á mi padre responded  
lo que os dije: Vuestra soy;  
mas si don Juan vuelve hoy...

DON TELLO

Doña Ana, el labio tened,  
ó mirad lo que decís.

DOÑA ANA

Si acabar no me dejáis...!

DON TELLO

No: que ó todo lo negáis,  
ó todo lo consentís.  
Vuestra fe daréis entera,  
como os la pide, á don Tello;  
que si Vargas vuelve, en ello  
yo sé bien lo que me hiciera.

DOÑA ANA

Qué decís, Tello?

DON TELLO

Doña Ana,  
yo os pedí para mujer:  
mirad si lo habéis de ser,  
y vuelva Vargas mañana.

DOÑA ANA

Que sí os dije; pero si hoy  
viniera Vargas, ya no.

DON TELLO

Ya en eso me veré yo,  
pues vuestro marido soy.

DOÑA ANA

Pues, don Tello, si viniera...

DON TELLO

Vive Dios que le matara,  
pues porque yo os esperara  
no era justo que os perdiera!

DOÑA ANA

Don Tello!

DON TELLO

Miradlo bien;  
que pues más no he de esperar,  
conmigo habéis de casar  
si viene, y si no también.

DOÑA ANA

Don Tello, pues ha de ser,  
no haré en ello oposición:  
ya que tenéis la razón,  
mirad lo que habéis de hacer.

—

Esto hablaban una tarde,  
ya muy cercana la noche,  
doña Ana Bustos Mendoza  
y don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan  
sus heredados blasones,  
ella envidia de las damas,  
él galán entre los hombres.

Y ella hermosa y él valiente,  
por especiales razones,  
unirlos en casamiento  
sus parientes se proponen.

Don Tello adora á doña Ana;  
mas como valiente y noble,  
ha más de un año que espera  
que su afán se le malogre;

Porque ha tanto que la niña  
tiene asentado en otro hombre  
el pensamiento amoroso,  
y ni sosiega ni come.

Es su amor don Juan de Vargas,  
que á Italia oculto fugóse,  
por no sé qué muerte oculta  
en las sombras de la noche.

Mas don Juan, desde aquel día,  
tan de veras ocultóse,  
que de su estado y persona  
cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas  
se rastrearon en la corte  
mil exquisitas pesquisas,  
mil cortesanos favores.

La justicia dióle libre;  
el mismo rey perdonóle;  
pidieron á todas partes  
cartas y noticias dobles;

Mas en todas fueron vanos  
al misterio que le esconde  
los parabienes presentes,  
las antiguas precauciones.

De todas partes los pliegos  
vuelven bajo el mismo sobre,  
porque en ninguna parece,  
ni en ninguna le conocen.

Cansado, por fin, don Tello  
de plazos y condiciones,  
y recelando que al cabo  
parezca don Juan y torne,

Resuelto y ténaz decide  
que, pues año y medio corre,  
de grado ó de valimiento  
se cumpla cuanto pactóse.

Y la verdad, que doña Ana,  
más tibia ya en sus amores,  
no con enojos escucha  
de don Tello la razones,



Ni estorba que la festeje,  
ni que vista sus colores,  
ni entre en su casa de día,  
ni que sus rejas la ronde.

Porque en esto de firmezas  
en ausencias y en amores,  
era, sin duda, lo mismo  
que en nuestros tiempos entonces.

Quedó, pues, dicho y jurado  
que, excusadas dilaciones,  
la boda se concluyera  
dentro de la misma noche.

Y en todo Valladolid,  
cuantos hay vecinos nobles,  
á dar sus enhorabuena  
á los novios se disponen.

Mas es preciso advertir  
que, mientras en los salones  
danza y festejos preparan  
juntos Mendozas y Apontes,

Las puertas del Campo Grande  
cruza á resuelto galope,  
embozado en una capa,  
sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de Octubre,  
que la atmósfera encapota  
entre las dobles cortinas  
de la niebla y de la sombra.

En ráfagas desiguales  
el cierzo á intervalos sopla,  
quebrándose en las esquinas  
con voz destemplada y bronca.

Lucen en ellas apenas,  
como sombras vaporosas,  
mas esparcidos, faroles  
que entre la niebla se ahogan.

Y á su esplendor vacilante,  
por las calles tortuosas  
apenas á ver se alcanza  
de los que pasan la forma.

Que no es tan tarde que en sueño  
la ciudad repose toda,  
ni tan pronto que aun excusen  
los rondadores su ronda.

Óyese el sordo murmullo  
de las fugitivas ondas

con que el revuelto Pisuerga  
ambas orillas azota;

Y entre su son temeroso,  
la voz compasada y ronca  
con que las huecas campanas  
al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas  
que el Campo Grande aprisionan,  
turbias luces se perciben  
por entre ventanas rotas,

Á cuya opaca lumbrera  
algún penitente ora,  
y con el llanto del monje  
las culpas del hombre borra;

Ó algún sabio solitario  
en meditación más honda,  
del vano mundo desprecia  
la mal olvidada pompa.

Cuán grato es ir sin camino,  
con el corazón á solas,  
en la deliciosa calma  
de la noche silenciosa,

Sin testigos que sorprendan  
sobre la faz melancólica  
las lágrimas que se escapan  
de los ojos gota á gota!

Noche, consuelo del triste,  
bendita tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora!

Yo también, triste poeta,  
al compás del arpa ronca,  
te rindo tributo en lágrimas,  
plegarias de mis memorias:

Y una y mil veces bendigo  
tu espesa tiniebla lóbrega,  
desciñendo las guirnaldas  
que el arpa cansada adornan.

Noche, consuelo del triste,  
bien haya tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora!

Cruzando del Campo extenso  
la soledad misteriosa,  
á lentos pasos camina  
un hombre de cuya forma

Se distingue solamente  
la pluma que en alto flota,

las espuelas en que acaba  
y la espada que le abona.

Lo demás de su figura  
lo velan, guardan y embozan  
los secretos de una capa  
en que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza  
por una calleja corva,  
de casa en casa pasando,  
señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse,  
que de palacio blasona,  
«Ésta es», dijo, y en la puerta  
la mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio  
el son de la aldaba dobla,  
corriendo dentro un cerrojo,  
un hombre al dintel asoma.

Haciendo paso al que sale,  
el que iba á entrar se reporta,  
y al mismo tiempo en su rostro  
reflejó la luz dudosa.

—Don Juan!—Don Tello!—exclamaron  
en voz descompuesta y honda  
ambos á dos personajes,  
como quien duda y se asombra.

—Á don Juan mirando estoy?

—Á quien veo es á don Tello?

—Por Dios, que no erráis en ello!

—Ni vos en mí: don Juan soy.

—Seguidme.

—Adónde?

—Á reñir.

—Vamos; mas reñir, por qué?

—Seguidme, don Juan, que á fe  
que os lo tengo de decir.—

Calló don Juan, y don Tello,  
en faz decidida y torva,  
«Por aquí», dijo, y airado  
la vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,  
seltas en tierra las capas,  
están dos hombres á punto  
de cerrarse á cuchilladas.

DON TELLO

Reñid, don Juan, ó vos mato.

DON JUAN

Grande será vuestra causa,  
don Tello; mas, vive Dios!  
que yo en saberla me holgara.

DON TELLO

Reñid, don Juan.

DON JUAN

Vos, parece  
venís á reñir con rabia;  
mas yo, que ignoro...

DON TELLO

Ó reñís,  
ú os asesino á estocadas.

DON JUAN

Tello!

DON TELLO

Reñid, voto á Cristo!

DON JUAN

Mas decid una palabra,  
una razón, un pretexto,  
y riño.

DON TELLO

Pese á mi alma!  
En Valladolid no estáis?

DON JUAN

Bien se ve.

DON TELLO

Y á quién buscábais?

DON JUAN

Á doña Ana de Mendoza.

DON TELLO

Reñid, pues, que ésa es la causa.

DON JUAN

Doña Ana! Qué...?

DON TELLO

Esposa mía...

DON JUAN

Es?

DON TELLO

Será.

DON JUAN

Cuándo?

DON TELLO

Mañana.

DON JUAN

Defendéos bien, don Tello,  
que la razón es sobrada.

—

Cruzáronse los estoques,  
adelantaron las dagas,  
y empezaron los aceros  
do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas  
en la oscuridad sonaba,  
sin que en la sombra se alcance  
cuál es más feliz de entrambas.

El aliento á resoplidos  
ambos, fatigados, lanzan;  
mortales golpes se tiran,  
mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,  
sin duda el brazo se cansa,  
porque los golpes son menos,  
la respiración más tarda.

Y sin duda que es temible  
la contienda solitaria:  
don Tello no cede un paso,  
don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo  
recto al corazón no vaya;  
no hay un quite que no pare  
la postrimera estocada.

Es el brazo que defiende  
tan fuerte como el que ataca;  
que á acertar un solo golpe  
con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro;  
ni uno cede, ni otro avanza;  
con más arrojo don Tello,  
don Juan con mejor constancia.

Y en vano son los ardidés,  
los esfuerzos y las mañas,  
los amagos engañosos,  
la embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,  
siempre un estoque una daga,  
y un esfuerzo inesperado  
una defensa pensada.

Entrambos, desfallecidos,  
pierden tierra y tierra ganan:  
mas en ganar y en perder  
siempre es igual la ventaja.

Desesperado don Tello,  
don Juan en siniestra calma,  
así igualmente se estrechan  
é igualmente se rechazan.

Y está la muerte dudosa  
en ambos aposentada,  
la mano en entrambas vidas,  
sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin don Tello  
en el volcán de su rabia,  
no mirando ya su honra,  
sino sólo su venganza;

Viendo que don Juan no cede,  
y que él tampoco adelanta,  
pensó en ganar por traidor  
lo que por audaz no gana.

Y cerrando más brioso  
con tan traidora esperanza,  
como si alguno amagase  
á don Juan por las espaldas,

Gritó: *Tente! No le mates!*  
Y al volver don Juan la cara,  
hasta la cruz escondióle  
dentro del pecho la espada.

Cayó don Juan, y don Tello,  
ganando apenas su casa,  
guárdó en la vaina su estoque,  
y su secreto en el alma.

## II

Lejos del mundo y de su pompa vana,  
harto de juveniles devaneos,

el polvo hollando que la raza humana encierra en sus placeres y deseos, renunciando su gala cortesana y de su clara estirpe los trofeos, en celda estrecha y solitaria habita un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en ardua guerra, derramando su sangre generosa por ensanchar los lindes de su tierra y engrandecer su patria poderosa. En el valle acampó, saltó la sierra tremolando la enseña victoriosa, y los vencidos le debieron leyes, conquistas su nación, oro sus reyes.

Hoy, porque al mundo su valor asombre, ó porque su valor ponga en olvido, vela en el claustro el opulento nombre con que ha valiente capitán vivido, y olvida con lo mísero de hombre cuanto de grande é inclito ha tenido, curando en santa y religiosa calma las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias buscó su Dios el alma atormentada por el revuelto golfo de las ciencias, por el desierto de la inmensa nada; así avivó su fe con sus creencias, así acalló su carne macerada; mas, en lucha tenaz consigo mismo, en sus creencias encontró un abismo.

Crejó y dudó; y en duda irreverente tornó á creer, y recayó en la duda; hundió en el polvo la humillada frente, en su cuita á su Dios pidiendo ayuda; crejó segunda vez, pero igualmente dudó segunda vez el alma ruda; oró, su pertinacia castigando; mas creyendo dudó, y crejó dudando.

Doquier su incertidumbre y su impericia el orden de las cosas reprochaba; la virtud presa, impune la malicia, doquier de sus creencias recelaba; mal segura y torcida la justicia, de la justicia celestial dudaba, y de los males del viciado suelo culpa argüía en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias arrastraba el severo capuchino

su vida entre recónditas dolencias, y dudaba tal vez de su destino. En vano con austeras penitencias pedía al cielo su favor divino: siempre acosaba al pensamiento adusto la duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones, y su estudio, y sus horas solitarias, turbaban sus incrédulas ficciones, siempre con causas ó con hechos varias: ni el turbulento mar de sus razones sosegaban su llanto y sus plegarias: que cuanto más oraba penitente, se rebelaba el corazón demente.

El pueblo, al contemplar su faz severa, que con el toseco capuchón ceñía; el paso grave, la mirada austera, la barba que á los pechos le caía, su misteriosa forma pasajera, que tan sólo en el templo aparecía, reputación de justo le otorgaba, y por justo varón le respetaba.

El sabio que en su cámara medita en un confuso libro amarillento las ideas que el sabio cenobita creó en la soledad de su convento, viendo que su honda creación gravita sobre su aventajado pensamiento, ambas razones balanceando cede, y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia y el frágil peso del consejo humano, que yerra el corazón, yerra la ciencia en el juicio más fácil y liviano: en medio de su airada penitencia, presa á su vez del pensamiento humano, bajo el sayal del hombre penitente, el incrédulo habita impunemente.

Doquiera le mantiene arrebatado honda meditación que le divierte por el gran laberinto en que, obcecado, razones busca á la insensata suerte; y el mundano doquier cura engañado de que en su arrobo el justo no despierte y la sagrada inspiración no acuda; mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara  
de una fresca primavera;  
la brisa arruga ligera  
la hierba, el agua y la flor.  
El sol asoma al Oriente  
su cabellera inflamada,  
y alza el ave en la enramada  
dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas  
que ha derramado el rocío;  
murmura allá abajo el río  
la orilla al acariciar;  
y en niebla azulada y tenue,  
que remeda al limpio cielo,  
vapores exhala el suelo  
de jazmines y azahar.

Las inquietas mariposas  
despliegan sus cien colores,  
columpiándose en las flores  
con revoltoso bullir.

Posando en todas livianas,  
sólo al lindel dejan sola  
sin sus besos la amapola,  
el tosco vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores  
en su ancho tapiz encierra  
á la luz del sol la tierra,  
respirando juventud:  
todo es calma, luz y vida  
en la dulce primavera;  
mas, ay, cuánto es pasajera  
su belleza y su quietud!

También gozó de su infancia,  
su vigor y su opulencia  
esa ciudad de existencia  
más remota y más feliz;  
mas si no alcázar de reyes,  
aun conserva la nobleza  
en que muestra su grandeza  
lo que fué Valle de Olid.

.....  
.....

Á un lado del Campo Grande,  
en un balconcillo estrecho,  
el codo en el antepecho,  
sobre la mano la sien,

un austero capuchino  
el campo está contemplando,  
la baja tierra mirando  
con religioso desdén.

Si sufre, goza ó medita;  
si bien ríe ó males llora;  
si desespera ó si ora,  
es difícil de atinar.

Los ojos fijos en tierra;  
la tez rugosa, amarilla;  
en la palma la mejilla;  
siempre en el mismo lugar,

Siempre en la misma postura,  
en el mismo arrobamiento,  
sin voz y sin movimiento,  
sin aparente razón,  
insondable el alma viva,  
tras aquella estampa muda,  
una cifra es de la duda  
de imposible comprensión.

Al pie del mismo convento,  
en paseo solitario,  
desde la iglesia al osario  
vagar un hombre se ve.  
Ambos brazos á la espalda,  
hasta la ceja el sombrero,  
larga daga, agudo acero,  
y espuela dorada al pie.

Su pensamiento no aclaran  
su talante ni su paso:  
tal vez estará al acaso  
y sin voluntad allí;  
creeráse que reconoce  
el lugar en que se mira:  
se tiene, calla, suspira,  
viene y va, y constante así.

Del cementerio á la iglesia,  
de la iglesia al cementerio,  
siempre en el mismo misterio,  
siempre en el mismo vagar:  
ni él ve al monje que á su reja  
asomado ora ó medita,  
ni se cura el cenobita  
su ocupación de acechar.

Seméjase el capuchino  
á un ilustre prisionero,  
y semeja el caballero  
el vencedor capitán;

mas el uno en su ventana,  
en imperturbable vela,  
y el otro en su centinela,  
indiferentes están.

En esto, del fin del Campo,  
que ambos á espalda tenían,  
uno tras otro venían  
dos hidalgos á la vez.

La del primero era fuga,  
la del otro seguimiento,  
y víase bien su intento  
en su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante  
y la faz desencajada;  
en la derecha la espada,  
ya cerca el perseguidor,  
ambos á par se empeñaban  
en su fuga y su denuedo:  
el de delante era miedo,  
el de atrás era furor.

—Detenerlos!—gritó el monje.  
Tornó el caballero el gesto,  
y un punto en el mismo puesto  
viéronse iguales los tres.  
Mas antes que el más cercano  
acudiera al homicida,  
el otro cayó sin vida  
bañado en sangre á sus pies.

Seguir al vivo era en vano:  
como una sombra fugóse.  
Al desplomado tornóse,  
mas era inútil también;  
y antes que reconociese  
de la herida la malicia,  
llegó á punto la justicia,  
gritándoles que se den.

Prestó atención exquisita  
desde lo alto el capuchino.  
«Éste es, éste, el asesino!»  
á la ronda oyó decir:  
requirió el preso su espada  
para dar final respuesta,  
pero otra mano más presta  
vino su intento á impedir.

—Déjese sin fuerza, hidalgo,  
y hacia la cárcel se apronte.  
Quién es?

—Don Tello de Aponte.

—Préndanle y vengan en pos!—  
Cerró el monje la ventana,  
la prisión injusta viendo,  
con voz cóncava diciendo:  
«Si no hay justicia, no hay Dios!»

### III

Tras una mesa cubierta  
con un terciopelo verde,  
en tres sillones de brazos  
están sentados tres jueces.

En más ínfimo lugar,  
y de ellos frente por frente,  
espera en silencio un hombre  
sentado en un taburete.

Serenos tiene los ojos,  
alta y tranquila la frente,  
el rostro descolorido,  
y ambos pies en un grillete.

Mas nada hay en su persona  
que á imparciales ojos muestre  
que tan orgulloso porte  
acompañe á un delincuente.

Que es noble, se ve en su nombre;  
que es criminal, en las leyes;  
que no es traidor, en su rostro;  
y en su talle que es valiente.

Mas que importa su custodia  
se ve bien en los mosquetes  
que, esparcidos por la sala,  
las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices  
se alcanzan confusamente  
las cabezas apiñadas  
de la multitud que atiende;

Y en el inquieto murmullo  
que discurre entre la gente,  
se ve que todos escuchan,  
pero que pocos se entienden.

Confusas, distantes, rotas,  
concebirse apenas pueden,  
de preguntas y respuestas,  
las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo  
responde; los escribientes  
escriben; los guardias guardan,  
y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ  
 Quién sois?  
 EL REO  
 Un hombre.  
 EL JUEZ  
 Su nombre?  
 EL REO  
 Don Tello de Aponte soy.  
 EL JUEZ  
 Levantáos.  
 DON TELLO  
 Bien estoy.  
 EL JUEZ  
 Ved que soy el juez.  
 DON TELLO  
 Yo el hombre.  
 EL JUEZ  
 Ved que es fuerza obedecer.  
 DON TELLO  
 Que me desaten decid,  
 ó en preguntar proseguid,  
 que así os he de responder.  
 EL JUEZ  
 Matásteis á un hombre...?  
 DON TELLO  
 No.  
 EL JUEZ  
 Con el muerto os sorprendieron,  
 y os acusan.  
 DON TELLO  
 Pues mintieron.  
 EL JUEZ  
 Fué la justicia.

DON TELLO  
 Mintió.  
 EL JUEZ  
 Esta espada, de quién es?  
 DON TELLO  
 Si en esta mano estuviera,  
 mejor ella lo dijera.  
 EL JUEZ  
 No os la hallaron?  
 DON TELLO  
 Sí, á los pies.  
 EL JUEZ  
 Bañada en sangre!  
 DON TELLO  
 Es así.  
 EL JUEZ  
 Y un hombre teníais muerto  
 junto á vos.  
 DON TELLO  
 También es cierto.  
 EL JUEZ  
 Luego fuísteis...  
 DON TELLO  
 Yo no fuí.  
 EL JUEZ  
 Decid, pues, quién le mató.  
 DON TELLO  
 Un hombre que le seguía.  
 EL JUEZ  
 Cúyo nombre?  
 DON TELLO  
 Él lo sabría;  
 y si no se huyera, yo.

EL JUEZ

Luego huyó?

DON TELLO

Dije que sí.

EL JUEZ

Le conociérais, á verle?

DON TELLO

Mal pudiera conocerle  
si nunca el rostro le ví.

EL JUEZ

Bien lo fingís!

DON TELLO

Bien lo cuento:  
que esto sólo aconteció.

EL JUEZ

Confesáis el crimen?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Pues ponedle en el tormento.

DON TELLO

Vedlo bien.

EL JUEZ

Lo ví.

DON TELLO

Pues voy;  
pero mirad que inocente.

EL JUEZ

Vos nombraréis delincuente.

DON TELLO

Puede ser, pues hombre soy.  
Mas si el dolor da por mí

alguna declaración,  
anulo mi confesión,  
y en cuanto diga mentí.

Sacáronle de la sala,  
y en sus sillones los jueces  
callaron, mientras susurra  
en son siniestro la plebe.

Á verse en la puerta alcanza  
que en el fondo el salón tiene,  
una alfombra de cabezas  
que bullen eternamente.

Un montón desordenado  
de ojos de hombres y mujeres,  
que giran en muchos gestos,  
ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas  
que en los tupidos dobleces  
de un velo en que acaba un manto,  
la faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta,  
cuchicheando sordamente,  
esperando alguna cosa  
de otra cosa que sucede;

Ya de parte de don Tello,  
ya de parte de los jueces,  
y ya bien como en comedia  
aguardando lo siguiente;

Dispuesta del mismo modo  
á escuchar lo que dijeren,  
á partir cuando se acabe,  
y á esperar mientras le dejen,

Forma un susurro monótono  
que por el aire se extiende,  
y un acento sin palabras  
en la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean;  
el escribano se duerme  
con la barba sobre el puño,  
y el puño entre los papeles.

Los galanes rostro á rostro  
plática entablada tienen;  
que amantes, serán amantes  
donde quiera que se encuentren.

Los muchachos la paciencia  
con aquel silencio pierden,  
y hacen los viejos á solas  
comentarios de las leyes



En favor de la justicia  
que andaba allá en sus niñeces,  
porque sin duda es muy bueno  
lo malo que se nos pierde.

Así en paciencia ó enojo  
mantuviéronse igualmente,  
en son confuso de muchos,  
jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;  
impusieron los corchetes  
silencio, y todos los ojos  
tornáronse de repente.

Retratada en el semblante  
la agonía de la muerte,  
salió el primero don Tello,  
que apenas basta á tenerse.

Alzáronse en el salón  
vagos murmullos al verle,  
que más que á satisfacciones,  
á amenazas se parecen.

Mas á una señal airada  
de los irritados jueces,  
y á la vista de vecinas  
alabardas y mosquetes,

Reinó el silencio en la sala,  
capitulando la plebe,  
que, cuanto más atrevida,  
es tanto menos valiente.

EL JUEZ

(Confesó?)

UNO

(Confeso está.)

EL JUEZ

Decid, pues, quién le mató?

DON TELLO

El asesino soy yo,  
si no estáis cansados ya.

EL JUEZ

Hablad más claro.

DON TELLO

El tormento  
dejó menos fuerza en mí;

á todo digo que sí,  
pero en cuanto digo miento.

EL JUEZ

Le matásteis?

DON TELLO

Le maté.

EL JUEZ

Por acaso ó por razón?

DON TELLO

Por intento y á traición.

EL JUEZ

La razón?

DON TELLO

Yo me la sé.

EL JUEZ

Decidla, si la tenéis.

DON TELLO

No basta que le matara?

EL JUEZ

Sí, por cierto, que bastara.

DON TELLO

Ruégoo, pues, que despachéis.

EL JUEZ

Sobre ese libro jurad  
que por traición le habéis muerto.

DON TELLO

Dadme el libro; todo es cierto;  
jurado está y despachad.

—

Entró en esto, atropellando  
por los guardias y la gente,  
sin que curiosos ni guardias  
bastasen á detenerle,

Un capuchino severo,  
de luenga barba, ancha frente,  
claros ojos, talle erguido,  
grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes  
alto respeto merece,  
porque todos en silencio  
aparentan conocerle.

Dijole el juez:—Perdonadnos,  
porque, en vela de las leyes,  
somos por nuestro destino  
hombres afuera, aquí jueces.—

Y con acento más firme,  
al capuchino volviéndose,  
en ademán imperioso  
dijole:—Padre, qué quiere?—

El religioso, sereno,  
en faz y gesto imponente,  
contestó:—Apoyo del justo:  
que la justicia no yerre.—

EL JUEZ

Si erró la justicia acaso,  
nos fuera ayudarla en gozo.  
Decid dónde.

EL MONJE

En este mozo,  
que ya con ánimo escaso,  
habló á impulsos del dolor,  
y en cuanto dijo ha mentido.

DON TELLO

Padre, tarde habéis venido,  
y que os volváis es mejor.

EL MONJE

Escuchadme.

EL JUEZ

Ya es en vano.

EL MONJE

Oidme.

EL JUEZ

Dije que no.

Como reo confesó,  
y juró como cristiano.

EL MONJE

Ved que ha de saberlo el rey,  
y que en ellò soy testigo.

EL JUEZ

Yo no soy quien le castigo,  
que escrita me dan la ley.

EL MONJE

Mirad que él no le mató,  
que desde un balcón lo ví;  
no es el reo

EL JUEZ

Será así.

EL MONJE

Condenáisle?

EL JUEZ

Confesó.

EL MONJE

Ha mentido.

EL JUEZ

No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

DON TELLO

Queréis matarme? Acabad.  
Juro que á un hombre maté.

EL JUEZ

Pues véis que otorga el delito,  
dejadle sufrir la pena.

EL MONJE

Ved que el miedo le condena!

EL JUEZ

Padre, en la ley está escrito.

—

Quedó el monje meditando  
del reo la confesión,  
inmóvil en el salón,  
de lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,  
y del estrado al bajar,  
en voz alta á preguntar  
volvióle el monje otra vez:

—Conque muere?

—Vedlo vos —

contestó el juez; y aun dudando  
fué el monje murmurando:  
«Si no hay justicia, no hay Dios!»

El sol, en trémulas hebras  
tornasolando los aires,  
tranquilo, radiante y puro  
en colores se deshace.

Doquier el pueblo se agolpa,  
doquier los balcones abren,  
en faz de ver ó esperar  
lo que pasa ó lo que pase.

Doquier bellas en las rejas,  
doquier hidalgos galanes,  
doquier desenvueltas mozas,  
clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,  
tropezar y atropellarse;  
todos van hacia la plaza,  
ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican,  
cual si una historia contasen  
que, preguntándola todos,  
todos á la par la saben.

Comprenderse apenas puede  
en razones desiguales  
la razón de lo que á todos  
tan afanosos los trae.

Óyense en palabras sueltas,  
entre otras mil, estas frases:

—Es justicia.—Son las doce.

—Quien tal hizo, que tal pague!

—Del rey aguardan indulto.

—Ya daban vuelta á la cárcel.

—Hace ocho días.—Es noble.—

—Sálvele Dios.—Pobre fraile!

Y á veces, allá á lo lejos,  
en lastimosos compases,  
otra voz reza ó pregona  
con acento suplicante.

Hierve en la plaza la gente;  
puertas cierran, rejas abren,  
y á un tiempo todos los ojos  
se vuelven hacia una calle.

Por ella en orden siniestro,  
muchos soldados delante,  
de dos en dos muchos hombres,  
á otro hombre á la plaza traen.

Atadas tiene las manos,  
descolorido el semblante,  
descubierta la cabeza  
y desaliñado el traje,

Sin valona y sin espada,  
capotillo ni acicates,  
sobre una enlutada mula,  
y acompañado de un fraile.

Van detrás algunos monjes  
de varias comunidades,  
con cirios que al sol del día,  
aunque no le alumbran, arden.

Los ministros de justicia,  
el reo y el pueblo parten,  
y el pregonero decía,  
en lúgubre son, delante:

«Esta es la final sentencia  
»que hoy debe de ejecutarse  
»en don Tello Arcos y Aponte  
»por mano de Luis Hernández,  
»Ejecutor por el rey...»

Y al trasponer una calle,  
perdióse con el bullicio  
la sentencia con la frase.

Abrióse la muchedumbre,  
y entraron con paso grave  
dentro de la plaza juntos,  
los que vienen y el que traen.

Llegados á una escalera,  
con que unos maderos hacen  
ancha subida á un cadalso,  
dijo una voz:—«Que le bajen.»

Bajó el reo, y en la escala  
el religioso sentándose,  
dijole con voz inquieta  
que de hinojos se postrase.

Así fué, y ambos quedaron  
en posición semejante,  
sin que sus tenues palabras  
alcanzara osado nadie.

Mas sobre el hombro del reo,  
algún ojo penetrante,  
á saberlo, ver pudiera  
el ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,  
más bien que reconciliarle,  
viase que era dar tiempo  
á que tiempo se ganase.

Avisóle la justicia;  
se alzó el reo, calló el padre;  
llegaron hasta el cadalso,  
y tornaron á postrarse.

Tornó á avisar la justicia  
y á la confesión el fraile,  
y más de las doce y media  
señalaba ya el cuadrante.

—Don Tello—decía el monje—  
dad tiempo á que el tiempo pase;  
que fuera mengua en el rey  
que su perdón os negare.

—Pluguiera, buen monje, al cielo  
que así tan ciego no errárais.

—Siendo testigo...

—Qué importa?

—Fuera otro crimen.

—Quién sabe!

—Yo sé que sois inocente,  
puesto que no le matásteis.

—Secretos del cielo son,  
como el cielo impenetrables.

—Imposible...!

—Padre, pronto!

—Que tanto el indulto tarde!

—Padre, es en vano!

—Oh, no hay cielo,

cuando acudiros no sabe!—

Y el capuchino azorado,  
las miradas suplicantes  
desesperado tendía,  
sin aliento, á todas partes.

Por vez postrera volvieron  
con más empeño á avisarle,  
y el reo dijo:—Es inútil!

Padre, que muera dejadme!

—No, don Tello, por mi vida!

Y volviéndose anhelante  
el monje á la multitud,  
así rompió á voces grandes:

—Está inocente...!—En tumulto  
impidió que terminase  
la turba, que, por oírle,  
gritaba á su vez:—Dejarle!

—Está inocente!—decía  
el monje, y en voz pujante  
decía el pueblo en tumulto,  
sofocándole:—Dejarle!—

Gritaba el pueblo, y el monje  
gritaba, y palabras tales  
se le oían:—Dios... testigo...  
indulto... el rey!—Todo en balde!

Unos decían:—Oidle...!—  
Otros decían:—Salvadle...!—  
Pero cuando todos hablan  
es cuando no escucha nadie.

Arrodillado don Tello,  
y el ejecutor delante,  
hizo la justicia seña,  
y el verdugo hizo su parte.

Calló el pueblo, calló el monje;  
y, al ver la cabeza en sangre  
bañada, desesperado  
se perdió en la turba el fraile.

Y allá en el fin de la plaza,  
volviendo el rostro un instante,  
«Si no hay justicia, no hay Dios!»  
dijo, y traspuso la calle.

#### IV

#### CONCLUSIÓN

Coronada de juncos y espadañas  
hay en un soto cristalina fuente,  
donde, al abrigo de sonantes cañas,  
en arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga, y de sus olas  
la abre amoroso el transparente seno,  
con silvestres espigas y amapolas  
de su margen bordando el cerco ameno.

Á su amoroso halago nunca ingrata,  
la fresca y sonora fuentecilla  
mezcla constante su raudal de plata  
con la del padre río, agua amarilla.

Y allá á lo lejos, por la angosta calle  
que la abren en dos bandas cien colinas,  
Valladolid dibújase en el valle,  
velada entre las pálidas neblinas.

Y la vieja Simancas, más ufana,  
alza á su espalda la torreada frente,  
que pintan á la par en la onda vana  
los tres ríos que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales  
su enmarañado pabellón de pinos,  
por donde abren en grietas desiguales  
sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso  
de su rauda y magnífica carrera,  
el moribundo sol hunde en ocaso  
su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiñeñor su despedida  
desde el olmo sombrío que le oculta,  
alegre adiós á la gloriosa vida  
del astro-rey que en sombra se sepulta.

Despídenle las auras y las hojas,  
y las sutiles auras que adormecen,  
y las coronas de los pinos rojas  
á su luz despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego  
en la fresca pradera y soto umbrío;  
todo aspiraba el esplendente fuego  
en derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos  
sobre el rápido arroyo campesino,  
del llanto preso resistiendo amagos,  
velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda,  
revolviéndose audaz dentro del pecho,  
hondo tormento daba al alma ruda,  
sitio en el corazón hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente  
la ensangrentada imagen de don Tello,  
á quien de un crimen defendió inocente  
y á quien la injusta ley mató por ello.

—  
Y allá en su alma, á quien vicia  
de lo humano la miseria,  
asi la ruda materia  
luchaba con su impericia.

«No hay Dios donde no hay justicia;  
porque, á ser de otra manera,  
ó Tello no pereciera  
con tan clara sinrazón,  
ú oyera el rey mi razón,  
ó el matador pareciera.

»Que Tello al cabo murió,  
ojalá no fuera cierto;  
que no es reo en lo del muerto,  
por mis ojos lo ví yo.  
Si la ley le condenó  
con ignorancia ó malicia,  
manifiesta la injusticia  
en entrambos casos fué:  
que si Dios existe, á fe  
no está Dios do no hay justicia.

»Porque hacer el bien y el mal,  
y negar al mal el bien,  
arguyera error también  
en la justicia eternal.  
Que amparar al criminal  
é ir del inocente en pos  
contra el justo, de los dos,  
fuera en Dios ley bien tirana;  
luego en consecuencia llana,  
do no hay justicia, no hay Dios.

»Y puesto que si es, no es justo  
siendo así Dios no cabal,  
en obrar el bien ó el mal  
cuerdo es no forzar el gusto.  
Pues no es Dios un Dios injusto,  
no quiero, por mi impericia,  
tener un Dios de injusticia,  
de sus hechuras ajeno:  
que en este mundo terreno  
no está Dios, pues no hay justicia.

»Y si niegas, Dios, aquí  
tu justicia, aquí no estás;  
y, donde no estés, de hoy más  
quiero vivir para mí:  
que si hijo tuyo nací,  
es bueno y justo á los dos  
que el hijo te vaya en pos  
y que tú acudas al hijo,

ó mintió quien tal nos dijo,  
pues sin justicia no hay Dios.»

—  
Así pensaba el monje, vacilando,  
sin razón ni creencia que le acuda,  
cuanto más convencido, más dudando  
por entre el laberinto de la duda;

Y triste y macilento, y sin destino,  
sin fe en el mismo Dios, que á par confiesa,  
sentóse á las orillas del camino,  
como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil, busca en la tierra  
lo que la tierra misma no merece,  
y el ciego pensamiento se le cierra,  
y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,  
de negras dudas entre turbias nieblas,  
nave presa de ciegos elementos,  
hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así, al dulce rumor del agua mansa,  
son de las hojas, trino de las aves,  
su fatigado corazón descansa  
á los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez, abriendo los cansados ojos,  
la moribunda luz goza un momento,  
y la imagen de Tello le da enojos,  
y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez, aun en duda congajosa,  
razones sueña y vanidad delira,  
la claridad fingiendo misteriosa  
de lo que le huye más, cuanto más mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento  
que el pecho en sueño atosigado lanza,  
revuelto mar que el torvo movimiento  
del gran volcán del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,  
ganó el espacio la callada sombra,  
la flor cerró su perfumado broche,  
veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos, tras el negro monte,  
á tardos pasos asomó la luna,  
tibia alumbrando el lóbrego horizonte,  
rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el río,  
murmuraba la fuente que corría,  
y de ella al pie, con ademán sombrío,  
el capuchino su pesar dormía.

—  
Iba la parlera fuente  
resbalando entre la hierba,  
en son acorde lamiendo  
la parda y menuda arena.

Y á la fugitiva lumbre  
que en sus ondas reverbera,  
la luna en su espejo errante  
la pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata  
el ronco y turbio Pisuerga,  
bañando en corvos cristales  
entrambas á dos riberas.

Y al compasado murmullo  
de aguas, hojas, aura y presas,  
en insomnio inquieto el monje  
tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados,  
como quien duerme y le pesa,  
la luz se pinta en sus ojos  
entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura  
y el aura que bulle apenas,  
y en vago adormecimiento  
oye, ve, respira y piensa.

Á través del agua mansa  
que el límpido arroyo lleva,  
algún objeto confuso  
la luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso  
otra vez los ojos cierra,  
y anda el torpe pensamiento  
en lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,  
y allá en el agua serena,  
entre las sombras del sueño,  
un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar, acosado  
entre sí duerme ó si vela,  
contemplando aquel semblante,  
de igual color que la tierra.

Fantasma, ilusión ó ensueño  
que minucioso semeja  
al muerto don Tello Aponte  
que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar, mal despierto  
y mal dormido en su vela,  
al ver detenida el agua  
y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,  
al nivel de las arenas,  
todo el cadáver de un hombre,  
asido con su cabeza.

Alzóse despavorido  
el monje; mas teme y tiembla,  
cuando el cuerpo de don Tello  
le dice así en voz severa:

—Conocéisme, padre?

—Sí.

—Á que me siente ayudad.  
Bajo mi cuerpo mirad  
lo que hay debajo de mí.—

Miró el monje, y con asombro  
halló la faz macilenta  
de otro á quien Tello cubría  
pie á pie y cabeza á cabeza.

Temblaba el monje aterrado,  
de rodillas en la hierba,  
y don Tello, en voz solemne,  
dijole de esta manera:

«En duelo injusto los dos,  
á traición le asesiné;  
no preguntéis el por qué  
de la justicia de Dios.»









## Á BLANCA

---

Despierta, Blanca mía,  
que ya brillante y clara  
á largo andar se viene  
riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres  
los ruiseñores cantan  
sus amorosas letras  
saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,  
y al bosque ameno baja,  
á dar al campo enojos  
y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo;  
que quien aquí te aguarda  
no ha de cansarte, hermosa,  
contándote batallas.

No de su noble stirpe  
los títulos y hazañas  
te contará altanero,  
ni necias antiguallas.

Ni te dirá, en prolijas  
razones estudiadas,  
costumbres y opulencias  
de tierras más lejanas.

Ni en versos lastimeros,  
al ronco son del arpa,  
lamentará fanático  
desastres de su patria.

No; lejos de nosotros  
creencias tan livianas,  
estúpidos ensueños,  
que son al cabo nada.

Despierta, y ven al bosque,  
donde te espero, Blanca,  
por verte más hermosa  
que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos  
con que la hierba blanda  
convida, al son acorde  
de fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas  
sobre la frente vagan,  
y las pintadas flores  
revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos  
y murmuran las ramas  
al compasado impulso  
de las sonantes auras.

El sol tñe las cimas  
de las rocas lejanas,  
cubiertas de rocío  
sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,  
seguridad y calma.  
Oh, ven, paloma mía!  
Á la floresta baja.

Oh, cuán hermosa viene!  
Qué bella estás, mi Blanca!  
Cantad, parleras aves,  
cantad y saludadla!

Te tengo entre mis brazos.  
Qué espero? Qué me falta?  
La dicha de mirarte  
me enajena y embriaga.

Y... lejos de nosotros  
los mundanos fantasmas,  
la gloria y el renombre,  
la grandeza y la patria!

Locuras, Blanca mía,  
ridículas palabras!  
La gloria y la grandeza  
son ilusiones vanas.

Te ríes, vida mía?  
Recuerdas aún las lágrimas  
que un día por la gloria  
vertí sin esperanza?

Oh, Blanca! Era otro tiempo.  
Ya más segura el alma,  
no soy más que un poeta  
que ocio y placeres canta.

Aún ríes? Cómo brillan  
tus pupilas...! Me abrasa  
no sé qué fuego en ellas...  
Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,  
todo en la tierra pasa:  
dame un beso, y, si quieres,  
rompe mi lira, Blanca.





## CANCIÓN

---

Triste canta el prisionero  
encerrado en su prisión,  
y á sus lamentos responde  
su cadena en triste son.

Ábrele, oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis días  
mi esperanza carcomiendo,  
el valor va sucumbiendo,  
váse helando el corazón.  
Cuanto espero desespero;  
que en destierro tan tirano,  
sólo escucha el viento vano  
mi cantar y mi aflicción.

Ábreme, oh viento! camino á la voz.

Si á tu oído, vida mía,  
mi canción llegar pudiera,  
yo sé bien que no muriera  
al rigor de mi prisión.

Mas tú gozas descuidada,  
de mis cuitas bien ajena,  
mientras, ronca mi cadena,  
me acompaña en triste son.

Ábreme, oh viento! camino á la voz.

Cuántas veces, despertando  
por el cristal del deseo,  
me imagino que te veo  
en amorosa ilusión!

Yo te llamo y te acaricio,  
los brazos audaz te tiendo;  
mas tú me huyes, y yo entiendo,  
ay de mí! que sueños son.

Ábreme, oh viento! camino á la voz.

Ríe y canta y goza y vive,  
mientras sueño y canto y lloro  
los hechizos que en tí adoro,  
vida y sol del corazón.

Aquí en tanto, hermosa mía,  
norte y faro de mis ojos,  
al rigor de tus enojos  
y al dolor de su pasión,

Triste canta el prisionero  
encerrado en su prisión,  
y á sus lamentos responde  
su cadena en ronco son.

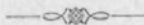
Ábrele, viento, camino á la voz!





# GANAR PERDIENDO

COMEDIA EN TRES JORNADAS



COMPTON ELECTRONIC CORPORATION

COMMERCIAL DIVISION

## PERSONAJES

---

Don Juan.  
Don Pedro.  
Doña Ana.  
Doña Clara.  
Luisa.  
Inés.  
Oñate.

El Gobernador, *viejo*.  
La Justicia.  
Maese Juan, *jugador*.  
Hidalgos, *jugadores*.  
Soldados, *íd.*  
Paisanos, *íd.*

---

*La escena pasa en Toledo el año 1695*

---

---







# GANAR PERDIENDO

---

## JORNADA PRIMERA

---

Decoración de calle, y es de noche

### ESCENA PRIMERA

DOÑA ANA y LUISA

DOÑA ANA

Luisa, aquí te he de esperar;  
entra tú mientras en casa,  
y el aderezo de perlas  
dentro de su estuche saca.

LUISA

Qué, no quiso?

DOÑA ANA

Todo entero  
lo quiere; suerte tirana!

LUISA

Judío!

DOÑA ANA

Haz lo que te digo.

LUISA

Mas ved, señora...

DOÑA ANA

Ve, y calla.

*(Entra Luisa.)*

Hasta cuándo, suerte injusta,  
habrás de tener esclava  
del deshonor de un hermano  
toda la honra de su hermana?  
Ya ni haciendas, ni riquezas,  
ni joyas quedan en casa;  
todo en avarientas manos  
se pierde sin esperanza. *(Llora.)*

LUISA

*(Saliendo.)* Aquí está.

DOÑA ANA

Pues vamos presto.

LUISA

Mas al fuego de esas lágrimas,  
las mías sobre los ojos  
me los nublan y abrasan.  
Esto más, señora mía?

DOÑA ANA

Ay, Luisa! Déjame y calla,  
 que ya que no me consuelan,  
 mi mal aduermen mis lágrimas.  
 Dónde encontraste mujer  
 tan como yo desdichada?  
 Un hermano libertino  
 tengo por mi mal en casa,  
 que juega nuestras haciendas  
 en vez de beneficiarlas;  
 y entre usureros tahures  
 deja salud, oro y fama,  
 y yo por honor de entrambos  
 lloro y abono sus faltas.  
 Déjame, Luisa, que lllore.

LUISA

Con llorar, qué se adelanta?  
 Más vale hacer que don Pedro  
 de un error tan ciego salga.

DOÑA ANA

Ay, Luisa, qué mal entiendes  
 lo que son nuestras desgracias!  
 Con cuanto acertar debemos,  
 mas los errores se agravan,  
 y á cada paso que huímos,  
 más nuestra desdicha avanza.

LUISA

Y qué, señora...?

DOÑA ANA

Conoces,  
 Luisa, tal vez á esa dama  
 que frente á nuestro aposento  
 tiene del suyo ventanas?

LUISA

Doña Clara de Mendoza?

DOÑA ANA

La misma; esa doña Clara,  
 que cada vez que la miro  
 toda se estremece el alma.  
 Déjame, Luisa, que lllore.

LUISA

No os entiendo; doña Clara  
 en su casa, qué ver tiene  
 con lo que en la nuestra pasa?

DOÑA ANA

Sábelo ya de una vez,  
 que así á lo menos, entrambas  
 llorando la misma pena  
 la haremos menos amarga.  
 Tiene un gentil caballero  
 por hermano doña Clara,  
 cuanto hidalgo generoso,  
 que si no miente, me ama.  
 Esta tarde llegó oculto  
 á Toledo, y una carta  
 que dél recibí esta tarde,  
 con sus razones me mata.

LUISA

Decidlo todo, señora,  
 que en un hilo tengo el alma.

DOÑA ANA

Dice que á casarse viene.

LUISA

Y dice con quién se casa?

DOÑA ANA

Pues si no fuera conmigo,  
 así decírmelo osara?

LUISA

Y eso es, señora, por Dios,  
 de vuestro llanto la causa?

DOÑA ANA

Pues siendo noble, cuál otra  
 más lágrimas me arrancara?

LUISA

Linda respuesta por cierto.  
 Rico, valiente, que os ama,  
 que os libra de vuestro hermano,  
 y que al fin con vos se casa.

Pues digo, si yo no sueño,  
que el forastero no es nada!

DOÑA ANA

Sígueme, Luisa, y la lengua  
para mis ofensas ata;  
que siendo quien soy, no puedo  
escucharte tus palabras;  
que si él es tan firme alante  
que de desposarme trata,  
por su mismo amor no quiero  
que al fin me juzgue tan falsa  
que pensé con esta boda  
en desempeñar mi casa.

LUISA

Perdonad... mas gente llega.

DOÑA ANA

Baja el manto, que tapadas...  
Mas, cielos! él es.

LUISA

Quién?

DOÑA ANA

Vamos,  
que en hablarle no me holgara.  
Antes de que nos conozca  
entremos.

LUISA

Mientras que pasa.

DOÑA ANA

Sí; que si mi hermano vuelve...

LUISA

Pedirá para las ánimas.

## ESCENA II

DON JUAN, *luego* LUISA *y después*

DOÑA ANA

DON JUAN

Doña Ana tiene un hermano;  
Y puesto que yo no sé

si doña Ana guarda fe,  
ó si ha llegado á su mano  
la carta que la escribí,  
mi prudencia me aconseja  
que consulte con su reja  
si se ha olvidado de mí.  
Si es que ingrata me olvidó,  
disimular es aviso,  
porque á la fin es preciso  
que en ello quede bien yo.  
Si me es constante doña Ana,  
mañana me he de casar;  
mas si me pudo olvidar,  
á Milán vuelvo mañana.  
(*Llama á la reja.*)

LUISA

Quién es?

DON JUAN

Un hombre.

LUISA

En mal hora  
habéis llegado; id con Dios.

DON JUAN

Excusad palabras vos;  
llamad á vuestra señora.

LUISA

Desenfado trae el hombre;  
no está en casa.

DON JUAN

Vedlo bien.

LUISA

Lo ví; mas decidme quién  
sois.

DON JUAN

Yo no tengo nombre.

LUISA

Buenas noches. (*Hace que cierra.*)

DON JUAN

Abreviad,

y dad aviso á doña Ana  
que la aguardo en la ventana.

LUISA

Mas, quién diré?

DON JUAN

Despachad.

DOÑA ANA, *en la ventana*

Quién es?

DON JUAN

Doña Ana!

DOÑA ANA

Don Juan!

DON JUAN

Sí, amor mío; don Juan es,  
que vuelve al cabo á tus pies  
más rendido y más galán.  
Y tú eres aún...?

DOÑA ANA

Tu doña Ana,  
que te idolatra y espera,  
con tu amor más altanera,  
con tu vuelta más ufana.

DON JUAN

Diéronte mi carta?

DOÑA ANA

Sí.

DON JUAN

Tal vez te dí en ella enojos.

DOÑA ANA

Con lágrimas en los ojos  
veinte veces la leí.

DON JUAN

Mi bien, lágrimas por eso?  
Mas las últimas serán.

DOÑA ANA

De mi fortuna, don Juan,  
afirmarlo fuera exceso.

DON JUAN

La fortuna!

DOÑA ANA

Bien lo sé,  
que nunca se ha de cansar  
contra mí.

DON JUAN

Y por qué dudar?

DOÑA ANA

No me preguntéis por qué.

DON JUAN

Mas ved que es inadvertencia  
que en vos me arguye malicia,  
hacer tamaña injusticia  
á mi amor en mi presencia.  
Dudar de vuestra fortuna  
cuando os vengo á desposar,  
es de mí propio dudar  
en ocasión importuna;  
que si vos me amáis á mí  
como yo os adoro á vos,  
uno del otro los dos  
somos la fortuna aquí.

DOÑA ANA

Nunca, don Juan, pensé yo  
en ello de otra manera.  
Dudé de mi suerte fiera,  
de vuestra firmeza no.  
Porque, don Juan, yo os amé  
desde el momento en que os vi,  
y de entonces para mí  
todo el mundo sueño fué.  
Imaginar que os faltara  
error y vergüenza fuera,  
porque, aunque yo lo quisiera,  
á olvidaros no acertara.  
Pero es cierto que...

DON JUAN

Acabad.

DOÑA ANA

Que nació en infausta estrella,  
pues mal se apareja ella  
con nuestra felicidad.

DON JUAN

Volvéisme el juicio, doña Ana,  
y... explicáos, porque aquí  
yo tan sólo sé de mí  
que os quiero esposa mañana.  
Lloráis, vive Dios?

DOÑA ANA

Sí lloro.

DON JUAN

Pues no os tomo por mujer?

DOÑA ANA

Callad, que no puede ser,  
por lo mismo que os adoro.

DON JUAN

Que no puede ser decís?  
Voto á Dios y á San Millán!  
Pues no vengo de Milán  
porque vos me lo pedís?  
No dejo, por vos, allá  
honor y engrandecimiento,  
mostrando que el pensamiento  
en nada, sin vos, está?  
No soy soldado y me alejo  
sólo por vos de la guerra?  
Cuanta fama y gloria encierra  
la guerra, por vos no dejo?  
Qué más por vos pude hacer,  
ni vos de mí qué esperar,  
ni qué más tengo que dar,  
ó habéis vos que apetecer?  
Llego á Toledo esta tarde,  
y aunque, por quien soy, pudiera  
entrar en faz altanera  
de mí mismo haciendo alarde,  
prudente os busco, doña Ana,

azares por evitaros,  
y vengo de noche á hablaros  
á través de una ventana.  
Y al recibirme, contenta,  
decís que no puede ser,  
lo que es mandarme volver,  
doña Ana, según mi cuenta.

DOÑA ANA

No, don Juan, que os engañáis;  
pues no os mandé yo venir?

DON JUAN

Mas volvéisme á despedir  
sí al recibirme lloráis.

DOÑA ANA

Yo despediros, don Juan,  
cuando en mal tan exquisito  
más que nunca os necesito  
por remedio de mi afán?  
Yo, don Juan, que instante á instante  
las tardas horas conté,  
y vuestra vuelta esperé  
enamorada y constante?  
Dejadme al menos llorar,  
ya que dudásteis de mí.

DON JUAN

Pues si ya me véis aquí,  
hay razón para tardar?  
Ya que me dáis, amorosa,  
con vuestra fe el corazón,  
mañana mismo es razón  
que paséis á ser mi esposa.

DOÑA ANA

Tan pronto no podrá ser.

DON JUAN

No basto yo...?

DOÑA ANA

No, don Juan.

DON JUAN

Todas, doña Ana, serán  
inconstancias de mujer.

Decid que no me amáis ya,  
y acabamos de una vez.

DOÑA ANA

Al fuego de mi altivez  
no toquéis, porque arderá.  
Don Juan, os amo, os adoro  
más que nunca.

DON JUAN

Pese á mí!  
Pues entonces, quién aquí  
va por medio?

DOÑA ANA

Mi decoro.

DON JUAN

Vuestro decoro! En mí acaso,  
en cuanto soy, tengo y valgo,  
qué véis que no sea hidalgo,  
de prez ó valor escaso?  
Ó en vos si no, qué sentís  
que os desdore ó sea en mengua?

DOÑA ANA

Don Juan, reportad la lengua,  
que hasta en pensarlo mentís.  
En mi honor no hay mengua tal,  
ni en mi amor flaqueza alguna;  
pero fuéme la fortuna  
desque nací bien fatal.

DON JUAN

Siempre os conocí tan bella,  
noble, rica, en conclusión.

DOÑA ANA

Ya os dije que no es razón  
la injusticia de mi estrella.  
Mas, don Juan, tengo un hermano...

DON JUAN

Por qué calláis?

DOÑA ANA

No lo sé.  
De ello me avergüenzo á fe.

DON JUAN

Os prometió?

DOÑA ANA

Fuera en vano.

DON JUAN

Acaso resiste audaz  
nuestro amor?

DOÑA ANA

Inútil fuera.

DON JUAN

Qué es, pues?

DOÑA ANA

En vano quisiera  
decirlo el labio tenaz.

DON JUAN

Doña Ana, os burláis de mí?  
Sois bella, libre; me amáis,  
y todo, al fin, lo estorbáis,  
y á todo decís que sí.

DOÑA ANA

Declararlo más no puedo,  
que en mí sola no depende.

DON JUAN

Si hay alguno que me ofende...

DOÑA ANA

No le halláreis en Toledo.  
Todo mi amor tenéis vos.

DON JUAN

En qué, pues, tardanza cabe?  
Vuestro hermano...

DOÑA ANA

Nada sabe.

DON JUAN

No os entiendo, vive Dios!  
Nada sabe vuestro hermano,

yo os amo y me amáis á mí,  
decisme á todo que sí,  
y que os oponéis es llano.  
Acabad.

DOÑA ANA

Es mi secreto.

DON JUAN

Lo guardáis?

DOÑA ANA

Como quien soy.

DON JUAN

Pronto á ayudaros estoy.

DOÑA ANA

No fuera en verdad discreto.

DON JUAN

En quién más podréis fiar?

DOÑA ANA

En nadie, don Juan, á fe.

DON JUAN

Fiádmelo pues.

DOÑA ANA

No haré,  
que á otro en mí fuera faltar.

DON JUAN

Á otro en vos? Y sin mí, á quién?

DOÑA ANA

Otro lo sabe y los cielos.

DON JUAN

(Por Cristo que tengo celos  
y no los devoro bien.)  
Luego en otro fiáis más?

DOÑA ANA

No, por Dios!

DON JUAN

Mal se concilia.

DOÑA ANA

Negocios son de familia.

DON JUAN

Mentís, doña Ana, quizás?

DOÑA ANA

Don Juan!

DON JUAN

Dejadme que acabe,  
pues que no tenéis es llano  
más familia que un hermano,  
y este hermano nada sabe.  
Negocios, en conclusión,  
de familia no tenéis,  
conque es claro que queréis  
sostener la dilación.

DOÑA ANA

Pensadlo, don Juan, mejor,  
que mi hermano puede ser  
quien alcance á entorpecer,  
pese á entrambos, nuestro amor.

DON JUAN

Loco estoy? Falsa sirena,  
ya sé que con tal pretexto  
queréis poner tiempo en esto;  
mas si es así, norabuena!  
Toledo no me ha de ver,  
que de él me parto mañana.

DOÑA ANA

Don Juan, ved, mirad...

DON JUAN

Doña Ana,

ved vos de esto qué ha de ser.  
Á haceros mi esposa vengo,  
y en el punto en que os lo digó,  
secretos tenéis conmigo;  
y ó yo de saberlos tengo,  
ó para siempre me voy,  
porque mi propia mujer  
conmigo no ha de tener  
secretos, por quien yo soy.

DOÑA ANA

Ved que no lo soy aún.

DON JUAN

Pero lo fuérais mañana,  
si fuera, ingrata doña Ana,  
nuestra constancia común.  
Oh! Bien hacéis en llorar,  
que eso bien sabéis hacer.  
Armas son de la mujer,  
que huyendo se han de humillar.  
(*Hace que se va, y vuelve.*)

DOÑA ANA

Pues bien; sabedlo, y tened  
de mí duelo á tal oír,  
porque si os lo he de decir,  
me habláis por última vez.  
Que os hago tal confesión  
sólo por satisfaceros,  
mas en ello agradeceros  
no quiere mi corazón.  
Mi hermano don Juan...

LUISA

(*Dentro.*) Señora,  
abreviad.

DOÑA ANA

Qué?

LUISA

Vuestro hermano  
vuelve la calle.

DOÑA ANA

Es en vano  
tener, don Juan, más demora.

DON JUAN

Aguardad.

DOÑA ANA

No, por mi vida.

LUISA

Ved que llega.

DOÑA ANA

Adiós, don Juan.

DON JUAN

Sacaréisme de este afán?

DOÑA ANA

En ocasión más cumplida.  
(*Cierran y váanse.*)

## ESCENA III

DON JUAN

Hay, por Dios, tal confusión  
ni tan extraña mujer!  
Hablando la he de perder,  
pues me da satisfacción.  
Y si por su confesión  
bien su inocencia declara...  
valiera más que callara  
si habla por la vez postrera!  
Conque en la misma manera  
que la pierda es cosa clara.  
No se opone á nuestro amor  
su hermano, pues nada sabe;  
en ella ni en mí no cabe  
mengua en lustre ni en honor.  
Otro rival, mi valor  
en su amor no ha de admitir;  
mas cuando vengo á pedir  
de su amor la última prueba,  
alza, mantiene y renueva  
cuanto lo puede impedir.  
Que me ama, verdad será  
cuando tan tenaz lo jura;  
que cuan rica en hermosura  
es tan libre, claro está;  
pruebas de amor no me da  
cuando me huye, bien se ve;  
dóila mi mano y mi fe,  
dice que muere por mí...  
pero me aparta de sí  
ocultándome el por qué.  
Y por Dios que, ó yo deliro,  
ó todo es una invención,



que en tan oscura razón  
excusas tan sólo miro.  
Y cuando á sondarla aspiro  
me confundo en ella más;  
satisfarame quizás,  
mas obvia el inconveniente,  
y en nuestro amor no consiente  
su intención volviendo atrás.

#### ESCENA IV

DON JUAN y OÑATE

OÑATE

Qué os hacéis ya tan de noche  
así en la calle, señor?

DON JUAN

Qué te importa, necio?

OÑATE

Acaso

fiel además no soy yo?  
Aún no hace sino unas horas  
que me confiásteis vos  
de esta venida á Toledo  
vuestra secreta razón.  
Venís contento á casaros,  
vuestra dama á eso os llamó,  
y á vuelta de solo un día  
en ese guardacantón  
os encuentro cabizbajo  
centinela de un farol.  
Permitidme que os repita  
que eso me extraña, por Dios.  
Mas ya que os soy importuno  
en vuestra meditación,  
seguid, que pues sois mi amo,  
yo os obedezco y me voy.

DON JUAN

No, Oñate, que más que tu amo  
he sido tu amigo yo,  
y juntos hemos lidiado  
siendo soldados los dos.  
Y pues no ignoras el hecho,  
debes saber la razón,

aunque no tienen razones  
las sinrazones de amor.

OÑATE

Decid pues: tal vez doña Ana  
con la ausencia se mudó?

DON JUAN

Dice que ciega me adora.

OÑATE

Mas excusa la ocasión?

DON JUAN

Sí, por cierto; y á fe, Oñate,  
que aquí sin mi acuerdo estoy  
dudando de sus palabras,  
y temiendo su razón.

OÑATE

Mas su hermano...

DON JUAN

Nada sabe  
don Pedro.

OÑATE

Si otro amador  
os contrasta...

DON JUAN

Su alma entera  
jura que la tengo yo.

OÑATE

Mas si una vez el descuido,  
la sorpresa, la ocasión...

DON JUAN

Oñate, detén la lengua  
si no has de dar á la voz  
palabras menos villanas.

OÑATE

Es suponerlo, señor.

DON JUAN

Tal suponer es osado,  
y calumniar no es razón.

OÑATE

Y, por fin, si dáis permiso  
que os lo diga...

DON JUAN

Voto al sol!

Y estabas con esa calma,  
gozando en mi confusión?

OÑATE

Como os vía...

DON JUAN

Acaba!

OÑATE

Acabo.

DON JUAN

Dí presto.

OÑATE

Pues á eso voy.

Luisa es una moza fresca,  
cari-redonda, encarnada,  
que puede bien ser tomada  
por de familia tudesca.  
Dió en el vicio de servir  
bajo auspicios de doncella,  
y si no lo dijera ella,  
quién lo había de decir?

DON JUAN

Oñate, y en ese cuento,  
qué tengo que entender yo?

OÑATE

Que ella es quien me lo contó  
de su boca: estadme atento.  
Luisa, que sirve á doña Ana,  
toda su confianza goza,  
y así es que sabe la moza  
la historia de la sultana.  
Don Pedro, su lindo hermano,  
jugador de profesión,  
que tiene noble el blasón  
pero el corazón villano,

juega siempre hasta perder,  
bebe siempre hasta ganar,  
y el daño para olvidar,  
juega y bebe hasta caer.  
Con mañas tan disolutas  
y tan torpes compañías,  
las noches pasa y los días  
en apuestas y en disputas;  
y queriendo tal vez mal  
á sus deudos y herederos,  
regala á los usureros  
los frutos de su caudal.  
Lo suyo no le bastó,  
pues que pierde cuanto gana;  
pidió prestado á su hermana,  
y lo de entrambos perdió.  
Después que ya no halló qué,  
en vez de sumiso hermano,  
para su hermana un tirano,  
don Pedro en su casa fué.  
Algo pudo escatimar  
doña Ana á la suerte cruel;  
mas ella llora, y juega él,  
y á pedir él, ella á dar.  
En este estado, señor,  
claro es que doña Ana atienda  
á que, pues no tiene hacienda,  
os sea inútil su amor.

DON JUAN

Inútil! Por Dios que no;  
que si has dicho la verdad,  
con más brío y ceguedad  
la quiero por ello yo.

OÑATE

Ved si es cierto cuanto digo,  
y si hay más segura seña,  
que quien sus prendas empeña  
es mi paisano y mi amigo.

DON JUAN

(*Aparte.*) (Efímera es la razón,  
mas concibo cómo humilla  
á quien tiene, sin mancilla,  
nobleza en el corazón.  
Mujer noble y singular,  
mal, por Dios, te conocí;

mas tal he de ser por tí  
que me baste á disculpar.)  
Oñate?

OÑATE

Señor.

DON JUAN

Dos cosas  
secretamente has de hacer.

OÑATE

Señalad las que han de ser,  
por osadas ó penosas.

DON JUAN

Á doña Ana llegarás  
con cualquier pretexto ó modo,  
y en faz de usurero, todo  
cuanto pida la darás.

OÑATE

Mas, si á conocerme llega,  
no véis que en vos mal arguya?

DON JUAN

El secreto es cosa tuya;  
nada á la industria se niega.  
Al mayordomo he de ver  
ahora mismo, y que te apronte  
la cantidad á que monte  
cuanto pueda recoger.  
Tú, como un desconocido,  
y en tu comercio mejor,  
dála cantidad mayor  
de la que te haya pedido.  
Y á ese tu amigo, discreto  
las usuras pagarás,  
las haciendas librarás,  
y que nos guarde secreto.  
Comprendiste?

OÑATE

Comprendí.

DON JUAN

Para tamañas finezas  
echa mano á mis riquezas,  
aunque me arruines á mí.

## ESCENA V

OÑATE

Héme aquí ya en un punto  
de camarero y mayordomo junto.  
Á cuántos desatinos nos obliga  
la locura de amor! Viven los cielos  
que en favores, don Juan, bien extremados  
hoy cambia sus recelos.  
Y á partirse dispuesto  
el amor de doña Ana por pretexto,  
satisface el orgullo de su casa  
y el fuego del amor en que se abrasa.  
Mas, pues soy su criado,  
fuerza es obedecerle de contado.  
Á doña Ana he de hablar; valga el ingenio;  
mas ella salè... Haré el enconradizo,  
y vístase el amor traje postizo.

## ESCENA VI

DOÑA ANA y LUISA *saliendo de su casa,*  
*como en la escena primera, y OÑATE*

DOÑA ANA

Mira bien si se fué ya,  
y del empeño salgamos.

LUISA

Seguras, señora, vamos,  
que por la esquina se va.

DOÑA ANA

Mujer más infortunada  
viste, Luisa?

LUISA

Á fe que no.

DOÑA ANA

La suerte conmigo dió  
más que con otra enconada;  
tras un año de esperar  
la posesión de su amor,

por vergüenza del honor  
tenerla que desechar!

LUISA

Dejad para otra ocasión,  
señora, por Dios, el llanto.

DOÑA ANA

Cúbrete bien con el manto  
y echa la llave al portón.

OÑATE

Ellas son; llego. Señoras,  
perdonad, y guardaos Dios.

DOÑA ANA

Así con él vayáis vos,  
que nos importan las horas.

OÑATE

Á abreviáros las venía,  
que me acaban de informar  
que quisiérais empeñar  
prendas de alguna valía.

LUISA

Vaya con Dios el menguado,  
que quien tal dijo mintió.

OÑATE

Amigo vuestro soy yo,  
y vengo bien informado,  
y por causas que yo sé,  
para acudiros, señora,  
por eso (*Señalando al aderezo que trae-  
rá Luisa oculto.*)

dentro de un hora  
triple cantidad daré.  
Y contad siempre conmigo,  
que es vuestro cuanto poseo,  
y os juro que ser deseo,  
más que traficante, amigo.  
Silencio, Luisa. (*Aparte á Luisa.*)

LUISA (*Aparte á doña Ana.*)

Dejadle  
hacer, señora.

DOÑA ANA (*Á Oñate.*)

Confío  
que no haréis en daño mío.

OÑATE

Temor de mí? Desechadle...

DOÑA ANA

En mi casa, pues, entrad,  
y el contrato cerraremos.

OÑATE

No es menester, que tenemos  
buena fama en la ciudad.  
Si os agrada, aquí inmediato  
el dinero os contaré.

LUISA (*Aparte á Oñate.*)

Mas...

OÑATE (*Aparte á Luisa.*)

Después te lo diré.

DOÑA ANA

Mas firmaréis el contrato.

OÑATE

Haré cuanto vos mandéis,  
que á vuestro servicio estoy.

LUISA (*Aparte á doña Ana.*)

Señora, fiada voy  
en que cuanto quiera haréis.

## ESCENA VII

DON PEDRO, *casi á punto de embriaguez*

Como hay Dios que he de arrojar  
la casa por un balcón.  
Los mismos demonios son  
los que allí van á jugar;  
para alcanzar yo á ganar  
tres cornados, en conciencia,  
tengo que echar la paciencia,  
el ánimo á entretener,

con el calor del beber  
ó el ruido de una pendencia.  
Ilusiones me parecen!  
Luz de los dados será.  
Naipes, dados... Voto va  
que los dados me entorpecen.  
Cómo las sombras me crecen!  
Todo el cuerpo me flaquea;  
y no atino lo que sea,  
que es mi cabeza un castillo. *(Riéndose.)*  
Ah! Aire tengo en el bolsillo,  
y el aire me bambolea.  
*(Vase hacia la ventana de doña Clara.)*  
Demos al amor un poco...  
tiempo, que no hay más que dar:  
naipes y dados al par  
continuo me hacen el coco.  
Jugador, amante y loco,  
son hilos de igual madeja.  
Si no miento, esta es la reja  
del aposento de Clara. *(Llama.)*  
Saca á la noche esa cara,  
y alúmbrame esta calleja.

### ESCENA VIII

DON PEDRO y DOÑA CLARA, en la ventana

DOÑA CLARA

Á Dios gracias, bien venido.

DON PEDRO

Hermosísimo lucero...

DOÑA CLARA

Á Dios gracias, caballero,  
habéis estado perdido?

DON PEDRO

Adorando estuve, Clara,  
tus hechizos.

DOÑA CLARA

Mal se ve,  
cuando vende su mercé  
esa adoración tan cara.

DON PEDRO

Cuatro días sin hablarte,  
te estuve descando hablar.

DOÑA CLARA

De burla estáis?

DON PEDRO

Por gozar  
doble gusto al encontrarte.

DOÑA CLARA

Caballero, es demasia,  
que importar puede á mi fama,  
que volváis á vuestra dama  
con tanta descortesía.

DON PEDRO

Amor mío, yo te adoro;  
deja que un amante beso  
en tus labios...

DOÑA CLARA

Tal exceso!

Mirad más por mi decoro,  
ó mirad que desde luego...

DON PEDRO

Clara hermosa, vive Cristo!  
que no sé cómo resisto  
de tanto amor tanto fuego.

DOÑA CLARA

Parece, por vida mía,  
según lo audaz que venís,  
que el fuego que presumís  
se os apaga con el día.  
Ó le soléis ocupar  
en dar fuego á vuestro fuego  
turbando el casto sosiego  
de las bellas del lugar?

DON PEDRO

Convengo, sí, en que hay jugadas  
que son sin disputa bellas,  
mas como pierdo con ellas,  
por feas van apuntadas.

DOÑA CLARA

Ved, don Pedro, qué decís,  
que he de cerrar la ventana.

DON PEDRO

Importuna estáis, hermana,  
y por demás resistís.

DOÑA CLARA

Vuestra hermana no soy yo;  
ved, don Pedro, lo que habláis.

DON PEDRO

Como tan oscura estáis,  
que lo érais me pareció.  
Pero á fe, Clara hechicera,  
que primero que olvidarte,  
con el mismísimo Marte  
á estocadas emprendiera.  
Yo, amor mío, estoy sin mí,  
que en mi amorosa agonía,  
en tí pienso todo el día,  
y en la noche pienso en tí.  
En las tinieblas del alma,  
en su torva tempestad,  
en tu amor y en tu beldad,  
busco luz y busco calma.  
Y en tan negra lobreguez,  
siguiendo á tientas tus huellas,  
voy marchando entre botellas  
de respetable Jerez.  
Y allí, en tiernísimos sueños,  
deliro acciones navales,  
espantosos temporales  
y enamorados empeños.  
Allí tú...

DOÑA CLARA

Quedad con Dios,  
que burla tan insensata  
no consiento.

DON PEDRO

Óyeme, ingrata.

DOÑA CLARA

El ingrato fuisteis vos. (*Cierra, y váse.*)

## ESCENA IX

DON PEDRO, *y por otro lado* DOÑA ANA  
*y* LUISA

DOÑA ANA

Noblemente sé portó.

LUISA

Amigo de mi padre es.

DOÑA ANA

Que á tal punto, por mi hermano,  
me reduzca!

LUISA

Fiáos de él.

Ya visteis le conocía,  
y del modo que le hablé.  
(Rabiando estoy de este préstamo  
el secreto por saber.)

DOÑA ANA

Cortés prometió que cuanto  
precisara busque en él.

LUISA

Y yo que vos admitiera  
la propuesta.

DOÑA ANA

Así lo haré.

Mas, válganos Dios!

LUISA

Señora!

DOÑA ANA

No es, Luisa, mi hermano aquél?

LUISA

Sí, por Dios.

DOÑA ANA

De doña Clara  
las ventanas ronda á fe.

LUISA

Si hubiera llamado en casa!

DOÑA ANA

Volvamos.

LUISA

Volvamos pues.

(*Al volver atrás se hallan con don Juan, que llega por el mismo lado.*)

### ESCENA X

DON PEDRO *en la reja*; DOÑA ANA *y* LUISA *en el centro*, *y* DON JUAN *al otro lado*

DON JUAN

Ello es hecho; pronto todo remedio á tiempo tendrá.

DON PEDRO

Clara, te enojaste ya?  
Vuelve á abrir, ó de otro modo...

DOÑA ANA

Don Juan es éste.

LUISA

Si á vernos alcanza, por buen remedio, pienso que no hallamos medio por donde huir ó valernos.

DON JUAN

Mas, qué es esto? Un hombre allí, á mis rejas! Vive Dios que le mate! Y estas dos damas paradas aquí! Antes que á mí, por quien soy, es fuerza que á ellas acuda.  
(*Llega.*) Señoras, si os falta ayuda y la admitís, hombre soy.

DOÑA ANA

(*Volviéndose atrás.*)  
Tanto favor agradezco.  
Adiós quedad.

DON JUAN

Con Dios id.  
Pero no es cuerdo, advertid...

DOÑA ANA

De tal honra desmerezco.

LUISA

Por azar libramos bien.

DOÑA ANA

Acorrednos, santos cielos!

### ESCENA XI

DON JUAN *y* DON PEDRO

DON JUAN

Á mi honor da un hombre celos, y es preciso saber quién. Fuera, hidalgo, de esa calle, y el rostro á la luz sacad.

DON PEDRO

La calle, pues, me ganad, y el rostro importa tapalle.

DON JUAN

Fuera digo.

DON PEDRO

Fuera vos, que aquí calle y dama guardo.

DON JUAN

Calle y dama, pues qué tardo! He de veros, vive Dios! (*Riñen.*)

### ESCENA XII

DOÑA ANA *y* LUISA *vuelven á salir recatándose*

DOÑA ANA

Mi hermano y don Juan riñendo!  
Y en frente á la puerta están!

LUISA

Y por esta calle van  
gente y justicia acudiendo;  
Santo Dios!

ESCENA XIII

DICHOS Y LA JUSTICIA

UNO

Ténganse al rey.  
Fuera, digo; eh, caballeros!

DON JUAN

Hasta mataros ó veros (*Riñendo.*)  
atropello por la ley.

UNO

Estas tapadas miraban  
la pendencia.

OTRO DE JUSTICIA

Déense, pues,  
á prisión, que ellas después  
nombrarán los que lidiaban.  
(*Sepáranlos, y Oñate, que llega á don Juan,  
le dice al oído:*)

OÑATE

Señor, doña Ana está aquí.

DON JUAN

Cielos!

EL JEFE DE LA RONDA

Digan quiénes son.

DON PEDRO

(*Cubriendo el rostro.*)  
Quién somos es la ocasión  
tan sólo por que reñí;

conque si digo quién soy,  
lo más pierdo en la batalla.

OTRO

Prendedlos.

DON PEDRO

Hola! Canalla.  
(*Emprende con ellos.*)

DON JUAN

Ved que á vuestro lado estoy;  
mas después nuestra pendencia  
siguiremos.

DON PEDRO

Dad en ellos,  
dad, que van como camellos.  
(*Métenlos á cuchilladas.*)

LOS QUE HUYEN

Favor al rey! Resistencia!

ESCENA XIV

DOÑA ANA, LUISA Y OÑATE

OÑATE

Señora, alejáos vos  
mientras vuelven.

DOÑA ANA

Ay de mí!

OÑATE

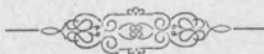
Esta es vuestra casa?

DOÑA ANA


Sí.

OÑATE

Entrad presto, y guardéos Dios.  
(*Entran, y se vuelve Oñate.*)







## JORNADA SEGUNDA

---

Sala en casa de don Juan

### ESCENA PRIMERA

DOÑA CLARA é INÉS

DOÑA CLARA

Viste confusión tamaña,  
Inés, ni tal desvergüenza!  
Por Dios que más no he de verle  
si de rodillas viniera.

INÉS

Señora, tales los mozos  
son hoy en aquesta tierra,  
que son capaces de dar,  
á la más firme, vergüenza.

DOÑA CLARA

No parece que favores  
buscaba, sino pendencies,  
como si yo algún soldado  
venido de Flandes fuera.  
Tal desacato! Á fe mía  
que si tarda mi paciencia  
en acabarse, los muros  
y las rejas atropella.

INÉS

Mas, señora, eso tal vez  
confianzas de amor eran.

DOÑA CLARA

Las confianzas me placen!  
Cuando sin freno la lengua,  
sin trabas en el deseo,  
sin medida en la licencia,  
quisieron hacer las manos  
lo que los ojos hicieran.  
Á fe que airada y corrida  
de conocerle me deja.

INÉS

Acaso disculpa tiene.

DOÑA CLARA

Disculpa? De dónde haberla?

INÉS

Qué sé yo? Mas quien bien quiere  
te hará llorar, dice...

DOÑA CLARA

Cesa,  
y si has de justificarle,  
quítate de mi presencia.

INÉS

Por vida mía, señora,  
que enojarte no quisiera;  
mas ve...

DOÑA CLARA

Qué?

INÉS

En esto de amores...

DOÑA CLARA

Acaba.

INÉS

En fin, si supiérais  
lo que yo sé...

DOÑA CLARA

Dílo.

INÉS

Siento  
enojarte, y no quisiera,  
que apagar sin tiempo el fuego,  
fuera en la llama echar leña.

DOÑA CLARA

Despacha pues, ó á mentarlo  
nunca en mi presencia vuelvas.

INÉS

Ya te empiezas á enojar.

DOÑA CLARA

Me harás perder la paciencia.  
Dílo, ó vete.

INÉS

De secreto,  
que es confianza secreta.  
Si me empeñas tu palabra  
de callarlo...

DOÑA CLARA

Bachillera,  
dí, que puesto que me importa  
la noticia...

INÉS

Estadme atenta.  
Don Pedro es bizarro mozo,

galán, valiente y discreto;  
mas, como mozo, sujeto  
á gozar de cuanto es gozo.  
Amigo dê sus amigos,  
franco, noble y liberal,  
que hará un milagro, con tal  
de que en él tenga testigos.  
Ya véis, mozo, libre, rico,  
noble, osado y militar,  
en qué había de parar?  
Comprendéisme, ó no me explico?

DOÑA CLARA

Á fe, Inés, que no te entiendo  
tan oscura explicación.

INÉS

Pues prestad vuestra atención,  
que todo os lo iré diciendo:  
tan galán como altanero,  
tan feliz como galán,  
puso, y con razón, su afán  
en su estirpe y en su acero.  
Cególe su vanidad,  
y embriagóle su grandeza,  
fió mucho en su riqueza,  
y creció su ceguedad.

DOÑA CLARA

Acaba, Inés, que tu cuento  
cansándome mucho va.

INÉS

Dirélo, en fin, claro ya,  
más que vuestro entendimiento.  
De galán pasó á amador,  
de amador á calavera;  
y es fuerza que al fin cayera  
el galán en reñidor.  
De un empeño en otro empeño,  
y de un lance en otro lance,  
acabó por dar alcance  
de cuanto era único dueño.  
Perdió su razón mejor,  
que era el oro, y por volver  
al oro, ya podéis ver  
que acabó por jugadór.

DOÑA CLARA

Y con eso, Inés, pretendes  
su osadía disculpar?  
Más con ello has de agravar  
mis enojos.

INÉS

Mal lo entiendes.

DOÑA CLARA

Lo entiendo mal?

INÉS

Muy mal, sí;  
pues bien claro se demuestra,  
que cuanto es y cuanto muestra,  
lo es y lo muestra por tí.

DOÑA CLARA

Por mí? Mengua es en verdad  
que siéndome, Inés, infiel,  
ande yo envuelta con él  
en lenguas por la ciudad.

INÉS

Esa es, pues, otra razón  
que prueba lo bien que quiere.

DOÑA CLARA

De qué la razón se infiere?

INÉS

Infiérese su pasión.

DOÑA CLARA

Me ama y me olvida.

INÉS

No á fe;  
de apariencias no te asombres,  
que las culpas de los hombres  
siempre tienen un por qué.  
Yo sé que desesperado  
vive tan sólo por tí.

DOÑA CLARA

Desesperado por mí?  
Cómo, Inés?

INÉS

Mas reservado  
lo has, señora, de tener.

DOÑA CLARA

Sí por cierto.

INÉS

Pues mirad:  
sin dineros, no en verdad  
se enamora á una mujer.

DOÑA CLARA

Ten, Inés, la torpe lengua,  
que, por Dios, que doña Clara  
la lengua audaz arrancara  
al que pensare tal mengua.

INÉS

Que yerras también entiendo,  
que si está desesperado,  
no es sino porque ha jugado  
cinco semanas perdiendo.  
Y cómo, pues, te ha de ver  
sin vergüenza ó sin enojos,  
cuando la luz de sus ojos  
puesta en tí debe tener?  
Cómo, pues, ha de venir  
alegre y fino á su dama  
quien oro perdiendo y fama  
debe callar y sufrir?  
(Válgame Dios qué torpeza  
ó qué necia ceguedad!)

DOÑA CLARA

(Cerca va á la lealtad  
quien por ser cobarde empieza.)  
Y esa vil disolución  
de don Pedro, aun es por mí?

INÉS

Y quién duda que es así  
con tal desesperación?  
Puesto que te quiere bien  
y es tan noble caballero,  
fuerza es que, si lo primero  
quiere, lo demás también.

Su mujer te ha de llamar,  
según pienso; mas se aviene  
mal con quien caudal no tiene  
el bien del matrimoniarse.  
Y he aquí por qué despechado  
las noches pasa y los días  
en sus torpes compañías  
y en su vicio encenagado.  
Y el tumulto y confusión  
de tan larga barauanda  
aviva, encona y redunda  
en su desesperación.  
Continuo tras recobrar  
para tí cuanto ha tenido,  
juega de tí con olvido  
y tu amor por conquistar.  
Por impericia ó por suerte,  
juega con tan mala estrella,  
que tal vez va á dar por ella...

DOÑA CLARA

Adónde? Acaba.

INÉS

Á su muerte.

DOÑA CLARA

Su muerte, Inés!

INÉS

Ved si os ama  
quien, sin duda, en su pasión  
juega su reputación  
por quedar bien con su dama.

DOÑA CLARA

Si cierto fuera...!

INÉS

Á mi fe,  
que él mismo me lo contó.

DOÑA CLARA

Cuándo?

INÉS

Hoy.

DOÑA CLARA

Hoy?

INÉS

Sí.

DOÑA CLARA

Cómo fué?

INÉS

Esperando á hablarle yo.  
Que incierta de la imprudencia  
del lance de la ventana,  
fui á saber esta mañana  
la razón de la pendencia.

DOÑA CLARA

Bien está.

INÉS

Le perdonáis?

DOÑA CLARA

No lo sé.

INÉS

Sed menos cruel.

DOÑA CLARA

Busca á Oñate.

INÉS

No sé de él. *(Sale.)*

Vedle aquí.

## ESCENA II

DOÑA CLARA y OÑATE

OÑATE

Qué me mandáis?

DOÑA CLARA

Tú eres de don Juan, mi hermano,  
un antiguo servidor.

OÑATE

Háme unido á mi señor  
larga vida.

DOÑA CLARA

Y de tu mano  
lo fía todo.

OÑATE

Es así.  
La vida le debo y más.

DOÑA CLARA

Y, como á él, dispuesto estás,  
Oñate, á servirme á mí?

OÑATE

Me lo ha dicho muchas veces,  
señora, y así lo haré.

DOÑA CLARA

Y yo te lo pagaré,  
por cierto, como mereces.  
Lo que te voy á encargar  
quiero que en secreto quede.

OÑATE

Vuesa merced decir puede.

DOÑA CLARA

Silencio en primer lugar.

OÑATE

Hombre soy de tal tesón  
en serviros, doña Clara,  
que antes del pecho sacara  
que el secreto, el corazón.

DOÑA CLARA

Pues que todo el favor tienes  
de mi hermano, conocer  
debes á los que han de ser  
mayordomos de mis bienes.

OÑATE

Sí por cierto.

DOÑA CLARA

También sabes  
que yo tengo mi porción  
con cabal separación  
de don Juan.

OÑATE

Sí.

DOÑA CLARA

Y que por graves  
razones los administra  
con los suyos á la par.

OÑATE

Y con afán singular  
los beneficia y registra.

DOÑA CLARA

Pues bien; tamaño favor  
me has de hacer en acudirme...

OÑATE

Ya os dije que es repetirme  
la orden de mi señor.

DOÑA CLARA

Pues escúchame. Conoces  
á don Pedro de Aguilar?

OÑATE

Tal vez de oírle nombrar,  
por señas sólo y por voces.

DOÑA CLARA

La razón yo me la sé,  
mas tú de tal modo harás,  
que en secreto le darás  
cuanto pida.

OÑATE

Así lo haré.

DOÑA CLARA

Pero que nunca sospeche  
ni mi hermano ni él de mí.

OÑATE

Más fácil será que así  
del secreto se aproveche.

DOÑA CLARA

Hazlo tú del mejor modo,  
sin demora ni disculpa,  
que si alguien de ello te culpa,  
yo te respondo de todo,  
pues completa libertad  
te otorgo en ello.

OÑATE

Está bien.

Haré que todos estén,  
cual yo, á vuestra voluntad.

DOÑA CLARA

(Así mi amor favorezco  
bajo pretextos de honor.)

OÑATE

(Esto también es amor,  
y más con ambos merezco.)

DOÑA CLARA

Mas mi hermano... Sal de aquí,  
y silencio sobre todo.

OÑATE

(Á fe que es extraño el modo  
con que ambos fían en mí.) (*Váse.*)

---

### ESCENA III

DOÑA CLARA y DON JUAN

DON JUAN

El cielo, hermana, te guarde.

DOÑA CLARA

Con él vengas. (Qué severo  
trae el rostro!)

DON JUAN

(Probar quiero

si lo oculta de cobarde.)  
Téngote, Clara, que hablar  
en asunto que interesa  
que aclaremos. (La sorpresa  
se hizo en su rostro lugar.)

DOÑA CLARA

(Cielo santo!) Empezar puedes,  
que atenta, hermano, te escucho.

DON JUAN

Responde, y ve importa mucho  
que bien respondiendo quedes.  
Sabes lo que es el honor,  
mi Clara, en una mujer?

DOÑA CLARA

De cuantas puede tener,  
esa es la prenda mejor.

DON JUAN

Si la pierde?

DOÑA CLARA

Se deshonra.

DON JUAN

Y el más leve viso en ella,  
confunde, apaga, atropella  
la clara luz de la honra.  
Lo sabes, hermana, bien?

DOÑA CLARA

Así resuelta lo creo.

DON JUAN

Y así resuelto deseo  
que no lo olvides también.

DOÑA CLARA

Mas á qué vienen no sé  
preámbulos tan extraños.

DON JUAN

Para el mayor de los daños  
la mayor cautela á fe.  
Que á los pies de una ventana  
suene en la noche serena

amorosa cantilena,  
 es fineza cortesana.  
 Que en la dulce soledad  
 del lecho oiga una mujer  
 la música, puede ser  
 tan sólo curiosidad.  
 Que á la música gentil  
 asome acaso al cristal,  
 si no es amor criminal,  
 es vanidad mujeril.  
 Que un osado mozalvete  
 pida á un billete razón,  
 no dando contestación,  
 no trae deshonra el billete.  
 Mas que al son del instrumento  
 abra audaz una ventana,  
 no es fineza cortesana,  
 que es liviano atrevimiento.  
 Ahora bien; contesta, hermana,  
 un hombre á tus rejas ví:  
 fué acaso, ó intento en tí;  
 fuiste curiosa, ó liviana?

DOÑA CLARA

Que á un rumor vago y pueril  
 se abra acaso una ventana  
 y asome á escuchar tu hermana,  
 vanidad es mujeril.  
 Que á un osado mozalvete  
 niegue una contestación,  
 es hacer su obligación  
 devolviéndole el billete.  
 Que á un hidalgo llamamiento  
 asomase á una ventana,  
 más que osadía liviana,  
 es cortés procedimiento.  
 Que si esposo ha de tener  
 que la dé amor, paz y honor,  
 fuerza es que le cobre amor  
 antes de ser su mujer.  
 Si á favor la oscuridad  
 en su casa le admitiera,  
 deshonra y mancilla fuera,  
 fuera mengua y liviandad.  
 Mas si al escuchar la queja  
 de su amor, pone advertida,  
 cuanto expone de atrevida,  
 prudente tras una reja,

díme, pues, aquí tu hermana  
 en qué pecara en verdad?  
 Fuera en ella liviandad,  
 ó atención más cortesana?

DON JUAN

Donde pelagra el honor  
 sobra la cortesanía.

DOÑA CLARA

No el honor peligraría  
 donde hay honra con amor.

DON JUAN

Luego es cierto que ha salido  
 á la ventana mi hermana?

DOÑA CLARA

Nada he dicho de ventana,  
 ni tú me lo has requerido.  
 Me pusiste una cuestión,  
 y te respondiste á todo;  
 héla yo vuelto á mi modo,  
 variando la solución.

DON JUAN

Al fin, contéstame, Clara:  
 saliste á la reja, ó no?

DOÑA CLARA

Si eso te entendiera yo,  
 á eso, don Juan, contestara.  
 Mas todo va en preguntar,  
 don Juan, por una ventana,  
 y á fe que de buena gana  
 te quisiera contestar.  
 Propónesme una cuestión,  
 te respondo otra después,  
 vuélvotela del revés,  
 y vuelves tú á tu opinión;  
 pero como no me explicas  
 á lo que he de responder,  
 yo al contestar, tú al saber,  
 sufres y me mortificas.

DON JUAN

Más claro lo he de decir?  
 Anoche en la calle entré,

y á lo lejos escuché  
tus ventanas entreabrir.

DOÑA CLARA

Brava presunción por cierto.  
No pudo haber más ventana  
que se abriera si tu hermana  
no hubiera la suya abierto?

DON JUAN

Y qué pretendes que arguya  
cuando, á mi casa al llegar,  
con un hombre vine á dar  
qué me guardaba la tuya?

DOÑA CLARA

Tal vez tu aprensión sería.

DON JUAN

Y era también mi aprensión  
cuando, aparte la razón,  
contra mí mismo reñía?

DOÑA CLARA

Mas un hombre pudo ser  
que, puesto en la calle acaso,  
á alguno guardaba el paso,  
ó tal vez á una mujer.

DON JUAN

Por esa pregunto yo.  
Sabes la mujer quién era?

DOÑA CLARA

Muy mal yo de ella supiera  
cuando él dél no respondió.

DON JUAN

Mas sin que él cuenta de sí  
diera, voto á Belcebú!  
no sabrás, hermana, tú  
si á quien guardaba era á tí?

DOÑA CLARA

Yo nada sé.

DON JUAN

Yo si sé,

y tú también lo sabrás,  
porque, ó tú me lo dirás,  
ó yo decírtelo haré.  
Que él sólo por tí venía,  
lo sé yo bien, vive Dios,  
y así sólo entre los dos  
no ha de quedar tal porfía.  
Honor tengo y hombre soy,  
y contra fuerza y valor,  
quien mancha osado mi honor,  
tú me lo has de decir hoy.

DOÑA CLARA

Mas aunque por mí viniera,  
en qué tu honor te manchara?

DON JUAN

Vive Dios que le matara  
si hoy mismo le conociera.

DOÑA CLARA

Don Juan, demasiado estás;  
considera que has nacido  
mi hermano, no mi marido,  
y que eso te está de más.

DON JUAN

De más dijiste! Ya sé,  
villana, tu torpe mengua,  
que me convence tu lengua  
que el que vino por tí fué.

DOÑA CLARA

Muy mal arguyes, don Juan.

DON JUAN

Arguya, pues, mal ó bien,  
hoy mismo me dirás quién  
me causa por tí este afán.

DOÑA CLARA

Piénsalo, hermano, mejor.

DON JUAN

Lo pensé, y me he convencido,  
que hermano, si no marido,  
tengo hermana y tengo honor.



## ESCENA IV

DON JUAN y OÑATE

OÑATE

El señor gobernador  
quiere veros.

DON JUAN

En mal hora  
llega, por Dios. Dile que entre.

## ESCENA V

DON JUAN y EL GOBERNADOR

EL GOBERNADOR

Señor don Juan de Mendoza,  
dadme mil veces los brazos.

DON JUAN

Y con ellos me dáis honra.  
Vos en mi casa!

EL GOBERNADOR

Sabiendo  
que llegásteis, y en mi propia  
casa rehusáis compañía,  
vengo á veros en estotra.

DON JUAN

Es la casa en que habitó  
mi hermana, mientras que sola  
túvola mi obligación  
y las armas españolas.

EL GOBERNADOR

De esa manera os excuso.  
Dadme otra vez, y otra y otra,  
esa mano.

DON JUAN

Con la vuestra  
más fuerza y más brío cobra.

EL GOBERNADOR

Decidme, conque don Mendo,  
vuestro padre, de Dios goza?

DON JUAN

Murió, don Luis, como noble,  
ganando tumba gloriosa.

EL GOBERNADOR

Y á saber que vuestra hermana,  
doña Clara, aquí tan próxima  
vivía, estando en Toledo,  
por obligación forzosa  
sirviérala yo de hermano;  
mas tan oculta guardóla  
su recato, que hoy á un tiempo  
supe de entrambas personas.  
Ved en qué puedo servirlos,  
y tened en la memoria  
que es mi casa vuestra casa.

DON JUAN

Cuánto ese aviso me importa  
os mostraré.

EL GOBERNADOR

No por cierto.  
Descansad, don Juan, ahora  
de vuestra marcha unos días,  
que ha sido larga y penosa.  
Yo volveré á visitaros,  
y en tanto, contad con toda  
mi autoridad en Toledo,  
que será vuestra, aunque corta.

DON JUAN

Acaso la necesite.

EL GOBERNADOR

Y obtendréisla sin demora.  
Lleváis acaso algún pleito  
que desenredar?

DON JUAN

Muy otra  
es mi intención; mas ya de ella  
os daré parte.

EL GOBERNADOR

Y yo ahora  
molestaros no pretendo.

DON JUAN

Más que molestia, me es honra.  
Yo he de daros unas cartas.

EL GOBERNADOR

Descansad, que es lo que importa,  
que las cartas yo enviaré  
por ellas á mejor hora.  
Y, pues he de hablar con vos,  
porque aun tengo algunas cosas  
que atañen á vuestro padre  
que deciros de más monta,  
no tardaré en dar la vuelta. (*Váse.*)

DON JUAN

Tal vez este hombre me importa.

—  
ESCENA VI

DON JUAN y OÑATE

DON JUAN

Oñate?

OÑATE

Qué mandáis?

DON JUAN

Díme, qué hicisteis  
anoche de la dama?

OÑATE

Aseguréla  
en su casa.

DON JUAN

Y la disteis...?

OÑATE

Todo cuanto pidió; mas la criada,  
sagaz, me conoció, y aunque es callada,  
y yo de ella respondo, además de eso  
la he llenado de fábulas el seso,  
y la he desorientado en tal manera,  
que nada creo sospechar pudiera.

DON JUAN

Está bien; mas tú acaso  
conociste al galán con quien reñía?

OÑATE

Imposible sería,  
que á distancia de un paso  
nada se vía en noche tan oscura.

DON JUAN

Perdile en el tumulto,  
y con tal desventura,  
que un hora por la calle anduve á bulto  
por ver si me era dado  
concluir de una vez lo comenzado.

OÑATE

Tal vez yo, señor, sepa  
averiguarlo todo.

DON JUAN

De qué modo me dí?

OÑATE

Yo me sé el modo  
si me dejáis hacer, porque, ó soy ciego,  
ó á mucho alcanzo y con la vista llego.

DON JUAN

Expílicate más claro.

OÑATE

Ya os acordáis, señor, del refrancillo:  
«Por el hilo se da tras el ovillo.»  
Y tengo para mí que en paz sigamos  
la pista por el hilo,  
porque temo más mal del que pensamos.

DON JUAN

Mas quién aquí se llega sin aviso?

OÑATE

Mujer es.

DON JUAN

Y en el velo, misteriosa  
la faz esconde.

OÑATE

Ó es menesterosa,  
ó equivocada viene de preciso.

## ESCENA VII

DON JUAN y DOÑA ANA *con manto*

DON JUAN

Guárdeos Dios. Qué se os ofrece,  
la silenciosa embozada?

DOÑA ANA

Si una mujer desolada  
vuestra atención os merece,  
que una palabra me oigáis.

DON JUAN

Hablad.

DOÑA ANA

Aun no puede ser,  
que no me han de conocer  
donde vos solo no estáis.  
(*Sale Oñate y quedan solos.*)

DON JUAN

Servida, señora, os véis;  
decid qué queréis de mí!

DOÑA ANA

Sepamos antes aquí,  
don Juan, si me conocéis. (*Se descubre.*)

DON JUAN

Doña Ana! Cielos, qué es esto?

DOÑA ANA

Es mi desdicha, don Juan.

DON JUAN

Hablad, pues, que en vuestro afán  
temo algún lance funesto.

DOÑA ANA

La luz el llanto me arrasa,

y atino á la voz muy mal.  
En este punto fatal  
la justicia está en mi casa.

DON JUAN

La justicia! Y cómo así?

DOÑA ANA

Ya es fuerza que os lo declare,  
porque tenga quien me ampare  
en mis cuitas. Ay de mí!  
Tengo, don Juan, un hermano  
para quien nunca bastó  
cuanta riqueza heredó,  
ni cuanta adquirió tirano;  
malgastólo en pocos días,  
sin bastar amago ó ruego  
á retraerle del juego  
y de torpes compañías.  
Jugó lo suyo y lo ajeno,  
pues yo, á mi pesar, le dí  
cuanto dejáronme á mí,  
de insana avaricia lleno.  
Y tras tantos sinsabores  
como por su mal pasé,  
mi casa hoy, don Juan, hallé  
presa de sus acreedores.  
De vos me vengo á amparar  
de angustia y lágrimas llena,  
porque á otro que á vos mi pena  
no acertara á confiar.

DON JUAN

Doña Ana, con vuestro amor  
hoy me honráis y me ofendéis,  
que acudiendo á mí me hacéis  
un favor y un disfavor;  
mas vuestro intento decid,  
que en todo os he de ayudar.  
Queréis, señora, tornar  
sin vuestro hermano á Madrid?

DOÑA ANA

Pues quisisteis vuestra mano  
ofrecerme en mi riqueza,  
valedme hoy en mi pobreza  
de mi suerte y de mi hermano.  
Pues que por sus culpas hoy

tan sola y triste me veo,  
 acabar es mi deseo  
 de las penas en que estoy.  
 Y en último pensamiento,  
 la vida por concluir,  
 yo de aquí no he de salir  
 sino para ir á un convento.

DON JUAN

Á un convento? Loca estáis.

DOÑA ANA

Pues que vos lo presumís...

DON JUAN

Mirad bien lo que decís,  
 que hablando conmigo estáis.

DOÑA ANA

Por ser quien sois os lo digo,  
 porque quiero en este afán  
 teneros si no, don Juan,  
 por amante, por amigo.

DON JUAN

Mal se aviene esa amistad,  
 doña Ana, en mí con mi amor.

DOÑA ANA

Pasión es tal vez menor,  
 pero de mayor verdad.

DON JUAN

Por cierto que á comprenderos  
 aún bien no alcanzo, doña Ana,  
 mas es diligencia vana,  
 que en ello he de complaceros.  
 Vuestra suerte y vuestra fe  
 penetra mi corazón,  
 y vuestra honra y condición  
 hoy, doña Ana, bien se ve.  
 De aquí no habéis de salir,  
 pues aquí os habéis venido  
 sin hermano ó sin marido;  
 de ambos podéis elegir.  
 Vuestro hermano, pues perdió  
 vuestra hacienda, no queréis;

vuestro marido ya véis  
 que me ofrezco á serlo yo.

DOÑA ANA

Abreviemos de razones,  
 don Juan; pues noble nací,  
 no ha de decirse de mí  
 que sucumbo á mis pasiones.  
 En lo que tengo de hacer  
 tomé ya resolución;  
 ayudadme mi opinión  
 hoy, don Juan, á defender.  
 La justicia está en mi casa,  
 y yo á la vuestra al subir,  
 defensa os vine á pedir  
 (y no de vergüenza escasa).  
 Ved en tamaña ocasión  
 si lo podéis remediar.

DON JUAN

No, si no habéis de aceptar  
 mi mano y mi corazón.

DOÑA ANA

Harto os dije.

DON JUAN

Nunca, á fe  
 sin vos he de consentir...

DOÑA ANA

Dejadme, don Juan, salir,  
 que yo lo remediaré.

DON JUAN

Tened, que al Gobernador  
 voy en este punto á hablar.  
 Su respuesta en esperar,  
 doña Ana, me haréis favor.  
 Que, si he de daros enojos,  
 no merezco yo en verdad,  
 sino en vuestra voluntad  
 respetar vuestros antojos.  
 En este mismo aposento  
 sola y segura estaréis,  
 y usar de ese otro podéis,  
 si conviene á vuestro intento.  
 Dios os guarde.

DOÑA ANA

Os vele á vos.

DON JUAN

*(Aparte.)* Oh! Su paz rescataré. *(Váse.)*

DOÑA ANA

*(Aparte.)* Á olvidar cuánto le amé,  
ayudadme, santo Dios!

## ESCENA VIII

DOÑA ANA

No, imposible; no será;  
no viva ya en él mi amor,  
que aquí en el alma mi honor  
antes que mi amor está.  
Y cómo no amarle ya  
cuando más amante así  
todo lo expondrá por mí?  
Oh! Tan noble he de ser yo!  
Que él mi amor espere, no;  
yo muera amándole, sí.  
Mas gente llega... Qué escucho?  
De mi hermano es esa voz!

LUISA

*(Dentro.)* Adónde váis tan veloz?

DON PEDRO

*(Dentro.)* El asunto importa mucho.

DOÑA ANA

Con la ira y el temor lucho;  
sin duda, viéndome entrar,  
viéneme airado á buscar.

## ESCENA IX

*Escóndese* DOÑA ANA, *y salen*DON PEDRO *é* INÉS

DON PEDRO

Á doña Clara advertid  
que la espero.

INÉS

Mas decid...

DON PEDRO

Idos! Qué estupendo hablar.

## ESCENA X

DON PEDRO, *sentándose en un sillón*

Por fin, gracias que llegué,  
y, por Dios, no sin trabajo!  
La calle de arriba abajo  
cuarenta veces crucé.  
Quién va?—Oiga su merecé!—  
Déense al rey.—Abran aquí...  
Guardia en el zaquizamí...  
Tanta prisa y confusión  
por tener jurisdicción  
en la hacienda que perdí.  
*(Riéndose.)* Qué diablos van á encontrar  
en mi casa, voto á Dios!  
si somos á cobrar dos  
y veinticinco á gastar?  
*(Levantándose.)*  
Aquí, amor, me has de ayudar.  
Clara llega. Mentiré;  
mi amor la ponderaré;  
cuanto más resistirá  
más el tiempo pasará,  
y mejor me salvaré.

## ESCENA XI

DOÑA ANA, *oculta*; DON PEDRO  
*y* DOÑA CLARA

DON PEDRO

Mi Clara, mi bien, mi amor,  
bien sé que es temeridad,  
mas no es posible, en verdad,  
resistir á tanto ardor.  
Yo te adoro.

DOÑA CLARA

Bien se ve

que alevemente mentís;  
si hoy á mi casa venís,  
decid, don Pedro, por qué.

DON PEDRO

(Aquí de Dios!) Angel mío,  
porque, qué vida habrá en mí  
cuando están presos en tí  
mi razón y mi albedrío!  
Querrás decirme tal vez  
que, porque perdido estoy...  
Oh! Nada á negarte voy,  
fuera necia estupidez.  
Mas yo te amo; un mundo entero  
concebí para tí poco;  
quise conquistarte loco  
en él el lugar primero;  
mas me avergüenzo al decillo.  
Quién era yo? Un hidalguillo  
á quien sus padres dejaron  
unas viñas y un castillo  
que los tiempos asolaron.  
Yo era noble, era valiente,  
mas dentro del corazón  
hervían eternamente,  
dándome guerra insolente,  
tu amor, Clara, y mi ambición.  
Mi ambición, Clara, que en mí  
era tu amor, y no más,  
que vivo y espero en tí,  
y por tí sólo sentí,  
no ser príncipe quizás.  
Fuéme adversa la fortuna;  
perdí tiempo, honra y caudal,  
y hoy sin esperanza alguna,  
más mi ambición me importuna  
contra mi suerte fatal.  
Mas, Clara, yo triunfaré;  
vive Dios! Me haré soldado;  
iré al campo, y lidiaré,  
y orgulloso tornaré  
más que nunca enamorado.  
Porque, pese á la razón,  
no es amor una quimera,  
y yo aquí en el corazón  
de una infinita pasión  
siento la insaciable hoguera.  
Á darte mi despedida

vengo, y espero perder  
en la demanda la vida,  
ó con mi ambición cumplida  
tengo, Clara, de volver.

DOÑA CLARA

Oh! Partes!

DON PEDRO

Lejos de aquí.

DOÑA CLARA

Cómo? Dónde?

DON PEDRO

Á conquistar  
tu amor ó mi muerte.

DOÑA CLARA

Así  
piensas, don Pedro, llegar...

DON PEDRO

Hasta tus pies. (*De rodillas.*)

DOÑA CLARA

Ay de mí!

DON PEDRO

Venia otorgadme, señora,  
para partir con valor;  
no haya en ello más demora,  
que el corazón me devora  
la hoguera de vuestro amor.

DOÑA CLARA

No, ya es inútil partir,  
don Pedro; quedáos pues,  
que no os he de permitir...

DON PEDRO

Ni yo osar más que morir  
de ventura á vuestros pies.  
Oh! Me amáis?

DOÑA CLARA

Pensadlo vos.

DON PEDRO

Siempre igual?

DOÑA CLARA

Siempre igual fui.

DON PEDRO

Mas dejadme por los dos  
partir.

DOÑA CLARA

Eso no.

DON PEDRO

*(Aparte.)* Vencí  
por asalto, vive Dios! *(Levantándose)*  
*(Pausa.)*

DOÑA CLARA

Lo habéis fingido muy bien.  
Os sentís contento ya?

DON PEDRO

(Mi gozo en el pozo está;  
á que juega ésta también?)  
No os alcanzo á comprender.

DOÑA CLARA

Bien está; olvidemos esto;  
que yo os amo, es manifiesto.

DON PEDRO

Válgate Dios por mujer!

DOÑA CLARA

Pese á vuestra sin razón,  
yo os amo, don Pedro, así,  
porque no puedo, ay de mí!  
sujetar mi corazón.  
Que un imán incomprensible  
hay, don Pedro, en el amor  
á la razón y al valor  
contrapuesto é invencible;  
y, en verdad, que sin valer  
á menos, os amo ciega,  
que á tanto, don Pedro, llega

lo débil en la mujer.

Mas, cielos!

DON PEDRO

Qué pasa?

DOÑA CLARA

Él es.

DON PEDRO

Quién?

DOÑA CLARA

Mi hermano. Oh! Sí, ganad  
esa puerta.

DON PEDRO

No, en verdad,  
que en la calle...

DOÑA CLARA

Qué haréis, pues?

DON PEDRO

La justicia está en mi casa,  
y con ella he de topar.

DOÑA CLARA

Aquí os podéis retirar.  
*(Al gabinete donde está doña Ana.)*

DON PEDRO

Cerrado está.

DOÑA CLARA

El tiempo pasa,  
y don Juan por la escalera  
sube ya.

DON PEDRO

Alejáos vos,  
que yo con él...

DOÑA CLARA

No, por Dios.

DON PEDRO

Id.

DOÑA CLARA

Don Pedro!

DON PEDRO

Salid fuera.

## ESCENA XII

DON JUAN, DON PEDRO y DOÑA ANA  
*oculta*

DON JUAN

*(Cerrando la puerta.)*Ya libre la casa está,  
que el viejo gobernador,  
para salir fiador,  
consentimiento me da.  
Sin duda ocultóse ahí.  
Mas, qué miro?

DON PEDRO

Guárdeos Dios,  
señor don Juan.

DON JUAN

Quién sois vos?  
Qué hacéis? Quién os trajo aquí?

DON PEDRO

Un hidalgo soy, y espero  
de una dama á quien llamáis  
hermana...

DON JUAN

No prosigáis,  
y seguidme, caballero.

DON PEDRO

Adónde?

DON JUAN

Al campo.

DON PEDRO

Y á qué?

DON JUAN

Á batirnos.

DON PEDRO

La razón?

DON JUAN

No os lo dice el corazón?

DON PEDRO

Callado lo siento á fe.

DON JUAN

Ya es demás. Salid conmigo.

DON PEDRO

Ya os dije, don Juan, que no.

DON JUAN

Ved que he de sacaros yo.

DON PEDRO

Que de aquí no salgo, digo.  
Sé que tenéis la justicia  
en la calle, y al bajar,  
con la justicia he de dar,  
don Juan, por vuestra malicia.

DON JUAN

Mentís, y, viven los cielos  
que quien sois he de saber!

DON PEDRO

Yo me daré á conocer  
sin que os cause más desvelos.  
Don Pedro de Aguilar soy.

DON JUAN

*(Mirándole.)*  
Vos! Y anoche con mi hermana...

DON PEDRO

Qué os asombra? En la ventana...

DON JUAN

Ciego de cólera estoy.  
*(Cierra la puerta y deja la llave en tierra.)*



De aquí no hemos de salir  
ambos á dos, Aguilar,  
y aquí no habéis de encontrar  
la justicia.

DON PEDRO

Por reñir  
nada se pierde. Riñamos. (*Riñen.*)

ESCENA XIII

DOÑA ANA, DON PEDRO y DON JUAN

DOÑA ANA

Tenéos!

DON JUAN

Cielos!

DON PEDRO

Mi hermana!

(*Á don Juan.*)

Preciso es que esta mañana  
uno de lós dos muramos.

DOÑA ANA

Favor! Favor!

DON JUAN

Decís bien;  
hasta morir ó matar.  
(*Dentro.*) Favor al rey!

DON PEDRO

Es temblar?

DON JUAN

Eso os pregunto también.  
(*Cae don Juan, y don Pedro, abriendo un  
balcón, se descuelga.*)

DON PEDRO

Tal vez por este balcón...  
á la puerta he de caer.

ESCENA XIV

DON JUAN, *en tierra*; DOÑA ANA, DOÑA  
CLARA y LA JUSTICIA

LA JUSTICIA

Déense al rey.

DOÑA CLARA

Una mujer!

DOÑA ANA

(*Dadme, oh Dios! resolución.*)

DOÑA CLARA

Cómo habéis entrado aquí?

DOÑA ANA

Por mi desgracia impelida.

LA JUSTICIA


Ese hombre yace sin vida;  
que la prendan.

DOÑA ANA

Ay de mí!







## JORNADA TERCERA

---

Decoración de calle, y es de noche

### ESCENA PRIMERA

OÑATE

Magnífico enredo.  
Y en qué ha de parar,  
ni el diablo en Toledo  
tal vez lo sabrá!  
Mi amo acuchillado,  
doña Ana en prisión,  
su hermano empeñado,  
mayordomo yo.  
Mi amo discurriendo  
remedios aquí,  
y todos perdiendo  
quedamos al fin.  
Y tanto barajan,  
que todos á igual,  
ni suben, ni bajan,  
ni se hallan jamás.  
Don Pedro ha salido  
por primera vez;  
dicen que ha venido  
á don Juan á ver.  
Y si su impericia  
en la conclusión  
mete la justicia,  
la logra, por Dios!

---

### ESCENA II

OÑATE y LUISA

LUISA

Y ahora, Oñate, qué hay que hacer?

OÑATE

Pues soy yo doctor acaso?

LUISA

No anduviste tan de paso  
para echarnos á perder.

OÑATE

Yo á perder! Mejor dijeras  
que fui quien te echó á ganar.  
Ó tú piensas que aquel dar,  
Luisa mía, no fué en veras?

LUISA

Que entonces diste ya sé,  
mas pese á mí, condenada,  
que ahora no tenemos nada,  
ni encontramos quien nos dé.

OÑATE

Y á mí á quejarte venías?  
Pues he podido hacer más?

LUISA

No por cierto; mas podrás decirme por quién lo hacías?

OÑATE

Por las joyas que doña Ana dábame en prendas.

LUISA

Oñate, no acierto cómo se trate con maña tan cortesana.

OÑATE

Bien está; mas dime tú, qué piensas hacer de tí?

LUISA

Sentar plaza por ahí de virreina del Perú. Vaya una pregunta chusca.

OÑATE

Vaya una respuesta necia.

LUISA

En la tormenta más recia el peor puerto se busca.

OÑATE

En tormentas judiciales, qué puerto hay donde acudir, si todos han de salir por puertas de criminales?

LUISA

La justicia en casa entró, mas por yo no sé qué encanto, llegó otra orden entre tanto, y otra vez la abandonó. Doña Ana... no sé más de ella; don Pedro, con más furor, más que nunca jugador, toda la casa atropella.

OÑATE

Don Pedro en su casa está?

LUISA

Sí, y encontrándola llena, la vacía como si ajena fuese, y á saco la da.

OÑATE

Mas tú...?

LUISA

De su casa me echa, pues de su hermana enemigo, dice que soy su testigo que su conducta le acecha. Que soy una enredadora, de su hermana mensajera, en sus amores tercera, vijía y encubridora. Pero más que otra razón, á despedirme le obliga la de no ser yo su amiga y tercera en su pasión.

OÑATE

Está acaso enamorado?

LUISA

Tal vez, pero eso era poco; está con sus trampas loco, perdido y desesperado.

OÑATE

Ten, Luisa, esa lengua de hacha, que has comido de su pan.

LUISA

Y él engordó con mi afán, y hoy á secas me despacha.

OÑATE

Mas doña Ana...?

LUISA

Tan cruel lloro su enemiga estrella, y lloro, en verdad, por ella, aunque me alegro por él. Al partirme esta mañana

eché mis últimas redes;  
ni clavos en las paredes  
deja su pasión villana.

OÑATE

Allí viene.

LUISA

Ya le ves;  
los pasos viene contando,  
como si fuera arrastrando  
toda su hacienda en los pies.  
No quiero que á verme llegue.  
Adiós, Oñate.

OÑATE

Adiós, Luisa.

LUISA

Y dile que con más prisa  
el alma de una vez juegue.

### ESCENA III

DON PEDRO *y* OÑATE *oculto*

DON PEDRO

Otra vez vuelvo á tentar  
el rigor de mi fortuna,  
porque, quien mucho importuna,  
si no logra, ha de cansar.  
La aurora no me ha de hallar  
aquí ya de ningún modo,  
pues de quedar en el lodo  
de la miseria sumido,  
vale más haber corrido  
la suerte y la audacia en todo.  
Suerte, madre revoltosa  
de los naipes y los dados,  
ídolo de los soldados  
y la gente valerosa,  
emperatriz poderosa  
que en opuestos hemisferios,  
minando estados é imperios,  
el bajo mundo nivelas  
y á ningún mortal revelas  
tus desiguales misterios;

á tí, luz de los audaces,  
compañía en la grandeza,  
esperanza en la pobreza  
que continuo esperar haces  
á nuestros días fugaces  
la fortuna que no llega,  
reina alada, muda y ciega,  
que á ciegas en todas partes  
males y bienes repartes,  
vieja que con todo juega;  
duélete, madre, de mí,  
que como á norte y escudo  
en mis congojas acudo  
por última vez á tí.  
Heme ya á tus pies aquí  
como orillas de la mar,  
dispuesto en ella á arrojar  
cuanto tengo y cuanto soy;  
porque pienso salvar hoy  
cuanto valgo, ó naufragar.

### ESCENA IV

DON PEDRO *y* OÑATE

OÑATE

Señor don Pedro?

DON PEDRO

Quién es?

OÑATE

Un amigo.

DON PEDRO

Guárdeos Dios;  
mas nada que hacer con vos  
tengo, conque hasta después.

OÑATE

No tan apriesa os vayáis,  
que algo tendremos que hablar.

DON PEDRO

Tráes espada?

OÑATE

Es á lidiar,  
don Pedro, á donde ahora váis?

DON PEDRO

Voy donde á vos no os importa.

OÑATE

Mas, donde os importa á vos  
vayamos juntos los dos.

DON PEDRO

No, que es jornada bien corta,  
y es demás la compañía.

OÑATE

Pero podéis tropezar,  
é hiciérais bien en llevar  
quien acudiros podría.

DON PEDRO

Es demasiado ofrecer  
para pensar en cumplir;  
ved si me habéis de acudir,  
porque me voy á caer.

OÑATE

Vamos, pues, que vuestro amigo  
soy ha mucho tiempo ya.

DON PEDRO

Pues si sois mucho tiempo ha,  
venid, si os place, conmigo.

OÑATE

*(Quitándose el embozo.)*  
Vamos.

DON PEDRO

Ginés?

OÑATE

Ved, señor,  
si seré buen compañero.

DON PEDRO

Soy, Ginés, un majadero...

Vienes al tiempo mejor;  
traes dineros?

OÑATE

Excusada  
pregunta. Si; qué queréis?

DON PEDRO

Ved en lo que estimaréis...

OÑATE

Yo, señor, no estimo nada;  
dádmela estimada vos  
cualquier prenda, y despachemos.

DON PEDRO

Tienes razón; hablaremos  
después del valor los dos.

OÑATE

Ha de ser grande la puesta.

DON PEDRO

Como que voy á amarrar  
la fortuna, ó á quedar  
por puertas.

OÑATE

Audacia es ésta!

DON PEDRO

Es mi postrera esperanza,  
y en ella la arriesgo toda.

OÑATE

Bien! Con la fortuna, boda,  
que ó nada ó todo se alcanza.

DON PEDRO

Esta noche la hago mía,  
ó la dejo de servir.

OÑATE

Por ella hemos de reñir  
hasta que despunte el día.

DON PEDRO

Tal ánimo traes, Ginés?

OÑATÉ

Por vuestra amistad no más.

DON PEDRO

No te vuelvas, pues, atrás.

OÑATE

Á no ver que chanza es,  
de otro modo respondiera.

DON PEDRO

Mas ve que si pierdo todo...

OÑATE

Qué diablos! Habláis de modo  
como si ya se perdiera.  
Delante, señor, marchad,  
y en mí fiad.

DON PEDRO

Si es así,  
delante voy.

OÑATE

Y por mí,  
cual si fuérais yo, jugad.

### ESCENA V

DON JUAN *trayendo á DOÑA ANA  
con manto, y* OÑATE

DON JUAN

Con quién hablabas?

OÑATE

Con él.

DON JUAN

Pedía oro?

OÑATE

Sí, señor.  
Y cada día mejor  
sabemos nuestro papel.

Mañana, al salir la aurora,  
ya en Toledo no estará.

DON JUAN

Y esta noche?

OÑATE

Queda allá,  
que me espera desde ahora.

DON JUAN

Toma, y aguardadme á mí.

OÑATE

Á vos, señor?

DON JUAN

Sí, por cierto.  
Todos tenemos abierto  
el mismo camino allí.

OÑATE

Mas...

DON JUAN

Ahí llevas unos dados;  
á que yo entre esperarás,  
y con ellos jugarás.

OÑATE

Son amigos?

DON JUAN

Y probados.

(*Toda esta escena pasa entre don Juan y  
Oñate; el resto entre don Juan y doña  
Ana.*)

DOÑA ANA

Quién es ése?

DON JUAN

Un comerciante  
que me empeña alguna vez. (*Vánse.*)

OÑATE

Don Juan ha de ir...! Pardiez,  
que no lo entiendo. Adelante. (*Váse.*)

## ESCENA VI

DOÑA CLARA é INÉS

*(Sala corta en casa de D. Juan.)*

DOÑA CLARA

Viste, Inés, á don Pedro?

INÉS

Sí, señora,  
y á Madrid parte al despuntar la aurora.

DOÑA CLARA

Á Madrid?

INÉS

Eso dijo,  
y halléle en el afán toscó y prolijo  
de deshacer la casa.

DOÑA CLARA

Cielos! Que esto me pasa...!  
Que se parta á Madrid y no le vea!  
Mas dime, Inés, y al fin consuelo sea  
del alma dolorida,  
qué decía de mí á su despedida?

INÉS

Fuera la priesa, ó el capricho fuera,  
anduvo descortés en gran manera.  
Decid—dijo—á esa dama,  
que esta noche me parto de Toledo,  
que en mí más nunca piense,  
y la descortesía me dispense,  
que primero soy yo.

DOÑA CLARA

Traidor, ingrato.

Esto te dijo, Inés? No lo esperaba;  
mas á fe que, en tan necio desacato,  
no sabía tal vez de quién hablaba.  
Mas yo he de hablarle, Inés, antes que huya,  
y he de minar, al fin, la astucia suya.

INÉS

Ved lo que hacéis, señora.

DOÑA CLARA

Ya nada es tiempo de mirar ahora;  
le amo, le adoro, le idolatro ciega,  
y á tal extremo llega  
ya mi pasión, que, fuera de camino,  
á amarle y nada más me determino.  
Por qué, galán, al pie de mis ventanas  
en amoroso son me requería?  
Por qué, en suaves cántigas cortesanas,  
con fábulas de amor me enardecía?  
Pensaba acaso que, á su amante queja,  
sordo mi corazón, sordo mi oído,  
no cruzaba su voz la doble reja,  
buscando al corazón adormecido?  
Pensaba que sus vanos juramentos  
el fondo de mi pecho no minaban,  
ni tenían sus tibios pensamientos  
eco con que en los míos resonaban?  
Por Dios que se engañó! Si sabe, ardiente,  
fingir su vano amor el insensato,  
oh! no sabrá apagar la que, imprudente,  
inflamó hoguera con osado trato.  
Inés?

INÉS

Señora.

DOÑA CLARA

El manto dáme al punto,  
y sígueme.

INÉS

Mirad...!

DOÑA CLARA

Ya va mirada;  
por honra y miramiento, todo junto,  
arrostra una mujer enamorada.  
Mas llamaron?

INÉS

No sé.

DOÑA CLARA

Mira esa puerta.

INÉS

Vuestro hermano, señora.



DOÑA CLARA

Por mi vida, que acierta  
 á acudirme don Juan en mala hora!  
 Mas abre, Inés, aprisa,  
 y si tarda en salir, llévame el manto,  
 y de su sueño ó inquietud me avisa.  
 (Váase.)

## ESCENA VII

DON JUAN y DOÑA ANA

DON JUAN

Doña Ana, en mi casa estáis,  
 y al cuidado de mi hermana  
 hasta después de mañana  
 es fuerza permanezáis.  
 Libre del todo quedáis,  
 y, ó yo poco he de saber,  
 ó presto habrán de volver  
 otra vez á vuestra mano  
 los bienes que vuestro hermano  
 tan sólo supo perder.

DOÑA ANA

Mas decidme antes, don Juan:  
 sano estáis ya de la herida?

DON JUAN

Doña Ana, no por mi vida  
 os paséis tan hondo afán.

DOÑA ANA

Largo tormento me dan  
 los recuerdos de aquel día.

DON JUAN

Segura, señora mía,  
 en ello podéis vivir;  
 fué un amago de morir  
 por el bien que yo quería.

DOÑA ANA

Mas tuve la culpa yo;  
 dejad que al menos la lllore.

DON JUAN

Pues dejadme vos que adore  
 á quien mi herida causó.  
 Mas ya que esto se arregló,  
 doña Ana, atención prestad,  
 que es ya mucha ceguedad,  
 osadía y altiveza,  
 acosar vuestra nobleza  
 contra vuestra voluntad.

DOÑA ANA

Dispuesta, don Juan, estoy  
 vuestra razón á escucharos,  
 porque, más que toleraros,  
 debo respetaros hoy.

DON JUAN

Á hablaros de entrambos voy,  
 porque en tamaña ocasión,  
 desigual resolución  
 es preciso que tomemos,  
 y entrambos consideremos  
 nuestra noble condición.  
 Por un impensado azar,  
 en mi casa os sorprendieron:  
 culpada, pues os prendieron,  
 os hubieron de juzgar.  
 Al fin os logré salvar  
 con empeño y con favor,  
 pero otro riesgo mayor  
 sin duda váis á correr;  
 pues sois hermosa y mujer,  
 no os cumple tal guardador.  
 Si en esta casa os quedáis,  
 peligra vuestra opinión;  
 pero hay en esta ocasión  
 más peligro en que salgáis;  
 donde quiera que vayáis,  
 que habéis de ir sola, es bien llano.  
 Si os guardáis de vuestro hermano,  
 pues que tanto os ofendió,  
 que otro os ampare, que yo  
 es pensamiento villano.  
 Que yo os amo, claro está;  
 si me amáis, vos lo sabréis;  
 y mirad qué respondéis,  
 que sin duda es tiempo ya;

puesto que la noche os da tiempo, pensadlo mejor, que á una parte vuestro honor, á otra la seguridad, es quedar en la ciudad lo mejor y lo peor. Si no me habéis de admitir, pues que tanto no merezco, el amor que yo os ofrezco, fuerza es, doña Ana, partir; mas no he de dejaros ir si no váis con vuestro hermano; que esto no queréis, es llano; y si esto no ha de llegar, fuerza es, doña Ana, quedar, y murmure el vulgo vano.

DOÑA ANA

Atenta ya os escuché, y otorgaros la razón es forzosa obligación, pues ambos peligros sé. Tal decisión tomaré que nos convenga á los dos, y no os extrañéis, por Dios, que noble, don Juan, nací, y no he de faltarme á mí cuando á vos no os faltáis vos. Díónos, por desgracia, el cielo una pasión hechicera, que un cielo la tierra hiciera si infierno no fuera el suelo. Por ella en tierno desvelo los seres amantes van, siguiéndose con afán, como las sombras al sol, como al sol el girasol, como al acero el imán; mas tal es la incompletez de este mundo que habitamos, que siempre el bien que gozamos es miseria y hediondez. Amor sentimos tal vez que el corazón nos devora, y su llama abrasadora nos es fuerza sofocar, porque no acertó á brotar, don Juan, en la mejor hora.

Si viviéramos aún, don Juan, en un paraíso, para amar no era preciso más que el cariño común; mas para amarse, según las leyes en que vivimos, es fuerza nuestro cariño donde pusimos mirar, no lo que fuimos á amar, sino lo que amar pudimos. El amar á una mujer sólo, don Juan, por su amor, corriendo el tiempo es peor que venirla á aborrecer; la inconstancia en el querer es propia del corazón, y si por otra ocasión al fin la razón se acaba, se ve tarde que sobra cuanto antes no fué pasión. Puesto que á este amor social, para que cobre interés, forzoso añadirle es otro interés material, do no hay más que espiritual pasión con que se mantenga, claro es que no se sostenga amor é interés por Dios, y que alguno de los dos á ceder á entrambos venga. Don Juan, yo he de ser quien soy, pues quien soy siendo nací: por vos, por él y por mí, busco á mi hermano desde hoy.

DON JUAN

Mas mirad...

DOÑA ANA

Resuelta estoy.

DON JUAN

Mas tanta tenacidad con que habéis sin caridad pintado á vuestro capricho un amor...

DOÑA ANA

Si bien no he dicho,

yo sé que he dicho verdad,  
y esto baste.

DON JUAN

Baste pues.  
Y porque no haya demora,  
á vuestro hermano, señora,  
que hoy busque preciso es.

DOÑA ANA

Mas tal prisa...

DON JUAN

Oh, que después  
no será tiempo!

DOÑA ANA

Id con Dios.  
Ya lo que hacer sabréis vos,  
y no he de pedir os cuenta.

DON JUAN

Y á mi vuelta más contenta  
será la vida en los dos.

## ESCENA VIII

DOÑA ANA

Yo sabré amar! Y de la negra vida,  
sentada en la ribera,  
yo lloraré de mi pasión perdida  
la calma pasajera.  
Yo sabré amar, y de mi amante historia  
la lastimosa huella  
quedará como rastro en mi memoria  
de moribunda estrella.  
Lejos de mi la fiesta de ese mundo,  
que osado y maldiciente,  
la marca del dolor largo y profundo  
buscaría en mi frente.  
Yo lloraré en silencio solitaria,  
y en mi postrema hora  
no podrá descifrar en mi plegaria  
la razón del que llora.

## ESCENA IX

DOÑA ANA y DOÑA CLARA

DOÑA CLARA

Ya ha salido mi hermano,  
y á favor de la noche tenebrosa  
saldré también. Mas Dios, qué es lo que miro!

DOÑA ANA

(Doña Clara ésta es; yo no respiro!)

DOÑA CLARA

(Mas, no es ella?) Decidme:  
vos de don Pedro hermana  
no sois?

DOÑA ANA

Yo soy doña Ana  
de Mendoza, señora,  
que á mi hermano tal vez buscando ahora,  
al favor me acogí de vuestro hermano.

DOÑA CLARA

Vos buscáis á don Pedro?  
Tanto mejor; es llano  
que cuando ambas al par le buscaremos  
con más facilidad le encontraremos.  
Inés, el manto presto.

DOÑA ANA

Mas mirad que si vuelve  
don Juan, con qué pretexto  
disculpa le daréis de tanta prisa?

DOÑA CLARA

Yo también á don Pedro  
busco, y es diligencia tan precisa,  
que saliendo las dos en busca suya,  
tornaremos á casa  
antes que á ella don Juan se restituya.  
(Y así cuando don Juan haga querella,  
pues á su hermana busca,  
yo le diré que importunaba ella.)

DOÑA ANA

Mas mirad...

DOÑA CLARA

Vamos pronto,  
que antes de media hora...

DOÑA ANA

Mas reparad, señora...

DOÑA CLARA

Ya va bien reparado.  
Á don Pedro busquemos,  
que antes que don Juan vuelva, volveremos.  
(*La ase del brazo y váñse.*)

---

ESCENA X

(*Un figón; una mesa á cada lado, y otra en el fondo. En las laterales barajas; en la del centro dados, y alrededor soldados y gente del pueblo. En la del centro don Pedro, Oñate y algunos hidalgos; á la derecha una puerta, sobre la que se lee: «Paso á la hostería.» Botellas y vasos. Beben y juegan.*)

*Mesa primera*

UNO

Jugad bien.

OTRO

Váis á perder.

EL PRIMERO

Maese Juan, no hacéis ninguna.

MAESE JUAN

Es rigor de mi fortuna.

UNO DE LOS QUE JUEGAN

Triunfos son?

MAESE JUAN

Lo podéis ver.  
Bastos son triunfos.

OTRO

Jugad.

MAESE JUAN

Pues perdemos, voto á Dios!

EL ANTERIOR

Quién ha soltado ese dos?

MAESE JUAN

Yo le he soltado; cargad.

*Mesa segunda*

UNO

Tú tienes las cartas dobles.

OTRO

Mientes como un escribano.

EL PRIMERO

Muestra el juego, abre la mano.

EL SEGUNDO

Aquí está.

UN SOLDADO

Los juegos nobles;  
no haya trampas, que si no  
tiene esto fin de contado.

UNO DE LOS QUE NO JUEGAN

Téngase, señor soldado.

EL SOLDADO

Quién dice téngase?

EL ANTERIOR

Yo.

EL SOLDADO

Mire y calle.

EL ANTERIOR

Eso le digo.

EL SOLDADO

Vuesa mercé se sosiegue,  
calle, beba, escuche y juegue,  
ó apártese acá conmigo.

EL PRIMERO

Triunfos sonoros.

EL SEGUNDO

Ahí van.

EL TERCERO

Por no tenerlos mayores  
ahí va ese cuatro.

EL CUARTO

*(Recogiendo la baza.)* Señores,  
donde las toman las dan.

EL SEGUNDO

Es que no hacen una baza.

EL PRIMERO

Toda la noche perdemos.

EL TERCERO

No tengo prenda.

EL SEGUNDO

Juguemos;

eso no nos embaraza;  
bajo palabra jugad,  
que mañana pagaréis.*Mesa primera*

UNO

Maese Juan, cuánto perdéis?

MAESE JUAN

Cuarenta escudos.

OTRO

Cargad.

*Mesa tercera*

UNO

*(Que echa los dados.)*

Vos, don Pedro.

DON PEDRO

*(Apuntando.)* Á la mayor.

EL PRIMERO

Juego *(Tira.)*, diez. No váis tan mal.  
Juego *(Tira.)*, seis.

EL SEGUNDO

Lance fatal;  
pierdo la suerte mejor.

EL PRIMERO

Pedid.

DON PEDRO

La mayor.

EL PRIMERO

Ahí va.

Juego, nueve. *(Al segundo.)* Va por vos;  
Juego, siete.

EL SEGUNDO

Vive Dios!

Sorda mi fortuna está.

UN HIDALGO

Don Pedro, cuánto perdéis?

DON PEDRO

Gano treinta y seis escudos.

EL HIDALGO

Gracias á Dios!

DON PEDRO

Son desnudos  
los treinta, que debo seis.  
Servidme vino.

EL CUARTO

Eso sí;  
tenéis razón; vino y juego.

EL TERCERO

Mientras atizan el fuego,  
tirad una vez por mí.

*Mesa segunda*

UNO

Dobles esas cartas son.

OTRO

Eso ya es tenacidad.

EL PRIMERO

Dobles son.

EL CUARTO

Es la verdad.

EL SEGUNDO

Mentís vos.

EL CUARTO

Tiene razón.

EL PRIMERO

Infame, me habéis robado;  
 volvedme todo el dinero,  
 ó, vive Dios...!

EL QUINTO

Caballero!

EL SEGUNDO

Si tocáis sólo un cornado,  
 os envaso este puñal.

EL PRIMERO

Soltad, traidor.

EL CUARTO

Vive Cristo  
 que fué trampa!

UN SOLDADO

No lo he visto.

OTRO

Dice bien.

OTRO

Pues dice mal.

EL PRIMERO

Esos escudos me den,  
 ó vive Dios que á estocadas  
 los recobre.

EL SOLDADO

Camaradas,  
 silencio; quietos estén.

EL SEGUNDO

Salid conmigo á la calle.

EL PRIMERO

Eso bien.

EL SEGUNDO

Vamos.

EL PRIMERO

Venid,  
 y á ser cortés, voto al Cid!  
 que una vez he de enseñalle.

MAESE JUAN

*(De una mesa á otra.)*

Qué es eso?

UNO

*(En la otra mesa.)*

Un poca paciencia,  
 algo descontentadizo.

MAESE JUAN

Picóse?

EL OTRO

Sí.

MAESE JUAN

Pues mal hizo.

OTRO

Lleva con él su sentencia.

*Mesa tercera*

EL SEGUNDO

Tened ahí, que gano yo.

DON PEDRO

Tiró por mí.

EL SEGUNDO

Fué por mí.

DON PEDRO

Pues yo el último perdí.

EL SEGUNDO

No perdisteis.

DON PEDRO

Cómo no?

EL PRIMERO

Don Pedro, tiene razón;  
tiré por él.

DON PEDRO

Si eso es,  
callo, y pierdo veintitrés.  
Vino, muchacho!

EL PRIMERO

Diez son.

## ESCENA XI

DICHOS *y* DON JUAN, *con antifaz**Mesa primera*

UNO

Gentil talle!

MAESE JUAN

Audaz, á fe.

EL PRIMERO

Conocéisle?

MAESE JUAN

No por cierto;  
el semblante trae cubierto.

EL SEGUNDO

Quién es ese?

EL TERCERO

No lo sé.

DON JUAN

(Allí está don Pedro; llego,  
y Oñate vino con él.  
Bien estudió su papel.)*Mesa tercera*

UNO

Por vos va, don Pedro. Juego.

DON PEDRO

La mayor.

EL PRIMERO

Once.

DON PEDRO

Ya es mía.

DON JUAN

*(Llegando.)* Yo apuntaré contra vos;  
la mayor.

EL PRIMERO

Doce.

DON PEDRO

Por Dios!

Su merced nos desafía?

DON JUAN

No, juego como cualquiera;  
fortuna fué si gané.

DON PEDRO

Fortuna sin duda fué,  
porque á ser de otra manera...

DON JUAN

Qué fuera?

DON PEDRO

Sabéis quién soy?

DON JUAN

Un... don Pedro de Aguilar;  
mas ved si queréis jugar,  
que esperando juego estoy.

DON PEDRO

Sois muy valiente?

DON JUAN

Tal vez;  
mas me ayuda la fortuna,  
y jamás cedió á ninguna  
mi fortuna y mi altivez.  
En fin, jugáis?

DON PEDRO

Descubríos.

DON JUAN

Qué os importa mi disfraz?  
Tras este lienzo falaz  
encubro secretos míos.

DON PEDRO

Pero quien el rostro encubre  
traiciones guarda ó temor.

DON JUAN

La traición del jugador  
con el juego se descubre.

OÑATE (*Á don Pedro.*)

(Yo á vos, don Pedro, os abono;  
jugad.)

DON PEDRO

Bien; juguemos pues.

DON JUAN

Que os mantengáis, fuerza es,  
con tan poderoso abono.

OÑATE

Bien! Señores, juego nuevo.  
Yo os sacaré.

DON JUAN

Sea.

DON PEDRO

Tirad.

*Mesa segunda*

UNO

Esas bazas os tomad.

OTRO

Y con ésta siete llevo.

EL PRIMERO

Ganásteis.

EL SEGUNDO

Qué, no jugáis?

EL PRIMERO

No tengo qué.

EL SEGUNDO

Norabuena;  
tomad la mitad.

EL PRIMERO

Es ajena,  
que otra mitad me ganáis. (*Levántanse.*)

*Mesa primera*

UNO

No juego más.

MAESE JUAN

Por qué no?

EL PRIMERO

Porque pierdo todo un año.

MAESE JUAN

Eso miráis? Sois tacaño?

EL PRIMERO

Pues nací príncipe yo?



OTRO  
 Jugad.  
 EL PRIMERO  
 No juego.  
 MAESE JUAN  
 Sea así.  
*(Levántanse todos y se acercan á la mesa tercera, donde están don Juan, don Pedro y Oñate.)*

EL PRIMERO  
 Es apuesta?

EL SEGUNDO  
 Así parece.

EL TERCERO  
 Attendamos.

EL SEGUNDO  
 Lo merece.

EL PRIMERO  
 Va contra don Pedro?

EL SEGUNDO  
 Sí.

OÑATE, *tirando con sus dados*

Don Pedro, á vos. Juego, seis.  
 Á vos, el del antifaz.  
 Juego, diez.

DON JUAN  
 Gano.

DON PEDRO  
 En verdad,  
 brava fortuna tenéis.

OÑATE *(Á don Juan.)*

Juego á vos, once. Sacáis  
 bien alto. Don Pedro, á vos.  
 Juego, siete.

DON PEDRO  
 Voto á Dios,  
 que sin alma me dejáis.  
 Muchacho, vino. *(Bebe.)*

EL PRIMERO  
 Eso es;  
 valor, don Pedro.

DON PEDRO  
 Sigamos.

OÑATE  
 Caballero, á vos.

EL SEGUNDO  
 Veamos.

OÑATE  
 Juego, cinco.

DON PEDRO  
 Es mía.

OÑATE  
*(Tirando.)* Tres.

DON PEDRO  
 Por mi vida que es azar.

DON JUAN  
 Qué suerte más importuna!

DON PEDRO  
 Ahí va toda mi fortuna  
 de una vez, por acabar.

OÑATE  
 Á vos, caballero: diez.

DON PEDRO  
 Por San Millán!

OÑATE  
 Juego á vos.  
 Tres.

DON PEDRO

Qué suerte, vive Dios!  
No se me ha dado una vez. *(Retirándose.)*

DON JUAN

Qué es eso, no jugáis más?

DON PEDRO

Como las barbas no juegue,  
no sé ya qué á jugar llegue.

DON JUAN

Vuestra palabra...

DON PEDRO

Quizás,  
si aun mi palabra tuviera,  
pensáis que no la jugara?

DON JUAN

Con ella me contentara,  
que sé bien que se cumpliera.

DON PEDRO

Haced cuenta que la dí  
y la perdí.

DON JUAN

Mas no habéis  
prendas?

DON PEDRO

Ved las que queréis.

DON JUAN

Las haciendas?

DON PEDRO

Las perdí.

DON JUAN

Soldado sois?

DON PEDRO

Capitán.

DON JUAN

Las armas?

DON PEDRO

Perdílas ya.

DON JUAN

Caballo?

DON PEDRO

Jugado va.

DON JUAN

Sueldo del rey?

DON PEDRO

No le dan.

EL PRIMERO

Probad, don Pedro, fortuna.  
Veinte escudos presto yo.

EL SEGUNDO

Yo diez.

EL TERCERO

Yo quince.

DON PEDRO

Eso no;  
todo en uno se reúna,  
y apuntadlo.

EL SEGUNDO

Eso es, valor.

OÑATE

Juego, diez.

DON PEDRO

Ahora sí  
que vuelve la suerte á mí.

OÑATE

Juego, once.

DON JUAN

Es encantador!

EL PRIMERO

Don Pedro, imposible á fe  
me parece.

EL SEGUNDO

Qué jugar!

OÑATE

Vaya, volvéis á apuntar?

EL TERCERO

Jugad.

DON PEDRO

Ya no tengo qué.

DON JUAN

Esa espada.

DON PEDRO

Bien, tirad.

OÑATE

Vos, hidalgo. Once.

EL SEGUNDO

Qué suerte!

OÑATE

Á vos, don Pedro. Seis.

DON PEDRO

Muerte

me dáis; adiós os quedad.

EL PRIMERO

Yo juego con vos; juguemos;  
seguro en mi suerte estoy.

EL SEGUNDO

Yo con vos á apuntar voy.

DON PEDRO

Pero no sé qué juguemos.

DON JUAN

Contra todo lo perdido.

No tenéis ya qué poner?  
No tenéis casa, mujer,  
no sois dueño ni marido?

DON PEDRO

Muchacho, vino. No tengo  
casa, ni mujer, ni hogar.  
Una hermana... y...

UN SOLDADO

Á jugar!

DON JUAN

Con vuestra hermana me avengo.

DON PEDRO

Reportáos. Voto á Dios,  
que lo que decís miréis.

DON JUAN

Hago por que recobréis  
lo que habéis perdido vos,  
y esa puesta os doy de más.

DON PEDRO

(*Marchándose.*) (Una suerte tan seguida!  
Imposible es, por mi vida,  
que se sostenga...! Quizás...!)

EL PRIMERO

Vamos, dejad de pensar  
y decidíos valiente.

DON PEDRO

No ha de ser.

EL SEGUNDO

Cobardemente  
os habéis de retirar?

DON PEDRO

(Mas quién sabe? Contra todo  
arriesgo una prenda yo.)

EL TERCERO

Habéis de huir?

DON PEDRO

Eso no.  
(Y el pagar... es de otro modo.)

TODOS

Bien, don Pedro!

EL PRIMERO

Y yo con vos  
esta espada jugaré.

EL SEGUNDO

Yo estos diamantes.

EL TERCERO

Á fe  
yo cien escudos.

EL CUARTO

Yo dos.

EL QUINTO

Y yo aquesta cruz de plata.

DON PEDRO

Venga vino!

OÑATE

Vaya en paz  
á vos, el del antifaz.  
Juego, nueve.

MUCHOS

Bajo data.

OÑATE

Vuestras mercedes atiendan.  
Va por ellos. Juego, tres.

DON PEDRO

Trampa, por los cielos, es.

UNO

Los demonios que lo entiendan.

DON JUAN

Cómo trampa, vive Dios!  
(Pone mano á la espada.)

DON PEDRO

Ténganse aquí.  
(Echando también mano al estoque.)

DON JUAN

Vuestra hermana  
perdísteis.

DON PEDRO

Esa prenda vana.

DON JUAN

Y á estocadas...

DON PEDRO

Eso á vos.

ALGUNOS

Paz.

OTROS

Fuera!

## ESCENA XII

(Cuchilladas. Oñate se pone al lado de don Juan. Algunos toman partido por don Pedro. Derriban las luces y queda todo en confusión. Doña Ana y doña Clara asoman á la puerta como huyendo de alguien que las persigue.)

DOÑA ANA

Cielo! Es aquí?

DOÑA CLARA

La voz de don Pedro es ésa.

DON JUAN

(Encontrándose en la oscuridad con doña Clara.)

Quién aquí se me atraviesa?

DOÑA ANA

Qué es lo que escucho? Ay de mí!  
Don Pedro.

DON PEDRO

*(Hallándose con doña Ana.)*

Qué es esto? No  
es mujer ésta que toco?

DOÑA ANA

Cielo santo!

DON PEDRO

Estoy yo loco?

DON JUAN

Ténganse!

DON PEDRO

Luz!

UNO

Quién cayó?

DON PEDRO

Voto á Dios! Luces aquí.

---

### ESCENA ÚLTIMA

EL GOBERNADOR, RONDA y DICHS

EL GOBERNADOR

Dénse al rey.

DON PEDRO

Atrás el rey,  
que primero que su ley,  
me importa mi honor á mí.  
*(Á doña Clara, á quien tiene asida.)*  
Quién sois vos?

EL GOBERNADOR

Que nadie osado  
mueva el pie. Vos, caballero,  
decid quién sois.

UNO

Un soldado.

EL GOBERNADOR

Cada uno el nombre que goza  
diga, que esperando estoy.

DON PEDRO

Don Pedro de Aguilar soy.

DON JUAN

*(Descubriendo el rostro.)*  
Y yo don Juan de Mendoza.

DON PEDRO

Vos! Cómo...! Y yo, vive Dios...

DON JUAN

Reportáos, pese á mí,  
que no sé quién está aquí  
ofendido de los dos.  
Vuestra hacienda habéis perdido,  
y pues toda en mi poder  
está, yo os la he de volver,  
para esto la he obtenido,  
mas con una condicióu.

DON PEDRO

Decid.

DON JUAN

Yo tengo una hermana;  
su esposo seréis mañana,  
que peligra su opinión.  
*(Don Pedro rie á carcajadas.)*  
Os reís?

DON PEDRO, *lo mismo*

Ved si me río.

EL GOBERNADOR

La razón?

DON PEDRO

Os la diré.  
Visteis horóscopo, á fe,  
más fortunado que el mío?  
Jugué y perdí hasta la espada,  
gocé jugando y perdiendo;  
gran vida hice á lo que entiendo,

y al cabo no pierdo nada.  
 Mirad si que ría es bien. (*Á don Juan.*)  
 Pero yo tengo otra hermana;  
 hacedme el favor mañana  
 de desposarla también.

DOÑA ANA

Así será, y pues estoy  
 tan á tiempo, esta es mi mano.

DOÑA CLARA

Ya que consiente mi hermano,  
 yo, don Pedro, vuestra soy.

DON JUAN

Mas cómo...

DON PEDRO

La explicación  
 para luego... pese á mí,  
 que es bizarro. (*Riéndose.*)

EL GOBERNADOR

Y ya de aquí  
 que salgamos es razón.

OÑATE

Y con esto, á lo que entiendo,  
 el autor también saldrá  
 del empeño en que hoy está  
 con este *Ganar perdiendo.*





## EL CREPÚSCULO DE LA TARDE

---

Sentado en una peña de este monte,  
tapizado de enebros y maleza,  
estoy viendo en el cárdeno horizonte  
reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,  
y se cree que su sombra nos oculta  
otra región luciente y cristalina  
do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte extenso  
trémulo brilla con purpúrea lumbre;  
un mar de grana le circunda inmenso,  
y un piélagos de sol flota en la cumbre.

El sol se va: su rastro luminoso  
ha quedado un instante en su camino.  
Quién seguirá en su curso misterioso  
la infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;  
las nubes en opacos escuadrones  
avanzan al ocaso, y se abandona  
la atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del día;  
si atropellan la luz por que se acabe;  
si son cifras de paz ó de agonía,  
desde el Sumo Hacedor, nadie lo sabe.

El sol se va: las nieblas se levantan;  
los fuegos del crepúsculo se alejan;  
murmura el árbol y las aves cantan;  
y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles  
que guarda entre sus algas la laguna,  
y las estrellas por Oriente á miles  
trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va: y en ilusión tranquila,  
de aérea nube entre el celaje gayo  
que tras su lumbre con afán se apila,  
desmayado pintó su último rayo.

Adiós, fúlgido sol, gloria del día!  
Duerme en tu rico pabellón de grana:  
ora nos dejas en la noche umbría,  
pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz, oh sol! que yo te espero;  
yo sé que volverás de esas regiones  
do allende el mar, como á inmortal viajero  
te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben  
que al hundirte en la playa más lejana,  
les dejas en tinieblas por que alaben  
la nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás, luz de los cielos!  
y ese volcán con que tu ocaso llenas,  
del alba al desgarrar los tenues velos,  
cinta será de blancas azucenas.

Ve en paz, y allá te encuentres bulliciosa  
otra feliz desconocida gente,  
que ora tal vez pacífica reposa  
á la luz de la luna transparente.

Ve en paz, oh rojo sol! si allí te esperan;  
que allí, tras otros mares y otros montes,  
derramados tus rayos reverberan  
en otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas  
donde una gente indócil y atezada  
alza, en medio de bosques de palmeras,  
las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades  
donde no crecen árboles ni flores,  
donde ruedan las roncadas tempestades  
sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas  
un pueblo altivo que, á tu luz vasallo,  
te muestra sus bellísimas sultanas  
en el secreto harem de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno  
de la europea en su niñez cautiva;  
el rojo labio de suspiros lleno;  
la frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano, orgullosa  
con su tostada y vívida hermosura,  
que entre dos labios de encendida rosa  
asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines  
en que, negras y blancas confundidas,  
unas de otras se ven en los jardines,  
cual sombras de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos  
de Atenas, de Palmira y Babilonia,  
y á par te esperan de tu lumbre ansiosos,  
monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,  
las playas olvidadas de Cartago,  
y del chino el recóndito recinto,  
y el salvaje arenal del indio vago.

Te esperan de Salén los rotos muros,  
del Muerto Mar los ponzoñosos riscos,  
que de los pueblos de Gomorra impuros  
son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas  
en donde lós primeros cenobitas  
de Cristo tremolaron las enseñas,  
alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,  
los mares que no surcan raudas velas,  
en qué arenas se arrastran las serpientes,  
y en qué desierto vagan las gacelas.

Tú sabes dónde airado se desata  
el ronco y polvoroso torbellino;  
dónde muge la excelsa catarata;  
por dónde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas.  
Ante ese inmenso pabellón de grana,  
cuán ciego sin tu luz, oh sol! me dejas...!  
Mas vete en paz, que volverás mañana.

—  
Mañana! Y en tanto crecen  
esos fantasmas de niebla  
con que el ambiente se puebla  
en fantástico tropel!  
Y se agolpan esas nubes  
que acaso al sol atropellan,  
se confunden y se estrellan  
despenándose tras él.

Mañana! Y de aquesta sombra,  
entre el denso opaco velo,  
no veo el azul del cielo,  
valles, ni montes, ni mar.  
Mañana! Y ora encerrado  
en esta atmósfera oscura,  
sé que existe la hermosura  
sin poderla contemplar.

Mañana...! Y en esta noche  
tan tenebrosa en que quedo,  
me acongojan y dan miedo  
la noche y la soledad.  
Doquier que vuelvo los ojos,  
doquier que tienda una mano,  
miro y toco el ser liviano  
de la negra oscuridad.



Siento que á mi lado vagan  
fantasmas que no conozco;  
veo luces que se apagan  
al intentarlas seguir;  
percibo voces medrosas  
que entre la niebla se pierden,  
sin saber lo que recuerden  
ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejilla  
un soplo vago y errante,  
como un suspiro distante  
de alguien que pasa por mí.  
Tiemblo entonces, temo y dudo:  
mis años y mis momentos  
me tienen mis pensamientos  
en estrecha cuenta allí.

Qué negro sueño es aqueste,  
qué delirio el que padezco?  
Esta sombra que aborrezco,  
cuándo pasa? Adónde va?  
La siento sobre mi frente,  
que en masa gigante rueda,  
y siempre sobre mí queda,  
siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,  
se delira y se descansa,  
el pesar duerme y se amansa,  
la aflicción toca en placer;  
en la sombra estamos solos,  
no nos oyen ni nos miran,  
todos los ecos conspiran  
nuestro mal á adormecer.

Mas yo, aquí conmigo mismo,  
oigo y veo, y toco y siento  
á mi propio pensamiento  
y á mi propio corazón:  
no estoy solo, no descanso:  
me oyen, me ven, no deliro...  
Y estos fantasmas que miro,  
qué me quieren, quiénes son?

Oigo el agua que murmura,  
siento el aura que se mueve,  
miro y toco, y sombra leve  
hallo sólo en derredor:

busco afanoso, y no encuentro;  
pregunto, y no me responden.  
Ay! Do están y do se esconden  
los consuelos del dolor?

No sé: que el cielo encapotan  
esas nubes cenicientas  
que se arrastran turbulentas  
por la atmósfera sutil.  
No sé... mas siento que todos  
los recuerdos de mi vida  
en tropa descolorida  
me asaltan de mil en mil.

No sé... Porque no es reposo  
este nocturno tormento  
que el escuadrón macilento  
de mis recuerdos me da!  
Tantas imágenes bellas  
que giran en mi memoria!  
Tantas creencias de gloria  
que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo,  
de olor exquisito y sumo,  
que pasaron como el humo,  
que no volverán jamás...  
Sol, tú has hundido tu frente  
tras la espalda de ese monte:  
mañana en el horizonte  
otra vez te elevarás.

Sol! Mañana, más radiante,  
en los brazos de la aurora  
tornará tu encantadora  
soberana esplendidez.  
Sol, tú ruedas por los cielos;  
mas, por el cielo que pueblas,  
no tropiezas con las nieblas  
de esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves más sereno  
de tu viaje cotidiano;  
sol, tú no esperas en vano  
que volverás desde allí.  
Sí, tú volverás mañana;  
mas, al tocar en tu oriente,  
sabes tú, sol refulgente,  
si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz, oh sol! Baja tranquilo  
por ese rastro de esplendente grana.  
Yo en esta roca buscaré un asilo  
hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa  
los espíritus vagan en el viento;  
que flotan en la niebla misteriosa  
sílides blancas de aromado aljento.

Que las aéreas sombras bienhadadas  
de los que eran aquí nuestros amigos  
vienen sobre las brisas desatadas,  
del nocturno reposo á ser testigos.

Me han dicho que en los bosques aparta-  
en las márgenes frescas de los ríos, [dos,  
por el agua y las hojas arrullados,  
en torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres de su paz gozando,  
y á los que en vida con afán querían,  
desde la turba de su alegre bando  
ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que ésos son los halagüeños  
fantasmas que en la noche nos embriagan;  
esos los blancos y amorosos sueños  
que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad: vendrán acaso  
nuestra vida á endulzar esas visiones,  
y de una estrella al resplandor escaso  
entonarán sus mágicas canciones.

Sí: tal vez á sus madres amorosas  
colmarán de purísimos cariños  
las transparentes sombras vaporosas  
de los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado  
al triste lecho de la esposa viuda,  
á darla en paz el beso regalado  
que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean su voz esos suspiros  
con que la oscura soledad resuena,  
y su aliento esa brisa á cuyos giros  
mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad... pero á mí, triste,  
que no me vela amante y cuidadosa  
esa sombra que á alguno en paz asiste,  
amigo, hermano, idolatrada esposa;

Á mí, que no me cercan esos vagos  
benéficos fantasmas de la noche  
que en las hondas se mecen de los lagos,  
ó de la flor en el cerrado broche;

Á mí, triste de mí! no me acompañan  
esas sombras de amor, blancas y bellas,  
porque mi adusta soledad extrañan,  
porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre ni un amigo  
que deje los alcázares del cielo  
y en nocturna visión venga conmigo  
á prestarme en mi afán calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,  
á quien no deben más que su amargura,  
recolo de los mismos que me adoran,  
temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sílides ni magas:  
que en esas solitarias ilusiones  
sólo siento en redor, torvas y vagas,  
las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra, oh noche! Te aborrezco!  
Odio la luz de tu tranquila luna:  
ante tus bellas sombras me estremezco,  
porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol, que baja refulgente,  
revestido de pompa soberana:  
yo espero al sol, que por el rojo Oriente  
vuelve á nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo y los colores;  
detesto las tinieblas, amo el día:  
todas en él las auras son olores,  
todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,  
abren su cáliz rosas y azucenas,  
y las lágrimas puras del rocío  
bordan sus hojas, de perfume llenas.

Yo espero al sol: entonces se levanta  
la tierra á saludarle perezosa,  
y el ruiseñor entre los olmos canta,  
y llena blando son la selva umbrosa.

Yo espero al sol, porque su luz gigante  
me deslumbra y embriaga y enloquece,  
y, al seguirle en su curso rutilante,  
mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... inmortal y espléndido viajero!  
Yo, como tú, me perderé sin tino:  
iré, desconocido pasajero,  
sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,  
ya murmuren las brisas perfumadas,  
ya cruce por desiertos arenales,  
ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,  
en la triste mansión de una mazmorra,  
altivo triunfador, servil vasallo,  
negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas  
bajo los ostentosos pabellones,  
del río por las márgenes amenas  
y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana  
del mar tras los cristales movedizos,  
y soñando á los pies de una sultana,  
en la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares,  
desde unas costas lúgubres y solas,  
lleguen cruzando los inmensos mares  
á sus queridas playas españolas.

Feliz entonces si á la fin pasados  
mis locos, criminales extravíos,  
de mis fúnebres cánticos tocados,  
les merezco una lágrima á los míos!

Conjuraré á los céfiros ligeros  
de aquellas selvas á la mar vecinas,  
y á los rápidos bandos pasajeros  
de las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato á cuanto amé, solo y perdido,  
un verdugo alimento en mi memoria;  
y, para hundirla entera en el olvido,  
loco deliro un porvenir de gloria.

Gloria ó sepulcro, oh sol! busco anhelante;  
gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.  
Si buscas mi destino, oh sol radiante!  
yo estaré aquí; levántate mañana.





# Á UN ÁGUILA

## ODA

Sube, pájaro audaz, sube sediento  
á beber en el viento  
del rojo sol la esplendorosa lumbre;  
sube, batiendo las sonantes alas,  
de las etéreas salas  
á sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente  
los cielos frente á frente,  
y de cerca á tu Dios, ave altanera;  
y que si el ronco torbellino crece,  
vigoroso te mece,  
siendo un impulso más á tu carrera.

Qué te importa que el sol ni el torbellino  
cruzen por tu camino,  
si en vuelo altivo y temerario arrojo  
la tormenta te riza mansamente,  
y el sol resplandeciente  
como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa  
confusión tumultuosa  
que se afana en subir cuando tú subes,  
si á su impotente y torpe movimiento  
fuerza le falta y viento,  
cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, oh tú de la atmósfera señora,  
águila voladora,  
que, abandonando nuestra tierra oscura,  
emperatriz del viento te levantas,  
y solitaria cantas  
de los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro  
las cítaras de oro  
de los santos y célicos festines;  
y tal vez mires en distancias sumas  
las espléndidas plumas  
de los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes, oh reina soberana!  
el infinito *Hosanna*,  
y en torno al cielo respetuosa giras,  
y en el cóncavo ambiente solitario  
del místico incensario  
el ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes  
que arrastran rutilantes  
esos soles que ruedan en la esfera,  
en cariñosa voz y amago blando,  
te acarician pasando  
al encontrarte siempre en su carrera.

Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,  
del esfuerzo y fatiga,  
de arcángeles tal vez acariciada!  
Bien hayas tú, que despreciando el suelo,  
pidas osada al cielo  
libre, tranquila y liberal morada!

Bien hayas tú, que, lejos del inmundo  
pantano de este mundo,  
no sientes el dolor de los que lloran,  
ni el vergonzoso son de las cadenas;  
ni las de angustia llenas,  
quejas sin fin de los que ayuda imploran!

Ni oyes la bronca voz de impía guerra  
 que ensordece la tierra  
 y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,  
 ni del vasallo el desvalido lloro  
 en derredor del oro  
 que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,  
 recinto de ventura,  
 águila emperatriz, hija del viento,  
 y dejarnos aquí, ya que no osamos,  
 pues cobardes lloramos,  
 gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros dueños,  
 en indignos empeños  
 las ajenas hazañas aplaudamos,  
 y, al ajustar nuestras contiendas fieras,  
 las ajenas banderas  
 y el extranjero pabellón sigamos.

Mientras, cruzando la región vacía,  
 tú en infinito día  
 la farsa ríes de la humana gente,  
 y al son de sus dementes alaridos  
 registras los perdidos  
 vaporosos espacios del Oriente.

Tú desde allí, en las ráfagas mecida,  
 segura y atrevida,  
 contemplas la mezquina y baja tierra,  
 la miseria del hombre y su inmundicia,  
 su orgullo y su injusticia,  
 sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,  
 del aire y del sol gloria,  
 desde la calva inmensurable peña  
 ves cómo se abre trabajosa calle  
 por el angosto valle  
 la armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones  
 dieron á sus legiones  
 tu vencedora imagen por bandera;  
 y tú en el viento, sin temor ni vallas,  
 al son de sus batallas  
 te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron;  
 que á la fin tropezaron  
 en Roma y Babilonia y Santa Elena,  
 y allí vencidos la cerviz hundieron,  
 mientras, al morir, te vieron  
 rasgar el viento á tí, libre y serena.

Salve, reina del viento generosa,  
 águila poderosa,  
 ave del sol y de la luz querida!  
 Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo  
 trepar pudiera al cielo  
 una esperanza de mi amarga vida!

Oh, si alcanzara, cándida María,  
 perdida gloria mía,  
 á enviarte con esa águila un suspiro!  
 Si alcanzara esa osada mensajera  
 á decirte siquiera  
 que aun por tu solo amor canto y respiro!

Ay, fresca rosa que abrasó el estío,  
 perdido encanto mío,  
 tierna, amorosa y muerta ya María!  
 En qué aura vaga tu fragante aroma?  
 En qué escondida loma  
 me velas hoy tu cáliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,  
 y tiéndeme tu mano,  
 y dime dónde estás para mirarte;  
 para que tengan luz los ojos míos,  
 y se acallen bravíos  
 los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,  
 por la región perdida  
 donde espléndido el sol alza su oriente!  
 Y si aun es dado á tu gigante vuelo  
 escudriñar del cielo  
 la ignorada mansión resplandeciente,

Busca á mi vida, y dila que aun la adoro,  
 y dila que aun la lloro,  
 al ronco son de la cansada lira;  
 pregúntala si, lejos de esta tierra  
 en ese que la encierra  
 alcázar celestial, por mí suspira.

Los Césares así y los Napoleones  
 leguen á sus legiones  
 tu vencedora imagen por bandera,  
 y tú en el viento, sin temor ni vallas,  
 al son de sus batallas  
 duermas ufana, libre y altanera!

Sube, pájaro audaz, sube sediento  
 á beber en el viento  
 del rojo sol la esplendorosa lumbre!  
 Sube, batiendo las sonantes alas,  
 de las etéreas salas  
 á sorprender la luminosa cumbre!

No te importe que el sol y el torbellino  
 crucen por tu camino;  
 sigue tu vuelo en temerario arrojo,  
 que el huracán te riza mansamente,  
 y el sol resplandeciente  
 como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento  
 mi lastimero acento,  
 sigue cruzando á las etéreas salas;  
 que los roncros preludios de mi canto  
 son los ayes del llanto  
 que me arranca la envidia de tus alas.









# ORIENTAL

---

Larga y pesada es la noche,  
si de un cerrado balcón  
al pie se aguarda la lumbre  
de un enamorado sol;

Si á oscuras en una calle  
no se siente en derredor  
más que del aura perdida  
el interrumpido son.

Larga y pesada es la noche  
para el despierto amador  
que acecha una blanca mano,  
que tal vez le hace traición,

Mientras la diestra al estoque,  
ebria el ánima de amor,  
de rival desconocido  
recela la condición.

Larga y pesada es la noche  
para quien tanto aguardó;  
que el alba por el Oriente  
viene á ahuyentar su pasión.

Muy larga para el mancebo  
que en Córdoba penetró,  
de los ojos de una mora  
enredado en la prisión.

Está el cristiano apoyado  
en las rejas donde vió,  
mientras que lloró cautivo,  
á la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña  
una respuesta aguardó:  
las celosías tuvieron  
siempre velado el balcón.

Mas, viendo que á largos pasos  
veníase alzando el sol,  
entre amorosos suspiros,  
así dijo á media voz:

—He llamado á tu ventana,  
mi sultana,  
siempre fiel á mi pasión,  
y enojado me despido,  
pues dormido  
encontré tu corazón.

Adiós, mi dulce señora,  
ingrata mora;  
que, pues más no he de venir,  
bien harás, de mí olvidada,  
descuidada,  
en largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano  
vuelva ufano  
enamorado á buscar,  
clavando del foso oscuro,  
sobre el muro,  
una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,  
centinela  
de tu cerrado balcón,  
aguarde ya entretenido,  
si dormido  
he de hallar tu corazón.

No esperes, no, que combata,  
mora ingrata,  
de tu celosía al pie,  
mientras en otros amores  
tus favores  
gozando un rival esté.

Que si á mi voz no respondes,  
porque escondes  
otro amor para mi amor,  
guarda los lances y cuitas  
de tus citas  
para quien ha tu favor.

Quédate, aunque yo te amaba,  
por esclava  
de un señor y de un harem,  
y muera con tu hermosura  
la ventura  
de tu existencia también.

Adiós: duerme, mi sultana,  
y tu ventana,  
testigo de mi pasión,  
te diga si he conocido  
cuán dormido  
estaba tu corazón.—

Y así el mancebo diciendo,  
de sus celos al furor,  
de un tajo las celosías  
con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora  
á tan descompuesto son,  
y, asomándose á la reja,  
quién era le preguntó.

Mas él, á larga distancia,  
revolviendo un callejón,  
tornó la espalda diciendo:  
Dormid en paz, que soy yo.





# CANCIÓN

---

Música del Sr. D. S. Iradier

CORO

Orgía, dadme flores!  
Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

El tiempo nos roba  
las horas más bellas:  
romped las botellas  
y al baile venid.  
Que al son que murmura  
la danza insegura,  
sueño es de ventura  
la vida feliz.

Orgía, dadme flores!  
Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

Soñemos gozando  
fortuna tan vana,  
y el sol de mañana  
que vea, al salir,  
que al son de la orquesta,  
danzando en la fiesta,  
no es carga funesta  
la vida feliz.

Orgía, dadme flores!  
Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

Diránnos mañana  
que somos ceniza,  
que es dicha postiza  
la de este vivir;  
mas hoy gozaremos,  
dichosos seremos,  
en tanto olvidemos  
origen tan vil.

Orgía, dadme flores!  
Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

Bailemos, bebamos:  
la vida es muy corta;  
tal vez nos importa  
pasarla feliz;  
y si al fin perdida  
se llora la vida,  
gozando se olvida  
tan lúgubre fin.

Orgía, dadme flores!  
Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

---

Venid á mí, brillantes ilusiones,  
que engalanáis la juventud ardiente.  
Dadme, dadme fantásticas visiones  
con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,  
y en vistoso tropel pasen risueñas,  
como la espuma de sonante río  
resbala entre las peñas.

Dejadme, aunque ficción, ver á lo lejos  
esa radiante luz de la esperanza  
á cuyos ricos trémulos reflejos  
un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones  
que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,  
que tornan al compás de mis canciones  
en lúgubre suspiro.

Yo, que cruzo feliz, libre y contento,  
de la existencia el áspero camino,  
que, ayudado tal vez de noble aliento,  
cantar es mi destino,

Por qué, al herir ufano el arpa de oro  
en amoroso son lanza perdido,  
en vez de canto espléndido y sonoro,  
fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño  
natura por doquier pródiga brota:  
de su ventura, á mi tenaz empeño,  
todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro  
al esplendente sol, y apelmazado,  
sorbiento el día nubarrón oscuro,  
su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,  
los cándidos placeres campesinos,  
y de muertas naciones insolentes  
lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera  
el imperial y soberano vuelo,  
y profano llegué, tras su carrera,  
á llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,  
los brindis y el placer, y ensangrentado  
hice girar en torno á los festines  
el féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores  
la senda del vivir entapizada,  
y caminé entre abrojos punzadores  
hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,  
y ningún amador se holgó con ellas;  
blasfemias mis plegarias se volvieron,  
y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,  
soñé fraternidad y huyó el amigo;  
que lleva al fin quien desventuras canta  
la soledad consigo!

Dónde tornar los desolados ojos?  
Dónde tender las alas del deseo?  
Truécanseme las flores en abrojos,  
y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio  
del loco mundo las tristezas cura...  
Cada sonrisa me costó un suplicio,  
doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela  
de la sombría noche misteriosa...  
Las noches he pasado en larga vela,  
en lucha congojosa.

Flores, en dónde estáis que no os encuen-  
Vago por el jardín y nunca os hallo: [tro?  
las raíces tal vez estarán dentro,  
mas no asoman el tallo.

Fúlgido sol, espléndidas estrellas,  
melancólica luna, yo os adoro!  
Y, al bendecir vuestras antorchas bellas,  
mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,  
el mar corales y los ríos peces:  
yo bendigo sus senos creadores,  
los adoro mil veces.

Pero, al volver al Dios que los ha hecho,  
jamás me pareció ni mar ni tierra  
más que un sepulcro cuyo borde estrecho  
nuestra miseria encierra.





# Á MARIANA

## CANCIÓN

Limpia es la noche y callada:  
la luna en el cénit brilla,  
como lámpara colgada  
en recóndita capilla.  
La brisa errante y serena  
mansa suena,  
meciendo árbol, hierba y flor;  
y el mundo, en descuido inerme,  
goza ó duerme  
sus pesares ó su amor.  
Yo, constante en mi porfía,  
paso la noche sombría  
suspirando á tu ventana,  
Mariana mía!  
Mas si han de espirar mis quejas  
en tus rejas,  
no me las abras, Mariana,  
noche ni día.

Porque me es tan delicioso  
saber cuándo al fin te roba  
al necio mundo curioso  
la oscuridad de tu alcoba...!  
Tan grato espiar atento  
el momento  
en que tu luz espiró,  
por poder decir ufano:  
*Hora qué vano  
favorito es como yo?*  
Me es tan dulce en mi agonía  
saber que en la noche umbría  
suspiro yo á tu ventana,  
Mariana mía!  
Mas, si han de espirar mis quejas  
en tus rejas,  
oh, no me las abras, Mariana,  
noche ni día.

Yo bien pudiera mentirte  
palacios, buques, caballos;  
en luengas tierras decirte  
que me respetan vasallos;  
porque de tierras ignotas  
y remotas  
fuera muy fácil mentir;  
mas decirte, aunque quisiera,  
no supiera,  
si me lo hubieras de oír,  
sino que en tenaz porfía  
paso la noche sombría  
suspirando á tu ventana,  
Mariana mía!  
Mas, si han de espirar mis quejas  
en tus rejas,  
no me las abras, Mariana,  
noche ni día.

Yo no soy más que un poeta,  
sin otro bien que mi lira,  
un alma al amor sujeta  
y un corazón que suspira:  
y aunque es verdad que hay algunos  
importunos  
que me aplauden mi canción,  
yo nunca he de hacerles caso,  
porque acaso  
habilllas del vulgo son.  
Yo paso cantando el día,  
pero la noche sombría  
paso al pie de tu ventana,  
Mariana mía!  
Mas, si han de espirar mis quejas  
en tus rejas,  
no me las abras, Mariana,  
noche ni día.

Cuando, en tus cándidos sueños,  
 oír tal vez te parece  
 de compases halagüeños  
 el son que se desvanece,  
 no son los tenues lamentos  
 de los vientos  
 que murmuran al pasar;  
 no es el ruido de la fuente  
 transparente,  
 sino el son de mi cantar.

Porque, siempre en mi porfía,  
 paso la noche sombría  
 suspirando á tu ventana,  
 Mariana mía!  
 Mas, si han de espirar mis quejas  
 en tus rejas,  
 no me las abras, Mariana,  
 noche ni día.

Oyes la lluvia que cae,  
 y el aura en sus hilos rota,  
 que una voz triste te trae  
 mientras tus vidrios azota?  
 No es la voz de la tormenta  
 turbulenta  
 que muge con el turbión;  
 es el arpa que yo toco  
 cuando evoco

tu sueño con mi canción.  
 Porque, siempre en mi porfía,  
 yo velo en la noche umbría  
 suspirando á tu ventana,

Mariana mía!  
 Mas, si han de espirar mis quejas  
 en tus rejas,  
 no me las abras, Mariana,  
 noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,  
 de tan amorosas cuitas,  
 te cansa el son de mi canto  
 y te cansan mis visitas;  
 si tu sueño ó tus placeres  
 ya no quieres  
 que turbe importuno más,  
 manda que rompan la lira  
 que suspira  
 tan amoroso compás;  
 mas si has de salir impía  
 á maldecir mi porfía  
 cuando lloro á tu ventana,  
 Mariana mía!  
 deja que estrelle mis quejas  
 en tus rejas,  
 y no las abras, Mariana,  
 noche ni día.



# JUAN DANDOLO

DRAMA EN TRES ACTOS

POR DON JOSÉ ZORRILLA

y

DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ







## PERSONAJES

---

Juan Dandolo (*Bernardo Carabello*).

Mariana, *su hermana*.

Jacobo Dagolino.

Pedro.

Gaspar, *gondolero*.

Maffei.

Isaac Benjamín.

Caballeros venecianos.

---

*La acción pasa en Venecia á fines del siglo XV*

---

---





# JUAN DANDOLO

---

## ACTO PRIMERO

---

### ESCENA PRIMERA

PEDRO *á la puerta de la casa de BERNARDO, y MARIANA en el balcón*

PEDRO

Decís que esta noche?

MARIANA

Sí;

esto sólo le responde.

PEDRO

Mas no me habéis dicho dónde os ha de ver.

MARIANA

Dónde? Aquí.

PEDRO

Á esta puerta?

MARIANA

Sí; mas cuida

no noten á tu señor,  
que en ello estriba mi honor  
y acaso también su vida.

PEDRO

No temáis.

MARIANA

Adiós. (*Se entra.*)

PEDRO

Por más

que diga mi amo, no sé  
de tanta cándida fe  
lo que ha de alcanzar jamás.  
Estos misterios de amor  
que han de ser fatales creo,  
y trascienden á himeneo,  
que no hay desdicha mayor.  
Y ha de hacer esta mujer  
que caiga en tal desvarío!...  
Ya no sois, pobre amo mío,  
el que de antes solíais ser.  
En otro tiempo era cosa  
harto notable á fe mía,  
encontraros más de un día  
en los brazos de una hermosa.  
Corrió un mes, y esta beldad  
os está en su amor prendiendo;  
máteme Dios si comprendo  
tan rara fidelidad.

## ESCENA II

GASPAR y BERNARDO *salen por el fondo  
à la izquierda del espectador*

BERNARDO

Ya hemos llegado; bien puedes  
volvete, toma.

GASPAR

Qué hacéis,  
monseñor?

BERNARDO

Pues qué?

GASPAR

No veis?  
Oro!

BERNARDO

Y bien?

GASPAR

Tantas mercedes!

BERNARDO

Oh! Por qué me hablas así?  
Monseñor!

GASPAR

No dije nada.

BERNARDO

No soy ya tu camarada  
y tu hermano de armas, dí?

GASPAR

Camarada! Sí, bien dices;  
esos tiempos no olvidé,  
que no sé si llamaré  
más tristes ó más felices.

BERNARDO

Qué guerras!

GASPAR

Qué mortandad!

BERNARDO

Venecia, no como ahora,  
del mar la reina y señora,  
se llamaba con verdad.  
Sus nobles no envilecían  
su existencia en los placeres,  
ni como blandas mujeres  
telas de seda vestían.  
Ni en molicie regalada  
hicieron del vicio alarde,  
ni por el puñal cobarde  
trocaron la dura espada.  
Entonces no era el honor  
como agora inútil nombre,  
y era virtud en el hombre  
esa virtud del valor.  
Del campo la piedra dura  
era en las lides su lecho,  
y no temblaba su pecho  
bajo la férrea armadura.  
Ahora ya, prefieren viles  
la esclavitud á la guerra,  
arrastrándose en la tierra  
como míseros reptiles.

GASPAR

Es verdad, mas cómo así,  
mudando conversación,  
de tan pobre condición  
tan rico te hiciste, dí?  
Tú eras soldado, valiente,  
es verdad, pero no más  
que un soldado, y rico estás  
sí ya tu porte no miente.  
Las artes están fatales,  
y tu oficio de espadero  
que no te produzca infiero.

BERNARDO

Sí, por Dios; se hacen puñales.

GASPAR

Pudiera ser... Sin embargo,  
todo eso, Bernardo, es humo.

BERNARDO

Eh!

GASPAR

Y acertarlo presumo.

BERNARDO

Sabrás quizá...

GASPAR

Me hago cargo.

Aunque de cierto lo ignoro,  
quizá el secreto se encierra  
en hacer de pobre tierra  
florines de plata ú oro.  
Secreto es ese que diz  
que más de un sabio encontró,  
y aqueso presumo yo  
que pudo hacerte feliz.

BERNARDO

Bah! No es eso. Es más sencillo  
mi secreto.

GASPAR

No haces oro?

Pues te hallaste algún tesoro  
al levantar un ladrillo.  
Eso á menudo lo ves.

BERNARDO

Tampoco es eso, Gaspar;  
no lo puedes acertar.

GASPAR

Pues qué, tan difícil es?

BERNARDO

No puedes, si yo no hablo,  
el móvil de mi fortuna  
conocer.

GASPAR

Sin duda alguna  
vendiste tu alma al diablo;  
y si es así, bien querría,  
tal mi suerte es de cruel,  
hacer amistad con él  
para venderle la mía.

BERNARDO

Cierto...? (*Sonriéndose.*)

GASPAR

Al mismo Belcebú,  
como riquezas me diera  
y feliz también me hiciera,  
cual sin duda lo eres tú.

BERNARDO

Feliz...! No lo soy, pardiez;  
con todo mi corazón  
cambiara mi situación  
por tu paz y tu honradez.

GASPAR

Tú también eres honrado,  
ó al menos siempre lo fuiste.

BERNARDO

Cuando tú me conociste...  
pero ese tiempo ha pasado.

GASPAR

Es cierto?

BERNARDO

Sí, por mi mal.

GASPAR

Mi estado entonces prefiero.  
Eres tal vez carcelero,  
ó esbirro del tribunal?

BERNARDO

No te canses; soy... (*Al oído.*)

GASPAR

(*Alejándose.*) Gran Dios!

BERNARDO

Qué haces, amigo?

GASPAR

Me voy.

No puede haber desde hoy  
amistad entre los dos.

BERNARDO

Es cierto, sí; vete ya;  
mi aliento puede mancharte.

GASPAR

El cielo quiera arrancarte  
de aquesa senda.

BERNARDO

Ojalá.

## ESCENA III

BERNARDO *solo*

Razón tiene; mas no veo  
otro remedio en mi suerte  
que el remedio de la muerte...  
Dios sabe que la deseo!  
Dios lo sabe que por tí  
virtud y honor olvidé,  
pobre Mariana! y yo sé  
que no lo hiciera por mí.  
De otro modo, sin ventura,  
en lenta, amarga agonía,  
otra vez marchitaría  
la miseria tu hermosura.  
Tú sufrías, en verdad;  
yo no sé si resignada,  
mas devorabas callada  
tus lágrimas de orfandad.  
Oh, no; que sufra yo solo,  
aunque Venecia me llame  
con el nombre torpe, infame,  
del terrible Juan Dandolo.  
(*Entra en su casa.*)

## ESCENA IV

JACOBO y PEDRO

JACOBO

Eso Mariana te dijo?

PEDRO

Eso.

JACOBO

Que viniera?

PEDRO

Sí;  
pero aun no es hora.

JACOBO

La noche  
poco tardará en venir.  
Entre tanto, esperaremos...

PEDRO

En dónde, señor?

JACOBO

Aquí.

PEDRO

Y si os viesen?

JACOBO

Quién?

PEDRO

Alguno;  
llegómelo á prevenir...

JACOBO

No me verán.

PEDRO

Cuando espera  
un caballero gentil  
en una esquina arrimado,  
queriendo el rostro encubrir,  
no hay duda, señor, ninguna,  
que quien le detiene allí  
son los ojos hechiceros  
de un humano serafín.

JACOBO

Nadie puede conocerme.

PEDRO

Como gustéis; yo por mí...

JACOBO

Entre tanto, de otro asunto  
tengo que hablarte.

PEDRO

Decid.

JACOBO

Esta mañana he salido  
del juego sin un cequí.

PEDRO

Todos los días á casa  
de esa manera venís.  
Á qué es la nueva?

JACOBO

Mi padre  
se ha llegado á resistir  
á franquearme sus arcas.

PEDRO

Hace bien.

JACOBO

Ya no hay ardid,  
no hay medio ya de arrancarle  
un miserable florín.

PEDRO

Harto os ha dado.

JACOBO

Es preciso,  
sin embargo, recurrir  
á algún medio.

PEDRO

Ya lo veo.

JACOBO

Para ello he pensado en tí.

PEDRO

Os burláis?

JACOBO

No lo adivinas?

PEDRO

Al punto, si lo decís.

JACOBO

Vete á buscar en Rialto  
al buen Isaac Benjamín,  
un prestamista usurero,  
y haz luego que venga aquí.

PEDRO

Empeñáis vuestra palabra,  
ó vuestra firma?

JACOBO

Á qué fin  
me lo preguntas?

PEDRO

Porque  
es tan miserable y vil  
la condición de esos perros,  
que no darán un cequí  
por la palabra y la firma  
de un hidalgo tan gentil;  
mas si tenéis por ventura  
alguna alhaja ruín,  
que valga el doble á lo menos  
que la suma que pedís...

JACOBO

Imposible.

PEDRO

Y aunque guarde  
larga madeja sutil  
de perfumados cabellos...

JACOBO

Te atreves eso á decir?

PEDRO

El hebreo que, como hombre  
de talento baladí,  
su precio ignora, y no sabe  
que bañada de jazmín  
en otro tiempo besaba,  
con voluptuoso bullir,

el peregrino contorno  
de algún cuello de marfil,  
la dejará en vuestras manos,  
reservando para sí  
los diamantes que la guardan,  
y el oro, que es tierra vil.

JACOBO

Y no hay otro medio?

PEDRO

Yo

no lo alcanzo.

JACOBO

Conque al fin  
será preciso... Y si ella  
lo llegase á presumir...?

PEDRO

No es fácil.

JACOBO

En hora buena.  
Ve en busca de Benjamín,  
y aquí os espero... Mil doblas  
le pedirás.

PEDRO

Lo haré así.

## ESCENA V

JACOBO

No lo sabrá... La fortuna  
no siempre ha de ser contraria,  
y las manos de un judío,  
aunque profanen, no manchan.  
Presto volverá á las mías,  
para que de ellas no salga  
esta prenda de tu amor,  
que un rico tesoro guarda.  
Estos hermosos cabellos  
que blando perfume exhalan,  
y mil veces resbalaron  
sobre tu desnuda espalda,

tornarán, yo te lo ofrezco,  
porque consuelan mis ansias  
cuando, ausente de tus ojos,  
dolientes mis horas pasan.

*(Un hombre embozado pasa silenciosamente  
por el fondo y llega á la casa de Ber-  
nardo.)*

Qué es esto? Un hombre que oculta  
en el embozo la cara,  
paró á su puerta; sospechas...  
Quién puede ser? Ahora llama.

*(La puerta se abre y el embozado entra como  
recatándose.)*

Le abren! El diablo me lleve  
si aquesto no tiene trazas  
de amorosa cita... Cielos!  
Infel ella! Mariana!

No es posible; mas lo cierto  
es que entró, que le aguardaban...

Oh! Yo también entraré,  
así veré si me engaña.

*(Va á llamar y se detiene.)*

Ah! Que los celos me ciegan...

No puede entrar en su casa  
hermano, padre ó marido...?  
Pero dudarle no basta.

## ESCENA VI

JACOBO, PEDRO é ISAAC BENJAMÍN

PEDRO

Isaac Benjamín.

JACOBO

Bien vengas,  
judío.

ISAAC

Que os guarde Dios.  
Háme dicho este criado  
que con mucha precisión  
necesitábais mil doblas  
sobre alhajas de valor.  
La cantidad es inmensa;  
mas si permitiérais vos  
que viese la prenda...



JACOBO

Es justo,  
mírala.

ISAAC

Dios de Jacob!  
Bien lo merece; hay diamantes  
claros como el mismo sol.  
Poco, á la verdad, mil doblas  
para tal alhaja son;  
y si queréis...

JACOBO

No, me basta.

PEDRO

Sacáis el cabello?

JACOBO

No;  
así para rescatarlo  
será el conato mayor.

ISAAC

Tomad y contad.

ESCENA VII

*(Mientras Jacobo cuenta el dinero, salen de la casa Bernardo y el embozado.)*

BERNARDO

Ya sé...  
conozco mi obligación,  
y quedaréis satisfecho.

PEDRO *(Á Jacobo.)*

Dos hombres salieron.

JACOBO

Dos!

Mira y disimula.

BERNARDO

Pero  
os advierto, monseñor,

que si á todo me convengo,  
al precio que decís, no.  
*(El embozado le da un bolsillo.)*

Fuí soldado, y en mi pecho  
late un noble corazón,  
y os juro que no me agrada  
herir con golpe traidor.  
Un hebreo no es de cierto  
un enemigo feroz,  
y en este caso...

*(El embozado vuelve á darle dinero.)*

Ya veo

que me entendeís. Os váis? Oh!  
Aún me resta por haceros  
la postrera reflexión.  
Si he de extraer los papeles  
que consigo lleva, estoy  
pagado como asesino,  
pero no como ladrón.  
*(Vuelve á darle dinero el embozado.)*

PEDRO

Si nos ven...

JACOBO

Disimulemos:  
cabal está.

PEDRO

Alzad la voz,  
no noten que recelamos.

JACOBO

Isaac Benjamín, adiós.  
*(Al pronunciar Jacobo estas palabras, el embozado llama la atención de Bernardo mostrándole con la mano al judío. Bernardo hace un movimiento de cabeza, indicando que lo ha comprendido. El embozado se va.)*

ISAAC

Adiós, noble joven.

BERNARDO

Vaya,  
que casualidad mayor!...  
*(Se va Isaac y Bernardo le sigue.)*

JACOBO

Quiénes pueden ser?

PEDRO

Su hermano

es el uno de los dos  
sin duda.

JACOBO

Cómo has sabido?...

PEDRO

Hace un instante, mas no  
todo lo que yo quisiera.

JACOBO

Pero en fin...

PEDRO

Supe que son  
de pobre origen... él vive  
á costa de su sudor,  
que es un armero.

JACOBO

Imposible.

PEDRO

Yo no alcanzo esa razón;  
sin embargo, para luego  
lo preguntaré mejor.

JACOBO

Pienso que baja.

PEDRO

Cuidado  
con revelarla que vos  
indagáis...

JACOBO

Ni una palabra;  
no te alejes.

PEDRO

Cerca estoy.

## ESCENA VIII

*Sale* MARIANA

JACOBO

Te veo al fin... ya creía  
que no vinieses.

MARIANA

Por qué?

Es tan tarde?

JACOBO

Sí, á fe mía,  
que sin tu luz no vivía  
todo el tiempo que esperé.  
La impaciencia es un dolor  
si nace de tal amor  
como éste que el alma abriga,  
que da tormento y fatiga  
sólo porque da temor.

MARIANA

*(Con melancolía.)*

Jacobo, tanto me amáis?

JACOBO

Eso preguntáis, señora?

MARIANA

*(Gran Dios!)*

JACOBO

Acaso dudáis...?

MARIANA

Dudar, dudara en buen hora.

JACOBO

Eso decís, y lloráis?  
Mal haya quien de esos ojos  
causa los duros enojos...  
Quién, señora, te ofendió?

MARIANA

Nadie, sino quien buscó  
placeres y encontró abrojos.

Yo misma soy de mi mal  
la causa, que loca, insana,  
alimenté criminal  
una pasión inhumana  
que habrá de serme fatal.  
Y al fin, es llegado el día  
temido, aunque no esperado...  
Llegar por fuerza debía,  
y nuestro amor descuidado,  
eterno el placer creía.

JACOBO

Habla, qué puede en el mundo  
nuestro afecto contrastar?  
De qué nace ese pesar  
que con dolor tan profundo  
miro en tus ojos brotar?  
Celoso, adusto y sombrío,  
tiraniza tu albedrío  
de algún marido el rigor?  
Dílo, y el enojo mío...

MARIANA

Es más honesto mi amor.

JACOBO

Perdona si te ofendí,  
que nunca supe quién eres,  
por más que lo pretendí;  
siempre sois todas así  
misteriosas las mujeres.

MARIANA

Sí, misteriosa, es verdad,  
pero es un secreto horrible...  
Niña, en mi mejor edad,  
sobre mí pesa terrible,  
funesta fatalidad.

JACOBO

Dílo pues.

MARIANA

Nunca.

JACOBO

Por qué?

MARIANA

Es imposible.

JACOBO

Y no más  
que esa razón... Oh, ya sé  
por qué otra razón no das...

MARIANA

No lo sabes.

JACOBO

Sí, sí, á fe.

Quién lo duda? Arrepentida  
de amarme, en otra pasión  
acaso el alma engreída...

MARIANA

Eso piensas?

JACOBO

Fementida!

Nunca esperé tal traición!

MARIANA

Calla! No te amo? Si fuera  
eso que dices verdad,  
ni estas lágrimas vertiera,  
ni en mi doliente ansiedad  
por tí mi vida expusiera.

JACOBO

Tu vida!

MARIANA

Sabes que el cielo  
puso un muro entre los dos?

JACOBO

No lo sé, pero recelo  
que estáis gozando, por Dios,  
en doblar mi desconsuelo.  
Quién hay que pueda romper  
tales, tan sagrados lazos?  
Sutilezas de mujer  
que dan al alma placer  
para romperla en pedazos.

Gozáis en vender amores  
á precio de un corazón,  
y con halagos traidores  
guardáis entre blancas flores  
el veneno y la traición.

MARIANA

Jacobo!

JACOBO

Bajando estás  
los ojos avergonzada!

MARIANA

Esto, Dios mío! esto más!

JACOBO

Mariana... Adiós...

MARIANA

Desdichada!

JACOBO

Para siempre adiós!

MARIANA

Te vas?

JACOBO

Tú lo quieres.

MARIANA

Mas dudando  
de mi amor... Dudar así...  
No ves lo que estoy penando?

JACOBO

Decidme pues... Hasta cuándo  
queréis burlaros de mí?  
Ya sé, señora, ya sé  
que sois llorando funesta,  
y esa mi desdicha fué,  
que el alma, la vida y fe,  
aquese llanto me cuesta.

MARIANA

Oid... La suerte importuna  
no como á vos me halagó,

y es tan oscura mi cuna,  
que no habrá mujer ninguna  
tan humilde como yo.  
Y aunque es verdad que os adoro,  
y que este amor es mi vida,  
Jacobo, tampoco ignoro  
que profano mi decoro  
viviendo en él engreída.  
Porque con tanta afición,  
no siendo mi suerte igual  
aunque igual mi corazón,  
ser tu esposa fuera un mal,  
y ser tu amante un baldón.

JACOBO

Quién eres pues?

MARIANA

Ahora bien,  
dudes de mi afecto ó no,  
júgueslo amor ó desdén,  
vete en buen hora... también,  
también á sufrir voy yo.

JACOBO

Espera.

MARIANA

No, no es posible  
aquí ya permanecer.

JACOBO

Tanta perfidia es creíble!

MARIANA

Vete, Jacobo; es terrible  
el amor de esta mujer.

JACOBO

Has de oirme.

MARIANA

Presto, acaba...

JACOBO

Piensas tú que mi pasión  
blasones en tí buscaba,  
ni otra cosa demandaba

que ternura y compasión?  
 Qué importan nobleza y oro  
 cuando hay amor y virtud,  
 y ese tan rico tesoro  
 que en tí frenético adoro  
 de hermosura y juventud?  
 Habla... Y si puede bastar  
 mi mano á satisfacerte,  
 únanos luego el altar,  
 si no es que quieres gozar  
 en mi desdicha y mi muerte.

MARIANA

Juras al Dios soberano,  
 que es de tu oferta testigo,  
 darme de esposo la mano?

JACOBO

Déme severo castigo  
 si juro su nombre en vano.

MARIANA

Espera...

JACOBO

Viene alguien?

MARIANA

Sí;

ves un bulto?

JACOBO

Quién será?

MARIANA

Tal vez mi hermano. Ay de mí!  
 Que se acerca; vete ya.

JACOBO

Observaré desde allí.

ESCENA IX

BERNARDO y MARIANA

BERNARDO

Mariana!

MARIANA

Tú tan presto...!

BERNARDO

Te sorprendes?

No me esperabas, dí?

MARIANA

No.

BERNARDO

Y entre tanto,  
 acaso el tiempo en que mi vuelta esperas,  
 no será, como de antes, sin encanto.

MARIANA

No comprendo, Bernardo.

BERNARDO

Por ventura,  
 no me he explicado bien?

MARIANA

Cierto...

BERNARDO

En qué pasas  
 las horas tristes de la noche oscura?

MARIANA

En qué sino en rezar?

BERNARDO

Bien lo comprendo,  
 y por esa razón á tales horas  
 buscando más sublime santuario  
 y más sublime altar, habéis salido  
 del humilde oratorio solitario...  
 mas no á citas de amor.

MARIANA

Tales sospechas...

BERNARDO

Sospechas..! Oh! Tomad.

MARIANA

Cielos, qué veo!

BERNARDO

Joya es tuya, Mariana.

MARIANA

Y cómo pudo  
á tus manos venir?

BERNARDO

No sé; mas mira,  
mírala bien, hermana; es una prenda  
de tiernísimo amor; mira que guarda  
de tu cariño despreciada ofrenda.

MARIANA

Yo...

BERNARDO

No son éstos, dí, los rizos bellos  
que engalanaron tu nevada frente?  
No es ésta la color de tus cabellos?

MARIANA

Bernardo...!

BERNARDO

Y esta joya que tu hermano  
prenda de su querer te dió en un día,  
prenda es de liviandad, de amor insano  
que hoy atestigua la deshonra mía.

MARIANA

Deshonra! No es verdad; pura y sin mancha  
fué mi pasión, Bernardo: este cariño,  
que inundó el alma de inefable encanto,  
es virginal, como el amor de un niño.

BERNARDO

Quién lo duda? Es verdad que no pagaron  
con igual expresión tan tierno afecto,  
que tu inocencia y tu candor burlaron.  
En qué mano presumes que esa joya  
por desgracia encontré?

MARIANA

Díme; no acierto  
tanta infamia á creer.

BERNARDO

Oh! El desdichado  
no más me infamará.

MARIANA

Quién es?

BERNARDO

Ha muerto.

MARIANA

Ah! Por mi culpa!

BERNARDO

No; morir debía;  
no le mató tu amor ni mi venganza...  
Fué su desdicha y la desdicha mía.

MARIANA

Qué has hecho?

BERNARDO

No lo sabes? No sospechas  
á qué grado de infamia y desventura  
tu hermano se arrastró, ni á cuánto grado  
por tí, por tu cariño, la memoria  
de un padre y de una madre ha deshonrado?

MARIANA

No lo digas, por Dios!

BERNARDO

Esto te asusta,  
y sin embargo, hermana, en el delito  
siendo conmigo igual, eres injusta.  
Ambos su tumba sin pudor manchamos;  
ambos escarnecemos su memoria...  
Ambos también es fuerza que muramos.

MARIANA

Es un crimen amar?

BERNARDO

Y si el infame  
burlase tu candor?

MARIANA

No, no es creíble.

BERNARDO

Mas si fuese capaz...

MARIANA

No eres mi hermano?  
Dejarle sin castigo era imposible.

BERNARDO

Esto debe acabar; harto, Mariana,  
celoso de tu honor y tu inocencia,  
espíe tus quiméricos amores...  
Tu soberbia ambición y tu imprudencia,  
han colmado mi vida de dolores.  
Sí; en esas noches para mí sombrías  
y hermosas para tí, cuando amorosa  
á tus placeres ciega te entregabas,  
y sin pudor, en hora silenciosa  
citas de amor á tus galanes dabas,  
presa yo en tanto de infernal martirio,  
como el tigre tus pasos acechaba,  
espiondo el momento del delirio.  
Andrea Foscarini, el noble joven,  
más que noble galán, de su señora  
á la cita acudió... Su pobre madre  
su triste fin desconsolada llora.

MARIANA

Tú fuiste...!

BERNARDO

Aquel Filipo Trevisano,  
opulento señor, turbó de nuevo  
tu corazón, haciendo que olvidases  
el triste fin del mísero mancebo.  
También era una noche bien oscura,  
bien oscura, por Dios, cuando acudía  
á la cita fatal... Combate horrible  
fué aquel, porque su brazo era valiente  
y era afrontarle á la verdad terrible.  
Pero conmigo la razón luchaba...  
Cayó...

MARIANA

Filipo... tú... tú le mataste...  
tú mataste á los dos...! Lo sospechaba.  
Oh! Conque á mí tan sólo en este mundo  
me es vedado el amar...?

BERNARDO

Mal lo comprendes.  
Por qué ambiciosa y ciega al amor torpe  
de esos nobles sin fe sólo te enciendes?  
Sabes que hay una ley, una barrera  
que á los hombres separa? Esa es la cuna,  
y es el oro también; cuál es, Mariana,  
cuál es tu nacimiento y tu fortuna?  
Mas si la valla quebrantando alguno  
tu altivo origen olvidar parece,  
máscara es esa que engañoso toma,  
milano es que descende de su altura  
por devorar la tímida paloma.  
Mas no temas jamás, mientras yo viva,  
que la valla quebranten; si el milano  
en derredor de tí su vuelo tiende,  
á su pesar conozca que la garra  
del águila altanera te defiende.

MARIANA

Sí, dices bien; á tanto desvarío  
es fuerza renunciar.

BERNARDO

Pero esta noche,  
no esperas, dí, al galán?

MARIANA

Bernardo, entremos;  
ya más no le he de ver.

BERNARDO

Yo lo aseguro.

MARIANA

Ven.

BERNARDO

Yo le espero aquí.

MARIANA  
 Qué dices? Calla...  
 Ya no vendrá esta noche; te lo juro.

BERNARDO  
 Entra; yo aquí mé quedo.

MARIANA  
 No.

BERNARDO  
 Si temes  
 mi indignación, aparta; porque airado  
 no sea que en tí misma ensaye el golpe  
 que ha de herir al amante desdichado.

MARIANA  
 Oh! No me apartaré.

BERNARDO  
*(Sacando el puñal.)* Pues bien...

MARIANA  
*(Huye dando un grito.)* Dios mío!

JACOBO  
*(Sale.)* Yo te defiendo.

MARIANA  
 Ay, huye!

BERNARDO  
 Miserable!

PEDRO  
 Venid...

MARIANA  
 Huye, Jacobo...

BERNARDO  
 Estamos solos...  
 Desnudad vuestra espada... Ved que arde  
 lleno el pecho de saña.

JACOBO  
 Es imposible...  
 Con vos no he de reñir.

BERNARDO  
 También cobarde!

JACOBO  
 Cobarde, no.

BERNARDO  
 Pues bien; aunque no lidies,  
 te mataré, villano.

JACOBO  
 Bueno fuera,  
 á no estorbarlo yo.

BERNARDO  
 Pronto veremos  
 cómo lo evitarás.

JACOBO  
 De esta manera. *(Váase.)*







## ACTO SEGUNDO

---

### ESCENA PRIMERA

JACOBO y MARIANA

JACOBO

Recelar puedes de mí,  
que te salvo de un tirano?

MARIANA

Jacobo, al fin es mi hermano.

JACOBO

No obrara un verdugo así.  
Pero está bien; tu escondite  
á acertar nó ha de valer,  
por más que todo el poder  
del infierno solicite.  
Y aun si cupiera en tu amor  
un pequeño sacrificio...

MARIANA

Ya va por el precipicio  
por lo menos el honor,  
y prenda le creo á fe,  
si no buena, suficiente.

JACOBO

Perdona, anduve imprudente.

MARIANA

Y otra además te daré.  
Si en ganar este aposento  
temerosa consentí,  
en que me guardes aquí  
enamorada consiento.

JACOBO

Oh! Y en él te defendiera  
del mundo entero á fe mía,  
porque eres mi luz, mi día...

MARIANA

Quién el porvenir supiera!  
Acaso en la confusión  
de estrepitosos placeres  
has de abrir á cien mujeres  
las puertas del corazón.

JACOBO

Mariana, ó no te conoces,  
ó te ha mentido tu espejo;  
pídele, por Dios, consejo,  
que ha de dementirte á voces.

MARIANA

Muchos lo mismo me han dicho  
creyéndome más liviana;  
pero al fin de una semana  
tuvieron otro capricho.  
Si tú, como ellos, un día...  
aparta, sueño importuno!

JACOBO

Oh! Nunca te amó ninguno  
con tan ciega idolatría;  
hasta el birrete ducal  
que el mismo Dux me ofreciera,  
sin tí, amor mío, creyera  
que me sentaba muy mal.

MARIANA

Díme, Jacobo, si sientes  
lo que diciéndome estás;  
mas tal vez mañana vas  
á confesarme que mientes.  
Cuando sin vida tu padre,  
libre y poderoso seés,  
y placer que no poseas  
no encuentres como te cuadre;  
cuando Jacobo en tutela  
sea el conde Dagolino,  
no celará su destino  
de quien ahora no le cela?

JACOBO

Destino no habrá mayor  
que adorarte, y en verdad  
que he de hacer con vanidad  
ostentación de tu amor.  
Todos, al pasar corriendo,  
y en derredor agolpados,  
curiosos ó embelesados,  
«cuán hermosa!» irán diciendo.  
Envidia de las mujeres,  
ídolo de los galanes,  
tú causarás sus afanes  
y amargarás sus placeres.  
Acecharán despechadas  
cuando de tu casa sales,  
las plazas y los canales  
dejándote avergonzadas.  
Oh! Por Dios, que es gran placer  
el orgullo en la hermosura!

MARIANA

Revélese á tal pintura  
cuanto tengo de mujer;  
porque... lo has adivinado,  
sí, todas somos lo mismo;  
orgullo, amor, egoísmo,  
guarda el corazón cerrado.  
Oh! Y frenéticas de amor,  
hay momentos en que diéramos  
cuanto amor hallar pudiéramos,  
por un chal, por una flor.  
Mas... (*Pensativa.*)

JACOBO

En qué piensas, mi vida,  
que con secretos enojos  
se agolpa el llanto á tus ojos?

MARIANA

Si esa pasión fué fingida;  
si pasado un mes, un año,  
fastidiado al fin de mí...  
Dímelo, Jacobo, aquí;  
me matará un desengaño.

JACOBO

Qué dices, Mariana?

MARIANA

Mira,  
tal vez en este momento  
en mil locuras consiento,  
mas mi amor me las inspira.  
Yo puedo, pör no perderte,  
mirando á tu vanidad,  
mostrarme por la ciudad  
satisfecha con quererte.  
Aquí tus propios amigos,  
más que su necio murmullo,  
harto le pese á mi orgullo,  
serán de tu amor testigos.  
Si lo quieres, por tu dama,  
por tu sierva pasaré;  
todo, sí, lo arrostraré,  
que nada pesa á quien ama.  
Mas si tras tanta pasión,  
tras tanto envilecimiento  
traidor otro pensamiento  
te asaltara el corazón;  
si un día tal vez villano  
como á esclava me despides,  
entonces, oh! no te olvides  
de que he tenido un hermano.

JACOBO

(*Aparte.*) Altiua es la muchachuela,  
y juro á Dios que me place;  
de viento castillos hace,  
mas ardimiento revela.  
(*Alto.*) Estás de sueños, Mariana,

y de quimeras hablando;  
por qué siempre recelando  
estar hoy para mañana?

MARIANA

Con ese temor no puedo,  
Jacobó; celosa soy;  
siempre tras tu sombra voy,  
mas de perderla con miedo.  
Mozo, audaz, enamorado,  
hoy todo el amor lo vence,  
mas temo que te avergüence,  
rico y noble, lo pasado.

JACOBO

Avergonzarme, y de qué?  
De adorarte, vida mía,  
cuando altares te alzaría  
para prendas de mi fe?

MARIANA

Mas deliramos, por Dios;  
y mi hermano?

JACOBO

No dará  
donde el escondite está,  
si lo queremos los dos.

MARIANA

Él descubre cuanto pasa,  
Jacobó, en toda Venecia.

JACOBO

En poco su vida aprecia  
si acierta con esta casa.

MARIANA

Es valiente.

JACOBO

Y noble soy.

MARIANA

Es celoso.

JACOBO

Y soy amante.

MARIANA

Él te seguirá constante.

JACOBO

Yo tras él constante voy;  
y aparta todo recelo,  
que pues yo te guardo aquí,  
no tendrán rastro de ti  
ni las estrellas del cielo.

MARIANA

Mas fuera lance cruel  
que, por guardarme demás  
celándote de él, quizás  
dieras más pronto con él.

## ESCENA II

JACOBO *solo*

Me siento cada vez más hechizado,  
más orgulloso cada vez me siento,  
y cuanto más me arriesgo enamorado,  
más crecen imposibles á mi intento.  
Jorge, Maffei y Tiépolo decían:  
«Nada conseguirás de esa altanera»;  
y de un empeño tan tenaz reían,  
y ha reído á su vez Venecia entera.  
Oh! La verán de mi pasión vencida,  
avergonzados la verán, lo juro...  
Mas dónde? En esta cámara escondida,  
en este negro calabozo oscuro.  
Héme aquí vencedor á quien condenan  
á esconder con vergüenza su victoria,  
pues que opuestas razones hoy me ordenan  
callar á un tiempo y pregonar mi gloria.  
Pedro. (*Llamando.*)

## ESCENA III

JACOBO y PEDRO

PEDRO

Señor.

JACOBO

Has oído?

PEDRO

Alguna cosa entendí,  
y por cierto que no ví  
galán más comprometido.

JACOBO

Me ama.

PEDRO

Con el alma toda.

JACOBO

Y en todo consentirá.

PEDRO

Eso el tiempo lo dirá,  
y todo el mundo en la boda.

JACOBO

Qué estás de boda diciendo?

PEDRO

Cómo pues; no os casaréis?

JACOBO

No.

PEDRO

Pues vos os lo veréis,  
que yo, por mí, no lo entiendo.

JACOBO

Basta de chanzas por hoy,  
y un buen consejo me da.

PEDRO

Yo, señor, no alcanzo ya  
otro alguno, por quien soy.

JACOBO

Eso respondes, por Dios?  
Acaso, bribón, no fuiste  
quien robarla propusiste?

PEDRO

Por qué lo aceptásteis vos?  
Dijísteis que era tan bella,

que era tan irresistible,  
que dábais por imposible  
vivir un punto sin ella.  
Dijísteis que por su amor  
daríais el paraíso...  
Y juzgué que era preciso  
dárosla al cabo, señor.  
No hallo de qué os irritéis,  
porque os serví, causa alguna;  
dijísteis, es mi fortuna...  
En la mano la tenéis.

JACOBO

Eso... siempre se habla así...  
Pero se entiende de modo...

PEDRO

Es que yo lo entiendo todo  
como me lo hablan á mí.

JACOBO

Ponte, Pedro, en la razón,  
y hablemos claros; testigos  
quiero, á todos mis amigos,  
hacer de mi posición.  
Todos me dieron en ojos  
con mi amante vanidad,  
y ahora me importa, en verdad,  
pasársela por los ojos.

PEDRO

Pues casaros no queréis,  
por imposible lo tengo.

JACOBO

En lo difícil convengo.

PEDRO

Vale más que lo dejéis.

JACOBO

Dejarlo? Por vida mía,  
que estás de sobra importuno;  
pescador hubiera alguno  
que á tal se resolvería?  
Dejarlo cuando ya está  
toda Venecia en acecho,  
y si no dan con lo hecho

van á los alcances ya?  
Me apedrearán en Rialto,  
y á fe que lo mereciera,  
que al menos confesar era  
que vivo de aliento falto.

PEDRO

Si tan decidido estáis,  
yo sé en ello lo mejor;  
dad desde hoy á vuestro amor  
cuanto escándalo podáis.

JACOBO

Eso propones?

PEDRO

Sois noble,  
esperáis grandes riquezas,  
y á empezar vuestras grandezas  
tenéis un derecho doble.  
Si fuérais un gondolero,  
un soldado, ya se ve,  
contra ello clamara á fe  
el Dux y el Estado entero.  
Pero en vos no será nada;  
yo sé que os lo aplaudirán;  
á lo más, lo más, dirán  
que es una calaverada,  
y tenéis tantas á cuenta  
que poco importa una más.

JACOBO

No me ha importado jamás  
por una ni por sesenta.  
Mas fuera necia locura,  
sin extrema precaución,  
dar tamaña ostentación  
á tan audaz aventura.  
Pero aun con suerte leal  
sería ese intento vano;  
ese maldito de hermano,  
no tiene en los sesos sal?

PEDRO

Con oro...

JACOBO

Será altanero,

y si en honra no ha nacido,  
qué villano no ha creído  
que fué siempre caballero?

PEDRO

Si vano el oro desprecia,  
con acero se le paga.

JACOBO

Vil, te atreves...!

PEDRO

Oh! Si hay plaga  
de acreedores en Venecia!  
En no pudiendo cobrar,  
el que primero se atreve,  
ó el deudor mata al que debe,  
ó el otro al que ha de pagar.

JACOBO

Y tal, villano, propones  
á Jacobo Dagolino?

PEDRO

Cada cual va á su camino,  
y hay quien le anda á tropezones.  
Consejo me habéis pedido,  
y os he dado mi consejo;  
á voluntad os lo dejo,  
y nada hemos perdido.  
Quisísteis pronto llegar,  
y por el atajo eché;  
si torpe el camino erré,  
aun se puede remediar.

JACOBO

Hacer de una muchachada  
un lance tan criminal,  
nunca, Pedro, pensé tal.

PEDRO

Perdonad...

JACOBO

Va perdonada.

PEDRO

Pero cosa tan mezquina

hallar un acreedor es,  
que se encuentra á dos por tres  
á vuelta de cada esquina.

JACOBO

Aun piensas, infame, en ello?

PEDRO

Luego, anda tanto matón,  
tanto hidalgo valentón  
que riñe por un cabello...  
Y, en fin, no es, señor, mi intento  
dudar un punto de vos,  
mas aquí para los dos,  
me da este asunto tormento.  
Tengo un no sé qué...

JACOBO

Despacha,  
tienes miedo?

PEDRO

Acaso, acaso...  
Y me temo algún mal paso  
al fin con esa muchacha.

JACOBO

Acaba, y no me atormentes:  
qué temes, dí, qué recelas?

PEDRO

Todas esas muchachuelas  
son tan ligeras de mientes,  
que si á sospechar llegara  
que es vuestro amor, amor puro,  
sólo amor...

JACOBO

No estás seguro  
tal vez de que lo arreglara?  
Oh! No hay nada que temer;  
presa en mis lazos cayó,  
y el medio poseo yo  
de guardar á una mujer.

PEDRO

No confiéis demasiado,  
que tal vez la confianza

á muchos con la esperanza  
en las manos ha dejado.  
Sin darla que sospechar  
no podéis, en mi opinión,  
cerrarla puerta y balcón,  
prohibiéndola mirar.  
Y una seña á una ventana,  
á media noche un gemido,  
un guante, un papel caído,  
pueden perderos mañana.

JACOBO

Si llegase á tal extremo,  
mi espada no va conmigo?

PEDRO

Todo el cielo me es testigo  
de que por vos nada temo.  
Mas cosa que desatina  
tener acreedores es,  
y es fácil, á dos por tres,  
hallar uno en cada esquina.  
Y bueno es pensar en ello  
cuando anda tanto matón,  
tanto hidalgo valentón  
que riñe por un cabello.

JACOBO

No vas del todo sin tino,  
y algo pesan tus razones.

PEDRO

Sí, es mejor dar tropezones,  
que no dar con el camino.  
Porque si el maldito hermano  
quisiera reñir con vos,  
sé muy bien que entre los dos  
lo arreglárais mano á mano.  
Pero eso de consentir  
en ponerse de vijía  
toda una noche y un día  
para no veros venir;  
eso de andar destacado  
buscando siempre un objeto  
y no dar con un sujeto,  
y volver desatinado  
corriendo de ceca en meca,  
para venir á parar

en que acaban de sacar  
un cadáver del Giudecca...  
Yo, señor, siento temello,  
mas lo temo y me aniquilo...  
(Tengo la vida en un hilo  
mientras Bernardo ande en ello.)

JACOBO

Mas otro medio me ocurre;  
una enfermedad, un viaje,  
la variación de paraje,  
la necesidad... Discurre.

PEDRO

Pues, señor, no doy con él;  
mientras que viva el hermano,  
cuanto se haga será en vano.

JACOBO

También es lance cruel!

PEDRO

No paséis por ello pena;  
lo haremos entre los dos,  
y yo arreglaré con Dios  
nuestra cuenta, mala ó buena.  
Yo buscaré á Juan Dandolo,  
y por corta cantidad,  
esta noche en la ciudad  
hallará á Bernardo solo.  
Juan sabe bien su papel;  
beberán juntos quizás,  
y unas palabras no más  
tendrá en la calle con él.

JACOBO

Y yo he de pagar...

PEDRO

No, no;  
vos me hacéis adivinar  
dónde oro queréis dejar,  
y de allí os lo quito yo.  
Y con esto, de contado,  
vos nada tenéis que hacer,  
y yo habré de responder,  
á más de haberos robado.

JACOBO

Imposible!

PEDRO

Pues mirad  
que temo por vuestra vida;  
al demonio está vendida;  
tened de ella caridad.  
Y á más, qué adelantaréis  
con tenerla aquí encerrada,  
cuando nadie creerá nada,  
por mucho que lo contéis?

JACOBO

Pero al menos, si eso fuera,  
por ejemplo, en desafío...

PEDRO

Si así es mejor, no porfio;  
que sea de esa manera.  
Mirad por ese balcón;  
(*Va á una ventana.*)  
véis en aquel esquinazo  
un embozado que un brazo  
posa en el guarda-cantón?

JACOBO

Le veo.

PEDRO

Le conocéis?

JACOBO

No por cierto.

PEDRO

Es Juan Dandolo;  
parece puesto allí sólo  
para que vos le llaméis.  
Vuestra bolsa os he cogido;  
(*Coge de una mesa la bolsa.*)  
de un salto en la calle estoy;  
llamo, pide, cuento, doy,  
y negocio concluído. (*Váse de repente.*)

JACOBO

Tente, Pedro... Y vive Dios  
que al cabo razón le sobra;  
él se atribuye la obra,  
él responda por los dos.

## ESCENA IV

JACOBO *y* PEDRO *que vuelve*

PEDRO

Aquí le tenemos.

JACOBO

No verle me importa.

PEDRO

Pues bien, retiráos.

JACOBO

Con tiento, por Dios!

PEDRO

Será, lo prometo, conferencia corta.  
Lleváos adentro la niña con vos;  
cuidado que astuta la trampa sospeche.

JACOBO

De mí te confía.

PEDRO

Podéisla contar  
un cuento bien largo, que el tiempo aprove-  
Si no, dadla celos y hacedla rabiár. [che.

## ESCENA V

PEDRO *y* BERNARDO *con máscara y dis-  
tinto traje del que usó en el acto an-  
terior.*

BERNARDO

En vela he pasado la noche y el día;  
ay de ellos si, necios, la guardan aquí!

PEDRO

Entra.

BERNARDO

Qué me quieres?

PEDRO

De grande cuantía  
á darte un encargo te llamo.

BERNARDO

Pues dí.

PEDRO

La máscara deja; sepamos quién eres.

BERNARDO

Si cumplo contigo, no importa quién soy.

PEDRO

Que arriesgue un secreto á tu máscara quie-  
[res?

BERNARDO

Mi rostro es muy feo, mi nombre te doy.  
Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquesta;  
más señas no tengo que aqueste puñal;  
ve, pues, si te basta, y el oro me apresta;  
si es grande el empeño, será el premio igual.

PEDRO

Empeño... no hay mucho; la muerte de un  
se quiere en secreto. [hombre:

BERNARDO

Es noble?

PEDRO

Tal vez.

BERNARDO

Del pueblo?

PEDRO

Artesano.

BERNARDO

Veamos su nombre.

PEDRO

Veamos si aceptas.

BERNARDO

Me sobra altivez.  
Si es pobre y plebeyo me niego del todo,



que indigno es por ello gran suma exigir,  
y es mengua miserias ganar de ese modo.

PEDRO

Pecó.

BERNARDO

Que se enmiende; dejadle vivir.

PEDRO

Á un noble ha ofendido, que muera le cuadra.  
Ve si has de matarle.

BERNARDO

Cobarde es á fe.

PEDRO

Cobarde?

BERNARDO

No sabes, á un perro que ladra,  
con qué se castiga?

PEDRO

Con qué?

BERNARDO

Con el pie.

PEDRO

Es perro que muerde.

BERNARDO

Valiente?

PEDRO

Y de bríos.

BERNARDO

Pues ve si le nombras.

PEDRO

Si aceptas me dí.

BERNARDO

Ya estás importuno; los bravos son míos;  
huelgo en que resistan.

PEDRO

Qué dices?

BERNARDO

Que sí.

PEDRO

Lo juras? Palabra me empeñas?

BERNARDO

La empeño.

PEDRO

Si dudas sabiendo...

BERNARDO

Jamás dudé yo.

PEDRO

Pues toma. (*Le alargá un bolsillo.*)

BERNARDO

Que excuso dirás á su dueño.

PEDRO

Son doblas, y en oró.

BERNARDO

Después, ahora no.

PEDRO

Bizarro eres.

BERNARDO

Ya lo ves.

PEDRO

En tal caso, está acabado  
el negocio?

BERNARDO

De contado;  
mas dime el hombre quién es.

PEDRO

Pues tu palabra te aprieta,  
quitarás la luz del cielo

á Bernardo Carabello,  
espadero en la Piazzetta.

BERNARDO

(*Aparte.*) Aquí estaba, no mentí;  
mis celos fueron leales;  
mas no son tantos los males  
cuando me tienen aquí.  
Vive Dios...!

PEDRO

Dudando estás?

BERNARDO

No; pero en verdad que siento  
que me cueste un juramento  
un Carabello no más.

PEDRO

Luego le conoces bien?

BERNARDO

Como á mí mismo, y me pesa.

PEDRO

Pues ve que nos interesa  
que presto muerte le den.

BERNARDO

Se la darán.

PEDRO

Por si acaso,  
y pues que su nombre sabes,  
calcula antes que le acabes  
la dificultad del caso,  
y aprecia tu intrepidez.

BERNARDO

Casi de balde lo hiciera,  
que he pensado en que muriera  
ese hombre más de una vez.

PEDRO

Cien doblones. (*Mostrando la bolsa.*)

BERNARDO

Hartos son,  
y aun temo no merecellos.

PEDRO

Dónde?

BERNARDO

Aquí; vendré por ellos  
cuando traiga la razón. (*Con intención.*)

PEDRO

Conque...

BERNARDO

Pronto morirá.

PEDRO

Cuándo?

BERNARDO

Antes de media hora,  
que sé que en acecho ahora  
á pocos pasos está.

PEDRO

Doble el premio será así,  
y no temas ser muy cruel.

BERNARDO

Pronto doblarán por él...  
(Como no doblen por tí.) (*Váase.*)

## ESCENA VI

PEDRO *y luego* JACOBO

PEDRO

Estamos al cabo, la cosa está hecha;  
podremos al menos seguros vivir.  
Qué diablo! La cuenta será un poco estrecha,  
que cuanto más tiempo, más hay que añadir.

JACOBO

Está concluído?

PEDRO

Sin duda; es asunto  
que notas no admite ni en contra ni en pro.

JACOBO

Conque el pobre mozo...

PEDRO

Contadle difunto.

JACOBO

Por valiente pasa.

PEDRO

Decid que pasó.

Ya con Carabello su odio es antiguo,  
y en pagar su muerte le hicimos merced;  
en sitio le tiene seguro y contiguo.

JACOBO

Lidiarán acaso?

PEDRO

Lo harán de una vez.

JACOBO

Le diste las doblas?

PEDRO

Tomarlas no quiso,

y os pide disculpa.

JACOBO

De balde lo hará?

No quiero esa cuenta; pagarle es preciso;  
su causa y la mía tal vez mezclará,  
y yo, con un bravo que mata en la sombra,  
no pienso hacer nunca mi causa común.

PEDRO

Es hombre de garbo; valiente se nombra.

JACOBO

Es vil asesino, cobarde...

PEDRO

Según.

Él tiene su fama, su pueblo y su gente,  
y hay quien sus hazañas le canta también.

JACOBO

Jamás un infame podrá ser valiente,  
y á mí me interesa que el oro le den.

PEDRO

Dijo que en cumpliendo por ello vendría.

JACOBO

Dáselo, y que nunca le vuelva á ver yo.

PEDRO

Si no por su infamia, de vos qué sería?

JACOBO

Yo hallara algún medio.

PEDRO

Podiera que no.

En fin, como quiera, seguros estamos;  
no estéis por tan poco cabizbajo así;  
ya os dije denantes que si ambos pecamos,  
yo llevo las cuentas por vos y por mí.

JACOBO

Bellaco...!

PEDRO

Y al cabo, señor, es lo cierto  
que en ello ganamos á medias los dos;  
yo, hablando de veras, en miedo del muerto,  
y vos, por mis cuentas, el miedo de Dios.

JACOBO

Ya basta. Apostado le aguarda en la calle,  
no vuelva, y Mariana le acierte á encontrar.

PEDRO

*(Inclinándose con aire socarrón é hipócrita.)*  
Qué más á este siervo tenéis que mándalle?

JACOBO

*(Con severidad.)*  
Que de él en tu vida me vuelvas á hablar.

## ESCENA VII

JACOBO

Acaso el menguado, mejor merecía [rir...  
 por hombre á lo menos, como hombre mo-  
 Mas es cuento largo; la culpa no es mía;  
 bien muerto está el muerto, dejadle dormir.  
 Ya ahora no es tiempo de duda ó temores;  
 qué importan los medios si llevan al fin?  
 Desde hoy en el mundo no habrá más que flo-  
 ábreme, pues, mundo, tu libre jardín. [res;  
 Ven, crédula hermosa, que el mundo te espe-  
 la gloria te aguarda de un día quizás...! [ra;  
 Mas breve y liviana, por último es gloria,  
 y al menos un día dichosa serás.  
 Por ese momento de triunfo mundano  
 la vida vendiera y el alma también...  
 Mi casa es muy noble, mi padre ya anciano.  
 Gran cosa es mi nombre llevándole bien.  
 Que me abra Rialto sus arcas de hierro,  
 que sacie mi orgullo, mi ciega ambición,  
 y luego aunque doble la usura por yerro  
 y en prendas me pida mi propio blasón.

## ESCENA VIII

JACOBO y MARIANA

MARIANA

Tan solo, Jacobo, aquí  
 y tan cabizbajo estás!  
 En qué pensabas?

JACOBO

En tí.

MARIANA

Si siempre hicieras así!

JACOBO

Y qué pudiera hacer más?  
 Esclavo de tu hermosura,  
 ni un punto del pensamiento  
 puedo borrar tu pintura;  
 no pienso un solo momento  
 más que en tu propia ventura.

MARIANA

Y en qué pensabas ahora  
 por mi ventura, mi amor?

JACOBO

En que está cerca la hora  
 de que puedas quien te adora  
 nombrar doquier sin rubor.

MARIANA

Oh! Loca me has de volver;  
 tú me engañas.

JACOBO

No en verdad.

MARIANA

Conque pronto?

JACOBO

Podrá ser.

MARIANA

Aun no lo acierto á creer;  
 no me engañes, por piedad.  
 Ve que te amo en tal manera,  
 que consentida ya de ello,  
 si me faltaras muriera,  
 que siento la vida entera  
 suspendida en un cabello.

JACOBO

Engañarte! No por cierto;  
 y á qué tan raro capricho?

MARIANA

Si estoy soñando no acierto;  
 el cielo, sí, me has abierto,  
 Jacobo, con lo que has dicho.  
 Repíttemelo otra vez.

JACOBO

Y otras ciento si lo quieres;  
 vas á ser en tu altivez  
 de toda Venecia prez  
 y rabia de sus mujeres.  
 En lo noble y poderoso

pocos se igualan á mí;  
 á tí, ninguna en lo hermoso;  
 tú bella y yo generoso,  
 quién no ha de envidiarnos, dí?

    Mi amor dirá á mi riqueza  
 «dadla plumas, dadla chales,  
 cuanto quepa en su grandeza»,  
 y por ver tanta belleza  
 se poblarán los canales.

    Cuando en mi góndola real  
 grite á mis esclavos: «Sus,  
 y al agua!» habrá en el canal  
 quien te haga venia ducal  
 como á la esposa del Dux.

MARIANA

Calla, sin aliento estoy  
 de placer; calla, por Dios!

JACOBO

Y tanto á aprestarte voy,  
 que no ha de haber, por quien soy,  
 quien goce más que los dos.

MARIANA

Soy, Jacobo, tan feliz!  
 Tan...

JACOBO

    Silencio; pasos sientto,  
 y ve que el menor deslíz  
 nuestra fortuna, infeliz  
 puede hacer en un momento.  
 (*Va á la puerta.*)

Una máscara! Sin duda...  
 Mariana, déjame solo.  
 De ese aposento te escuda,  
 y estáte allí sorda y muda.  
 (Si habrá cumplido Dandolo?)

MARIANA

Tardarás?

JACOBO

    No; asuntos son  
 de casa en que estoy tratando.

MARIANA

No me olvides!

JACOBO

    Esperando  
 me queda.

MARIANA

    (Y desde el salón  
 puedo esperar escuchando.)

ESCENA IX

JACOBO y BERNARDO

JACOBO

    Él es! (*Aparte.*)

BERNARDO

    (Ayudadme, cielos,  
 á sujetar mi paciencia.)

JACOBO

    (El cielo la dé prudencia  
 y no despierte sus celos.)

BERNARDO

    Guárdeos Dios.

JACOBO

    Qué me queréis?

BERNARDO

    Vuestro encargo concluí.

JACOBO

    Connmigo habláis?

BERNARDO

    Con vos, sí.

JACOBO

    Acaso me conocéis?

BERNARDO

    Disimular es en vano;  
 no me habéis buscado vos?

JACOBO

    Yo buscaros? No, por Dios!

BERNARDO

(Hiere y esconde la mano.)  
Sabad, pues...

JACOBO

Más bajo hablad.

BERNARDO

(Aquí está.) Digo que soy...

JACOBO

Más bajo. (Temblando estoy.)

BERNARDO

Soy...

JACOBO

Bien, comprendo, tomad.  
(*Dándole la bolsa.*)

BERNARDO

(Sin duda nos puede oír.)

JACOBO

Es negocio concluido.  
(*Despidiéndole.*)

BERNARDO

(Pues á buscarla he venido,  
sin ella no he de salir.)  
(*Alto.*) Ya pueden desde este punto  
darle...

JACOBO

Más bajo, por Dios.

BERNARDO

Le habéis muerto acaso vos,  
ó teméis aun al difunto?

JACOBO

Idos.

BERNARDO

(Parece que aprieta.)  
Me voy, y perded recelo,  
que Bernardo Carabello  
queda muerto en la Piazzetta.

## ESCENA X

DICHOS y MARIANA

MARIANA

Santo Dios, muerto mi hermano!

JACOBO

Sal pronto, impostor, de aquí.

MARIANA

(*Con rabia.*)  
Quién mató á mi hermano, dí?

JACOBO

(*Metiendo mano.*)  
Sal pronto, ó...

BERNARDO

Tente, villano.  
(*Quitándose la máscara.*)

MARIANA

Ay de mí!

JACOBO

Qué es esto, cielo? ...

BERNARDO

No lo adivinas tú solo?  
Es que viene Juan Dandolo  
á vengar á Carabello.

JACOBO

Pues bien, quien quiera que seas,  
uno ú otro, vivo ó muerto,  
que digas, al fin, te advierto  
de una vez lo que deseas.

BERNARDO

De una vez te lo diré;  
quiero tu vida ó mi honor;  
mira tú lo que es mejor,  
que sin ambos no me iré.

JACOBO

Ve tú lo que bien te está,  
y consulta tu ambición.

BERNARDO

Corazón por corazón,  
y honor por honor me va.  
Eso te doy á elegir,  
y no hay mucho que dudar;  
con ella te has de casar,  
ó conmigo has de morir.

JACOBO

Y sabes...?

BERNARDO

Todo lo sé;  
que como el Dux eres noble;  
riqueza posees al doble;  
no hay quien te compita á fe.  
Mas sé, aunque es herencia corta,  
que tengo honra y tengo hermana,  
y pues la tengo villana,  
tenerla honrada me importa.

JACOBO

Pues mira cómo ha de ser.

BERNARDO

Todo lo tengo pensado;  
darásme un papel firmado  
tomándola por mujer.

JACOBO

Y mi padre?

BERNARDO

Morirá,  
que está viejo.

JACOBO

Mas primero...

BERNARDO

Pues no tiene otro heredero,  
después de muerto será.

JACOBO

(No puedo con mi altivez,  
por Dios, en trance tan duro!)

BERNARDO

Ve que mi paciencia apuro.

JACOBO

Acabemos de una vez.  
No me he de casar con ella  
sólo por ser condición.

BERNARDO

Pues venga tu corazón.

MARIANA

Hermano!

BERNARDO

Los labios sella.

JACOBO

Ven, pues, á beber la hiel  
que guarda con tu sentencia.

BERNARDO

Es vana tu resistencia,  
que vienen muchos por él.  
Á una voz, por la ventana,  
suben cuatro como yo.

JACOBO

Villano!

BERNARDO

Villano ó no,  
tu corazón ó mi hermana.

JACOBO

Bien está; dame el papel,  
y dicta su contenido.  
(En la trampa me ha cogido;  
mas si yo le cojo, ay de él!)

BERNARDO

(Dictando.)

«Seis meses después de muerto  
tu padre, será la boda.»

JACOBO

Gran pena!

BERNARDO

No es ésa toda.  
La condición falta.

JACOBO

Es cierto.

BERNARDO

Y si esa tregua vencida  
no has salido de tu empeño,  
escribe que me haces dueño  
de tu honor y de tu vida.

JACOBO

(Y hasta entonces, mentecato,  
quién te ha dicho que tu hermana  
no habrá muerto, y será vana  
la condición y el contrato?  
Oh! Me he de burlar de tí!)

BERNARDO

Firma y cierra ese papel.  
Yo me quedaré con él.

JACOBO

(Con ironía.)  
Está bien?

BERNARDO

Bien está así.

JACOBO

Y ahora en más seguridad,  
pues que al fin me casaré,  
casa y nombre la pondré  
con decoro en la ciudad.

BERNARDO

No lo pienses.

JACOBO


Cómo no?

BERNARDO

Guarda tu nombre y tu oro,  
que desde hoy con más decoro  
sabré guardártela yo.







## ACTO TERCERO

---

Fin de una cena en el palacio Dagolino.—Algunos de los convidados en trajes de máscara, como venidos desde el baile á la mesa.—En el fondo, á lo lejos, el salón del baile.—Música y tumulto

### ESCENA PRIMERA

DON RAMIRO, JACOBO, MAFFEI *y* PEDRO,  
*en pie, y seis convidados; ANINA, ROSA*  
*é INÉS, y otras dos damas.*

JACOBO

Ja, ja! Don Ramiro, ya os ata la lengua  
mi lácryma?

MAFFEI

Bravo!

UNO

Las copas tomad.

Dejemos á España, que á fiestas es mengua  
llamarla al tumulto de nuestra ciudad.

OTRO

Dejemos á España; no vale su gente  
más que para sangre verter en la lid.

OTRO

Decid, don Ramiro, y el noble valiente,  
después de un combate no brinda en Madrid?

OTRO

Qué vale que tengan Jerez en España?

OTRO

Mejor estuvieran sus viñas aquí.

MAFFEI

No se hacen botellas?

RAMIRO

Y aquesto os extraña?  
Se templan espadas y lanzas allí.

UNO

[rras,  
Lo dicho; no hablando de sangre y de gue-  
no hay más en las fiestas de España que ha-  
[blar.

RAMIRO

Con sangre regamos allá nuestras tierras,  
y así hasta el labriego se apresta á lidiar.

ROSA

Mas hay, según dicen, jardines floridos.

INÉS

Y sotos pomposos.

ANINA

Y dicen también  
que al son voluptuoso de blandos sonidos  
alegres comparsas de danzas se ven.

RAMIRO

Hourís no se encuentran acaso tan bellas,  
cual éstas que agora cercándome están;  
mas yo os aseguro, señoras, que entre ellas

las hay que os causaran un punto de afán.  
No hay blondos cabellos, teces de azucenas  
con ojos que roban al cielo su azul,  
mas hay serafines con teces morenas,  
por quien bota buques al agua Stambul.  
Brindemos á España, país de placeres,  
do ponen los moros su gloria y su edén.

JACOBO

Brindemos, mas luego por nuestras mujeres  
es fuerza que España nos brinde también.

RAMIRO

Sin duda, no quita el cortés al valiente,  
y es noble Venecia, pomposa ciudad.

JACOBO

Á España, señores, á su ínclita gente.  
(*Brindan.*)

RAMIRO

Lácryma y Venecia, que dan libertad.

UNO (*Á Inés.*)

Inés, no brindásteis?

OTRO

Acaso te dieron  
en ojos las bellas del suelo español?  
No temas, hermosa, yo sé que no vieron,  
cual la de tus ojos, la luz de su sol.

JACOBO

Pedro, de qué cuba sacaste ese vino  
que no bebe el conde?

PEDRO

De la honda, señor.

JACOBO

Pues rompe su copa, y en vaso argentino  
escánciale Chipre, que lo halla mejor.

UNO (*Á Rosa.*)

En qué piensas, Rosa?

ROSA

En tí.

EL MISMO

Por mi vida,  
que poco en tu mente posar me creí;  
y á quien debo, dime, tan dulce guarida?

ROSA

Tu voz, en quien deja pensar sino en tí?

EL MISMO

Y quien de una copa, tomando su tono,  
á oídos pequeños arregla la voz?  
Apróntame Chipre, verás cómo entono  
y hago gorgoritos como un ruiñeñor.

JACOBO

Anina, levanta la copa.

ANINA

Brindemos.

JACOBO

Al viento más suave que sopla en el mar.

ANINA

El brindis extraño.

JACOBO

Pues qué no sabemos  
que Giácomo vuelve?

UNO

Pues es un azar.

Y el joven Guarini?

OTRO

Son ambos valientes.

OTRO

El uno á lo menos.

JACOBO

Y el otro.

ANINA

Mas yo...

EL PRIMERO

Guarini es bizarro.

OTRO

Son algo parientes.

OTRO

Sí; por una deuda que el padre dejó.

UNO

Brindemos primero.

OTRO

Brindemos.

TODOS

Brindemos.

JACOBO

La historia vendrá de la deuda después.

UNO

Al viento más manso.

OTRO

Los vasos cruzemos.

ANINA

Mas ved, caballeros...

JACOBO (*A Inés.*)

Las copas, Inés.

(*Brindis.*)

UNO

Ahora, la historia.

ANINA

Mirad bien, señores...

OTRO

Anina, en nosotros secreto estará.

TODOS

La historia.

UNO

No hay cosa como unos amores,

tras de quien el diablo por último da.  
Mas, ved...

EL QUE HA DE CONTAR

Dos palabras.

TODOS

La historia... la historia.

UNO

Anina, si al cabo se habrá de saber.

JACOBO

Cuanto antes se sepa, más pronto memoria  
no quedará de ello.

OTRO

Por fin ha de ser.

UNO

Bogaba en el Lido ligera una tarde  
la góndola Diana de Giácomo; en pos,  
haciendo en seguirla quimérico alarde,  
la iban á lo lejos la pista otras dos.  
Giácomo volaba por esos canales,  
cada vez bogaba su góndola más.  
No tuvo Regatta dos remos iguales,  
que siempre las otras llevaba detrás.  
Ya casi tocaba la arena olvidada  
del puente que presta al palacio ducal  
camino á la cárcel... Paróse, cruzada,  
la Diana en el medio del largo canal.  
Ya sólo alumbraba crepúsculo vago,  
y sólo confuso se oía el rumor  
del ancho canal que desagua en el lago,  
y al lejos del puerto discorde el clamor.  
Los góndolas iban cercando á la Diana,  
cuando ésta tocando la orilla, posó  
en tierra una dama que, huyendo liviana,  
á un hombre en la playa por guarda dejó.  
Y en vano tras ella á par se lanzaron  
dos nobles que guardan las góndolas dos;  
la espada en la orilla de Giácomo hallaron,  
y en la misma noche cenaron con Dios.

TODOS

Giácomo!

UNO

Y la dama?

EL QUE CUENTA

Silencio; la historia  
á tanto no llega.

OTRO

Anina, qué tal?

JACOBO

Señores, ya basta; brindad en memoria  
de ese que, valiente, venció en el canal.

UNO

Á Giácomo brindo!

OTRO

Dios quiera que el viento  
le traiga cuanto antes, con oro y con bien.

JACOBO

Escáncianos, Pedro, licor de Sorrento,  
que ofusque á Ramiro de España el edén.  
(*Brindan; don Ramiro y otros convidados se  
levantan.*)

Os váis, caballeros?

DON RAMIRO

Y el baile no espera?

JACOBO

Lo había olvidado.

OTRO (*de los que se van.*)

Y vos no venís?

JACOBO

Desaire á este lácryma hacer no quisiera.

VARIOS

Justo!

DON RAMIRO

Confesáos con él.

JACOBO

Bien decís.

(*Vánse todos, menos Jacobo y Maffei.*)

## ESCENA II

MAFFEI y JACOBO

JACOBO

Ahí te quedas?

MAFFEI

Ya lo ves.

JACOBO

No bailas?

MAFFEI

Cosa es por hoy  
imposible, porque estoy  
no muy seguro en mis pies.

JACOBO

No te sirve eso de excusa,  
que no hay uno, vive el cielo!  
que no tropiece en un pelo. (*Se sienta.*)

MAFFEI

(*Bebe.*) Es fuego este Siracusa!  
Qué, no te vas?

JACOBO

No, pardiez!

Luego iremos al salón.

MAFFEI

Así me harás la razón. (*Bebe.*)  
Plomo hirviendo es tu Jerez,  
que convierte la alegría  
en báquico frenesí.

Lácryma, esclavo! (*Bebe.*) Esto sí;  
esto es néctar y ambrosía.

JACOBO

Alegre estás.

MAFFEI

Por qué no?

Y tú desalmado y triste...  
Sin duda que no bebiste.

JACOBO

Te equivocas... Triste yo?

MAFFEI

Mal hicieras... Oh! El gozar,  
esta es la vida, y reir  
olvidados del morir,

y olvidados de pensar!

Y aunque mueran en su abril  
mis ilusiones livianas,  
y jamás cubran las canas  
esta frente juvenil.

Sí; porque quiero llevar  
al fondo del ataúd

mi risueña juventud,  
sin padecer ni temblar.

Llegue en buen hora mi fin,  
mas sucumba como fuerte,  
y que me encuentre la muerte  
á las puertas del festín.

JACOBO

Tienes razón; yo comprendo  
así la felicidad.

MAFFEI

De amores es nuestra edad,  
y el amor crece bebiendo.

Brindemos.

JACOBO

Como te cuadre...

Vino.

MAFFEI

Á mí...

JACOBO

Pues vaya.

MAFFEI

Vaya...!

Á que tanta gloria haya  
cual tuvo deudas tu padre.

JACOBO

Respetá al que ya murió.

MAFFEI

Y qué dice tanto hebreo  
que con ardiente deseo  
su fin tal vez esperó?

JACOBO

Mi fin esperando están.

MAFFEI

No pagas deudas?

JACOBO

No pago.

MAFFEI

Da esperanzas.

JACOBO

Eso hago.

MAFFEI

No hay oro?

JACOBO

Si ellos lo dan.

MAFFEI

Y apuran mucho?

JACOBO

Sí, á fe,  
y aunque mi nombre me escuda...

MAFFEI

Quieres pagarlos?

JACOBO

Sin duda.

MAFFEI

Y qué te falta?

JACOBO

Con qué.

MAFFEI

Yo sé un medio.

JACOBO

Un medio? Cuál?

MAFFEI

Yo también á veces debo...

JACOBO

Adelante... Eso no es nuevo,  
mas la paga...

MAFFEI

Esa es fatal.

Supón que el hebreo apura...  
Le pides luego el contrato  
en que firmaste insensato  
con el préstamo la usura.  
De la intención peregrina  
nada sospecha el hebreo;  
vuela en alas del deseo,  
y al dar la vuelta á una esquina...

JACOBO

Calla.

MAFFEI

Y así halló su fin,  
por ser mi acreedor tan sólo,  
á manos de Juan Dandolo,  
el buen Isaac Benjamín.

JACOBO

Tú fuiste?

MAFFEI

Qué?

JACOBO

Sabes, dí,  
todo el mal que así me has hecho?  
El golpe que hirió su pecho  
también me ha alcanzado á mí.

MAFFEI

De veras?... Lance gentil!

JACOBO

Dandolo tiene una hermana.

MAFFEI

Hermosa?

JACOBO

No es tan lozana  
la flor del pintado abril.

MAFFEI

Está demás la poesía  
y prefiero el canto llano.

JACOBO

Por largo tiempo el hermano  
ignoró la pasión mía.  
Una noche bien fatal,  
por tu invención peregrina,  
halló Isaac en una esquina  
de Juan Dandolo el puñal.  
Una prenda de mi amor,  
cuando le hirió el hierro impío,  
llevaba el triste judío...  
Vieras allí su furor.  
Buscóme, en fin, con deseo  
de matarme...

MAFFEI

El lance es triste;  
mas tú no lo consentiste,  
á juzgar por lo que veo.

JACOBO

Robéle la hermana.

MAFFEI

Bravo!

Esas son cuentas más claras..  
Siempre pensé te portaras  
como quien eres, al cabo.

JACOBO

Pero él, que doquier me espía,  
cuando más estoy tranquilo,  
pronto descubre el asilo  
donde oculta la tenía.

MAFFEI

Y en fin?

JACOBO

Hízome jurar  
que, muerto que el viejo fuera,  
su deshonra redimiera  
con mi mano en el altar.

MAFFEI

Pero Dandolo murió,  
y aunque viviera, no creo  
que en tan ciego devaneo  
cayeras.

JACOBO

Nunca, eso no.

MAFFEI

La danza empieza otra vez...  
Y de esa promesa insana  
aún no ha venido su hermana  
á reclamar?

JACOBO

No, pardiez.

MAFFEI

Piensas que vendrá?

JACOBO

Lo espero.

MAFFEI

Y qué harás?

JACOBO

Aun no lo sé.

Diréla que ya olvidé  
hasta si he jurado.

MAFFEI

Pero...

(*Vánse hablando; el teatro queda solo un instante.*)

## ESCENA III

MARIANA *en traje de máscara*

No está... Cuidadosa  
la sala crucé,  
buscándole en vano  
cien veces y cien.  
Estoy fatigada...  
Aquí esperaré,  
que apenas ya pueden  
tenerme mis pies.  
(*Se deja caer en una silla.*)  
La noche está oscura:  
horror, lobreguez  
del cielo encapotán  
el ancho dosel.  
Silencio de muerte  
se nota doquier,  
canales y plazas  
durmiendo á la vez;  
la brisa no sopla,  
que duerme también...  
La noche es de cierto  
terrible y cruel.  
Si en vano este tiempo  
llorando aguardé  
con ciega esperanza  
de loca altivez!  
Si tantos delirios  
y tanto amor fiel  
habrán de hallar sólo  
desprecio y desdén!  
Entonces, amores,  
piedad de mujer,  
yo dentro del pecho  
guardaros sabré.  
Amor, si á mis plantas  
rendir no le ves,  
la miel de tus flores  
convírtase en hiel.  
Ay, que si insensatos  
burlaron mi fe,  
de cierto la noche  
terrible ha de ser! (*Pausa.*)  
Oh, breves instantes  
de plácido bien,

que fuísteis un tiempo  
 mi vida y mi ser!  
 Amantes delirios,  
 tornad otra vez,  
 y al alma agitada  
 su dicha volved.  
 Mas, ay! que la noche  
 es horrible... Aquel  
 fué un tiempo de gloria  
 que no ha de volver.  
 Me abraso... Cuál late  
 violenta mi sien...!  
 Mas, cielos! Me engaño?  
 Jacobo... Sí, es él.

#### ESCENA IV

MARIANA y JACOBO

JACOBO

Oh, talle celestial!

MARIANA

(Me ha visto.)

JACOBO

Qué haces

aquí tan sola en apartada estancia?  
 Cásate el son de báquicos clamores,  
 ó acaso esperas misteriosa cita  
 del mortal que rebosa en tus amores?

MARIANA

Lo has acertado... es eso.

JACOBO

¿Sí? Perdona...

Cedo el puesto al galán.

MARIANA

No... te esperaba.

JACOBO

Conócesme?

MARIANA

De cierto.

JACOBO

Soy yo acaso  
 ese mortal feliz?

MARIANA

¿Quién sabe!

JACOBO

Acaba.

MARIANA

Tú eres Jacobo!

JACOBO

Entonces, por qué ocultas  
 tras ese rostro inmóvil tus facciones?  
 (*Quiere quitarla la máscara.*)

MARIANA

¿Qué hacéis, conde? Soltad.

JACOBO

Si eres hermosa,  
 cual lo presumo de tus ojos bellos,  
 de esa garganta tersa que engalanan  
 en lúbricas madejas tus cabellos,  
 por qué ocultas el rostro, mi señora...?

MARIANA

Hermosa me creyeron algún día,  
 luz me llamaron de brillante aurora...  
 Yo no sé si lo fui... mas lo creía.

JACOBO

Y no sabré quién eres?

MARIANA

¿Sí por cierto;  
 mas temo...

JACOBO

¿Qué?

MARIANA

¿Que acaso has de enojarte,  
 si ya en tu corazón dulces recuerdos  
 de un desdichado amor no tienen parte.



JACOBO

Recuerdos de un amor?

MARIANA

Ya no te agrada!

Ya la inquietud á tu semblante asoma,  
y es menos halagüena tu mirada.  
Es posible que aún no me conoces?

JACOBO

No por cierto.

MARIANA

Oh! Que sí, que ya en el rostro  
te está el despecho desmintiendo á voces.

JACOBO

Mariana!

MARIANA

Al fin recuerdas...

JACOBO

Cómo quieres  
que olvidara un instante tus memorias,  
que las memorias son de mis placeres?

MARIANA

Ah, me amas todavía!

JACOBO

Eso no he dicho,  
ni eso quise decir... En su corriente  
los días á las cosas arrastraron,  
borrando así del alma indiferente  
la ilusión de los tiempos que pasaron.  
Este mundo, Mariana, es otro mundo;  
el hombre que ahora ves es ya otro hombre,  
que salvar debe de contacto inmundo  
el esplendor de su orgulloso nombre.

MARIANA

Qué dices?

JACOBO

La verdad; lo que tú misma  
debiste conocer en otros días;

esa ciega pasión, alimentada  
de una esperanza inútil, es ya fuerza  
que sucumba al destino subyugada,  
y que al poder de la razón se tuerza.

MARIANA

Piénsalo bien, Jacobo; no es ya tiempo  
de volvernos atrás, ni yo he venido  
de una esperanza inútil halagada.

JACOBO

Habla.

MARIANA

Olvidaste ya que un juramento  
para siempre nos liga?

JACOBO

No, Mariana;  
ni tú, sin duda, olvidarás tampoco  
que con violencia entonces me obligaron  
á que tuviera mi nobleza en poco.  
Cierto es que perjuré; que esa promesa  
que tu impudencia á recordar se atreve,  
más que por mi conciencia, fué dictada  
de un asesino por el hierro aleve.  
Suyo el perjurio fué, suyo es el dolo...  
Demándale ese infame juramento  
al cobarde puñal de Juan Dandolo.

MARIANA

Acabemos, Jacobo; tú no sabes  
que, si á tus plantas mi soberbia humillo,  
es por piedad á tí?

JACOBO

Piedad, señora?

MARIANA

Me debes tanto amor!

JACOBO

Eso sí creo;  
de placer y de amor habla en buen hora.  
Olvida lo demás; el león regio  
al carnívoro tigre no se enlaza,  
ni es posible enlazar en torpe nudo  
tu raza innoble con mi noble raza.

MARIANA

Ten compasión de tí... Por vez postrera responde: has olvidado que ofreciste, muerto tu padre, recibir mi mano?

JACOBO

Que lo ofrecí á Dandolo, ya lo viste.

MARIANA

Tu padre ya murió.

JACOBO

También tu hermano.

MARIANA

Si no fuese verdad...

JACOBO

Lo sé de cierto; en Florencia, por mano del verdugo, en pago de sus crímenes ha muerto.

MARIANA

Oh! Pero aun vive su infeliz hermana; piénsalo bien, y que vengarse puede, y que si soy mujer, soy veneciana. Ay si olvidando amores y promesas, descuidado y tranquilo te adormeces... mísero tú, que de león blasonas, si del tigre la cólera embraveces!

JACOBO

Ya estáis, señora, por demás cansada; recordando esos locos devaneos, tenéis en mucho lo que tengo en nada.

MARIANA

Me insultáis, noble conde! porque débil y humillada me véis; vil y cobarde, burláis mi pena y despreciáis mi ruego, de tan negra maldad haciendo alarde. Mi engañada pasión tenéis en nada? No teméis que del suelo se levante la dignidad de la mujer hollada?

JACOBO

Basta ya, que es inútil la amenaza

y es inútil el ruego, ya os lo dije. Nada puede Jacobo Dagolino, el noble conde de opulenta cuna, á la hermana deber de un asesino.

MARIANA

Sí, el honor.

JACOBO

No hay honor entre los tuyos, ni cabe mancha donde no hay pureza.

MARIANA

Tienes razón, Jacobo; ni tampoco cabe piedad do la venganza empieza. *(Abre la puerta y aparece en ella Bernardo con máscara.)*

## ESCENA V

JACOBO, MARIANA y BERNARDO

BERNARDO

Guárdeos Dios.

JACOBO

Muy bien venido.

BERNARDO

Conocéisme?

JACOBO

Un antifaz usáis por rostro?

BERNARDO

Es disfraz que para entrar me ha servido.

JACOBO

No es difícil de acertar, baile de máscaras doy.

BERNARDO

Por eso con ella estoy.

JACOBO

Idos, os ruego, á bailar.

BERNARDO

No vine á bailar aquí.

JACOBO

Venís á hacer oración?  
No es, creo, iglesia el salón.

BERNARDO

Es capilla para mí.

JACOBO

Pesado estáis por demás;  
vengáis por lo que viniéreis,  
decidme lo que quisiéreis.  
Os deben algo?

BERNARDO

Quizás.

JACOBO

De quién reclamáis?

BERNARDO

De vos.

JACOBO

Es acaso alguna venta  
no cobrada?

BERNARDO

Es una cuenta  
incompleta entre los dos.

JACOBO

Hablad con mi mayordomo.

BERNARDO

Sólo con vos ha de ser.

JACOBO

Mañana podéis volver.

BERNARDO

Mañana? Es muy tarde.

JACOBO

Cómo?

Así osáis en mi palacio  
levantaros hasta mí?  
Salid al punto de aquí,  
ó vive Dios!...

BERNARDO

Más á espacio.  
Una deuda habéis conmigo,  
y es fuerza que la paguéis.

JACOBO

Mañana la cobraréis.

BERNARDO

Al punto ha de ser, os digo.

JACOBO

Pues bien, á cuenta tomad,  
(*Alarga una bolsa.*)  
y volveréis por el resto.

BERNARDO

No, señor conde, no es esto;  
esos papeles mirad. (*Muéstralos.*)

JACOBO

Eso es ya distinto asunto:  
mas... mal negocio tenéis;  
más os valdrá que dejéis  
en su descanso al difunto.

BERNARDO

Harto esa mujer os dijo:  
mirad lo que contestáis,  
y ruégoos que no seáis  
en la respuesta prolijo.

JACOBO

Hola! Señor valentón,  
acreedor por poderes,  
y abogando por mujeres  
venís? Dáisme compasión!

BERNARDO

Mejor, conde, os estará  
la compasión de los dos,  
porque os juro que de vos  
también compasión me da.

JACOBO

Mal forjáis tan torpe dolo:  
si yo ese papel firmé,  
con quien en él me obligué  
no es más que con Juan Dandolo.

BERNARDO

Sólo quien reclama es él,  
y pues deber confesáis,  
ved la respuesta que dáis,  
que os pregunta ese papel.

JACOBO

Vuestra impostura es bien vana;  
en un cadalso espiró  
Dandolo, y ya no soy yo  
quien se casa con su hermana.

BERNARDO

Es decir, que si viviera,  
lo hiciérais tal vez de miedo.

JACOBO

(Conmigo mismo no puedo.)

BERNARDO

Nunca tan vil os creyera!

JACOBO

Sabéis á quién habláis?

BERNARDO

Sí.

JACOBO

Pues tenéos, vive Dios!

BERNARDO

Tenéos, mal conde, vos,  
que os véis delante de mí.

JACOBO

Yo á vos? Necio! Os olvidáis  
que á una voz, á una señal,  
puedo echaros un dogal  
al cuello?

BERNARDO

Mucho fiáis!

JACOBO

Si aun fuérais Dandolo mismo,  
no véis que por esa puerta  
tenéis á mi voz abierta  
la eternidad y el abismo?

(Mariana cierra á estas palabras la puerta  
del fondo.)

MARIANA

Corto, cerrándola yo,  
el paso á la eternidad!

JACOBO

Traidores!

BERNARDO

(Descúbres.) Conde, mirad.

JACOBO

Cielos!

BERNARDO

Os casáis, ó no?

JACOBO

Oh! No alcanzo á comprender  
si estoy, santo Dios, despierto!  
Pues Juan Dandolo no ha muerto?

BERNARDO

Vedlo vos.

JACOBO

No puede ser.

BERNARDO

No me esperabas aquí?  
Creíste, en tu orgullo loco,  
que me importaba tan poco  
mi honra y mi vergüenza á mí?  
Porque tal vez no se oía  
su formidable rugido,  
creíste al león dormido,  
mas el león no dormía.

Tendido en la sombra espesa,  
 puso á su cólera barras,  
 mas al aguzar las garras,  
 no perdió nunca la presa.  
 Porque un impostor villano  
 mi nombre acaso tomó,  
 fuera, el necio! se creyó  
 del alcance de mi mano.  
 De tí mal pagado á fe,  
 nuevas de mi muerte dí;  
 de la tumba no salí,  
 porque en ella nunca entré.  
 Te engañaste, vive el cielo!  
 creyendo tan torpe dolo,  
 porque si era Juan Dandolo,  
 soy Bernardo Carabello.  
 Ve, pues, lo que has de elegir,  
 y lo que has de contestar;  
 mañana te has de casar,  
 ó esta noche has de morir.

JACOBO

Mal esa audacia te está,  
 cuando en mi poder te tengo.

BERNARDO

Por una respuesta vengo;  
 ve, pues, quién me la dará.

JACOBO

Respuesta, sí, te daré,  
 y escúchame cómo empieza;  
 esta noche tu cabeza  
 al verdugo entregaré.

Hola!

*(Va hacia una puerta excusada; Bernardo se le interpone.)*

BERNARDO

Tente, mentecato;  
 no ves que tu voz sofoca  
 el son del baile que toca  
 en el salón inmediato?  
 Por la vez postrera, conde,  
 que una respuesta me des.

JACOBO

Sal, ó mueres á mis pies.

BERNARDO

Te casas ó no, responde.

JACOBO

No.

BERNARDO

Pues como noble lucha,  
 ó como traidor te mato.  
*(Riñen.—Golpes dentro.)*

JACOBO

Allí tu sentencia escucha.

BERNARDO

Con mi justicia me bato,  
 y es mi confianza mucha.

JACOBO

La puerta derribarán.

BERNARDO

Será tarde.

JACOBO

Muy temprano

para tí.

*(Mariana, que ha permanecido inmóvil durante esta escena, como resuelta de una vez á dejar su lugar á su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, exclama:)*

MARIANA

Piensa, oh hermano,  
 en mis seis meses de afán!

JACOBO

Más ira tienes que brío:  
 pierdes tierra.

BERNARDO

No lo sé.

JACOBO

De un balcón te colgaré,  
 si queda el campo por mío.

MARIANA

Dios te dé, hermano, valor!

JACOBO

Es inútil esperanza.

MARIANA

*(Con despecho.)*

Y quedarnos si venganza,  
es quedarnos sin honor.

*(A estas palabras Bernardo, recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano á Jacobo.)*

BERNARDO

No le perderás, á fe.

MARIANA

Santo Dios! Gracias te doy!

JACOBO

Fuera de combate estoy;  
más quieres?

BERNARDO

Sí.

JACOBO

Pues dí qué.

BERNARDO

Que mueras me importa sólo.

JACOBO

Indefenso, vive el cielo!

BERNARDO

Es que siendo Carabello,  
soy á un tiempo Juan Dandolo.  
Como Bernardo cumpli,  
lidiando hasta desarmarte;  
falta á Dandolo su parte,  
que hay dos personas en mí.

JACOBO

*(Todo el infierno en el pecho  
me revienta y me le abrasa.  
Tener en mi propia casa*

sobre mí mismo derecho!)  
Ven; dime, infernal mujer,  
no basta que un Dagolino,  
dando á tu suerte camino...

MARIANA

Jacobó, no puede ser.  
Has ahogado mi esperanza,  
me has hollado en mi dolor  
y... ahora no vale tu amor  
lo que vale mi venganza.

JACOBO

Pues bien, no es tan tarde aún;  
cuanto me pedís concedo.  
Ah! Un día... Y aun hacer puedo  
nuestra fortuna común.

MARIANA

No; te amé como á mi Dios,  
vine á postrarme ante tí,  
tú me escupistes así,  
y no hay medio entre los dos.

JACOBO

Mas luego...

BERNARDO

Es vano decir.

JACOBO

Cuerpo á cuerpo...

BERNARDO

Es delirar.

JACOBO

Con oro...

BERNARDO

Arrójalo al mar.

JACOBO

Te salvara...

BERNARDO

Has de morir.

JACOBO

Mañana...

BERNARDO

Quimera vana!

Nada hay aquí que te asombre;  
 hoy pronunciarás mi nombre  
 y á mí me ahorcarán mañana.  
 Muere. (*Váse á él.*)

MARIANA

No puedo ya más;  
 de tanta crueldad me espanto.

JACOBO

Traidores!

MARIANA

Le amaba tanto!  
 Bernardo, Bernardo!

BERNARDO

Atrás!

Tu honor á volverte voy,  
 y aun vacilas?

MARIANA

Tiemblo, á fe.

(*En el punto en que Bernardo, vuelto á su hermana, la dirige la anterior reconvencción, Jacobo, abriendo la puertecilla falsa, entra en un gabinete contiguo. Bernardo, clavando el contrato en el puñal, le sigue diciendo:*)

BERNARDO

Aqueste el contrato fué  
 y le cumplo.

JACOBO

(*Dentro.*) Muerto soy!

## ESCENA ÚLTIMA

(*Abrense por fin las puertas del fondo, y entran todos los que se suponen en el salón del baile, los que no hallando en la escena más que á Mariana, dicen asombrados:*)

TODOS

Cielos, y Jacobo?

BERNARDO

(*Saliendo del gabinete.*) Aquí;  
 una palabra empeñó;  
 si él, perjuro, no cumplió,  
 yo por mi parte cumplí.

(*Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.*)

PEDRO

Qué veo!

MAFFEI

Á vengarse sólo  
 salió de la tumba helada!

BERNARDO (*Á Mariana.*)

Conmigo ven, desdichada.

MUCHOS

Tente!

BERNARDO

Paso á Juan Dandolo.

NOTA.—Fué ejecutado este drama en el teatro del Príncipe, por las Sras. Lamadrid (Doña Teodora), Sierra, Parra y López, y los Sres. Lombía, Alverá, Campos, Silvostrí, Lumbreras, París, Ramírez, Cobos y Reyes.









# Príncipe y Rey

## Romance histórico

Está la noche serena;  
la luna, sin pardas nubes  
que la empañen, limpia y clara  
en el firmamento luce.  
En derredor las estrellas,  
con multiplicadas lumbres,  
tachonan del aire vano  
los pabellones azules.  
Eresma, por entre peñas,  
su escaso raudal conduce  
á las plantas de un alcázar  
que en sus arenas las hunde;  
y ya en montones de espuma  
revoltoso se derrumbe,  
ya con transparentes ondas  
manso y humilde murmure,  
nunca es más que un corto espejo  
que adula la excelsa cumbre,  
porque permite al palacio  
que en su cristal se dibuje.  
Está la noche serena,  
y á pasos rápidos huye  
sobre la choza pajiza  
á la espléndida techumbre.  
Calla el viento; el aura apenas  
suelta ráfaga que ondula;  
Eresma hace que sus ondas  
no desvelen, sino arrullen;  
y si algún pájaro errante  
hay que el silencio interrumpa,  
avergonzado se duerme  
por no tener quien le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio,  
que el aura á veces no crucen  
los incompletos compases  
que danza vecina arguyen.  
Oyese el rumor lejano  
de contenta muchedumbre,  
que entre cánticos y brindis  
el sueño tenaz sacude.  
La danza es en el alcázar,  
que el príncipe Enrique cumple  
hoy años, y á malgastarlos  
junta los más que le ayuden.  
La copa de los placeres  
para que ansiosos apuren,  
cuantas damas y galanes  
hay en Castilla reúne.  
La vida es corta; los días  
se menguan y disminuyen;  
la molicie es cortesana,  
y los placeres son dulces.  
Qué importa que el rey don Juan  
contra los rebeldes luche?  
El príncipe vive y goza,  
que como á quien es le cumple.  
Fiestas y danzas! Los reyes  
no son hidalgos comunes  
en cuya frente se ostentan  
el valor y las virtudes.  
Una frente coronada  
radia sólo tantas luces,  
que los ojos atrevidos  
á sus destellos sucumben.

Por eso suenan alegres  
 chirimías y laúdes,  
 haciendo que sus compases  
 de sala en sala retumben;  
 por eso amoroso abrazo,  
 despertador de inquietudes,  
 los talles de las hermosas  
 al ceñidor sustituyen.  
 Por eso el cendal flotante  
 gira en círculo voluble,  
 revelando lo escondido  
 tras lo que traidor descubre.  
 Oh! Hermosas son las hermosas  
 cuando, aspirando perfumes,  
 más ocultos sus hechizos  
 entre transparentes tules,  
 sueltos los cabellos de ébano  
 en espirales y en bucles,  
 de amar y gozar sedientas  
 á los salones acuden.  
 Aquel aliento que envía  
 un suspiro á que se cruce  
 con un suspiro que deja  
 que aquél su lugar ocupe;  
 aquel murmullo continuo  
 que hace que el aura susurre  
 con mil acentos sin forma  
 que entre sus pliegues confunde;  
 aquella blanda sonrisa  
 que vida en un alma influye,  
 mientras aguarda favores  
 en penada incertidumbre;  
 aquellos húmedos ojos  
 á cuya luz se destruyen  
 los hielos del corazón  
 cuando de esquivo presume;  
 tantos acasos pensados  
 que en rodeos mil conducen  
 al revuelto laberinto  
 de amantes solicitudes;  
 y todo ello en un palacio  
 donde tormentosa bulle  
 cuanta pompa, intriga y gala  
 la faz de un príncipe influye,  
 hace que los corazones  
 tan embriagados se ofusquen,  
 que deliren paraísos  
 bajo el cieno que les cubre.

Espléndido está el salón;  
 y aunque mucho disimulen,  
 las damas están contentas  
 cuando los maridos sufren.  
 El príncipe galantea,  
 y las damas de más lustre  
 le deben hoy tanta flores  
 cuanto algunos pesadumbres.  
 Porque él, con una en los brazos,  
 toda una danza interrumpe,  
 haciendo que en raudos círculos  
 mil veces el salón cruce.  
 Pie con pie, mano con mano,  
 al muelle lánguido empuje  
 la lleva en pos blandamente,  
 la suspende y la sacude.  
 Ella, adormecida, suelta  
 sobre brazo tan ilustre,  
 más se abandona y descuida  
 porque más él la asegure.  
 Flotan los rizos de entrambos,  
 los alientos se confunden;  
 crúzanse los pies veloces,  
 vagan los mantos volubles,  
 el labio pide á los ojos  
 osadía, amor y lumbre,  
 y los labios á los ojos  
 suplican que no pronuncien.  
 Los ojos suplen las voces,  
 la sonrisa el fuego encubre,  
 y así al amor y al placer  
 todo sirve y todo suple.  
 Espléndido está el salón;  
 todo el aire son perfumes,  
 música, citas, suspiros,  
 murmullo, plumas y luces.  
 Mas hay un hombre sombrío,  
 á quien todos llaman duque,  
 y á quien ninguno aventaja  
 en la gala que le cubre,  
 cuyos dos ojos tenaces,  
 sin que se aparten ó muden,  
 en el príncipe están fijos  
 cual si temiera que le hurten:  
 si algún importuno acaso  
 su tenacidad reduce,  
 siempre, á su objeto ambiciosos,  
 rápidos se restituyen.

Al acero se parecen;  
que, por más que se procure  
doblarle contra el imán,  
siempre hacia el imán resurte:  
mientras, descuidado el príncipe,  
sin que su gozo perturben,  
con una dama en los brazos  
por el salón baja y sube.  
Es cierto que, alguna vez,  
mira de reojo al duque;  
mas éste, firme y tranquilo,  
ni le busca, ni le huye.  
Es verdad que, alguna vez,  
el primogénito ilustre  
su voluptuosa pareja  
por delante dél conduce;  
y tal vez, aunque no altivo  
de distinguirle se excuse,  
no se alcanza á comprender

si es que le honre ó que le injurie;  
mas el duque no por ello  
en desmán alguno incurre:  
siempre el respeto le sobra,  
ya le responda ó le escuche.

—  
Cesó la danza y la música,  
que ya el albor se descubre  
del alba, que por los vidrios  
asoma sus turbias luces.  
Quedó el alcázar tranquilo,  
despejó la muchedumbre;  
sonó un beso, y don Enrique  
entregó su dama al duque.  
Aquél dijo: —Hasta mañana.—  
Contestó éste: —Si á Dios cumple.  
Y don Enrique volviéndose,  
siguióle la servidumbre.







## LA CORTINA VERDE

---

Son unas horas después,  
y véñse en su gabinete  
Inés en un taburete  
y don Enrique á sus pies.

Testigos de sus deslices  
en aquel retrete oscuro,  
están colgados del muro,  
de Flandes cinco tapices.

Toda sorpresa exterior  
previenen las celosías,  
y dos dueñas de vijías  
que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra;  
el rojo sol de Occidente  
colora confusamente  
las labores de la alfombra.

Las flores desde el jardín  
prestan al aura perfume,  
y otro al fuego se consume  
en el mismo camarín.

Todo es paz, calma y quietud  
en el retrete oriental;  
mas, si no es paz criminal,  
no es la paz de la virtud.

Don Enrique está hechicero;  
doña Inés como una estrella;  
voluptuosa está la bella,  
y galán el caballero.

En los ojos de la hermosa  
se está mirando el galán,  
y ambos atizando están  
hoguera tan peligrosa.

Ella, en recreo infantil,  
destrézale los cabellos,

bucles haciéndole de ellos  
con sus manos de marfil.

Él, con sonrisa liviana,  
en acento adulator,  
dulces palabras de amor  
la dice á la cortesana.

Ella de orgullo suspira  
gozando el favor real;  
aunque él interpreta mal  
la vanidad que la inspira.

Él mancebo, y sin consejo,  
en su amor se está abrasando;  
pero ella está contemplando  
su contorno en un espejo.

Él la dice: —Hermosa estás.—  
Y en silencioso desdén  
dice ella: —Lo sé tan bien,  
que advertirlo está demás.—

Él, con el dulce reclamo  
del silencio engañoso,  
traduciéndolo mejor,  
añade: —Inés, yo te amo.—

Ella, culpando su exceso,  
cuando más cerca la estrecha,  
le da de sí satisfecha  
por cada palabra un beso.

Y en larga conversación,  
ella altiva, él importuno,  
demuestra bien cada uno  
el afán del corazón.

Así el príncipe decía  
enajenado á la hermosa,  
y astuta y voluptuosa  
ella así le respondía:

DON ENRIQUE

Un reino me aguarda, sí;  
con él media vida diera  
por gozar, Inés, siquiera  
la otra media junto á tí.

DOÑA INÉS

Siendo príncipe, señor,  
diérais, existiendo un año,  
cada mes un desengaño  
á vuestro constante amor.

DON ENRIQUE

Pasiones fueran livianas,  
pasatiempos nada más;  
que no encontrara quizás  
sino amor de cortesanas.  
Mas Inés, viéndote á tí,  
esquivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS

Hoy me aduláis cortesano,  
que estáis delante de mí.

DON ENRIQUE

Te lo juro, hermosa Inés;  
diera mis reales palacios,  
mis coronas de topacios,  
por vivir siempre á tus pies.

DOÑA INÉS

Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE

Como tú no nacen dos,  
y por ello, vive Dios!  
sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS

Vos por mí males?

DON ENRIQUE

Sí á fe.

DOÑA INÉS

No os entiendo.

DON ENRIQUE

Me amas, dí?

DOÑA INÉS

En mi alma, de vos á mí,  
si hay diferencia no sé.  
Mas...

DON ENRIQUE

Qué, Inés?

DOÑA INÉS

Habéis oído?  
Jurara que algo sonó!

DON ENRIQUE

Nada he percibido yo...  
Ilusión tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pie,  
escuchando perspicaz;  
y asíola el príncipe audaz,  
repitiendo: —Nada fué.—  
Y á fe que era la quietud  
de aquel ansioso momento  
tan honda en el aposento  
como en desierto ataúd.

Ningún rumor la turbaba,  
ningún susurro se oía,  
si alguna vez se eximía  
la brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume  
que exhala el ancho pebete,  
aroman el gabinete  
y el aire que los consume.

La rica tapicería  
inmóvil en el muro está,  
y á sitio seguro da  
cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba  
que, aunque en la sombra se pierde,  
espesa cortina verde  
al ojo su interior roba.

¡Tal vez el aura sutil  
un instante la movió,  
y eso, sin duda, causó  
á Inés su terror pueril.

Mas, repuesta y sosegada,  
junto al príncipe otra vez,  
díjole con candidez:

—Tenéis razón, no fué nada.

Mas perdonad que haya sido  
tan fácil para el temor;  
que, aunque os tengo mucho amor,  
tengo miedo á mi marido.

DON ENRIQUE

No me le nombres, Inés,  
que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS

La vida, señor, me quita  
con tan celoso como es.

DON ENRIQUE

Ah, Inés mía! Ese es el mal  
que lamentaba hace poco...!  
Tengo de volverme loco  
con un hombre tan cabal.  
No hay cortesano mejor  
ni más puntual caballero,  
en la obediencia el primero,  
y el primero en el valor.  
No hay medio de hallarle infiel,  
ni falta que acriminar,  
ni encuentro qué castigar,  
por más que lo busco en él.  
En la primera excepción  
en que incurra, ha de morir.

DOÑA INÉS

Señor, eso osáis decir?

DON ENRIQUE

Alma mía, celos son.  
No puedo pensar en paz  
que él goza de tu hermosura,  
cuando por igual ventura  
me lamento sin solaz.  
Te parece digna traza  
de un príncipe que osa amarte,  
esperar, por sólo hablarte,  
á que él se salga de caza?

Es digno de mi ambición  
que, cuando él parte tu lecho,  
me dé yo por satisfecho  
con verte por un balecón?

DOÑA INÉS

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE

Sí; y en ese amor sobrante  
me arrebatas el diamante,  
dándome el arillo de oro.

DOÑA INÉS

Os doy cuanto puedo dar;  
no podéis más exigir.

DON ENRIQUE

Aunque él haya de morir,  
tu amor solo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido,  
sonó un fugitivo acento,  
como el rumor del aliento,  
largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,  
púsose el príncipe en pie,  
recelando ambos que esté  
alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar,  
con muy recatada seña,  
oyóse á la astuta dueña  
por el corredor llamar.

—Adiós, señor—dijo Inés—  
que de partiros es hora.

—Hasta cuándo?—Por ahora,  
si gustáis, hasta después.

—Tanta ventura es verdad?  
—Os lo había prometido;

de caza está mi marido.  
Válganos la oscuridad.

Vendréis?—Cómo no?—Atended:  
no hagáis confianza vana:  
abierta está la ventana,  
y es áspera la pared.

—Os entiendo; vendré solo.

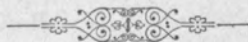
—Sí, que la noche es oscura.

—Oh! Y por tamaña ventura  
fuera yo de polo á polo.—

Salió el príncipe, y la bella,  
orgullosa por su amor,  
saliendo hasta el corredor,  
dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad;  
y, la cortina arrugando,  
vióse al duque murmurando  
inmoble en la oscuridad:

«He aquí que todo lo pierde,  
»por no pensar mi mujer  
»que yo me puedo esconder  
»tras esta cortina verde.»







## JUSTOS POR PECADORES

---

Es Clara una hermosa niña,  
que en la faz muestra gentiles  
de sus diez y siete Abriles  
los encantos á la vez.  
Sencilla, mas sin que el mundo  
la sobrecoja ni empache,  
las pupilas de azabache  
y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura;  
como la noche el cabello;  
transparentes en el cuello  
venas de virgen azul.  
Pie breve y aéreo paso;  
más inquieta y hechicera  
que en la fértil primavera  
las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce  
la llamó un árabe errante;  
sol, azucena y diamante  
las gitanas que la ven.  
El árabe en sus desiertos  
con su memoria camina;  
Egipto la vaticina  
infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos  
como una noche serena;  
su alma en ellos se ve ajena  
de temor y de inquietud.  
El duque la dice «amiga»;  
doña Inés la dice «hermana»;  
los mancebos «soberana»,  
y «hermosa» la multitud.

Si se reclina cansada  
junto á la fuente sonora,  
la náyade protectora  
parece de su cristal.

Si corre de los jardines  
por las sendas desiguales,  
semeja entre los rosales  
una sílfide ideal.

Si sonrío, es su sonrisa  
tan pura y tan hechicera  
cual la blanca luz primera  
del alba limpia de Abril.  
Su voz es á quien la escucha  
red amante, oculta vira;  
y el aliento, si suspira,  
aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella  
todo el amor de su esposa;  
doña Inés procura ansiosa  
con ella olvidarse del.  
Y es Clara, partiendo entrambos  
su purísimo cariño,  
para aquélla un tierno niño,  
y un serafín para aquél.

Pasó toda aquella tarde  
en el huerto entretenida,  
con una dueña que cuida  
sus caprichos de cumplir.  
Cayó el sol; enlutó el cielo  
la impalpable sombra inmensa;  
la noche lóbrega y densa  
amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos,  
con un velo, del rocío;  
cruzando el jardín umbrío,  
hacia el camarín tornó.  
Y asida á un ramo de flores  
que robó á la primavera,  
por una oscura escalera  
hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés, posada  
la mano en el antepecho,  
miraba un camino estrecho  
que oculto á la calle da;  
y en el jardín, tras la dueña  
que recatada le guía  
por la misteriosa vía,  
rápido el príncipe va.

Clara entonces, silenciosa,  
viendo á Inés tan distraída,  
de su estancia la salida  
ganó á su espalda veloz;  
cayó la puerta de golpe  
con estrépito violento,  
y oyóse en el aposento  
del duque la ronca voz.

Tornóse Inés aterrada;  
oyóse dentro un gemido;  
aplicó atenta el oído,  
y dijo temblando:—Él es.—  
Rápida, desalentada,  
por el corredor saltando,  
dió al jardín, encomendando  
su salvación á sus pies.

Trémulo, descolorido,  
el duque de allí á un momento,  
saliendo del aposento,  
embozado apareció.  
Caló el sombrero á los ojos,  
y, dando vuelta á la llave,  
con paso callado y grave  
la escalerilla bajó.





## UN APÉNDICE Á LAS VENTANAS DE LA DUQUESA

---

Triste y lóbrega es la noche:  
no está en el cielo la luna  
colgada como una antorcha  
entre la niebla nocturna.  
No es azul el firmamento,  
que le encapotan y enlutan  
informes masas de nubes  
que á paso tardo le cruzan.  
Todo es silencio en Segovia;  
las ráfagas no murmuran,  
que el aire denso y pesado  
vecina tormenta anuncia.  
Triste y lóbrega es la noche:  
yace la ciudad á oscuras,  
en brazos del primer sueño,  
inmóvil, opaca y muda.

—  
Con precaución cautelosa,  
que intento secreto anuncia,  
corrió una mano el cerrojo  
de un postigo que se ofusca  
en un lado del alcázar,  
entre prolijas molduras.  
Por ella dos embozados  
salieron: ya que la alumbra  
débil luz de una linterna,  
por de fuera la aseguran.  
Como mucho se recatan,  
y es la sombra tan confusa,  
no se percibe á lo lejos  
ni su faz ni su figura.  
Porque es la sombra un cristal  
que los recelos enturbian,

y el objeto que se mira  
se disminuye ó se abulta.  
Tan velozmente caminan,  
que pueden dejar en duda  
si su acelerada marcha  
es persecución ó fuga.  
Doblan esquinas y calles,  
plazuelas y plazas cruzan;  
dijeran que van perdidos  
sin encontrar lo que buscan.  
Mas tan decididos siguen  
la dificultosa ruta,  
que bien se ve que no yerran  
ni se desorientan nunca.  
El ferreruelo cruzado,  
á los ojos la capucha,  
la barba sobre los pechos,  
el morterete sin pluma,  
van su camino en silencio  
con planta firme y segura,  
y el uno delante el otro,  
ni se paran ni se juntan.  
Debajo de unas ventanas  
que, con labores difusas,  
cercan muchos arabescos  
de primorosa escultura,  
detúvose el de delante,  
diciendo: —Vela y escucha,  
esperando que yo vuelva  
sin que nadie me descubra.—  
Replicó el otro en voz baja,  
saludando con mesura:  
—Y si una ronda... —Que pase,  
que mi grandeza te escuda.

—Y si un curioso?—Que vuelva atrás.—Y si me importuna?

—Requiere, si no eres manco, la razón de tu cintura.—

Siguió adelante, esto dicho, y primero que él acuda á dar, prevenido y cauto, ó noticia ó seña suya, abriéndose una ventana, lanzó de su sombra muda, con una escala de seda, una voz que dijo: —Suba.— Subió el galán; mas llegando veloz á la cuerda última, un brazo que sacó un hombre que esconde la catadura, dándole aprisa un saquillo, dijo: —Tome lo que busca.— Y, cerrando la ventana, mano, voz y hombre se ocultan. Á tal momento en la calle, con voz de duelo y angustia, un ay! lanzando una dama,

de la escala se asegura.

Bajó el caballero, y ella ijadeando le pregunta:

—Vivís.—Y, asiendo el estoque, él replicó: —Quién lo duda?—

Llegó en esto el apostado

con la linterna, y á una, dama y galán prorrumpieron:

—Don Enrique!—Inés!—Alumbra.—

Abrió el príncipe el saquillo,

y, sintiendo la tela húmeda,

metió la mano y, asiendo

con asombro lo que oculta,

sacó de la hermosa Clara

la cabeza infantil mustia.

—Santos del cielo! Mi hermana!

—Su sentencia era la tuya—

dijo á doña Inés el príncipe.—

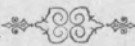
Válgate, pues, tu fortuna!—

Y dando á la dama el brazo,

tomando su antigua ruta,

entraron en el alcázar

por la puertecilla oculta.





## À luengas edades luengas novedades

### I

El príncipe pasó á rey,  
y, como era de esperar,  
todo debió de cambiar,  
sujeto á distinta ley.

Era la reina muy bella;  
mas como bella, celosa,  
y otra alguna por hermosa  
no tiene igualdad con ella.

Así que el rey don Enrique,  
si no adquirió más virtud,  
de su ociosa juventud  
puso á los vicios un dique.

De sus amigas livianas  
mucho el número menguó,  
y á la reina encomendó  
sus más lindas cortesanas.

Es verdad que, á las dos leguas,  
doña Guiomar cada día  
entretenerle solía,  
dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que tan leal  
á su príncipe como ella,  
de su amor le hace querella  
Catalina Sandoval.

Mas pecados reales son,  
que tachar fuera imprudencia;  
son del cetro una exigencia,  
excesos del corazón.

Que es mezquino, á nuestro ver,  
que mandando tanta gente,  
un monarca se contente  
con tan sólo una mujer.

Si Dios condena el amor  
á la mujer del vecino,

no habla el precepto divino  
con él con tanto rigor.

Y sin duda alguna es bien  
que, pues la ley dan los reyes,  
sean ellos con las leyes  
privilegiados también.

Por eso en una alta torre  
que al Campo del Moro cae,  
por do Manzanares trae  
sus corrientes, cuando corre,

Se oye en la noche callada,  
sobre las alas del viento,  
un dulcísimo lamento  
y un arpa bien acordada.

Por eso, en la noche oscura,  
dice el necio centinela  
que en aquella parte vela  
la bruja que el rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial  
por entre el vulgo se suena  
que allí encontró el de Villena  
un cólega espiritual.

Distinto habitante mora  
hoy en la torre precita;  
mas quiénes ó quién la habita,  
el vulgo y la corte ignora.

Porque, aunque á veces en ella  
se oye que, en tróva confusa  
la voz de quien canta acusa  
los rigores de su estrella,

Se oye también que suspira  
tan amantes cantilenas,  
que si canta entre cadenas,  
no canta, sino delira.

Á veces una voz blanda  
en estribillo amoroso

de un amador licencioso  
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,  
y tan tierna en su cantar,  
que intentarla remedar  
fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
ya trémula, ya segura,  
como la fuente murmura,  
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,  
sin tema sobre que acuerde,  
como un aura que se pierde  
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
una voz tan infantil,  
que no envidia en lo sutil  
tonos á la golondrina.

Y á veces en la alta, oscura,  
larga noche, allí resuena,  
varonil, pujante y llena,  
otra voz sin su dulzura.

Mas tan bien con su vigor  
la voz dulce se amalgama,  
que el aire las desparrama  
en dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,  
y otra canta sus victorias;  
ésta adora sus memorias,  
y las diviniza aquélla.

Quien de lejos las escucha  
en la negra oscuridad,  
duda si sueña en verdad,  
y consigo mismo lucha.

Teme la superstición  
maleficio en el cantar,  
pero se mueve á escuchar  
temerario el corazón.

Es una noche tranquila,  
de esas azules, serenas,  
en que de la luna apenas  
la pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreón  
que cae al Campo del Moro,  
se escucha el compás sonoro  
de la femenil canción.

Envuelta en oscuro velo,  
emblema claro del luto,  
torna el rostro mal enjuto  
una mujer hacia el cielo.

Y brilla más la tristeza  
de su encantadora faz  
con el llanto que tenaz  
destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria  
demandársela pudiera  
si canción tan lastimera  
es cántico ó es plegaria.

En un sitial á su lado,  
con un laúd la acompaña  
Enrique Cuarto de España,  
de su corona olvidado.

Pero ella ensaya tan mal  
la endecha triste que canta,  
que mohíno el rey aguanta,  
mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud  
que su canto ejerce en ella,  
pues los tonos de la bella  
no aciertan con su laúd;

Soltando al fin de la mano  
el inútil instrumento,  
dijo con severo acento,  
entre brusco y cortesano:

—Para tal torpeza, Inés,  
que no cantes es mejor.

DOÑA INÉS

Cuanto pude hice, señor,  
y os lo ofrezco tal cual es.  
Dos meses ha que venís  
á gozaros en mi afán  
con el nombre de galán,  
mas como señor pedís.  
Sin curar de mi dolor,  
mandáisme cantar, y canto;  
no llorar, y enjugo el llanto;  
no amar... y muero de amor.

DON ENRIQUE

Inés, importuna estáis.

DOÑA INÉS

Y vos por demás severo.

DON ENRIQUE

Que estáis muy celosa infero.

DOÑA INÉS

Yo infero que no me amáis.

DON ENRIQUE

Siempre dudas de mujer!  
Siempre igual reconvención!

DOÑA INÉS

Amando de corazón,  
amar es obedecer.  
Todas las noches traeis  
la desazón en el gesto,  
siempre á enojaros dispuesto,  
y no hay de qué os enojéis.  
El tiempo os parece largo  
que pasáis siempre conmigo:  
nunca, señor, os lo digo,  
y lo lloro, sin embargo.

DON ENRIQUE

Mas todas las noches vengo,  
Inés, y no se te oculta  
que siempre lo dificulta  
el grave cargo que tengo.

DOÑA INÉS

Mas yo, señor, noche y día  
en esta torre encerrada,  
os espero enamorada,  
sin tener otra alegría.  
Veo la noche importuna,  
de la aurora el arrebol,  
nacer y morir el sol,  
nacer y morir la luna,  
y todo el tiempo se va  
en inútiles querellas,  
demandando á sol y estrellas  
que me digan «dónde está».  
Veo todas las mañanas,  
así que el sol reverbera,  
partirse en fuga ligera  
lasavecillas livianas.  
Todas las noches las veo  
al crepúsculo volver,

fatigadas puede ser,  
mas cumplido su deseo.  
Y á mí el tiempo se me va  
en esas rejas vecinas,  
pidiendo á las golondrinas  
que me digan «dónde está».

Callaba el rey, interés  
prestando á sus voces poco,  
y en delirio amante y loco  
lloraba á su lado Inés.

Él, la barba sobre el pecho,  
cruzadas ambas rodillas,  
sus querellas sin oillas,  
distráido ó satisfecho.

Ella, en más bajo lugar,  
mal prendido el luengo velo,  
las mangas de terciopelo  
deshilando sin cesar.

El rey, como quien tolera  
algo que le mortifica;  
ella, como quien suplica  
algún favor que no espera.

Al fin, como quien despierta  
de un sueño que le acosó,  
así don Enrique habló,  
con trémula voz incierta:

—Mucho te amé, bella Inés,  
mucho te amo; mas perdona  
que no pueda mi corona  
rendir amante á tus pies.  
Casado estoy, en verdad;  
y de mi cetro en honor,  
no cuidaré de tu amor,  
sí de tu seguridad.  
El duque no sé qué es dél;  
y pues se habla de ello mal,  
partirás á Portugal  
con un mensajero fiel.

Calló el rey; é Inés, transida  
de dolor tan impensado,  
de espalda cayó á su lado,  
cercana al fin de la vida.

En sus brazos la sostuvo,  
y, á merced de un elixir,  
la vida volvió á latir,  
camino el aliento tuvo.

Volvió á herir su corazón  
 su altivez ó su mancilla,  
 y dijo al rey de Castilla,  
 con la voz de la aficción:

—Fué amarus orgullo en mí;  
 hízolo amor la porfía;  
 mas, pues la culpa fué mía,  
 castigada quedo así.—

Y tornándola á faltar  
 segunda vez el aliento,  
 salió el rey del aposento,  
 tras quien la vengá á ayudar.

## II

Allá por do Manzanares  
 en humildosas corrientes,  
 antes de entrar cortésano  
 en Madrid, sus aguas vierte,  
 hay un sitio en que fundaron  
 un alcázar otros reyes.  
 Pardo en el nombre, y perdido  
 en verdad en sus placeres,  
 en un despejado campo  
 que á su entrada el lugar tiene,  
 con grande rumor levantan  
 á toda prisa un palenque.  
 Dispónense aparadores,  
 aparéjanse banquetes;  
 doquier se aprestan vajillas,  
 y se despitan toneles.  
 Guirnaldas en los balcones,  
 tapices en las paredes,  
 pabellones en los techos,  
 y en las alfombras pebetes.  
 Doquiera en el campo tiendas  
 con banderas diferentes;  
 andamios para la corte,  
 y andamios para los jueces.  
 Y en el palacio tumulto,  
 y tumulto en el palenque,  
 y en las calles y en las plazas  
 los que van y los que vienen:  
 por allá suben literas,  
 por acullá palafrenes;  
 por allí, de real mandato,  
 de su real guardia jinetes;  
 por un lado arcabuceros,  
 por otro lado donceles,

que, ganando tiempo y tierra,  
 buscando aposentos vienen.  
 Músicos, dueñas, rateros,  
 saltimbanquis y corchetes,  
 tamboriles y danzantes,  
 curiosos é impertinentes.  
 Aquí una moza devota,  
 que el brazo á una vieja tiene,  
 se ajusta en son de maitines  
 con un majo matasiete.  
 Allí un dominico obeso,  
 abultado de mofletes,  
 en una niña de quince  
 posa los ojos ardientes,  
 sin duda alguna admirando  
 al Dios que hace aquellos seres  
 de ojos negros, manos blancas,  
 cintura escasa y pie breve.  
 Más allá, bajo un sombrero  
 que en la oreja se mantiene,  
 alto y torcido el bigote,  
 larga espada, y entre el leve  
 rizado de ancha valona  
 escondido hasta los dientes,  
 de pie derecho, y la mano  
 sobre la cintura siempre,  
 está á través escupiéndolo  
 apercebido un valiente,  
 de esos que dicen: «Miradme,  
 que hay indulgencias en verme»;  
 y sobre todo el murmullo  
 que tan sin término hierve,  
 en cóncavo estruendo ronco  
 por pueblo y campo se sienten  
 los mazos de los peones  
 que levantan el palenque,  
 y el martillo del armero  
 sobre golás y broqueles.

Grandes fiestas se preparan,  
 y, según dice la gente,  
 son por los embajadores  
 que de la Bretaña vienen;  
 así también lo confirma  
 la conversación siguiente  
 de dos judíos que aromas,  
 joyas y armaduras venden:  
 — Buen agosto os habéis hecho,  
 Rubén, á lo que parece.



—No estoy quejoso, en verdad.

—Y aun contento.

—Ciertamente.

—Sed franco.

—Más he de ser?

—Y por nuestros intereses,  
vayamos ambos á una,  
que espero que no nos pese.

—Sea así, hermano Daniel,  
y escuchadme atentamente.  
El rey me compró en secreto,  
para lujo en sus valientes,  
las armaduras mejores  
del torneo.

—Cuántas?

—Trece!

—Santos del cielo! En monedas  
os pagó?

—Al punto y corrientes.

—Feliz sois, Rubén.

—Veamos

vuestra fortuna.

—Yo siempre

por enemiga la tuve.

—Pero yo sé que igualmente  
el rey, Daniel, os buscaba.

—Sí, mas fué ganancia leve;  
aplazóme los caballos  
de mejor sangre que hubiese,  
y dile, blancos y negros,  
los mejores.

—Cuántos?

—Trece.

—Y os quejáis?

—Santa Sión!

Pagó dos; los once debe.—

Callaron ambos un punto,  
y, á Rubén Daniel volviéndose,  
dijole:—Mas ya hay quien cubre  
lo que pierdo en los corceles.  
Don Beltrán armó los suyos,  
pródigo con mis arneses.

—Oiga! También don Beltrán  
campo en el cerco mantiene?

—No, por cierto; mas levanta  
en Madrid otro palenque,  
para una segunda fiesta  
á la vuelta de los reyes.

Á la parte de Alcalá  
tiene apostada su gente,  
para tomar de las damas  
la brida á los palafreñes.

—Atrevido es el pagano,  
y ardua causa la que emprende!  
Los galanes victoriosos  
se le opondrán reciamente.

—Pues don Beltrán de la Cueva  
aun se está tan en sus trece,  
que diz que hasta el mismo rey  
le hará campo, aunque le pese.

—Mucho puja.

—Es conde y rico.

—Y el rey es rey.

—Y él valiente.

Y tiene consigo un hombre  
que recata el rostro adrede,  
que es capaz de armar batalla  
él solo con diez y siete.

—Un soldado?

—Un caballero.

—Que es quien paga?

—Lo parece.

Que es un extranjero, dicen,  
que de aventurero viene.

—Trae gente en su compañía?

—Lanzas hasta veintinueve.

—Es francés?

—Flamenco.

—Amigo

de las batallas?

—No debe.

—Cómo!

—Del se cuentan cosas  
bien extrañas cabalmente.

Dicen que, en vela continua,  
no se sabe cuándo duerme;  
que es sobrio como una monja.

—Mas su nombre?

—No le tiene:

sólo el flamenco le llaman;  
siempre anda solo, y le temen.

—Mas no se conoce de él...?

—Nada más que lo que él quiere;  
y que es alto, recio, osado,  
y á lidiar dispuesto siempre.

Callaron ambos judíos,

y en rauda tropel la gente  
se agolpó sobre el camino  
á vitorear á sus reyes.

### III

Como seis días después,  
y hacia las dos de la tarde,  
en el Prado que en Madrid  
por San Jerónimo sale,  
armados hasta los dientes  
y cubiertos los semblantes,  
estaban dos caballeros  
de una ancha tienda delante.  
Detrás de ellos, apostados  
en hilera formidable,  
hay hasta treinta jinetes,  
potentísima falange.  
Y otros treinta caballeros,  
cuanto valientes galanes,  
en varios grupos conversan,  
de su pompa haciendo alarde.  
Donceles tienen sus lanzas,  
sus caballos tienen pajes,  
siendo á la par todos ellos  
soldados y capitanes.  
Detrás hay una barrera  
que guardan con antifaces  
otros doce caballeros  
sobre doce yeguas árabes.  
Á los lados dos andamios,  
uno con las armas reales  
y otro con las de Bretaña,  
coronados de sitiales.  
Otro andamio casi enfrente,  
y en él los jueces y grandes  
que han de pesar la justicia  
y la ley de los combates;  
y el resto cerca una valla,  
hasta dos arcos triunfales,  
en que remata una liza  
que por la barrera se abre.  
Banderas de mil colores  
se estremecen en el aire,  
que embalsaman ramilletes  
de jazmines y azahares.  
Lindísimas cortesanas  
de cabellos de azabache,

tez pálida y ojos negros,  
bajan el Prado adelante.  
Porque, qué son los jardines  
en que las flores no salen,  
sino lo que son las fiestas  
en que las damas no caben?  
De ambas las tropas que aguardan  
el duro y próximo trance,  
hablan en voces secretas  
ambos los jefes audaces.  
Uno es Beltrán de la Cueva;  
del otro nada se sabe,  
sino que con treinta lanzas  
con don Beltrán hizo parte.  
Es de talla aventajada,  
de nunca visto semblante;  
vigoroso azaz de miembros  
y de fuerzas sin iguales;  
una hacha de armas esgrime  
y una espada formidable,  
que los arneses más recios  
desencajan y deshacen.  
Cabalga un potro normando,  
como sufrido pujante,  
que obedece á los impulsos  
de dos largos acicates;  
y acostumbrado á la guerra,  
en que ha tiempo que le traen,  
mal le reprime el jinete  
al oír los atabales.  
Á su vez el caballero  
le acosa con voz tonante,  
como si el mismo caballo  
á la misma par lidiase;  
y dicen que tan á tiempo  
la segunda vuelve y parte,  
que un solo cuerpo lidiando  
caballero y corcel hacen.  
Así Beltrán de la Cueva  
le hablaba á este personaje,  
y el flamenco respondía  
con razones senejantes:

DON BELTRÁN

Seréis firme?

FLAMENCO

Como un roble.

DON BELTRÁN

Lidiaréis?

FLAMENCO

Á toda sangre.

DON BELTRÁN

Nadie pasará?

FLAMENCO

Ninguno,  
con espada ni con guante.

DON BELTRÁN

Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO

Al rey, vive Dios! que mate  
y lleve su guantelete  
en una pica hasta Flandes.

DON BELTRÁN

Si como decís obráis,  
temo que el campo no os baste.

FLAMENCO

Al tiempo lo recomiendo;  
y, si la suerte me vale,  
veréis que mejor amigo  
no hallaréis para este trance.

DON BELTRÁN

Qué mote sacáis?

FLAMENCO

Ninguno.

DON BELTRÁN

Pues he visto á vuestro paje  
un broquel con una letra.

FLAMENCO

Esa letra dice: «Nadie.»

DON BELTRÁN

Es orgullo?

FLAMENCO

Es una historia.

DON BELTRÁN

De amoríos?

FLAMENCO

Y de sangre.

DON BELTRÁN

Sois príncipe?

FLAMENCO

No, por cierto.

DON BELTRÁN

Sois huérfano?

FLAMENCO

Lo acertásteis;  
porque, á ninguno sujeto,  
soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto  
de pífanos y atabales,  
y vióse la polvareda  
que por el campo adelante  
envuelve á los que se acercan  
tras los pendones reales,  
que, acabados los torneos,  
á Madrid vuelven triunfantes.  
Cabalgó al punto Beltrán,  
y, cabalgando el de Flandes,  
asió broquel, lanza y brida,  
diciendo con voz pujante:  
—Á caballo! Voto á Dios!  
Y en torneo ó en combate,  
no hay que dejar con espada  
desde San Miguel á nadie.—







## EL PASO DE ARMAS DE BELTRÁN DE LA CUEVA

---

### I

Espléndida cabalgada!  
Caballeresco tropel!  
La reina viene montada,  
y el rey la brida dorada  
asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas  
las cortesanas más bellas,  
y á su vez los caballeros  
sirven de palafreñeros  
á los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen  
sobre esclavos orientales;  
los pajes detrás se tienen,  
y el orden al fin mantienen  
mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor  
y detrás pueblo y tumulto;  
en el centro va el valor,  
y en la fiesta, mal oculto,  
el orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan  
las cotas hechas pedazos;  
orgullosos todos van,  
y el amor probando están  
las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes  
asidos á las cimeras  
de los ufanos jinetes,  
y usurpan tocas ligeras  
el lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas  
y de rojas banderolas,  
flotan en suelto equipaje

los velos blancos de encaje  
de las damas españolas.

Y de las sillas de guerra,  
forradas de limpio acero,  
hasta tocar con la tierra  
cuelga el que de amor encierra  
misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles  
guanteletes ni escarcelas,  
si terciopelos y pieles,  
y ellos van libres y fieles,  
sin temor á las espuelas.

Solamente más severos,  
aunque no siendo mejores,  
tras el rey van altaneros,  
pacíficos caballeros,  
los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando  
las atenciones reales,  
en rico y vistoso bando,  
sobre mulas van pasando  
obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,  
todo es oro cuanto brilla,  
y osténtanse allí á la vez  
los hidalgos de más prez  
de León y de Castilla.

Todas las mejores lanzas  
de ambos reinos acudieron,  
y descuidando sus danzas,  
osados en esperanzas,  
diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor  
cualquiera liza es buena;  
y el moro batallador

sabe siempre que es mejor lidiar en cristiana arena.

Allí, en los andamios, miran sin máscaras las hermosas; sus alientos se respiran, y á sus miradas aspiran las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros, sobre sus negros corceles, diez árabes caballeros, silenciosos y severos, envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto, la negra barba crecida, el corcel de oro cubierto, todo muestra la atrevida generación del desierto.

Y aunque, cuanto audaz cortés, culta en usos y lenguaje, siempre se alcanza á través de su magnífico arnés, algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla rey, pueblo y embajadores; y al son del clarín que estalla, van á ofrecer la batalla al rey los mantenedores.

Llegó á sus pies don Beltrán, y díjole audaz: «Señor: »aquí mis nobles están, »que sus lanzas mendirán »con vuestra lanza mejor.

»Y pues, por encarecellos »vuestra real esplendidez, »fiestas quiso concedellos, »para no ser menos que ellos, »he aquí campo á nuestra vez.

»Como tan buenos vasallos, »de las damas requerimos »las bridas de los caballos; »y pues á aquesto venimos, »ó combatir, ó soltallos.»

Y echando el guante en la arena, brida volviendo á su gente, el campo en torno resuena con largo aplauso que llena cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos rasgando los atabales, fueron ocupando atentos la multitud sus asientos, y los reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores á un lado, y á otro los jueces, al son de los atabores, á los nuevos lidiadores requirieron por tres veces.

Lanzáronse hacia la liza hasta cuarenta jinetes, y, en su línea movediza el aura estremece y riza crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno impacientes los bridones, henchir queriendo su seno con los belicosos sonos, de que el aire tragan lleno.

Entonces, desde una tienda de los que el campo mantienen, al lugar de la contienda un caballo por la rienda dos pajes bajando vienen.

Por si quisiera lidiar, al rey le ofrecen cortesés, advirtiéndole á la par que mejor no lo ha de hallar ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores el sol de la liza igual, y, al son de los atabores, retados y retadores aguardaron la señal.

## II

Con la visera calada y los lanzones en ristre, los broqueles ante el pecho, sobre los estribos firmes, cerráronse á toda brida los lidiadores insignes, los unos contra los otros, á la voz de los clarines. Todo fué polvo un instante; no se oye ni se distingue

más que el son que los aceros  
 en fiero compás despiden.  
 En honda y ansiosa duda,  
 en angustia indefinible,  
 almas con ojos esperan  
 á que el polvo se disipe.  
 Es en vano que las damas  
 al turbio palenque miren;  
 todo, entre el espeso polvo,  
 está en el campo invisible.  
 En vano sobre su escaño  
 se levanta don Enrique;  
 el polvo oculta á sus ojos  
 los que vencen ó se rinden.  
 Se oye que abajo en la liza  
 la recia contienda sigue,  
 porque los gritos no cesan,  
 y los golpes se perciben.  
 Unos gritan:—Flandes, Nadie.  
 —Al rey, al rey—otros dicen;  
 y las lanzadas se doblan,  
 y los tajos se repiten.  
 Ayes, lamentos, insultos,  
 maldiciones, lelilies,  
 relinchos y cuchilladas,  
 todo á un tiempo se concibe;  
 todo en tumulto espantable,  
 todo en confusión horrible.  
 Todos los gritos se mezclan,  
 y á gran pena se distinguen  
 los de—Cierra! Hierre! Á ellos!  
 Alá! Flandes! Don Enrique!—  
 Creyéndose al mismo tiempo,  
 por los «cierra» y los «lelilies»,  
 que flamencos y cristianos  
 contra sarracenos riñen.  
 Rodó al fin el polvo denso  
 con las ráfagas sutiles,  
 descubriendo la vergüenza  
 de los que la arena miden.  
 Pocos pudieron bizarros  
 al encuentro resistirse;  
 su mismo impulso fué causa  
 del azar que les aflige.  
 Quedaron de entrambas partes  
 tan sólo trece que lidien.  
 Son los seis mantenedores;  
 los otros siete, del príncipe.

De ellos hasta tres son moros  
 que á los del rey bien asisten,  
 con los alfanges sangrientos  
 y los palafrenes libres.  
 Donde una espada se rompe,  
 donde un yelmo se divide,  
 doquier que un palmo se pierde  
 ó un caballo se reprime,  
 allí la lanza de un moro,  
 allí un alfange invisible,  
 hiere, acosa, rompe, vence,  
 antes que se le adivine.  
 Algunos de entrambos bandos  
 que levantarse consiguen,  
 con los pomos y los puños  
 en el combate persisten.  
 Dan, cian, avanzan, vuelven  
 y ligeros como tigres,  
 soltando el inútil hierro,  
 con los brazos se reciben.  
 Se abrazan y se sacuden,  
 y se cruzan y se oprimen,  
 quedando un momento inmóviles,  
 en duda de si respiren.  
 Y al fin de afanosa lucha,  
 sin vencer y sin rendirse,  
 ruedan abrazados ambos,  
 y cuartel ninguno pide.  
 Perdidos entre el tumulto,  
 tal vez aún se distinguen  
 sus desperados esfuerzos,  
 sus convulsiones horribles,  
 hasta que el tropel sangriento  
 de los jinetes que viven  
 los envuelve enteramente,  
 los separa ó los persigue.  
 Tocó el sol en Occidente;  
 y á la voz de don Enrique,  
 pajes entran en la liza  
 que los heridos retiren.  
 Despejado un poco el campo,  
 la liza de estorbos libre,  
 quedaron lidiando siete  
 sobre los estribos firmes.  
 Don Beltrán con el de Flandes  
 y un flamenco que le sigue,  
 con un hacha á cuyos filos  
 mal los broqueles resisten.

Lidian por el rey, valientes,  
 los ventajados en lides:  
 el marqués de Santillana,  
 que negra armadura viste;  
 don Juan Pacheco, que el mando  
 lleva á medias con el príncipe,  
 y el buen conde de Treviño,  
 del solar de los Manriques.  
 Con ellos guerrea un moro,  
 de cuya opulenta estirpe  
 dan testimonio, y no escaso,  
 el negro corcel que rige,  
 el corvo alfange que empuña  
 y el arnés con que se ciñe.  
 Mas todo está deslucido,  
 sin que oro ni acero brillen;  
 que todo en polvo y en sangre,  
 á puro lidiar, se tiñe.  
 Don Beltrán, rota una brida,  
 con esfuerzos increíbles,  
 contra el moro y Santillana  
 ve su salvación difícil.  
 Las damas le vitorean,  
 mostrando bien cuánto es triste  
 que caballero tan bravo  
 con tal desventaja lidie.  
 Los jueces están inquietos;  
 é indeciso don Enrique,  
 duda si el bastón de mando  
 á tiempo en la arena tire.  
 Mas antes que esto suceda,  
 se oyó pujante y terrible  
 el grito con que el flamenco  
 «Flandes y Nadie!» repite.  
 Y revolviendo el caballo,  
 con ímpetu se dirige  
 hacia el noble Santillana,  
 que el campo á su empuje mide.  
 Entonces al de Treviño  
 volviendo,—«Aquí Flandes»—dice;  
 y alzándose en los estribos,  
 de entrambas manos se sirve.  
 Cayó del caballo el conde;  
 y volviendo el que le rinde  
 al soldado que le ayuda,  
 le manda que se retire.  
 Quedaron, pues, dos á dos,  
 cuatro valientes que piden

una corona los cuatro,  
 para los cuatro difícil.  
 Y bien merecen que en ellos  
 su honor sus partidos cifren,  
 porque no hay mejores brazos  
 para que le depositen.  
 Pacheco y Beltrán cayeron;  
 Pacheco, asido á las crines,  
 debajo está del caballo,  
 incapaz de desasirse.  
 Vino don Beltrán sobre él;  
 mas, los jueces que presiden,  
 dan por vencido á Pacheco,  
 y escuderos le permiten.  
 Mientras, agotando esfuerzos  
 que parecen imposibles,  
 el árabe y el de Flandes  
 la lucha tenaces siguen.  
 Grita el flamenco: «Aquí Flandes»;  
 y el árabe á cada quite  
 entra y sale huyendo y dando,  
 siempre en duda y siempre libre.  
 En vano el flamenco acude  
 á cuanta fuerza le asiste;  
 el moro hace que el caballo  
 pase, cruce, salte y gire.  
 Mas, cansada su fortuna,  
 á tiempo que ambos se embisten,  
 al dar una huída el moro  
 hace que el caballo pise  
 tan en vago, que, aunque diestro,  
 le levanta y le reprime,  
 dobló las manos en tierra,  
 tocándola con las crines.  
 Esto que viera el flamenco,  
 con empuje irresistible  
 para adelante se viene,  
 sin que el moro alcance á herirle.  
 Cayó el de Flandes encima;  
 y aunque el caballo le oprime,  
 asió con tal fuerza al moro,  
 que le acogota y le rinde.

Tiró su bastón el rey,  
 y al son de los añafles  
 mandó que por los del campo  
 la victoria se publique.



## III

Mientras á los pies del rey,  
de hinojos Beltrán se pone,  
y el rey le tiende la mano  
por que con ella se honre,  
á las puertas de la liza  
la multitud agolpóse,  
para ver la cabalgada  
cuando á palacio se torne.  
Bajaron de sus andamios  
el rey, la reina y la corte;  
damas, caballeros, pajes,  
obispos y embajadores.  
De manos de los donceles  
recibiendo los bridones,  
conducir de allí á las damas  
como enantes se proponen.  
Asidos brida y estribo,  
por que más fáciles monten,  
por las hermosas esperan  
los caballeros mejores.  
Púsose primero el rey,  
y ya cortés se dispone  
á dar la mano á la reina,  
cuando con audacia un hombre,  
cejar haciendo el caballo,  
sin respeto se la coge.  
—Quién se atreve...? dijo el rey;—  
y en el rostro los colores,  
tornando el gesto alterado,  
delante su vista hallóse,  
la brida asiendo, al flamenco,  
que así osado le responde:  
«Si pasáis sin combatir,

»será sin guante ni estoque;  
»que he lidiado en el palenque  
»bajo de estas condiciones.»

El rey Enrique, indeciso,  
de arriba á abajo miróle,  
dudando si, por quien sea,  
se lo tolere ó se enoje;  
pero, por más que á sus solas  
su pensamiento recorre,  
como el su rostro recata,  
no sabe si le conoce.  
Al fin, fingiendo respetos  
por sus derechos, cedióle,  
ya su razón otorgando,  
ya por secretas razones.  
Tendióle la mano, y dijo:  
—Loor á los vencedores!  
Tomad lo que habéis ganado,  
que, en efecto, anduve torpe.  
Quién sois?

—*Nadie*: esa es mi empresa.

—Es vuestra cifra?

—Es mi nombre.

—Sois valiente, y no os atañe,  
por vida mía, ese mote.

—Ya dije que es nombre propio,  
y no le merezco noble.

—Cómo, pues?

—Porque he vendido  
mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,  
y, tras largas reflexiones,  
con sonrisa ambigua dijo:  
—Id adelante.—Y siguióle.







## RECUERDOS

---

Es una noche tranquila,  
de esas azules, serenas,  
en que de la luna apenas  
la pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes  
por medio el espacio flotan,  
que así de la luna embotan  
los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga  
los árboles estremece,  
y, según se extingue ó crece,  
crece el murmullo ó se apaga.

Noche espléndida y serena  
que al hombre á pensar convida,  
y en que resbala la vida  
de gozo y pesar ajena.

En que, absorto el pensamiento  
en vaga meditación,  
halla una blanca ilusión  
en cada arruga del viento.

Nada ve el ojo, aunque mira;  
oye el oído, y no escucha;  
y, consigo en débil lucha,  
triste el corazón suspira.

Una noche clara y pura  
en que, contemplando el cielo,  
crece en el alma el consuelo  
y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos,  
con el fulgor de la luna,  
la ilusión de la laguna,  
en argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío  
cual un escuadrón gigante,

y cual rastro centellante  
la cinta blanca de un río.

Noche en que prestan á una  
blando perfume las flores,  
música los ruiseñores  
y resplandores la luna.

De esas noches que una vez  
todos los hombres gozaron,  
y á cuya luz recordaron  
los sueños de la niñez.

De ésas noches cuya historia  
dura en el alma escondida,  
página de nuestra vida  
pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro  
con que en murmullos suaves  
aduermen hojas y aves  
y aguas el Campo del Moro,

Un hombre sobre una peña  
se alcanza en la oscuridad;  
mas no se alcanza, en verdad,  
si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura  
sombra negra, alguna vez,  
la movible brillantez  
de su límpida armadura.

Se oye entre las hierbezuelas,  
á cada sacudimiento,  
el brusco estremecimiento  
de sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza  
del ánima dolorida,  
tal vez por la antigua vida,  
ó acaso por su esperanza.

En esto, en un alta torre  
que al Campo del Moro cae,  
por do Manzanares trae  
sus corrientes, cuando corre,

Vagó sobre el aura leve  
voz tan dulce y lastimera,  
que, atenta el aura ligera,  
por oïlla no se mueve.

Á aquel suavísimo son,  
el caballero escondido  
ansioso prestó el oïdo,  
hízose todo atención.

La voz que oye limpia y blanda  
en estribillo amoroso,  
de un amador licenciado,  
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,  
y tan tierna en su cantar,  
que intentarla remedar  
fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
ya trémula, ya segura,  
como la fuente murmura,  
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago  
sin tema sobre que acuerde,  
como un aura que se pierde  
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
una voz tan infantil,  
que no envidia en lo sutil  
tonos á la golondrina.

Es ilusión mentirosa,  
ó es tremenda realidad  
ese sueño de otra edad  
más bella y más dolorosa?

Por qué estremecido miras  
esa torre solitaria,  
y al rumor de esa plegaria  
con pesadumbre suspiras?

Qué oyes, caballero, dí,  
en ese son misterioso  
que el céfiro vagaroso  
arrastra ufano hasta tí?

Ese que gime en el viento  
sonido despertador,

es un recuerdo de amor,  
ó es tenaz remordimiento?

Ah! El pensamiento perdido  
incapaz de decidir,  
vacila entre el porvenir  
y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima  
de más cercana inspección,  
bien sabe su corazón  
que aquella voz le lastima.

Quién vivirá en esa torre,  
que canta tan dulcemente,  
mientras suena mansamente  
el Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella  
oyó que, en trova confusa,  
la voz de quien canta acusa  
los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta  
lastimado son de duelo,  
cual queriendo enviar consuelo  
al corazón la garganta,

Oyó también que suspira  
tan amantes cantilenas,  
que si canta entre cadenas,  
no canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,  
y sobre el césped mullido  
oyóse un pie contenido  
que va cautelosamente.

Cada vez más cerca está...  
Púsose en pie el caballero,  
y, requiriendo el acero,  
preguntó firme: —Quién va?—

Á sus rayos argentinos  
la luna dejóle ver  
un paje que echó á correr,  
dando vuelta á unos espinos.

—Sois vos—le dijo llegando—  
*Nadie* en Flandes, mucho aquí?  
—Mucho te han dicho de mí.  
—Pues á vos vengo buscando.  
Seguidme.

—Adónde?

—Teméis?

Dijeron que érais valiente.  
—Mas fiarse no es prudente  
del primero...

—Bien hacéis.

Dios os guarde; á decir voy  
que os propuse una aventura,  
y desechó por medida  
vuestra prudencia la de hoy.

—Mucho sabes, pajecillo.  
Ve delante.

—Pues de mí

no os separéis: por aquí.

—Dónde vamos?

—Al castillo.

Y de un torreón en el centro,  
postigo oculto buscando,  
entraron ambos, cerrando  
la portezuela por dentro.







## FAVOR DE REY

---

En medio de un aposento  
que el rey Enrique eligió  
para secreto teatro  
de sus comedias de amor,  
él y Beltrán de la Cueva,  
á quien con prisa llamó,  
están: don Beltrán en pie,  
y él tendido en su sillón.  
Decora del gabinete  
el magnífico interior  
cuanto de rico y espléndido  
monarca jamás juntó.  
Cuelga una lámpara de oro  
del cincelado artesón;  
ferrados en terciopelo  
los muros en derredor;  
el pavimento de alfombras  
exquisitas se vistió,  
y sobre el rey pende inquieto  
de plumas un pabellón.  
Delante tiene á una fiesta  
preparado un velador;  
cual le anhelaran cubierto  
la codicia y la ambición.  
Copas y cubiertos de oro;  
vajilla que cinceló  
diestro artista, á quien por ella  
dieron riquezas y honor.  
Y á su lado entre perfumes,  
en pródiga ostentación,  
doble y superior servicio  
sobre un ancho aparador.  
Siguiendo el rey y el privado  
su rota conversación,

el vasallo respondía,  
preguntándole el señor.

—Conque lloraba?

—Doliente

en mis brazos se arrojó  
diciendo: «Es él quien lo manda?»

—Y qué respondisteis vos?

—Que en ello vuestros mandatos  
no admitían dilación.

—Muy bien dicho. Y á esa orden,  
ella, qué dijo?

—Señor...

—Sin escrúpulo decid,  
Beltrán; que en esta ocasión,  
si alguien debiera tenerlos,  
vos cabalmente no sois.

Mas os juro, por mi vida,  
que no me acosa el menor:  
por el bien de mis vasallos  
tengo en esto obligación.  
Conque, qué dijo?

—En injurias

su lengua se desató.

—Hola, hola!

—Lamentando

vuestra inconstancia en amor.

—No fué mucho, don Beltrán;

pero ya, gracias á Dios,  
tenemos algo de mundo,  
y ha tiempo uso de razón.

Y, qué más?

—Roja de rabia,

mal caballero os llamó,  
indigno de vuestra estirpe,

hipócrita y seductor.

—Ese ya es otro cantar,  
buen Beltrán; mas tengo yo  
para mí que el injuriarme  
era pedirme perdón.

—Á vuestro real pensamiento  
sin oponer la menor  
contradicción, yo os dijera  
que me asiste otra opinión.  
—Cómo? Decid.

—Doña Inés  
por ultrajada se dió,  
y, serenándose al punto,  
«Bien, caballero: sois vos  
(me dijo con roz resuelta)  
mi guarda ó mi conductor?  
—Y vos?

—Señora—la dije—  
otro el rey os preparó.  
—Y ella?

—Añadió: «Pues decidles  
de mi parte á ambos á dos,  
que apresuren nuestro viaje,  
que estoy pronta y noble soy;  
y al rey en particular,  
que excuse toda ocasión  
de sincerarse; que siento  
tal desprecio por su amor,  
que, si al paso se me pone,  
ni aun he de mirarle yo.»

—Bravamente lo ha pensado!  
No lo hiciera yo mejor.  
Pobre muchacha! En las redes  
que la he tendido cayó.—

Callaron por un instante  
el privado y el señor,  
en consulta cada cual  
con su propia reflexión.  
En esto confusamente  
del muro en el interior,  
con misteriosa cautela  
llamada ó seña sonó.

—Han llamado?

—Sí, por cierto.

—Ellos serán.

—Sí, señor.

—Abrid, y en mis conjeturas  
ayúdeme el vino y Dios.

Con un oculto resorte  
don Beltrán la puerta abrió,  
y entraron por ella un paje  
y el flamenco vencedor.  
Tendió el flamenco la vista,  
sin señal de turbación,  
por todo cuanto le alumbran  
las luces en derredor.  
Y sereno, altivo, inmóvil,  
en la misma posición,  
con la visera calada,  
callando se conservó.  
Venid—le dijo, dejando  
el monarca su sillón;—  
venid al igual conmigo,  
ilustre batallador.  
Aliviáos de esos hierros,  
ocupad ese sillón,  
y tendedme vuestras manos,  
que á fe que me harán honor.  
Beltrán, que sirvan la cena;  
y en tan dichosa ocasión,  
Chipre, el Vesubio y Falerno  
nos presten gozo y valor.  
No os sentáis?—El encubierto,  
sin moverse, respondió:  
—Yo soy un aventurero  
que por mis desgracias voy  
cumpliendo una penitencia  
que me han impuesto, señor.  
No puedo mostrar mi rostro,  
mi nombre ni mi blasón,  
sino al hombre que me venza  
en las armas superior;  
y entonces será pidiéndole,  
en nombre del sumo Dios,  
que me pase compasivo  
con la daga el corazón.  
—Caballero, pues que todo  
me convence que lo sois—  
dijole el rey—no pudiera  
alzar ese voto en vos  
la voluntad de los reyes,  
ni aun por haceros honor?  
Porque en verdad que me aflige,  
al daros por galardón  
mi amistad y mi palacio,  
no saber á quién los doy.



—Por respeto á mi rey sólo voy sin ventura, señor; ved si estimo vuestras dádivas, como de quien ellas son.

Miró al caballero el rey con ojo escudriñador, y, comprimiendo los labios, á don Beltrán los volvió diciendo:—Cómo ha de ser! La voluntad es de Dios.

Mas ya, señor caballero, que la suerte me privó del placer que me esperaba, pediros quiero un favor.

—Será mandato, y cumplirlo en mí será obligación.

—Jurad que lo cumpliréis.

—Jamás he jurado yo; que tengo en más mi palabra que el juramento mejor.

—Dispensad, que anduve torpe; concededme en galardón un brindis.

—Eso más bien; con mil amores, señor.— Llenó don Beltrán las copas; una cada cual tomó, y, alzándose la visera el flamenco lidiador, encubiertas las mejillas con un antifaz mostró.

—Engañásteis mi esperanza— dijole el rey.

—Ah, señor!

Para encubrir mi desdicha es doble mi precaución.

—Y quién tanta penitencia á imponeros alcanzó?

—Mi vergüenza.

—Y por qué causa?...

—De una mujer se valió.

—Basta y brindad, caballero; el que buscaba sois vos.—

Bebieron ambos; la mano el monarca le tendió,

—Y ahora—le dijo—escuchadme, si os place, con atención.

Queréis llevar en secreto

una dama de alto honor á Portugal?

—Á la misma

Constantinopla, señor;— centelleándole los ojos el hidalgo respondió.

—Está bien; Beltrán, mis órdenes llevad á esa dama vos; que al punto partan. Tomad.

En ese pliego que os doy encontraréis, caballero, mi voluntad superior.

En pasando la frontera le abriréis; pero antes no, ni vos ni nadie á la dama mantengan conversación.

Ved que en ello os va la vida, pues gentes os daré yo que os velen y os acompañen por mi reino.

—Eso, señor, más es castigo que premio.

—Negocios de corte son, en que á par necesitamos, yo prudencia, y vos valor. De vuestros treinta jinetes, hasta diez irán con vos; los demás á la frontera los enviaré luego yo. Comprendísteis?

—Comprendí.

—Prometéis?

—Delante á Dios,

os aseguro que nunca mi ventura fué mayor.

—Ah! Mirad, se me olvidaba: este pequeño cajón llevaréis á su destino.

—Decidme su dueño.

—Vos.

Es un presente que os hago, que os probará, salvo error, que es mi memoria tan larga cuanto la vida en los dos. Conque, si os cumple, brindemos á vuestra vuelta.

—Señor, nadie cuenta con su suerte.

—No me la aseguro yo;  
mas, si á Castilla volvéis,  
tal vez halléis lidiador  
que os arranque vuestro nombre,  
si no vuestro corazón.

Á vuestra salud, hidalgo,  
y á que nos ayude Dios!—

El rey apuró su copa,  
y, apartando el pabellón,  
por una puerta secreta  
del gabinete salió.

#### CONCLUSIÓN

Es una tarde nublada,  
que espléndido el sol no alumbra,  
velado entre las neblinas  
que el cielo cóncavo enlutan.  
Recio y Norte sopla el viento,  
é interceptada y confusa  
la vista, á distancia corta  
los objetos no columbra.  
Es un estrecho camino  
do, entre la arena menuda,  
brotá á pedazos un césped  
que la marcha dificulta,  
y por entrambos sus lindes  
mecen sus ásperas puntas  
zarzas que guardan con ellas  
frutos que nunca maduran.  
Por él, á rápidos pasos,  
temiendo la noche oscura,  
las fronteras españolas  
en triste silencio cruzan  
una dama en su litera  
á la merced de dos mulas;  
un caballero que el rostro  
bajo el capacete oculta,  
y hasta cuarenta jinetes  
que les custodian la ruta.  
Apenas en Portugal  
fijaron planta segura,  
oyóse del caballero  
la pujante voz robusta:  
«Alto!—dijo. —Nadie pase.  
Cada cual consigo cumpla:  
los españoles á España,  
y mis gentes aquí juntas.»

Á este mandato obedientes,  
como cosa en que no hay duda,  
los de España, saludando,  
tornan á su España grupas,  
y á la espalda los flamencos  
de su capitán se agrupan.  
Éste, entonces, con la risa  
en sus labios insegura,  
exclamó: «Ya está en mis manos  
tu secreto y tu fortuna,  
Enrique: si en esta dama,  
que en verdad lo será tuya,  
á aclararme tu vergüenza  
no sirve cuanto discurra,  
me libro de mi palabra,  
pues mi razón me disculpa,  
y á recibir te prepara,  
por tus injurias, injurias.»  
Y rasgando el sello real  
que el pergamino le oculta,  
leyó estas negras palabras  
escritas de la real pluma:

«Mi valiente aventurero,  
don Ruy Pero Sandoval;  
pues según me son testigos  
las justas de don Beltrán,  
tanto os place los corceles  
de nuestras damas guiar,  
ahí lleváis á doña Inés,  
á quien, en Dios y en verdad,  
podéis adonde os contente  
desde este punto llevar.  
Y porque memoria mía  
no os falte desde hoy jamás,  
el regalo que me hicisteis  
en ese cajón lleváis.  
Mas os prevengo que, cauto,  
no entréis en Castilla más;  
que en ella os espera una horca  
más alta que la de Amán.»

Los ojos desencajados,  
la lengua en la boca muda,  
contemplando el pergamino  
que entre las manos estruja,  
quedó el duque don Ruy Pero  
sin intención que le acuda.

Volviendo al fin en su acuerdo,  
víctima de interna lucha  
con que le acosan á un tiempo  
los recuerdos y las dudas,  
á la litera lanzóse,  
y, asiendo las vestiduras  
de la dama, á viva fuerza  
sacándola, la pregunta:

—Quién sois? Por Cristo bendito  
que lo diga y se descubra!—

Ella, de dolor transida,  
á tales voces se turba,  
y el duque la arranca el velo  
cogiéndole de las puntas.

Blasfemó el duque, y, asiendo  
con mano audaz é iracunda  
el cajón que le dió el rey,  
le estrella en la tierra dura.

Rodó por el campo estéril  
una cabeza insepulta.  
Desmayóse doña Inés;  
corrió una lágrima turbia  
por los párpados del duque,  
más amarga que cicuta;  
y en el solemne silencio  
de aquella tragedia muda,  
de entre un pabellón de nubes,  
pálida asomó la luna.



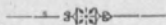


# LEALTAD DE UNA MUJER

y

# AVENTURAS DE UNA NOCHE

COMEDIA EN TRES ACTOS



MEMORANDUM  
DE LA COMMISSION

DE LA COMMISSION

## PERSONAJES

---

Don Juan.

Don Carlos.

Don Pedro Pérez de Peralta.

Don Antonio Nogueras.

Garcerán.

Doña Margarita.

Beatriz.

Brígida.

Rangel.

*Un jefe de los rebeldes de Barcelona, Justicia, soldados, rebeldes, montañeses, pueblo*

---

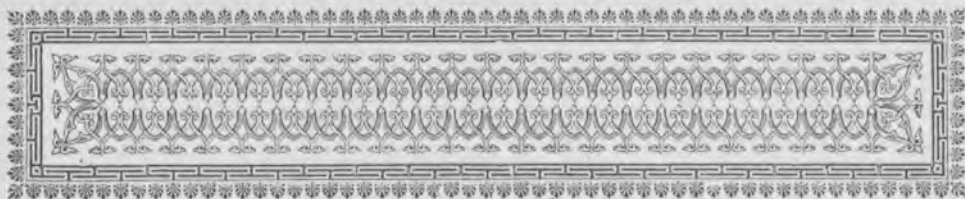
*La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona,  
la noche del día 12 de Marzo de 1461*

---

---







# LEALTAD DE UNA MUJER

## ACTO PRIMERO

Calle y noche.—Casa en el fondo, con puertas y balcones practicables; una imagen de Cristo en un nicho, con un farolillo que alumbrá la escena

### ESCENA PRIMERA

DON PEDRO y GARCERÁN

DON PEDRO

Y entrastes en la ciudad?

GARCERÁN

Fuéme imposible, señor.

DON PEDRO

Tal vez te faltó el valor.

GARCERÁN

No fué por miedo en verdad.  
Mas es tanto el alboroto,  
la alarma y el son de guerra,  
que no hay un palmo de tierra  
seguro en peña ni soto.  
Más de cinco mil jayanes,  
armados con picas y hoces,  
mostrando están lo feroces  
que son hoy los catalanes.  
No temen ni Dios ni ley,

y, sin otros requisitos,  
les dejo pidiendo á gritos  
la cabeza de su rey.

DON PEDRO

Tanto la asonada apremia?

GARCERÁN

Señor, es en tal tumulto  
cada razón un insulto,  
cada grito una blasfemia.  
Por el príncipe de Viana,  
rebeldes, clamando están,  
y si al fin no se le dan,  
contra el rey salen mañana.

DON PEDRO

Á tanto se han de atrever?

GARCERÁN

Que si se atreven? Señor,  
ya iban al gobernador,  
cuando me vine, á prender.  
Diputados, la ciudad,

al rey atrevida ha enviado,  
 á pedirle, de contado,  
 su fuero y su libertad.  
 No quieren otro señor  
 que el príncipe, y si les pican  
 han de osar, según se explican,  
 á desacato mayor.  
 Ya han puesto, en las armas reales,  
 unidos ambos blasones,  
 y están hirviendo en pregones  
 las casas consistoriales.

DON PEDRO

Mas el príncipe en Pamplona,  
 por el rey, preso aún está.

GARCERÁN

Pues ó libertad le da,  
 ó el rey pierde á Barcelona.

DON PEDRO

Y está el camino también  
 de Lérida interceptado?

GARCERÁN

No estará, si aún no ha llegado  
 tierra adentro el somatén.  
 Mas si ya del atambor  
 rebelde oyeron la seña,  
 no hay villa, lugar ni peña  
 por el rey don Juan, señor.

DON PEDRO

Y no sabes excusada,  
 Garcerán, una vereda  
 que hasta el rey llevarte pueda?

GARCERÁN

Es la noche tan cerrada,  
 que por milagro será.

DON PEDRO

Mas si el rey, por un descuido,  
 ignora aún...

GARCERÁN

Es perdido;  
 sobre él Cataluña va.

DON PEDRO

Pues advertirle es preciso.

GARCERÁN

Hem... (*Remiso.*)

DON PEDRO

Garcerán, no te atreves?  
 Ve que es fuerza que le lleves  
 tú de palabra el aviso.  
 Dudas?

GARCERÁN

Dudo si llegar  
 hasta Lérida podré.

DON PEDRO

Mis caballos te daré,  
 y los puedes reventar.

GARCERÁN

No por caballos lo dejo,  
 que harto tengo con el mío,  
 que va cobrando más brío  
 como va siendo más viejo.  
 El más astuto leblrel  
 no me atrapa en paz ni en guerra  
 si cuatro palmos de tierra  
 pongo entre mi jaco y él.  
 No temo á ningún tunante  
 que por la pista me siga,  
 mas sí emboscada enemiga  
 que me tenga por delante.

DON PEDRO

Bien, pues tiempo no perdamos;  
 antes que más se alborote  
 la tierra...

GARCERÁN

Yo tomo el trote  
 para el rey?

DON PEDRO

Y le salvamos.

GARCERÁN

Y le diré?

DON PEDRO

Que al momento  
se ponga en fuga.

GAR CERÁN

Mas vos...

DON PEDRO

Aquí me quedo, por Dios,  
leal á mi juramento.

GAR CERÁN

Y si el bando montañés  
descubre al fin vuestro nombre?

DON PEDRO

Moriré aquí como un hombre  
navarro y agramontés.  
Eso díle al rey don Juan,  
que aquí de atalaya estoy,  
y que de aquí no me voy  
si orden suya no me dan.

GAR CERÁN

Mas ved...

DON PEDRO

Que soy caballero,  
que fe al rey he prometido,  
y de cambiar su partido  
pedazos me harán primero.  
Eso díle, y que si falta  
todo el reino á su corona,  
suya es la hacienda y persona  
de don Pedro de Peralta.  
Garcerán, monta á caballo,  
toma (*Dále un bolsillo*), y parte.

GAR CERÁN

Adiós, señor.

DON PEDRO

Y acuérdate que es mejor  
ser muerto que mal vasallo.

## ESCENA II

DON PEDRO, MARGARITA y BEATRIZ

DON PEDRO

Prontas estarán mis gentes;  
y si llega Garcerán,  
su intento no lograrán,  
vive Dios, los insurgentes.

MARGARITA

Él es!

DON PEDRO

Margarita mía!

MARGARITA

Caro esposo!

DON PEDRO

Á tiempo vienes.

MARGARITA

Pedro, qué azar me previenes  
en esa faz tan sombría?

DON PEDRO

Al fin, decirlo es forzoso;  
Margarita, te oculté  
viniendo al campo el por qué  
con afán bien misterioso.  
Por evitar tu inquietud,  
con engaño manifiesto  
te dí siempre por pretexto  
la estación ó la salud.

MARGARITA

Pues qué otra causa pudiera...

DON PEDRO

Muy sencilla y muy leal;  
yo sigo el bando real  
y soy fiel á mi bandera.

MARGARITA

Bien, Peralta.

DON PEDRO

Á Barcelona

mandóme el rey espiar,  
y traje á aqueste lugar  
encargos de la corona.

Ardua prisión en secreto  
al venir me encomendó,  
y estoy á cumplirla yo  
por obligación sujeto.

Tu amor, bella Margarita,  
sin mí no se hallaba bien,  
y á fe, hermosa, que también  
te agradeci la visita.

Mas ya la tormenta crece,  
y en motines rebelado  
se declara el Principado  
contra el rey, según parece.  
En tal punto, es ya preciso  
que te vuelvas á Pamplona.

MARGARITA

Y tú?

DON PEDRO

Acecho á Barcelona  
hasta posterior aviso.

MARGARITA

Conque yo me he de salvar  
mientras en peligro quedas?  
No; mientras partir no puedas,  
contigo me he de quedar.

DON PEDRO

Margarita, es excesivo  
cariño: mi obligación  
es quedarme.

MARGARITA

En aflicción  
continua, Peralta, vivo.  
Cuando mi amor no me quita  
el servicio de la ley,  
mi amor me enajena el rey  
y ahí se queda Margarita.  
En continuo sobresalto,  
dudo si mueres ó vives...

Siempre desde el campo escribes  
que hay encuentro, ó que hay asalto.  
Si hoy aguardo un mensajero,  
mañana, por impericia,  
me dan falsa una noticia  
que ni me importa ni espero.  
Hoy nos partimos de aquí;  
mañana vamos allá,  
y la vida se me va,  
Peralta, en temer por tí.  
Tu amor busco y no le hallo:  
que al darte amorosas quejas,  
suena un clarín, y me dejas  
por la lanza y el caballo.

DON PEDRO

Oh! Ponderas, Margarita,  
la exigencia de la ley,  
que me necesita el rey  
si el amor me necesita.  
Y entiéndelo al fin mejor,  
que en estas rebeldes guerras  
yo le defiende sus tierras  
y él me defiende mi amor.  
Entronizado el de Viana  
por indolencia, ya ves  
del partido agramontés  
lo que sería mañana.

MARGARITA

Quién sabe! Ese rey don Juan  
que con empeño prolijo  
persigue tanto á su hijo,  
premiará al cabo tu afán?

DON PEDRO

Y qué importa si me olvida?  
Obedecerle no es ley?  
Pues yo lidio por mi rey  
mientras me dure la vida.

MARGARITA

Padre que tanto se encona  
con un hijo que se humilla,  
olvidar no habrá en mancilla  
á quién debe la corona.  
Diz que el príncipe insolente  
contra su vida atentó,

mas quien tal le levantó,  
traidor y villano, miente.

DON PEDRO

Qué te se alcanza, amor mío,  
de esas quimeras á tí?  
Segura no estás aquí,  
y en que partas me confío.

MARGARITA

Cuándo?

DON PEDRO

Esta noche.

MARGARITA

Quizá

obedecerte me pesa.

DON PEDRO

Margarita, esto interesa.

MARGARITA

Pues tú lo quieres, será.

DON PEDRO

Apronta, pues, tu equipaje  
para dentro de una hora.  
Tú, Beatriz, ve al hórreo ahora  
y dile á Juan que se baje  
al puente con los caballos;  
que nos marchamos no noten,  
y en el lugar se alboroten  
algunos malos vasallos.

BEATRIZ

Voy, pues.

DON PEDRO

Id y despachad,  
que mucho la noche avanza,  
y está toda mi esperanza  
en su densa oscuridad.

*(Beatriz se va por la derecha. Don Pedro y Margarita entran en su casa por la puerta del fondo, y sale por la izquierda don Carlos embozado.)*

### ESCENA III

DON CARLOS

Hay más desventuras hoy,  
pese á mi negra fortuna!  
Ciérraneme una por una  
las sendas que á seguir voy.  
Ni fin ni esperanzas hallo  
en suerte tan enemiga;  
cayó muerto de fatiga  
en el campo mi caballo.  
Y ahora, cuando por suerte,  
si dos leguas avanzara,  
acaso á evitar llegara  
mi desventura... ó mi muerte!  
Oh...! Mas si Dios fué servido  
disponerlo de otro modo,  
Dios es el Señor de todo  
y razón le habrá movido.  
*(Viendo el Crucifijo.)*  
Señor, sabéis que mis quejas,  
en el afán de mis duelos,  
dirigí siempre á los cielos  
de mi prisión por las rejas.  
Las estrellas solitarias  
de cien noches, son testigos  
que oré por mis enemigos  
en mis humildes plegarias.  
Erré, y enmendé mi error;  
agravié, mas satisfice;  
cuanto pude, Señor, hice  
hasta en mengua de mi honor.  
Otorgué cuanto pidieron;  
cedí, me entregué en sus manos,  
y ellos entonces, villanos,  
con más audacia me hirieron.  
Cuanto esperaba perdí...  
*(De rodillas.)*  
Señor, vuestra hechura soy;  
si hay más desventuras hoy,  
caigan, si os contenta, en mí.

## ESCENA IV

DON CARLOS y BEATRIZ

BEATRIZ

(Nuestro viaje está dispuesto; dentro de un hora partimos; si viajamos ó si huímos, Dios lo sabe... Mas, qué es esto? Allí de hinojos un hombre casi á la puerta de casa?)

DON CARLOS

(Viendo á Beatriz.)  
(Por favor diré á quien pasa de este lugar me dé el nombre.)  
Buena mujer, perdonad;  
mas diréisme dónde estoy?

BEATRIZ

Brava cuestión, por quien soy!  
Forastero es?

DON CARLOS

Contestad.  
Qué pueblo es éste?

BEATRIZ

Me gusta  
el modo de preguntar.

DON CARLOS

Ved si habéis de contestar,  
ó id adelante.

BEATRIZ

(Qué adusta  
condición.) Es Vallirana.

DON CARLOS

Dista Barcelona mucho?

BEATRIZ

Váis allá?

DON CARLOS

Puede.

BEATRIZ

Qué escucho?

No hagáis tal; por el de Viana  
se han alzado en rebelión,  
y si sois de los del rey...

DON CARLOS

Sí por cierto!

BEATRIZ

Pues no hay ley  
que os liberte.

DON CARLOS

En conclusión,  
cuánto dista Barcelona?

BEATRIZ

Tres horas.

DON CARLOS

Podéis decir  
quién dé un caballo en que ir  
hasta allá, si se le abona?

BEATRIZ

Yo conozco poca gente  
de este pueblo.

DON CARLOS

Si queréis,  
hoy enriquecer podéis  
amigo, deudo ó pariente.

BEATRIZ

Cómo?

DON CARLOS

Al que quiera un caballo  
venderme en este lugar,  
tanto oro le podré dar  
que no sienta el ser vasallo.

BEATRIZ

Oh! Á mi señor no hace falta  
el oro.

DON CARLOS

Luego servís?

BEATRIZ

Y á un buen amo.

DON CARLOS

(*Con prontitud.*) Á quién, decís?

BEATRIZ

Á don Pedro de Peralta.

DON CARLOS

Peralta (*Con interés.*)

BEATRIZ

(Pero qué digo.)

DON CARLOS

Agramontés?

BEATRIZ

Sí, por Dios.

DON CARLOS

Conde?

BEATRIZ

Conocéisle vos?

DON CARLOS

Mucho que sí; soy su amigo.  
Mas callad.

BEATRIZ

Ay! Y á no ser  
porque con su amigo dí,  
ya me iba á perder aquí  
por mi lengua de mujer.

DON CARLOS

Más bajo.

BEATRIZ

Tenéis razón,  
que ahora bien se necesita  
prudencia.

DON CARLOS

Está Margarita  
con él en esta ocasión?

BEATRIZ

Sí, mas antes de la aurora  
á Pamplona nos volvemos.

DON CARLOS

Cómo?

BEATRIZ

Caballos tenemos  
para dentro de una hora.

DON CARLOS

Gracias, fortuna!  
(*La coge por distracción la mano.*)

BEATRIZ

Qué hacéis?

DON CARLOS

Escuchad: si á Margarita  
dáis aviso...

BEATRIZ

Yo una cita?

DON CARLOS

Llamadla así si queréis,  
mas decidla...

BEATRIZ

No diré

ni el Credo.

DON CARLOS

Ved que me va  
la vida aquí.

BEATRIZ

No será.

DON CARLOS

Pues un papel os daré.  
Enseñádsele, por Dios,  
y amparáis á un desdichado.

BEATRIZ

Y quién sabe...!

DON CARLOS

Si cuidado  
os da, leedle.

BEATRIZ

Mas vos...

DON CARLOS

Nada tenéis que temer;  
el nombre que aquí va escrito  
no tiene más que un delito.

BEATRIZ

Un delito!

DON CARLOS

Sí, el nacer.

BEATRIZ

Pues quién sois?

DON CARLOS

Nada os importa;  
mirad si el papel lleváis,  
que en él la vida me dáis.

BEATRIZ

Vuestra esperanza es bien corta,  
mas dadme acá ese papel  
si es cierto lo que decís.

DON CARLOS

Tomad.

BEATRIZ

Pero si mentís,  
Dios os maldiga por él.  
(Beatriz toma el papel y entra en casa de  
Peralta.)

## ESCENA V

DON CARLOS

Oh! Gracias, Dios de bondad!  
Que en vuestra mente infinita  
me habéis dado en Margarita  
acaso la eternidad.  
No, no ha de ser tan villana  
ni tan infame conmigo,  
quien fué consuelo y testigo  
de las cuitas de mi hermana. (Pausa.)  
Porque, qué vale, en verdad,  
mi humildad y mi silencio,  
si yo propio me sentencio  
con mi llanto y mi humildad?  
Huiré lejos, muy lejos,  
déme quien pueda un caballo,  
y acaben, rey ó vasallo,  
pesares ya tan añejos.

## ESCENA VI

(Don Pedro asoma al balcón, que deja ver la  
luz con que se supone alumbrada la habita-  
ción. Don Carlos está de espaldas á él y casi  
debajo del Cristo que habrá en una esquina á  
la izquierda.)

DON PEDRO

(Mirando hacia la derecha.)  
Nada. Rumor no se siente  
á través del aire manso;  
ni sosiego ni descanso  
por el rey con esa gente.  
Dejan al amanecer  
los rebeldes la ciudad,  
pero les lleva en verdad  
gran ventaja mi mujer.  
Los caballos son briosos,  
extraviados los caminos,  
y fieles los campesinos  
de esos pueblos montañosos.  
Oh! Sin azar llegarán;  
y si al rey salvo igualmente,  
por Dios que tranquilamente  
los rebeldes me hallarán.



Mas veo en aquella esquina  
 un embozado en acecho...  
 y reza, según sospecho,  
 ante la imagen divina.  
 La luz quitaré de aquí  
 por que la sombra me encubra,  
 no sea que me descubra  
 por espiarle, él á mí.  
*(Queda el balcón á oscuras.)*

---

### ESCENA VII

MARGARITA, BEATRIZ, DON PEDRO  
 y DON CARLOS

*(Ábrese la puerta y sale Margarita con velo, quedando ésta y Beatriz un momento en el umbral; don Pedro vuelve á ponerse en el balcón en cuanto quita la luz, y don Carlos vuelve la cabeza al ruido de la puerta y voz de Margarita.)*

MARGARITA *(Á Beatriz.)*

Dices que me espera ahora?

BEATRIZ *(Á Margarita.)*

Al pie de aquel Cristo.

MARGARITA

Al punto

vuelvo.

BEATRIZ

Allí está.

MARGARITA

Y de este asunto

á tu amo...

BEATRIZ

Estoy, señora.

Le diré que el equipaje  
 estáis, en vuestro aposento,  
 arreglando, y un momento  
 retardaremos el viaje.

DON PEDRO

*(En el balcón.)*

Por Dios, que abrieron la puerta,  
 y ví, con la luz escasa,  
 salir alguien de mi casa.

BEATRIZ

La puerta queda entreabierta;  
 cuando volváis empujad,  
 y entraréis sin hacer ruido.  
*(Beatriz cierra; Margarita se adelanta hacia don Carlos, y don Pedro hace un movimiento de atención muy marcado.)*

---

### ESCENA VIII

DON PEDRO *en el balcón*; DON CARLOS  
 y MARGARITA *en la calle*

DON PEDRO

*(Por Cristo que estoy corrido;  
 no es mi mujer? Sí en verdad.)*

MARGARITA

Mi señor...!

DON CARLOS

No me nombréis.

MARGARITA

Las lágrimas á los ojos  
 siento al veros. Siempre abrojos  
 bajo las plantas tenéis!  
 Qué es de vos?

DON CARLOS

Tan desdichado  
 como siempre.

MARGARITA

Y vuestra hermana?

DON CARLOS

Prisión, con ira inhumana,  
 en un convento la han dado.

MARGARITA

Y en cuál?

DON CARLOS

Es la voz común  
que en Tolosa gime ahora.

MARGARITA

Infeliz!

DON CARLOS

Y vos, señora,  
qué os hacéis? Me amáis aún?

MARGARITA

Más que nunca cada día.

DON CARLOS

Sabréis, pues, mis desventuras.

MARGARITA

Por noticias muy seguras,  
y las lamento á fe mía.

DON CARLOS

Acaso vos solamente  
mi corazón conocéis.

MARGARITA

Y acaso de mí podéis  
fiaros ya únicamente.

DON CARLOS

Cuál me han tratado!

MARGARITA

Lo sé.  
Mas, posaréis mucho aquí?

DON PEDRO

(Les oigo hablar, pese á mí,  
mas no les entiendo qué.)

DON CARLOS

Espero tan sólo en vos  
que esta noche me salvéis.

MARGARITA

Oro, caballos queréis?  
Nadie os seguirá, por Dios!  
Mas, don Carlos, vuestra tez  
extraño en lo macilenta.

DON CARLOS

Mi juventud me atormenta,  
cual pudiera la vejez.  
Con el alma destrozada,  
con el cuerpo dolorido,  
me pesa el haber nacido  
á vida tan desgraciada.  
Véis á la luz moribunda  
de esa santa lamparilla  
la palidez amarilla  
que la mustia faz me inunda?  
Pues lo que hacer no pudieron  
las garras de las pasiones,  
los hierros de las prisiones  
y los pesares lo hicieron.  
Lloráis; pobre Margarita!  
Me amáis, y os doléis de mí;  
pero Dios lo quiso así  
en su justicia infinita.

MARGARITA

Huid, señor.

DON CARLOS

Déjame hablar  
un corto instante contigo,  
que jamás tuve un amigo  
con quien partir mi pesar.

MARGARITA

Ah! Bien conmigo podéis  
dividirle si eso os place,  
que más de veinte años hace  
que aquí posesión tenéis.

DON CARLOS

Oh! Y por escuchar tu acento,  
por mirar un solo instante  
la expresión de tu semblante,  
no hay difícil sufrimiento.  
Al verte, al oírte hablar,

que aun soy feliz me parece,  
mi ser se rejuvenece,  
vuelvo la existencia á amar!  
Que es tan dulce á un desdichado  
recordar lo que pasó,  
que vivo un instante yo  
soñando con lo pasado.

MARGARITA

*(Con entusiasmo.)*

Ah! Pues vivid y soñad  
si os inspiro un blando sueño,  
y ojalá pueda mi empeño  
velaros la realidad.

DON CARLOS

Cuán al vivo me recuerdas  
las venturas que me huyeron,  
Margarita! Qué se hicieron  
aquellas noches... te acuerdas?

MARGARITA

Sí me acuerdo! Cuán hermosa  
estaba la infeliz Blanca.

DON CARLOS

Llanto de dolor me arranca  
esa memoria preciosa.  
La noche entera pasábamos  
en dulcísimos cariños.

MARGARITA

Como que éramos tres niños  
y con afán nos amábamos.

DON CARLOS

Niños, sí; cuán inocentes  
entonces, cuán descuidados!  
Y después, cuán desdichados!

MARGARITA

Pero nunca diferentes  
de aquellos tiempos dichosos  
en que, en brazos de la infancia,  
no salían de una estancia  
nuestros planes ambiciosos.  
Siempre nos hemos querido  
como amorosos hermanos,

por más que amaños tiranos  
separarnos han podido.  
Os acordáis, no lo dudo,  
de aquella sangrienta tarde  
en que de un hombre cobarde  
vos me servísteis de escudo?

DON CARLOS

Eso es demás, Margarita.

MARGARITA

Y habéis acaso olvidado  
que os anunció un embozado  
en Lérida mi visita?

DON CARLOS

Oh!

MARGARITA

Á vos no haberme acudido  
y puesto á los pies del rey,  
bajo el peso de la ley  
sucumbiera mi marido.

DON CARLOS

No hay más de aquélllo que hablar.

DON PEDRO

*(De amores es la querella,  
y por Dios santo que de ella  
jamás lo llegué á pensar.)*

MARGARITA

La vida ambos os debemos,  
Pérez de Peralta y yo.

DON CARLOS

Habéiselo dicho?

MARGARITA

No;

mas al fin se lo diremos,  
si á vuestra fortuna importa.

DON CARLOS

No, fuera menguado vicio  
valerse de un sacrificio  
que costó pena tan corta.

Y es tan tenazmente adicto  
al partido agramontés,  
que echarse en sus manos es  
muy peligroso á un proscrito.

MARGARITA

Si es agramontés, es noble.

DON CARLOS

Por eso será leal,  
y en salvar la causa real  
será su conato doble.

MARGARITA

Por más que sea, señor,  
apegado á su partido,  
Pérez con honra ha nacido  
y nunca será traidor.  
La vida le habéis salvado;  
y aunque es para él un secreto,  
él os valdrá en este aprieto,  
si no leal, obligado.

DON CARLOS

Cuán buena sois, Margarita;  
de gracia y virtud cuán llena.

MARGARITA

No sé, por Dios, si soy buena,  
mas la injusticia me irrita.  
Os veo desde la cuna  
acechado y perseguido,  
más que por mal merecido,  
por vuestra mala fortuna.  
Yo la amiga fiel y sola  
fui de Blanca vuestra hermana,  
y de olvidarla villana  
no hubiera sangre española.

DON CARLOS

Oh! Y para quien la ha proscrito  
no tiene ella sobre sí  
más que el parecerse á mí,  
que ese es su único delito.

MARGARITA

Vos fuisteis el protector  
de mi honor en la orfandad;

conmigo en la soledad  
ella partió su dolor,  
y yo seré agradecida,  
señor, á tantos favores,  
si no cual sois acreedores,  
con honra, haciendas y vida.  
Enemigo es mi marido  
de vuestra gente, mas voy  
á arriesgar para vos hoy  
cuanto valgo. — Os he pedido  
me digáis qué es lo que os falta.

DON CARLOS

Mas mirad bien....

MARGARITA

Qué queréis?  
Pididme, que os salvaréis  
aun contra el mismo Peralta.

DON CARLOS

Angel de mi triste vida...!

MARGARITA

Dejad plegarias agora,  
y hablad de vos, que ya es hora.

DON CARLOS

Pues oid. Si á toda brida  
corriendo la noche entera  
y arriesgando mi persona  
con el alba en Barcelona  
acogerme al fin pudiera,  
salvárame de una vez  
de enemigos y traidores.

MARGARITA

Dè los caballos mejores  
de mi marido, escoged.

DON CARLOS

Mas Peralta...

MARGARITA

Antes sois vos,  
y si vos de esta tormenta  
os salváis, quedo contenta  
aun pagando por los dos.

DON CARLOS

Margarita!

MARGARITA

Venid, pues;  
oro os daré y un caballo,  
con un guía que vasallo  
de mis baronías es.

DON CARLOS

Del bien que ahora me hacéis  
será mi memoria inmensa.

MARGARITA

Una sola recompensa  
quiero por él que me déis.

DON CARLOS

Por mucho que sea, estoy  
en que es mayor mi deseo.

MARGARITA

Por si á Blanca más no veo,  
decidla lo que hice hoy.  
(*Vánse don Carlos y Margarita por la derecha; don Pedro al verlos marchar dice:*)

DON PEDRO

Celoso estoy, vive Dios,  
y avergonzado además.  
(*Cierra el balcón y sale por la puerta diciendo:*)  
La muerte llevan detrás;  
si no es sueño, ay de los dos!  
(*Váse detrás de ellos.*)

## ESCENA IX

DON JUAN y NOGUERAS

(*Salen por el lado opuesto don Juan y Nogue-  
ras armados, don Juan con armadura com-  
pleta y calada la visera. Ocho ó diez soldados  
detrás.*)

NOGUERAS (*Á don Juan.*)

Dióle el caballo la vida,  
que iba veloz como el viento;

yo le perdí en un momento,  
aunque corrí á toda brida.

DON JUAN

(*Impaciente.*) Acabemos, vive Dios!  
y sin hablar del caballo,  
Nogueras, tan mal vasallo  
ha sido él hoy, como vos.

NOGUERAS

Es injusticia; esas nieblas  
no véis? Qué más pude hacer?

DON JUAN

Correr, Nogueras, correr  
hasta hallarle en las tinieblas.

NOGUERAS

Mas en noche tan oscura,  
sin práctica en los caminos,  
darle caza de los pinos  
entre la áspera espesura,  
era imposible.

DON JUAN

Eso más?

NOGUERAS

Á dar un punto la cara,  
por Cristo que le matara.

DON JUAN

Hiciéraislo por detrás.

NOGUERAS

Á traición!

DON JUAN

No era lo mismo?

NOGUERAS

Soy cristiano, y tengo honor.

DON JUAN

No reza con un traidor,  
Nogueras, el catecismo.  
Si es la voluntad del rey  
que muera ó se dé á prisión,

cara cara ó á traición,  
cumplíais vos con la ley.

NOGUERAS

(*Con intención.*) Perdonad si digo mal,  
mas tanta ira el rey tiene  
que á cualquier medio se aviene  
si vence?

DON JUAN

(*Después de un instante de duda.*)

Todo es igual.

Con tal que muera en secreto  
con visos de puro azar  
(y quede el que pueda hablar  
á eterna noche sujeto).

NOGUERAS

Bien; pues dad que en mi arrebato  
le alcanzo y le doy la muerte;  
qué hiciera el rey si por suerte  
en su lugar á otro mato?

DON JUAN

Fuera rebelde también  
y con justicia muriera.

NOGUERAS

Y si rebelde no era?

DON JUAN

Bien, Nogueras; está bien.  
No hay más en ello que hablar;  
pues que al fin de cualquier modo  
se escapó, se acabó todo,  
salgamos de este lugar.

NOGUERAS

Así volveros queréis?

DON JUAN

Si no le habéis conocido  
con la niebla, y él ha huído,  
no sé qué remedio halléis.

## ESCENA X

RANGEL *saliendo apresurado se pone  
delante de DON JUAN y NOGUERAS,  
como esperando que le pregunten.*

NOGUERAS

Qué es?

RANGEL

Si para hablar licencia  
me dáis?

DON JUAN

Adelante.

RANGEL

Ya  
cogido el rebelde está.

NOGUERAS

Con verdad?

RANGEL

Con evidencia.  
El caballo que tomó  
de vuestra caballeriza  
no era...?

DON JUAN

Color de ceniza.

RANGEL

Cabos negros.

DON JUAN

Sí.

RANGEL

Pues yo,  
por la cerca del lugar  
receloso jineteando,  
me le he topado espirando.

NOGUERAS

Estáis cierto?

RANGEL

Á no dudar;  
le hemos quitado la silla,  
y de la falda escarlata  
bordado está sobre plata  
vuestro escudo en una orilla.

NOGUERAS

(*Á don Juan.*) (Él es, pues.)

DON JUAN

(*Á Noguerras.*) (Sin duda alguna.)  
Mas según la noche avanza,  
no le queda otra esperanza  
que la noche y su fortuna.

NOGUERAS

Habrá dentro del lugar  
hallado algún escondite.

DON JUAN

Pues es fuerza que se evite  
que se nos vuelva á escapar.  
Mas oye: sabe quién es  
esta gente el perseguido?

NOGUERAS

Ninguno.

DON JUAN

Y me ha conocido  
alguien?

NOGUERAS

No.

DON JUAN

Adelante pues.  
El pueblo en redor cerquemos,  
y que no quede por ver  
casa ó choza.

NOGUERAS

Es menester  
que la caza no espantemos.  
Yo en silencio nuestra gente  
por doquiera apostaré,

y ó Noguerras no seré,  
ú os entrego al delincuente.

DON JUAN

Vamos pues.

NOGUERAS

Oye, Rangel,  
haz las calles espiar  
por peones, y si á dar  
llegan por suerte con él,  
ya que fugarse pretenda,  
ya que se esconda ó resista,  
el que le ponga la vista  
que le siga ó que le prenda.

(*Vánse don Juan y los soldados primero; Noguerras y Rangel quedan solos en la escena á los últimos versos.*)

---

## ESCENA XI

(*Interior de una casa pobre; á la izquierda una alacena ó armario. Á la derecha un balconcillo bastante bajo de antepecho. Luz artificial.*)

BRÍGIDA

Con qué cuidado me tiene  
mi Blas! Tengo el corazón  
en un hilo. Las diez son,  
válgame Dios, y no viene.  
(*Asómase á la ventana.*)  
Y esta noche cuántos ruidos  
que suenan por el lugar...  
Y nada puedo alcanzar,  
por más que soy toda oídos.  
Este diablo de ventana  
da nada más que á un jardín;  
luego este barrio es el fin,  
lo peor de Vallirana.  
De manera que aunque se halle  
medio de oír ó atender,  
no puede una nunca ver  
lo que sucede en la calle.  
Pero en la escalera siento  
pasos... Ay! Si será Blas?  
(*Llaman á la puerta.*)

Llamaron... (*Otra vez.*) De prisa estás.  
 Allá voy... (*Otra vez.*) Voy al momento.  
 (*Abre, y entra Margarita azorada como sa-  
 lió en la escena octava.*)  
 Dios mío!

## ESCENA XII

MARGARITA y BRÍGIDA

MARGARITA

Nada temáis;  
 permitid que en vuestra casa  
 me oculte.

BRÍGIDA

Pero qué pasa?

MARGARITA

Y tomad.

BRÍGIDA

Oh! Qué me dáis?

MARGARITA

Nada; guardadlo.

BRÍGIDA

Dinero!

MARGARITA

Para vos.

BRÍGIDA

Imposible es.

MARGARITA

Lo dejo.

BRÍGIDA

Dejadlo, pues.

MARGARITA

Mas salvarme es lo primero.

BRÍGIDA

Mas, quién sois? Qué queréis vos?

MARGARITA

Cerrad corriendo esa puerta.

BRÍGIDA

Acabad, me tenéis muerta.

MARGARITA

Prestadme atención, por Dios.  
 Dentro de un instante, un hombre  
 vendrá en mi busca quizá,  
 grueso, alto, cano, estáis?

BRÍGIDA

Ya.

MARGARITA

Aunque él mismo rey se nombre,  
 no le abráis.

BRÍGIDA

No le abriré.

MARGARITA

Mirad que me va la vida.

BRÍGIDA

(Ella está tan aturdida,  
 que da compasión á fe.)

MARGARITA

Mas tened cuenta, y por Dios,  
 que no los equivoquéis.

BRÍGIDA

Cómo!

MARGARITA

Que entrar le dejéis.

BRÍGIDA

Al viejo?

MARGARITA

No.

BRÍGIDA

Pues son dos?



MARGARITA

No dije...

BRÍGIDA

De uno no más.

MARGARITA

Pues escuchad con cuidado:  
tal vez vendrá otro embozado.

BRÍGIDA

Delante de ese, ó detrás?

MARGARITA

Delante ó detrás, no sé,  
mas al mancebo es preciso  
que déis al punto un aviso.

BRÍGIDA

Y qué aviso?

MARGARITA

Os le diré.

Que aquel de quien he huído,  
aquel con quien él reñía,  
que huya de él.

BRÍGIDA

Qué algarabía!

MARGARITA

Que huya, sí, que es mi marido.

BRÍGIDA

(Pues estamos bien, y yo  
que...)

MARGARITA

Lllaman? No abráis sin ver  
dónde me puedo esconder.  
(Lllaman con fuerza muchas veces.)

BRÍGIDA

Tirará la puerta.

MARGARITA

Aun no.

Aguardáos un instante.

(Da con la alacena, se mete dentro, aparta  
la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen  
los versos.)

Cerradme en esta alacena.

Traed la mesa. (La pone delante.)

Estad serena.

BRÍGIDA

(Habrá enredo semejante!)

Y si viniera mi Blas  
entre tanta confusión...

(Va á la puerta, y en el momento que la  
abre, se entra don Carlos embozado.)

Quién...? Pues se entra de rondón.

(Mirándole.) Será el de alante ó de atrás?

## ESCENA XIII

MARGARITA, *oculta*; BRÍGIDA  
y DON CARLOS

DON CARLOS

Decidme, buena mujer,  
no habéis abierto la puerta  
á una dama?

BRÍGIDA

(Mirándolos todavía.) (Y quién acierta  
cuál de los dos puede ser?)

DON CARLOS

Acabad, por vuestra vida.  
Dónde está?

BRÍGIDA

Quién?

DON CARLOS

Esa dama.

BRÍGIDA

Qué dama? Cómo se llama?

DON CARLOS

No hagáis la desentendida,  
porque yo la he visto entrar.

BRÍGIDA

Serían vuestros recelos.

DON CARLOS

Apartad, viven los cielos,  
que yo la entraré á buscar.*(Don Carlos entra por la izquierda; cáesele el embozo, y Brígida, que no ha cesado de mirarle, dice:)*

BRÍGIDA

Ah! Es el mozo.

## ESCENA XIV

DICHOS y DON PEDRO

*(Cuando todavía le está mirando, y apenas se ha ocultado don Carlos de la vista del público, entra por la puerta, que aun tendrá abierta Brígida, don Pedro, que la dice de repente:)*

DON PEDRO

Vive Dios,  
que aquí una mujer ha entrado,  
y después un embozado:  
decid dónde están los dos.

BRÍGIDA

*(Dios mío!)* Señor...

DON PEDRO

Por Cristo,  
que si niega...

BRÍGIDA

Si en mi casa...

DON PEDRO

Yo sé lo que en ella pasa.

BRÍGIDA

Nadie entró.

DON PEDRO

Yo les he visto.

BRÍGIDA

Señor...

DON PEDRO

Despache.

BRÍGIDA

Si aquí...

DON PEDRO

Yo, por Dios, los buscaré,  
y si los hallo, yo haré  
que no os olvidéis de mí.*(Váse á entrar don Pedro por otro bastidor de la izquierda, y vuelve á entrar don Carlos, con quien se encuentra cara á cara.)*

DON CARLOS

*(Maldita mi estrella impía!*  
Mi suerte está en manos de ella,  
y pierdo, necio, su huella  
cuando más falta me hacia.)

DON PEDRO

*(Él es.)*

DON CARLOS

*(Mas qué veo, cielos!)*

DON PEDRO

Caballero!

DON CARLOS

Qué queréis?

DON PEDRO

De esta casa no saldréis.

DON CARLOS

Quién lo estorbará?

DON PEDRO

Mis celos.  
Qué hicísteis de mi mujer?

DON CARLOS

Y es á mí á quien la pedís?

DON PEDRO

Con vos vino.

DON CARLOS

No.

DON PEDRO

Mentís;

y me la habéis de volver,  
ó por Dios que os acuchillo.

DON CARLOS

(Habr  desdicha mayor!)

DON PEDRO

Decid, ó   vuestro valor  
apelad.

DON CARLOS

Es más sencillo! (*Riñen.*)  
(Si no hay medio más seguro  
de huir que matar   este hombre,  
nada al fin hay que me asombre,  
mi mala fortuna apuro.)

BRÍGIDA

Y qué va á ser hoy de mí?  
Cielos, socorro, socorro!  
Todo   alborotarlo corro.

DON CARLOS

(Mi suerte se cumple aquí.)

## ESCENA XV

DICHOS y RANGEL

RANGEL

(No me enga ; él es; el mismo;  
aquí mi astucia me valga.)  
(*Se pone de parte de don Carlos.*)  
Qué es aquesto, gente hidalga?

DON CARLOS

Quitad.

RANGEL

Eso es hero ismo.

Soy con vos.

(*  don Pedro, poniéndose de su parte.*)

DON PEDRO

Quitad también.

RANGEL

Pues que re is uno   uno,  
yo he de reñir por alguno,  
y he de dar   donde den.

BRÍGIDA

(*Dentro.*) Entren aquí.

RANGEL

(*Cayendo.*) Muerto soy.

DON CARLOS

La justicia y ya hay un muerto...?  
Ese balcón no da   un huerto?  
S .(*Don Carlos gana el balconcillo, salta por  
 l con la mayor rapidez posible, y don  
Pedro colérico dice:*)

DON PEDRO

Cobarde...! Tras él voy.  
(*V se tras él.*)

## ESCENA XVI

MARGARITA *en la alacena*; RANGEL *ten-*  
*dido*; BRÍGIDA, EL ALCALDE, JUSTICIA  
y GENTE.

BRÍGIDA

Esta es, señores, mi casa,  
y no s  por qué pecado  
tanta gente en ella ha entrado,  
duende   diablo...

ALCALDE

Mas qué pasa?

BRÍGIDA

*(Viendo á Rangel.)*

Ay! Dios de mi corazón!  
Mirad!

UNO

Un hombre caído.

OTRO

Muerto está.

UNO

No más que herido.

ALCALDE

Á ver, dáos á prisión. *(Á Brígida.)*

BRÍGIDA

Pero, señor...

ALCALDE

Ó decid  
quién aquí mató á ese hombre.

BRÍGIDA

Si jamás supe su nombre.

ALCALDE

Pues á la cárcel venid.

BRÍGIDA

Esperad, que yo os diré  
lo que sepa. Ha poco rato  
que entró con mucho recato  
aquí una mujer.

ALCALDE

Dad fe.

BRÍGIDA

Al verla, de miedo llena,  
que apenas hablar podía  
porque un hombre la seguía,  
la metí en esa alacena.

ALCALDE

Veámosla, pues.

*(Bájense todos hacia la parte del teatro en que  
está la alacena, dejando expedito el paso de  
la puerta.)*

## ESCENA XVII

DICHOS y MARGARITA

MARGARITA

Tenéos!

ALCALDE

Y con la cara tapada!  
Descúbrase la taimada.

MARGARITA

De mi desdicha doléos.

ALCALDE

Fuera el velo.

MARGARITA

Por piedad,  
que os compadezca mi llanto.

ALCALDE

Mostrad, ú os arranco el manto  
sin...

MARGARITA

Villano, no en verdad.  
Si llega á poner en mí  
la mano algún atrevido,  
cuéntese de muerte herido.

ALCALDE

Amagáis?

MARGARITA

De muerte, sí.

ALCALDE

Yo sé que manda la ley...

MARGARITA

Tenga quien la ley auxilia,  
cuenta con una familia  
que es tan noble como el rey.

ALCALDE

Qué hacemos?

(*El Alcalde se vuelve á los demás, que se encogen de hombros, y miran estúpidos á Margarita. Entre tanto llega don Pedro hasta donde están.*)

## ESCENA XVIII

DICHOS y DON PEDRO

DON PEDRO

(Pues que él halló  
camino en la oscuridad,  
ella pagará en verdad  
lo que el galán no pagó.)  
(*Se muestra al Alcalde.*)  
Me conoce? Calle pues!  
Mirando á su buena fama  
y al secreto, de esta dama  
mi casa la cárcel es.  
Yo daré al juez mis razones,  
y por que bien todos queden,  
llegarse á mi casa pueden  
á tomar declaraciones.  
(*Ofrece el brazo á Margarita con severidad,  
y ella le toma*)

MARGARITA

Valedme, santos del cielo!

DON PEDRO

Hidalgos, que os guarde Dios.  
(*Vánse don Pedro y Margarita.*)

## ESCENA XIX

EL ALCALDE, EL ESCRIBANO y los demás  
*alrededor de RANGEL, le levantan, le  
desabrochan, etc.*

ALCALDE

Uno queda de los dos,  
acudamos al del suelo.

UNO

Está sin herida alguna.

OTRO

Mirarle bien la cabeza.

OTRO

Callad, que á volver empieza.

EL PRIMERO

También ha sido fortuna!

## ESCENA XX

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS y gente  
*de armas*

DON JUAN (*Á Noguerras.*)

Conque le hallaron?

NOGUERAS

Rangel  
le ha seguido hasta esta casa.

DON JUAN

Veamos, pues, lo que pasa,  
y si no ha dado con él,  
le empalo.

NOGUERAS

Mas héle ahí.

DON JUAN

(*Se acerca á Rangel, y asiéndole de un brazo, le dice, como de superior á inferior:*)  
Qué es ello?

RANGEL

*(Levantándose y dejando de disimular.)*

Señor, sois vos!

DON JUAN

Díste con él?

RANGEL

Con él dí.

Cercásteis el pueblo?

DON JUAN

Sí.

RANGEL

Pues ya es nuestro, vive Dios!

ALCALDE

*(Van á salir, y el Alcalde se pone por delante.)*

En nombre, hidalgos, del rey  
se tengan.

NOGUERAS

Atrás.

DON JUAN


Salgamos.

RANGEL

*(Encasqueta al Alcalde el sombrero hasta los ojos de una palmada, diciéndole con mofa:)*

Donde nosotros estamos,  
nosotros somos la ley.





## ACTO SEGUNDO

---

Salón en casa de D. Pedro de Peralta. Puerta en el fondo, que da al interior y exterior de la casa. A la izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha la habitación de D. Pedro; una ventana con reja; mesa, sillones, etc., etc. Luz artificial.

### ESCENA PRIMERA

BEATRIZ

*(En el momento de alzarse el telón está Beatriz cerrando la puerta del fondo, por donde se supone que acaba de entrar, y se dirige hacia el gabinete de Margarita.)*

Mucho mi señora tarda;  
Dios me la saque con bien,  
que si en el pueblo la ven,  
y soplan, buena la aguarda.  
Voy, por ahorrar detención,  
á completar su equipaje;  
porque á fe que nuestro viaje  
quiere priesa y precaución.

*(Entra en el gabinete, quedando sola la escena por un corto instante, después del cual aparecen don Pedro y Margarita del brazo; ella con velo, y él embozado, como salieron de la escena en el acto primero.)*

---

### ESCENA II

DON PEDRO y MARGARITA

DON PEDRO

Bien, señora, muy bien, por vida mía; son éstos los cuidados de una dama por un hidalgo á quien la luz del día es menos cara que su limpia fama?

Esto es honra, es amor, es hidalguía?  
Decidme, si acertáis: cómo se llama  
la que vende su fe y amor primero,  
por el amor de un torpe aventurero?  
Do váis en medio de la noche oscura,  
después de oculta y amorosa cita,  
mientras el esposo de la amante inspira  
vuestra fortuna y salvación medita?  
Los rebeldes temiendo, por ventura,  
me iban á hacer la guardia, Margarita,  
en avanzado puesto centinela  
que vende á su señor mientras le vela?  
Ira de Dios! Si noble no mirara  
que sois una mujer, un ruin gusano,  
un reptil á quien necio acariciara,  
mientras cobarde me mordió la mano,  
si de quien soy un punto me olvidara  
y ser pudiera cuanto vos villano,  
vuestra traidora liviandad no alcanza  
la violenta explosión de mi venganza?  
Mas concluyamos de una vez, señora;  
esta noche saldréis de Vallirana  
bien guardada, por gente que aun ignora  
cuanto tenéis de ingrata y de liviana.  
Vuestro equipaje disponed ahora,  
que en un convento dormiréis mañana;  
de mí no os acordéis en adelante,  
y estad pronta á partir... Vuelvo al instante.  
*(Váse por la puerta del fondo, cerrando por fuera.)*

---

## ESCENA III

MARGARITA

Habr  apuro mayor...! Y si entre tanto, sin más amparo que mi pobre empeño, le apresan por rebelde... Cielo santo, lo estoy palpando y me parece sueño. Cómo tan presto nuestra cita supo Peralta...? Desde cuándo así me espía? Tanta desdicha en él tan sólo cupo, si es que no lo hizo la torpeza mía.

*(Mirando por todas partes.)*

Si encontrara una puerta, una ventana! Si hubiese quien le diera algún aviso! Si no parte, que al fin caiga mañana en manos de unos   otros, es preciso. Imposible! Esta reja, este aposento cerrados...! Oh! Y creer  que le abandono; y si el secreto revelar intento   mi marido, cuál será su encono! Enemigo y rebelde...! No. Dios mío,   salvarle, Señor, prestadme ayuda! Mas siento pasos... En la suerte f o, y espero mi ocasión atenta y muda.

*(Se sienta recatando el rostro, y al ver asomar   Beatriz por la puerta de su gabinete, da un grito de alegría yendo para ella.)*

## ESCENA IV

MARGARITA y BEATRIZ

MARGARITA

Gracias, Dios mío!

BEATRIZ

Señora,  
qué tenéis? Qué ha sucedido?

MARGARITA

Nada, Beatriz; te ha traído sin duda un  ngel ahora.

BEATRIZ

Pero qué pasa? Qué es esto?

MARGARITA

Pérez...

BEATRIZ

*(Interrumpi ndola, y ambas con mucho af n en lo restante.)*

Con el otro di .

MARGARITA

Y en la sombra nos siguió.

BEATRIZ

Y os encontr ?

MARGARITA

Por supuesto.

Yo al lejos le conocí; trab se en la calle un duelo, llegó gente, me ech  el velo, sal  del tropel, y hu . Signi me astuto el doncel; una mujer me escondió, mas mi marido llegó á poco tiempo tras él.

BEATRIZ

Y ri eron?

MARGARITA

S , por Dios; mas el ruido di  noticia del caso; fué la justicia...

BEATRIZ

Y se salvaron?

MARGARITA

Los dos.

Con el temor, con el ruido, yo no v  por dónde huyeron, pero   mí me descubrieron, y al fin d  con mi marido.

BEATRIZ

Santa Polonia nos valga!

MARGARITA

Ahora, Beatriz, es preciso



que yo dé á ese hombre un aviso  
y de este aposento salga.

BEATRIZ

Pero señora...

MARGARITA

Qué hay pues?

BEATRIZ

Y otra vez queréis salir?

MARGARITA

Á salvarle ó á morir.

BEATRIZ

Á morir! Tanto interés  
os tomáis en su aflicción?

MARGARITA

Porque él su vida salvara,  
que me robasen dejara  
cuanta hay en mi corazón.

BEATRIZ

Señora, estoy aturdida.  
Seis años há que en la casa  
estoy, y lo que hoy nos pasa  
no se me ocurrió en mi vida.  
Una pasión tan violenta  
guardábais tan en secreto  
que yo jamás ví el objeto!

MARGARITA

Tenga con lo que habla cuenta;  
quién la dice que un galán  
sea y no un desventurado?

BEATRIZ

Cuándo un infeliz ha dado  
á una mujer tanto afán?

MARGARITA

Pues que se salve es forzoso,  
sea quien quiera.

BEATRIZ

Vedlo vos.

MARGARITA

*(Viendo las llaves que tiene Beatriz á la  
cintura.)*

Tienes llaves?

BEATRIZ

Tengo dos.

MARGARITA

Son?

BEATRIZ

De ahí una. *(De la puerta del fondo.)*

MARGARITA

Dios piadoso!

Pronto, Beatriz, este manto  
ponte.

*(Margarita la pone de grado ó por fuerza el  
guardapiés negro y la ata por la cintura su  
manto, cuya operación dura hasta el fin de la  
escena, que irá con toda la posible celeridad.)*

BEATRIZ

Yo!

MARGARITA

Y esta basquiña.

BEATRIZ

Y el amo?

MARGARITA

Antes de la riña  
volveré yo.

BEATRIZ

Cielos santo!

Va al punto...

MARGARITA

Déjale, y calla  
por mucho que te amenace.

BEATRIZ

Conque yo soy quien fuego hace  
y vos ganáis la batalla?

MARGARITA

Por más que venga furioso...

BEATRIZ

Santo Cristo de la Vega...!

MARGARITA

Tú calla siempre, y si llega  
el caso á más, con brioso  
acento, y nada te asombre,  
dile que te vengarás,  
acusándole además  
de la muerte de aquel hombre.

BEATRIZ

Mas...

MARGARITA

Silencio; trae la llave.

BEATRIZ

Conque yo sin culpa alguna...

MARGARITA

Es un golpe de fortuna.

BEATRIZ

Mas, hay razón...?

MARGARITA

Dios lo sabe!

*(En estos cuatro últimos versos, Beatriz suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan á la puerta; ábrela Margarita, y dejando dentro á Beatriz, sale por fuera.—Beatriz vuelve después al centro del teatro, y se sienta resignada en el sillón, quedando, sobre poco más ó menos, como quedaba Margarita cuando salió don Pedro de la segunda escena.)*

## ESCENA V

BEATRIZ

Se dará suerte más perra!  
Conque por salvarse mi ama,  
sin atender á mi fama,

á mí en su lugar me encierra!  
Y qué se dirá de mí  
cuando sepan que me salgo  
de noche con un hidalgo?  
Y al cabo, si fuera así!  
pase... Pero que al estar  
arreglando el aposento,  
sin maldito del intento  
de ver ni de gulumear,  
culpada he de parecer,  
tan sólo por la torpeza  
de ir á asomar la cabeza  
cuando no era menester!  
Y ella! Mi ama...! Habrá valor!  
Tras tanta gazmoñería,  
á su marido vendía.  
Dios le ayude al buen señor!  
Mas, suben...! Él es quizás...  
Me cubro! Enemiga estrella!  
Es mujer, y haré por ella  
lo que pueda... nada más.

## ESCENA VI

BEATRIZ y DON PEDRO

DON PEDRO

Ya los caballos están  
**preparándose en la oscura**  
noche, y con planta **segura**  
al convento os llevarán.  
Qué decís? No halláis, señora,  
una disculpa que darne?  
Ó aún más queréis ultrajarme  
con vuestro silencio ahora?  
Está bien! Muy bien, por Dios!  
Si os empeñáis en callar,  
al fin tendré yo que hablar,  
la última vez, por los dos.  
Yo os amaba, Margarita,  
más que á la luz de mis ojos;  
dí siempre á vuestros antojos  
una importancia infinita.  
No hubo fiesta ni torneo  
en que, por veros contenta,  
galán no tuviera en cuenta  
vuestro mujeril deseo.

No hubo una lengua atrevida  
 que á vuestra conducta osara,  
 que al punto no me pagara  
 la insolencia con la vida.  
 No hubo juglar ni cantor  
 con cuyos cuentos holgárais,  
 cuyos cuentos no gozárais  
 del invierno en el rigor.  
 Constante en vuestro cariño,  
 á vuestro amor bien leal,  
 siempre os traté, por mi mal,  
 como á un caprichoso niño.  
 Vuestro antojo era mi ley,  
 vuestra inclinación mi guía;  
 en mayor cuenta os tenía  
 que á mi patria y á mi rey.  
 Por vos tenaz cortesano,  
 aglomeré en mis blasones  
 honores y distinciones  
 que hoy estima el mundo vano.  
 Por vos á la lid bajé;  
 y vencido ó respetado,  
 por daros marido honrado  
 de continuo me afané.  
 Con vuestra escasa nobleza  
 enamóme, señora,  
 vuestra beldad seductora,  
 casi hundida en la pobreza.  
 Que bien sabéis que en su corte  
 una princesa os tenía,  
 más que por vuestra hidalgua,  
 por vuestra virtud y porte.  
 Y al cabo, esposa liviana,  
 mintiendo virtud y amor,  
 habéis hecho de mi honor  
 mercadería villana!  
 Qué hicisteis del corazón  
 de que yo presente os hice?

BEATRIZ

(Pues si es verdad lo que dice,  
 á fe que tiene razón.)

DON PEDRO

En callar os obstináis?  
 Es decir que vuestra culpa  
 no puede tener disculpa,  
 ó arrepentida no estáis?

Es decir que, pues carezco  
 de buena ó mala respuesta,  
 ó no la tenéis dispuesta,  
 ó de vos no la merezco?  
 Es decir que aun orgullosa  
 con vuestro crimen estáis,  
 y que á vuestro encierro váis  
 mujer vil é ingrata esposa?  
 Muerte aquí mismo no os doy  
 en un arrebato insano,  
 porque me tiene la mano  
 ver quién sois, y ver quién soy.  
 (*Beatriz hace un movimiento de temor.*)  
 Teméis! Recatáis la cara  
 de ese velo en la doblez!  
 Tenéis razón; si otra vez  
 la mostrarais, os matara!  
 Tapadla, sí, que tan bella  
 como es por mi desventura,  
 no viera más que impostura,  
 infamia y vergüenza en ella.  
 Venid, señora, conmigo;  
 (*Beatriz permanece inmóvil.*)  
 qué hacéis? Me insultáis de intento?

BEATRIZ

(Ahora me lleva al convento.  
 Yo canto.)

DON PEDRO

Oís lo que os digo?

BEATRIZ

Señor...

DON PEDRO

Seguidme y callad,  
 que en el dolor con que lucho...  
 (*Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los  
 dos á la puerta, se oye por dentro la voz de  
 Margarita. Don Pedro suelta á Beatriz al  
 oírlo, y abre.*)

MARGARITA

(*Dentro.*) Peralta.

DON PEDRO

Cielos, qué escucho!

MARGARITA

*(Dentro.)* Peralta!

DON PEDRO

*(Abriendo.)* Es ella, en verdad!

## ESCENA VII

DON PEDRO, MARGARITA y BEATRIZ

BEATRIZ

*(Gracias á Dios que respiro.)*MARGARITA *(Á don Pedro.)*

Bajárame á despedir,  
que ya es hora de partir  
á Pamplona... Mas, qué miro!  
Una mujer! Por mi vida,  
Pérez, que á haberme pensado  
que estábais tan ocupado,  
me ahorrara la despedida.  
Para partirme á Pamplona  
es aquesta la razón!  
Es ésta la rebelión  
que ha estallado en Barcelona!

DON PEDRO

*(Confuso.)* Si estoy soñando no acierto.  
Respondedme, Margarita,  
no habéis salido á una cita?  
No...?

MARGARITA

Me insultáis?

DON PEDRO

No, por cierto.

Es un misterio espantoso,  
una fatal realidad.

*(Con afán.)*

No habéis hablado, en verdad,  
con un galán misterioso?  
No entrásteis en una casa  
donde ocurrió una pendencia,  
donde entró...

MARGARITA

Tanta insolencia  
de raya, Peralta, pasa.  
Eso á mí me preguntáis  
con tan torpe atrevimiento,  
y solo en este aposento  
con esa mujer estáis?  
Mal hidalgo y mal marido,  
me íbais, villano, á engañar,  
y aún me queréis achacar  
lo que habéis vos cometido?  
Á mí cuentas me pedís  
de vuestros locos amores?  
Y han sido vuestros mayores  
de noble raza?—Mentís.  
Aborto de ajenas faltas,  
por un error ó un descuido,  
habéis, don Pedro, nacido  
en casa de los Peraltas.

DON PEDRO

Margarita! Vive Dios  
que si otro tal me dijera,  
aquí pedazos le hiciera,  
y... agradecédmelo vos.

MARGARITA

Cómo!

DON PEDRO *(Á Beatriz.)*

De dudas salgamos.  
Quién sois? Descubríos... presto;  
pues vos sois la causa de esto,  
qué es aquesto os preguntamos.  
Esta mujer es mi esposa,  
dadla de esto una razón;  
sacadnos, en conclusión,  
de esta duda escandalosa.

MARGARITA

*(Á Beatriz que, aunque dudosa, va á levantar el velo.)*

Tenéos, no os descubráis;  
ya entiendo vuestras marañas;  
unas facciones extrañas  
sin duda á mostrarme váis;  
no las podré conocer,

y vos váis á concluir,  
buen Peralta, con decir:  
«No conozco á esta mujer.»  
No; bien está como está,  
de ambos satisfecha quedo.

BEATRIZ

(Válgame Dios, y qué enredo  
de golpe ensartando va!)

DON PEDRO (*Á Beatriz.*)

Señora...

BEATRIZ

(Este es otro apuro.)

DON PEDRO

El rostro una vez mostrad,  
y, por Cristo, atestigüad  
que no os conozco.  
Os lo juro! (*Á Margarita.*)

MARGARITA

Eso más, viven los cielos,  
hombre imbécil, que por Dios  
que siento ahora hacia vos  
desprecio y mengua, no celos.

BEATRIZ

(Salgamos pronto de aquí,  
antes que el diablo la enrede.)  
(*Fingiendo un poco la voz, pero sin que  
toque en el ridículo, á don Pedro.*)  
Vuesa merced con Dios quede.

DON PEDRO

Así os váis, señora?

BEATRIZ

Sí.

Sin culpa en aquella muerte,  
pues sois vos quien le mató,  
libre de pena estoy yo,  
si bien su merced lo advierte.  
Pues parte no tengo alguna  
en vuestro fatal error,  
dejadme salir, señor,  
y válgame mi fortuna.

DON PEDRO

Mas sola...

BEATRIZ

Soy española,  
casa tengo, y pues salir  
sola me han visto, he de ir  
á mi casa otra vez sola.

DON PEDRO

Pero...

BEATRIZ

Dejadme.

DON PEDRO

Y no habéis  
de decir...?

BEATRIZ

Es mi secreto.

MARGARITA

(No salió mal del aprieto.)  
Mejor es que la dejéis,  
que pues ya de cualquier modo  
compostura haber no puede,  
que se vaya ó que se quede,  
es igual para mí todo.  
(*Coge Margarita á Beatriz, y llevándola á  
la puerta, la dice en voz alta:*)  
Id, y si en mi casa os hallo,  
preparaos á morir.  
(*Al oído.*) (Ve á Juan corriendo á decir  
que me ensille otro caballo.)  
(*Cierra la puerta con ímpetu, y vuelve á la  
escena.*)

## ESCENA VIII

MARGARITA y DON PEDRO

DON PEDRO

(Por Dios, que me desatinan  
aventuras tan extrañas.)

MARGARITA

(Si no le salvan mis mañas,

esta noche le asesinan.)  
 Pedro Pérez de Peralta,  
 escuchadme atentamente,  
 y lo que voy á deciros  
 tened en memoria siempre.

DON PEDRO

Concluyamos, Margarita.

MARGARITA

Tenga la lengua si puede,  
 y escuché atento una vez.

DON PEDRO

Pues no hay remedio, sed breve;  
*(Se deja caer en un sillón.)*  
 mas no olvidéis que os escucho,  
 aunque sentado, impaciente.

MARGARITA

Sabéis que en hidalga cuna  
 nací, y por ello me deben,  
 si no amor, quien no lo tenga,  
 respeto; quién se me atreve?

DON PEDRO

Señora...!

MARGARITA

Por vos lo digo,  
 que torpe esta noche, Pérez,  
 manchado habéis vuestros timbres  
 de leal y de valiente.

DON PEDRO

Mirad...

MARGARITA

No sabes, Peralta,  
 que el honor de las mujeres  
 es un castillo cerrado  
 que sus maridos defienden?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,

que el necio que desguarnece  
 de este alcázar las troneras  
 sus puertas abre y le vende?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,  
 que al casarnos, mutuamente  
 á tí te dijeron: —Guárdala!  
 Y á mí: —Quien te guarde tienes?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,  
 que el que á su mujer ofende,  
 no es león que la custodia,  
 sino mónstruo que la muerde?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,  
 que nunca amorosas pueden  
 dividir un mismo lecho  
 la paloma y la serpiente?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta,  
 que está Margarita Téllez  
 muy mal entre su honra limpia  
 y los amores de Pérez?

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Y no sabes, Peralta...

DON PEDRO

Pero...

MARGARITA

Calla!

DON PEDRO

Escucha!

MARGARITA

Tente!

Que pues no eres, vive Dios,  
ni el que su alcázar guarnece,  
ni el noble león que vela,  
sino quien su alcázar vende,  
y el necio que su honra escupe  
y la serpiente que muerde,  
yo me voy á mi convento  
después de invocar las leyes.—  
Beatriz.

DON PEDRO

*(Entre confuso y colérico.)*

(Dios de justicia,  
qué infernal misterio es éste,  
que cuanto más le sondeo  
menos mi afán le comprende?)

## ESCENA IX

DON PEDRO *en siniestra meditación,*

BEATRIZ y MARGARITA

BEATRIZ

Qué mandáis?

MARGARITA

Dobles caballos  
apronten y doble gente,  
que todos juntos partimos.

BEATRIZ

Todos?

MARGARITA

Á la corte.

BEATRIZ

Puede.

MARGARITA

Calle y váyase la necia.  
(¡Ay de tí si me obedeces!)

## ESCENA X

DON PEDRO y MARGARITA

MARGARITA

Peralta, vuestro equipaje  
disponed cuando quisiéreis;  
esta noche partiremos  
á ver al rey juntamente,  
y... ahoguemos uno del otro  
las memorias para siempre.  
*(Entra en su gabinete con señales marcadas  
de indignación, y dice abriendo la puerta:)*  
Esto es dar al tiempo, tiempo,  
y el que tiene tiempo, tiene.

## ESCENA IX

DON PEDRO

Nolo entiendo, por Dios! Conque no era ella?  
Mas yo no los seguí? Oh! Estoy seguro  
que no perdí ni equivoqué la huella  
por ruin crucero ó callejón oscuro.  
Dos veces se ocultó; dos á encontralle  
volví, y tras dél veloz gané la casa,  
y el mismo hallé con quien reñí en la calle,  
de las estrellas á la luz escasa.  
Allí estaba también ella escondida;  
mas oíla al subir, y por mi vida  
que era su voz y conocí su acento.  
La así del brazo, la arrastré conmigo;  
vine, subimos, la dejé cerrada;  
no hice más que bajar hasta el postigo,  
y al volver, no era ella la tapada.  
Viéndolo estoy, y dudo si lo veo;  
no atino, vive Dios! si estoy soñando...!

Ah! No que dudo, que deliro creo,  
 pues no comprendo lo que estoy palpando.  
 Mas yo daré con el misterio infame,  
 y si á encontrar con quien me burla llego,  
 aunque al infierno en su socorro llame,  
 ni la amenaza le valdrá ni el ruego.  
 (*Llamando.*) Beatriz!

—  
 ESCENA XII

DON PEDRO *y* BEATRIZ

BEATRIZ

Qué mandáis, señor?

DON PEDRO

Ven acá y cierra esa puerta.

BEATRIZ

(*Todo lo sabe; estoy muerta.*)

DON PEDRO

Respóndeme, y por mi honor  
 que si ocultas la verdad  
 en lo que á exigirte voy,  
 Beatriz, á empezar vas hoy  
 tu viaje á la eternidad.  
 Esta noche Margarita  
 no salió?

BEATRIZ

Yo no la ví.

DON PEDRO

Pues por quién, sino por tí,  
 pudieron darla la cita?

BEATRIZ

Pero qué cita, señor,  
 qué de lo que habláis no sé?

DON PEDRO

Te burlas, Beatriz?

BEATRIZ

No á fe.  
 (*Trémula estoy de pavor.*)

DON PEDRO

No hay más que los tres en casa;  
 de ella salió una mujer;  
 ó tú ó ella habéis de ser,  
 y de entre las dos no pasa.  
 Si tú no abriste la puerta,  
 has de saber quién la abrió;  
 quién fué confiesa, ó de no,  
 cuéntate, Beatriz, por muerta.

BEATRIZ

Pero ved, señor...

DON PEDRO

Lo dije;  
 aquí una mujer había;  
 quién fué, pues no era la mía?  
 Hablas, ó mueres, elige.

BEATRIZ

Os diré, pues, lo que sepa,  
 y tenedme compasión.  
 (*Espiaré su intención  
 con cuanta fortuna quepa.*)  
 Al hórreo, señor, bajé  
 á llevar orden á Juan  
 de vuestra parte...

DON PEDRO

Qué afán!  
 No pregunto eso.

BEATRIZ

Pues qué?

DON PEDRO

Cuando del hórreo volviste,  
 responde, al ir ó al venir,  
 en casa entrar ó salir  
 alguna mujer no viste?

BEATRIZ

Señor, perdonad si anduve  
 algo, en volver, perezosa,  
 que de la noche medrosa  
 compañía esperando estuve.



DON PEDRO

Voto á...

BEATRIZ

Azorada volví;  
mas cuando á avisaros iba,  
en estos cuartos de arriba  
gran son de querella oi.  
Miré por el agujero  
de la llave, os ví á los dos,  
y no me atreví, por Dios,  
á meterme de tercero.

DON PEDRO

Pero no viste salir  
de este cuarto una tapada?

BEATRIZ

Yo, señor, no he visto nada,  
porque, verdad á decir,  
como amantes quimerillas  
nadie importa que examine,  
me volví por donde vine  
despacito y de puntillas.

*(Un momento de silencio, en que Beatriz observa á don Pedro, y éste medita desesperado.)*

DON PEDRO

Está bien. Tarde ó temprano,  
la verdad he de saber;  
si eres tú ó es mi mujer,  
no tenéis remedio humano.  
No he de cesar en mi afán;  
y aunque me cueste la vida,  
si no doy con la escondida,  
he de dar con el galán. *(Váse.)*

## ESCENA XIII

BEATRIZ

De tan peligroso apuro  
por un milagro salí;  
si da con ello, ay de mí!  
me hace añicos de seguro.  
Temblando estoy todavía.

Conforme me preguntaba,  
cuanto más disimulaba  
más su intención me temía.  
Lo que á mí me asombra más  
es ver cómo en este asunto  
tal papel hago que un punto  
no puedo volverme atrás.  
Si descubro el galanteo,  
él descubre la escondida;  
y en ambos casos mi vida  
de un pelo colgada veo.  
Quién tiene razón no sé,  
mas del hidalgo y la dama...  
allá voy... serviré al ama,  
y si da mal, cambiaré.  
*(Va á la puerta del gabinete de Margarita  
y llama.)*  
Señora?

## ESCENA XIV

BEATRIZ y MARGARITA

MARGARITA

Eres tú?

BEATRIZ

Yo soy.

MARGARITA

Están los caballos ya?

BEATRIZ

Con ellos al puente va  
Juan.

MARGARITA

Beatriz, sin alma estoy.  
Y de ese infeliz, qué es?

BEATRIZ

No lleva la mejor parte,  
según calculo.

MARGARITA

Á informarte  
de su suerte corre, pues.

BEATRIZ

No es rebelde al rey don Juan?

MARGARITA

Qué te importa?

BEATRIZ

Es que hay soldados  
en el lugar, que apostados  
por los de Navarra están.

MARGARITA

(Esto más, cielos?) No importa;  
una carta á precaución  
tengo, y aunque en conclusión  
es esperanza bien corta,  
cómo has de dársela ve.

BEATRIZ

Es vaño empeño, señora,  
que está hecho un Argos ahora  
vuestro esposo.

MARGARITA

Ya lo sé;  
mas asomada al balcón  
puedes la calle espiar,  
y si es que acierta á pasar...

BEATRIZ

Entiendo mi obligación.

MARGARITA

Mas mira si, á pesar de esto,  
antes que él llegue á venir,  
puedes tú acaso salir  
tras él con cualquier pretexto.

BEATRIZ

Así lo haré; descuidad.

MARGARITA

Que entre en casa no permitas,  
y cuenta que de él me admitas  
oro ó papel.

BEATRIZ

No, en verdad.

MARGARITA

La última razón espero  
en mi cuarto. (*Entra en él.*)

BEATRIZ

Lo haré así,  
que tengo yo para mí  
que si esto se alarga muero.  
(*Asómase don Pedro á la puerta, y viendo  
á Beatriz con el papel en la mano, escu-  
cha estos cuatro versos y sale.*)  
Basta de misterios ya,  
y harto hay con un escondite,  
que si toma su desquite  
don Pedro...

## ESCENA XV

BEATRIZ y DON PEDRO

DON PEDRO

Le tomará.

BEATRIZ

Cielos!

DON PEDRO

Venga ese papel.

BEATRIZ

Señor...

DON PEDRO

El papel.

BEATRIZ

Tomad.

DON PEDRO

Aquí sabré en realidad  
quién es ella ó quién es él.  
(*Lee.*)

«Un caballo prevenido  
tenéis en el puente.—Adiós,  
y ved que os persiguen dos,  
los del rey y mi marido.»

Quien escribe es Margarita.  
(*A Beatriz.*) Salid.

BEATRIZ

(Por todo atropella.) (*Váase.*)

### ESCENA XVI

DON PEDRO, *después de un momento de reflexión*

Acudo primero á ella  
y aseguro al de la cita.  
(*Se sienta y guarda el papel.*)  
Dadme paciencia, Dios mío!  
Margarita! (*Llamando.*)

### ESCENA XVII

DON PEDRO *y* MARGARITA

MARGARITA

Qué me quieres?

DON PEDRO

(No sé cómo me contengo,  
vive Cristo.) Que te sientes.

MARGARITA

(Si habrá cogido la carta?  
Disimulemos.)

DON PEDRO

(La imbécil,  
quiere fingir todavía;  
mas sorprendido el billete,  
á mí me toca esta vez.)  
(*Alto.*) Tienes, querida, presente  
cuánto tiempo ha nos casamos?

MARGARITA

Seis años y algunos meses.

DON PEDRO

Pues eso ha que nuestra honra  
nos prestamos mutuamente.

MARGARITA

(El alma tengo en un hilo.)

DON PEDRO

Díme, y esto cuántas veces  
si se pierde se recobra?

MARGARITA

Pero, á qué viene esto, Pérez?

DON PEDRO

Sabes, Margarita mía,  
que cada sentido tiene  
una puerta por do sale  
nuestra honra y nunca vuelve?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,  
que no sois más las mujeres  
que un alcázar en que la honra  
guardada los hombres tienen?

MARGARITA

Por Dios, Pérez, que no alcanzo  
lo que con eso pretendes.

DON PEDRO

Sabes que un alma con honra,  
otra alma con honra quiere,  
porque es justo que se guarden  
las reinas para los reyes?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,  
que el marido que la pierde  
compra una marca de infamia  
que lleva en el rostro siempre?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,  
que en tanto que no la vengue,  
ni de hidalgo ni de hombre  
el vano nombre merece?

MARGARITA

Mas yo...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,  
que si por ella no vuelve,  
hasta las dueñas escupen  
de su blasón los cuarteles?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,  
que ha nacido hidalgo Pérez,  
y no ha de vivir sin honra  
aunque al mismo Dios le pese?

MARGARITA

Cielo!

DON PEDRO

Y sabes, Margarita,  
que un remedio hay solamente  
para dolencia tan grave?

MARGARITA

Pero escucha.

DON PEDRO

Y qué es la muerte?

MARGARITA

Pero...

DON PEDRO

Silencio...!

MARGARITA

Oye...

DON PEDRO

Calla!

Más hablando no me afrentes,  
y lee, si te queda aliento,  
Margarita, estos papeles.

MARGARITA

Santo Dios! (Ganemos tiempo,  
y en su misma red se prende.)  
(*De rodillas.*)

Perdón, Pérez! Á tus plantas  
me arrastraré eternamente!

DON PEDRO

Y el polvo en que tú te arrastres  
podrá mi honra volverme?

MARGARITA

Lloraré al pie de tu lecho,  
velando mientras tú duermes!

DON PEDRO

Y qué sueño ha de acudir  
á quien sin honra se acueste?

MARGARITA

Seré menos que tú esclava,  
besaré el polvo que huelles!

DON PEDRO

Y qué harás con esas manos  
que toman esos billetes?

MARGARITA

Perdón!

DON PEDRO

La vida que llevas  
que te perdone agradece,  
y prepárate á enterrarla  
en un cláustro para siempre.

## ESCENA XVIII

MARGARITA

Terrible apuro, por Dios!  
Si me confío y me vende,  
ambos á dos nos perdemos,  
porque Peralta no cede.  
No se lo digo, imposible;  
es un proscrito, un rebelde,  
y Pérez con un contrario  
ni transige ni conviene.  
No; sola le he de salvar,  
y si al cabo me sorprende,  
á todo estoy ya resuelta,  
le diré cuánto le debe;  
y si aun se niega obstinado,  
entonces, cielos, valedle!  
que vuestros altos designios  
más que mis intentos pueden.  
Beatriz! (*Llamando.*)

## ESCENA XIX

MARGARITA y BEATRIZ

BEATRIZ

Señora...

MARGARITA

Y Peralta?

BEATRIZ

En la calle.

MARGARITA

Atentamente  
acecha por dónde va.

BEATRIZ

Según dijo, pronto vuelve.

MARGARITA

Pues ponte al balcón al punto,  
por que de mí no sospeche.

BEATRIZ

Mas, señora...

MARGARITA

Y si entre tanto  
que está fuera, el otro viene,  
avísame en el momento.

BEATRIZ

Pero...

MARGARITA


Y dile que se espere.  
(*Éntrase Margarita, dejando á Beatriz de repente. Ésta la mira hasta que la pierde de vista, y después de corto silencio, dice y se va:*)

BEATRIZ

Pues señor, si entiendo jota,  
que los demonios me lleven. (*Váse.*)







## ACTO TERCERO

---

La misma decoración del acto segundo

### ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, *que entra por la puerta del fondo*

Eh! Ya estamos en campaña.  
Á la puerta está el mancebo,  
aquí la enredan de nuevo,  
y Santiago cierra España.  
No; pues de ésta ya es en vano  
que yo tercié pretender;  
si me llega á sorprender  
don Pedro, canto de plano.  
(*Llama á la puerta del gabinete de Margarita.*)  
Señora?

---

### ESCENA II

BEATRIZ *y* MARGARITA

BEATRIZ

Á la puerta está.

MARGARITA

Peralta?

BEATRIZ

El otro.

MARGARITA

Y le has dicho...

BEATRIZ

Todo, mas tiene capricho  
por veros y...

MARGARITA

No será.

Está Juan con el caballo  
prevenido?

BEATRIZ

Junto al puente.

MARGARITA

Pues si no corre prudente,  
remedio á su mal no hallo.  
Díle que se salve, que huya,  
que le juro por mi vida...

BEATRIZ

Señora, según la olvida,  
poco espera de la suya.

MARGARITA

Cómo!

BEATRIZ

El son de los caballos  
se oye en el pueblo.

MARGARITA

Y aun tarda?

BEATRIZ

Del rey de Navarra aguarda,  
si no le habláis, los vasallos.

MARGARITA

Oh qué afán! Por el balcón  
á despedirle saldré.

BEATRIZ

Es ya muy tarde.

MARGARITA

Por qué?

BEATRIZ

Se vienen de pelotón  
los jinetes por la calle.

MARGARITA

Darán con él?

BEATRIZ

Quién lo duda?

MARGARITA

Pues abre, y que Dios le acuda.

BEATRIZ

Le hallará Pérez.

MARGARITA

Que le halle.

### ESCENA III

MARGARITA

Santo Dios! Si han decretado  
su muerte vuestros enojos,  
que no le vean mis ojos  
morir tan desventurado.  
Matadle lejos de mí,  
si es tan culpable, Señor,  
ó va á hacer vuestro furor  
hoy dos víctimas aquí.

### ESCENA IV

DON CARLOS y MARGARITA

MARGARITA

Huid los del rey, por Dios!

DON CARLOS

Tan de cerca me seguían,  
que en las manos me tenían  
si no me ampararais vos.

MARGARITA

Por qué no habéis del lugar  
salido?

DON CARLOS

Imposible fué;  
por cuantas calles eché  
fui con soldados á dar.

MARGARITA

Conque estáis cercado aquí?

DON CARLOS

Sí; de noche, abandonado,  
como tienen acosado  
en un monte á un jabalí.

MARGARITA

Y no hay medio?

DON CARLOS

No, ninguno.

MARGARITA

Ni es posible concluir...

DON CARLOS

Nada; y á poder morir,  
hallara remedio alguno.  
Margarita, si quisieran  
mi suerte y mi vida sola,  
alma me alienta española,  
dos veces no la pidieran.  
Mas todos esos valientes  
que rebeldes son al rey,



fueran de la misma ley  
las víctimas inocentes.  
No; imposible transigir;  
he jurado á esa ciudad  
volverla su libertad,  
y lo tengo de cumplir.

MARGARITA

Y tenéis pensado...

DON CARLOS

Nada;  
ni cómo pude pensar,  
ay de mí, sino en salvar  
esta vida desdichada?

### ESCENA V

BEATRIZ y MARGARITA

*(Vuelve Beatriz con el manto y basquiña que en el acto segundo la puso Margarita, y con el que salió de la escena.)*

BEATRIZ

Esto vuelvo al gabinete,  
que todo lo anda Peralta,  
y si nota que aquí falta  
y á mi aposento arremete,  
lo encuentra y cae en la trama,  
Dios nos asista!

MARGARITA

Qué es?

BEATRIZ

Vuestro manto...

MARGARITA

Pronto, pues,  
tíralo sobre la cama,  
y corre, vuelve al balcón,  
y avisa al venir Peralta.

BEATRIZ

(Ó mucha precaución falta,  
ó sobra mucha razón.)

### ESCENA VI

MARGARITA y DON CARLOS

MARGARITA

Don Carlos, para salvaros  
de tan inminente apuro,  
no hay más que un medio.

DON CARLOS

Seguro?

MARGARITA

Único.

DON CARLOS

Cuál?

MARGARITA

Ocultaros.

Partimos dentro de un hora  
Peralta y yo; en esta casa  
podéis quedar mientras pasa  
la turba perseguidora.  
Los del rey se partirán  
con el alba, y en tal caso  
pensad, don Carlos, que á un paso  
los de Barcelona están.

DON CARLOS

Margarita, cosa alguna  
me es imposible emprender,  
que no venga á entorpecer  
mi desdichada fortuna.

MARGARITA

Pues fiar en mi marido  
tampoco es posible ya,  
según por ambos está  
irritado y ofendido.  
Mas decid, en conclusión,  
con el bando agramontés,  
si dáis, tan difícil es  
obtener vuestro perdón?

DON CARLOS

Mirad, Margarita, bien *(Con melancolía.)*

mi rostro por un instante,  
que muestras, en mi semblante,  
habrá que respuesta os den.

MARGARITA

No os entiendo.

DON CARLOS

Os olvidáis  
que, en una torre encerrado,  
á alimentarme forzado,  
comí su pan?

MARGARITA

Me aterráis.

DON CARLOS

Aún no me entendéis?

MARGARITA

No atino...!

DON CARLOS

No habéis oído decir  
que el pan que ayuda á morir  
corta á la vida el camino?

MARGARITA

Cómo!

DON CARLOS

Nunca oísteis vos  
que fué de muchos la vida  
sentenciada en la comida?

MARGARITA

Un veneno... Santo Dios!

DON CARLOS

Siento en mi sangre su huella,  
y aunque el fin no consiguieron,  
los traidores me le dieron  
en la prisión de Morella.

MARGARITA

Mas...

DON CARLOS

No acuso á nadie, no;

al brindarme la bebida  
la mano quedó escondida,  
no he de descubrirla yo.  
Y pues aun vivo, y su intento  
el que fué no satisfizo,  
sé que quien el mal me hizo,  
si le dejan, me hará ciento.

MARGARITA

Don Carlos, hora menguada  
al nacer os ha acudido  
cuando allí no le ha cosido  
contra el muro vuestra espada.

DON CARLOS

Hay, Margarita, ocasión  
en que con razón bastante  
hay que tener por delante,  
no acero, sino razón.

MARGARITA

No sé cómo lo entendéis,  
porque en tan extremo caso  
morís si traéis el vaso,  
no bebo si no bebéis.

DON CARLOS

Yo le apuré todo entero, *(Con amargura.)*  
y si otra vez me lo enviaran,  
vacío se le llevaran,  
mas otro beber no quiero.  
Poner el mar he pensado  
por eso entre ambos á dos,  
que me pesara, por Dios,  
volver á lo comenzado.

MARGARITA

Dirán que no habéis podido  
con la prez de vuestro nombre:

DON CARLOS

Diga lo que quiera el hombre  
como Dios fuere servido.

MARGARITA

Y la gloria...?

DON CARLOS

*(Con resolución.)* Eh! Ilusión vana!

Conozco mi obligación,  
y sé que tengo razón.

MARGARITA

Para callar?

DON CARLOS

Soberana.  
Harto, Margarita, os dije;  
entre infeliz y malvado,  
que me llamen desdichado  
es lo que menos me aflige.  
Basta ya de rebeldía,  
y aunque me den la razón,  
no harán que en necia ocasión  
confiese que la tenía.  
Y dejémoslo, señora,  
que penséis lo que queráis,  
me basta que lo sepáis  
vos sola en el mundo ahora.

MARGARITA

Maldita fué vuestra estrella,  
(*Con tristeza.*)  
don Carlos, desde el nacer.

DON CARLOS

De sangre hice ya correr  
hartos arroyos por ella.  
Mas lloráis?

MARGARITA

No he de llorar,  
señor, tanta desventura?

DON CARLOS

No se puede mi amargura  
con lágrimas aliviar.  
No pudo nunca un amigo  
consolarla ó dividirla.

MARGARITA

Pues si no podéis partirla,  
(*Con entusiasmo.*)  
podéis llevarla conmigo.  
Yo, don Carlos, os amé  
con amor tan soberano,  
que si naciórais mi hermano,

si os quisiera más no sé.  
Y á la faz del mundo entero  
puedo este amor confesar,  
sin que le hayan de tachar  
de liviano ni altanero.  
Por mucho que os suponían  
mal hijo, inquieto y traidor,  
siempre atrevido mi amor  
les contestó que mentían.  
Por más que vuestra misión  
de desventura haya sido,  
siempre por vos he tenido  
cariño en el corazón.  
Sí, y pues arrostré quizás  
en mi honor una sospecha,  
la vereda es muy estrecha  
para que me vuelva atrás.  
Mi esperanza es bien escasa,  
pero debe ya ser una  
para entrambos la fortuna;  
quedad, señor, en mi casa.  
Aquí os habéis de salvar,  
ó aquí habemos de morir;  
que mejor es sucumbir  
que humillarse á suplicar.

DON CARLOS

Margarita!

MARGARITA

Sí, yo soy,  
si no de reinos señora,  
una mujer que os adora,  
y os salva, ó perece hoy.

## ESCENA VII

DICHOS *y* BEATRIZ

BEATRIZ

Don Pedro!

MARGARITA

Ocultáos, pues.

DON CARLOS

Mas...

MARGARITA

Callad, y entrad ahora.

Si partimos con la aurora,  
no habéis peligro después;  
si no, desde aquí escuchad,  
y según la situación,  
á vuestro ingenio y razón  
en todo caso apelad.

Cierro aquí y quito la llave.

*(Cierra, y al volverse ve á Peralta, que la  
ha visto quitar la llave de la puerta.)*

*(Peralta!)*

### ESCENA VIII

MARGARITA y DON PEDRO

DON PEDRO

*(Ya le encontré!)*

Secreto será muy grave, *(Con ironía.)*  
pues lo guardas.

MARGARITA

Bien se ve.

DON PEDRO

Si yo lo acierto...!

MARGARITA

Quién sabe?

DON PEDRO

Acabemos, Margarita;  
quiero ver quién está aquí.

MARGARITA

Sí, por Dios; quién os lo quita?  
Mas ved que es una visita  
que vino sólo por mí.

DON PEDRO

Abrid, pues.

MARGARITA

Oh, no! Esperad,  
que á quien aquí tengo oculto

le echásteis sin caridad  
de vuestra casa.

DON PEDRO

Acabad.

MARGARITA

Le váis á hacer otro insulto.

DON PEDRO

Despachemos, vive Dios;  
aquí os mato ambos á dos,  
ó á ese hombre la puerta abris.

MARGARITA

Un hombre!

DON PEDRO

El galán.

MARGARITA

Mentís.

DON PEDRO

Aún negáis?

MARGARITA

Aún porfiáis vos?

Necio estáis! Venid acá.

*(Le toma de la mano, le aparta, y dice con  
aire de triunfo.)*

No acertáis quién puede ser!

DON PEDRO

Sea quien quiera, lo dirá.

MARGARITA

Olvidaste la mujer  
que hallé con vos? Aquí está!  
*(Señalando al gabinete.)*

DON PEDRO

Es una farsa, señora;  
es una infame impostura  
que vos inventáis ahora.

MARGARITA

Os disculpáis en mal hora;  
aquí está, y está segura.

DON PEDRO

De cólera pierdo el tino;  
abrid aquí, ó voto á tal...!

MARGARITA

Vuestra vergüenza imagino,  
mas con techo de cristal  
no tiréis al del vecino;  
todo por cierto lo doy;  
tengo por mi buena estrella  
un galán, en eso estoy,  
mas, Pérez, con él me voy  
mientras os quedáis con ella.

DON PEDRO

Abrid esa puerta pues;  
mi dama ó vuestro galán,  
veamos pronto quién es.

MARGARITA

Es inútil vuestro afán,  
que lo he pensado al revés.  
Y contened el furor  
con que osado me amagáis,  
que es mi parte la mejor.  
La dama está aquí, señor;  
ved si el galán me encontráis.

DON PEDRO

No sé cómo me contengo;  
pues confesáis que es así,  
obedecedme.

MARGARITA

Convengo;  
mas la misma queja tengo  
yo de vos, que vos de mí.  
Y si por tino ó azar  
vuestra dama supe hallar  
y no halláis mi galán vos,  
no hago más que atestiguar  
que he sabido más que vos.

DON PEDRO

Mirad si queréis abrir,  
ó á la fuerza he de apelar.

MARGARITA

Inútil es insistir.

DON PEDRO

Aprestáos á morir,  
como le llegue á encontrar.  
*(Va á forzar la cerradura con la daga.)*

## ESCENA IX

DICHOS y BEATRIZ

BEATRIZ

Señor, señor.

DON PEDRO

*(Con ira.)* Qué queréis?

BEATRIZ

Que á tirar las puertas van.

DON PEDRO

Loca estáis?

BEATRIZ

Ved lo que hacéis.

MARGARITA

Mas, quiénes son?

BEATRIZ

No los véis?

DON PEDRO

Los rebeldes!

BEATRIZ

Aquí están.

## ESCENA X

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS  
y SOLDADOS

DON JUAN

Aquí hay un rebelde; ó dadle, ó la casa  
registro, y ay de ellos si ese hombre está  
[aquí!

MARGARITA

(Nos trae desventuras la suerte sin tasa.)

DON PEDRO

(El mundo está todo, por Dios, contra mí!)  
(*Á don Juan.*)

Quien quiera que fuéreis, si no contemplara  
que do habéis entrado sin duda ignoráis,  
por Cristo bendito, que yo os contestara  
con lengua de acero. (*Pone mano á la daga.*)

DON JUAN

Qué es eso, amagáis?

DON PEDRO

No; pues que parece pecáis de ignorante  
y á fuer de obediente vasallo venís,  
mas ved si la casa dejáis al instante,  
que el rey está en ella.

DON JUAN

(El rey?)

DON PEDRO

No me vió?

DON JUAN

Hidalgo, estáis loco? Pensáis que el rey sea  
el hombre á quien necio ó traidor escondéis?  
(*Á la gente.*)

No quede rincón que no se ande y se vea.

MARGARITA

(Dios mío, ayudadnos!)

DON PEDRO

Tenéos!

DON JUAN

Qué hacéis?

DON PEDRO

Yo soy, caballero, Don Pedro Peralta.  
(*Con brío.*)

He traído á este pueblo del rey comisión,  
y busco á ese mismo rebelde que os falta,  
del rey en el nombre don Juan de Aragón.

DON JUAN

Que aquí entró un rebelde, lo he visto, os lo  
(*Con desprecio.*) [juro.

Que vos sois Peralta, lo veo también;  
mas si hallo á ese hombre, que os ahorco es  
[seguro.

DON PEDRO

Vos?

DON JUAN

Yo.

DON PEDRO

Voto á Cristo!

DON JUAN

Callad, y váis bien.

DON PEDRO

Que soy olvidásteis del rey secretario,  
de Lérida alcalde, su amigo más fiel?

DON JUAN

Yo nada os he dicho, Peralta, en contrario;  
mas obro en su nombre... Pensad que soy él.

DON PEDRO

Pues yo no os conozco, ni sé vuestro cargo,  
y á mí sus despachos él mismo me dió.

DON JUAN

Repito, Peralta, y silencio os encargo,  
que el rey de Navarra en su ausencia soy yo;  
mandad que á esa gente las llaves entreguen.  
(*Á ellos.*)

No quede escondrijo ni cuarto por ver.  
(*Á Peralta.*)

Y no hayáis recelo que á un átomo lleguen, que ya tienen todos lo que han menester.

DON PEDRO

Estoy que no veo. Pedazos le hiciera si en falso su fuero llegara á encontrar; aquí están las llaves.

*(Peralta las toma de Beatriz, don Juan de don Pedro, y don Juan las alarga á Nogueras, que va por el interior de la casa á registrarla con toda la gente que entró con ambos.)*

DON JUAN

Mirad lo de afuera;

*(Á Peralta y Margarita.)*

á mí estos salones me pueden mostrar.

### ESCENA XI

DON JUAN, DON PEDRO y MARGARITA

DON PEDRO

Del rey me habéis dicho venís en el nombre; no haré resistencia, conmigo venid.

DON JUAN

*(Mirando á Margarita.)*

*(Será la muchacha mujer de este hombre?)*

MARGARITA

*(Dios mío, acudidme!)*

DON JUAN

*(Muy bella!)* *(Á Peralta.)* Decid.

Esta es vuestra esposa?

DON PEDRO

*(Amostazado.)* Mi esposa.

DON JUAN

Es muy bella!

DON PEDRO

También conocéisla por suerte?

DON JUAN

No á fe;

mas ha muchas veces he oído hablar de ella, y que era excesiva su fama pensé.

Mas ya que la he visto, Peralta, os confieso que es más que su fama su rara beldad.

DON PEDRO

Lo dicen. *(Me abraso.)*

MARGARITA

Dejáos ya de eso, señor caballero.

DON JUAN

*(Muy linda en verdad!)*

Ha visto la corte?

DON PEDRO

Vivió algunos años en ella.

DON JUAN

Jurara que nunca la ví.

DON PEDRO

Sois, pues, de la corte?

DON JUAN

De intrigas y amaños escuela, me cansa, aunque noble nací. Conózcola empero, pues siendo soldado, estoy muchas veces muy cerca del rey; ya véis, centinela en palacio apostado, las damas mirando entretego la ley.

DON PEDRO

Pasemos, si os place. Ese es mi aposento, y en él hasta el lecho podéis registrar.

*(Don Pedro le dirige hacia su cuarto. Don Juan observa á Margarita.)*

DON JUAN

*(Pues es la Peralta de gracia un portento.)*

MARGARITA

*(Me juzga tan bella...! No lo he de olvidar, haré á mi hermosura tercero... Probemos.)*

Podré, caballero...?

DON JUAN

Yo os puedo servir?

MARGARITA

Sí; pues que por noble os dáis y os tenemos,  
con vos un secreto quisiera partir.

DON PEDRO

(No sé cómo á raya tendré la paciencia!)

DON JUAN

Hablad, que os escuchó.

MARGARITA

Empacho me da!

(*Le lleva hacia la puerta donde está don Carlos, de modo que se conozca la intención de que oiga.*)

DON JUAN

Son cosas...

MARGARITA

De casa; atended.

DON JUAN

Qué inocencia!

MARGARITA

Nosotros, casados ha tiempo, y por...

DON JUAN

Ya!

Entiendo, adelante.

MARGARITA

Trabamos ahora...

DON JUAN

Alguna reyerta de amor conyugal?

MARGARITA

Preciso; en mi cuarto cerré á la traidora  
porque él no la viese.

DON JUAN

Y lo sabe?

MARGARITA

Cabal!

Mujer ofendida, y teniendo la prueba  
que dá á mis recelos derecho y razón,  
si sois caballero, dejadme que os deba  
tan sólo una gracia.

DON JUAN

Será obligación.

MARGARITA

(*Con intención.*)

Ya véis que un rebelde no es una manceba;  
cuidemos su fama, que tiene opinión;  
quisiera tan sólo saber quién me lleva  
de Pedro el cariño.

DON JUAN

Y es buena ocasión.

Mas vine, señora, tras un enemigo;  
en ese aposento juráis que no está.

MARGARITA

No es más que una dama; de cierto os lo digo.

DON JUAN

Á cuartos de adentro por éste se va?

MARGARITA

No hay más aposento que sala y alcoba;  
no hay más escondrijo que aquella mujer;  
cortina, ni puerta, luz, ni vista roba,  
y entre ellas ni un niño se puede esconder.

DON JUAN

Iréis á la corte?

MARGARITA

Si veo á esa dama  
primero que Pérez...

DON JUAN

Prometo que sí.

MARGARITA

(Dios quiera que me oiga y apoye la trama.)



DON PEDRO

(Oh! Pues pese á entrambos, no sale de aquí.)

DON JUAN

Abrid y veamos.

DON PEDRO

*(Con curiosidad.)* (Cualquiera que fuere, mujer la descubro, galán doy con él.)

MARGARITA

(Si ha oído se salva, si no por mí muere. Señor, amparadnos en trance tan cruel.)  
*(Abre Margarita; don Juan se da por satisfecho; don Pedro queda como asombrado.)*  
La véis?

DON JUAN

Es la dama.

MARGARITA

Sentóse corrida,  
la faz encubriendo.

DON PEDRO

(Es ella, por Dios.)

MARGARITA

(Pendían de un hilo su vida y mi vida.)

DON JUAN

Estoy satisfecho.

MARGARITA *(Á don Pedro.)*

Lo estáis también vos?

DON PEDRO

Del todo.

DON JUAN

(Pobre hombre!)

DON PEDRO

(Si sueño, no acierto; mas queda en mis manos, y voto á la luz! que en ellas espira, ó sabemos de cierto si el velo que lleva es mantilla ó capuz.)

## ESCENA XII

DICHOS *y los del rey que vuelven*  
con NOGUERAS

DON JUAN

Le habéis encontrado?

NOGUERAS

Milagro parece  
que en torno cercado pudiera escapar.  
*(Á don Juan, bajo.)* [crece.  
Mas ved que el peligro y el tiempo huye yDON JUAN *(Á Nogueras.)*

Y ahora...?

NOGUERAS

Yo quedo por vos á velar.

DON JUAN

Partamos, Peralta; tal vez y muy presto  
vendrán los rebeldes á veros.

DON PEDRO

Lo sé.

DON JUAN

Y váis?

DON PEDRO

Á quedarme guardando mi puesto  
al rey obediente.

DON JUAN

Mirad...

DON PEDRO

Lo miré.

DON JUAN

El rey sabrá luego que honor nunca os falta.

DON PEDRO

Si no lo ha olvidado, lo sabe bien ya.  
Decidle, si os place, que aquí está Peralta  
leal todavía, y leal morirá.

DON JUAN

Holgará en saberlo, y oidme. (Entre tanto que baja conmigo, podrá su mujer ganarle el secreto; el hombre es un santo en esto de amores.) (*Vánse todos.*)

## ESCENA XIII

MARGARITA, *y después* DON CARLOS

MARGARITA

No sé lo que hacer.

Don Carlos?

DON CARLOS

Dejadme que salga, señora; pues esa es mi estrella, dejadme morir.

MARGARITA

Sois salvo.

DON CARLOS

Y Peralta?

MARGARITA

En salvaros ahora, de grado ó por fuerza, le haré consentir.

DON CARLOS

Mas ved...

MARGARITA

No hay porfía; oís desde adentro?

DON CARLOS

Pues me he disfrazado, ya véis que os oí; mas de ese soldado quisiera el encuentro poder excusarme.

MARGARITA

Fiaós de mí, que le he conocido; sé cuánto os importa y cuánto os detesta, mas no os hallará.

DON CARLOS

En esa esperanza...

MARGARITA

Tal vez es muy corta.

(*Sintiendo á don Pedro, cierra.*)

## ESCENA XIV

DON PEDRO *y* MARGARITA

(*Don Pedro, cerrando las puertas, váse hacia Margarita, que se queda de espaldas á la puerta de su gabinete.*)

DON PEDRO

(Galán, dama ó duende, de aquí no saldrá.) Los lances de esta noche, Margarita, no comprendo; mas de uno ú otro modo, de mi incógnito amor y vuestra cita, ver quiero el fin, y comprenderlo todo. Cerrada en vuestro cuarto está mi dama, decís, y el galán vuestro no parece; va en descubrir á entrambos nuestra fama, y el tiempo corre y el peligro crece. Elegid: ó prudente y advertida, de ese aposento me franqueáis la puerta, y doy sin dilación con la escondida, ó, por lo del galán, os dejo muerta.

MARGARITA

Ved, Peralta...

DON PEDRO

Razones abreviemos; yo soy el ofensor, vos la ofendida, quiero satisfaceros; olvidemos vuestro galán, y venga mi escondida.

MARGARITA

Pues primero entended...

DON PEDRO

No entiendo nada; venga vuestro galán, ó mi tapada.

MARGARITA

Si antes no oís lo que deciros tengo,  
Peralta, no entraréis.

DON PEDRO

Nada os escucho;  
la dama ó el galán, porque os prevengo  
que el mío y vuestro honor me importan  
(*Va á la puerta.*) [mucho.]

MARGARITA

Tenéos.

DON PEDRO

Apartad.

MARGARITA

Oid primero.

DON PEDRO

Fuera, ó por Dios...!

---

ESCENA XV

DON PEDRO; DON CARLOS, *saliendo*,  
y MARGARITA

DON CARLOS

Tenéos, caballero!

DON PEDRO

Al fin salísteis, rondador de calles;  
mas falta vuestra cómplice.

DON CARLOS

Soy solo  
con mi desdicha yo.

DON PEDRO

Solo habéis dicho?

DON CARLOS

Nadie conmigo está.

DON PEDRO

Conque era un dolo?

Conque sois á la par, viven los cielos,  
enemigo del rey y del Estado,  
y objeto aborrecible de mis celos!

DON CARLOS

No soy, Peralta, más que un desdichado!

DON PEDRO

Desdichado...! Un traidor.

DON CARLOS

Tened la lengua!

DON PEDRO

Oh! Mirando la cuna en que he nacido,  
entregaros al rey tengo por mengua  
cuando en mi propia casa os he cogido.

DON CARLOS

En hacerlo tardáis.

DON PEDRO

Eso os contenta?

Teméis más mi furor que su justicia,  
vil causador de mi baldón y afrenta?  
Mas calculásteis mal; que yo me obligo  
al galán y al rebelde dar castigo.

DON CARLOS

De una vez concluyamos, caballero;  
ni soy lo que pensáis, ni mancha alguna  
temáis en vuestro honor, porque prefiero  
á las manos morir de mi fortuna.  
Huí una noche por desdicha mía  
de una torre en que estaba allá en Pamplona;  
la ambición y la envidia me tenía,  
y pensé refugiarme en Barcelona.  
Por los del rey de cerca perseguido,  
me acogí á este lugar á la ventura;  
no delincuente, desdichado he sido,  
y apuro el cáliz ya de la amargura.  
Entregadme... Yo soy el que buscaban,  
mas perdonadme si mi nombre os velo;  
que esos que ha poco de salir acaban,  
mi cómplice os harán si os lo revelo.

DON PEDRO

Quién sois, pues?

DON CARLOS

Un proscripto, aunque inocente.  
Mas tal vez mi cabeza está tasada.  
Y si os digo mi nombre, va esa gente  
á suponer que la tenéis comprada.

DON PEDRO

Entiendo vuestra sórdida impostura,  
mas yo no os pido por rebelde cuenta  
ni indago vuestra dicha ó desventura;  
quiero vengar en vos mi torpe afrenta.  
Escondido en mi casa os he encontrado;  
os ví de ella salir con Margarita,  
y pues no entiendo bien lo que ha pasado,  
explicación ó sangre necesita.

MARGARITA

Yo os la daré, Peralta.

DON PEDRO

Pues sed breve.  
Sabéis quién es ese hombre?

MARGARITA

Sí, por cierto;  
ese es un hombre á quien Peralta debe  
á manos del verdugo no haber muerto.

DON PEDRO

Mentís!

MARGARITA

No, vive Dios! Á él solamente  
debes esposa, libertad y vida...  
Ahora, si quieres, llamaré á esa gente  
y serás ante Dios un parricida.

DON PEDRO

No alcanzo...

MARGARITA

Lo adivino. Has olvidado  
cuando, en bandos la corte desgarrada,  
en prenda estaba del combate osado  
en la plaza la horca levantada;  
cuando víctimas daban á porfía  
la sed de honores, la ambición de mando,

y un triunfo pregonaban cada día  
la cabeza del uno y otro bando?  
En un oscuro calabozo distes,  
Peralta, y á morir te condenaron;  
de salvación y fuga desististes,  
y por muerto los tuyos te lloraron.  
Te salvaste por fin; pero no sabes  
quién burló entonces de la ley el fallo?  
Pues él rompió de tu prisión las llaves,  
(Señalando á don Carlos.)  
y él fué quien para huir te dió el caballo.

DON PEDRO

Su nombre.

MARGARITA

De rodillas has de oírle  
si á conocer tu bienhechor te avienes,  
y apróntate, Peralta, á bendecirle,  
que le debes la vida y cuanto tienes.  
Él acogió mi juventud perdida,  
él fué mi hermano, mi tutor, mi amigo,  
y por él en la corte protegida,  
me dió fortuna y me casó contigo.  
Ese fué quien, de humilde é indigente,  
me igualó generoso con su hermana.

DON PEDRO

Su nombre, por piedad!

MARGARITA

La ingrata frente  
pon á los pies del príncipe de Viana.  
(Don Carlos se desemboza; don Pedro queda en  
sombrio y siniestro silencio. Margarita con  
aire triunfador.)

DON CARLOS

Yo soy, Peralta, ese hombre desdichado,  
ludibrio del furor de la fortuna.  
Vedlo, don Pedro, bien; noble y soldado,  
mi esperanza está en vos, si aun tengo alguna-

MARGARITA

Qué haces, Peralta?

DON PEDRO

Lloro, Margarita.

DON CARLOS

Tanto me habéis, Peralta, aborrecido?

DON PEDRO

En esta noche, para mí maldita,  
me alegrara, señor, no haber nacido.

MARGARITA

Dudas?

DON PEDRO

El mismo rey aquí me puso  
para prenderos y entregaros luego;  
si os salvo, amigo, de traidor me acuso,  
y apuro mi deshonor si os entrego.  
Entre infamia y traición... Qué más habla-  
Nacidos los Peraltas caballeros, [ros?  
caballero y leal debo salvaros;  
vasallo de mi rey, debo venderos.

MARGARITA

Dí, y ese rey, cuando señor te halles  
del secreto de que él mató al de Viana,  
mal padre y peor rey, para que calles  
no te ahorcará por precaución mañana?

DON PEDRO

Eso en un rey á suponer te atreves?

MARGARITA

Sí; cuando tú, cumpliendo como bueno,  
dado á prisión al príncipe le llesves,  
él doblará la dosis del veneno.

DON PEDRO

Margarita!

MARGARITA

Le lleva en sus entrañas.  
Sálvale ó dále. De temor objeto,  
piensas que vivas? Pagaréis, te engañas,  
él la cuna real y tú el secreto.

DON PEDRO

Margarita! *(Con ira.)*

MARGARITA

Con risa cortesana

te jurará traidor que le perdona,  
pero al morir, aprenderás mañana  
que valió más que el hijo, la corona.  
Pero lloráis! Perdón! *(Al Príncipe.)*

DON CARLOS

Era mi padre!

Yo todo por la paz le he prometido:  
ir desterrado donde más le cuadre,  
cederle liberal cuanto he tenido.  
Proscrito de mi patria, desterrado, *(Llora.)*  
no exigía yo más de su corona,  
que el honor y la paz del Principado,  
el fuero y libertad de Barcelona.

MARGARITA

*(Con entusiasmo.)*

No; ser no puede criminal quien ama  
sus pueblos y su honor más que su vida;  
mira, Peralta, llanto no derrama  
al nombrar á su padre un parricida.

DON CARLOS

Parricida! Por cierto que mintieron;  
Cataluña y Navarra no le enviaron  
embajadores que por mí le hicieron  
reconocer cuán torpes le engañaron?  
No me dieron sus tronos algún día  
Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña,  
y por el mar la tentación no huía  
de respeto filial en firme seña?  
Ah! Todo lo intenté; vine á postrarme  
con toda la humildad de los vencidos,  
y abrió, en vez de los brazos á estrecharme,  
á la ambición de Francia los oídos.  
Ciego ya por mezquinos intereses,  
mi humillación y lágrimas pospone  
á los condes de Fox, al fin franceses...  
Bien, suyo soy; que mate ó que perdone!  
*(Á don Pedro.)*

Libre de vuestro empeño estáis conmigo;  
no es tarde aún; abrid esa ventana,  
y entregad sin temor al enemigo  
al desdichado príncipe de Viana.

MARGARITA

Pérez!

DON PEDRO

Señor, que me arranquéis prefiero  
la vida, á ser traidor.

DON CARLOS

Dadles la mía!

DON PEDRO

La mía, vive Dios, daré primero!

MARGARITA

*(Escuchando.)*

Silencio... Una esperanza hay todavía.

*(Hace al Príncipe que entre otra vez en su gabinete.)*

Que no os vean... Entrad.

DON CARLOS

*(Entrando.)* Aún más, señora!

MARGARITA

No respiréis siquiera.

*(Á Peralta.)* Abrid la puerta!

DON PEDRO

Margarita, qué hacer...?

MARGARITA

*(Abriendo.)* Callar ahora.  
*(Estoy de miedo y de esperanza muerta.)*

---

### ESCENA XVI

DICHOS y GARCERÁN

*(Garcerán como salió de la escena en el acto primero, con botas y espuelas, cubierto de lodo y sudor, y en el más completo desorden.)*

GARCERÁN

Señor, salváos; los rebeldes llegan.

DON PEDRO

Esto más!

GARCERÁN

Por la sombra protegido,

la puerta del jardín les he ganado,  
y á morir ó salvaros he venido.

MARGARITA

Dios santo!

DON PEDRO

Garcerán, tarde has llegado.

GARCERÁN

Yo os salvaré, venid.

---

### ESCENA XVII

DICHOS, DON JUAN, RANGEL y dos ó tres  
*de los suyos*

DON JUAN *(Á Rangel.)*

*(Y ay si has mentido!)*

Aquí está el rebelde; ó dádmele al punto,  
ó cierro la casa y la mando quemar;  
si alguno resiste, dejadle difunto;  
morir ó entregarle, poco hay que dudar.

DON PEDRO

Y quién amenaza con muerte y con fuego  
mi casa?

DON JUAN

Quien puede.

DON PEDRO

Quien puede sois vos?

DON JUAN

Peralta, no vale la fuerza ó el ruego;  
ó dáis el rebelde, ú os quemo á los dos.

DON PEDRO

*[mismo,*

*Y habiendo ese encargo yo aquí del rey pensáis que al monarca sirviera tan mal?*

DON JUAN

El rey, satisfecho de tal patriotismo,  
os ha relevado del cargo real.

Y, en fin, en mis manos por suerte ha caído,

pues dió en Villafranca conmigo al huir.  
El rey en secreto prenderle ha querido,  
y al rey en secreto conmigo ha de ir.

DON PEDRO

No irá, voto á Cristo!

DON JUAN

No irá? Y con mi gente  
vos mismo á Pamplona conmigo vendréis.  
El rey os lo manda.

DON PEDRO

Y al rey frente á frente,  
cuando él me pregunte...

DON JUAN

Le responderéis;  
y estoy ya cansado, Peralta; acabemos,  
me dáis ese hombre?

MARGARITA

Buscadle, señor;  
franquearos la casa lo más es que haremos;  
de no contentaros, mirad lo mejor.

DON JUAN

Sois bella, señora, cual sois de taimada;  
me habéis engañado con harta doblez.

MARGARITA

Tan sólo esta sala no fué registrada.

DON JUAN

No quedará nada por ver esta vez.  
(Don Juan entra en el aposento con Nogueras.  
Rangel y los soldados del rey se quedan en la  
escena. Margarita cerca de la puerta por  
donde entró don Juan. Peralta indeciso, en-  
tre colérico y avergonzado; en esta situación  
se oyen por fuera gritos y clarines, ruido de  
armas y caballos, y algunos arcabuzos allá  
á lo lejos.)

RANGEL

Qué es esto?

UN SOLDADO

(Asomándose á la ventana.)

Tomemos pies.

Los rebeldes.

(Margarita corre el cerrojo á la puerta del  
cuarto donde entró don Juan.)

MARGARITA

(Por si acaso.)

(Pasa al lado opuesto donde está don Carlos.)

## ESCENA XVIII

DICHOS; soldados de los insurgentes de  
Barcelona, rebeldes de todos puntos  
de Cataluña, etc.; MARGARITA delante  
de la puerta donde está DON CARLOS;  
DON PEDRO con la espada en la mano.

EL JEFE

Al primero que dé un paso  
le divido de un revés.  
Hola, aquí hay agramonteses!  
Atadlos bien por los codos,  
y que los guarden con todos  
nuestros bravos montañeses.  
Señores, darse á prisión,  
ó venirse con nosotros.  
(A don Pedro.) Sois hombre de condición.  
Abajo hay algunos potros;  
montad el que os diere gana,  
y Barcelona os abona.

MARGARITA

(Abriendo el cuarto donde está el príncipe.)  
De rodillas Barcelona  
ante el príncipe de Viana.

## ESCENA XIX

DICHOS y EL PRÍNCIPE

DON CARLOS

Insensatos, qué intentáis?

REBELDE

Libraros.

DON CARLOS

De quién?

REBELDE

Del rey.

DON CARLOS

Y así las leyes...?

REBELDE

No hay ley,  
señor, donde vos no estáis.  
Barcelona, esa ciudad  
de su príncipe dolida,  
al rey pide vuestra vida,  
y con vos su libertad.  
Viva el príncipe de Viana!

TODOS

*(Fuera y dentro.)*

Viva!

REBELDE

Viva Barcelona!

TODOS

*(Idem.)* Viva!

DON CARLOS

Vuestro intento abona  
esa rebelión insana.

REBELDE

Señor, Cataluña entera  
no quiere más que con vos  
la ley suprema de Dios  
y la libertad primera.

DON CARLOS

Vamos, pues, á esa ciudad,  
y si mi padre se aviene,  
mañana os juro que tiene  
Barcelona libertad.  
Peralta, venid conmigo.

DON PEDRO

Perdonad; me quedo aquí.

DON CARLOS

Y el rey?

DON PEDRO

Hidalgo nací,  
y á morir leal me obligo.  
Idos, príncipe, con Dios  
si estáis salvo; ya lo véis,  
nada al cabo me debéis,  
y aun quedo en deuda con vos.  
Y aunque mi honra está empañada  
á cual más por cada uno,  
para no ir contra ninguno,  
dejaré patria y espada.

MARGARITA

Y cesará nuestra cuita;  
que cuando lejos muramos,  
que sois tan feliz sepamos  
como España necesita.

DON CARLOS

Pues si en mejor ocasión  
un día á mi padre véis,  
que no pedí, le diréis,  
más que la paz y el perdón.  
Que ya dolorido y harto  
de guerra y mal tan prolijo,  
siendo su heredero y su hijo,  
á tierra extranjera parto.

MARGARITA

Id.

*(El príncipe los abraza, y dice saliendo.)*

DON CARLOS

Y pues sois tan honrados,  
en vuestros males extremos  
venid á mí y partiremos  
el pan de los desdichados. *(Váse.)*

## ESCENA XX

MARGARITA y DON PEDRO

MARGARITA

Dios os ayude, señor.  
*(Á Pérez.)* Y Dios sólo te ha salvado,  
Peralta, de haber quedado  
por infame ó por traidor.



Y porque ahora la prudencia  
 más que nunca es menester,  
 antes de lo que has de ver  
 quiero hacerte una advertencia.  
 Él, de dos reinos señor,  
 tras del príncipe ha corrido  
 como si hubiera nacido  
 berberisco ó salteador.  
 Porque de asunto tan grave  
 no caiga sobre él la mengua,  
 no hay más que arrancar la lengua  
 á quien el secreto sabe.  
 Ahora bien; pues lo sabemos,  
 el argumento es bien llano.  
 Peralta, tarde ó temprano,  
 por saberle moriremos.  
*(Abre la puerta donde está don Juan y Noguerras.)*

---

ESCENA ÚLTIMA

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN  
 y NOGUERAS

MARGARITA

Podéis salir, rey don Juan.

DON PEDRO

El rey...! Conque no mentían?

MARGARITA *(Á don Juan.)*

Por el príncipe venían;  
 le encontraron y se van.  
 De vos á él le protegimos,  
 y de los suyos á vos;  
 no podéis, señor, por Dios  
 decir que traidores fuimos.

DON JUAN

Peralta, yo bien sabía  
 que hice en vos un buen amigo.

DON PEDRO

No habléis, rey don Juan, conmigo,  
 porque yo no os conocía.  
 El que oculto estuvo allí  
 era el príncipe de Viana;  
 si vos lo contáis mañana,  
 á él lo debéis, y no á mí.  
 Y no temáis que en la historia  
 por nuestra audaz villanía,  
 quede, señor, algún día  
 de esta noche una memoria.  
 Que vos mismo habéis venido  
 tras del hijo que engendrasteis,  
 es un secreto que echásteis  
 con nosotros al olvido.

DON JUAN

Ingrato no me hallaréis.

DON PEDRO

Dejadlo estar como está,  
 y partid cuando gustéis,  
 que nada temer podéis  
 de los catalanes ya.  
 Mas me habéis hecho el ultraje  
 de creerme desleal,  
 y ya me sentará mal  
 el rendiros homenaje.  
 Rey don Juan, esa es mi espada.  
*(Se la desciene y la pone en el suelo á sus pies.)*  
 Para no haceros traición,  
 no la llevo á precaución  
 ni desnuda ni envainada.







## SONETO

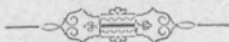
---

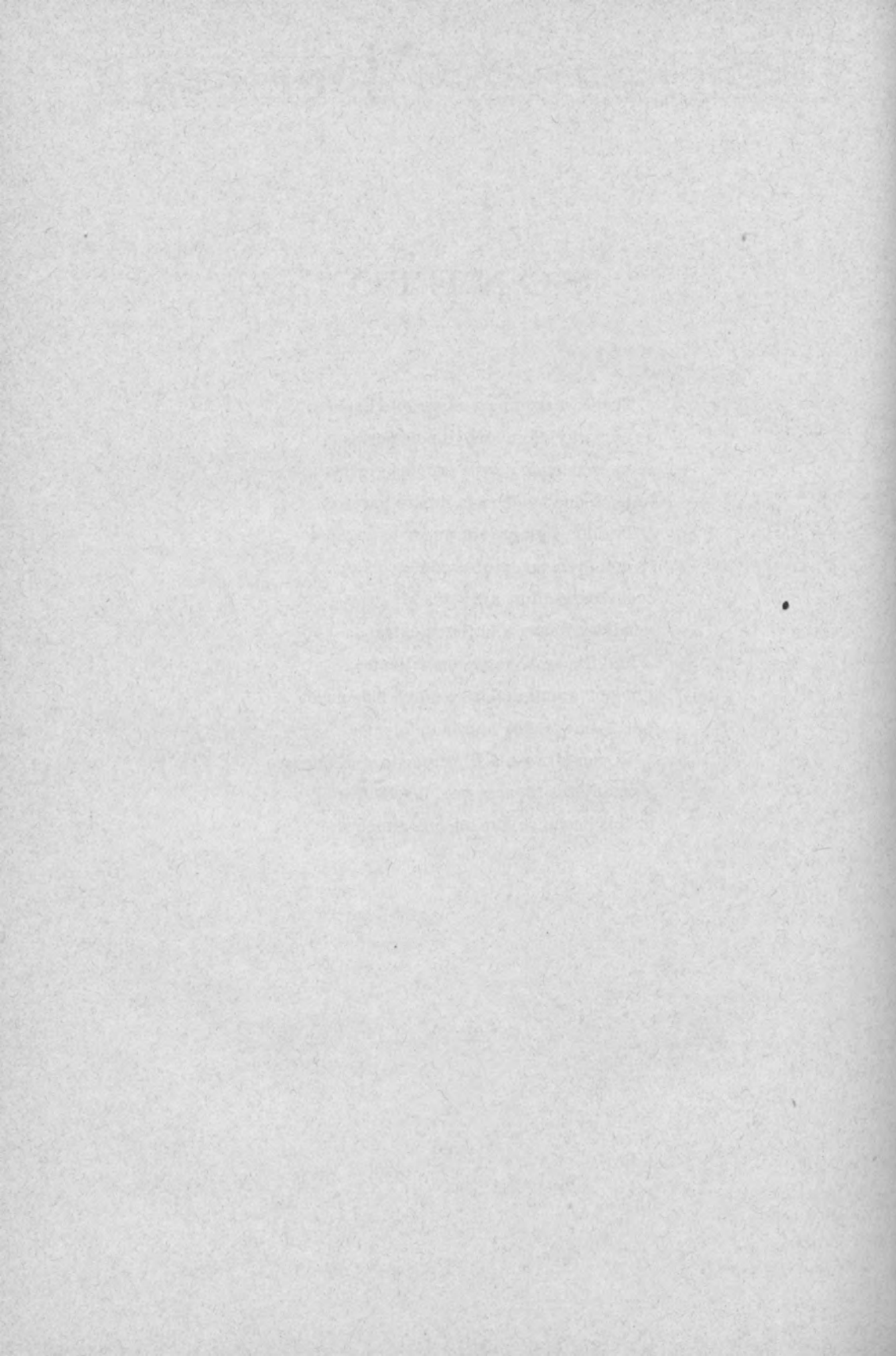
Torpe, mezquina y miserable España,  
cuyo suelo alfombrado de memorias  
se va sorbiendo de sus propias glorias  
lo poco que ha de cada ilustre hazaña:

Traidor y amigo sin pudor te engaña;  
se compran tus tesoros con escorias;  
tus monumentos, ay! y tus historias  
vendidos llevan á la tierra extraña.

Maldita seas, patria de valientes,  
que por premio te das á quien más pueda,  
por no mover los brazos indolentes!

Sí, venid, voto á Dios! por lo que queda,  
extranjeros rapaces que, insolentes,  
habéis hecho de España una almoneda!







# LAS DOS ROSAS

---

En un escondido valle  
hay todavía una torre  
vecina al Carrión, que corre  
de chopos entre una calle.

Castillo dicen que fué  
poderoso; mas ya apenas,  
á través de dos almenas,  
su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura  
véñse un torreón y un muro,  
pero en montón tan oscuro,  
que medrosa es su figura.

Brota á sus pies sin respeto  
espeso zarzal salvaje,  
cuyo espinoso ramaje  
vegeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojón ni senda  
que á su rastrillo conduzca,  
ni puerta en que se deduzca  
que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos  
que crecen en derredor,  
de su ruina y su dolor  
imperturbables testigos,

Hay paredes que á pedazos  
están mostrando que ayer  
pudieran bien mantener  
un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña  
guarda un pastor el misterio  
de aquel corto cementerio  
que el agua del Carrión baña.

Allí una generación  
duerme tal vez escondida...  
Así de la amarga vida  
las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas,  
al son de toscos estribillo,  
él encierra en el castillo  
por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa,  
y él no pasa de pastor;  
pues no ha de ser su señor,  
poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué  
la techumbre á que se acoge,  
hombros y labios encoge,  
la mira y dice: «No sé.»

Los días que van pasando  
la colina gustarán,  
y al cabo concluirán  
el castillejo enterrando.

Entonces, ya de la historia  
del edificio primero,  
ni el pastor ni el pasajero  
tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar  
en derredor de la lumbre,  
desvelada muchedumbre  
acaso la oirá contar.

Contarála un peregrino  
á quien tal vez por su cuento  
darán escaso alimento  
para seguir su camino.

Y yo, que siempre miré  
como un viaje nuestra vida,  
por historia entretenida,  
del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba,  
mal que pese á vuestro empeño,  
os ahuyenta el blando sueño,  
yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor  
os dormís en vuestra almohada,  
de una noche sosegada  
sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo  
brillantes rayos despide,  
que del Carrión reverberan  
entre las ondas humildes.  
Engrosadas van ahora  
con las nieves que derrite  
en las crestas de las sierras  
con que Castilla se ciñe,  
y entrambas riberasordan  
con duros hielos que oprimen  
los restos que dejó Mayo  
de sus céspedes sutiles.  
Altos y desnudos chopos  
las orillas le dividen,  
que al agua las ramas tienden  
por que en el agua se miren;  
y ellas ufanas pasando  
por la sombra que reciben,  
con blando murmullo lamen  
los troncos y las raíces.  
Es un día puro y diáfano,  
cuanto Diciembre permite  
que en su mustia presidencia  
el sol del invierno brille.  
Alegre, cuanto alegrarse  
es permitido á los tristes;  
diáfano, cuanto la niebla  
á un sol sin fuerza se rinde.  
Y es un pueblecillo oculto  
tras una peña, en que firme  
estriba un alto castillo  
que de protector le sirve.  
Dos esquilonos agudos,  
en disonante repique,  
el toque de medio día  
al aire en calma despiden,  
y en medio están de la plaza  
cuantos hidalgos la viven,  
los sombreros en la mano,  
inclinadas las cervices.  
Las mujeres, apartadas  
sus labores mujeriles,  
esperan devotamente

que los hombres se santigüen.  
Los muchachos, impacientes,  
á hurtadillas se sonríen,  
por más que les amonestan  
los viejos que les imiten.  
En un balcón de una casa,  
que más alto nombre pide,  
por los roídos escudos  
con que sus paredes viste,  
por los vidrios que al sol dejan  
que su interior ilumine,  
y los calados de un arco  
que mal al tiempo resiste,  
hay dos personas que, vueltas  
de espaldas al sol, impiden  
que se alcance desde abajo  
si recen ó si platiquen.  
Una es (con soles por ojos,  
y por labios alielies)  
la más hermosa villana  
que con hidalgas compite;  
*Rosa*, nacida en el campo,  
entre zarzales y mimbres,  
pero á quien ceden vencidas  
las rosas de los jardines.  
Ufanos la engalanaron  
á porfia los abriles  
con cuantas juntaron gracias,  
uno tras otro, hasta quince.  
Diéronla negros cabellos,  
cutis que afronta á los cisnes,  
dentadura igual y enana,  
cuello torneado y flexible.  
Orlan sus párpados blancos  
largas pestañas sutiles,  
coronadas por dos cejas,  
arcos que enojan al iris.  
Cintura escasa, alto pecho,  
pie breve, resuelto y libre,  
y dos manos que semejan  
ramilletes de jazmines.  
Bellísima es la tal *Rosa*,  
por más que el pueblo critique  
el orgullo con que ostenta  
sus encantos juveniles.  
Las mozas, que se recata  
de sus amistades, dicen:  
que es la inconstancia excesiva

con quien desprecia á quien rinde.  
 Las viudas, que es demasiada  
 la libertad con que vive,  
 y muchos los forasteros  
 cuyas visitas admite;  
 y las viejas, de su madre  
 murmuran que las recibe  
 con audacia escandalosa  
 y confianza reprehensible.  
 Mas, Rosa y Brígida en ellas  
 con tan poca cuita siguen,  
 que, si estos murmullos oyen,  
 se deleitan en oírlos.  
 Por eso tan cortesano  
 baja don Bustos Ramírez  
 diariamente á su casa  
 del castillo en que reside.  
 Varón altanero y mozo,  
 afortunado en las lides,  
 cuyas riquezas exceden  
 á lo ilustre de sus timbres,  
 dejó ha poco de la corte  
 la perezosa molicie,  
 las damas voluptuosas  
 y los ruidosos festines,  
 por la calma de sus tierras,  
 donde su presencia exigen  
 los negros ojos de Rosa,  
 que diz que en los suyos viven.  
 Es cierto que se susurra  
 que un mancebo que la escribe,  
 palabra de casamiento  
 tiene de ella, y que es difícil  
 que la renuncie si vuelve,  
 lo que es tal vez muy posible.  
 Mas don Bustos es mancebo  
 de nobilísima estirpe;  
 barón que manda vasallos,  
 á quien escuderos sirven,  
 á quien pajes acompañan  
 y á quien mucho el rey distingue.  
 Es señor de horca y cuchillo,  
 rey en aquellos confines,  
 y á quien plebeyos é hidalgos  
 pecho y homenaje rinden.  
 Y no es otro el que con Rosa  
 sobre el balconcillo sigue,  
 dando á la plaza la espalda

mientras que dura el repique.  
 Al fin, santiguado el monje  
 que el templo del lugar sirve,  
 cada cual tornó á su espera,  
 y á sus requiebros Ramírez.  
 Apoyado sobre el codo,  
 deja que el cuerpo se incline,  
 guardando tras una mano  
 una mejilla invisible;  
 y á favor de esta postura  
 al pueblo curioso impide  
 que le aceche las palabras  
 que á la muchacha dirige.  
 En la expresión inefable  
 con que Rosa le sonríe,  
 bien se ve que, en vez de enojos,  
 satisfacciones recibe;  
 ni menos de sus palabras  
 el castellano se aflige,  
 pues cuanto ella más tolera,  
 más él confiado insiste.  
 El platica; ella le escucha,  
 sin que altanera le esquite;  
 y él más se la acerca osado,  
 cuanto ella oyéndole sigue.  
 Hubo un instante, de aquellos  
 que el amor llama felices,  
 que con el alma se sienten  
 y con el alma se miden,  
 en que los ojos de Rosa  
 tomaron indefinible  
 una expresión que imitaba  
 el gozo en los serafines.  
 Brotáronle de ambos ojos,  
 sobre los puros matices  
 de ambas mejillas, dos lágrimas  
 ardientes, irresistibles.  
 Y apenas aparecieron,  
 cuando rápido Ramírez,  
 secando una con sus labios,  
 así imprudente la dice:  
 —Mañana serás mi esposa.  
 —Señor!  
 —Mañana.  
 —Es posible?  
 —Aquí mi palabra empeño.  
 Mañana es fuerza que brille  
 mi castillo con tus ojos,

con tu hermosura mi estirpe.—

Bajó, esto dicho, á la plaza  
el impetuoso Ramírez,  
y, al monje y al pueblo atento,  
estas palabras dirige:  
«Esta noche, pueblo y valle  
con hogueras se iluminen;  
que redoblen los panderos  
y las campanas repiquen;  
que se remedien los pobres,  
que se consuelen los tristes,  
y todos á mis festejos  
desde ahora se conviden.  
Mis aparadores cerquen,  
mis anchas cubas despiden,  
mis tesoros se repartan,  
y se embriaguen con mis brindis.  
Vasallos, de hoy por tres años  
quedáis de tributos libres,  
y de este modo mis bodas  
se dispongan y publiquen!»

Rompió en aplausos la gente,  
que su largueza bendice,  
y los vivas se redoblan,  
y las gracias se repiten.  
—Dádselas á la hermosura,—  
dijo don Bustos Ramírez,  
señalando á las ventanas,  
de donde ella le despide,  
y aplicando las espuelas  
al negro potro que rige,  
hace que en rápido escape  
al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe,  
agradecida y humilde,  
y Rosa, aun en sus ventanas,  
muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas después,  
ya bien entrada la tarde,  
la tierra entregada en brazos  
de las nieblas impalpables,  
de una lámpara de cobre  
á los rayos desiguales,  
lee Rosa unos pergaminos  
que acaba de darla un paje.  
Pasaban sus negros ojos,  
de orgullo y placer radiantes,

de un renglón á otro renglón,  
sin apenas descifrarles.

Los labios le sonreían,  
y, trémulos dilatándose,  
por lo bajo murmuraban  
sonidos de cada frase.

Una caja de olorosa  
madera tiene delante,  
y de un cordoncito de oro  
pende en su diestra una llave.

Dobló alegre el pergamino,  
y, agradeciendo el mensaje,  
despidió al buen mensajero,  
y á voces llamó á su madre.

Subió la vieja asustada,  
recelosa de algún lance  
que, en parientes ó en amigos,  
la fatal carta anunciase.

Mas, apenas en el cuarto  
puso los pies vacilantes,  
Rosa, cerrando la puerta,  
dijola palabras tales:

—Entrad. Nuestra es la fortuna;  
de contento no me cabe  
en el pecho el corazón,  
ni atino cómo explicarme.—

Brígida exclamó angustiada:

—Por Dios, muchacha, que acabes,  
que tengo el alma en un hilo!

—Esta llavecita la abre.

—Pero, qué se abre?

—Esa caja.

—Válgame el cielo! Diamantes!

—Sí, por cierto.

—Y quién...?

—Es mía.

—Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es...

—Indudable.

Es el regalo de bodas  
que el de Ramírez me hace.

—De bodas!

—Pues si me caso!

—Muchacha, vas á matarme  
con tanto rodeo! Acaba!



—Por Dios, que sois torpe, madre!  
Si la caja es de don Bustos,  
con quién queréis que me case  
sino con él?

—Con tan alto  
varón piensas enlazarte?  
—Qué me falta para ello?  
No son mis ojos bastante  
para que pueda mi frente  
con su corona igualarse?  
No soy hermosa?

—Eso sí.  
—Oh, y no porque yo me alabe!  
Pero si encuentra otra Rosa,  
no digo yo en todo el valle,  
sino en la corte, en España,  
si la encuentra... que se case.—  
Y así diciendo, á un espejo  
de reojo contemplándose,  
desplegaba una sonrisa  
que diera envidia á los ángeles.  
Víala la pobre vieja,  
sin que apenas la bastasen  
para darla entero crédito,  
ni su acción ni su lenguaje.  
Rosa en tanto, alta la frente,  
los ojos de una á otra parte  
inquietos y desdenosos,  
altivos los ademanes,  
despreciando, hosca y soberbia,  
cuanto en torno suyo trae,  
la majestad ensayaba  
que es forzoso que acompañe  
á quien ha de ver un día  
sus vasallos humillarse,  
y hacer á la plebe grupos  
para verla cuando pase.

Después de largo silencio,  
que duró por ambas partes  
cuanto bastó á su esperanza  
para alzar torres al aire  
y amasar en sus adentros  
tan rápidas novedades,  
á Rosa para engreirse,  
á la otra para asombrarse,  
asiéronse de la caja,  
y, dando vuelta á la llave,  
atónitas empezaron

á gustar las realidades.  
Allí ricos brazaletes,  
y diademas y collares;  
allí amatistas y perlas,  
cornalinas y corales.  
Probáronse los anillos,  
las pulseras de brillantes;  
no quedó nada por verse  
ni nada por admirarse;  
todo pareció á propósito  
hecho para aquel instante;  
todo era espléndido y rico,  
nada pequeño ni grande.  
—Esta guirnalda—decían—  
para el día en que te cases.  
—Sí; el collar por la mañana,  
la diadema por la tarde.  
—Linda estarás!

—Ya veréis  
la vez primera que baje  
á visitar á mi pueblo.  
—Hechicera!

—Oh, admirable!  
—Y qué dirán esas ñoñas  
de hidalguillas?

—Dejad que hablen.  
Ya me besarán la mano.  
—Eso sí, por más que rabien!  
—Se arañarán por un dije,  
si yo se le regalase.  
—Mal hicieras.

—Ah, ni un hilo  
para esas villanas, madre!—

Aquí llegaban gozosas,  
cuando oyeron en la calle  
un caballo que en la plaza  
entraba á resuelto escape.  
Paróse á su misma puerta;  
sintióse después el grave  
rechinar de los portones,  
y volver luego á cerrarse.  
Él es!

—Quién?

—Don Bustos.

—Vaya!

—Pronto, salid á alumbrarle!  
Mandad que el potro le tengan,  
que le piensen y descansen.—

Y asiendo la lamparilla,  
 temiendo que el tiempo falte,  
 fuese hacia la puerta Rosa,  
 que hasta la escalera sale;  
 pero antes que al picaporte  
 la linda mano llegase,  
 abriéronla por de fuera,  
 y con pena de hija y madre,  
 entró cubierto de lodo,  
 sangrientos los acicates  
 y armado hasta los bigotes,  
 su pariente Pedro Ibáñez.  
 Quedó estúpida la vieja,  
 tornóle Rosa el semblante,  
 y él, tendiéndola los brazos,  
 dijo: —Yo soy, abrazadme.—  
 Dejó la luz la muchacha,  
 y, del mozo retirándose,  
 replicóle: —Bien venido,  
 pero has llegado muy tarde.

Asentados en silencio,  
 en rededor de la mesa,  
 están Ibáñez y Rosa:  
 él triste, y mohina ella.  
 Rosa, los ojos clavados  
 en el techo, airada muestra  
 el disgusto con que á Ibáñez  
 en aquel punto contempla.  
 Y en vano del bello mozo  
 la vaga mirada inquieta,  
 las miradas de la ingrata  
 porque se encuentren acecha.  
 En vano tras de la lámpara  
 se ampara en la sombra negra,  
 y, la ocasión esperando,  
 lós ojos le reverberan.  
 En vano sobre el asiento  
 se revuelve y se impacienta,  
 haciendo á cada postura  
 que rechine la madera.  
 En vano, desenlazando  
 del almete las correas,  
 sacudió, como al descuido,  
 de la gola entrambas piezas.  
 En vano, al asir la espada,  
 tropezó con las espuelas,  
 y retumbó el aposento

en rápido son de guerra.  
 Rosa, ni por reprenderle  
 ni por saludarle atenta,  
 sobre el mancebo los ojos  
 bajó un instante siquiera.  
 De la habitación en torno,  
 de uno á otro objeto los lleva,  
 cual si fuese inventariando  
 todos cuantos hay en ella.  
 Viga á viga midió el techo,  
 listón á listón la estera;  
 contó al parecer los vidrios  
 de la alcoba y de las puertas;  
 los pliegues de su cintura,  
 las rayas que hay en la mesa,  
 y las líneas que sus manos  
 por ambos lados presentan.  
 Escuchó el silbar del cierzo  
 que revuelve la veleta,  
 el rumor de los que pasan,  
 la bulla de las hogueras.  
 Todo lo que no es Ibáñez  
 parece que la interesa;  
 hasta el son con que la lámpara  
 húmeda chisporrotea.  
 Pero el mozo allí se está  
 y arrobado la contempla,  
 y dos lágrimas de fuego  
 por las mejillas le ruedan.  
 Cansado ya de esperar  
 y desesperado de ella,  
 díjola con voz tan blanda  
 que contestaran las piedras:  
 —Qué es aquesto, vida mía?  
 Rosa, qué mudanza es ésta?  
 Tú, al partirme, me llorabas,  
 y te enojas con mi vuelta?—  
 Rosa callando seguía,  
 y él siguió de esta manera:  
 —Héme aquí que vuelvo honrado,  
 más tal vez que lo merezca,  
 amigo de los valientes,  
 querido en la corte mesma.  
 Pensé merecerte ahora,  
 y he conseguido licencias  
 para casarme contigo  
 y alejarme de la guerra.  
 Rosa callando seguía,

como á quien oír le pesa,  
dando entre las blancas manos  
á los ceñidores vueltas.  
Ibáñez, apenas dueño  
de su rebelde paciencia,  
entre ofendido y colérico,  
aguardaba una respuesta;  
hasta que, viendo que Rosa  
toda agotársela intenta,  
con sordo acento la dijo,  
celosos ojos tendiéndola:

—Si las nuevas que hube tuyas,  
cuerto estimase por ciertas,  
vive Dios que no tornara,  
Rosa ingrata, para verlas!  
Si pensara yo que, imbécil,  
el oro te enloqueciera,  
trajera cuanto mi lanza  
para los cobardes deja;  
y si que ansiabas supiese  
honra de tanta nobleza,  
prendiera yo al condestable,  
y conde ó marqués volviera.  
Pero yo te quise, Rosa,  
aunque altiva, no opulenta,  
y pensé que, por valiente,  
simple hidalgo me quisieras.—

Rosa, á este punto dejando  
el sillón en que se asienta,  
díjole:—Ibáñez, dejemos  
semejantes controversias:  
si te quise y no te quiero...  
—Por Dios vivo...!

—Ten la lengua!

Mañana mismo me caso;  
y, por súplica postrera,  
espero que de este pueblo  
partas esta noche mesma.  
Seré inconstante, traidora,  
liviana... cuanto tú quieras;  
pero lo tengo pensado,  
y estoy, Ibáñez, resuelta.  
—Pero...

—Tu empeño es inútil.

Mi voluntad es aquésta.

—Y tus votos...

—Fueron falsos.

—Y tus caricias...

—Quimeras.

—Y tantos años perdidos  
en ilusiones risueñas!  
Tantos sudores y afanes,  
tantos peligros por ella!  
Virgen santa, yo deliro!  
Qué infernal visión es ésta?  
Porque, á juzgarla posible,  
tanto tiempo no viviera.—

Y así Ibáñez exclamando  
se asía de las melenas,  
desencajando los ojos,  
como á quien sueños aquejan.  
Rosa, la luz en la mano,  
caminando hacia la puerta,  
miraba el dolor de Ibáñez  
con expresiva impaciencia.

En esto, en el aposento,  
la faz amante, risueña,  
el ferreruelo forrado  
de blanca y crujiente seda,  
dorado estoque, y de plumas  
linda gorra en la cabeza,  
entró don Bustos Ramírez  
en apostura altanera.

—Linda Rosa...—dijo;—y viendo  
á Ibáñez que le contempla  
con ojos entumecidos,  
tornó la vista severa.

Rosa, apresurada, dijo:  
—*Es un pariente que llega  
de la ciudad.*—Y don Bustos  
prosiguió así: —Norabuena.  
Seáis, hidalgo, bien venido;  
asistiréis á la fiesta,  
y recibirán mis bodas  
honra con vuestra presencia.—

Tendió al soldado la mano;  
y él, sin mirar lo que hiciera,  
con el recio guantelete  
la suya al barón presenta.  
La asió don Bustos, y dijo:  
—Á no saberlo, creyera  
que fuera, en vez de amistad,  
de reto esta mano prenda.—  
Miróle Ibáñez un punto,  
y en insondable reserva  
velando el gesto, repuso:

—Tomadla como os convenga.—  
Y, tornando las espaldas,  
tomó á oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas  
estrepitoso rumor  
se levanta de don Bustos  
en un inmenso salón.  
Alúmbranle mil bujías  
suspensas en derredor,  
entre guirnaldas de flores  
que hábil mano entrelazó.  
Vistiéronle de tapices  
exquisitos en valor,  
y cubriéronle de alfombras,  
de un califa regio don.  
En ricos aparadores  
remeda la luz del sol  
vajilla espléndida de oro,  
de magnífico primor.  
Rueda el cristal por la mesa,  
y en no interrumpido son,  
gotea de vaso en vaso  
dulce y sabroso licor.  
La fiesta es libre, opulenta,  
porque, pródigo el barón,  
á todo el pueblo de Rosa  
bodega y festín abrió.  
Es cierto que, á los principios,  
el respeto á su señor,  
conteniendo á los vasallos,  
las lenguas les refrenó.  
Mas, al fin, de los manjares  
el succulento vapor,  
la libertad y la audacia  
á los villanos volvió.  
Alzaron desordenados  
una voz sobre otra voz,  
un brindis sobre otro brindis;  
crecía la confusión,  
aumentábase el tumulto,  
y con disorde clamor  
cruzaban de una á otra punta  
osada conversación.  
Ocupaban los hidalgos  
en la parte superior  
escaños de terciopelo  
casi á los pies del barón.

Y éste, más alto con Rosa,  
usaba otro aparador,  
bajo un dosel de brocado  
do se ostenta su blasón.  
Pajes les sirven; doncellas  
les escancian el licor,  
y el contento les atiza  
la insolencia del bufón.  
Al testero de la mesa,  
y en preferente sillón,  
está el capellán sentado,  
y síguele luego en pos  
el ilustre Ayuntamiento,  
en gregüescos y jubón.  
Enfrente, entre otros hidalgos,  
en ademán pensador,  
se ve al serio Pedro Ibáñez,  
que bocado no gustó.  
Hinchados tiene los ojos,  
los cabellos sin olor,  
la espada y la daga al cinto,  
y el duelo en el corazón.  
El resto ocupan sin orden  
los que, de Busto á la voz,  
el mejor sitio encontraron,  
al entrar en el salón.  
Los que en aquél no cupieron,  
acomodarlos mandó  
en otra mesa tendida  
en un largo corredor,  
y allí gritan y disputan,  
harta apenas su ambición  
con los sabrosos manjares  
que devoran sin temor.  
Toda la fiesta es tumulto,  
todo murmullo en redor,  
todo embriaguez y locura  
los vasallos y el señor.  
Y á pesar de los secretos  
con que á la conversaci6n  
dan impulso las mujeres  
murmurando á media voz,  
Rosa está linda, hechicera,  
como jamás se mostró  
caprichosa su hermosura,  
vertiendo gracias y amor.  
Mirándose está en sus ojos  
el fortunado barón,

olvidando ante su amada  
cuanto hasta entonces gozó.  
Y ella, radiante de orgullo,  
alimenta en su ilusión  
los hechizos que la embriagan  
con estudiado primor.  
Con lujosos atavíos  
astuta se engalanó,  
que acrecientan el deseo  
del turbado corazón.  
Guirnalda de blancas perlas  
á sus cabellos ciñó;  
escotado hasta los pechos,  
bordado en oro, el jubón;  
el cuello de marfil orla  
collar de bajo color,  
del que pende de brillantes  
la señal de redención;  
y están sus brazos desnudos,  
cuyo brillo tentador  
ostenta en sus movimientos  
exquisita perfección.  
Don Bustos, á quien anima  
la eficacia del licor,  
decía en son de mandato,  
fuerza añadiendo á la voz:  
—Agotadme las bodegas!  
Que si dejáis, vive Dios!  
una gota, habéis de hacerme  
de todo restitución.  
A eso os llamé á mi castillo  
y á mis fiestas; que, si no,  
conforme me caso solo,  
gozara solo.—Al rumor  
de estrepitosos aplausos  
estremeciése el salón,  
y por sobre el ronco ruido  
así don Bustos siguió:  
—Eh! Don Pedro, mi pariente,  
capitán, qué os hacéis vos?  
Estáis enfermo, ó acaso  
os dijo algún impostor  
que el mayordomo, envidioso,  
mis cubas envenenó?  
Si tal pensáis, os ofrezco  
completa satisfacción.  
Y, á propósito...—Así hablando  
su inmensa copa apuró.

Tornaron las carcajadas,  
los aplausos, y el barón,  
encarado aún con Ibáñez,  
en voz de mofa siguió:  
—Puesto que vos no habéis hecho  
á mis venenos honor,  
os encargo que, si muero,  
me enterréis como á quien soy.—  
Volvieron á los aplausos,  
y á tan tumultuoso son  
asomaron por la sala  
las gentes del corredor,  
que aumentaron el desorden  
preguntando en pelotón:  
—Qué es aquesto?

—Entrad, amigos,—  
don Bustos ronco clamó.  
—Veréis un anacoreta...  
Por la cruz del Redentor,  
capitán, brindad conmigo  
á mi venturosa unión!...—  
Ibáñez la inmensa copa,  
levantándose, tomó,  
mostrando el sombrío gesto,  
más que contento, furor;  
y, afectando complacerse,  
—Brindemos—dijo—barón!—  
Mas don Bustos, atajándole,  
el brindis le interrumpió:  
—Á mi embriaguez de esta noche,  
que me emborracho por dos!—  
Á estas palabras de Bustos,  
de emponzoñada alusión,  
Ibáñez, soltando el vaso,  
cayó, vertiendo el licor.  
—Bravo! Sin haber bebido,  
el sueño le acogió.  
Capitán, voto á mi sangre!  
que sois un mal bebedor.—  
Seguía Ibáñez tendido  
de espaldas en el sillón,  
cogidos todos sus miembros  
de congojoso temblor.  
Mofáronle los villanos,  
el gesto Bustos frunció,  
palidicieron las mozas,  
y, en visible turbación,  
Rosa sobre el blanco pecho

pálida la faz dobló.  
Don Bustos, rompiendo un vaso,  
alzó iracundo la voz:

—Os pesa, por vida mía,  
capitán, mi dicha á vos?—  
Alzóse sobre su asiento,  
y el pueblo entero calló,  
porque los ojos de Bustos  
centellaban de furor;  
temblaba en su escaño Rosa,  
y así decía el barón:

—Brindad, capitán, conmigo,  
á mi boda, ó vive Dios!  
que esta noche mis lebreles  
os desgarran el jubón!—  
Á tan brusco llamamiento  
Pedro Ibáñez requirió,  
poniéndose en pie, su espada  
con semblante tan feroz,  
que oyóse entre las mujeres  
un ay! sordo de pavor,  
y á sus espaldas la turba  
cobarde retrocedió.

Don Bustos Ramírez, puestos  
ambos pies en su sillón,  
la izquierda sobre la mesa,  
que, al recibirle, crujió,  
mirábale de hito en hito;  
y el áspero ahogado son  
que le hervía dentro el pecho;  
el borrascoso color

de sus ojos; la melena,  
que le cuelga en confusión,  
uniéndose con la barba,  
que le cerca en derredor  
todo el rostro, le semejan  
á un formidable león,  
que acecha sobre una roca  
la vida del cazador.

Pedro Ibáñez, frente á frente,  
sin muestras de turbación,  
fijó en sus ojos los ojos  
y á la lid se apercibió.

Pasó un momento angustiado  
en que nadie de los dos,  
con movimiento ó palabra,  
la contienda provocó.  
La turba tenía ahogado

el aliento de terror,  
y de ambos podía oirse  
el latir del corazón.

Al fin don Bustos, en hondo  
gemido, torvo exclamó:  
—Brindad, hidalgo, á mis bodas,  
ú os juro, á mi salvación,  
que en la escarpia de una almena  
os ahorco como á un traidor!—  
Ibáñez, á estas palabras,  
como una tigre veloz,  
saltando sobre la mesa,  
ligero una copa asió.  
De un paso salvando el trecho  
que le aparta del barón,  
—Brindemos—dijo.

—Á esta noche—

Bustos repuso,—á mi amor!

—Á mi cabeza, don Bustos,  
que, clavada en un lanzón,  
os recuerde á todas horas  
toda una noche de amor!

—Es un insulto?

—Es un brindis.

No le aceptáis?

—Sí, por Dios!

Bebed, y aquesa cabeza  
sea la última ilusión  
que alcancen á ver mis ojos,  
de mi féretro en redor.

—Sea!

—Sea!—

Y afirmando  
tan sacrílega intención,  
todo el licor se sorbieron  
de un solo trago los dos.

Está la noche serena;  
melancólica la luna  
reverbera en la laguna,  
y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra  
inquieto el Carrión pasando,  
con limpios hielos orlando  
del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera  
ni césped ni flor ni espiga

que brote á la sombra amiga  
de alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,  
silencio y vapor confuso;  
que en todo el invierno puso  
viudez y esterilidad.

Vése á lo lejos la sierra  
con aparición extraña;  
que en la escarpada montaña  
la nieve esconde la tierra;

Y entre las breñas se escucha  
la ronca voz del torrente,  
cuyo ancho raudal rugiente  
conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastín atento  
resuena el tenaz ladrido,  
oliendo el lobo escondido  
que acecha el redil hambriento.

Al pie de la alta colina  
yace el lugar solitario,  
acogido el vecindario  
al cerro que le domina.

Sobre él el negro castillo  
de don Bustos se columbra,  
del astro de paz que alumbra  
al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas,  
en confusión infernal,  
las cántigas que profanas  
respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,  
con el brindis del barón,  
el seco y discorde son  
del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar,  
con la luz de las bujías,  
mil medrosas fantasías,  
espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores  
radian en la lobreguez  
la movible brillantéz  
de fugaces resplandores.

—

Al pie del áspero muro  
inmóvil en la sombra está,  
contemplando las ventanas  
con desesperado afán,  
torvo el semblante y lloroso,

sin apenas alentar,  
el triste y burlado Ibáñez,  
en insufrible ansiedad.  
Crispados tiene los puños,  
desencajada la faz,  
y el cuerpo todo acosado  
de una convulsión mortal.  
Vése en el húmedo ambiente  
su aliento á veces vagar,  
como sombras que, brotando,  
viven un punto no más.  
Por los espesos bigotes  
filtrando el rocío va,  
y, mojóndolas, sus ropas  
azota el aire fugaz.  
Amante desventurado  
y desdeñado galán,  
está en su mente midiendo  
la infinita eternidad.  
Porque, qué vida le aguarda,  
ni qué vida ha de esperar  
quien no halla en sus negros días  
más que tedio y soledad?  
Tantos sueños de ventura,  
tanta ilusión celestial,  
tanta esperanza engañosa  
perdida en la realidad!  
Tantos afanes por ella!  
Tanto sufrir y lidiar,  
mirando la luz lejana  
de un mentiroso fanal,  
que fué tan sólo el reclamo  
que anunció un puerto falaz,  
para mirarle más cerca  
engañado zozobrar!  
Do están las fragantes flores,  
las bendiciones do están  
con que el amor deliraba  
en la juvenil edad?  
Él fué á la sangrienta guerra,  
como valiente, á buscar  
premio y fortuna de hidalgo,  
de que se sintió capaz.  
Pródigo vertió su sangre,  
de su vida sin piedad,  
por volver ante su Rosa  
digno de su amor fatal;  
y ella en tanto, deslumbrada,

ó acaso liviana asaz,  
 en los brazos de otro dueño  
 se dispone á reposar.  
 Oh, que esas risas confusas  
 que oye, á través del cristal,  
 desde el infame castillo  
 á la atmósfera brotar,  
 le parecen los aullidos  
 con que una turba infernal  
 aplaude atroz los tormentos  
 que alambica Satanás!  
 Ellos celebrando alegres  
 en ruidosa bacanal  
 el bien que en despecho eterno  
 infeliz él llorará!  
 Ellos brindis y cantares,  
 y amor y felicidad,  
 y él lágrimas y dolores  
 que nunca se acabarán!  
 Oh! Y cobarde, aunque ofendido,  
 resignado dejará,  
 aunque él su ofensa no olvide,  
 que la olviden los demás?  
 Mas, qué escucha el desdichado  
 con esa atención tenaz,  
 que hacia adelante tendido  
 al borde del foso está?  
 Los ojos le brotan fuego,  
 creciendo el aliento va,  
 y, atenazados los dientes,  
 déjanle apenas lugar.  
 Calmado el rumor lejano  
 de la impura bacanal,  
 oyóse un canto dulcísimo  
 en el salón murmurar.  
 Era una voz amorosa  
 y de enloquecer capaz  
 al corazón más hundido  
 en torpe incredulidad.  
 Del arpa del trovador  
 al misterioso compás,  
 suena á pedazos, perdido  
 en la distancia, el cantar.

—  
 «Mi vida, Busto, y mi alma,  
 »no tengo en mi mano yo;  
 »no tengo que darte, Busto,  
 »sino cuanta guarda de fe el corazón.

»Yo te le doy todo entero;  
 »vida y alma vuelva á Dios  
 »cuando le plazca, y tú, Busto,  
 »hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron  
 largos aplausos sonar,  
 que estremecieron el aire  
 en prolongada espiral.  
 Ibáñez, como viajero  
 que, harto ya de caminar,  
 se sienta á buscar reposo  
 donde ha de abrirse un volcán,  
 retrocedió de aquel canto  
 al desgarrador compás,  
 despierto á la voz de Rosa  
 su mal adormido afán.

«Dále, ya que está en tu mano,  
 »ingrata! ese corazón—  
 »dijo—y el alma y la vida  
 »que vuelvan torpes á Dios:  
 »dásele, que por un soplo  
 »con que tornaros carbón,  
 »toda el alma y media vida  
 »á Satanás diera yo.»

Y a questo diciendo Ibáñez,  
 en agonía mortal  
 revolcábase en la arena,  
 hiriéndose sin piedad.  
 Lanzaba del hondo pecho  
 bramido tan gutural,  
 tan feroz, que aun á las fieras  
 alcanzara á amedrentar.  
 Y dijeran, escuchando  
 el ruido que haciendo está,  
 que luchaba alguna de ellas  
 con otra en la oscuridad.

Rueda entre tanto la argentina luna  
 del vago cielo en el espacio azul,  
 sombra dejando y niebla que, importuna,  
 mancha y entume su radiante luz.

—  
 La escarcha entre los céspedes se cuaja,  
 deshaciéndose en gotas de cristal,  
 y cada espino que Aquilón rebaja,  
 perlas por fruto transparente da.



En confusa ilusión todo se ostenta  
 en la estéril llanura del país,  
 entre el velo de nieblas que se aumenta,  
 cual pabellón colgado del cenit.

Allá en un valle do la niebla impura  
 tarde se posa, el rápido Carrión,  
 frágil rodando, en soledad murmura,  
 con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua  
 la báquica algazara del festín,  
 torpe tal vez con el licor la lengua,  
 cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido  
 el brindis tumultuoso del barón, [pido  
 con el cantar de Rosa entretenido  
 y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja  
 de alguna sombra la ilusión fugaz,  
 como, al conjuro de andrajosa bruja,  
 el diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibáñez todavía,  
 lanza celoso en iracunda voz  
 los ayes postrimeros de agonía  
 con que se extingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama  
 sanguinosa, alumbrándole al morir,  
 su negra antorcha vigorosa inflama  
 la venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida  
 mil fantasmas de impúdico placer,  
 que embellecen sin fin la ajena vida,  
 la suya desgarrándole á la vez.

La imagen del altivo castellano  
 entre sus sueños por doquiera está.  
 Doquier del sueño, entre el tumulto vano,  
 amor se juran, ósculos se dan.

Doquier en ellos, de su ingrata Rosa  
 la blanca sombra que la esquiva, ve  
 á otra fantasma presentando ansiosa  
 los labios que arden de amorosa sed.

«Maldita!—entonces desolado exclama.  
 Maldita seas, infernal visión!»;  
 y el llanto que en su cólera derrama,  
 la hoguera apaga del antiguo amor.

«Oh! Qué me importa—el infeliz decía,—  
 tarda opulencia y mentirosa prez,  
 si la mitad de la existencia mía  
 nunca con ella dividir podré?»

»Venga el infierno, y por la vida y alma  
 mi venganza me dé, si no mi amor.  
 Por ese instante de sangrienta calma  
 lleve el infierno cuanto fué de Dios.»

Más se espesaba cada vez la niebla,  
 menos radiaba en derredor la luz;  
 el aura de onda oscuridad se puebla,  
 nada se ve del firmamento azul.

Cada orla leve de fantasma errante;  
 cual rayo de relámpago fugaz,  
 creyó Ibáñez que viera por delante  
 la sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,  
 sensible solamente á la visión,  
 como reflejo que sombrío lago  
 de un fuego fatuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida  
 no necesita luz para nacer,  
 cual nube que en el éter va perdida,  
 sin auxilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,  
 no reducido á forma aquel vapor;  
 tal vez en él deformidad y adorno,  
 galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido,  
 por el húmedo suelo al resbalar;  
 mas sintió el corazón, sin el oído,  
 del triste ser la inmediación fatal.

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente,  
 y la ancha mano se inundó en sudor.  
 Razón y ayuda demandó á su mente,  
 y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano á la segura tierra  
el cuerpo que vacila á sostener,  
y, en vez del césped, en sus dedos cierra  
áspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano,  
le abandona á su propia gravedad;  
las palmas hacia sí retira en vano:  
siempre tras ellas el objeto va.

Ásele al fin: le oprime; es una llave.  
Quién en aquellos sitios la perdió?  
Un peregrino, un trovador; quién sabe!  
Tal vez del cinto la perdió el barón.

Ibáñez la guardó. Sinistro y lento  
era su paso, y tardo el caminar;  
parecía que el solo pensamiento  
empujaba á la muerta voluntad.

Él tenía un secreto repentino  
que jamás hasta entonces comprendió;  
sólo en la mente le abortó el destino;  
no lo supo jamás el corazón.

Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,  
que con su mente su intención no va;  
sólo percibe que, al llevar la llave,  
crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente:  
ignora acaso su intención cuál es;  
mas ni duda á la par, ni se arrepiente  
de lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobré el foso oscuro  
en una grieta de la peña está,  
metió la llave, y, recediendo el muro,  
postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibáñez por el muro hendido,  
silencioso, sombrío, audaz, traidor,  
como un remordimiento mal dormido  
entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,  
y entre la lobreguez tornóse á oír  
la voz del aquilón salvaje y rudo,  
y el murmullo apagado del festín.

Quien mirara á Pedro Ibáñez  
ir caminando á deshora  
por las cuevas del castillo  
al resplandor de una antorcha,  
erizados los cabellos,  
la faz amenazadora,  
los pasos desatentados,  
creyérale alguna sombra  
que, alzando de su sepulcro  
la fría y maciza losa,  
de Dios á los vivos trae  
sentencia exterminadora.  
Sus lentos pasos retumban  
por las olvidadas bóvedas,  
y de una en otra perdidos,  
cual gemidos se prolongan.  
En las grietas de las piedras  
las arañas hiladoras,  
al resplandor de la luz,  
los negros cuerpos asoman;  
y á la inflexión de la llama,  
que vacilante y dudosa  
reverbera por los muros,  
que viste tiniebla lóbrega,  
fantasmas de luz se pintan,  
cuya aparición diabólica,  
en el punto que se muestra,  
vuelve á perderse en la sombra.  
En cada rincón oscuro  
en que la vista se posa,  
parece que amedrentadas  
quimeras le desalojan.  
Á cada puerta ó esquina  
que se pasa ó que se dobla,  
parece que allá á lo lejos  
vuelan en fúnebre tropa.  
Todas las manchas y bultos  
rostro y movimiento toman,  
y ya miran, ya amenazan,  
ya ríen, temen ó mofan.  
Visiones descoloridas  
que el alma crédula aborta  
en la niñez, atacada  
de fábulas mentirosas.  
Á pasos lentos Ibáñez,  
caminando incierto, topa  
ancho salón embutido  
de madera hasta la bóveda.

Allí, de pez y de plomo  
 y materias resinosas,  
 inmenso almacén juntaron,  
 que para defensa propia,  
 en tiempos tan turbulentos,  
 precaución ninguna sobra.  
 Como obedeciendo Ibáñez  
 á oculta causa imperiosa,  
 ó de antiguo pensamiento  
 á la fuerza tentadora,  
 debajo los combustibles  
 metió resuelto la antorcha.  
 Brotó la seca madera,  
 espesa, turbia y sonora  
 nube de volátil humo  
 con que el fuego se corona.  
 Cerrando entonces la puerta,  
 Ibáñez, á tientas toma  
 la ruta por donde vino  
 hasta una escalera rota;  
 y en lucha áspera y difícil,  
 asaltando una tras otra,  
 llegó á la torre en que Bustos,  
 señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,  
 circundada á la redonda  
 de un terrado que rematan  
 las almenas protectoras.  
 A su amparo y defendidas  
 de exterior ofensa, toman  
 la luz dos anchas ventanas,  
 que rejas robustas orlan.  
 Corrió Ibáñez á una puerta  
 una barra poderosa,  
 que impide abrirla por dentro,  
 y la faz pálida y torva,  
 asiéndose de una reja,  
 por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas  
 de la multitud curiosa,  
 que, grosera é imprudente,  
 hasta cuando aplaude estorba,  
 en delicioso retiro,  
 Rosa y don Bustos á solas,  
 de sus amores platican  
 en su cámara ostentosa.  
 Ella aparece cual nunca

halagüeña y seductora,  
 suelto el cabello y los lazos,  
 aliviada de las joyas.  
 Él en sus brazos la aduerme  
 en ilusión amorosa,  
 más que nunca embebecido  
 en las gracias que la adornan.  
 Ella en silencio le mira,  
 y las lágrimas le borra  
 que, de amor y de esperanza,  
 de los párpados le brotan.  
 Él los labios encendidos,  
 la mirada borrascosa,  
 que aun turba el licor ardiente  
 cuyos vapores le embotan.  
 Y ella, con ósculos tiernos,  
 templando la abrasadora  
 sed de sus labios, le besa  
 entre osada y ruborosa.  
 Una cortina de seda,  
 que entera cubre la alcoba,  
 vela á los profanos ojos  
 la escena voluptuosa;  
 aunque la luz de una lámpara,  
 cuanto olvidada traidora,  
 trémula dibuja en ella,  
 si no los gestos, las sombras.

Si los ojos de un celoso,  
 cuando las dudas le acosan,  
 pudieran salvar los muros  
 en las alas de su cólera,  
 bien pudieran los de Ibáñez  
 hacer jirones ahora  
 la impertinente cortina  
 en donde atento los posa.  
 Dos barras de la ancha reja  
 ase, que casi las dobla,  
 y los ojos de serpiente  
 se le saltan de las órbitas.  
 Sin perder línea ni pliegue  
 de la tela tembladora,  
 sigue el movimiento fácil  
 de las proyectadas sombras.  
 Y ajenos de aquel testigo  
 Bustos Ramírez y Rosa,  
 sus amorosas caricias  
 en la soledad redoblan.  
 Crujían los blandos besos

en la morada recóndita,  
 y afuera del triste Ibáñez  
 las aspiraciones roncadas.  
 Á cada amante palabra  
 que en el aposento brota,  
 responde en la oculta reja  
 una blasfemia espantosa.  
 Y entre tanto que uno sufre,  
 y libres los otros gozan,  
 doblar se oyó la campana  
 que á fuego y rebato toca.  
 Interrúmpese el placer,  
 y el sufrimiento se corta;  
 y el que antes gozaba, sufre,  
 y el que antes sufría, goza.  
 Al ronco empuje del cierzo  
 que con dobles alas sopla,  
 crece el incendio y revientan  
 las llamas devastadoras.  
 Caen las techumbres de cedro,  
 las almenas se desploman,  
 estrémécense las torres,  
 y se derrumban las bóvedas.  
 Cada sala es una hoguera,  
 cada ventana una boca  
 que humo y resplandor vomita  
 y brama en tormenta sorda.  
 En vano piden de dentro  
 que en su angustia les socorran;  
 en vano aterrados gritan,  
 gimen, blasfeman ú oran.  
 Sordos están cielo y tierra:  
 denso el humo les ahoga,  
 y con el son del incendio  
 sus lamentos se sofocan.

De aquella terrible hoguera  
 á la trémula luz roja  
 se ve de los campesinos  
 la turba triste y medrosa,  
 como viajeros curiosos,  
 que contemplando se asombran  
 una erupción del volcán  
 que fuego y peñascos brota.  
 Y allá del Carrión humilde  
 á la margen de las ondas,  
 Ibáñez también lo mira  
 con indiferencia torva.  
 Apoyado está en un tronco,

asida una mano á otra,  
 y en una almena los ojos  
 que ruína amenaza pronta.  
 Al fin de afanosa lucha  
 desesperada y dudosa,  
 cayó en el foso la almena;  
 y tras de la piedra rota  
 quedó una ventana en donde,  
 como ilusión dolorosa,  
 los brazos al cielo tienden,  
 por la reja, dos personas.  
 No se sienten sus lamentos,  
 ni se alcanza de su forma  
 más que la expresión horrible  
 de su profunda congoja.  
 Llamas voraces les cercan  
 en irresistible tropa,  
 de cuya rabia es inútil  
 implorar misericordia.  
 La inmensa torre rodean,  
 puertas y muros devoran.  
 Y, cómo esperar perdón  
 de quien ni piedras perdona?  
 Una llamarada inmensa  
 la cerró en sus pliegues toda,  
 y se borró para siempre  
 la aparición congojosa.  
 Dejó la ribera Ibáñez,  
 y al despuntar de la aurora,  
 á todo escape, en un potro,  
 valle y castillo abandona.

—  
 Del espléndido palacio  
 que ocupa en Valladolid  
 el rey don Juan el Segundo,  
 ya de su reinado al fin,  
 están recordando alegres  
 su antigua amistad pueril  
 dos bizarrós cortesanos  
 en oculto camarín.  
 Y en el continuo abrazarse,  
 y en el continuo reir,  
 se ve que en hallarse tienen  
 satisfacción infantil,  
 y que cada cual se goza  
 la ajena historia en oír,  
 como en recordar la suya,  
 tal vez triste para sí.

Están en el propio punto  
en que, de entrambas al fin,  
tornan á identificarse  
y su gozo á repetir.

DON RODRIGO

Conque, voto á Belcebú!  
aquel antiguo soldado  
que tanto lidió á mi lado  
por mejor causa eres tú?

IBÁÑEZ

Yo mismo, sin duda alguna;  
aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO

Mucho á entrambos acudió  
compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ

Compáranla á una veleta  
por tan inconstante ser.

DON RODRIGO

Dejara de ser mujer  
fortuna, á no ser inquieta.  
Mas otro abrazo me da,  
que aun dudo si estoy soñando.

IBÁÑEZ

Abrazos te iré yo dando,  
y éste te despertará.

DON RODRIGO

Mas, por Dios, que rico te hallo,  
Ibáñez, y, á lo que veo,  
no ayudó mal tu deseo  
tu lanza con tu caballo.  
Pues, si no me acuerdo mal,  
era tu única riqueza.

IBÁÑEZ

Expatrióse mi pobreza  
merced al favor real.  
Dijeron de mi valor  
no sé qué, y conde me hicieron.

DON RODRIGO

Bien con tu valor cumplieron.

IBÁÑEZ

No, sino con mi favor.  
Debióme la vida el rey  
en Navarra, y no fué más.

DON RODRIGO

Oh! Pues, voto á Barrabás,  
que fueron hombres de ley!  
Y qué hacen, viéndote rico,  
esos parientes hambrientos?

IBÁÑEZ

Don Pedro llaman atentos  
al que llamaban Perico.  
Yo les dispense el cumplido,  
y les abrazo cortés.  
Pídenme, niego, y después  
se van por donde han venido.  
Pero á tí, por vida mía,  
que tampoco mal te fué!

DON RODRIGO

Tanto, Ibáñez, porfié,  
que salí con mi porfía.  
No me tocó, como á tí,  
condado ni valimiento;  
pero en oro puro cuento  
cuanto basta para mí.

IBÁÑEZ

Y á bien que, si la memoria  
de tu ambición no me engaña,  
no te basta toda España.

DON RODRIGO

Aquí paz, y después gloria.  
Poseo lo que me basta  
para tener envidiosos,  
amigos menesterosos  
y una numerosa casta.  
Aturdido me dejaron  
á mi vuelta tales gentes;  
no sé cuándo mis parientes  
así se multiplicaron.

IBÁÑEZ

Y consiguen de su afán...?

DON RODRIGO

Lo que los tuyos de tí.  
Pídenme, niego, y así  
por donde vienen se van.

IBÁÑEZ

Justo! Así, beso por beso,  
y puñada por puñada.

DON RODRIGO

Cual ella me fué obligada  
por mi gente me intereso.  
Pero bien está, y responde:  
En qué tu amor se quedó?  
En humo se disolvió  
con el resplandor de conde?

IBÁÑEZ

El antiguo, hace seis años  
humo es, como bien has dicho;  
que vienen tras un capricho  
un millón de desengaños.  
Pero hoy...

DON RODRIGO

Oyéndote estoy;  
concluye. Por de contado  
que estarás enamorado?

IBÁÑEZ

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO

Será hermosa?

IBÁÑEZ

Como un oro.

DON RODRIGO

Niña?

IBÁÑEZ

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO

Pues ya no la falta más  
que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ

Lo cierto en ello no sé,  
pero en la corte introdujo  
su llegada tanto lujo,  
que casi escándalo fué.

DON RODRIGO

Pues, por Dios, que la fortuna  
no se cansa en tu favor.  
Pero tendrás de su amor  
prendas que...

IBÁÑEZ

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO

Pero rivales un ciento?

IBÁÑEZ

No, por cierto, don Rodrigo.  
Yo sólo soy quien consigo  
finezas y valimiento.  
Es cierto que no hay barón,  
hidalgo, conde ó marqués  
que no rindiera á sus pies  
su fortuna y su blasón.  
No hay trovador ni galán  
que en cantares y torneos  
no se exceda en galanteos  
á Rosa de Montalbán.  
Todos los ojos en ella  
detiene la multitud,  
porque tiene de virtud  
cuanto de rica y de bella.  
Mas ella por importunos  
acredita sus festejos;  
todos los ojos de lejos  
la gozan, cerca ninguno.  
Y te aseguro en verdad  
que, aunque la amo como un loco,  
no estimo, Rodrigo, en poco  
por ello mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,  
Pedro Ibáñez, envidioso,  
y más estoy de orgulloso  
cuanto más feliz te miro.  
Mas quién es esa hermosura  
tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ

No pude tanto saber.

DON RODRIGO

Pues á fe que es aventura.

IBÁÑEZ

Porque nada se concilia  
de haber nacido en la Galia,  
y en Aragón y en Italia  
tener hacienda y familia.  
Su apellido es castellano,  
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO

Y pienso que también es  
hasta francés é italiano.  
Pero, pues es rica y bella  
y os amáis los dos así,  
tanto es ella para tí  
como eres tú para ella.  
Cuando estemos más á espacio,  
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás,  
que ha de venir á palacio.  
Por mujer la he de pedir,  
y esta noche he de saber  
sí puede, y cómo ha de ser;  
que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO

Tan pronto?

IBÁÑEZ

Estoy decidido.  
Tanto en sus ojos me abraso,

que este mismo mes me caso,  
si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO

Prodigio será en lo bello,  
según de perdido estás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás  
y decidirás en ello.  
Entre tanto, hasta después,  
que el rey sale.

DON RODRIGO

Vete en paz.

Y que en verla habré solaz,  
no te olvides.

IBÁÑEZ

Adiós, pues.

Tomó Ibáñez la escalera  
que daba al cuarto del rey,  
sin que Rodrigo los ojos  
un punto apartara de él.  
Doblóse detrás de Ibáñez  
la mampara en la pared;  
el ruido de sus pisadas  
se acabó al fin de perder,  
y aun le parece que le oye,  
que le abraza y que le ve:  
tanto el encuentro de Ibáñez  
fué á don Rodrigo placer.  
Pasaron unos momentos  
en que, perdido tal vez  
en recuerdos deliciosos,  
quedó distraído en pie,  
los ojos en la mampara  
que cerró al salir aquél,  
y una sonrisa en los labios  
de verdad y sencillez.  
Al fin, soltando un suspiro,  
exclamó el rostro al volver:  
—«Por la Virgen, que me alegro!  
Quién lo imaginara de él?»

Por la plaza de San Pablo,  
ya bien entrada la noche,  
del palacio real volviéndose,

van platicando dos hombres;  
y á la luz que reverberan  
dos moribundos faroles,  
aunque no se ven sus rostros,  
sus figuras se conocen.  
Á corto trecho delante,  
y á lentos pasos, recorre  
vía igual una litera,  
seguida de dos hachones;  
y entre las verdes cortinas,  
á los rojos resplandores,  
se divisan dos mujeres  
sentadas en los sillones.  
Atravesaba todo ello  
por la oscuridad informe,  
como de los sueños pasan  
fantásticas las visiones.  
Y en los criados que alumbran,  
y en los oscuros colores  
que viste la comitiva  
de las cortesanas nobles,  
un no sé qué se trasluce  
de rápidas precauciones,  
que todo parece envuelto  
en invisibles vapores.  
Al reflejo de las luces  
se ven los rostros inmóviles,  
los ojos cristalizados  
de los negros servidores.  
Y algún crédulo dijera  
que en tal misterio se esconde  
un cumplimiento severo  
de las celestiales órdenes.  
Mas fuera vano temor  
de la ilusión de la noche,  
porque, entrados en un patio,  
los hidalgos se disponen  
á recibir á las damas  
á quien parece que rondan,  
según del alcázar fueron  
detrás de ellas hasta entonces.  
—Rosa mía!—exclamó el uno,  
prestando en los escalones  
primeros el brazo á una,  
al parecer, la más joven.  
—Estáis, don Pedro, servido—  
ella pronta respondióle,  
abandonando en las suyas

una mano que él recoge.  
—Mi madre consiente en ello,  
y, excusando dilaciones,  
en vos está la tardanza.  
—Por que tal dicha se logre,  
perdiera cuanto poseo.  
Sueño parece esta noche,  
que no he de olvidar jamás.—

Aquí á los anchos salones  
llegaban de su palacio,  
en cuyos ricos primores  
es bien que audaces los ojos  
se admiren cuando se poseen.  
De finísimos tapices  
toda la sala vistióse;  
mullida, en el pavimento,  
alfombra de vivas flores;  
candelabros de oro y plata  
por las mesas y rincones,  
y vajillas y preseas  
doquiera en aparadores.

Rosa y don Pedro, sentados,  
esperaron á que torne  
don Rodrigo, que acompaña  
á la madre desde el coche,  
delante una chimenea,  
cuyos morillos de bronce  
teniendo están, disolviéndose  
en ceniza, medio roble.  
Entre las llamas volubles  
lanzan los rojos tizones  
chispas que, naciendo espléndidas,  
desaparecen veloces.  
El humo elástico asciende  
en espirales deformes,  
despedido por las llamas  
que brotan á borbotones.  
Y por doquiera que el tronco  
lentas ó voraces orlen,  
hierbe la savia que mana  
resistiendo sus furores.  
Entró por fin don Rodrigo,  
y apenas Ibáñez viole,  
tomándole de la mano,  
delante Rosa le pone:  
—Esta es mi esposa—le dijo.—  
Alzó Rodrigo la noble  
frente, y la beldad de Rosa



viendo, en verdad asombróse.  
 Saliéronse del salón,  
 y al cruzar por los portones,  
 á Rodrigo, que le sigue,  
 Pedro Ibáñez preguntóle:  
 —Qué te parece de Rosa?  
 Otra más linda conoces?  
 —Por Dios!—contestó Rodrigo—  
 que no la hay entre los hombres!  
 Y así permitan los cielos  
 que tantos años la goces  
 como ella tiene de deudas  
 á los cielos de favores.

—  
 Era Rosa de célica hermosura,  
 rica de gracias, rebosando amor;  
 trasunto de la esbelta criatura  
 que hizo en el fértil Paraíso Dios.

—  
 Soles los ojos, rosas la mejilla,  
 risa los labios y marfil la tez,  
 donde la calma de la infancia brilla  
 rica, á pesar de juvenil placer.

—  
 No pertenece su hermosura y gala  
 á género, ni siglo, ni país,  
 ni terrena beldad llega ni iguala  
 de la alma Rosa á la beldad gentil.

—  
 Gravita apenas en la blanda alfombra  
 la leve huella del enano pie,  
 y tiene más de vaporosa sombra,  
 de inefable visión, que de mujer.

—  
 Flota el cabello en perfumados rizos  
 al impulso de céfiro fugaz,  
 velando de la espalda los hechizos  
 en voluble y espléndida espiral.

—  
 Cáenla por la mórbida cintura,  
 en grupos que sujeta el cinturón,  
 los pliegues de la blanca vestidura,  
 que agita ligerísima en redor;

—  
 Como las aguas de elevada fuente  
 caen en hebras de líquido cristal,  
 y el aura con mansísima corriente  
 las mece confundidas al bajar.

Doquier que está la delicada Rosa,  
 en la corte, en el baile, en el festín,  
 no hay ojos ni atención para otra hermosa:  
 todo lo absorbe poderosa en sí.

—  
 Por eso pasa solitaria vida  
 en medio de ruidosa sociedad,  
 de las damas sin duda aborrecida,  
 y respetada del amante audaz.

—  
 Y por eso á los pies de sus balcones  
 guardias perennes embozados son,  
 y óyese de estocadas y canciones  
 en alta noche desigual rumor.

—  
 Siempre á sus puertas en misión de amores  
 dueñas y pajes aguardar se ven,  
 ya ramilletes de tempranas flores,  
 ya amorosos billetes á traer.

—  
 Pero nunca se abrió puerta ó ventana  
 ni billete ni flor á recibir;  
 del palacio jamás la soberana  
 canto pagó de trovador gentil.

—  
 Jamás oído de varón dichoso  
 el eco suave de su acento oyó,  
 ni una mirada por su afán penoso  
 gozó de Rosa parecido amor.

—  
 Ninguno supo su pasada historia;  
 nadie el solar en que nació cuál es;  
 nadie de su beldad tiene memoria,  
 nadie pudo á su gente conocer.

—  
 Si algún osado su familia y tierra  
 de sus esclavos á inquirir llegó,  
 el secreto tenaz en que creciera  
 no supo nunca por su propia voz.

—  
 Vagos rumores, misteriosos cuentos  
 corren de ello tal vez en la ciudad,  
 mas posan en tan vanos fundamentos,  
 que apenas nacen cuando en tierra dan.

—  
 Un hombre sólo su palacio abierto,  
 libres sus salas, encontró tal vez,  
 y, de su audacia y su fortuna incierto,  
 pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez sólo de la linda maga  
tocó la mano y escuchó la voz.  
Ibáñez sólo de placer se embriaga,  
cediendo irresistible á la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas,  
velado en la nocturna oscuridad;  
que, cuando ronda sus doradas rejas,  
ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso,  
por un cariño le volvió un desdén;  
porque, con fácil y abrasado beso,  
una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente  
fué don Rodrigo, y admiró su amor;  
solo con él su mercenaria gente  
la fortuna de Ibáñez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera,  
él la idolatra á cada instante más;  
y por desprecio de la corte entera,  
su boda Ibáñez preparando está.

Era una noche de aterida niebla,  
en que refleja tan dudosa luz,  
que entre la sombra que el espacio puebla  
nada se ve del firmamento azul.

En un salón henchido de riqueza,  
un inmenso cercando aparador,  
los vasallos están de más nobleza  
que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,  
damas é hidalgos en el real festín  
brindan y cantan á la ansiada boda,  
mal recatando su despecho así.

Suenan las copas, y las arpas suenan  
con largo y libre interminable son,  
y el aire denso y perfumado llenan  
de blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibáñez de su linda esposa,  
ébrio de amor y de ventura está;  
y cuanto admira la beldad de Rosa,  
crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,  
entre cuyos vapores nada ve  
más que el camino que tras largo empeño  
le trajo de esta noche hasta el Edem.

Rosa se muestra como nunca bella,  
cual nunca Ibáñez por azar la vió;  
aunque hoy encuentra perspicaz en ella  
algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresión incierta  
de una vaga ilusión de otra mujer,  
con cuya oculta realidad no acierta,  
y cuyo tipo conoció tal vez.

Á veces piensa que la faz de Rosa  
no es de su Rosa la continua faz,  
y aun le parece que su frente hermosa  
muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta  
y de los brindis los efectos son.  
Mas su cariño á su ilusión se presta,  
crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza  
más le contenta y satisface más;  
y, aunque ébrio acaso, la razón no alcanza,  
hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento,  
todo en desorden por final quedó;  
y ambos, á paso vacilante y lento,  
van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla  
cruzaba apenas tan dudosa luz,  
que entre la sombra que el espacio puebla  
nada se ve del firmamento azul.

#### CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas  
de la multitud curiosa,  
que, envidiosa ó imprudente,  
hasta cuando aplaude estorba,  
en delicioso retiro  
don Pedro Ibáñez y Rosa,  
enamorados platican  
en el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca  
 halagüeña y seductora,  
 suelto el cabello y los lazos,  
 y aliviada de las joyas.  
 Él en sus brazos la aduerme  
 en ilusión amorosa,  
 más que nunca embebecido  
 en los encantos que adora.  
 Ella en silencio le mira,  
 y las lágrimas le borra  
 que de amor y de esperanza  
 de los párpados le brotan.  
 Él los labios encendidos,  
 la mirada borrascosa,  
 que aun turba el licor ardiente  
 cuyos vapores le embotan;  
 y ella, con ósculos tiernos  
 templando la abrasadora  
 sed de sus labios, le besa  
 entre osada y ruborosa.  
 Una cortina de seda,  
 que entera cubre la alcoba,  
 vela á los profanos ojos  
 la escena voluptuosa.  
 Aunque la luz de una lámpara,  
 cuanto olvidada traidora,  
 trémula dibuja en ella,  
 si no los gestos, las sombras.

Noche de amor y esperanza,  
 que de la modesta esposa  
 queda como blanco sueño  
 para siempre en la memoria!  
 La de Ibáñez, vive Dios  
 que olvidó su vida toda,  
 sus placeres y sus cuitas,  
 su deshonor y su gloria!  
 No hay más pasado en su mente,  
 más porvenir no ambiciona;  
 vendiera por esa noche  
 toda su existencia á Rosa,  
 aunque un frío involuntario  
 todo su cuerpo aprisiona,  
 cual si en sepulcro pudiera  
 convertírsele la alcoba.  
 Algunas veces mirando  
 los ojos de la que adora,  
 creyó alcanzar dentro de ellos  
 alguna imagen diabólica.

Alguna vez, embriagado  
 en su risa encantadora,  
 creyó que los labios puros,  
 tomando distinta forma,  
 mostraban por un momento  
 en negra ilusión dudosa,  
 de un monstruo desconocido  
 la áspera y sangrienta boca.  
 —Qué piensas, Ibáñez mío?  
 Qué mal, dime, te acongoja,  
 que vas el color perdiendo?—  
 dijo al esposo la esposa.  
 Al contemplarla el semblante,  
 su espanto y asombro doblan.  
 É Ibáñez, con ambas manos,  
 entrambos ojos se frota.  
 Ella tornó á su pregunta,  
 y él á su silencio torna,  
 como quien tiene delante  
 un espectro que le acosa.  
 —Qué sientes?

—Oh! Nada, nada;

mas la vista se me borra,  
 los objetos me vacilan.  
 Cielos! Qué es aquesto, Rosa?  
 —Qué dices, que no te entiendo?  
 —Ah! Eres tú, niña? Perdona;  
 mas tal vez mi fantasía  
 se me está volviendo loca!  
 No sé por qué, mas el miedo  
 que de mí se posesiona...  
 Oh, ciégame con tus labios!  
 ven á mis brazos, oh Rosa!—

Echóse en ellos la niña,  
 ansioso Pedro abrazóla;  
 mas, al tocarla, dió un grito  
 como quien espinas toca.  
 —Quemas!—la dijo espantado;  
 y soltándola en la alfombra,  
 se miró el triste los dedos  
 con que sostuvo su forma.  
 Ella seguía diciéndole  
 con sonrisa seductora:  
 —Qué tienes, Ibáñez mío,  
 que cuanto dices me asombra?—  
 Y él, con ojos aterrados,  
 continuaba en su congoja,  
 contemplándola sin habla

en convulsión espantosa.  
 Al fin, con hondo cariño  
 ella las manos le toma,  
 diciendo con voz más suave  
 que el murmullo de las hojas:  
 —Amor mío, vuelve en tí!  
 Yo soy, mírame, tu Rosa;  
 tú me lo has dicho, alma mía!  
 Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.—  
 Sonrió apenas Ibáñez,  
 y medroso preguntóla:  
 —He soñado, no es verdad?  
 Tú me despiertas ahora.  
 —Sí, por cierto, esposo mío;  
 tú me has dicho tantas cosas...  
 tantos delirios... que casi  
 temí contigo estar sola.  
 —Oh, sigue, sigue!... Qué dulce  
 me suena tu voz, hermosa!  
 Sigue.

—Quieres que te cuente,  
 para adormirte, una historia?  
 —Sí, sí; dime cuanto quieras,  
 con tal que tu acento oiga.  
 —Pues escucha, que tal vez  
 se disipe tu congoja!—

Ibáñez, como quien sale  
 de pesadilla penosa,  
 su voz escuchaba atento  
 suave, argentina, sonora,  
 sin acertar á entender  
 la sensación dolorosa  
 que un momento antes le hacía  
 su presencia encantadora.  
 Él recostado en el lecho,  
 ella á su lado en la sombra,  
 esto á Ibáñez le decía,  
 risueña y voluptuosa:

«En un tosco pueblecillo,  
 aunque no recuerdo dónde,  
 vivía un barón ó un conde,  
 que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivía  
 una villana, oh, hermosa!  
 La reina más orgullosa  
 por ella se trocaría.

Rosa, como yo me llamo,

la villana se llamaba;  
 y un pobre hidalgo la amaba  
 tanto como yo te amo.»

Ibáñez, en su embeleso,  
 dulcemente sonrióla,  
 y, besándola en los labios,  
 siguió la niña su historia.

«Vióla el barón cierto día,  
 y, al contemplarla tan bella,  
 ciego de amores por ella,  
 sólo por su amor vivía.

Pródigo la regaló,  
 y tal su cariño fué,  
 que por prenda de su fe  
 su mano la prometió.

Ella, avara ó inconstante,  
 casóse al cabo con él.  
 Fué una noche bien cruel  
 para el olvidado amante!

Éste llegó de la boda  
 el mismo día anterior;  
 alas le prestó el amor...  
 Vana diligencia toda!

De su ventura testigo,  
 sólo él llorando su duelo,  
 no halló para su consuelo  
 un pariente ni un amigo.»

Á estas palabras, Ibáñez  
 embebido interrumpióla:  
 —Tu voz me encanta; mas pienso  
 que es triste ese cuento, Rosa.  
 —Oísele á un peregrino  
 en una sentida trova;  
 mas deja que te le cuente,  
 porque es muy linda la historia.

«Despechado en su aflicción,  
 maldiciendo su fortuna,  
 dejó la fiesta importuna,  
 y, abandonando el salón

En que los brindis doblaban,  
 bajó en su afán amoroso  
 á llorar al pie del foso  
 lo que en la torre cantaban.

Era una noche serena,  
 en que la brillante luna

reflejaba en la laguna  
con la luz de Enero llena.

Todo estaba en soledad,  
velado en vapor confuso;  
que en todo el invierno puso  
huellas de esterilidad.

Hervía el río á lo lejos,  
medroso el viento sonaba,  
y el aire espeso vibraba  
del agua con los reflejos.

El negro y alto castillo  
allá en la sombra se vía  
del blanco fanal que huía  
al resplandor amarillo.

Y aun en murmullo infernal  
lanzan sus rojas ventanas  
las cántigas que profanas  
respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,  
con el brindis del barón,  
el ronco y discorde son  
del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores  
radian en la lobreguez  
la movible brillantez  
de fugaces resplandores.

El amante desdeñado,  
sin poder con su dolor,  
pensó, en su amargo furor,  
en verse, al menos, vengado.

«Por ese breve placer,  
»exclamó—diera al infierno  
»cuanto Dios puso de eterno  
»en mi despreciable ser.»

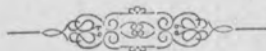
Tembló pavoroso Ibáñez  
á estas palabras de Rosa,  
palideciendo al impulso  
de una sangrienta memoria.  
Y ella, con triste sonrisa,  
entre doliente y sardónica,  
siguió, á los ojos de Ibáñez,  
cambiando su imagen propia.

«Á su sacrilego ruego  
diz que el infierno le dió,  
por el alma que perdió,  
una venganza de fuego.

La torre, á poco, altanera  
brotó llamas de su centro;  
quedó la venganza dentro,  
mas el vengador afuera.

Años esta noche hará  
que el castillo se incendió.  
Media vida el galán dió,  
y ahora mediándose está.»

—Cielos santo!—exclamó Ibáñez  
con voz despechada y ronca,  
arrancándose del lecho  
y de los brazos de Rosa.  
Qué es esto? La luz me falta,  
el ambiente me sofoca...!—  
Y, asiendo de la ventana,  
abrió á un tiempo las dos hojas.  
Entró á tal punto por ellas,  
sonante, negra, espantosa,  
una llamarada inmensa  
que lamió el suelo y la bóveda.  
Corrió á la puerta, y en vano  
con ímpetu sacudióla;  
por fuera la sujetaba  
resistencia poderosa.  
Tendió desolado y triste  
los ojos, y allá en la alcoba  
vió sentada sobre el lecho,  
prendiendo fuego á las ropas,  
una aparición horrible,  
que en su vacilante forma  
mostraba al par su contorno,  
mitad monstruo y mitad rosa,  
y, al son de la ardiente llama,  
en voz le decía cóncava:  
—Alma entera y vida media!  
El alma la tengo toda:  
diez años eran de vida,  
y están mediándose ahora.





# LA COPA DE MARFIL

ESPECTÁCULO TRÁGICO EN TRES PARTES







## PERSONAJES

---

ROSMUNDA.

ALBOINO.

BRENILDA.

RODIMIRO.

BUCILIO.

Soldados y esclavos.

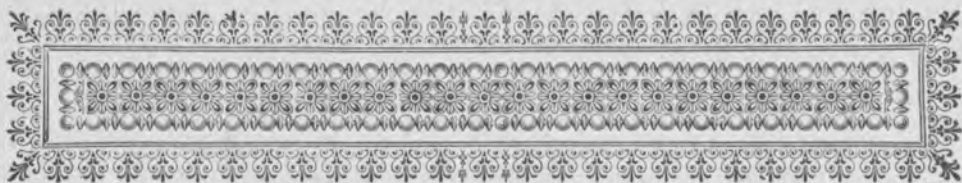
---

*La escena en Verona el año 573 de Jesucristo*

---

---





# LA COPA DE MARFIL

## PARTE PRIMERA

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas, que sirve en el primer acto

### ESCENA PRIMERA

BRENILDA

*(Aparece mirando con circunspección por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festín, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representación.)*

Aun dura su festín. Cuán fácilmente olvidan su peligros y desastres esos guerreros que lo mismo se hartan de generosos vinos, que de sangre! Cuán fácilmente su garganta trueca los ahullidos de guerra formidables y sus lamentos bárbaros de muerte en alegres y báquicos cantares! He allí al rey Alboino... Oh! Bien querrían otro nombre mejor mis labios darle, mas sonar debe solo en sus oídos tan delicioso título... En las reales cámaras nada más, en las tranquilas nocturnas horas, cuando todo yace

sepultado en el sueño y el silencio, y oírnos nombre tal no pueda nadie. Ciegos en derredor todos los ojos tienen que estar para esto; los pilares de esta estancia no más tal nombre escuchan cuando en murmullo de mis labios parte, y de su labio real otro tan dulce como el que yo le doy en pago sale... mas seguros que el eco de ambos nombres de la cámara real se ahoga en el aire... Y mientras, ay de mí! sólo me es dado vagar en torno de él; pasar, mirarle, oír su acento, contemplar su rostro, servir su copa y á sus pies sentarme, cual blanca sombra del amor perdido, casto recuerdo de adorada imagen, sin que ese nombre dulce en mis oídos suene jamás en público... Quién sabe? Tal vez un día por la vez primera sonará, y para siempre mi linaje, mis derechos, mi amor, mis sufrimientos al universo todo haré palpables. Tal vez... Mas él también á la derecha del rey está. Cuán bello! En sus brillantes

pupilas, en su rostro todo entero  
se revela el placer que halla en mirarme.  
(*Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detrás de ella.*)

Y sus ojos no más me ven ahora;  
nadie más que él me ha apercibido. Oh! Vale  
para mí esta mirada hurtada á todos  
la mitad de mi vida... Idolatrarle  
puede no más mi corazón. Le adoro;  
sí, le amo, y me extasio contemplándole.  
(*Mira con precaución levantando el tapiz.*)

## ESCENA II

BRENILDA y ROSMUNDA

ROSMUNDA

(*Aparte.*)  
Qué dice? Le ama? Á quién? Dónde sus ojos  
se fijan? Quién es él...? Si más sagaces  
que los suyos los míos, el objeto  
de su amoroso arrobamiento hallasen!  
(*Mira por detrás de Brenilda.*)  
Cielos, es él! Es Rodimiro... El vaso  
alza al rostro... Sí, sí; para ocultarme  
su clara turbación, porque tras ella  
aparecer ha visto mi semblante.

BRENILDA

Mas ha palidecido de repente;  
no me quiere mirar!

ROSMUNDA

Niña, qué haces?

BRENILDA

Ay!

ROSMUNDA

Silencio! Que otro ay involuntario  
no llame su atención...

BRENILDA

Señora.

ROSMUNDA

Apártate  
del círculo á que alcanzan sus miradas,  
y respóndeme: Qué es lo que te hace  
tan arrobada estar ante esa puerta?  
Qué hay en la mesa del festín que llame  
tan fuertemente tu atención? No has visto  
nunca en palacio fiesta semejante?  
Nunca vistes al rey sus nuevos triunfos  
celebrar en la mesa con sus grandes  
y sus guerreros? Dí? Ó es que hay entre ellos  
quien tu liviano corazón ablande  
con el osado fuego de sus ojos?

BRENILDA

Qué, á ser eso verdad, tan mal lo halláreis  
que así lo preguntáis, airado el gesto,  
trémula...

ROSMUNDA

Á ser verdad? Vas á negarme  
lo que escuché yo misma de tu boca,  
«le amo, le adoro?»

BRENILDA

Dios! Eso escuchásteis?

ROSMUNDA

Sí; y las miradas de sus ojos fijas  
sobre los tuyos sorprendí. Turbarse  
no le vistes? Llevar el vaso al rostro  
tras de su áureo metal para ocultártele?  
Pues fué porque detrás de tu cabeza  
vió la mía en la sombra dibujarse.

BRENILDA

Sí; todo ahora lo entiendo.

ROSMUNDA

Ahora lo entiendes?

Y el vil secreto que pasar dejaste  
de tu pecho á mi pecho, has comprendido  
hasta dónde, infeliz! puede llevarte?  
Si el rey lo comprendiera!

BRENILDA

Siempre...! Siempre

en mi mayor tormento se complace  
 vuestro vil corazón... Siempre, doquiera  
 persiguiéndome váis, váis espiándome,  
 contándome los pasos que camino,  
 interpretando de mi voz las frases,  
 exprimiendo los mismos pensamientos  
 que aun á palabras no reduje; echándome  
 al rostro sin piedad mi desventura,  
 de mi misma virtud haciendo ultraje,  
 de mí pobre esperanza una por una  
 sin compasión las flores deshojándome.  
 Hasta cuándo, señora, este suplicio  
 ha de durar? Sin nombre me dejásteis,  
 sin mil derechos que al nacer obtuve,  
 cuando á la luz me dió mi regia madre.  
 Cuanto era mío, vuestro fué; nacida  
 bajo de real dosel, de reyes traje  
 noble y justa altivez, sin recordaros  
 los vasallos, los bosques, las ciudades  
 que pasaron á vos... y con todo ello  
 ofrenda os hice y os rendí homenaje.  
 Él os amó y me dijo: «Me interesa  
 que el trono rindas, que tu nombre calles,  
 que no entienda tu ser hombre nacido,  
 y olvidada de tí por otra pases.»  
 Y olvidada de mí pasé por otra;  
 mi nombre ni mi ser no entendió nadie,  
 y naciendo señora, me hice esclava  
 de quien necio adoró mi ciego...

ROSMUNDA

Infame!

Que no salga jamás de tu garganta  
 ese nombre fatal, y al reclamarle  
 si te atreves un día, ve, contempla  
 el abismo que cava inmensurable  
 entre tí y Rodimiro; porque es ése  
 el soplo que mantiene el fuego que arde  
 en tu pecho, Brenilda, ese es el ídolo  
 á que elevó tu corazón altares.

BRENILDA

Por compasión, callad!

ROSMUNDA

Oh, te amedrenta  
 que le conozca...! Pero qué, más grave  
 será por ello tu torpeza? Al cabo

es bizarro, galán, cortés, afable,  
 el escudo y sostén de Lombardía,  
 el trono con el rey divide casi.  
 Oh! Has elegido bien! No habrá en Italia  
 quien descontento tu elección te tache.  
 Luego es joven y hermoso; en rubios rizos  
 larga madeja de cabellos cae  
 sobre sus anchos hombros; sus pupilas  
 radian cual radia en la serena tarde  
 entre purpúreo pabellón de nubes  
 el sol, tras la montaña al ocultarse;  
 su sonrisa es más grata que el aroma  
 de la flor que en Abril temprana nace,  
 y es más grata su voz que el son tranquilo  
 con que murmura el aura entre los árboles.  
 Oh! Has elegido bien! Cuántas matronas  
 más expertas que tú, sus gracias trisen  
 esculpidas en su alma; cuántas dieran  
 muchas horas de amor, muchos galanes  
 tiernos, enamorados, generosos  
 de su amorosa fe por un instante;  
 y tú casi en la infancia, al linde apenas  
 del campo de la vida, la red frágil  
 le tiendes de tu amor... Tal vez á solas  
 con falsas esperanzas le persuades,  
 le ofreces...

BRENILDA

Basta ya; tened la lengua,  
 que me avergüenza oír palabras tales  
 en vuestra boca real; y una sospecha  
 siento al oiros en mi pecho alzarse  
 que os hace tan odiosa ante mis ojos  
 cuanto si al rey...

ROSMUNDA

Silencio, miserable!  
 Qué es lo que osas pensar?

BRENILDA

Lo que no osara  
 si vuestra misma voz no me obligase  
 á concebir desde hoy.

ROSMUNDA

Tus celos sólo  
 inspirártelo pueden.

BRENILDA

Tal vez margen  
para ellos me han dado otros.

ROSMUNDA

Insensata,  
calla, y tu crimen á ninguno achagues!  
Tú te atreves á amar? Sabes quién eres?  
Ignoras que á morir puede llevarle  
vuestro amoroso y criminal secreto?

BRENILDA

Nuestro? Mío no más; él no lo sabe.

ROSMUNDA

No lo sabe?

BRENILDA

Jamás osó mi labio  
ni aun dirigirse á él.

ROSMUNDA

Ah, no me engañes.  
Brenilda, de ese amor...?

BRENILDA

Vive el misterio  
sólo dentro de mí.

ROSMUNDA

Cómo probarme  
lo que dices podrás, si yo te he visto  
una vez y otra vez fija mirarle,  
y á él por encima del dorado vaso  
sus ojos elevar para mirarte?

BRENILDA

Errado habrán mis ojos, mas mi lengua,  
mi corazón son puros; ni faltarme  
jamás á mi decoro tanto pude,  
por más que mi cariño me extraviase;  
que yo jamás olvidaré, señora,  
lo que me debo á mí, y aunque se rasgue  
mi corazón de mi dolor al ímpetu,  
devoraré en silencio mis afanes,  
y sabré descender á mi sepulcro  
víctima del dolor, mas no culpable.

ROSMUNDA

Tan severa virtud en tu alma joven  
con tan firme pasión á un tiempo cabe?

BRENILDA

Cabe, sí; y pues que vos la comprendísteis,  
si él la entiende á su vez (que acaso es fácil),  
al mismo rey declararé sin miedo  
mi pasión...

ROSMUNDA

Ay de tí si tal osares.  
Brenilda, ese secreto es tu sentencia,  
y sólo vivirás mientras le guardes.

BRENILDA

Quién es esta mujer, sagrados cielos,  
que por doquiera á detenerme sale,  
que á todas partes con furor me sigue,  
doblando mi dolor en todas partes?  
Conque no hay para mí paz ni reposo?  
No hay piedad para mí? Fuerza es que cave  
mi tumba gota á gota con mis lágrimas,  
y paso á paso hasta mi tumba baje,  
empujándome vos paso tras paso,  
cuanto amo y cuanto espero arrebatándome?

ROSMUNDA

Te ciega tu pasión; yo sólo quiero  
por el camino de tu bien guiarte,  
purgándote de necias ilusiones,  
harto indignas de tí... Pero ya salen  
del banquete... Esas lágrimas enjuga,  
y á servir á tu rey, pronto prepárate  
la última copa del festín; es honra  
que te dispensa siempre, ya lo sabes.

BRENILDA

Qué me valdrá, ay de mí! secar los ojos,  
mientras el corazón lágrimas mane?

ROSMUNDA

Hola, esclavos! Las lámparas difundan  
la necesaria luz.

BRENILDA

(*Aparte.*) Oh cielo, ampárame!

ROSMUNDA

Le ama... Y cuánto! Oh furor! Y torpe acaso en mi alma la dejé que penetrase dándola un arma contra mí...! No importa. Yo sabré para siempre separarles, yo haré que entre los dos un muro inmenso, inaccesible á entrambos se levante.

—

### ESCENA III

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA,  
BRENILDA y BUCILIO

ALBOINO

Bien lo hemos hecho, por quien soy! Y espero que no se quejarán de nuestro trato esos romanos viles que nos tienen por salvajes estúpidos y bárbaros.

BUCILIO

Lobos son nada más, que ahullan cobardes al verse en nuestras redes entrampados.

ALBOINO

Lobos! Tienes razón!

BUCILIO

Qué ojos pusieron sobre las mesas al mirar rodando los vasos de oro de sus templos!

ALBOINO

Era convidar á el banquete necesario á esos altivos ricos, cuyo miedo puede á Italia tranquila conservarnos. Y aunque acaso completo no hallarían el servicio á que están acostumbrados, tuvieron que comer, tuvieron vino, y se fueron con vida.

BUCILIO

Ya las manos me hormigueaban á mí, viendo sus gestos y melindres.

ALBOINO

Pardiez! Ya se marcharon, y cumplimos con ellos bravamente.

BUCILIO

Eso sí, cual quien somos nos portamos.

ALBOINO

Harto hacemos dejándoles la vida, puesto que ya vencidos son esclavos. En fin, ahora nosotros lejos de ellos, sin ceremonias necias concluyamos nuestro festín como acabarlo deben húngaros valerosos y lombardos.

(*Á Rosmunda y Brenilda.*)

Hola! Aquí estáis vosotras?

ROSMUNDA

Tus costumbres sabiendo, todo aquí te lo aprestamos.

ALBOINO

Muy bien; esos imbéciles me han hecho tragar sin reflexión vaso tras vaso con sus rondas y brindis... Y esos vinos de Italia, al paladar me son tan gratos, que á no ser yo quien soy, fuera de tino me pusiera tal vez.—Ea! Sentáos, capitanes, aquí; todos en torno mío, y como partimos en el campo las lanzadas y golpes, la alegría con mano franca por igual partamos. Rosmunda, tú también; y tú, Brenilda, sírveme á mí; á vosotros mis esclavos, que estas manos son haces de azucenas y á un rey sirven no más. Ea, bebamos.

BUCILIO

Mas por los cielos, Rodimiro, creo que tu copa no apuras.

ALBOINO

(*Con desdén.*) Extasiado en amoroso arrobamiento ha días anda.

RODIMIRO

Alboino...

ALBOINO

De tu mismo labio  
lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora  
que lo miro mejor, oh desdichados  
(*Mirando á Brenilda y Rodimiro.*)  
de vosotros si es cierto! Esa memoria  
me recuerda... Brenilda, tú has llorado.  
Rodimiro, ay de tí si me has mentido.

RODIMIRO

Yo mentir, Alboino!

ALBOINO

Calla. Cuando  
su mano á demandar te has atrevido,  
que ella estaba ignorante me has jurado  
de tu insensato amor.

RODIMIRO

Sí, y estoy pronto  
á volverlo á jurar; nunca llegaron  
á sus oídos mis palabras.

ALBOINO

Cómo  
la he visto, pues, el rostro adelantando  
detrás de ese tapiz mientras comíamos,  
y cómo la volvías al soslayo  
sus furtivas miradas?

BRENILDA y RODIMIRO

Cielos!

ALBOINO

Todo  
lo penetran mis ojos, insensatos.  
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo  
á perdonarte amor tan temerario,  
mientras es sentimiento que escondido  
hierva en tu corazón; pero si osado  
redujiste á palabra el pensamiento  
para ponerle en sus oídos castos,  
te juro por el cielo que nos cubre  
que mueres esta noche.

BRENILDA

Cielos santos,

hay más duelos aún! Señor, yo os juro  
por cuanto respetéis por más sagrado,  
que no me habló jamás.

RODIMIRO

Rey Alboino,  
tú me conoces bien; yo he peleado  
largo tiempo por tí; sabes mi esfuerzo,  
sabes que mis consejos y mi brazo  
te han servido con honra, y há bien poco  
la Italia á conquistar te han ayudado;  
pues bien, yo me he creído con derecho  
para aspirar á galardón tamaño.  
La he visto, la he amado; he acudido  
á aquel que la guardaba, imaginando  
que quien era el segundo de su reino  
merecerla podría.

ALBOINO

Te ha engañado  
tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora  
que tu lombardo brío amancillando,  
has aprendido á hacer largos discursos  
en la lengua servil de los romanos.  
En Hungría pidieron siempre tierras,  
castillos ó riquezas los soldados  
en premio del valor, mas no mujeres.  
Y si pensaste alucinarme acaso  
con largas peroratas en la lengua  
de la vencida Italia, esfuerzos vanos  
para lucir tu ciencia de hoy excúsame;  
porque á mí esos discursos estudiados  
y esas floridas frases, ni me mueven  
jamás, ni me convencen, al contrario,  
me provocan á risa, porque creo [nos;  
que donde hay mucha lengua hay pocas ma-  
y porque tengo oídos para húngaros,  
mas para perros de la Italia, látigos.

RODIMIRO

Castiga, pues, con ellos á tus perros,  
mas no amagues con ellos á lombardos  
como yo.

ALBOINO

Como tú? Me inspiras lástima  
y desprecio no más. Méritos altos  
recuerdas de valor? Ya lo has perdido.



Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,  
 hoy bajo el cielo de la torpe Italia  
 envilecido te has; lo están mostrando  
 los perfumados rizos de tu crencha,  
 tu esmerado vestir, tu afeminado  
 porte, en fin, tu afición á los placeres  
 y el amor de quien cedes al halago.  
 Mas la mujer sobre la cual tus ojos  
 te atreviste á poner, á más bizarro  
 y fuerte corazón está ofrecida;  
 porque tal cual la ves, es noble tallo  
 de una rama arraigada en regio tronco  
 y con sangre real fecundizado.

RODIMIRO

Yo nunca pregunté para adorarla  
 qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo  
 títulos á tu casa; la ví en ella,  
 y me bastó encontrarla en tu palacio  
 para tenerla en mucho; ni es justicia  
 que por vivir su origen ignorando,  
 en tu casa me insultes.

ALBOINO

Rodimiro,

basta de arengas ya; tú has provocado  
 mi lengua, y la solté; si te ha ofendido,  
 súpelo; tu rey soy, tú mi vasallo;  
 y en cuanto á ella, que comprendas basta  
 que para tuya no nació. Bebamos.

RODIMIRO

Entonces, dame de tornar á Hungría  
 licencia.

ALBOINO

No haces falta en mis estados;  
 cuando te plazca vuélvete.

ROSMUNDA

Alboino;

considera, señor, que largos años  
 te sirvió con honor; que fué tu amigo,  
 y si osó contrariarte, sabrá manso  
 olvidar ese amor.

RODIMIRO

Nunca.

ALBOINO

Rosmunda,  
 tú también (lo sospecho) te has pagado  
 de su hermosura juvenil? Que parta  
 por no volverle á ver sientes acaso?

ROSMUNDA

Alboino!

ALBOINO

Rosmunda, te conozco;  
 mas con ventajas tus traiciones pago,  
 y por muchas que me hagas, ya te llevo  
 una bien extremada de adelante.  
 Mas, qué digo? Perdona las bravatas  
 de unos celos imbéciles. Bebamos.  
 Toma, Bucilio; Rodimiro, toma;  
 y necias disensiones apartando,  
 tú aquí en mi copa de marfil, Rosmunda,  
 conmigo beberás. Ya sabes que hago  
 de esta copa alta estima, y que con ella  
 concluyo siempre mi festín diario;  
 y en la corte, en la caza, en la campaña,  
 siempre me sirvo de ella.

ROSMUNDA

Lo he notado.

ALBOINO

Hondo misterio en su labrada taza  
 consignó mi poder, y ha tiempo largo  
 que mis labios no más llegan á ella.  
 De mi injusto rigor en desagravio  
 hoy te la ofrezco; *bebe pues, Rosmunda,*  
*que con tu padre bebes.*

ROSMUNDA

Eh? No alcanzo  
 lo que me dices. Con mi padre bebo?

ALBOINO

Con su memoria, sí. De un sorbo acábalo.

ROSMUNDA

Sea.

ALBOINO

Así trato á los que en mucho estimo.

ROSMUNDA

Gracias.

ALBOINO

Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.

(*Alboino váse, llevando por delante á Brenilda, y siguiéndole Bucilio; Rosmunda y Rodimiro quedan cada uno á un lado de la escena.*)

## ESCENA IV

ROSMUNDA y RODIMIRO

ROSMUNDA

Esa risa feroz... me ha estremecido...  
Sí, alguno encierra pavoroso arcano  
que no comprendo bien! Siempre la suelta  
al complacerse en algún mal.

RODIMIRO

Salgamos  
de este palacio, en que el vapor se aspira  
del crimen.

ROSMUNDA

Mas quién osa...?

RODIMIRO

Ya me aparto;  
perdonad...

ROSMUNDA

Rodimiro... Aquí qué esperas?

RODIMIRO

No espero; parto. Adiós!

ROSMUNDA

Tente; los pasos  
del rey no sigues?

RODIMIRO

No. Para mis plantas  
se abre el camino por opuesto lado.  
No haces falta, me ha dicho, conquese nada  
me resta ya que hacer en su palacio.

ROSMUNDA

Palabras que á un amigo se le dicen,  
tal vez en un colérico arrebató,  
mas que se olvidan luego.

RODIMIRO

En mi memoria  
quedarán indelebles, y en el campo  
volvérse las espero en algún día  
con la misma arrogancia.

ROSMUNDA

Conque tanto  
amas á esa mujer, que por negártela  
le aborreces así?

RODIMIRO

Sí, la idolatro.

Por la esperanza de lograrla un día  
me uní á Alboino, combati á su lado,  
le ayudé en sus tiránicas conquistas,  
testigo de sus crímenes nefandos;  
mas hoy que me la niega, hoy que se apaga  
mi esperanza, el ambiente emponzoñado  
no quiero respirar con que él respira,  
y en verme su enemigo me complazco.  
Voy, de la suya, á dividir mi gente,  
y á partir de Verona; pero aguardo  
volver dentro de poco á su presencia,  
á pedir, con las armas en la mano,  
lo que tal vez á mis servicios debe.  
Y, ay de él entonces!

ROSMUNDA

Cálmate, oh gallardo  
capitán!

RODIMIRO

Ah! Calmarme cuando pierdo  
en sólo un punto cuanto espero y amo?

ROSMUNDA

Pues esperas en balde; esa doncella,  
nacida en regia cuna, y al cuidado  
de Alboino encargada por su padre,  
sólo se debe unir en puro lazo

con quien ciña corona y cetro empuñe,  
cual conviene á su origen soberano.

RODIMIRO

Pues bien, hablad; cuál es? Quién es su padre?  
Dónde tiene su imperio? En qué apartado  
rincón del mundo reina? Iré á buscarle,  
y ambas rodillas á sus pies doblando,  
le pediré á Brenilda.

ROSMUNDA

Y rey no siendo,  
con qué derecho pedirás?

RODIMIRO

Soldados  
tengo y tierras; soy noble, y atrevido,  
y avezado á la guerra; el mundo es ancho,  
y nunca un sitio en donde alzar un trono  
me ha de faltar, si con el trono pago.

ROSMUNDA

Oh, y lo mereces!

RODIMIRO

Ah! Vos de mi parte...

ROSMUNDA

No, por mi vida, no; te has engañado.  
Yo de tu parte en tu amor ciego? Nunca;  
primero el corazón me harán pedazos.

RODIMIRO

No acierto á comprender...

ROSMUNDA

Pues... no lo oíste?

«Y tú también, Rosmunda, te has pagado  
de su hermosura juvenil? Que parta,  
por no volverle á ver, sientes acaso?»  
Él mismo te lo dijo, él, Alboino...  
Pues bien, dijeron la verdad sus labios.  
No partirás; delante de mis ojos  
quiero tenerte siempre, porque te...

RODIMIRO

Harto  
habéis dicho, señora, y si la mente

con pensamiento tal habéis manchado,  
y el torpe corazón con tal deseo,  
la lengua no manchéis, ciega, explicándolo.  
Ea, partir dejadme; me avergüenza...

ROSMUNDA

Qué, infeliz!

RODIMIRO

El haberos escuchado.

ROSMUNDA

Y el haberme entendido?

RODIMIRO

Sí, Rosmunda.

ROSMUNDA

Pues es secreto que vender no trato  
sino á precio subido, y pues lo sabes,  
piensa que fuerza te será pagármelo,  
porque al pasar de pensamiento á dicho,  
fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.

RODIMIRO

Las amenazas y el amor desprecio  
de quien no sea Brenilda.

ROSMUNDA

Mentecato;

Brenilda, como tú, víctima mía,  
en mi poder está... Mas concluyamos.  
Yo el desamor á perdonar me avengo,  
pero el desprecio no; y pues ocultarlo  
no supe de Alboino, hoy ya á todo  
por mí me atrevo, y por tu amor lo abarco,  
y en punto tal el mundo pondrá inútiles  
á mi venganza ó á mi amor obstáculos.  
Mujeres como yo no se desprecian  
en vano, Rodimiro; y si yo cambio  
los nombres de los dos cuando esta escena  
revele, y este amor en que me abraso  
te lo atribuyo á tí, burla, desprecio  
de Brenilda serás, del vulgo escarnio,  
objeto de la saña de Alboino,  
y su víctima luego en el cadalso.  
Todo de un solo golpe te lo quito,  
toda de un soplo tu esperanza apago.

RODIMIRO

Basta, infernal mujer! Digna te miro  
de tu real esposo; á un amor casto,  
cómo puede ayudar quien parte el lecho  
con un monstruo como él?

ROSMUNDA

Mas de sus manos  
puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas  
para morir, y piénsalo despacio,  
que yo te necesito amante ó muerto,  
y si no cedas al amor, te maño.

RODIMIRO

Moriremos los dos.

ROSMUNDA

Tú me amenazas?

RODIMIRO

Sí; fías en tí misma demasiado,  
y esperas de Alboino lo que juzgo  
que ya no lograrás.

ROSMUNDA

Piensas acaso  
que quien me debe la corona...?

RODIMIRO

Pienso  
que hay dos hombres en él, distintos ambos,  
el marido y el rey; y éste del trono  
que le usurpó á tu padre asegurado,  
cuando pueda saldrá de tí el marido  
que bebe en esa copa.

ROSMUNDA

Habla más claro.  
Qué me quieres decir? Tú en esa copa  
conoces el misterio consignado?

RODIMIRO

Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho  
en tu cámara misma revelándolo;  
pero ya que me dices «ama ó muere»,  
oye, Rosmunda, y tiembla contemplando

qué es lo que puedes esperar del hombre  
con quien casada estás... mas ve si acaso  
pueden de sus oídos al alcance  
mis palabras salir.

ROSMUNDA

(Cierra las puertas.) Dí confiado;  
pero sé breve.

RODIMIRO

Escucha, pues; tú sabes  
que el casarse Alboino contigo, solamente  
fue por asegurar con tal enlace  
la usurpación tirana de este reino  
que á tu padre quitó.

ROSMUNDA

Sí; mas no sabes  
que yo para mi amor ganarle supe,  
y que me amó después?

RODIMIRO

Sí; mas es fácil  
que ignores tú que amaba á Clotosinda  
también, y al meditar que desposándote  
tu trono aseguraba, en unas hierbas  
la dió la muerte.

ROSMUNDA

Sí; pero no sabes  
que hasta el amor que profesó á los hijos  
de Clotosinda, al mío en homenaje  
rindió, y al buen Comundo á ruegos míos  
perdonó, y aun logré que le amparase  
en vez de perseguirle, y á la sombra  
de su amparo vivió.

RODIMIRO

Sí; mas no sabes  
la muerte de tu padre el rey Comundo.

ROSMUNDA

Oh! La supe después; el miserable,  
no pudiendo sufrir verse vencido,  
espiró en Lombardía... Mas, cuál trae  
todo eso relación con el misterio?

RODIMIRO

Ah, me das compasión! Inmenso te abre un abismo á los pies ese Alboino de quien esperas que te atiende en balde, y en vano juzgas conocer, en vano fías en tu poder un solo instante.

ROSMUNDA

La corona me debe, y todavía como en esos balcones me asomase gritando: «Guerra», como tigres vieras levantarse en mi nombre mil parciales.

RODIMIRO

Llámalos, pues, y si saldrán veremos de las sangrientas urnas en que yacen.

ROSMUNDA

Te lo juro en verdad, pobre mancebo! Me haces reír queriendo amedrentarme. Siempre ha de ver en mí la que amó un día.

RODIMIRO

La que víctima fué de sus maldades.

ROSMUNDA

Víctima...? Tú deliras.

RODIMIRO

Tú, Rosmunda, sí que deliras, tú; siempre callarte quise por compasión este misterio, mas, pues tú misma le provocas, sábele; no tienes un amigo; sus cabezas rodaron una á una, y execrable venganza de tu padre al fin tomando, él mismo le mató.

ROSMUNDA

Mientes.

RODIMIRO

Su sangre dió á sus caballos á beber, y mira: ves esa copa que precioso engarce de oro circunda?

ROSMUNDA

Sí.

RODIMIRO

De ella se sirve desde tu misma boda; á todas partes la lleva.

ROSMUNDA

Sí; concluye.

RODIMIRO

Y no has oído, Rosmunda, las palabras infernales con que te la brindó? «Bebe, Rosmunda, que con tu padre bebes?» Pues bien, sabe lo que aquellas palabras significan, y tu esperanza de una vez acabe; esa ancha copa que marfil parece, no es más que el hueco cráneo de un cadáver.

ROSMUNDA

Qué horror!

RODIMIRO

No has comprendido todavía cuyo es, Rosmunda?

ROSMUNDA

No.

RODIMIRO

Fué de tu padre...

ROSMUNDA

Ah! (*Un momento de pausa.*)

RODIMIRO

Piensa qué esperar debes ahora.

ROSMUNDA

Una cosa no más.

RODIMIRO

Cuál es?

ROSMUNDA

Vengarme.

RODIMIRO

Es tarde ya.

ROSMUNDA

No, no; déjame sola,  
déjame pensar; y si salvartequieres, y quieres á Brenilda, aparta  
á ese aposento hasta que yo te llame.

RODIMIRO

Vana ilusión; es tarde.

ROSMUNDA

Rodimiro,  
mientras viva Rosmunda, nunca es tarde.



## PARTE SEGUNDA

---

### ESCENA PRIMERA

ROSMUNDA

Á mirarla, ay de mí! me atrevo apenas!  
Conque es verdad? Burlada, escarnecida  
de tan horrible modo...! Y yo, insensata,  
que en esa copa sin pavor bebía,  
mientras sus labios sonriendo...! Bárbaro!  
Venganza sólo de salvajes digna  
ha sido tu venganza! Ni aun sepulcro  
le diste...! Ay, que esta idea me horroriza!  
Mísero padre mío! Y yo pensaba  
ir á verter sobre su tumba un día  
la última gota de sincero llanto  
que mis enjutos párpados abrigan!  
Yo, que anhelaba del sepulcro al menos  
en el borde fatal, ya que no en vida,  
el postrimero adiós! dar á sus restos  
porque durmiera el ánima tranquila!  
Y no hay tierra, qué horror! que los cobije,  
no hay urna que los guarde, mientras su hija  
parte el lecho nupcial con el verdugo  
y con su seca calavera brinda!  
Sombra insepulta de Comundo... acaso  
vagas en torno de la mesa misma  
en que tu cráneo sirve demandando  
represalia de mofa tan sacrilega!  
Venganza, sí, venganza! Oh padre mío!  
Yo te la debo, y la tendrás cumplida  
en él y en cuantos tengan de su raza  
un átomo no más, oh! y la tendrías,  
aunque fuera preciso para dártela  
tornar mis propios reinos en ceniza,

y sorber gota á gota en ese cóncavo,  
toda la sangre de su vil familia.

La ira que te animó contra mi padre,  
has hecho caer en mí...? Tú legítimas  
mi venganza, Alboino; oh! por ventura,  
hijos tienes también de Clotosinda,  
de la que tanto amaste... Me extremece  
la barbarie al sonar de nuestras iras;  
pero al pensar en mi insepulto padre,  
mi saña más atroz será justicia.

---

### ESCENA II

ROSMUNDA y ALBOINO

ALBOINO

Aquí Rosmunda aún?

ROSMUNDA

Él es; mi sangre  
se agolpa hirviendo al corazón.

ALBOINO

Qué ideas  
tan absorta la traen?

ROSMUNDA

(Siento sus ojos  
clavados en mi faz, y puedo apenas  
impedir que al calor de sus miradas,  
el carmín de la rabia me enrojezca.)  
Alboino.

ALBOINO

Rosmunda. Aquí tan sola  
por las cámaras reales? En qué piensas?

ROSMUNDA

Pensamientos bien tristes me acompañan,  
Alboino, y me alegro de que vengas.

ALBOINO

Jamás supe con labio compasivo  
consuelo dar á mujeriles penas,  
ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora  
sobre tu corazón alguna pesa,  
no la intentes partir con Alboino,  
que sólo sabe dominar.

ROSMUNDA

No temas,  
no, que al pesar que el corazón me agobie  
consuelo demandar al tuyo quiera.

ALBOINO

Ni tampoco á mí vos.

ROSMUNDA

Tampoco; sólo  
quiero que tú mis pensamientos sepas,  
por si quieres cumplirme en algún día  
el deseo que en mí tales los crea.

ALBOINO

Dí, pues.

ROSMUNDA

Pienso en mi padre, el rey Comundo.

ALBOINO

Séale leve la mortuoria piedra!

ROSMUNDA

Mas dónde está?

ALBOINO

Y por qué me lo preguntas?

ROSMUNDA

Porque algún día visitar quisiera

su solitaria tumba, algunas flores  
dejando y una lágrima sobre ella.

ALBOINO

Muchas veces, Rosmunda, me lo has dicho,  
y has oído otras tantas mi respuesta;  
nunca, yo vivo, la verás; las tumbas  
inspiran melancólicas ideas,  
y no quiero que nunca al lado mío  
sus sombrías memorias te entristezcan.

ROSMUNDA

Con que al fin tu furor es implacable,  
y ni aun al borde de las tumbas cesa?

ALBOINO

No; mas fué mi enemigo; la fortuna  
me puso enfrente de él, y si á ver llegas  
su sepultura, al recordar su muerte,  
la causa recordar te será fuerza.

ROSMUNDA

Tal vez no tiene sepultura honrada,  
y te causa rubor que yo la vea.

ALBOINO

Tiene un palacio por sepulcro... y gentes  
que continuo le cuidan y le cercan,  
y basta de ello ya.

ROSMUNDA

Sólo, Alboino,  
quisiera confesarte... una flaqueza,  
tal vez un infantil remordimiento,  
pero que roe sordo mi existencia.  
Dicen que en paz el alma no reposa  
del triste padre que en el mundo deja  
hijos que en su sepulcro no colocan  
con pía mano funeraria ofrenda.

ALBOINO

Delirios.

ROSMUNDA

Aseguran que su sombra  
vaga invisible en su redor, y lenta,  
triste y desnuda de su lecho en torno,



en la callada noche se pasea.  
No la has sentido tú?

ALBOINO

Yo? Desvarías.

ROSMUNDA

Mas, ni aun tu sueño alguna vez altera  
su memoria?

ALBOINO

Jamás; mis enemigos,  
si mueren una vez, no se presentan  
ante mis ojos más, ni mi memoria  
en sueño ni en vigilia los recuerda.

ROSMUNDA

Tienes un corazón...

ALBOINO

Lo sé, de bronce;  
un corazón audaz en que se estrellan  
todos esos menguados sentimientos  
que al guerrero envilecen. Los que reinan,  
los que mandan ejércitos que arrastran  
detrás de su corcel á la pelea,  
los que el imperio donde nacen miran  
cual jaula vil que su valor encierra,  
y de algo más sintiéndose capaces  
los hierros viles de su jaula quiebran  
para buscar espacio á sus alientos  
y para dar ensanche á su grandeza,  
un corazón de bronce como el mío  
debèn tener, Rosmunda; un alma entera  
incapaz de temor, y un pie tan firme  
que haga á su paso estremecer la tierra.

ROSMUNDA

Un corazón de tigre como el tuyo,  
que ni á los hombres ni á los cielos tema.

ALBOINO

Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo sabes,  
fuerza será que tu destino veas  
en mí, que soy tu dueño, porque nada  
mi corazón contrasta ni dobliga,  
y cuanto encuentre á su camino opuesto  
es fuerza que se humille ó que perezca.

Y óyeme bien, porque te estoy notando  
un no sé qué de lúgubre y siniestra  
que no comprendo, y para que obres cauta,  
lo que pienso de tí quiero que sepas.  
Yo aborrecí á tu padre; contra él sólo  
salté feroz las húngaras fronteras,  
y me lancé sobre él como un torrente  
resuelto á esclavizar toda su tierra.  
Pelemos, vencí; volvió los suyos  
á juntar, y otra vez á la refriega  
torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,  
y cautiva con él su raza entera.  
Entonces me llamó contra el romano  
injurioso Narretes, y revuelta  
no queriendo dejar á mis espaldas  
tu nación humillada, con destreza  
acerté á mantener lo conquistado,  
cuando (mi esposa Clotosinda muerta)  
legitimé casándome contigo  
el derecho que obtuve por la fuerza.

ROSMUNDA

Y mi padre?

ALBOINO

No más me lo recuerdes;  
aun vive en mí su enemistad ilesa,  
y un poco que te amé por tu hermosura  
se me puede olvidar si me impacientas.

ROSMUNDA

Alboino!

ALBOINO

Rosmunda!

ROSMUNDA

El pueblo mío  
puede acordarse de que soy su reina.

ALBOINO

Yo haré que al punto mismo se le olvide  
para siempre.

ROSMUNDA

Con qué?

ALBOINO

Con tu cabeza.

ROSMUNDA

Monstruo! Serás capaz?

ALBOINO

De todo; ahora más que nunca, Rosmunda; y porque entien-  
cuánto te importa ser prudente, sabe [das  
que deben los romanos á las puertas  
de Verona llegar en esta noche,  
y yo salir á recibirlos fuera.  
Mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa  
que á tu labio asomó, porque penetran  
mis ojos en tu pecho y tus ocultos  
intentos leen.

ROSMUNDA

Oh, cielos!

ALBOINO

La sospecha roe mi corazón; esos lombardos  
que á Rodimiro siguen, si se quedan  
dentro de la ciudad, pueden venderme;  
les saco, pues, conmigo á la pelea;  
mas sin su capitán... aun no respire...  
escucha cómo en la ciudad se queda.  
Gobernador contigo en nombre mío  
el pueblo todo lo creará en mi ausencia;  
sus lombardos así saldrán seguros  
y lidiarán leales; mas en estas  
salas presos los dos, ni á los balcones  
os debéis acercar hasta mi vuelta.  
Ni una señal, ni una palabra debe  
revelar vuestro estado. Y la primera  
hará saltar la espada de Bucilio,  
que velará sobre vosotros. Prenda  
de salvación, tal vez de represalias  
Brenilda ser para los dos pudiera  
si en vuestras manos la dejara; pero  
todo lo calculé, y en las tinieblas  
del alcázar saldrá, y en más seguras  
manos la dejaré. Si fuere adversa  
mi suerte y me vencieren los romanos,  
de ninguno de entrambos será presa,  
que no quiero de mí que os venguéis nunca  
en el único ser que amo en la tierra.  
Mas si vuelvo triunfante... para entonces,

Rosmunda, ajusta remos nuestras cuentas.  
Silencio! Yo os conozco. Rodimiro  
ama á Brenilda, acaso le ama ella;  
mas tú le amas á él, y por vengarte  
de todo eres capaz; los celos ciegan.  
Él, capitán valiente, hombre gallardo  
y enamorado asaz, por obtenerla  
todo lo emprenderá, y estoy resuelto  
de fuerza ó grado á que jamás la obtenga.  
Es un árbol fatal que me hace sombra;  
es una fama á mi renombre opuesta;  
es un hombre que marcha al lado mío  
y casi igual á mí, crece y se eleva;  
y estoy celoso de él, y necesito  
hundir bajo mi planta su soberbia.

ROSMUNDA

Conque es decir...?

ALBOINO

Que morirá.

ROSMUNDA

Malvado!

ALBOINO

El amor de Brenilda es su existencia.

ROSMUNDA

Dí que es su gloria, su valor, tus celos.

ALBOINO

Su gloria y su valor se la aceleran;  
donde Alboino está, quiere estar solo;  
donde reina Alboino, nadie reina,  
y el que á sus pies no doble la rodilla,  
doblará, ante su espada, la cabeza.  
He aquí mi historia, pues; he aquí mis leyes;  
he aquí mi corazón; lo que haces piensa.  
Bucilio.

### ESCENA III

ALBOINO, ROSMUNDA y BUCILIO

BUCILIO

Aquí me tienes.

ALBOINO

Está todo?



RODIMIRO

Desde cualquier ventana...

ROSMUNDA

Serás muerto  
antes que á alguna aproximarte puedas.  
La espada de Bucilio, al dar un paso,  
más allá de esta cámara te espera.

RODIMIRO

No tengo yo la mía!

ROSMUNDA

Él tiene muchas  
en torno suyo contra tí dispuestas.

RODIMIRO

El coraje me ahoga.

ROSMUNDA

Razón tienes,  
grande, sobrada, poderosa, inmensa;  
mas un momento cálmate.

RODIMIRO

Cálmame,  
cuando toda la sangre se aglomera  
sobre mi corazón, que aquí, en mi pecho,  
no cabe de furor? Calma? Paciencia?  
Cuando acabo de oírle que me mata  
por la gloria que he dado á sus banderas?  
Porque junté mis armas con las suyas  
para doblar sus triunfos con mis fuerzas?  
Cálmame, cuando veo en un instante  
que en vez de una anhelada recompensa,  
mis hazañas que á un trono le llevaron,  
sólo á una muerte sin honor me llevan?  
Cálmame! Tú podrás, que también tienes,  
lo mismo que él, el corazón de piedra.  
Yo no, que tengo sus injurias todas  
en mi afrentado corazón impresas.

ROSMUNDA

Y no las tiene el mío, Rodimiro?  
No tiene injurias que vengar? Afrentas  
que están clamando por venganza, como  
ellas son de satánicas y horrendas?

No pide, dí, venganza esa vil mofa  
tantos años seguida... ver expuesta  
la cabeza del padre asesinado  
ante mi vista y en mi propia mesa?  
Crees acaso que un punto en mis oídos  
las palabras horribles no resuenan  
que nunca comprendí: *Bebe, Rosmunda,*  
*que con tu padre bebes?*

RODIMIRO

Cesa, cesa,  
que me espanta, Rosmunda, el torvo brillo  
que tus sangrientos ojos reverberan.

ROSMUNDA

Eso es que, transparentes mis pupilas,  
le dejan ver del corazón la hoguera.

RODIMIRO

Sí, sí; tienes razón.

ROSMUNDA

Crees aun mi calma  
hija de un alma á las injurias muerta?

RODIMIRO

No, te creo capaz...

ROSMUNDA

De todo ahora;  
mas á no errar el golpe, bien resuelta  
busco yo mi venganza como debo,  
no con el corazón, con la cabeza.  
Quieres unir tu suerte con mi suerte?

RODIMIRO

No te comprendo bien.

ROSMUNDA

Su pronta vuelta  
al partir anunció; de un solo golpe  
lograr podremos la venganza nuestra.

RODIMIRO

Habla, el valor me sobra.

ROSMUNDA

No hará falta  
mucho valor.

RODIMIRO

Qué, pues?

ROSMUNDA

Mucha destreza.  
Tú mandas cierta tropa...

RODIMIRO

Ya lo sabes.

ROSMUNDA

De su fidelidad tienes completa  
confianza?

RODIMIRO

Vasallos de mis padres  
son, y nacidos en mi patria mesma.

ROSMUNDA

Y están á tu servicio...?

RODIMIRO

Voluntarios;  
á mí en el mundo nada más respetan;  
aliados, no vasallos de Alboino.

ROSMUNDA

Pues yo sé por do se abre una poterna  
que sale de este alcázar á las ruinas  
de ese templo romano. Una vez fuera  
de aquí, uno de los dos á tus lombardos  
meter puede á esta cámara por ella.

RODIMIRO

Guía; como una vez me vea libre,  
caeré sobre él con mi legión entera.

ROSMUNDA

No; puede descubrir tus movimientos,  
y á los suyos llamar en su defensa.

RODIMIRO

Tarde será.

ROSMUNDA

Se encerrará en palacio.

RODIMIRO

Y yo le sitiare dentro su regia  
mansión; es mi venganza más segura.

ROSMUNDA

No, Rodimiro, no; de esa manera  
tu venganza es segura, pero en cambio  
á mí me hará colgar en las almenas  
por haberte salvado. No; yo sola  
del alcázar saldré, y á las cavernas  
llegaré de los tuyos á anunciarles  
el peligro mortal que te rodea.

RODIMIRO

Mas si llega Alboino antes que tornes...?

ROSMUNDA

Respetar necesita tu existencia  
mientras pueda esperar que tus soldados  
le ayuden á vencer. Oh! Nada temas.

RODIMIRO

Pero, cuál es tu plan?

ROSMUNDA

El devolverle  
venganza por venganza; y cuando vuelva  
á saciar la que aguarda de nosotros,  
dé en la que en cambio prevenida tenga.

RODIMIRO

Dices bien.

ROSMUNDA

Por si acaso desconfían  
tus lombardos de mí, dame una prenda  
que crédito me dé.

RODIMIRO

Mi anillo.

ROSMUNDA

Tráele;  
es señal convenida?

RODIMIRO

Sí; cualquiera  
de ellos bien le conoce, y al mostrársele,  
todos resueltos seguirán tus huellas.

ROSMUNDA

Tú, aguárdame entre tanto.

RODIMIRO

Aquí te espero.

ROSMUNDA

Cuida bien que tu rostro no nos venda  
la inquietud de su pecho revelando  
en la turbada faz.

RODIMIRO

Está serena.

ROSMUNDA

Ni mirada, ni voz, ni ay!, ni suspiro  
te haga traición.

RODIMIRO

Ve en paz.

ROSMUNDA

Él su anatema  
sobre ambos fulminó; púsonos á ambos  
juntos para morir, en su sentencia;  
y pues nos junta el cielo á la venganza,  
yo juro quedar hoy vengada ó muerta.  
Adiós.

RODIMIRO

Aguarda.

ROSMUNDA

Qué?

RODIMIRO

Si te descubren...?

ROSMUNDA

No ha de ser antes que los tuyos sepan  
tu situación, y á tu socorro lleguen.

RODIMIRO

Mas si acaso morir te aconteciera?

ROSMUNDA

Entonces pon mi muerte en el platillo  
de la balanza fiel de tus afrentas.

RODIMIRO

Y si me toca á mí?

ROSMUNDA

Lo que yo haría  
haz.

RODIMIRO

Qué?

ROSMUNDA

Arrostrar tu suerte con fiereza,  
y bajar en silencio á tu sepulcro  
sin estorbar á la venganza ajena.

RODIMIRO

Te comprendo muy bien.

ROSMUNDA

Si me comprendes,  
cuánto á ambos nos importa considera  
que el que caiga no estorbe al compañero  
siguiendo ambos á dos la misma senda.

RODIMIRO

Caeré sin estorbarte tu camino;  
fía en mí.

ROSMUNDA

Y en mí tú.

RODIMIRO

Ve, pues.

ROSMUNDA

Pues vela.

## ESCENA VI

RODIMIRO

Tiene razón esa mujer. Oculta, sorda y en las tinieblas preparada, como ese vil tirano nos la apresta, así debe de ser nuestra venganza. Ha discurrido bien; todo por todo; mas esa fría reflexión me espanta, con que todo lo mira y lo calcula, y el tiempo mide, y la ocasión señala. Tal es la ofensa empero! Un día y otro con escarnio tan bárbaro mofada, en su amor y en su estirpe escarnecida! Sangre, aliento de hiena en sus entrañas tienen ambos á dos; y me parece que el aire que se aspira en este alcázar es un vapor de crimen que emponzoña con honda sed de crímenes el alma. De dónde, de qué padres, de qué tierra maldita viene tan maldita raza, que así cuanto hay entre los hombres sacro con tan frío furor vende y ultraja? Á quien leal les sirve, le escarnecen! Sentencian á morir á quien les ama...! Quién me juntó con ellos? Quién me trajo á Verona...? Mas... oigo en esa estancia pasos... Se acercan, sí. Si esa Rosmunda me venderá tal vez...? Oh! Acompañarla debí, seguirla por doquier... Qué digo? Dejarla aquí á Alboino abandonada! No; su afrenta es mayor; yo soy un hombre, y saber debo sucumbir salvándola. Á esa puerta llamaron...

BRENILDA

(Dentro.) Alboino?

RODIMIRO

Ese acento... Quién va?

BRENILDA

(Dentro.) Brenilda.

RODIMIRO

Mi alma reconocíola al punto.  
(Abre la puerta adonde Brenilda llama.)

## ESCENA VII

RODIMIRO y BRENILDA

BRENILDA

Ah...! Rodimiro.

RODIMIRO

Sí, yo soy.

BRENILDA

Ay de mí. (En acción de retirarse.)

RODIMIRO

(Deteniéndola.) Detén la planta un momento no más; la vez primera es ésta en que logré fortuna tanta, y por sí es á la par la postrimera, perder no quiero esta ocasión.

BRENILDA

Levanta.

Déjame.

RODIMIRO

No, Brenilda; ya lo oíste de boca de Alboino; te amo.

BRENILDA

Calla.

RODIMIRO

En vano el labio á la pasión resiste; del respeto el amor rompe la valla, sábelo al fin; si me ligué á Alboino, fué nada más que por seguirte y verte; si he sembrado de glorias mi camino, ha sido nada más por merecerte. Permanecer en tu palacio ahora es no tener valor de abandonarte, y callar la pasión que me devora recelo nada más fué de enojarte. Mas hoy que ajeno labio en tus oídos resonar de mi amor hizo el secreto, los míos se resuelven atrevidos á llegar de mi amor al santo objeto. Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe

lo que en mi solo corazón no cabe.  
Yo te amo, sí, te adoro.

BRENILDA

Rodimiro,

déjame, por piedad!

RODIMIRO

Brenilda mía,  
tú eres el aire con que yo respiro;  
tú eres la estrella que mis pasos guía;  
tú la felicidad por quien deliro:  
tu vista es para mí la luz del día;  
será tu nombre mi postrer suspiro;  
mi anhelo amarte; mi temor perderte;  
tu amor mi ser; tu desamor mi muerte.

BRENILDA

Calla, que tus palabras me fascinan,  
y en mis oídos resonar no deben.

RODIMIRO

Son la verdad no más.

BRENILDA

Ah, me asesinan  
esas verdades que á escuchar me inclinan.

RODIMIRO

Á escuchar? Es decir que si se atreven  
mis ansias á esperar...

BRENILDA

No, te alucinan;  
apártate de mí.

RODIMIRO

Me huyes? Ingrata!

Yo creí ver en tus radiantes ojos  
siquiera compasión... Mas con enojos  
me apartas; ay! que tu traición me mata.  
Yo creí que tus ojos me seguían  
con cariñoso afán; que penetraban  
mi corazón, y el fuego comprendían  
que ardía dentro de él... Mas me engañaban  
cuando á los míos responder fingían  
y con falsa expresión me contemplaban.

Tal es el fin de mi pasión sincera!  
Cumplo, pues, mi destino; adiós!

BRENILDA

Espera.

RODIMIRO

Espera, dices, y la hermosa mano  
me tiendes...? Y una lágrima perdida  
resbala por tu rostro soberano  
en el momento de partir vertida?  
Al corazón arrancas un suspiro?  
Acaba de una vez; cuál en tu lloro  
misterio se me esconde?

BRENILDA

Rodimiro!

RODIMIRO

Habla.

BRENILDA

No puedo más; sí, yo te adoro!

RODIMIRO

Oh instante puro de placer supremo!  
Me amas, Brenilda mía?

BRENILDA

Sí, te amo.

Cómo ocultar la llama en que me quemo,  
cuando ves que estas lágrimas derramo  
al estrecharte entre mis brazos? Mira,  
tú eres solo la luz de mi existencia,  
el aire tú que el corazón respira,  
tú vital parte de su propia esencia,  
tú la felicidad por quien suspira.  
Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausencia,  
mi anhelo amarte, mi temor perderte,  
tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.

RODIMIRO

Alma mía!

BRENILDA

Mis ojos no mentían  
cuando tus bellos ojos acechaban  
y tus tiernas miradas te volvían;



mas, ay de mí! los ojos nos perdían,  
que otros ojos también velando estaban.

RODIMIRO

Qué importa, si á este punto nos trajeron?

BRENILDA

No, que un abismo á nuestros pies abrieron.  
Oye, el rey Alboino  
tal vez eterno manantial de pena...

RODIMIRO

Ese tirano vil...!

BRENILDA

La lengua enfrena,  
porque á su voluntad me ató el destino.

RODIMIRO

Todo lo puedo con tu amor ahora;  
soldados tengo, esfuerzo generoso.  
Quién no osa á todo por el bien que adora?  
Huyamos de ese tigre rencoroso.

BRENILDA

Rodimiro, jamás; juzgas en vano  
que la razón en mí pierda su imperio.

RODIMIRO

Condena nuestro amor?

BRENILDA

Sí.

RODIMIRO

Y su tirano  
imperio no huirás?

BRENILDA

No... Es un misterio...

RODIMIRO

Sepa yo al menos su fatal arcano.

BRENILDA

Es inútil.

RODIMIRO

Por qué?

BRENILDA

Porque sería  
convencerte no más del muro inmenso  
que nos divide.

RODIMIRO

Sí, su tiranía  
nada más.

BRENILDA

Su poder.

RODIMIRO

Que ignoras pienso  
sus leyes.

BRENILDA

No.

RODIMIRO

Luego mi muerte sabes?

BRENILDA

Cielos! Tu muerte!

RODIMIRO

Con cruel sentencia  
me condenó á morir.

BRENILDA

Mas por qué graves  
delitos?

RODIMIRO

Por tu amor.

BRENILDA

Mas en presencia  
(Aparece Rosmunda por donde salió de la es-  
cena, y al verlos se detiene y escucha.)  
de quién? Quién lo ha escuchado?

RODIMIRO

Yo mismo, yo, Brenilda.

BRENILDA

Tú?

RODIMIRO

Y Rosmunda.

BRENILDA

Oh! Siempre esa mujer! Emponzoñado cuanto ella toca está... Siempre fecunda en daños su alma vil, por donde quiera que va derrama el mal.

RODIMIRO

Hoy en mi suerte,  
Brenilda, es á la par mi compañera.

BRENILDA

Ah! Desconfía de ella, que á la muerte te conduce; los celos la devoran.  
Te ama.

RODIMIRO

Y yo la detesto. Mas escucha, salvar mi vida la interesa ahora; sin mí es perdida, con mi fuerza lucha.

BRENILDA

Lucha? Y con quién?

RODIMIRO

Con Alboino.

BRENILDA

Cielos,  
una traición!

RODIMIRO

Una justicia.

BRENILDA

Espera;  
explícamelo bien...

RODIMIRO

Es larga historia.  
Yo debo aquí morir dentro de poco quizás, pero mi fin comprarán caro.

BRENILDA

Oh! No, no, por piedad! Tu intento loco desecha.

RODIMIRO

Su sentencia en mi memoria grabada está.

BRENILDA

Desistirá.

RODIMIRO

No; avaro de mi sangre le he visto, y sus atroces intentos comprendí... No le conoces.

BRENILDA

Mejor que tú... Yo puedo darte amparo.

RODIMIRO

Tú?

BRENILDA

Yo. Si yo no cambio tu destino, nadie le cambiará; no hay en la tierra más que una sola voz que oiga Alboino; su alma, un afecto nada más encierra. Sólo hay una mujer que su ira calma, que en sus labios benéfica provoca sonrisa de placer, y agota en su alma la fuente de furor; á ésta le toca valerte, y te valdrá.

RODIMIRO

Mas quién alcanza tanto poder con él, que así revoca sus leyes de exterminio y de venganza?

BRENILDA

Yo, Rodimiro.

RODIMIRO

Tú?

BRENILDA

Yo, que te adoro, y en pago de mi prez y mi decoro, que renuncié por él, y en honra suya, le exigiré, aunque sea en mi desdoro, por cuanto soy y fuí, la vida tuya; sabrá que imposible es que en mí destruya

el grande amor que para tí atesoro.  
Y esa mujer por quien me holló Alboino...

ROSMUNDA

Héla aquí.

BRENILDA

Siempre vos!

ROSMUNDA

Es tu destino.

### ESCENA VIII

BRENILDA, RODIMIRO y ROSMUNDA

RODIMIRO

Rosmunda ya!

ROSMUNDA

Silencio! Miserable,  
nos ibas á perder si no te tengo  
la lengua. Tú, despeja. (*Á Brenilda.*)

BRENILDA

Reina...

ROSMUNDA

rayo de Dios!

Al punto,

RODIMIRO

Rosmunda!

ROSMUNDA

Rodimiro!

RODIMIRO

Es nuestra salvación.

ROSMUNDA

Lo necio admiro  
de tu fe; créela y eres difunto.

RODIMIRO

Cielos!

ROSMUNDA

Ahí estás aún?

BRENILDA

Al rey espero.

ROSMUNDA

Su cámara real es tu retiro,  
y allí, cual sueles, que le aguardes quiero,  
ó aquí te cuesta el postrimer suspiro.

BRENILDA

Vil mujer!

ROSMUNDA

Obedéceme.

BRENILDA

Yo muero.

### ESCENA IX

ROSMUNDA y RODIMIRO

RODIMIRO

Rosmunda, esa mujer...

ROSMUNDA

Te asesinaba;  
no oíste sus palabras?

RODIMIRO

Tú has oído...?

ROSMUNDA

Sí, todo desde allí, cuando llegaba,  
por dicha mía.

RODIMIRO

Y bien; si has comprendido..

ROSMUNDA

Todo, sí; y más que nunca decidida  
camino á mi venganza  
con nuevo y doble afán embravecida.

RODIMIRO

Y me hizo concebir una esperanza,  
Rosmunda.

ROSMUNDA

Ya lo sé; mas no comprendes  
ese misterio tú? Puede salvarte.

RODIMIRO

Me lo dijo.

ROSMUNDA

Mas, cómo? Aún no lo entiendes?  
Fatal amor con que logró cegarte,  
miserable de tí! De ese Alboino  
una mujer no más puede arrancarte.  
Sólo escucha su voz sobre la tierra;  
su alma ese afecto nada más encierra,  
y por él sólo cambia tu destino,  
nada más que por él sus leyes huella,  
y de su furia el ímpetu revoca,  
y ese afecto el suyo es.

RODIMIRO

Sella la boca!

ROSMUNDA

Sí, Rodimiro, y la mujer es ella;  
ella, á quien tú tu corazón destinás.

RODIMIRO

Basta, Rosmunda, basta! Me asesinas.  
Qué raza es ésta de traidores? Todos  
son viles por igual? Todos, serenos,  
al crimen van por diferentes modos?  
Oh! Qué me resta ya?

ROSMUNDA

Vengarte al menos.

RODIMIRO

Mas no, tú mientes; inocente, pura,  
calumniada por tí Brenilda ahora  
fué torpemente.

ROSMUNDA

No.

RODIMIRO

Quién me asegura...!

ROSMUNDA

No lo dijo ella misma?

RODIMIRO

Tú, traidora,  
lo interpretas así.

ROSMUNDA

Y cómo interpreto  
que en la cámara misma de Alboino  
por las noches le aguarde? Qué secreto  
es ese con que espera tu destino  
cambiar? Por qué con ella es piadoso,  
quien con todos es cruel y formidable?  
Por qué de tu cariño tan celoso  
se muestra, y te castiga inexorable?  
No te ha dicho: «Aunque sea en mi desdoro,  
yo puedo exigir de él la vida tuya,  
en pago de mi prez y mi decoro?»  
Nada más claro contra tí que arguya.

RODIMIRO

Sí, sí, lo veo bien; toda, en mi mente,  
la funesta verdad se patentiza,  
é impresa en mi memoria, horriblemente  
el pobre corazón me martiriza.

ROSMUNDA

Piénsalo, Rodimiro, y si camino  
hay que esta idea en tu favor concluya,  
fía en ellos, serás víctima suya;  
yo no, que lucharé con mi destino.

RODIMIRO

Yo también lucharé; no por la vida;  
qué me resta ya en ella? Qué esperanza  
halagármela puede? No se anida  
ya en mí más ambición que de venganza!  
Mi fe burlada, mi amistad vendida...  
La muerte el premio que mi gloria alcanza,  
y tan villana muerte...! Esto me espera!  
Venganza, pues; pero venganza fiera.

ROSMUNDA

Muera Alboino.

RODIMIRO

Morirá!

ROSMUNDA

Á mí, entero,  
vuelva otra vez el cetro de Comundo.

RODIMIRO

Volverá.

ROSMUNDA

Te lo ofrezco.

RODIMIRO

No lo quiero.

ROSMUNDA

Rey de Italia serás.

RODIMIRO

Ni rey del mundo,  
sin ella, quiero ser; todo lo pierdo  
con su amor.

ROSMUNDA

Qué harás, pues?

RODIMIRO

Volver á Hungría;  
mas vengado volver, y su recuerdo  
guardar eterno en la memoria mía.

ROSMUNDA

Considéralo bien, que es grande el precio;  
libertador de Italia, mi corona  
y mi amor reunir en tu persona.

RODIMIRO

Ya te he dicho una vez que los desprecio.

ROSMUNDA

Á la venganza, pues.

RODIMIRO

Sí, mis soldados...

ROSMUNDA

Franco para ellos ya tengo un postigo.

RODIMIRO

Ténlos cerca apostados,  
y á una voz mía, mételos conmigo.

ROSMUNDA

Asegúrate bien; la astucia emplea,  
no arriesgues neciamente una pelea.  
(Mientras dice Rosmunda este último verso, cierra la puerta de la izquierda, por la que entró Brenilda. Rodimiro la pregunta dudoso:)

RODIMIRO

Qué haces?

ROSMUNDA

Si se presenta y nos delata!

RODIMIRO

Tienes razón.

ROSMUNDA

(No quiero que la vea;  
todo podría revelársele.) Ea,  
no hay miedo ya; ó le matas, ó nos mata.

RODIMIRO

Su sangre sobre mí.

ROSMUNDA

Sobre tí sea.

(Rodimiro se sienta; Rosmunda, al marcharse por la puerta de la derecha, se detiene en el dintel.)

(Tú lo quieres? Pues bien, llegó mi hora;  
hoy para todos por igual funesta  
mi venganza será. Ve, pues, ahora  
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.)







## PARTE TERCERA

---

### ESCENA PRIMERA

RODIMIRO

Rápido el tiempo corre; todo calla en derredor de mí. Tras de esas puertas vela sin duda el capitán Bucilio, porque siento sus pasos detrás de ellas, compasados sonar... Cuánto esta calma sobre el inquieto corazón me pesa! Cuánto esta soledad me martiriza con las memorias tristes que me acuerda! Ayer guerrero triunfador, partía el poder con un rey... Hoy en su regia cámara misma con traición taimada, sediento de mi sangre me encarcela! Ayer en dulces y amorosos sueños embebecido, mi dichosa estrella bendecía esperando; hoy, ni esperanza, ni gloria, ni poder, ni amor me resta! Cuantos amé, insensato, me han vendido; con quien he odiado más me junta adversa mi menguada fortuna... Oh, sí! Aborrezco con toda el alma á esa mujer. Quisiera no haberla visto nunca... Es un fantasma que va siguiendo por doquier mis huellas, y cuyo álito impuro en mi alma infunde un vértigo infernal que me marea. Y me ama? Infando amor! Partir me ofrece conmigo el trono... Abominable oferta, que me abrasa en furor, y en las entrañas toda mi sangre paraliza y hiela. Yo á la par de tal monstruo? Nunca, nunca; mas, ay de mí! la aguardo, y de mí espera

la venganza también... Ambos de un crimen nos vamos á lanzar sobre la senda. Y á mí de qué me vale una venganza que ni dicha ni amor me recupera? Oh, no! De calma el compasivo cielo estos instantes por mi bien me deja para mejor pensarlo... Un alma noble, cuanto olvida mejor, mejor se venga. No más sangre, no más... renuncio á todo. Dice que tiene franca una poterna por do salir de esta mansión horrible, y que la guardan mis lombardos... Ea, voy á dejar la Italia en medio de ellos; voy esta raza á abandonar de hienas. Alboino, traidor, yo te perdono. Yo te desprecio al par. Brenilda pérfida, adiós! En mí desde hoy vuestra memoria sombra es no más de pesadilla horrenda. Mas esta puerta se resiste... Cielos! Rosmunda...! No responde... Oh, qué sospe- Rosmunda... El eco solamente herido [cha! por la bóveda cóncava resuena. Rosmunda! Miserable! Me ha vendido para dejarme de Alboino presa en su lugar... Si por allí lograra... Necio, necio de mí, que fié en ella y la dejé salir.

ALBOINO

(Dentro.) Bucilio!

RODIMIRO

Es tarde  
ya. Alboino está aquí. Su voz es ésa.

## ESCENA II

ALBOINO, RODIMIRO y BUCILIO

ALBOINO

Dónde está, dónde?

BUCILIO

Quién?

ALBOINO

Á mi coraje  
poca es su sangre toda.

BUCILIO

Tu ira enfrena,  
señor.

ALBOINO

Bucilio, aparta, ó con las tuyas  
caerá á la par tu criminal cabeza.  
Qué has hecho, miserable?

BUCILIO

Á esos dinteles  
incesante velar.

ALBOINO

Maldito seas.

Te han burlado.

BUCILIO

Alboino...

ALBOINO

Quién ha abierto  
las puertas de mi alcázar á la reina?

BUCILIO

[ras  
No hay más que esa, señor, que de tus cáma-  
salga, y no me aparté ni un punto de ella.

ALBOINO

Pasaron sobre tí.

BUCILIO

Sobre mi vida  
pasaran antes, ó á mis pies cayeran.

ALBOINO

Pues pasaron, Bucilio, porque ahora  
Rosmunda á los lombardos me subleva,  
y enfrente de las torres de Verona  
las águilas de Roma se presentan.  
Sí, sí, perdidos somos; entre tanto  
que el enemigo en la ciudad nos cerca,  
las tropas que acaudilla Rodimiro  
dentro nos mueven infernal contienda.  
Y toda su legión en altas voces  
ahora á su capitán pidiendo queda  
por las plazas y calles, y Rosmunda  
les encamina aquí... La ira me ciega!  
Qué has hecho, pues, de ese hombre, desdi-  
Dónde está ese traidor? [chado?

RODIMIRO

En tu presencia.

ALBOINO

Oh, al fin das en mis manos! Ve, Bucilio,  
pronto; mete en palacio toda entera  
mi húngara guardia, y si se pierde todo,  
haremos de mi alcázar fortaleza,  
y á lo menos debajo de sus ruinas  
nos sabremos abrir tumba sangrienta.

## ESCENA III

RODIMIRO y ALBOINO

ALBOINO

Y oye tú; los romanos se preparan  
á asaltar la ciudad; fácil defensa  
tiene aún si recoges á los tuyos  
y á la batalla los conduces; ea,  
elige, pues, ó nos batimos ambos  
por ambos como siempre, ó de las rejas  
de mis ventanas te suspendo aun antes  
que tus lombardos á buscarte vengan.

RODIMIRO

Me amenazas á un tiempo y me suplicas?



ALBOINO

Súplicas ó amenazas, como quieras;  
pero responde pronto, porque siento  
menguar rápidamente mi paciencia.

RODIMIRO

Y también tu fortuna.

ALBOINO

Rodimiro!

RODIMIRO

Alboino, tus ímpetus modera;  
la fortuna es voluble para todos,  
y hoy la fortuna para tí se trueca;  
por doquier de enemigos circundado,  
debajo de tus pies se abre la tierra.

ALBOINO

No me hundiré yo solo, Rodimiro,  
por la ancha sima ante mis pies abierta;  
yo me desplomaré, mas como un monte  
que arrebata en pos suyo cuanto encuentra;  
puedo caer, mas como cae el rayo  
que humo detrás de sí tan sólo deja.

RODIMIRO

Como una chispa que al brotar espira  
al estrellarse el rayo en la alta peña;  
cual carcomido tronco que arrebata  
torrente asolador que el bosque anega;  
cual vieja torre que en cenizas torna  
el incendio voraz que la rodea.  
Porque ya nada tienes, Alboino:  
la muerte en torno por doquier te acecha;  
en las lanzas aquí de mis lombardos,  
y en las romanas lanzas allá fuera.

ALBOINO

Mientes si juzgas que la muerte es cosa  
que el alma de un rey húngaro amedrenta,  
que no es la muerte pavorosa imagen  
para el valiente acostumbrado á verla,  
ni es gran golpe caer en una tumba  
de enemigos cadáveres repleta.  
Pero estamos aquí perdiendo el tiempo  
cual mujeres imbéciles que llenan

de alaridos estúpidos el aire,  
en tanto que el peligro se acrecienta.  
De una vez concluyamos, Rodimiro;  
unidas hasta aquí las armas nuestras,  
sólo tenemos una causa, como  
hemos tenido siempre una bandera.  
Enemiga de entrambos igualmente,  
Roma á la par contra los dos se apresta;  
si ambos con Roma no lidiamos, á ambos  
nos asesina una venganza necia.  
Yo te ofendí, es verdad; tú me aborreces,  
nuestras almas tal vez están sedientas  
de nuestra sangre al par; mas todavía  
bálsamo habrá con que calmarse puedan.  
Obremos, pues, como hombres; depongamos  
nuestras iras un punto, y con fiereza  
demostramos sobre el romano ambos unidos,  
sin partir la fortuna ni la fuerza.  
Venzamos hoy como vencimos siempre,  
y mañana, si aun cólera nos queda,  
caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,  
mas sin dejar á Roma que nos venza.

RODIMIRO

Noble he nacido y generoso, y grande  
ánimo el noble corazón me alienta,  
y nadie en vano reclamó mi esfuerzo  
en penosa ocasión y en causa buena.  
Mas ha muy poco de tu misma boca  
mi destino escuché, y aun me resuenan  
dentro de los oídos tus palabras,  
dentro del corazón tu ruin vileza.  
Yo te conozco ya, rey Alboino;  
hoy abatimos las romanas tiendas,  
y mañana, traidor, á tus verdugos  
con victoriosa enemistad me entregas.

ALBOINO

Pues bien, pactemos cual contrarios.

RODIMIRO

Habla.

ALBOINO

Yo de seguridad te daré prenda.

RODIMIRO

No la hay entre los dos.

ALBOINO

Tú la has hallado;  
con ella puede hacerse duradera  
la paz entre nosotros; con Brenilda  
puedo tus sienas coronar.

RODIMIRO

Y es esa  
de nuestra paz la oliva? Es ese el precio  
á que te he de salvar? Tamaña afrenta,  
en lugar de extinguir mi sed de sangre,  
me la dobla, doblándome la ofensa.

ALBOINO

Rodimiro!

RODIMIRO

Pues qué, piensas que ignoro  
que un afecto no más hay que entereza  
tu fiero corazón: que hay, Alboino,  
una mujer no más sobre la tierra  
por quien vaga en tus labios la sonrisa,  
que en tu alma del furor la fuente seca,  
y que tus leyes bárbaras revoca...  
y esa mujer, rey Alboino, es ella?

ALBOINO

Cielos! Y quién del libro de mi pecho  
te ha mostrado esa página secreta?

RODIMIRO

Otro labio real.

ALBOINO

El de Rosmunda!

RODIMIRO

El de Rosmunda, sí.

ALBOINO

Pues bien; si entera  
la historia sabes, con razón más sólida  
la paz te ofrezco con Brenilda: acéptala.

RODIMIRO

Semejante baldón! Tirano imbécil,  
si las infames manos tienes hechas

á que los perros de tu esclava Italia  
se arrodillen humildes á lamértelas,  
no esperes, no, que los lombardos tigres  
á recoger tus desperdicios vengan.  
Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos  
pura, lejana y rutilante estrella;  
cuanto lejana más, más admirable,  
más digna de anhelarse su belleza.  
Mas hoy que como tuya la conozco,  
mi amante corazón cambia para ella,  
y si odio engendró en él tu negativa,  
desprecio en él tu ofrecimiento engendra.

ALBOINO

Qué es lo que dices, insensato?

RODIMIRO

Digo,  
que á quien tú se la das te la desprecia;  
que no hay entre los dos desde este punto  
ni lazos, ni amistad, ni fe, ni treguas.

ALBOINO

Basta, rayos del cielo! Tú lo dices:  
no hay treguas, ni amistad; tu infame lengua  
en la mitad del corazón me ha herido  
con el desprecio de Brenilda, y ésta  
es una injuria que jamás sabría  
mi rabia perdonar... Oh! Y ofrecértela  
pude yo en un momento de locura?  
Cuándo pudiste acaso merecerla?  
Quién eres tú para que amor tan alto  
las torpes alas á tender te atrevas?  
Arrodíllate, esclavo; de rodillas  
debes oír su nombre; el labio en tierra  
le debes pronunciar, el polvo sólo  
para besar en que sus pies asienta;  
tienes razón, no hay paz entre nosotros,  
ni treguas, ni amistad; y en las extremas  
horas que á un tiempo de peligros tantos  
circundan y amenazan mi existencia,  
no por mi salvación te envía el cielo,  
sino porque de tí vengado muera.  
Oh! Y morirás; el término aplazado  
de mi aliento vital siento que llega,  
porque veo que el mundo se desploma  
sobre mí; pero ve lo que te resta:  
este alcázar va á ser nuestro sepulcro;

yo le defenderé mientras que tenga sólo un soplo de vida; hasta esta hora tú conmigo estarás, y cuando sienta que el alma me abandona, haré implacable arrancarte la tuya en mi presencia.

RODIMIRO

Yo la daré tranquilo, porque nada mi ánimo ya del universo espera, y porque si tú vences, todavía para vengarme á mí Rosmunda queda.

ALBOINO

Rosmunda? Desvarias con el miedo. Si ella con tus lombardos se presenta delante del palacio, á sus balcones haré colgar tu lívida cabeza; y tus mismos lombardos al mirarla, antes que en mí, te vengarán en ella.

RODIMIRO

No; la sombra insepulta de Comundo con ella va y en su favor pelea.

ALBOINO

Qué estás diciendo?

RODIMIRO

Que el misterio sabe que en esa copa tu furor encierra, y que esta noche cerrará Rosmunda del padre rey la profanada huesa.

ALBOINO

Tú se lo descubriste?

RODIMIRO

La he pagado secreto con secreto; deber era. No hay esperanza; contra tí, Alboino, hasta los muertos sus sepulcros dejan; y no reposarán en sus sepulcros hasta que al tuyo descender te vean.

ALBOINO

Tantos descenderán de mí delante, que les haré tal vez perder la cuenta,

y te juro que no has de ser el último de mi mortuoria comitiva.

RODIMIRO

Llega todavía mi brazo hasta mi espada, y en tanto, rey, que levantarla pueda, ni moriré como cobarde esclavo, ni seguro estarás delante de ella.

ALBOINO

Y hombre soy yo que obligará á tu espada con el brazo á caer que la sostenga, si antes que de la vaina la desnudes aquí á mi voz mis húngaros no llegan. Hola! Bucilio.

#### ESCENA IV

ALBOINO, RODIMIRO y ROSMUNDA

ROSMUNDA

Qué queréis?

RODIMIRO

Rosmunda!

ALBOINO

Oh! Me los junta mi feliz estrella! Bucilio, pronto á mí.

ROSMUNDA

No será fácil que ya á tu voz á presentarse vuelva.

ALBOINO

Por qué?

ROSMUNDA

Porque está lejos. Alboino, tu voz á la honda eternidad no llega. Mira.

*(Abre las puertas del fondo, y ve una guardia romana y á Bucilio tendido á un lado.)*

ALBOINO

Traición tamaña!

ROSMUNDA

Es obra mía.

Yo metí con silencio y con destreza  
 en tu palacio á los lombardos antes  
 que Bucilio á tus húngaros metiera.  
 Y he vendido á Verona á los romanos  
 al caro precio de tu sangre regia.  
 Ea, pues! Á morir como quien eres  
 dispónte ya; tu comitiva es ésa.  
 Esos romanos que Longino envía  
 para llevarle la ofrecida prenda,  
 tu tronco real conducirán al campo  
 y ante el emperador tu real cabeza.

ALBOINO

El coraje me ahoga.

ROSMUNDA

Ahora, Alboino,  
 si es que en señal de despedida eterna  
 quieres vaciar el postrimero vaso,  
 tu copa de marfil te daré atenta,  
 diciéndote á mi vez: «Bebe, Alboino,  
 que con mi padre bebes»; mas contempla  
 que si me has dado en muchas tu venganza,  
 yo te he dado la muerte en la primera.

ALBOINO

Oh, te sabes vengar!

ROSMUNDA

Tú me enseñaste;  
 y lo bien que aprendí para que veas,  
 sabe que el cetro de Comundo vuelve  
 á mi mano otra vez, é Italia entera  
 amparada mirándome de Roma,  
 me aclama al par libertadora y reina.

ALBOINO

Tú amparada por Roma?

ROSMUNDA

Sí, Alboino,  
 y en tu lugar sobre tu solio puesta.

ALBOINO

Ahora comprendo el bárbaro desprecio

con que á Brenilda ajó... Reinar esperas  
 con Rosmunda también!

RODIMIRO

Tente, Alboino;

yo no tengo, cual tú, sangre de fiera,  
 y ni lecho, ni trono, ni sepulcro  
 sabría nunca dividir con ella.

ROSMUNDA

Mas partirás con él mi cruel venganza,  
 que sabré, sobre tí, lograr entera.

ALBOINO

Oh, respiro...! Os odiáis; gracias, oh averno!  
 Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga;  
 todo por él lo has hecho, pero todo,  
 porque viene de tí, te lo desprecia.

ROSMUNDA

Pues más caro que tú mis iras pagas,  
 va á pagar el desprecio que me muestra,  
 y siento, por quien soy, que mi venganza  
 ver, Alboino, hasta su fin no puedas;  
 porque tal es, que la creyeras tuya,  
 viéndola tan medida y tan completa.

ALBOINO

También la mía lo es, puesto que os dejo  
 aborreciéndoos siempre, y me consuela  
 morir sabiendo que, en ausencia mía,  
 viviréis en discordia sempiterna.

ROSMUNDA

Oh! Te lo creo; mas te aguardan, parte;  
 rey Alboino, mi justicia es recta.  
 Tu sepulcro está allí, mas no vacío;  
 la sombra de mi padre en él te espera.

ALBOINO

Yo, al lado suyo, dormiré tranquilo,  
 y en su tumba entraré con faz serena,  
 porque no piense que al morir, su espíritu  
 el corazón con que le odié amedrenta.  
 Goza, pues, de tu suerte y tu venganza,  
 como gozarla supe yo, y no temas  
 de mis labios oír súplica inútil  
 en favor de otra víctima que deja

mi torpe imprevisión entre tus manos,  
y á quien no salvará ni su inocencia.  
Y no quiero gastar mi aliento en balde,  
y desmentir la heroica grandeza  
con que debe arrostrar esta venganza  
quien de esa copa se sirvió en la mesa.  
Sí, yo sabré morir como he vivido;  
mi suerte afrontaré tal como sea,  
y espirará Alboino sin que exhale  
un ay! su corazón, ni un ay! su lengua.

ROSMUNDA

Ve, pues; sabéis mis órdenes; cumplidlas.

RODIMIRO

Venganza es harto justa; pero horrenda  
tu venganza es también.

### ESCENA V

ROSMUNDA y RODIMIRO

ROSMUNDA

Detén la planta;

cumplir me resta la mitad segunda;  
de Comundo vengué la causa santa,  
mas aún falta la causa de Rosmunda.

RODIMIRO

Véngala tú; yo parto en el momento  
de Italia para siempre, que me aterra  
que á la par nos cobije el firmamento,  
y al par nos sufra sobre sí la tierra.

ROSMUNDA

Tanto, pues, me aborreces?

RODIMIRO

Cuanto cabe

en ofendido corazón humano;  
cuanto tu mente concebir no sabe  
y mi lengua explicar querría en vano.  
Y á mi sincero corazón perdona,  
Rosmunda, esta verdad; tu faz sombría  
me espanta, aun á través de esa corona  
que te ciñe la sien de pedrería,  
mas que no la ennoblece ni la abona.

Esos altivos y radiantes ojos,  
por quien varones mil tal vez deliran,  
corazones rindiendo á sus antojos,  
dan al mío pavor cuando me miran.  
Y esa romana y clásica hermosura,  
que hace admirar tu forma majestuosa,  
no sé qué tiene para mí de oscura,  
que hace á mis ojos tu beldad odiosa.  
Un Dios, ó un mal espíritu, en tu pecho  
encendió una pasión que te esclaviza,  
y no puedo vivir bajo de un techo  
que cubre esa pasión que me horroriza.  
Tal vez dirás que tus hechizos dejo  
por los de otra mujer... Mujer perjura!  
Mas si amé á otra mujer, que imagen pura  
de los cielos creí, cuando reflejo  
la concebí de tu maldad impura,  
la odié también, y de las dos me alejo,  
despechado, á llorar mi desventura.  
Adiós, pues, oh Rosmunda! Ya vengada  
quedas y reina; y al romano unida,  
los lombardos de tí no esperan nada,  
ni quieren de tu tierra ensangrentada  
más que el sol que señala su partida.  
Adiós.

ROSMUNDA

Espera.

RODIMIRO

Qué?

ROSMUNDA

Pues te he escuchado  
esa que acabas relación funesta,  
justo es que de mi labio apasionado  
escuches tú también una respuesta.  
Tus bárbaras palabras una á una  
aquí, en mi corazón, cayendo han ido,  
ahogando en él sin compasión alguna  
cuanta esperanza en él se ha mantenido.  
Tú me has abierto el tuyo; es, pues, forzoso  
que el mío te abra yo, y de cerca al verle,  
penetres en su centro misterioso  
y aprendas de una vez á conocerle.  
Tú me has aborrecido, y yo te amaba!  
Con insolente mofa, tu desprecio  
de sí apartó cuanto mi amor te daba,

y aun retó á mi furor tu orgullo necio.  
 Por tí ultrajado, y de tu amor testigo,  
 cambióse al fin mi corazón contigo.  
 Oye, pues: la pasión que te horroriza  
 no existe ya en Rosmunda; el odio insano  
 que implacable hacia mí te fanatiza,  
 reina en mi pecho con poder tirano.  
 No soy ya la Rosmunda que te adora,  
 soy la Rosmunda que, ultrajada y fiera,  
 del inmenso furor que en sí atesora  
 viento va á dar á la gigante hoguera.  
 Rosmunda sólo sabe, Rodimiro,  
 ó amar ó aborrecer, mas nunca olvida;  
 ama de amor hasta exhalar su vida,  
 y aborrece hasta el último suspiro.  
 Tan poderosa, pues, tal en grandeza,  
 mi amor concluye y mi venganza empieza.  
 Oh! Y aun no afrontes con mi faz sombría  
 tu desdeñoso continente fiero,  
 y escucha con paciencia todavía,  
 pues mi venganza que comprendas quiero.  
 Piensas dejar la Italia prontamente;  
 mas cómo?

RODIMIRO

En paz con Roma, estorbos vanos  
 me opondrás á que parta con mi gente.

ROSMUNDA

Les quitarán los hierros de las manos?

RODIMIRO

Qué es lo que dices?

ROSMUNDA

Tu legión valiente  
 dejé esclava también de los romanos?

RODIMIRO

Miserable de mí!

ROSMUNDA

Ya te lo dije:  
 sólo sé amar ó aborrecer; si necio  
 mi odio fatal tu corazón elige,  
 mi odio y mi amor le costarán gran precio.  
 Escoge; aún puedes; mi piedad es tanta;  
 con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.

RODIMIRO

El cielo mismo junto á tí me espanta;  
 no, antes morir que respirar contigo.

ROSMUNDA

Está bien, morirás; mas antes quiero  
 á esa que tanto amaste en algún día  
 que des al menos el adiós postrero.

RODIMIRO

No; no la quiero ver.

ROSMUNDA

Oh, es cosa mía!

RODIMIRO

Ah! Me hiela de horror tu aspecto fiero.

ROSMUNDA

Así el desprecio de mi amor se espía  
 y el cáliz del rencor se apura entero.  
*(Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola,  
 llama á Brenilda en alta voz.)*

Brenilda!

RODIMIRO

Ah! Yo no sé qué vaticino  
 de horrible aquí!

ROSMUNDA

Quimérico recelo.

Brenilda.

RODIMIRO

Oh! No la llares!

## ESCENA VI

ROSMUNDA, RODIMIRO y BRENILDA

*(Brenilda, al salir, se detiene á la puerta, junto á la cual está Rosmunda cruzada de brazos, sombría é inmóvil. Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mirar á Brenilda.)*

BRENILDA

*(Al salir, deteniéndose.)* Santo cielo,  
 aquí aún...! Á qué lúgubre destino

vuestra calma fatal sirve de velo? [boino?  
Oh! Hablad, por compasión... Qué es de Al-

ROSMUNDA (*Á Rodimiro.*)

Su primera palabra.

BRENILDA

Habla, qué es esto,  
Rodimiro? Qué es de él?

RODIMIRO

Déjame, ingrata!  
Apártate de mí! Yo te detesto!

ROSMUNDA (*Á Brenilda.*)

Ya lo oyes.

BRENILDA

Ay de mí! Su voz me mata!  
Mas no hablo ahora de mi amor... Mi oído  
percibió aquí su voz... Confuso estruendo  
de gentes escuché... Do está? Qué ha sido  
de Alboino? Acabad.

ROSMUNDA (*Á Rodimiro.*)

Ya lo estás viendo.

BRENILDA

Oh, acabad de una vez! Hablad, señora,  
vos que sabéis cuánto le amé... De hinojos  
os lo ruego á los dos.

ROSMUNDA

Sea en buen hora.

BRENILDA

Dónde está? Dónde?

ROSMUNDA

(*Abriendo la puerta del fondo, por delante de  
la cual se ve pasar el cadáver de Alboino, lle-  
vado en hombros por los romanos.*)

Aquí; vuelve los ojos.

BRENILDA

Padre mío!

RODIMIRO

(*Horrorizado.*) Ah! Su padre?

ROSMUNDA

Es Alboino;  
y tú, que á mi furor le has entregado  
dentro de este aposento, su asesino.

RODIMIRO

Miente, Brenilda, miente. Oh! Nunca creas  
que en su sangre real teñí mis manos.

BRENILDA

Apártate de mí! Maldito seas!

RODIMIRO

Ah, entiendo toda tu maldad.  
(*Á Rosmunda, dirigiéndose á ella en actitud  
amenazadora.*)

ROSMUNDA

Romanos,  
vuestro esclavo tomad.  
(*Los romanos le sujetan.*)

RODIMIRO

Yo esclavo!

ROSMUNDA

Ahora  
mide hasta dónde mi rencor alcanza.

RODIMIRO

Toda su sangre sobre ti, traidora!

ROSMUNDA

Toda la necesita mi venganza  
gota á gota sorber. Ve, pues; implora  
al cielo si en él crees; y cuando presta  
tu alma á partir del corazón se exhale,  
dile á ese corazón que me detesta  
lo que el cariño de Rosmunda vale,  
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.









.....

Broté como una hierba corrompida,  
al borde de la tumba dé un malvado,  
y mi primer cantar fué á un suicida.  
Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

—  
Al eco de este cántico precito,  
dijo el mundo escuchándome: «Veamos»,  
y sentóse á mirarme de hito en hito;  
y el mundo y yo, por mi primer delito,  
desde entonces mirándonos estamos.

—  
Dejemos á los muertos en reposo,  
y que duerman en paz, si es su destino:  
harto haremos, en mar tan proceloso  
como es la vida, en encontrar camino.

—  
Yo el mío me busqué por las turbadas  
ondas de aqueste mar, y mi barquilla,  
por medio de otras muchas que extraviadas  
bogar sin rumbo ví desesperadas,  
procuré conducir hacia la orilla.

—  
Velé, gemí con angustiado lloro,  
volvime al cielo y acudí á la ciencia.  
Á la ribera tocaré? Lo ignoro.  
Sólo sé que la tengo en mi presencia.

—  
Al verla, aunque de lejos, lancé un grito;  
y á impulso de recóndito misterio,  
dióle la soledad eco infinito,  
y fué, tornado en cántico maldito,  
á espirar en mitad de un cementerio.

—  
Yo sentí que la turba me aplaudía,  
y, ánsio de gloria al corazón hallando,  
dije dentro de mí: «La tierra es mía»,  
y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,  
de arcángel mi poder; mi alma altanera  
me arrebató hasta el alto firmamento,  
y la región azul del vago viento  
embelesé con mi canción primera.

—  
Atrás dejé las águilas que miran  
con ojo audaz al sol; atrás quedaron  
las nubes que relámpagos respiran;  
los soles mil que por espacios giran  
donde mortales ojos no llegaron.

—  
Creí el mundo á mis pies; alcé la frente  
para cantar mi orgullo, y mis oídos  
del medio de una nube refulgente,  
el acento de Dios Omnipotente  
oyeron de pavor estremecidos.

—  
«Canta—dijo una voz;—tal es tu suerte;  
pero canta en el polvo que naciste,  
allí donde jamás han de creerte:  
canta la vida, mientras va la muerte  
así llamando tu existencia triste.»

—  
Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,  
y al impulso de su hálito divino,  
con cántiga risueña ó dolorida  
la soledad alivio del camino  
y cumplo así la ley de mi destino.

## I

Inunda paz sabrosa  
mi corazón tranquilo,  
y dichas y deleites  
encuentro por doquier.  
Mi ser halló en mi alma  
inalterable asilo;  
mi espíritu respira  
el ámbar del placer.

Y nada me atormenta,  
ni envidio ni deseo:  
mi espíritu al abrigo  
de la tormenta está.  
Pasar á las edades  
indiferente veo,  
mecido en dulces sueños  
mi pensamiento va.

Y á veces me arrebató  
mi loca fantasía  
en alas de su joven  
fecunda inspiración,  
y á un mundo me transporta  
de encanto y de armonía,  
do gozan mis potencias  
espléndida ilusión.

Mi espíritu se libra  
del cuerpo que le encierra,  
y grande y poderoso  
como su Dios se cree,  
y alcanza desde el cémita  
á la lejana tierra,  
cual punto en el espacio  
que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos  
despliega los misterios  
que impulsan la infinita  
y excelsa creación;  
y hollando los escombros  
de tronos y de imperios,  
revienta en armonía  
mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios  
su ser me patentiza;  
un templo ante mis ojos  
el universo es,  
y todo en su recinto  
se ensalza y diviniza,  
y la creación entera  
tendida está á mis pies.

No hay canto ni suspiro,  
lamento ni murmullo,  
cuyo eco misterioso  
fingir no sepa yo;

que mi niñez mecieron  
los bosques con su arrullo,  
y su creencia santa  
la soledad me dió.

La música comprendo  
que en las volubles hojas  
resuena á la presencia  
del céfiro fugaz;  
y entiendo en el otoño  
el ay! de sus congojas  
con que piedad imploran  
del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran  
con diferentes voces,  
marchitas en Septiembre,  
jugosas en Abril;  
ya rueden con el polvo  
en círculos veloces,  
ya con su toldo verde  
coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves  
los cánticos distintos,  
el saludar al alba  
ó huir la tempestad,  
buscando de las selvas  
los cóncavos recintos,  
en donde alegres gozan  
salvaje libertad.

Entiendo el agorero  
graznar de la corneja,  
la ronca voz del buitre  
que huele su festín;  
del solitario buho  
la temerosa queja,  
y el amoroso trino  
del ágil colorín.

Y el ruido con que vuela  
la errante mariposa;  
los pasos de la oruga  
sobre la fresca flor;  
el desigual zumbido  
con que anda codiciosa  
la abeja, de su cáliz  
volando en derredor.

El son con que su nido  
columpia la oropéndola,  
del álamo frondoso  
suspenso en la altitud,  
y los murmullos que alzan  
las ráfagas, meciéndola,  
haciendo, revoltosas,  
eterna su inquietud.

Los mágicos rumores  
que elevan diferentes  
las diferentes aguas  
del bosque ó del jardín,  
cuando los montes surcan  
sus rápidos torrentes,  
cuando en los valles buscan  
sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento  
de las voraces fieras,  
de la tormenta ronca  
el iracundo son,  
en mis oídos posan  
las notas lisonjeras  
que ensalzan y armonizan  
la inmensa creación.

Conozco de los astros  
la incógnita carrera;  
del ángel que los guía  
la luminosa faz,  
y la del ROSTRO SANTO  
que en ellos reverbera,  
torrentes derramando  
de vida y claridad.

Las nubes le saludan  
con majestuoso trueno;  
la atmósfera le enciende  
relámpago veloz;

la tierra le abre humilde  
su perfumado seno,  
y el mar canta su gloria  
con incesante voz.

Si airado pestaña,  
los mundos se estremecen;  
si torna el rostro, yacen  
en muerta oscuridad;  
si su hálito les niega,  
caducan y envejecen:  
él solo es la existencia,  
la luz y la verdad.

Para él tiene tan sólo  
la eternidad guarismo,  
y número los astros,  
y las edades fin,  
y límite el espacio,  
y término el abismo;  
y nada se le esconde  
por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza  
que en equilibrio tiene  
la máquina gigante  
de su alta creación;  
y cuanto en ella existe  
su dedo lo mantiene,  
y ése es el Dios que canta  
mi lengua y mi razón.

Y voz no hay ni suspiro,  
lamento ni murmullo  
cuyo eco misterioso  
por él no entienda yo;  
que mi niñez mecieran  
los bosques con su arrullo,  
y su creencia santa  
la soledad me dió.







# Á MARÍA

---

## PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada  
que el resplandor nos vela que tu semblante da,  
y tiéndenos, María, tu maternal mirada,  
donde la paz, la vida y el paraíso está.

---

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;  
tú, flor del paraíso y de los astros luz,  
escudo sé y amparo de la mortal flaqueza,  
por la divina sangre del que murió en la cruz.

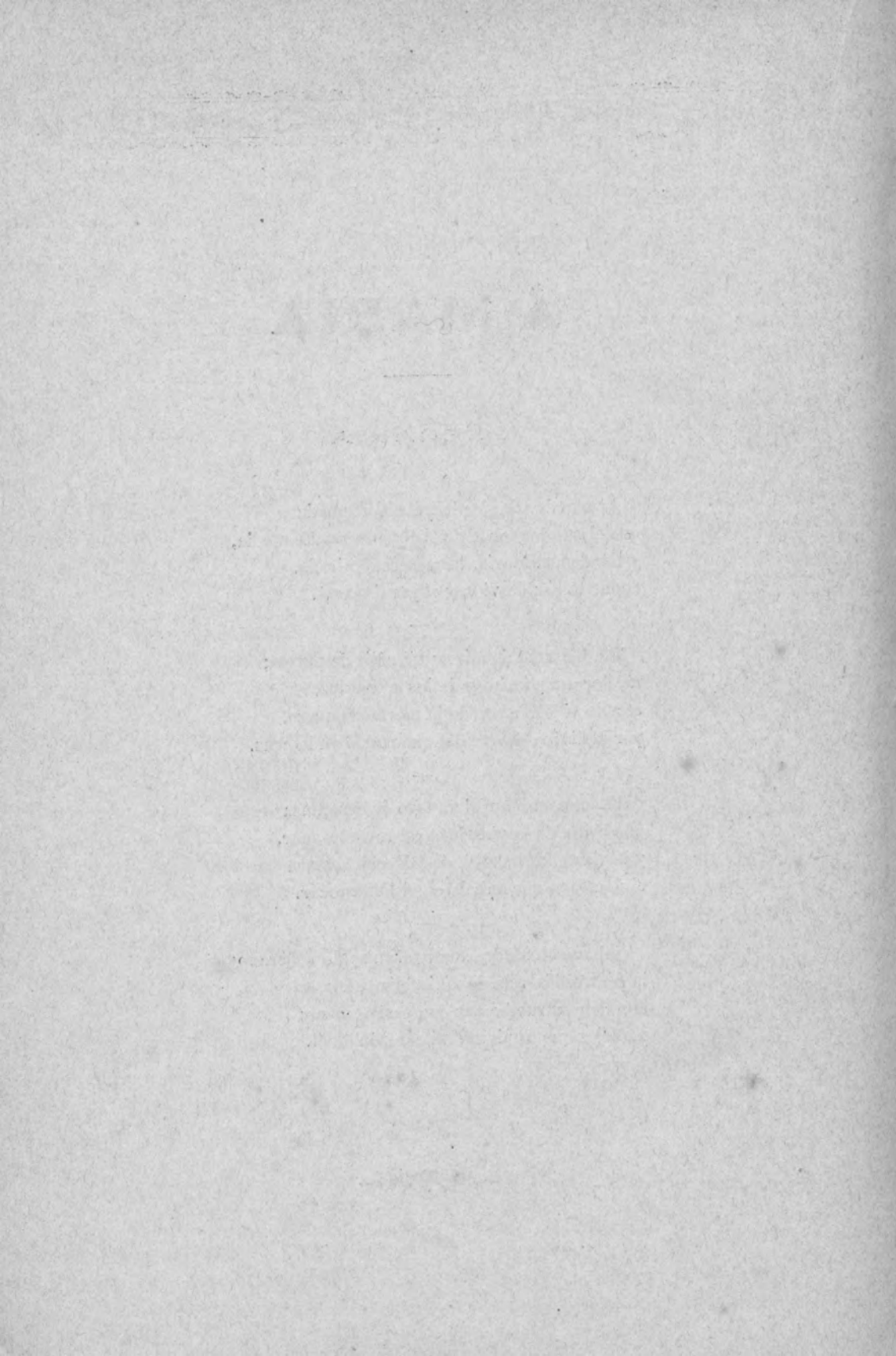
---

Tú eres, oh María! un faro de esperanza  
que brilla de la vida junto al revuelto mar,  
y hacia tu luz bendita desfallecido avanza  
el náufrago que anhela en el Edén tocar.

---

Impela, oh Madre angusta! tu sopro soberano  
la destrozada vela de mi infeliz batel;  
enséñale su rumbo con compasiva mano;  
no dejes que se pierda mi corazón en él.







# ORIENTAL

---

No pude selle mudable  
á aquella cuyo nascí.

(Rom. gen.)

## I

Escucha, hermosa cristiana,  
mis amores;  
no se estrellen mis dolores  
en los vidrios de colores  
de tu gótica ventana.

—

Años ha, bella señora,  
que tu vista encantadora,  
apetecida,  
de Córdoba en los jardines  
matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
y tus favores gozaban  
mil paladines,  
Azarque, en inútil queja,  
tus esquiveces plaña  
llorando al pie de tu reja.

—

Escucha, hermosa cristiana,  
mis amores;  
no se estrellen mis dolores  
en los vidrios de colores  
de tu gótica ventana.

—

Ah! Qué importa que al Profeta  
en adoración secreta  
yo bendiga

y adores tú al Nazareno,  
si en blanda coyunda amiga  
un solo amor nos uniera!

—

Cristiana, más hechicera  
que el ameno  
paraíso, no te cura  
de las palabras del conde,  
que han de ser mi desventura!

—

Escucha, hermosa cristiana,  
mis amores;  
no se estrellen mis dolores  
en los vidrios de colores  
de tu gótica ventana.

## II

Así de la luna al brillo,  
en tono blando y sencillo,  
cantaba voz varonil,  
y del moro las querellas,  
vertiendo lágrimas bellas,  
oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana,  
que con flores engalana,  
la dama, y así cantó.  
Triste su cántico apenas,  
perdido entre las almenas,  
un solo instante vagó.

«Cristiana, oh moro! nací,  
y me matan con rigor,  
ay de mí!  
mi religión y mi amor,  
y huyo, á mi pesar, de tí.  
Huyo de aquí!»

La voz se heló en su garganta;  
cayó y rompióse la lira;  
al moro extática mira,  
mas ya ni le ve ni canta.

No canta; que en llanto amargo,  
sobre el pecho la cabeza,  
ahoga tanta terneza  
un amoroso letargo.

—Por qué—dice desde el foso  
el moro—bella cristiana,  
por qué me velas, tirana,  
ese rostro candoroso?—

La cristiana amada, en tanto,  
miraba y no le veía;  
sólo en el muro se oía  
triste y angustiado llanto.

Y, viendo que no responde,  
el moro, desesperado,  
á llamar iba ya ósado  
en el castillo del conde.

### III

Sobre alazán de Córdoba brioso,  
ceñido el cuerpo de la doble malla,  
el conde de Tendilla llega en tanto  
á su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente  
se oye cuál crujen á compás sus armas,  
á par que estrepitosas se derrumban  
entre espuma las aguas.

Llegó al castillo, y, al tócar al puente,  
miró en el muro pálida á su hermana,  
y, volviéndose al moro, amenazóle  
con la robusta lanza.

«Infiel al fin! Ya yo me lo sabía!»,  
dijo el conde entre sí lleno de rabia;  
y alzó la voz después:—Mahometano,  
son éstas tus palabras?

Si ya no eres cristiano, tu rodela  
y ese corcel apresta que descansa.  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
serías en batalla!

—Por qué el conde cristiano me acomete,  
si amor quitó la libertad al alma?

—Tú lo juraste, moro, que conmigo  
serías en batalla!

—Yo cristiano no soy—repuso el moro;  
yo no soy sino amor para tu hermana.  
Mas qué importa mi fe ni la fe suya,  
si, como yo, me ama?

—No blasfemes, infiel, si en tu creencia  
tornaras á mirar estas murallas.

Tú lo juraste, moro, que conmigo  
serías en batalla!

### IV

Marchó el conde de Tendilla,  
y del torrente en la orilla  
aguardó.

Qué hace el moro que, injuriado,  
en la muralla apoyado  
se quedó?

Por qué el conde le provoca  
con voz que al honor le toca  
y con furor,

y el moro sombrío en tanto  
mostrando está con su llanto  
su dolor!

Errante su mirar vaga,  
y almete, rodela y daga  
lejos de él

con ira arrojó demente,  
y así habló con voz doliente  
el infiel:

«Adiós, hurí seductora,  
rosa de pensil cristiano!

Pues que por suerte traidora  
te pierdo agora,



muere con tu Dios cristiano,  
yo moriré en mi fe mora.»  
Y hacia el conde, que le espera,  
rápida y firme carrera  
dirigió.  
Y, allá en el agua espumosa,  
la caída estrepitosa  
resonó.

*Valladolid, 1836.*

## V

Mientras la bella cristiana,  
en su gótica ventana,  
exhala un ay! de pavor,  
del agua allá en lo profundo  
lanza el moro en este mundo  
el postrer ay! de su amor.





# ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

	<u>Páginas</u>		<u>Páginas</u>
El Zapatero y el Rey, drama en cuatro actos.—Primera parte.—Acto primero.....	9	Juan Dandolo, drama en tres actos.—Acto primero.....	271
Acto segundo.....	29	Acto segundo.....	285
Acto tercero.....	47	Acto tercero.....	301
Acto cuarto.—Parte primera.....	67	Príncipe y rey (Romance histórico).	317
Parte segunda.....	80	La cortina verde.....	321
Tempestad de verano (Fragmentos).	89	Justos por pecadores.....	325
Á la niña C. D. G.....	93	Un apéndice á las ventanas de la duquesa.....	327
Á una calavera (Fantasía).....	97	Á luengas edades luengas novedades.	329
Las hojas secas (Á mi madre).....	103	El paso de armas de Beltrán de la Cueva.....	321
El Zapatero y el Rey, drama en cuatro actos.—Segunda parte.—Acto primero.....	111	Recuerdos.....	327
Acto segundo.....	133	Favor de rey.....	331
Acto tercero.....	145	Lealtad de una mujer y aventuras de una noche, comedia en tres actos.—Acto primero.....	341
Acto cuarto.....	159	Acto segundo.....	363
Recuerdos de Valladolid (Tradición).	171	Acto tercero.....	379
Á Blanca.....	189	Soneto.....	399
Canción.....	191	Las dos rosas.....	401
Ganar perdiendo, comedia en tres jornadas.—Jornada primera.....	197	La copa de marfil, espectáculo trágico en tres partes.—Parte primera.....	431
Jornada segunda.....	213	Parte segunda.....	443
Jornada tercera.....	231	Parte tercera.....	459
El crepúsculo de la tarde.....	251	Poesía.....	469
Á un águila (Oda).....	257	A María (Plegaria).....	473
Oriental.....	261	Oriental.....	475
Canción (Música del Sr. D. S. Iradier)	263		
Á Mariana (Canción).....	265		

















OBRAS  
DRAMÁTICAS  
Y  
LÍRICAS  
DE  
J. ZORRILLA

TOMO III

G 26037